

C. J. CHERRYH

EL EXTRANJERO

se



Lectulandia

Han pasado casi cinco siglos desde que los humanos encontraran a los atevi, una civilización donde el asesinato es la única ley. En aquel tiempo, la guerra fue inevitable. Ahora, doscientos años después de que un pacto pusiera fin al conflicto, las dos especies conviven en una tensa calma. Pero un asesino anda tras la pista de Bren Cameron, el único humano autorizado para mezclarse con los atevi. Y si consigue su objetivo, la frágil paz entre ambas civilizaciones podría romperse sin remedio...

Lectulandia

C. J. Cherryh

El extranjero

El extranjero - 1

ePub r1.0

Titivillus 11.07.2019

C. J. Cherryh, 1994
Traducción: Cristina Rupilanchas Solares

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El extranjero

Libro 1

- 1
- 2
- 3
- 4

Libro 2

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Libro 3

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

Pronunciación

Ejemplo de declinación

Glosario

Libro 1

1

Representaba la oscuridad total, salvo para los visitantes cibernéticos. La masa que yacía allí era la segunda pasarela de la Tierra hacia el ramal de prometedoras estrellas. Para la primera nave tripulada por seres humanos que caía bajo su influencia, aquel no era otra cosa que un lugar solitario, desprovisto de las energías electromagnéticas que fluían por el espacio humano, del parloteo y el cacareo de los comerciantes, de las instrucciones de los controles humanos a las naves y a sus tripulantes o de la rápida y esporádica comunicación de una máquina que hablaba con otra de su misma especie. Aquí solo la radiación de la masa, las estrellas distantes y el sonido atenuado de la existencia se dejaban percibir por aquellos sensores con la fuerza suficiente como para atraer la atención.

En este lugar, los seres humanos debían de esforzarse por recordar que el universo era mucho más grande que sus pequeños nidos de estrellas; que en el cosmos, el silencio ensordecía más que cualquier grito atronador. Los humanos lo exploraron y se colaron en él, construyeron sus estaciones, vivieron sus vidas y contaminaron biológicamente el infinito de forma local y temporal.

Y ya no eran los únicos habitantes del universo; de eso no les cabía duda. De modo que, allí donde los informes afirmaban que podía existir vida o cuando las estrellas parecían lo bastante seguras para cobijar a criaturas activas, los humanos se aventuraban, eso sí, siempre alertas, y desplegaron sus oídos mecánicos para escuchar la oscuridad; como hizo la Fénix en su travesía de cien horas por el espacio real.

No oyó nada desde sus diversos alcances, lo que agradó mucho a los capitanes y demás tripulantes de a bordo. La Fénix no quería que nadie le discutiera lo que ansiaba, que era una pasarela a un territorio sembrado de ricos recursos, particular y primeramente hacia una estrella G5, bautizada como T-230 en los libros de códigos de Defensa; 89020 en los gráficos y objetivo de la misión en los planes que la nave llevaba en su base de datos.

Llegar a la estrella, descargar el equipo pesado, construir una estación que atraiga a los comerciantes y expandir la presencia humana a otras áreas nuevas y rentables del espacio.

De forma que la Fénix transportaba los elementos necesarios para llevar a cabo la edificación, las algas y las culturas destinadas a los tanques de vida,

los planos y mapas de los circuitos, los diagramas, procesos y programas, los datos y detalles; trasladaba también a los pilotos secundarios, a los mecánicos, a los constructores, a los procesadores y a todo el personal que se convertiría en principal accionista de la primera estación comercial construida en esa cadena estelar o, lo que era lo mismo, la última y más segura colonia terrestre que aportaba, además, toda la experiencia de los éxitos pasados.

La óptica ponía al corriente a la Madre Tierra sobre dónde se encontraban las estrellas con los mejores recursos. Los robots sondeaban los caminos que no supusieran un riesgo para la vida humana. Investigaban y regresaban con los datos de navegación y con la información de primera mano: T-230 era un sistema tan rico que la Fénix viajaba a toda máquina y cargada hasta los topes, y avanzaba a una velocidad que cualquier otra nave dudaba en seguir aun sabiendo que no habría tráfico y estando completamente segura de que podría aprovisionarse de combustible al llegar a su destino. Cortaba el gas y el polvo que la rodeaba, y los convertía en un breve y fugaz resplandor, mientras que su tripulación proseguía con la rutina de mantenimiento de cien horas, con las calibraciones y las comprobaciones en la navegación. Los capitanes compartían el café en el último turno de vigilancia antes de la reentrada, escribían sus informes y aprobaban el itinerario que el navegador, McDonough, procedía a teclear.

Pero lo que al piloto le llegaba de todo aquel proceso no era más que un punto verde que parpadeaba en un lateral de su monitor y la sensación de que las cosas iban según lo planeado. Taylor estaba conectado, lo que significaba que le estaban entrando tal cantidad de datos que era absolutamente necesario que la interfaz del ordenador los clasificara y los aislara para que la mente desasistida de un ser humano pudiera procesar esa misma información posteriormente e ignorar la velocidad a la que se descargaba. Taylor, de todos modos, estaba siempre pendiente de las señales del ordenador y los ojos y la percepción adaptados químicamente a la celeridad filtrada por el ordenador de la travesía de la nave.

El punto verde tenía que estar ahí antes de lanzarse al hiperespacio. El punto acababa de presentarse ante sus ojos, y lo que otros seres humanos hicieran en aquel momento no era asunto de Taylor, ni tampoco le importaba. Al ver el punto en su pantalla, el tiempo se transformó, avanzó sin temor por el espacio, en dirección a T-230.

Era un piloto muy experimentado. Las drogas que corrían por su sangre conseguían que su concentración fuera sublime y que la comprensión de los datos que brillaban frente a su mirada o que ladraban en sus orejas fuera total.

Habría llevado a la Fénix al núcleo del mismísimo Infierno si esas hubieran sido las coordenadas que el ordenador le hubiese proporcionado. Pero era T-230 lo que estaba buscando.

Por esa razón era el único a bordo que permanecía despierto cuando la nave avanzaba y el tiempo permanecía plegado.

Y seguía así.

Su corazón empezó a latir en tiempo real. Miró atentamente las pantallas que destellaban con luces rojas, líneas y luego puntos, cuando las segundas se convirtieron en hipotéticas y, por fin, en un monitor con fondo negro en el que resplandecía el mensaje «ERROR» en letras encarnadas. Aquello parecía una sentencia divina.

Se le aceleró el pulso. Extendió la mano para accionar el botón de ABORTAR y sintió la superficie de la tapa bajo sus dedos. Ahora ya no veía. Solo existía el ERROR. Apenas percibió cómo la levantaba: y el tiempo continuaba plegándose mientras retiraba la tapa de ABORTAR por un motivo que ya no recordaba. A diferencia del ordenador, no tenía otro objetivo que no fuera esa única y difícil necesidad.

Fin del programa.

Pantalla en blanco.

ERROR.

Dios no tenía más datos.

2

La nave cayó y la alarma empezó a aullar: «esto no es un ejercicio. Fallo en la computadora. Esto no es un ejercicio».

A McDonough se le iba a salir el corazón del pecho y sudaba a mares cuando presionó el botón para hablar con Taylor. Todos los monitores estaban en blanco.

«Esto no es un ejercicio...».

El proceso de ABORTAR estaba en marcha. La Fénix hacía lo posible por sobrevivir. Salió de v sin tener en cuenta a los frágiles cuerpos humanos que cobijaba en su interior.

Fénix intentó entonces volver a encender los ordenadores a partir del flujo entrante de información. Llamó a su capitán, al navegador, al piloto y al copiloto mediante descargas dolorosas. Sufrieron dos sacudidas más antes de que McDonough empezara a entrever los datos que se formaban en las pantallas de la estación de navegación.

El vídeo mostró la estrella.

No, las dos estrellas; una que relucía con una luz blanquiazul y otra de un suave color rojo. McDonough se quedó paralizado en su posición al comprobar que la Fénix se dirigía a la deriva hacia un infierno nuclear de color blanco.

—¿Dónde estamos? —preguntó alguien—. ¿Dónde estamos?

Fue una pregunta que el navegador confundió con un reproche. McDonough lo sintió como un puñetazo directo a su ya dolorido estómago. Miró al piloto en busca de respuestas. Pero Taylor se limitaba a mirar sus monitores, sin moverse.

—Inoki —dijo el navegador. El copiloto, sin embargo, yacía desmayado o algo peor.

—Decidle a Greene que suba. Que suban Greene y Goldberg al puente.

Ese era LaFarge por el altavoz de la tripulación, uno de los capitanes más antiguos, severo e intransigente, que llamaba ahora a los dos pilotos de reserva.

McDonough empezó a temblar y se preguntó si LaFarge reuniría a todo el personal de apoyo. Por una parte aquello lo atraía sobremanera, le apetecía tumbarse en su litera totalmente quieto y no tener que enfrentarse a la realidad, pero tenía que saber qué era aquella estrella binaria, dónde estaban y

qué equivocación había cometido para llevarlos hasta allí. Los nutrientes que el enchufe médico le estaba inyectando lo hacían sentirse enfermo. Lo que veía ante sus ojos era una locura. Las ópticas no podían estar mal. Los robots no podían haber errado. Los instrumentos no podían estar equivocados.

—¿Señor? —Karly McEwan estaba sentada a su lado, tan aturdida como él. Era su mano derecha, su número dos, y se estremecía, aunque apretaba los botones intentando, a pesar de su evidente nerviosismo, de encontrarle algún sentido a lo que les había ocurrido—. ¿Señor? ¿La pongo en automático, señor?

—Por ahora sí —murmuró, o quizá lo hiciera algún resorte supremo de su mente, mientras que su inteligencia consciente operaba a un nivel muy inferior. El «por ahora», que había balbuceado por precaución, golpeó su vacilante intelecto como lo haría una maldición porque no se le ocurría ninguna manera rápida de crear una línea de base para el sistema—. Estaciones dos y tres: análisis del espectro. Estación cuatro, haga una comprobación de los gráficos. Estación cinco, reinicie y vuelva a mostrar las coordenadas del objetivo. —Su mente seguía dando órdenes, pero el resto funcionaba como Taylor, es decir, de ninguna manera—. Necesitamos a un médico aquí arriba. ¿Está Kiyoshi en el puente? Taylor e Inoki tienen problemas.

—¿Tenemos estabilidad?

Era la voz de Kiyoshi Tanaka, que preguntaba si era seguro desabrocharse el cinturón e ir a ver a los pilotos, pero cada una de las interrogantes parecía tener un doble sentido y cada una de ellas se perdía en lo desconocido.

—Tanta como podemos —le respondió LaFarge y, entre tanto, el programa de análisis del espectro los inundaba con una marea de datos, comprobaba todos los sistemas estelares que le constaban en el archivo, mostraba en la pantalla número uno de McDonough que no había ninguna coincidencia y lo subrayaba con un mensaje al pie de la misma que rezaba: «NINGUNA COINCIDENCIA, 3298 ARCHIVOS EXAMINADOS».

—Estamos recibiendo algunas preguntas del canal B —oyeron decir desde el sector de comunicaciones—. Los especialistas nos están pidiendo permiso para abandonar sus camarotes y quieren que se lo pongamos en pantalla.

La rutina de Taylor. Este siempre les había ofrecido a los pasajeros la oportunidad de ver cómo se alejaban del sistema terráqueo, cómo entraban en los puntos de masa y cómo los abandonaban...

—No —repuso LaFarge—, no habrá imágenes. —Hasta el más tonto se daría cuenta de que eso les traería muchos problemas—. Dígales que tenemos

heridos en el puente y que estamos ocupados.

Tanaka ya había llegado hasta donde se encontraban Taylor e Inoki y McDonough vio cómo le inyectaba algo al primero. Los pasajeros empezaron a advertir la variación en la rutina y el mensaje de «NINGUNA COINCIDENCIA» no había cambiado.

¿BUSCAR MÁS LEJOS?

El ordenador había terminado de rebuscar entre las estrellas locales.

—¿Karly, has priorizado por defecto?

—Por defecto —respondió la navegadora segunda. La búsqueda de estrellas coincidentes se había iniciado en Sol y en las cercanías—. Nuestro vector a más o menos diez años luz.

McDonough se sintió aún más enfermo.

Nada de aquello tenía sentido. Los pilotos de reserva acudieron, y empezaron a hacer preguntas que los distraían y que además nadie podía responder, las mismas que cada navegador estaba formulándole a los instrumentos y a los archivos. El capitán le pidió al doctor que se llevara a Taylor y a Inoki fuera del puente; lo dijo entre maldiciones, mientras McDonough investigaba en solitario. Tanaka puso en pie a los dos pilotos, Taylor podía caminar, aunque no parecía saber adónde iba. Inoki se movía a duras penas: uno de los técnicos de comunicación tuvo que alzarle en volandas y transportarlo cuando el médico le desabrochó el cinturón y desconectó el tubo de su implante. Ninguno de ellos miró a Greene o a Goldberg cuando pasaron juntos a ellos. Taylor tenía la mirada perdida en el infinito y los ojos de Inoki estaban cerrados.

¿BUSCAR MÁS LEJOS?, repitió el ordenador, una vez agotadas todas las estrellas a treinta años luz de la Tierra.

—Contamos solo con el cinco por ciento del combustible —comentó el capitán con tranquilidad. Aquello no era más que una potencial sentencia de muerte—. ¿Hemos recibido alguna señal, Comunicación?

¿En esta estrella?, se preguntó McDonough.

—Ni una sola —respondió Comunicaciones—. La estrella es lo bastante ruidosa como para enmascarar Dios sabe qué.

—Regrese al máximo alcance del vector. Asuma que la pasamos de largo.

—Sí, señor.

Un minuto después los hidráulicos zumbaron en el casco. El enorme plato afloró desde su guarida y se desplegó, preparado para escuchar. V estaba listo para el despliegue, a salvo siempre y cuando se encontraran dentro del sol de la Tierra, pero no era así. No tenían datos de aquel sistema. Los estaban

reuniendo, bebiéndolos desde cada sensor, pero no sabían con certeza si se encontrarían con alguna roca por el camino. Nadie se había aproximado jamás a una binaria o a una masa de tan grandes dimensiones. Solo Dios sabía lo que había ocurrido allí.

A McDonough le temblaban las manos mientras accionaba el alcance de las dos secuencias de búsqueda, y las extendía hasta cien años luz en todas las direcciones. La exploración, sin embargo, no produjo ningún resultado satisfactorio más allá del objetivo. Todavía no sabían dónde se encontraban, pero al cinco por ciento de la reserva de combustible tampoco irían muy lejos. Contaban con la nave minera: gracias a Dios que la tenían y también los componentes de la estación. Quizá pudieran reunir hielo en el sistema y repostar...

Salvo que la radiación del exterior era desproporcionada y que el viento solar que ese sol blanquiazul removía era de los asesinos. Aquella no era una estrella en la que pudiera prosperar nada orgánico y si los mineros se veían obligados a trabajar allí, tendrían que limitar sus salidas.

Aunque si la nave se veía, como bien podía ocurrir, atraída hacia la gravedad de esa gigantesca estrella..., se toparía con la radiación mucho antes de lo previsto.

—Hemos reiniciado la secuencia de iniciación —explicó Greene, sentado en el puesto de Taylor—. No encontramos ningún fallo en los comandos.

Lo que significaba que Taylor había tecleado exactamente las instrucciones que había recibido de navegación. McDonough sintió cómo su estómago masticaba e iba engullendo la fría aprensión.

—¿Alguna respuesta, señor McDonough?

—Todavía no, señor. —Mantuvo un tono de voz tranquilo, aunque no se sentía así. Sabía que no había cometido un error, pero no podría demostrarlo con ayuda de los instrumentos.

Una nave no podía salir del hiperespacio hacia un destino diferente del que se le había indicado antes de sumergirse en él. No podía. Era imposible.

En cualquier caso, aunque de alguna manera una partícula del hiperespacio hubiera interferido en el almacenamiento de datos y el ordenador hubiese perdido de vista el punto de destino, ofreciendo el mensaje «ERROR» como única respuesta viable, tampoco podrían haber viajado con el combustible que tenían hasta un lugar tan alejado de todas las estrellas que conocían.

Supuestamente, dos astros, al margen de la distancia que los separase, ambos con un espectro equivalente al de los gráficos, era lo único que

necesitaban. Cualquier coincidencia de dos estrellas debería de bastarles para localizar su ubicación y no podían estar a más de cinco años luz del segundo punto de masa porque ya habían agotado casi todo el combustible. De modo que era imposible que estuvieran a más de veinte años luz de la Tierra, como mucho.

No obstante, no existía ninguna masa blanquiazul dentro de un radio de veinte luces a partir de Sol, salvo Sirio, y aquello, desde luego, no lo era. El espectro de esa pareja de soles no coincidía. No tenía sentido, nada lo tenía.

Empezó a buscar las pulsaciones. Cuando te faltaban puntos fiables de apoyo en las cercanías, ibas a por los más lejanos, los que no mentían, y empezabas a pensar en teorías a medio hacer, como macroestructuras cósmicas, interfaces plegadas o cualquier retazo de explicación que le ofreciera a la mente algo en lo que trabajar, una pista sobre dónde se encontraban o una probabilidad que, entre cien, pudiera ser la verdadera.

3

«Algo va mal», era lo que se decía en los pasillos desde el mismo instante en el que el personal de la estación y los obreros de la construcción tuvieron vía libre para salir de sus camarotes. El rumor se propagó por las salas, donde los trabajadores, los pilotos y los mecánicos estaban en pie, codo con codo, observando detenidamente los monitores de vídeo que solo les ofrecían, en cada puto canal, el mensaje de: «A LA ESPERA».

—¿Por qué no nos dicen algo? —inquirió alguien, rompiendo el silencio—. Deberían hacerlo.

—¿Por qué no nos ponen el vídeo? —preguntó otro técnico—. Siempre nos lo ponen antes.

—Me parece que nos vamos a la mierda —opinó un piloto contratado—. Sí, nos van a follar vivos porque son demasiado buenos como para que les importe un comino lo que pensamos.

—Lo más probable es que no ocurra nada —aventuró un cuarto.

Siguió un silencio incómodo, porque nada se parecía a las veces anteriores. La nave se había sacudido peligrosamente al parar en seco, y los técnicos que sabían lo básico del espacio profundo tenían la cara tan larga y estaban tan nerviosos como los mineros del espacio de Sol y los constructores que no contaban con experiencia alguna en viajes interestelares.

Neill Cameron, sin embargo, discrepaba. Lo más probable era que sí estuviese ocurriendo algo. El mecánico podía percibir perfectamente la diferencia entre la entrada en aquel sistema y la última que habían hecho. Los amigos y parejas, como Miyume Little y él, solían limitarse a permanecer juntos y esperar. La mano de Miyume estaba fría y paralizada, mientras que la suya sudaba.

Posiblemente, le había dicho, los técnicos de arriba estuvieran preparando algún espectáculo para la llegada a su nuevo hogar.

Quizá tuvieran mucho que hacer porque aquel era un viaje de ida sin vuelta; la tripulación estaría averiguando dónde se encontraban los recursos para trazar el rumbo dentro del sistema y pronto les harían saber la conclusión para que la Fénix pudiera seguir los pasos pertinentes. Todo esto se lo había oído decir a uno en el salón y era lo que más deseaba que estuviera ocurriendo.

O la nave podía estar en problemas. Aquello se adivinaba en todas las preguntas, pero todavía era temprano para dejarse llevar por el pánico. La tripulación estaba allí arriba haciendo su trabajo y un astronauta del espacio solar sabía que lo mejor era evitar los conflictos y los rumores, fueran estas mentiras piadosas o las más negativas especulaciones que merodeaban por el subconsciente de todos los presentes, como la posibilidad de que hubieran entrado demasiado cerca de la estrella y la nave estuviera siendo atraída hacia ella.

Pero eso era una estupidez. Los robots ya habían estado allí para fijar con absoluta certeza la posición de T-230. La tripulación de la Fénix era un grupo altamente cualificado y seleccionado uno por uno. La nave, por su parte, también contaba con cinco años de experiencia en vuelos comerciales, antes de que se la derivase al proyecto de la estación que habría de construirse en la T-230. Y, desde luego, las N. U. no invertirían miles de millones en un equipo de segunda o en un equipo que no fuera a llevar la nave directamente a una estrella.

Por Dios, la atracción no podía ser el problema. Era una posibilidad demasiado remota.

Era capaz de coger un planeador y una minera y juntarlas de nuevo. Un mecánico podía solventar la mayoría de los problemas que surgían en una nave minera de intrasistema con un destornillador y algo de intuición; ¿pero qué demonios podía ir mal en un vuelo interestelar, qué podía estar pasando en los enormes motores que generaban aquellos efectos capaces de propulsarlos al hiperespacio? Todo aquello estaba más allá de su entendimiento y competencia.

El mensaje de «A LA ESPERA» se apagó de pronto. Vieron la imagen de una estrella en el monitor y se elevó un sonoro suspiro de alivio, ensombrecido solo por un chillido consternado que provenía del grupo de técnicos apostados en el centro de la sala. Miyume le apretó la mano con fuerza y él le devolvió el gesto cuando empezaron a oírles decir cosas como que aquella no era la estrella y que dónde coño estaban.

Aquel brillo blanquecino le pareció un astro. Puede que incluso Miyume opinara lo mismo. Pero los técnicos sacudían la cabeza y había también un resplandor rojizo en la imagen que no lograba comprender.

—Esa no es la G5 —dijo uno de ellos—, es una puta binaria. —Y cuando los simples trabajadores empezaron a preguntar qué significaba eso, el técnico los interrumpió diciendo—: ¡No estamos donde deberíamos, gilipollas!

¿De qué están hablando?, se preguntó Neill. Lo que decían no tenía sentido y Miyume parecía cada vez más asustada. El resto de los técnicos les pedían que mantuvieran la calma y que no sacaran las cosas de quicio, pero el que había hablado en primer lugar gritaba por encima de las voces de sus compañeros.

—¡No estamos en la puta G5!

—Pues... ¿dónde estamos? —inquirió Miyume.

Era lo primero que decía desde el incidente. Se lo preguntaba a él o a cualquiera, pero Neill no sabía qué responder, no entendía cómo podían haber llegado a una estrella que no fuera T-230. Desde su punto de vista, y por la educación que había recibido, las naves siempre viajaban directas a sus destinos, eso era una ley física básica... ¿o no? Escogías el objetivo, construías el campo e ibas y, si tenías bastante combustible, llegabas.

Y, mientras tanto, su mente, calibrada con el *hardware*, pensaba si era posible que la hubieran pasado de largo y lo lejos que habrían llegado con el combustible de que disponían.

—Aquí el capitán LaFarge...

Era un mensaje general. Los congregados gritaron pidiendo silencio.

—... una desafortunada situación.

Fue todo lo que pudo oír y estaba desesperado por escuchar todo cuanto el capitán tuviera que decirles. Miyume le clavó las uñas en la carne de la mano, los murmullos empezaron de nuevo y ella pidió a voz en grito que se callaran, al igual que otros muchos.

—... problema posicional —fue la siguiente frase que escuchó con claridad. Luego— que no sitúa a la nave ante ningún peligro inminente...

—¡Es una estrella blanquiazul! —chilló el técnico—. ¿Qué demonios se cree que es?

Alguien hizo callar al idiota. Otros interrumpieron a los que tenían la intención de ponerse a formular preguntas.

—... pediría a todo el mundo que continuara con su rutina habitual —continuaba LaFarge— y que ayudara a la sección técnica de la tripulación mientras intentamos averiguar cuál es nuestra posición. Buscaremos nuestros recursos en este sistema para repostar. Estamos perfectamente equipados para solucionar la situación. Es todo. Estén tranquilos.

«Averiguar nuestra posición» sonaba bastante reconfortante. «Repostar» era aún más esperanzador. «Perfectamente equipados para solucionar la situación» transmitía la impresión de que la tripulación tuviera ya un plan. Una parte de Neill optó por creerlo, mientras que otra un tanto más frenética

le gritaba: Esto no nos puede estar pasando, a nosotros no... Las cosas no pueden estar saliendo tan mal en esta nave porque tomaron muchas precauciones, cuidaron hasta el último detalle...

Los habían sometido a toda clase de exámenes, habían examinado sus capacidades y habían necesitado las mejores recomendaciones para presentarse al trabajo. No iban a montar a unos imbéciles en una nave que llevaba consigo todo el puto programa colonizador de la Tierra, y los desastres no podían entorpecer el progreso de una misión tan importante como aquella. La gente había dedicado mucho tiempo a planearla. Habían sido extremadamente cuidadosos. Todo había salido a pedir de boca.

—Averiguar la posición —repitió un técnico—. No me gusta nada. ¿No estarán hablando de atracción?

—No —le respondió otro más experimentado—. Estamos hablando de dónde nos encontramos. Que evidentemente no es donde deberíamos.

—Joder, repostar —se quejó un tercero—. Ahí fuera lo único que nos espera es un buen chapuzón de radiación.

Las naves planeadoras carecen del escudo necesario para trabajar ahí fuera, pensó Neill y de pronto se sintió mal al comprender la dinámica del asunto. Júpiter era tremendamente peligroso por la radiación. Y aquella cosa, ese sol binario con una luz capaz de distorsionar y emborronar las imágenes captadas por las cámaras...

Los pilotos mineros no sobrevivirían. No lo harían si el proceso se dilataba. No podrían desplegarse sin pagar un precio y sabía que los medidores de exposición se ennegrecerían mientras las horas iban acumulándose una tras otra. Las naves planeadoras contaban con escudos diseñados para el entorno en el que trabajarían y ese se suponía que iba a ser el suave e inocuo G5.

Pero no puso voz a sus pensamientos. Miyume parecía aterrada. Lo más probable es que también él lo estuviera. Las cifras empezaban a hablar por sí solas; eso era lo que los pilotos solían decir cuando las cosas salían mal. La compañía mentiría y el capitán que la empresa había contratado seguramente se negaría a responder a las preguntas, pero las cifras nunca engañaban. Jamás lo hacían.

Hablarían y los resultados no cambiarían, las cosas no serían distintas, no podían. En aquel momento los deseos ya no contaban.

4

La sombra de McDonough llegó y se cernió sobre la silla de Taylor para explicarle que no había errores. El piloto procesó los datos en el vacío informativo. Asimiló las cosas con una lentitud dolorosa o no lo hizo en absoluto. Las demás entradas de datos eran irrelevantes. Procuró no prestar atención a las distracciones triviales, pero miró detenidamente al navegador e incluso trató de formularle preguntas, a pesar de que tenía que esforzarse muchísimo y ralentizar al máximo la mente para articular un único y complejo sonido.

—¿Qué?

De pronto lo sobrecogió un barullo. Infinidad de personas desautorizadas lo tocaron y le hablaron. Taylor hizo todo lo posible por acallar las voces, hasta que escuchó la primera, la de McDonough, que le comunicó con su exasperante lentitud que habían repostado.

Eso merecía la pena procesarlo: debían de llevar algunos meses de tiempo real en aquella estrella. Un dato importante.

Lo siguiente que le dijo el navegador es que Greene estaba enfermo, algo sobre un accidente, sobre los pilotos mineros y las tripulaciones muertas o agonizantes por culpa de la radiación, pilotos que entrenaban a otros para llevar a cabo su trabajo cuando estos hubieran fallecido... y algo acerca de una estrella a la que esperaban poder llegar. Ya tenían combustible, así que podían abandonar aquella zona endemoniada y alejarse de aquel monstruo binario que los atraía con sus canciones en su rotación oscura y malsana. Por primera vez en una eternidad reciente y solitaria, le llegaron nuevos datos.

—Objetivo —logró articular Taylor, que necesitaba un destino al que dirigirse, y McDonough le transmitió unas coordenadas sin relación alguna con el lugar donde se suponía que debían estar.

—Error —repuso el piloto. Pero el navegador le explicó que habían partido desde un nuevo punto cero, desde aquella estrella concretamente, que las ópticas habían entrevisto algo que creían que podía ser una masa y una G5 detrás de ella.

McDonough le recitó más números; Taylor se emborrachó con ellos. El alivio que sentía era grande, a pesar de lo cual no los procesó aún. Siguió escuchando al navegador con una atención dolorosamente lenta. El navegador le dijo que la tripulación y el capitán querían que supiera que se iban a mover.

Y añadió, aunque sin hacer hincapié en ello, que se percataría del movimiento de la nave.

Joder, claro que sí. Las cosas se sucedían cada vez más deprisa. Veía ante sí los datos, más de uno a la vez.

—Puente. Ahora —pronunció Taylor con dificultad, a la velocidad de McDonough.

El navegador se alejó. Los datos cesaron. El piloto esperó. Y esperó. A veces le parecían años, pero no le quedaba otra que esperar al próximo punto, el siguiente contacto autorizado.

No obstante, volvió a escuchar la voz de McDonough después de un momento largo, muy largo, que le decía que el capitán quería que ocupara el lugar del piloto en el puente. Goldberg lo ayudaría. Greene, le recordó el navegador, estaba enfermo. Inoki estaba muerto. Hacía tres años. Según el calendario terrestre.

Datos. Tendría que recordar que Goldberg lo apoyaría. Su mente anhelaba volar. Por ahora la mantendría controlada. Vería números. Finalmente, recibiría datos a gran velocidad y reanudarían la misión.

Se sentó. Se sintió abrazado por la silla. Alguien le dijo (una voz autorizada, tal vez la de Tanaka) que no necesitaría las drogas. Que su mente funcionaba por sí sola ahora.

Esos datos le parecieron bastante interesantes. Explicaba algunas cosas. Goldberg le habló entonces y le dijo que habían partido siguiendo el rumbo desde la Tierra y el Sol, que todavía no tenían ni puta idea de cómo habían acabado allí y que querían llegar hasta un lugar que esperaban que no estuviera bajo la influencia permanente de aquella estrella.

—Mírala —añadió Goldberg—. ¿Me oyes?

—Sí —respondió Taylor con una paciencia pausada, pero empezaron a llover números.

Vio la masa de destino. La tenía. Esta vez no la perdería.

Goldberg estaba con él y el universo volvía a hablarle, a una velocidad que podía comprender a la perfección. Saltó hacia el interior de la masa y fuera de ella, sin preocuparse en absoluto por la gravedad. Tenía una G5 a la vista. Goldberg dejó de hablarle o quizá lo hacía con tanta lentitud que ya ni siquiera podía oírle. Veía la estrella y fue a por ella, tranquilo y seguro de que las coordenadas no le fallarían en esta ocasión.

Acercó la nave.

Apagó, sistema a sistema, la luz de un sol amarillo.

Entonces supo que podría dormir.

Libro 2

1

La estrella extranjera estaba allí arriba, tenía una luna que cabalgaba ya sobre las colinas de arenisca. Se despedía, por tanto, de los últimos rayos de luz y Manadgi, que estaba acucillado sobre unas extrañas y regulares huellas que había encontrado en el barro a la orilla de un arroyo, se metió las faldas del abrigo entre las rodillas y escuchó a todos los cuartos del cielo, tanto a los que podían ofrecerle sus auspicios como a los que no. Escuchó solo los tímidos gorjeos y el chasquido de una pequeña criatura oculta entre la maleza.

Resplandecían ahora otras estrellas desorientadas; eran como minúsculas chispas que describían movimientos irregulares alrededor de la primera. A veces, y unos ojos especialmente agudos podían contarlas, eran dos o hasta tres motas al mismo tiempo, que refulgían antes del amanecer o del anochecer en las proximidades de la estrella extranjera.

La cantidad solía variar. Se combinaban o no lo hacían. ¿Debía tener en cuenta a todas las que medraban en torno a la estrella o solo a las que aparecían y desaparecían, y desde qué momento? ¿Cómo podía nadie saber si eso significaba algo o no?

Hacía ciento veintidós años que la estrella extranjera había empezado a crecer en los cielos y los astrónomos no habían sido capaces de explicar por qué algo que, en un principio era tenue y apenas visible, se había transformado en la historia que ahora se contaba: en esa estrella que amanecía y se acostaba junto a la luna, en un baile prehistórico con el sol.

Luego los astrónomos habían sentido vergüenza al reconocer que ni siquiera con la ayuda de sus lentes y sus planetarios podían estar seguros de si la aparición era una luna o una estrella, puesto que por su apariencia y comportamiento podía tratarse de ambas cosas, mas nada querían asegurar acerca de su influencia. Algunos pensaban que era buena, otros que era mala, y existían tantas pruebas de lo primero, como de lo segundo. Solo nand' Jadisheshi había sido claro al decir, con bastante agudeza por cierto, que auguraba cambios.

En cualquier caso, todos los astrónomos estaban de acuerdo en que, al mismo tiempo que la estrella aumentaba de tamaño año tras año, también crecía su inestabilidad.

¿Y alguien se atrevía todavía a llamarla bienaventurada?

Las huellas que yacían frente a sus ojos, los rastros de las máquinas eran, sin lugar a dudas, reales y relataban un ir y venir repetitivo al lugar de aterrizaje; algo evidente incluso por la noche, incluso para un morador de la ciudad. Los tachi, que vivían en aquellas colinas y que las conocían tan bien como un morador de la ciudad conocía su calle, decían que las máquinas habían caído desde el cielo, suspendidas de unas flores y que se habían dejado llevar por la corriente, hacia abajo y de forma constante, hasta aterrizar.

Así que, efectivamente, los visitantes tenían que proceder del cielo y con esas flores que descendían llegaron las máquinas que avanzaban por la tierra arrancando los árboles y aterrorizando a los niños tachi.

Manadgi había dudado de su origen, de la misma manera que dudaba que la sombra de la luna otoñal curara el reumatismo. Hoy en día la gente sabía que la tierra giraba alrededor del sol y que de la inclinación axial dependían las estaciones. Todas estas cosas sabían en aquella edad de la razón y lo entendían más desde que los astrónomos de la corte de los aiji optaran por ocuparse del problema de la extraña estrella y se encargaron de observar el fenómeno día a día con mejores lentes.

La luna, como ya sabían todas las personas educadas, era una esfera de naturaleza planetaria, que viajaba a través del éter al igual que la tierra (su prima menor), y los años se medían por la tierra, como esta calculaba el tiempo gracias al sol.

De modo que la caída de las máquinas de los cielos les resultó asombrosa, aunque no increíble. Al ver aquella huella imponente, que el carro de un granjero no habría podido hacer jamás, no resultaba descabellado pensar que habría gente viviendo en la luna. Podría imaginárselos cayendo a la tierra sobre enormes pétalos blancos o bajo grandes velas. Manadgi tenía la esperanza de poder verlos mañana porque el astro alcanzaría su plenitud y le parecía que era la fuente primigenia desde la que llegaban siempre los visitantes.

Aunque, como alternativa, estaba también la estrella inestable, cuya rareza persistente le había llevado a pensar que tenía algún tipo de relación con las máquinas, puesto que en realidad era una recién llegada a los cielos y, durante los últimos cuarenta años, había ido acumulando una plétora de pequeños satélites artificiales que de momento no eran otra cosa que diminutas chispas.

Pero claro, pensó Manadgi, estas también podrían aumentar de tamaño o acercarse a la tierra y enfrentarse a los hombres.

Quizá los habitantes de la luna hubiesen atraído la estrella extranjera hasta la posición que ocupaba actualmente e incluso era posible que navegaran en

su mundo creado a través de los vientos del éter de una forma similar a como lo hacían los barcos de pasajeros con las brisas.

Cierto es que al principio no parecía existir ninguna relación entre la aparición de la estrella o el estado de la fase lunar cuando descendieron las velas-flor.

No obstante, cabía preguntarse lo perspicaces que eran los tachi y lo valedero de sus recuerdos puesto que, simples granjeros como eran, insistían en que se trataba de flores y no de lonas corrientes y molientes, y después de pasarse un cuarto del año discutiendo acerca de cómo habían caído aquellas personas desde las nubes, no había sido hasta ahora (cuando las máquinas ya se habían asentado en el lugar y andaban a su antojo destrozando todo aquello que les salía al paso) que el aiji de los tachi había exigido que el aiji de la asociación Mosfeirana castigara con dureza a los invasores que se dedicaban a destruir y a asustar a los niños.

Manadgi se puso de pie, se sacudió el polvo de las manos y encontró, bajo los últimos rayos de sol, una piedra plana que lo permitiría cruzar el arroyo sin mojarse los zapatos; un bloque de arenisca que una de las máquinas con ruedas había arrancado de la orilla mientras surcaba el camino que subía hasta la colina. La huella era bastante curiosa, pues tenía un patrón en las ruedas que repetía su diseño y el peso de las mismas había dejado una serie de zanjas en la tierra más húmeda. Y no se atascó, lo que probaba la fuerza del motor... lo que, por supuesto, tampoco le sorprendía: si los habitantes de la luna eran capaces de controlar los vientos del éter y cabalgar sobre sus velas hasta la tierra, tenían que ser, desde luego, unos ingenieros formidables. Sospechaba, además, que no solo lo eran en ese aspecto.

No tuvo ningún problema para seguir el rastro de la máquina gracias a los árboles desarraigados y a la hierba manchada de barro. La noche se cernía sobre él y empezó a desear que los habitantes de la luna no lo descubrieran allí, por lo menos hasta que él pudiera encontrarlos a ellos y averiguar cuál era la naturaleza y alcance de su actividad.

«No muy lejos», le había dicho el aiji de los tachi. En el centro del valle, detrás de la roca abuela.

Casi no se dio cuenta de que era esa misma al subir sobre ella, porque yacía de costado.

Aquello era angustioso. Pero, después de ver los árboles derribados y la devastación que había sufrido el arroyo, uno debía suponer ya que los habitantes de la luna eran una pandilla de personajes salvajes, que no temían

en absoluto las posibles represalias o quizá ni siquiera supieran que los tachi eran personas civilizadas a las que se debía respetar.

Tenía la intención, al menos, de averiguar qué poder tenían los intrusos o si se podía tratar con ellos. Eso era más importante que otras cosas como, por ejemplo, de dónde venían, qué era aquella estrella inestable o cuál era su significado.

Manadgi esperaba averiguar todo esto.

Así fue hasta que coronó la siguiente elevación formada por la estéril huella de barro y vio, en la penumbra, los inmensos edificios blancos, cuadrados y austeros.

Se agachó, con el peso apoyado sobre los talones. No había otra manera de esconderse en aquel paraje que los habitantes de la luna habían mermado. El valle, que se habría transformado en una extensión de tierra desnuda y yerma, acogía a las frías estructuras cuadradas, pintadas con el color de la muerte. Las esquinas sobresalían sin formar alianza alguna con el paisaje. Se puso las manos frente a la boca para calentarlas porque el sol se estaba ocultando y empezaba a refrescar.

O quizá porque toda aquella rareza le pareció sobrecogedora de pronto y porque dudaba que pudiera sobrevivir si visitaba ese lugar pintado de manera tan amenazadora y deslumbrante, tal vez incluso desafiante, y desalineado con el entorno. Comenzó a temer los propósitos de esas personas que habían caído a la Tierra sobre velas de pétalos.

2

Desde el espacio podía verse el espectáculo glorioso del sol eclipsado por el aro planetario, pero el habitante de la estación podía verlo solo a través de las cámaras y gracias a una cinta grabada, mientras que uno que morase en el planeta podía hacerlo una vez al día, si salía al exterior o se detenía unos momentos al volver del trabajo. E Ian Bretano todavía lo hacía porque le resultaba un acontecimiento relativamente nuevo.

Nuevo y desorientador, sobre todo si se ponía a pensar en qué parte del planeta se encontraba, en dónde estaba su hogar o en lo que era o sería durante el resto de su vida.

Y, en ocasiones, por la noche, cuando las estrellas resplandecían sobre el valle, cuando la luna se mecía por encima de la línea del horizonte y todo el espacio se extendía sobre sus cabezas, añoraba la estación desesperadamente y se preguntaba durante unos segundos salvajes y exasperados, por qué había decidido descender hasta el fondo de aquel pozo planetario, por qué había dejado a su familia y amigos y por qué no había optado por ayudar a la causa desde los laboratorios limpios y seguros de arriba. «Arriba» era como lo llamaban ahora, aunque la palabra la habían inventado los del primer equipo.

Arriba, como si la estación, la seguridad, las familias y los amigos pudieran alcanzarse tan fácilmente como subiéndose en un ascensor.

Pero la familia y los amigos no estaban a su alcance, ni lo estarían a corto plazo, y puede, por lo que sabían, que no lo volvieron a estar. Ese había sido un riesgo que todos asumieron al bajar hasta allí y al exponerse a un clima y a un oxígeno tan extraño que la simple actividad de caminar de un extremo al otro del recinto se convertía en un ejercicio extenuante.

Los médicos les habían dicho que no habían tenido grandes problemas para aclimatarse al oxígeno enrarecido, y por supuesto que lo lograron, aunque él, un botánico que había trabajado sobre todo con tanques de algas y su taxonomía, no estaba seguro de convertirse en el candidato más idóneo para convertirse en pionero o descubridor.

Aun así, y a pesar de las incomodidades, también había compensaciones. Todos los especímenes que tenían en el laboratorio eran nuevos; la química y la genética estaban por descubrirse.

La mayoría, en fin, se había acostumbrado al cielo de día, a todo ese fulgor, a ese espacio azul que difractaba el polvo sobre sus cabezas y habían

logrado convencer a sus estómagos de que no debían revolverse ante el primer vistazo al horizonte (gracias a Dios que tenían las colinas a su alrededor que daban la sensación de una curvatura positiva y no negativa). Así iban aprendiendo a dominar las náuseas, a no desmoralizarse por la opacidad del cielo y a observar cómo cambiaban los colores tras las colinas cuando el mundo se giraba para mirar hacia lo más profundo del espacio.

Cada tarde y cada mañana traían consigo nuevas variaciones climáticas, así como otras sombras sobre las colinas.

Temperatura y colinas: aquellas eran palabras que habían aprendido en Ciencias de la Tierra, que habían visto en fotos que jamás habían logrado transmitirles la verdadera transparencia de un cielo o la frialdad de un viento que auguraba una tormenta, ni mucho menos el sonido de las corrientes que mecían las briznas de hierba. Todavía se sentía intimidado ante la delgadez de las ventanas que el trueno hacía traquetear. Nunca hubiera imaginado que una nube que se cruzara en el camino del sol pudiera enfriar tanto y tan rápidamente el ambiente. Ni tampoco que las tormentas tuvieran un olor particular. Jamás hubiera dado crédito a la complejidad de un sonido al propagarse por un paisaje o a los olores, agradables y desagradables, que conseguiría identificar mejor en cuanto su nariz dejara de sangrar y sus pulmones de dolerle.

Aún le costaba recordar que no estaba en la estación, mirando una cinta grabada de un planeta que no podría tocar, sino que se hallaba en tierra, con la mirada perdida en un punto de luz que no sabía si volvería a visitar.

La despedida de Arriba había sido difícil. Los padres, abuelos, amigos... ¿Qué podía decirles? Los abrazó porque supuso que sería la última vez, en aquella sala donde no se permitían las cámaras, y la verdad es que se había sentido perfectamente hasta que vio la expresión en el rostro de su padre, momento en el que todas sus dudas habían formado un nudo en su garganta que se había empeñado en permanecer ahí durante el viaje en la cápsula y, sí, también hasta que los tiraron en paracaídas.

—Hasta pronto —les había dicho al marcharse—. Son solo cinco años. Dentro de cinco años también vosotros bajaréis.

Y ese era el plan: construir la base y empezar a bajar a los colonos especializados, fabricar una lanzadera reutilizable en cuanto encontraran algo en lo que el Gremio estuviera muy interesado. Se suponía que los primeros en viajar en ese transporte seguro serían los familiares y amigos de los miembros del equipo que habían iniciado la primera fase de la misión. Ese era un privilegio que les habían garantizado por bajar hasta allí y asumir los riesgos.

Bueno, quizá él no había sido de los primeros, pero sí lo suficiente como para que se lo considerase un pionero.

Dios, se había sentido aterrado al abandonar aquella sala y dirigirse a la zona de embarque con otros diez miembros del equipo. Si hubiera tenido la oportunidad de darse la vuelta, echar a correr, suplicarles que mandaran cápsulas durante otro año completo o que alguien le asegurase que el paracaídas se abriría...

Si eso significaba ser un héroe, no quería repetir la experiencia y, joder, la caída libre... y el aterrizaje...

Los primeros astronautas lo habían hecho en las cápsulas, sujetas por los paracaídas. O así lo sugerían los informes. Toda la vieja tecnología de la Tierra figuraba en los bancos de datos. Sabían que la primera cápsula funcionaría, del mismo modo que estaban convencidos de que también lo haría la lanzadera reutilizable, al menos si el Gremio destinaba los recursos necesarios para construirla.

En cuanto a lo que se encontrarían ahí abajo... El Gremio podría haberse negado a bajarlos, pero no tenía el poder suficiente como para detener el lanzamiento de lo que él mismo había construido, y lo que habían fabricado, por su naturaleza, no requería la presencia de sus pilotos; lo que habían construido estaba formado por piezas sueltas y a partir de los planes de documentos históricos que el Gremio, en su soberbia sabiduría, había calificado como irrelevantes hasta ese momento.

El Gremio, desde luego, podría haber ejercido su presión para detener el asunto, para evitar que las cápsulas despegaran. Todavía podía hacerlo porque la división existente era patente.

También la estación contaba con su primacía y podía aplicarla, si es que el Gremio se empeñaba en entrar en aquel juego, pero no parecía muy dispuesto a ello. El Gremio no había alcanzado el consenso o tal vez creyera que la primera lanzadera de carga no lo conseguiría, o estuviera sufriendo una crisis de conciencia, que Dios los ayudara en ese caso. En cualquier caso, ningún morador de la estación sabía con certeza qué ocurría durante sus consejos, pero el Gremio todopoderoso todavía no había movido ficha. Y no podían matarlos de hambre una vez abajo, por lo menos no sin entrar en conflicto con una estación a la que tan abiertamente habían desdeñado. La comida y el equipo, eso sí, seguían llegándoles.

Unos cargamentos de alimentos y de herramientas que, tal vez, de aquí a un año, no les hicieran tantísima falta. Y, a partir de entonces, podrían ignorar los deseos del Gremio. Si podían comer lo que crecía allí, también podrían

vivir en el planeta. Durante el primer vistazo serio que la Fénix le había echado al planeta, habían visto ciudades y embalses, así como pruebas evidentes de agricultura, minería y algún que otro atributo de sociedades civilizadas, nativos que, con toda probabilidad, tendrían sus derechos. Pero no lo bastante importantes como para prevalecer sobre los suyos.

El sol se escondía entre rojos, amarillos y dorados. Había un planeta que refulgía por encima de las colinas. Era Espejismo, el segundo a partir de un sol que llamaban el Sol, porque, en realidad, no encontraron un nombre mejor para él, al igual que bautizaron al tercero «Mundo» o, en ocasiones, «Abajo», que era como los nacidos en el Gremio solían llamarlo con claras muestras de desprecio.

Y lo cierto es que a Ian le parecía un nombre absurdo; tenía la esperanza de que los de la primera generación tuvieran un apodo definitivo para aquel mundo. Algunos querían llamarlo Tierra porque aseguraban que era lo que todos identificaban como su hogar y ese planeta era, en todos los sentidos que importaban, un hogar. El Gremio había rechazado inmediatamente ese razonamiento.

Y otros, sobre todo el biólogo de hidropónica Renaud Lenoir, habían argumentado con vehemencia que no, que eso no era ni podía ser la Tierra. No debía. No era el Sol. Y tampoco la estrella a la que habían querido llegar cuando, lo que fuera que había ocurrido en el hiperespacio aconteció, y Taylor tuvo que maniobrar para salvar la nave.

Taylor quizá fuera el santo del Gremio (Taylor, McDonough y los pilotos mineros a los que, Dios los tuviera en su gloria, todos los supervivientes debían sus vidas), pero Lenoir, que había discurrido con tanto entusiasmo acerca de por qué no debían confundir la Tierra con ese lugar, también se había ganado el derecho a la santidad, independientemente de que el Gremio hubiera votado por razones que eran contrarias a los ideales del biólogo. No obstante, los obreros de la construcción y los técnicos de la estación, cuyos hijos e hijas heredarían la visión de Lenoir y bajarían a la superficie, habían votado en su mayoría en su contra durante la reunión.

No era la Tierra, les había dicho el biólogo, y tampoco la estrella a la que tenían que llegar. El planeta había sufrido su propia evolución hasta que sus habitantes alcanzaron un grado conveniente de inteligencia y, en el proceso, habrían creado además sus propias reglas biológicas, a través de sus experimentos con el entorno y de las exigencias que este impusiera a sus antiguos organismos.

La bioquímica, las taxonomías y las relaciones, empezando por las de las especies, pasando por los mayores ecosistemas terrestres y acabando en las de los microbios, tenían todas su lugar dentro de la biblioteca de la Fénix, que recopilaba sistemáticamente toda la sabiduría de una biosfera condicionada y transformada por unos seres humanos que la conocían al dedillo. En efecto, allí habían reunido cientos de miles de años de datos acerca de los sistemas naturales de la Tierra, de su evolución e interrelaciones.

Otorgarle nombres terráqueos a espejismos superficiales, había añadido Lenoir, no haría más que confundir a las siguientes generaciones, que no sabrían con seguridad quiénes o qué eran. Podría incluso engendrar una mentalidad que considerase que ese mundo estaba conectado a su historia de la evolución, y la sensación de propiedad, insistió el biólogo, no era recomendable; sobre todo porque cabía la posibilidad de que esa mentalidad los indujera a error en cuanto a los vínculos entre las ciencias de la vida y les hiciera tomar decisiones inconvenientes. Corromper el lenguaje para identificar lo que no podían entender del todo podría, por un lado, suponer un impacto fatal para su propia cultura y humanidad y, por otro, dañar los ecosistemas en los que tenían la esperanza de sobrevivir.

De modo que Tierra no podía ser. El consejo no se había pronunciado en cuanto a las demás ofertas; pero ¿con qué otro nombre podría llamar el bisbisnieto de Lenoir a aquel planeta, a ese hogar azul rodeado de nubes en espiral que Taylor había encontrado para ellos?

De modo que, cuando ya habían explotado los recursos mineros del sistema solar, construido la estación, reunido la economía necesaria (que podría, no sin ciertas dificultades, fabricar la lanzadera para alcanzar la superficie planetaria), los pilotos gremiales los habían obligado a marcharse y les habían pedido, después de casi ciento cincuenta años de orbitar alrededor del mundo, que cerrasen la estación y trasladasen todo a la base planetaria, sin aire ni agua, que el Gremio les ofrecería encantados en Maudette. Este era el cuarto planeta a partir el sol, con lo que los alejaría de un mundo que pretendían mantener en un estado sacrosanto, intacto y protegido de la influencia humana y, por supuesto, descontaminado.

Lo que significaba también que el Gremio quería tenerlos bajo la bota, porque ese era el precio que tendrían que pagar para vivir en Maudette.

El sol acariciaba ahora solo la coronilla de los edificios. El lado oeste de la colina estaba bañado en sombras. Ian se apoyó sobre el laboratorio cuatro y observó cómo refulgían los colores, más allá de la grieta de barro rojo que marcaba el camino seguro hasta las colinas de hierba suspirante.

En ese momento ya podía asegurar que se trataba de hierba, así lo había dictaminado el departamento. Por lo tanto, y desde hacía dos semanas, ya podían emplear la palabra oficial y científicamente. Aquello confirmaba las teorías y suposiciones de un siglo y medio de vigilancia desde la órbita. Habían dado en el clavo, los que creían en tales cosas eran ahora más importantes. Sí, los que habían dedicado sus carreras a memorizar los nombres de las cosas que se les mostraron a través de fotografías y que luego las transmitieron de generación en generación. Pasaron ciento cincuenta años estudiando taxonomías y ecosistemas de un mundo ancestral que jamás habían conocido.

El Gremio, por supuesto, dijo que no servía para nada. Los hijos e hijas del Gremio no estudiaron la Tierra, oh no. Los hijos e hijas del Gremio habían aprendido Física, mantenimiento de naves y vuelo espacial durante los años previos al viaje de la Fénix; al parecer, y según ellos, era mucho más crucial saber hacer despegar una nave que responder a las necesidades más básicas de las personas.

Pero ¿idiotas? Los mocosos del Gremio llamaban a los chicos de la estación idiotas y cosas mucho peores...

¿Por qué? ¿Acaso eran idiotas por poner en peligro un planeta que, francamente, al Gremio le importaba un comino? ¿Eran idiotas por aspirar a crear un mundo que les proporcionara en abundancia los mismos recursos que hacía muy poco eran precarios y cuya mayoría se reservaba para la lista de prioridades del Gremio?

¿Idiotas por desafiar la autoridad del Gremio porque no podías formar parte de su selecto grupo a menos que fueras un descendiente directo de la tripulación de la Fénix? ¿No era esa la auténtica razón por la que los nacidos en el Gremio los llamaban idiotas? Porque ninguno de los obreros de la estación podría nunca cruzar la línea y recibir el mismo entrenamiento que uno de ellos y, por supuesto, el Gremio tenía buenas razones para que siguiera siendo así.

Los insultos, desde luego, los habían herido tanto como esperaban los niños del Gremio. No importaba que si los de las generaciones más avanzadas los pillaban haciéndolo, les racionaran los víveres durante una semana. Aquello no bastaba para quebrantar su orgullo de clase y tampoco para que los niños de la estación pudieran alcanzar lo que se les negaba desde su nacimiento o para que la ciencia de la Tierra o de aquel paraje perdido les pareciera importante y relevante a los del Gremio.

De modo que ahora el Gremio les decía que debían abandonar aquel mundo e ir a colonizar la estéril Maudette, mientras ellos inspeccionaban las estrellas en busca de otros sistemas planetarios que no tuvieran dueño y, entre tanto, los demás se quedarían para seguir extrayendo minerales y construir las estaciones necesarias para suministrar combustible a las naves y para vivir allí y morir allí y empezar todo de nuevo. Todas las vidas perdidas, el sudor y el peligro... Ellos seguirían siendo los obreros zánganos, mientras que las naves del Gremio viajarían hasta lugares donde se necesitarían más obreros zánganos que construyeran para que pudieran conservar sus prioridades y todas esas ventajas que restaban recursos a los que no pertenecían a su elite.

Estaba mejor allí, plantado frente a la brisa fresca y bajo el sol poniente. En su cielo; en el intervalo en el que Espejismo se ocultaba y Maudette todavía tenía que alzarse, en aquel extraño momento entre la claridad del día y la noche.

Puede que murieran allí. Las cosas todavía podían salir mal. Un microbio podía eliminarlos a todos antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría. Y hasta era posible que perjudicaran aquel mundo y a todas las criaturas vivas que habitaban en él.

El temor aún lo sobrecogía en medio de la oscuridad o en el silencio susurrante de las colinas alienígenas. También sentía añoranza cuando quería decirle algo a su familia o a sus amigos de toda la vida y entonces recordaba, como quien evoca una muerte reciente, que el enlace telefónico no era tan sencillo desde allí y que no tenían garantía de que la lanzadera reutilizable en la que habían depositado todas sus esperanzas futuras fuera a construirse jamás.

Estévez había ido a Abajo con él, que Dios ayudara a Julio con sus estornudos. No hablaban de Arriba, ni tampoco de sus mutuas preocupaciones. Habían estudiado juntos, entrenado al mismo tiempo, se conocían desde siempre. ¿Cómo no iba a ser así en un recinto tan limitado como el de una estación? Julio y él habían hablado mucho sobre ellas antes de tomar una decisión, pero no volvieron a mencionar el tema cuando supieron que estaban dentro del equipo y la mayoría no había vuelto a decir ni palabra acerca de eso después de bajar. Allí todo estaba bien y no tenían miedo, y Estévez no se sentiría alarmado si llegaba tarde a cenar, no, claro que no. Julio estaría de pie junto a la ventana, preguntándose si se habría puesto enfermo durante el camino o si le habría mordido algún tipo de criatura alada que todavía no hubieran catalogado.

Ian se metió las manos en los bolsillos y caminó en dirección a los barracones. Lo más probable es que Estévez se hubiera calentado la cena en el microondas durante el último minuto de la puesta de sol. Lo cierto es que no solían reunirse para comer a una hora concreta porque como todos ellos obedecían casi estrictamente al horario que se trazaba en el laboratorio, no cenaban, por ejemplo, hasta haber concluido sus tareas. Tuvieron que aprender a prescindir, por tanto, de las comodidades, de la variación en el menú, de las neveras o cualquier otra tecnología: todas las ventajas iban para el laboratorio, por lo que ellos tenían que conformarse con alimentos congelados, secos o hervidos, y no parecía que aquel pronóstico asqueroso fuera a mejorar en un futuro próximo. Lo más probable es que el Gremio anduviera a la espera de que se pusieran a sus pies y de que les suplicaran que los rescataran para poder tomar una cena decente.

Entretanto, había descubierto una súbita e inesperada preferencia por los caramelos, que, con el regusto a óxido que solían tener, parecían lo único que sabía bien. Y la mayoría de ellos los sacaba de los laboratorios en los que trabajaba, de modo que los bautizó por lo que eran, con todos sus atributos químicos.

Sentían, debido principalmente a la dependencia que tenían de la comida que les llegaba desde la órbita, una necesidad imperiosa de identificar todas las hierbas, de diseccionar las semillas y de averiguar cuáles eran los procesos químicos, en qué se parecían a los de la Tierra y en qué diferían. El Gremio les había dicho que serían ecológicamente diferentes y que posiblemente estarían abarrotadas de toxinas con las que era mejor no jugar.

Pero el Gremio iba a estar equivocado en su última presunción. Si los resultados no cambiaban... Dios, las pruebas tenían buen aspecto, por lo menos a nivel químico que, en realidad, era lo único que importaba. Estaban familiarizados con algunas de las féculas y azúcares y no habían encontrado toxinas en las semillas que, según los informes de la Fénix, podrían procesar y cocinar de la misma manera que los seres humanos habían estado haciendo con sus alimentos básicos durante miles de años.

No obstante, y como de costumbre, los del Gremio no mostraban interés en comprender los sistemas naturales porque, en su opinión, aquello no les servía de nada, igual que no les servían de nada los planetas y, aunque no lo expresaran en alto, tampoco las estaciones ni sus habitantes les parecían de más utilidad que para los servicios que les prestaban. Los del Gremio hablaban solo de los desastres ecológicos, de los derechos de los nativos, de toda clase de derechos, incluidos los de la fauna local que, al parecer, tenían

incluso más que los trabajadores de la estación. Por lo tanto, el Gremio, movido por su intolerancia, había optado por cerrarse completamente a la posibilidad de comprender cualquier sistema natural.

Pero, en contra de las predicciones, no parecía que los microbios que habían recogido y aquellos que por su naturaleza convivían con los seres humanos fueran a enloquecer al entrar en contacto los unos con los otros, con ellos, o con el planeta. Ese había sido su mayor temor: que los virus se hospedasen en sus cuerpos o que las bacterias humanas causaran estragos con mayor celeridad de lo que eran capaces de solventar los problemas el personal de genética. Se habían preparado para tal eventualidad y, por tanto, habían tomado también las precauciones necesarias. No obstante, no había acontecido ninguna catástrofe; no estaban enfrentándose a ninguno de los conflictos que habían barajado, y ni siquiera los veían en los cultivos que examinaban en el laboratorio. El hecho de que estuvieran encontrándose correspondencias biológicas era, de por sí, un peligro, pero, y cruzaba los dedos, los inmunólogos empezaban ya a pensar que, aunque las hubiera, también estas llevaban parejas sus defensas activas. De modo que los ensayos clínicos les habían demostrado que el nivel de evolución microbiano estaba más íntimamente relacionado con la geología y la formación planetaria de lo que la teoría les indicaba. La experiencia no tenía precedentes; los genetistas, los geólogos y los botánicos habían aunado sus conocimientos en una borrachera espectacular la noche que les llegó el reparto de suministros con aquel regalo inesperado de Arriba.

Por Dios. La locura rozaba lo irreverente, sobre todo después de una vida entera de causa solemne, de política y del Movimiento. Pero los descubrimientos llovían sobre ellos después de un siglo y medio de estudios estancos de taxonomías. Se sentían embriagados por la invención. Entendían los sistemas naturales que veían. Habían trazado un marco comparativo, basándose en los principios de Lenoir y situando en primer lugar los interrogantes más importantes. Iban adivinando ciento cincuenta años de información a través de las ópticas y mediante su casi virginal acercamiento al planeta. Optaron por la ciencia planetaria frente a las ridículas conjeturas del Gremio, a su habitual absorción de recursos, a la construcción de naves, y en contra de todos los dichosos proyectos del Gremio que liquidaban el tiempo y los recursos de las estaciones.

Y el Gremio se arrepentía profundamente de cualquier cosa en la que no pudiera dar su opinión, entre otras, de que se hubieran empezado a construir

una estación allí, en la órbita de un planeta vivo y azul, en lugar de en Maudette, donde el paisaje era yermo y ni siquiera había aire.

Era más seguro, por lo menos eso habían dicho los científicos aquel día. Y estarían cerca de los recursos si algo iba mal.

Y desde luego que estarían próximos a los recursos; a los recursos y a la civilización inteligente que ya habían detectado en el planeta. Oh, sí, el Gremio había recurrido desde un principio a los argumentos éticos, pero, para ser francos, y a pesar de toda su palabrería acerca de la moralidad y del derecho que el planeta tenía a desarrollarse a su propio ritmo, lo que en realidad los tenía en ascuas eran los antiguos inquilinos. De modo que, ¿por qué era la vida de Abajo tan sagrada para el Gremio y por qué las de los obreros contaban, sin embargo, tan poco?

Así que allí estaba, porque papá no podía estar y mamá tampoco sin papá; la estación y el Movimiento lo necesitaban donde se encontraban, sobre todo si esa lanzadera requería de la aprobación del consejo.

Ya no sabía cuáles serían los argumentos del Gremio, aunque tampoco le importaba. Gracias a Dios, de aquel momento en adelante, la política del Movimiento y del que estaba al frente de este, de los que mandaban y de los que obedecían (al ser el hijo de un administrador había oído todas las razones a favor y en contra de que descendiera hasta aquí y, de hecho, había sufrido en sus carnes unas cuantas de ellas), ya no suponía un problema cuáles serían los siguientes pasos a seguir y cuál sería su estrategia para tratar con el Gremio. Estaba allí para practicar la ciencia que lo había fascinado desde los ocho años y de la que había creído, después de las repetidas burlas de los idiotas del Gremio, que no tendría oportunidad de convertir en su profesión.

Pero el sueño de papá le granjeó un rápido «por supuesto», incluso a la temprana edad de ocho años. Por eso había hablado sin pensar. Por supuesto que irían a la Tierra, por supuesto que caminarían por ella algún día.

Y ahora, efectivamente, había caminado sobre la superficie planetaria, y cumplía con el trabajo de Lenoir, lo estaba haciendo, y por sus propias razones; se servía de todas las series, las taxonomías y las correspondencias extrapoladas y almacenadas en el sistema que lo informaban de los procesos del sistema natural y que posiblemente lo ayudarían a tratar con un ser vivo. Estaba sentando las bases de la ciencia natural de ese mundo y descubriendo las maneras de interactuar y de protegerlo frente a sus propios errores porque, joder, antes o después tendrían que venir. Lenoir tenía razón, quizá el mundo ya contara con su propia forma de vida superior y esta llevara miles de años respondiendo a un nombre pronunciado en el idioma de alguien, pero la

humanidad había llegado a ese sistema sin quererlo y, por lo tanto, era igualmente inevitable que interactuara con ese mundo, pues, al fin y a la postre, Maudette había quedado fuera de toda consideración. Sabían, además, que el planeta estéril tampoco sería la elección del Gremio, por mucho que este se empeñara en apartar a sus obreros del único lugar que les brindaba una buena posibilidad de supervivencia. Ese mundo se había convertido en una esperanza para ellos, en una manera de asegurar su libertad y su identidad, y lo había hecho antes incluso de que pusieran un pie en él.

Así que, allí estaba, en un lugar al que muchas generaciones habían trabajado por llegar y de ninguna manera estaba dispuesto a admitir una derrota. No regresaría Arriba, rescatado por una nave del Gremio y a punto de morir de hambre.

Ni estaba dispuesto a que lo recogieran como a una oveja de un rebaño y lo transportaran hasta el vacío de Maudette, obedeciendo a pies juntillas los términos establecidos por el Gremio.

Ya era demasiado tarde para eso, eternamente tarde.

Hablando de lo cual...

Julio estaba en la ventana; pudo ver su sombra a contraluz.

Una sombra que agachó la cabeza repentinamente al estornudar.

3

Manadgi pensó que quizá fuera la cobardía lo que le impedía acercarse al valle. O tal vez fuera la prudencia la que le aconsejara que, mientras el sol se ocultaba en silencio entre los edificios, dedicara la noche a observar y a pensar por si esto le granjeara algún entendimiento.

Una de las estructuras tenía ventanas. La mayoría no. El tamaño y la altura de las mismas no estaban claros desde aquella distancia. Había atisbado movimientos aislados de seres vivos entre los edificios al anochecer y, ocasionalmente, también después.

Vio las máquinas predatoras, que merodeaba por la esterilidad que ellas mismas habían engendrado. Ninguna de ellas se le acercó, quizá porque había tomado la precaución de alejarse de las huellas que, evidentemente, señalaban el recorrido que debían hacer por toda la zona, como si su objetivo no fuera el de alcanzar un punto específico sino más bien el de hacer cuantas más rutas pudieran sin alejarse del radio de los edificios.

¿Pero acaso necesitaban la devastación para poder caminar?

¿O tal vez los habitantes de la luna tenían otros propósitos al desnudar y desmembrar la tierra como lo estaban haciendo? Quizá temieran que sus enemigos se les acercaran. O puede que no quisieran proporcionar ningún escondite a los espías.

Era posible que su intención fuera la de demostrar lo que eran capaces de destruir o que, detestaba pensarlo, considerasen que aquella demolición era hermosa.

Tenía la intención de caminar hasta los edificios y presentarse ante alguna autoridad, pero al considerar esta última posibilidad se lo pensó dos veces.

Una de las máquinas pasó justo por debajo de su escondite, iluminando la hierba que bordeaba la devastación con una intensidad semejante a la del sol que acababa de desvanecerse. No tenía ruedas, sino unas placas unidas sobre las que se arrastraba. Su parte delantera era una garra que se mantenía rígida. Quizá sirviera para cavar o para hacer zanjas. O quizá fuese un arma.

Desde luego no le apetecía acercarse a eso y preguntarle cuáles eran sus intenciones.

Un haz de luz iluminó las rocas y recorrió la colina. Manadgi contuvo la respiración, sin atreverse siquiera a moverse. Seguramente alguien se sentaba a los mandos de esa máquina, se dijo a sí mismo, pero había algo tan

inquietante en la rutina de esas luces que se le puso la piel de gallina al observarlo.

¿Y qué, se preguntó, si las labores de tales máquinas eran rutinarias? ¿Y qué si sus propietarios las dejaban sueltas para que destruyeran, para que cumplieran con sus objetivos sin tener en cuenta qué o a quién pisaran por el camino?

Un rayo de luz emergió de la ruidosa máquina e iluminó el paisaje a su espalda. Eso ha estado demasiado cerca, se dijo, y reculó, pero se detuvo en seco al ver el brillo del cristal y del suave metal entre la maleza y la hierba de la cuesta que yacía a sus pies.

Un ojo, pensó, el único ojo de la máquina, se abrió paso a través del herbaje, pero como no se movía, quizá no se hubiera dado cuenta aún de su presencia.

Había acudido allí con la intención de decidir si se acercaría. Pero no para esto. No para esto. Contuvo la respiración mientras se preguntaba si se atrevería a moverse, si podría hacerlo y cuánto tiempo habría estado ese ojo allí antes de que la luz de la máquina se lo mostrase.

El área de maleza en la que la máquina con la garra había desaparecido estaba ahora a oscuras y él se encontraba acurrucado de una manera extraña, preparado para alejarse, aunque sin saber si se atrevería, y preguntándose también si habría otra máquina parecida acechándolo con su mecánica paciencia o si esos ojos se hallarían diseminados por la hierba y las rocas, y cómo había sido capaz de pasar junto a ellos sin ser visto. Tembló al pensar que era responsable de los destinos de otros más importantes que él y que de su elección acertada o errónea, de la suma de esos extraños participantes cuyo número era incapaz de averiguar, y de una oportunidad cuidadosamente equilibrada, dependería que la balanza de los acontecimientos se inclinara hacia uno u otro lado; para bien o para mal de los aiji, sobre cuyos intereses se apoyaban muchas, pero que muchas vidas.

Estaba claro que los habitantes de la luna no tenían derecho a invadir el mundo tachi que los aiji regentaban. Los habían perjudicado con su arrogancia y con su poder, y habían desafiado a la gente de toda la Tierra y por ello debía ser él quien decidiera, aún a riesgo de que al ojo le nacieran piernas y echara a correr para informar o que lanzara un grito que alertaría a otros de su especie y que atraería así a la máquina de la garra de vuelta a la pendiente donde él se encontraba.

De momento no había hecho ninguna de las dos cosas. Así que quizá estuviera apagado. O tal vez no fuera una máquina independiente, sino una

pieza desguazada de otra dañada. Si cayeron del cielo, es posible que una de las velas-pétalo fallara y que se estrellara contra las rocas.

Apenas le alcanzaba el aliento para llenar los pulmones, mientras reculaba silenciosamente, cada vez más atrás, forzando sus ojos mortales a mirar a la oscuridad, a ese ojo, y se preguntaba si aquel tendría orejas con las que oír el susurro de la fricción de las prendas, o el murmullo de su respiración, o incluso —y esto le parecía lo más probable— de los latidos de su corazón. Mas el ojo estaba apostado en la oscuridad, tal vez ciego o dormido, o quizá fingiendo una de las dos alternativas. ¿Podían los mecanismos oír, oler o pensar?

¿De qué manera se movían? ¿Activarían y desactivarían sus interruptores a voluntad? Eso le parecía imposible.

Al menos estaba inerte. Se puso en pie y avanzó con sigilo colina arriba. No encontró otros ojos entre la hierba. Llegó hasta el cerro y utilizó las rocas que todavía permanecían enteras a modo de escondrijo para recuperar el aliento y recobrase del susto.

Los aiji, se dijo, tendrían que haber enviado a uno de sus asesinos; y no a un portavoz, sino a alguien de la guardia, acostumbrado a los peligros, que supiera cómo moverse en silencio y cómo juzgar las amenazas.

Y tras comprobar que la situación estaba fuera de su comprensión, lo más coherente habría sido retirarse con la información de la que ya disponía y aconsejar a los aiji y a los hasdrawad que enviasen a alguien con las habilidades necesarias para penetrar en aquella devastación. La verdad es que no veía una manera segura de acercarse.

No obstante, ¿acaso le había atacado alguna de las máquinas? ¿Habían dañado a los niños o podían los tachi demostrar que hubiesen matado a sus rebaños?

Admitió que el miedo había nublado su juicio hacía solo un momento. Aquellos aparatos mecánicos habían causado estragos en la tierra, pero no, y desde luego habían tenido la ocasión de hacerlo, a las personas o al ganado. Los chiquillos que hablaron sobre las máquinas escaparon ilesos y ninguna de ellas los había seguido hasta el pueblo. Los pastores que habían espiado el aterrizaje de las velas pétalo también habían escapado vivos e ilesos, y las máquinas de los habitantes de la luna no los habían seguido.

De modo que tal vez las máquinas fueran entidades sordas e incluso carentes de ingenio, por lo que echar a correr como había hecho le hacía sentirse ahora como un estúpido.

Por lo menos no había nadie allí que atestiguara su dilema, que lo viera arrebuñado en aquel agujero, temblando y no precisamente de frío.

¿Era esa la historia que quería contarles a los aiji y a su corte? ¿Que había huido sin tomarse la molestia de echar un vistazo más de cerca? Confiaba en sus habilidades como observador y negociador. ¿Y fallaría en la tarea de reunir cierta información acerca de su posición y número? Aquellos datos les serían de utilidad mientras los hasdrawad debatían y los aiji organizaban otra misión quizá más agresiva.

No se atrevía a regresar con un informe poco preciso, ni a pedir que la tarea se la encargasen a un asesino, pues la reacción impetuosa de uno de ellos podría desencadenar unas hostilidades que tal vez no conviniese a ninguna de las partes. Había llegado hasta allí para preguntarles a los habitantes de la luna qué estaban haciendo y para obtener una respuesta que pudiera transmitirle a los aiji. Había tenido en cuenta desde el principio la posibilidad de que lo mataran por error o por una acción hostil. Era un riesgo que había aceptado cuando los aiji se reunieron con él cobijados en la seguridad de sus cuartos.

¿Podía retirarse ahora y decir que las máquinas lo habían amenazado, lo que le haría quedar como un cobarde, y aceptar que su informe conllevara unas consecuencias irremediables?

No, no podía. Ni por asomo podría justificar tales acciones. Los aiji habían confiado en su talento y lo habían escogido para la misión precisamente por esas facultades.

Supuso que los aiji también opinaban que era inteligente, juicioso y astuto y, aunque no deseaba decepcionarlos, sabía que sus recursos personales eran ahora escasos, que la noche era muy fría y que nada en su vida lo había preparado para aquella situación.

4

La mañana amaneció con la misma palidez lechosa que el primer día que Ian despertó en aquel planeta, con la compañía de un grupo de nubes disgregadas que no amenazaban tormenta. Los colores, rosa y dorado y blanco perlado, y una neblina en los lugares más bajos. La condensación resultaba de la acumulación de humedad en el aire y de que la temperatura estuviera a punto de alcanzar su cota más alta. La humedad surgía a raíz de una precipitación anterior, de la evaporación desde la tierra y de la transpiración de las plantas. Uno podía generar el mismo efecto en el herbario, en la estación, mediante la combinación de procesos naturales y mecánicos.

Pero allí el efecto era hermoso. Aunque nunca hubieran creído que las nubes pudieran adoptar ese matiz rosado. Es una pena, pensó Ian. Podrían haber puesto un observatorio en aquellos sitios y organizado alguna que otra visita, además de comprobado los demás efectos planetarios.

«Es bonito», le había dicho Julio desde la puerta de los barracones. «Es bonito, hace frío... Pásalo bien».

Estévez, con sus temperaturas reguladas y su aire filtrado: un ingeniero de sistemas de vida con alergia al entorno era un espécimen experimental poco propicio para la medicina.

Estévez se encogió al ver el cielo abierto. ¿Y reconocería sus temores? ¿Cedería ante ellos? No si después de echar un vistazo al clima tenía que volver dentro para vomitar. Era alergia, o eso les había dicho él.

Y a la vez era y no era divertido, puesto que no podría abandonar aquel planeta. Los esteroides no eran la respuesta a largo plazo y no se habían tropezado con un problema de inmunidad en cien años, e incluso más. Los parches genéticos no eran una opción válida en el pequeño laboratorio de química y de ciencias terrestres que habían construido en el planeta y tampoco podían enviar especímenes a Arriba, ni contaban con personas capaces de manejar el instrumental si es que conseguían bajarlo hasta allí. No estaban convencidos de que los parches genéticos fueran lo que debían probar en circunstancias tan exóticas como aquellas y, entre tanto, en Archivo se les había ocurrido una idea tan sencilla como antigua: encontrar la sustancia y probar a atacar la sensibilización.

«Perfecto», dijo Estévez, insomne a causa de los esteroides, perforado por las agujas, atado con cinta aislante y convertido en el objeto de estudio de

botánicos y zoólogos. Estaba dispuesto a probar cualquier cosa. Entre tanto los mantenían bajo los efectos de la filtración, cómodamente asentado y con el sentido del humor íntegro, salvo que le aterraba el haber reaccionado a algo después de estar dos meses allí. Los científicos pensaron que tardaría más. Aunque no estaban seguros. Nunca se habían enfrentado al problema de exponer a un ser humano que llevase ciento cincuenta años aislado genéticamente y sometido a la radiación a un mundo alienígena. Por lo menos no constaba en sus archivos.

«Estupendo», dijo Estévez.

Mientras tanto, todos los demás salían en misiones de reconocimiento y dejaban a su paso sus pequeñas redes de cinta, contaban las especies de hierbas, cogían cuidadosamente especímenes nuevos de matorrales, forrajes, semillas, plantas y hongos. Los científicos le paseaban por la nariz parte de esos ejemplares o se los pegaban a la piel con cinta adhesiva. Colgaban pedazos sencillos de estas muestras y tomaban nota de todo aquello que los sorprendía de alguna manera. Al principio analizaban el papel de los filtros porque pensaban que cualquier cosa a la que Estévez reaccionase tenía que transportarse por el aire. No obstante, ahora empezaban a trabajar en una nueva teoría, de modo que también examinaban la tierra y las hierbas en descomposición en busca de nuevos mohos.

Añadieron, por tanto, el puñado de arena a los exámenes regulares y aumentaron la red de especímenes más allá de la tierra esterilizada. Ian recogía una muestra de ella cada cien metros; introducía un tubo de plástico más allá de la línea de las raíces y dejaba una fila de tubos de plástico azules a lo largo de la colina, que iría recogiendo cuando regresara. Las manos ancianas podrían trabajar allí a gran velocidad. Deambulaba y se paraba a menudo, con los pulmones doloridos a causa del paseo.

El día anterior se había percatado de que había una variación de color en la colina este. Posiblemente fuera una planta a punto de florecer y, si realmente lo hacía en aquella economía natural, estaba claro que debía ser una consecuencia del material genético y de la combinación sexual cuyo objetivo no era otro que el de producir semillas, al igual que lo hacían las hierbas, y que le parecía un sistema ventajoso a pesar de sus perjuicios terrestres.

Eso indicaba, por tanto, que arrojaba cosas al aire y si eso era así, cabía pensar que lo que lanzaba no era otra cosa que polen. El comité seguía discutiendo la cuestión de si se trataba de un cuasi polen o de unas cuasi esporas de las cuasi flores, pero nadie se molestaba en preguntarle a Estévez si a él le importaba algo. Posiblemente, la reproducción de las plantas de hoja

ancha requiriera aquel debate e incluso una nueva nomenclatura, pero aquellas flores le recordaban a las que crecían a partir de una semilla terrestre y que habían cultivado en el herbario; esas violetas rojizas que eran diferentes a cualquier otra cosa con la que se hubiesen tropezado en aquel paisaje.

Y tenían un olor dulzón. Un aroma deliciosamente dulzón que lo había embriagado cuando subió la colina para recoger una muestra total de la planta.

Una vez hecho, y tras desearle lo mejor a Estévez, se dispuso a trazar la cuadrícula fijando líneas de un metro de largo sobre una red de plástico, recogió el contador y empezó a enumerar las hierbas corrientes. Había una clase, o eso aseguraba Lawton, que, con ciento treinta y seis granos por año, evidenciaba una clara selección artificial y que probablemente hubiera llegado hasta donde estaba desde los campos cultivados. Aquello les permitiría reunir los datos necesarios para saber si lo que plantaban los nativos era comestible para los humanos. Eso sí, analizándolo todo desde una muy prudente distancia.

Lo que los informaría de...

Una de las sirenas emplazada entre los edificios de la base empezó a ulular de forma repentina. Ian, que estaba sentado, se quedó helado. Miró colina abajo y a su alrededor, creyendo que alguno de los vigilantes que rondaba por el valle debía de haber confundido su posición y accionado las alarmas del perímetro.

La hierba tras él crepitó en un susurro. Giró sobresaltado sobre una de sus rodillas y se encontró frente a un par de viejas botas marrones y al dobladillo de un abrigo del mismo color que se prolongaba hasta las rodillas y contaba con un sinnúmero de botones. Arrebujado en su interior vio al que, desde su perspectiva, le pareció un gigante con la piel de ébano.

No pudo moverse. Oyó la alarma que ululaba en la distancia y se dio cuenta de pronto que él era la emergencia y que aquello era la causa, ese... hombre, esa criatura que había escogido acercarse en ese momento, que lo había escogido a él.

El nativo le hizo señas para que se levantase en un par de ocasiones. Le fue imposible no advertir la inteligencia, el propósito y la naturaleza civilizada de aquel nativo, que era negro como la noche, con un rostro totalmente diferente al de un ser humano, pero atractivo en sus planos y ángulos.

Lo invitó a levantarse por tercera vez y, mientras obedecía, no entrevió amenaza alguna. Era increíblemente alto (le debía sacar más de una cabeza) y

muy ancho de hombros. No le pareció que llevase armas consigo, lo que le llevó a pensar de manera inmediata que aquel desconocido pudiera confundir su equipo por armamento. Tenía miedo de extender la mano hacia la sonda que había estado usando, miedo de moverse en cualquier dirección porque no podía evitar recordar cuántas guerras se habían declarado a lo largo de la historia de la Tierra por errores de ese tipo, que habían arruinado la ocasión para razonar.

Pero se acercó una mano cautelosa al bolsillo del pecho y encendió el interruptor de la radio, siempre alerta ante cualquier signo de alarma.

—Base, he contactado —les avisó en un susurro, mientras miraba atentamente el rostro del nativo—. Base. —Mantuvo un tono de voz bajo y no apartó los ojos del intruso, como si estuviera hablándole a él—. Base, aquí Ian. He contactado. Tengo compañía.

El nativo no demostró ninguna objeción, pero ante el súbito temor de que la respuesta de la Base fuera imprudente y espontánea, hizo girar la rueda del volumen en lo que esperaba que fuera hacia abajo.

—Nil li sat-ha —le dijo el intruso o al menos eso le pareció. Lo hizo en voz baja y, gracias a Dios, también aparentemente razonable. Señaló el camino hacia la base, como queriendo invitarlo a dar un paseo.

Luego volvió a señalar el lugar donde se encontraban.

—Base —le informó, procurando que su voz no temblara—, ese era él. Creo que es un él. Por lo menos eso parece. Es un tipo muy alto. Va bien vestido. No lleva armas. No vengáis. Parece civilizado. Voy a hacer lo que quiere, voy a salir del perímetro, no quiero que se asuste. Manteneos a distancia y no me habléis.

Una mano fuerte y dura se cerró en torno a su brazo. Miró sobresaltado al intruso; nunca jamás le habían cogido de una manera tan amedrentadora y enérgica. Pero, de pronto, la situación se estaba convirtiendo en algo muy confuso; echó un vistazo colina abajo y vio que sus amigos corrían hacia ellos. Estaba claro que el intruso parecía alarmado y sus vidas y todo por cuanto habían trabajado se perdería si ahora alguien metía la pata.

«Ven», quería el desconocido. Y una parte de sí mismo clamaba por regresar a lugar seguro, por volver a las cosas que conocía, con aquellas con las que podía lidiar en sus propios términos.

Pero la mano que tiraba de él era demasiado fuerte como para enfrentarse a ella con violencia y se dispuso a ir donde quería, sin dejar de pensar en qué hacer a continuación. Dejó la radio encendida con la esperanza de que nadie los persiguiera, ni arrinconaran al alienígena.

—Base, todo va bien. Estoy a salvo. Solo quiere hablar. Por Dios Santo, decidles que se retiren...

No tenía ni idea de por qué corrían precipitadamente hacia donde se encontraban. Tal vez ellos supieran algo nuevo o quizá fuera porque en la base no tuvieran claro lo que hacer. Pero no podían luchar. Contaban con un puñado de armas con las que protegerse de las intrusiones de animales, mas no eran otra cosa que unos pocos humanos en un mundo que sabían que no les pertenecía, además de que tampoco podrían marcharse del planeta porque nadie bajaría a por ellos, ni el Gremio hasta que la lanzadera estuviera construida, y no había manera de que pudieran luchar contra una población de nativos decididos a atacarlos.

Alguien gritó colina abajo, no sabía qué, pero el intruso empezó a correr y se encontró a sí mismo obligado por la mano que lo sujetaba del brazo que tiraba de él a un ritmo agobiante y complicado de seguir.

—¡Manteneos a distancia! —le gritó a quien estuviera escuchándolo—. ¡Maldita sea, no me está haciendo daño, dejad ya de seguirlo!

Se quedó sin aliento. No estaba aclimatado a aquel aire, por lo que no podía hablar y correr al mismo tiempo. Luchó por no caer de bruces, mientras el intruso esquivaba los matorrales y las piedras mientras tiraba de él.

Los tobillos cedieron por el esfuerzo y cayó de rodillas sobre la colina terrosa. El alienígena apresaba su brazo con una fuerza que le cortó el riego sanguíneo.

Levantó la mirada hacia el nativo. Estaba aterrado e intentó coger aire, levantarse. El gigante lo puso en pie de un tirón y miró el camino que habían recorrido. Ian, a pesar del dolor que sentía, se dio cuenta de que el intruso tenía tanto miedo como él.

—Estoy bien —dijo por radio—. He bajado el volumen. No puedo oíros. ¡No quiero asustarlo, así que no vengáis a por mí!

El nativo tiró con brusquedad de él y él cooperó cuanto pudo, procurando mantener el ritmo. No obstante, los pulmones le ardían y cada vez estaba más falto de aliento. Sintió que su cabeza se ladeaba y se percató entonces de que el gigante lo llevaba medio en volandas, mientras que él, que ya veía el mundo tan solo en tonos grises, luchaba por llenar sus pulmones de aire.

Finalmente el gigante lo cogió en brazos, arrimándolo a su cuerpo y a su abrigo. No protestó, se limitó solo a respirar, a cobijarse contra el torso jadeante del nativo para recuperar la visión y seguir con vida, y no hacer nada que pudiera desencadenar una locura.

5

—Está con la criatura —pronunció Patton Bretano con el corazón en un puño, y Pardino, que estaba en la superficie, siguió informándolo acerca de la transmisión por radio que habían recibido, que seguían recibiendo. Necesitaban urgentemente que la estación tomara una decisión.

Patton Bretano se sentó con el receptor en la mano, escuchó lo que emergía de él y se preguntó por qué había sido su hijo y qué clase de locura lo había enajenado tanto como para vagar solo o para alejarse de la base en lugar de correr hacia ella, aunque en realidad creía saber ya la respuesta.

Ian no pondría en peligro el proyecto, no lo haría. Pardino le había dicho que había estado trabajando cerca del perímetro. En un área sobre la que esperaban tardar años en encontrar respuestas.

Pero estas le habían hallado a él. Lo habían encontrado desprotegido en los límites. Pardino le informó de que la radio seguía encendida y que si continuaba así tendrían la oportunidad de rastrearlos.

Sin embargo, ¿cómo puedo estar seguro, Joy?, era el pensamiento que se repetía en su mente y que ahuyentaba a todos los demás razonamientos. Su instinto como padre le urgía a organizar una partida de búsqueda, a maldecir a Ian por sus acciones insensatas; a su instinto de padre le importaba una mierda los riesgos que conllevara aquella pesquisa.

El padre no quería preocuparse de las connotaciones políticas o de los conflictos que lo enfrentarían al Gremio si intentaba rescatar a su hijo. El político pensaba en los riesgos que correrían, en dónde habían situado la base... Dios, por supuesto que existían peligros pero también maneras de evitarlos. Los nativos no eran lo bastante inteligentes como para sortear sus defensas. Habían pasado meses allá abajo sin que aconteciera ningún incidente. Nunca habían descuidado las precauciones e Ian ni siquiera había estado en el primer equipo. De hecho, había movido cuantos hilos tenía a su alcance para que su hijo no formara parte del primer grupo...

—Pat —le dijo Pardino—, ¿Pat, estás ahí?

—Sí —respondió, pensativo—. Que Dios nos ayude, ya ha ocurrido, ¿no es verdad? Hemos entrado en contacto. A partir de aquí ya no hay vuelta atrás. Pero mi hijo...

—No podemos ir tras él —continuó Pardino—. Todos estamos de acuerdo, no podemos ir tras él, no estamos en situación de...

—Quiero las transmisiones.

Temblaba. La conmoción todavía contraía sus nervios y le decía que aquello no podía ser verdad. Pero esa radio encendida era el único vínculo frágil que tenía con Ian y eso era lo que quería escuchar, no a Pardino; quería asegurarse de que su hijo estaba bien y no le importaba un comino lo que los del Gremio pudieran decirle al respecto, ni tampoco que las noticias se fueran a difundir por la estación a una velocidad vertiginosa. De alguna manera tendría que contárselo a Joy y transmitir un comunicado oficial.

Tendría que tomar una decisión antes de que el Gremio les proporcionara su propia historia.

No era un hombre malo. Se dijo que no era un hombre malo. Caminaba en una línea extremadamente fina entre los pilotos del Gremio que no se detendrían a la hora de inventar una historia aunque esta destruyera toda esperanza, y un consejo de sátiros que se oponía a los primeros con exagerado ahínco. Y ahora Ian se había situado en medio de lo que, Dios lo ayudara, él había planeado.

Porque sabía, al igual que el comité, que había habitantes en esa zona de la isla, que no contaban con una tecnología propia y que era precisamente por eso por lo que habían escogido esa área, para que el primer contacto no los pusiera frente a frente con los políticos más experimentados ni con la tecnología más avanzada del planeta. Pero nunca habría querido que su hijo se viera involucrado en el proceso.

Pardino le estaba diciendo algo acerca del parche en el canal B y no podía hacer otra cosa que pensar en que el Gremio estaría espiando las transmisiones a partir del momento exacto en el que ocurriese algo fuera de lo normal. Todo lo dicho, todo lo que decía Ian, llegaba hasta el Gremio de la misma manera que lo hacía hasta ellos, de eso no le cabía duda.

—Pat —le dijo Pardino, interrumpiendo lo que quería oír, la voz de Ian—. Pat, el chico tiene recursos, está portándose de manera inteligente y no está herido. No sé lo que está pasando, pero no lo están amenazando. Nos habla, pero no deben sospechar que lo escuchamos porque no tienen radio. Nos ha dicho que ha bajado el volumen para que los otros no puedan oírlo, pero tampoco está tan lejos. Las baterías le durarán al menos cuatro días. Nos ha pedido que no vayamos detrás del tipo porque no lo está amenazando. ¿Lo tienes, Pat?

—Sí, sí, te entiendo. Pero, joder, quiero las transmisiones.

—Tienes todo lo que tenemos.

Dicho aquello, Pardino se calló. Como si no pudiera contribuir con algo mejor. Pero Pardino le había dicho que era un chico con recursos y Patton se aferró a esa idea. Sí, Pardino calló y en su lugar empezó a escuchar una respiración susurrante y estática. A continuación oyó la voz de Ian que decía:

—Todo va bien, no os preocupéis, se ha asustado porque creía que alguien nos seguía. Estamos metidos en una cueva entre las piedras. Sigue acariciándome el brazo, con muchísima suavidad, como si quisiera que yo guardara silencio. Me habla y yo le hago pensar que le respondo.

La voz de su acompañante le llegó entonces con un suave ronroneo.

—Me saca por lo menos una cabeza —prosiguió la voz de Ian—, se parece mucho a nosotros pero es increíblemente fuerte. Su piel es negra como el espacio, tiene los ojos pequeños y una nariz arqueada, casi chata enmarcada en el rostro. Frunce el ceño. Y supongo que oiréis...

Volvió a escuchar esa segunda voz. Luego una pausa.

—... que me está hablando. Supongo que lo estaréis oyendo... Lo hace de una manera muy suave, como intentando convencerme de que todo va bien.

La voz de Ian temblaba. Patton podía percibir el temor de su hijo y la presión a la que estaba sometido a través de su respiración entrecortada y casi desesperada. Entrelazó las manos y supo con seguridad que el Gremio estaría grabando cada uno de los minutos culminantes de la situación, para ponérselo luego al consejo y a toda la estación.

Conocía bien a su hijo y sabía que no era de los que perdían los papeles. Ian controlaba la situación emocionalmente. Era el estrés físico o una fuerza física la que añadía ese temblor a su voz, pero otros quizá no lo creyeran así.

Tecléo el número de su esposa antes de que las noticias empezaran a difundirse. Se lo dijo de la misma manera que Pardino se lo había expuesto a él. Tan solo:

—Joy, Ian tiene un pequeño problema, no te asustes, pero ahí abajo han establecido un contacto e Ian lo ha conocido.

—¿Un contacto? —preguntó Joy desde el otro extremo de la línea—. ¿A qué te refieres con que han establecido un contacto? ¿Está bien? ¿Pat, está bien?

—De momento, sí —la tranquilizó—. Podemos oírlo, tiene la radio encendida. Lo tengo en el otro canal. Enciende el B.

—Lo tengo —le informó—, lo tengo.

—... casi sin aliento —decía Ian y tosió—. Me tiemblan las piernas. No estoy aclimatado. Diría que estamos a un par de kilómetros de la base, pero la verdad es que no sé cómo calcularlo. Hay árboles alrededor, de esos con el

tronco fino y las hojas grandes y planas. También hay mucho musgo, así que supongo que habrá una gran fuente de agua no muy lejos. Lo que veo son... Sí, hojas grandes y suaves.

Por Dios, pensó Patton, el chico seguía examinando su entorno, informándoles acerca de la maldita botánica, pero lo que él quería saber era más acerca del nativo.

Oyó que la criatura volvía a hablar y su mujer le preguntó:

—¿Es uno de ellos?

—Que yo sepa, solo hay uno —murmuró como respuesta—. Cruzó el perímetro de seguridad y abordó a Ian. Ian les ordenó que no fueran tras él. Parece ser que no se sentía amenazado.

—Señor —irrumpió la voz de su secretaria—, lo llama Vordict, dice que es urgente. Se trata de su hijo, señor.

De modo que el Gremio ya lo sabía. No perderían la ocasión de montar un espectáculo y de jugar sucio para ganarse al electorado. No estaba preparado para aquello. Tenía a un hijo en peligro ahí abajo y Vordict, el muy cabrón, pretendía bombardearlo con sus comentarios acerca de lo inevitable de la situación y de todas las posibles consecuencias que engendraría el haber aterrizado en aquella estrella.

—Quiere que sigamos moviéndonos —continuó la voz frágil de Ian—. Quiere que sigamos andando. Tengo frío y estoy sin aliento, así que tendréis que disculparme por mis temblores...

—Ponlo al habla —le pidió a su secretaria y a continuación le dijo a Joy—: Es Vordict. Tengo que hablar con él. Ian no puede oírnos. Pero sea lo que sea que se ha encontrado ahí abajo, no es hostil, todo va bien...

Ian jadeó y cogió aire levemente. A Patton le dio un vuelco el corazón.

—No pasa nada, me he tropezado. Estoy bien, estoy bien, no vayáis a hacer una tontería —explicó desde la distancia.

Patton deseó que el Gremio lo tomara en serio.

—Patton —le dijo una voz desde otro canal—, es culpa tuya que hayamos llegado a esto. Tendrás que cargar con ese peso sobre tu conciencia. Ahora es tu hijo el que está en peligro y sabías perfectamente que había un asentamiento cerca de la base. Tengo los documentos. Y a los testigos. Lo sabías antes de dejarlos caer allí, no lo niegues. Ten presente que pienso llevar esto ante el consejo.

6

No había opuesto resistencia, ni lo había amenazado, ni encañonado y, hasta ese momento, podría decirse que la suerte había estado de su parte. Y tal vez el hombre de la luna lo percibiera y por ello había decidido cooperar en aquel secuestro. O quizá no era todo lo fácil que parecía y las cosas estaban a punto de estallar.

Manadgi no se creía un hombre supersticioso, ni tampoco un crédulo o, por lo menos, procuraba no serlo. Cualquiera cosa que aconteciera con tanta sencillez, habida cuenta la fuerza a la que posiblemente tuviera acceso ese individuo, le inspiraba una gran desconfianza.

Pero el hombre de la luna, que era una cabeza más bajo que él, le parecía una criatura frágil, que rápidamente se quedaba sin aliento y que se cansaba mucho a pesar de haber subido una colina cuya pendiente era muy suave. La complexión pálida de la criatura se volvía en ocasiones aún más nívea; de cuando en cuando se tambaleaba, pero nunca dejó de intentar seguir su ritmo.

Quizá temiera por su vida. O tal vez la naturaleza de los habitantes de la luna era la de ser conformista por razones que solo ellos podían entender. No obstante, no podía permitirse el lujo de otorgar credibilidad a estas opciones, de la misma manera que no lograba convencerse de que las máquinas mecánicas fueran inocuas para los intrusos.

Caminó y caminó y el hombre de la luna lo siguió tambaleándose, murmurando para sí de una manera tan constante que empezó a preguntarse si la criatura estaría siempre tan confusa o si quizá aquella situación había dañado su razón. Lo había encontrado sentado delante de un cuadrado de hierba, recogiendo tallos y hablando solo, mientras miraba una caja negra llena de botones que tal vez tuvieran sentido, pero cuya utilidad no podía ni imaginarse.

Puede que estuviera loco. Puede que lo estuvieran todos los habitantes de la luna; probablemente lo estuvieran esos perseguidores furiosos de antes que habían pretendido darles caza en un primer momento, pero que luego se habían dado por vencidos.

O quizá, después de todo, no fueran otra cosa que frágiles y pacíficos habitantes de la luna, incapaces de resistirse siquiera a la captura de uno de ellos.

¿Pero quiénes fueron entonces los que dejaron libres a las máquinas mecánicas para que destruyeran el valle?

El hombre de la luna se estaba quedando atrás, y cada vez le costaba más mantener el ritmo. Por fin se tambaleó y cayó de rodillas. Se agarró el costado con fuerza.

—¡Levántate! —le insistió Manadgi con severidad y agitó la mano.

El hombre de la luna se limpió la cara de sangre, porque aquello no era otra cosa que sangre, tan roja como la de cualquier otro, que le salía por la nariz; era como el río de la vida embravecido por la carrera y la escalada que lo había obligado a llevar a cabo.

Sintió pena por él; su intención no había sido nunca la de causarle daño y el pobre todavía procuraba hacer lo que se le decía, a pesar de la sangre que le resbalaba por el rostro.

Gesticuló hacia él y con un empujoncito en el brazo lo invitó a sentarse de nuevo y eso pareció alegrarlo y aliviarlo. El individuo se inclinó hacia delante y se taponó los agujeros de la nariz con los dedos, luego tosió, lo que, junto con la sangre, hizo temer a Manadgi que pudiera ahogarse.

Manadgi se metió las manos entre las rodillas y se agachó a la espera de que la criatura supiera lo que debía hacer. En aquel momento le parecía de todo menos amenazador, es más, parecía a punto de ahogarse, sometido a un peligro tan inminente que cogió su cantimplora y se la ofreció con la esperanza de que eso lo ayudara.

El hombre de la luna lo miró con ojos doloridos, le quitó el tapón y vertió un poco del líquido en su mano, posiblemente para asegurarse de que era agua antes de limpiarse el rostro con ella. Luego echó un poco más en su mano ensangrentada y bebió, lo que le calmó un poco la tos.

Y en el mismo instante en el que dejó de toser, el hombre de la luna volvió a murmurar. Pero qué extraña era esa criatura...

No se trataba de un ser feo o temible, decidió Manadgi, salvo por el detalle de la sangre que embadurnaba su nívea cara. Su rareza lo incomodaba, de manera que no se atrevía a tocarlo y probablemente nunca más volviera a utilizar esa cantimplora, pero la verdad es que lamentaba haberlo dañado y no saber lo delicado que podía llegar a ser.

Aun así, sospechaba que sus compañeros podrían haber ordenado a una de esas máquinas mecánicas que les siguiera el rastro.

—Levántate —le ordenó con las mismas palabras que había utilizado antes—. Levántate.

El hombre de la luna trató de hacer de inmediato lo que se le pedía. No realizó ningún otro ademán, de modo que supuso que la criatura había entendido una o dos palabras. Se puso en pie con la cantimplora debajo del brazo, como si tuviera la intención de guardársela y siguió hablando consigo mismo en un tono de voz bajo y vacilante que ahora carecía de expresividad.

Se encontraban más allá de la destrozada roca abuela. Dejaron atrás las huellas que parecían cicatrices enormes inflingidas en la tierra y se metieron entre la frondosa hierba que se enredaba en torno a sus pantalones y tobillos. Recordó que había un arroyo colina abajo, al otro lado de una empinada ribera plagada de helechos y detrás de unos bloques de piedra. Hasta ahí pretendía llegar; al frío y transparente arroyo para tomarse un momento de respiro en un lugar resguardado, de difícil acceso para las máquinas mecánicas.

—Ten cuidado —le advirtió a la criatura con un leve tirón de la manga azul. La criatura miró a su alrededor, con su rostro pálido y ensangrentado y una expresión de asombro.

El hombre de la luna se escurrió entonces, se alejó de él entre el traqueteo de las piedras sueltas y por último se estrelló contra los helechos.

Sin embargo la criatura no lloró. Aterrizó en el fondo, con la mitad de su cuerpo metido en el agua y la otra mitad reposando en la orilla. No se movió cuando Manadgi acudió al rescate, deslizándose también por la gravilla, y embargado de terror y preocupación.

Pensó que podía haberse roto algún hueso en esa caída, porque yacía inerte. Decidió que aquello era lo peor que podría haberle ocurrido, que con sus acciones se había condenado y también a los aiji. Le daba pavor tocarlo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quién más podría ayudarlo?

De modo que tiró de su brazo y de su hombro para sacarlo del agua y vio en sus confusos y extraños ojos que su perplejidad era tan grande y que su comprensión del universo era tan desordenada como la suya propia.

Lo soltó y la criatura se agachó para limpiarse la cara y el cuello. El agua fluyó alejándose, perdiéndose en la corriente, como un augurio de las cosas que más detestaba.

Pero entonces se dio cuenta de que lo había forzado más allá de un límite coherente o razonable y de que estaba desesperado y agotado y aun así no protestaba.

En general parecía una criatura con mucho coraje, que nunca se violentaba y no pretendía hacer otra cosa que no fuera obedecer a todo lo que se le proponía. Se alegró al ver que recobraba el aliento y no parecía

malherida a causa de la caída. La miró entonces como si creyera que seguirían adelante en aquella trayectoria impredecible y con la sola posibilidad de preguntarle a través de la mirada lo que pretendía, de quién se trataba y adónde se dirigían. Todo lo que a una criatura cuerda le gustaría saber, ¿o no? ¿O acaso no le preguntaría cualquier otro hombre lo que quería de él y por qué debía ir adonde se le pedía?

Y por qué ir, cuando podría haberse cobijado y defendido entre los extraños edificios y por qué se había quedado solo en la colina y por qué se había apartado de su propia gente ese extraño hombre de la luna al que había encontrado sentado y contando los tallos de hierba.

Quizá el destino lo quisiera así y el hombre de la luna, al percibirlo, hubiera decidido hacer caso de su intuición.

Y si era así, si realmente era así, ¿aprovecharía el favor de los auspicios o arriesgaría la seguridad de la criatura obligándola a esforzarse más allá de sus propios límites?

Le habló con tranquilidad e incluso se atrevió a tocarlo con suavidad en la rodilla tras arrodillarse junto a él en la orilla del arroyo. Se dirigió a él siempre con calma y en voz baja.

—Descansa, descansa aquí, coge aliento. Todo va bien. Bebe.

Supuso que bebería agua corriente y no alguna otra sustancia del éter. Formó un cuenco con sus manos y bebió un sorbo del agua del afluente.

—Bebe —volvió a decirle. Repitió la palabra para asegurarse de que el hombre de la luna entendía a qué se refería y este la pronunció con un hilo de voz, frágil y exhausto.

Creyó ver por un momento que el temor había desaparecido de su mirada, que en su lugar aparecía una claridad, si es que podía juzgar tales expresiones en una cara como aquella. Vio en sus ojos la elocuencia de la curiosidad e incluso la gratitud.

—Ian —dijo el hombre, señalándose a sí mismo. Lo pronunció una segunda vez, de modo que estaba bastante seguro de que ese era su nombre.

—Manadgi —se presentó de la misma manera.

—Ian —repitió el hombre y extendió la mano frente a sí, invitándolo a hacer lo mismo.

—Manadgi.

Extendió también la mano, temiendo parecer un idiota, pero la criatura lo agarró por ella y la sacudió con vigor.

—Ian, Manadgi —volvió a decir el hombre y pareció realmente encantado por el descubrimiento.

Se sentaron ahí, estrechándose las manos como un par de idiotas, ambos aterrados, ambos aliviados, ambos perplejos por sus mutuas diferencias.

No tenía ni idea de cuáles serían sus costumbres o expectativas. Ni siquiera podía imaginárselas. Pero aun así podían comportarse de manera civilizada y se dio cuenta además de que podía ser amable con esa criatura, a pesar de lo extraño de su naturaleza y de lo complicado que le parecía establecer vínculos con él. Supuso que entablar una relación con unos seres que eran tan hábiles como para crear tales máquinas podría tener importantes e impredecibles consecuencias.

—Caminaremos —dijo despacio, gesticulando con los dedos—. Caminaremos hasta el pueblo. Ian y Manadgi juntos.

Libro 3

1

El viento se movía con perezosa lentitud por el enrejado abierto del jardín. Era penetrante y olía a las flores que crecían fuera de la habitación y que solo se abrían por la noche. Un o'oi-ana repetía constantemente el mismo chasquido, clic clic, anunciando así una futura tormenta, mientras que Bren, que yacía despierto, pensaba que lo más sabio por su parte sería levantarse y cerrar el enrejado y las puertas antes de quedarse dormido. El viento cambiaría. La brisa marina se colaría en el dormitorio y lo enfriaría. A pesar del escaso grosor de las rendijas, el aire no tendría problemas para entrar. Pero aquella era una noche letárgica y bochornosa, y todavía estaba esperando a que el viento del este se viera relevado por el del oeste, mientras los primeros parpadeos de los relámpagos proyectaban la sombra del enrejado sobre la gasa inquieta de las cortinas.

Los paneles del enrejado tenían la forma de la fortuna y de la suerte, es decir, de baji y naji. La sombra de las vides danzaba al ritmo de la brisa que finalmente agitaba las cortinas con la promesa de que el calor pronto dejaría de ser agobiante.

El siguiente parpadeo iluminó la sombra del atevi como si se tratase de una estatua que de súbito hubiera aparecido en la terraza. A Bren le dio un vuelco el corazón al verlo reflejado en la gasa ondulada y en aquel balcón donde se suponía que nadie debía estar. Se quedó inmóvil durante un instante y luego se deslizó por el costado de la cama.

El relámpago siguiente le mostró que el enrejado seguía abierto y el intruso estaba metiéndose en su habitación.

Metió la mano debajo del colchón y sacó la pistola que había escondido. Abrazó el colchón como los aiji le habían enseñado y apretó el gatillo. La potencia del arma le dejó la mano entumecida y el fulgor que escapó del cañón los cegó a su visitante y a él. Movidado por el terror hacia el oscuro y palpitante silencio, disparó una segunda vez.

Después de eso no pudo moverse. Estaba sin resuello. No lo había oído caer. Supuso que habría errado el tiro. La lánguida tela blanca de la cortina se mecía al son de la brisa fría que recorría libremente su dormitorio.

Sentía cómo le hormigueaban las manos mientras sostenía con fuerza el arma. No oía otra cosa que no fueran los truenos en la distancia o el crujido

del cerrojo de la puerta de su habitación; los guardias debían de estar utilizando su llave, pensó.

Pero quizá no fuera así. Apoyó la espalda contra el costado de la cama y se abrazó las rodillas. Apuntó el cañón hacia el umbral y esperó a que la puerta se abriera con estrépito y le inundara la cara de luces y sombras.

Los guardias aiji no malgastaron su saliva en hacer preguntas. Uno corrió hacia la verja, salió al patio y se mojó con las primeras gotas que precedían a la tormenta. El otro, un tipo oscuro sin rostro, se inclinó sobre él y le arrebató el arma de las manos.

Otros guardias se unieron a los primeros, mientras que Banichi (estaba casi seguro que de que era su voz) lo despojaba de la pistola.

—¡Registrad el lugar! —ladró Banichi—. ¡Ocupaos de los aiji!

—¿Está bien Tabini? —le preguntó Bren, sobrecogido y tembloroso—. ¿Está bien, Banichi?

Pero Banichi estaba hablando directamente a la radio que llevaba en el bolsillo, por la que impartía otras instrucciones mientras ignoraba sus preguntas. Los aiji debían de estar bien, pensó Bren, o Banichi no estaría allí, hablando con tanta calma y convicción a los guardias que estaban fuera. Oyó que Banichi dispensaba las órdenes y como le respondía la voz de la radio que no había nada en la azotea.

Estaba asustado. Sabía que el arma era de contrabando. Banichi también lo sabía y podría arrestarlo por ello; quizá lo hiciera. Pero Banichi siguió hablándole a la radio y se limitó solo a cogerlo por los brazos desnudos y a sentarlo al borde de la cama.

El otro guardia regresó pasando a través de las puertas abiertas del jardín. Era Jago. Siempre trabajaba con Banichi.

—He encontrado un rastro de sangre y alertado a los de la verja.

De modo que realmente le había disparado a alguien. Empezó a temblar al tiempo que Jago volvía a perderse de vista en el exterior. Banichi encendió las luces y volvió a encararse con él. Era un atevi negro, de piel sedosa, aunque sus ojos amarillos se achinaron al mirarlo y su mandíbula esbozó un gesto de terrible enojo.

—Los aiji me dieron el arma —explicó Bren antes de que Banichi pudiera acusarlo. Banichi se quedó de pie y lo miró fijamente durante un rato.

—Es mi pistola —le dijo por fin.

Estaba confuso. Se quedó sentado donde estaba, con la piel de gallina, hasta que por fin se decidió a echarse una manta sobre el regazo. Escuchó un griterío en el jardín; era Jago que vociferaba al resto de los guardias.

—Es mi pistola —repitió Banichi, tajante—. ¿Acaso existe alguna duda al respecto? Se despertó al escuchar un ruido. Yo estaba aquí esperando al asesino. Le disparé. ¿Qué fue lo que vio?

—Una sombra. Una sombra que entraba por las cortinas.

Se sintió presa de otro escalofrío. Sabía lo estúpido que había sido al disparar directamente hacia las puertas. La bala podría haber seguido su rumbo por el jardín y hacia las cocinas. Podría haber rebotado en una pared y haber herido a alguien que durmiera en otra habitación. El trueno de la pistola persistía en sus manos y en sus oídos, como el olor a pólvora en el aire. Un aroma que no le era familiar y que tampoco tenía cabida en ese lugar...

La lluvia empezó a caer con fuerza. Banichi utilizó la radio de su bolsillo para comunicarse con los buscadores y para mentir al cuartel general diciendo que había sido él quien había disparado al ver al intruso dirigiéndose hacia las habitaciones de los paidhi y que debían despertar a los aiji si es que no habían oído los disparos. Pidió además que se duplicara la guardia y que los hombres se encaminaran hacia las puertas del sur antes de que la lluvia borrara las huellas.

Dicho lo cual, Banichi apagó la radio.

—¿Por qué han venido aquí? —le preguntó Bren.

Comprendía el significado de la palabra asesino, pero no entendía por qué se aventuraría uno en un complejo residencial atestado de guardias en el que los aiji dormían rodeados por cientos de personas deseosas de defenderlos. Nadie en su sano juicio lo haría.

¿Y para asesinarlo a él, a Bren Cameron, cuando eran los aiji los que ocupaban el escalafón más alto del poder? ¿Con los nai'aijin en sus casas, protegidos, qué sentido tenía aquello? ¿Qué beneficio obtendría una persona cuerda de eso?

—Nadi Bren. —Banichi se erguía sobre él con los brazos cruzados sobre el pecho. Bajó la mirada hacia él como si estuviera tratando con algún chiquillo irresponsable—. ¿Qué fue lo que vio?

—Ya te lo he dicho. Solo una sombra que entraba a través de las cortinas.

Aquel énfasis en la pregunta lo asustó. Quizá hubiera estado soñando. Tal vez había revolucionado a toda la casa por una simple pesadilla. Pensó que se había despertado sobresaltado y que por ello no podía estar seguro de lo que había visto.

No obstante, recordó que Jago había dicho que había encontrado sangre. De modo que le había disparado a alguien.

—Yo descargué el arma —volvió a insistir Banichi—. Levántese y lávese las manos, nadi. Láveselas dos o hasta tres veces. Y mantenga cerradas las puertas del jardín.

—Solo son de cristal —protestó.

Se había sentido a salvo hasta hoy. Los aiji le habían proporcionado el arma hacía dos semanas. Le habían enseñado a usarla en la casa de campo de Taiben y nadie lo sabía, ni Banichi ni tampoco el asesino. ¿Y si había soñado que el intruso entraba a través de las cortinas, si había disparado a algún inocente vecino en aquella noche insólita...?

—Nadi —añadió Banichi—, lávese las manos.

Pero la verdad es que no podía moverse, que se sentía incapaz de realizar cualquier acto mundano, de comprender qué había ocurrido o por qué, por Dios, por qué los aiji le habían obsequiado con aquel regalo extraño y sin precedentes, a menos que supieran con antelación lo que estaba a punto de ocurrir, o por qué se dedicaban ahora los guardias a transigir menos con los pases y las reglas.

No obstante, y en cualquier caso, Tabini-aiji le había pedido que lo mantuviera cerca de sí. Y él había temido que sus sirvientes pudieran hallar el presente en su habitación.

—Nadi.

Banichi estaba enfadado con él. Se levantó, desnudo y tembloroso como estaba, y caminó por la alfombra hasta el baño, cada vez con más náuseas.

Sus últimos pasos fueron un movimiento desesperado y calculado hacia el váter. Lo alcanzó justo a tiempo y vomitó en su interior todo cuanto había albergado en su estómago. Se estaba humillando, pero no podía hacer otra cosa. Sintió varios espasmos dolorosos antes de poder coger aire y tirar de la cadena.

Se sentía avergonzado y disgustado consigo mismo. Dejó correr el agua en la pila, y se lavó y se frotó una y otra vez hasta que sus manos ya no olieron a pólvora, sino solo al aroma acre del jabón y de los astringentes. Supuso que Banichi se habría marchado para pedirles a los criados de noche que limpiasen el cuarto de baño.

No obstante, al enderezarse y extender las manos para recoger una toalla, vio al hombre reflejado en el espejo.

—Nadi Bren —continuó Banichi solemne—, le hemos fallado esta noche.

Eso le dolió, lo hizo de veras, porque Banichi nunca se humillaría de la forma en que lo estaba haciendo. Se secó la cara y el cabello húmedo. Luego

no le quedó otro remedio que mirar el rostro negro, de ojos amarillos, de Banichi. Estaba tan impávido y parecía tan poderoso como un dios.

—Fue muy valiente —insistió Banichi, y Bren Cameron, descendiente de los pasajeros del espacio y portavoz de esas seis generaciones que habían vivido y prosperado en la tierra y en el mundo de los atevi, percibió el comentario como una palpitante y fiera bofetada.

—Pero no pude detenerlo. Alguien anda por ahí suelto con un arma o...

—Nosotros somos los que no hemos podido detenerle, nadi. Su tarea no es la de capturarlo. ¿Le ha abordado alguien fuera de lo normal? ¿Ha visto algo peculiar últimamente?

—No.

—¿De dónde sacó el arma, nadi-ji?

¿Acaso Banichi pensaba que le estaba mintiendo?

—Tabini me la...

—¿De qué lugar? ¿Se movía despacio?

Al fin entendió adónde quería llegar Banichi. Al sentir el frío aire de la tormenta en la habitación se echó la toalla sobre los hombros. Oyó el sonido ensordecedor del trueno sobre la ciudad.

—De debajo del colchón. Tabini me pidió que lo tuviera cerca. Y no sé a qué velocidad se movía. Me refiero al asesino. Solo vi la sombra, me deslicé fuera de la cama y cogí el arma.

El ceño fruncido de Banichi se suavizó ligeramente.

—Demasiada televisión —le dijo sin expresar gesto alguno y lo cogió del hombro—. Vuelva a la cama, nadi.

—Banichi, ¿qué está pasando? ¿Por qué me entregó Tabini el arma? ¿Por qué me dijo...?

El otro le dio un fuerte apretón en el hombro.

—Váyase a la cama, nadi. Nadie le volverá a molestar. Vio una sombra. Me llamó y yo disparé dos veces.

—¿Podría haberle dado a la cocina!

—Lo más probable es que así fuera. Recuerde, nadi, que las balas siguen un curso. ¿No fue usted el que nos lo enseñó? Tome.

Para su sorpresa, Banichi sacó su arma de la pistolera y se la entregó.

—Póngala bajo el colchón —le pidió, antes de marcharse. Caminó hasta la puerta, salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

Bren se quedó de pie, totalmente desnudo, con el cabello chorreando agua sobre sus hombros y el suelo. Oyó el pestillo de la puerta encajando en su lugar.

Se giró y escondió el arma bajo el colchón, en el mismo lugar donde había dejado la otra. Cerró las contraventanas y las puertas de cristal para impedir el paso del frío viento al interior y también la lluvia que salpicaba las cortinas y la alfombra. Jago, pensó, encontraría otro lugar por el que entrar.

Los truenos seguían sonando afuera. Sentía el frío helándole las vísceras. Trató en vano de estirar la ropa de cama y luego extrajo una pesada bata del armario. Se arrebujó en ella antes de apagar las luces de la habitación y de meterse bajo las sábanas enredadas. Adoptó una posición fetal y empezó a temblar.

¿Por qué yo?, se preguntaba una y otra vez. ¿Qué podía haber hecho él para convertirse en un problema tan grave como para que ese individuo arriesgara así su vida con tal de librarse de él? No podía creer que se hubiera colocado en semejante posición sin darse cuenta en ningún momento de su absoluto fracaso profesional.

Pero quizá el asesino pensara que era el morador más vulnerable y se aprovechara de que había dejado la puerta abierta para intentar llegar hasta otro apartamento, hasta otra persona, tal vez incluso hasta el propio Tabini-aiji.

Sin embargo había tantos guardias que el plan le parecía absolutamente descabellado. Además los asesinos, estuvieran o no contratados por terceras personas, no estaban locos ni eran propensos a asumir tales riesgos.

Tal vez el asesino se hubiera equivocado de habitación. Posiblemente hubieran alojado a alguien importante en las dependencias para invitados situadas en la terraza superior del jardín. Empero, no había oído nada al respecto, aunque lo cierto era que el ala del jardín cobijaba solo a la guardia, a los secretarios, a los jefes de cocina y de cuentas y a sí mismo; ninguno de los cuales ocupaba una posición especialmente controvertida.

Y sin embargo Banichi le había dejado su pistola para reemplazar a la del aiji que ya había sido disparada. Ahora más calmado comprendió por qué se había llevado consigo el arma y por qué le había obligado a lavarse las manos. Porque quizá el jefe de seguridad no creyera su versión, en cuyo caso interrogaría al paidhi y lo sometería a todas las pruebas policiales pertinentes.

Esperaba sinceramente que le ahorrasen aquel procedimiento. Y, hasta donde sabía, el jefe de seguridad no tenía nada en su contra, nada por lo que investigarlo, sobre todo porque él era la víctima de aquel crimen y tampoco tenía razones para dudar de la versión de Banichi. Sin olvidar además que este último era, en cierto sentido, incluso más importante que el jefe de seguridad.

No obstante, ¿quién querría entrar en su habitación de aquella manera? Su mente volvía una y otra vez sobre ello, y al hecho aterrador de que Banichi le había dejado su pistola. Eso suponía un gran riesgo. Alguien podría empezar a hacerle preguntas. O encontrar el arma en su habitación y rastrear su origen de vuelta a Banichi con el escándalo público que ello supondría. ¿Estaba siendo Banichi prudente al hacer aquello? Aunque estaba claro que este se estaba sacrificando de una manera insospechada y por una razón que quizá solo él supiera.

Empezó a cuestionarse la integridad de Banichi, pese a que su joven compañera y él eran sus preferidos entre los guardias personales de Tabini, los que más cuidaban de él, los que nunca abandonaban su posición junto al aiji y que parecían incapaces de hacerle algún daño.

Dioses, no, sospechar de ellos era absurdo. Banichi no le haría ningún mal. De hecho, ya había comprobado que mentiría por él. Y lo mismo ocurría con Jago, que lo haría sin dudar por Tabini. Al fin y al cabo él era el paidhi, el Intérprete, de modo que los aiji lo necesitaban lo que sin duda era razón más que suficiente para cualquiera de ellos. Tabini-aiji se tomaría muy a pecho lo ocurrido y empezaría inmediatamente a hacer preguntas, lo que provocaría toda una serie de conflictos.

Y, maldita sea, no quería que la ciudadela al completo estuviera pendiente de lo sucedido. No deseaba para sí esa notoriedad, ni tampoco convertirse en el centro de las peleas de los atevi. Aquella publicidad perjudicaría su posición entre ellos. En el mismo instante en que los políticos empezaran a husmear en sus relaciones personales, vería gravemente perjudicada su influencia y no cabía duda de que los políticos lo harían. Se abalanzarían sobre el problema en el momento mismo en el que la noticia saliera en televisión. Todos tendrían una opinión y una teoría. Ambas destruirían su trabajo.

Trató de acomodarse bajo la ropa de cama amontonada. Procuró pensar con claridad, pero el estómago vacío no le facilitaba la tarea y el olor a pólvora lo ponía nervioso. Si llamaba para pedir algo que le calmara los nervios, los criados de noche le traerían lo que pidiera o despertarían a sus sirvientes si así se lo exigía, pero lo más probable es que a los pobres Moni y Taigi los hubieran despertado para interrogarlos: «¿has disparado al paidhi? ¿Dejaste su puerta abierta?».

Seguridad recorrería de cabo a rabo la lista de empleados, convocando no solo a la plantilla nocturna, sino a todos aquellos que tuvieran relación con él. De modo que sospechaba que nadie de aquella ala seguiría dormido. Y lo más

probable es que colina abajo o incluso en la ciudad se hubieran hecho eco de los disparos; de forma que las líneas telefónicas estarían saturadas, la estación de ferrocarril se encontraría bajo severas restricciones y, en suma, todo afectaría al tráfico del día siguiente. La situación estaba clara y no le era favorable. Había comprobado lo que le ocurría a alguien que despertaba las alarmas dentro de la seguridad de Tabini.

Le apetecía una taza de té caliente y unas galletas saladas. Pero solo complicaría la labor de los de seguridad si pedía cosas para sí puesto que sus sirvientes recorrerían de arriba a abajo los pasillos que los guardias vigilaban justo en ese momento.

Entre tanto la lluvia seguía salpicando contra el cristal. Y cada vez parecía menos probable que fueran a atrapar al asesino.

Moni y Taigi llegaron por la mañana con el carrito del desayuno y con el aviso de la sede central de que Tabini-aiji deseaba reunirse temprano con él.

Se lo esperaba. En previsión de ello se había duchado, afeitado y vestido solo antes del amanecer. Se puso sus habituales pantalones suaves con camisa, y se recogió el cabello en una trenza. Puso la televisión antes de que llegaran para ver los telediarios; temía que el caso lo conocieran ya todos pero, para su sorpresa, ni siquiera mencionaron el incidente. Tan solo hablaron de la tormenta de la noche anterior, que al parecer se había transformado en granizo en la ciudad de Shigi y dañado los techos en Wingin antes de perderse rugiendo en las llanuras.

Se sentía extrañamente decepcionado, incluso insultado, por aquel silencio. Cuando a uno le entraban asesinos en su habitación, por mucho que deseara mantener oculta la noticia, esperaba que se confirmara que un intruso había penetrado en las dependencias aiji. Esperaba, cuando menos, el tipo de información filtrada que se daba en esos casos o mejor aún, esperaba que dijeran que el intruso estaba ya en manos de los aiji y sometido a un duro interrogatorio.

Pero no dijeron nada por el estilo, por lo menos por televisión, y Moni y Taigi dispusieron su desayuno sin hacerle ningún tipo de pregunta o comentario acerca de lo ocurrido la noche anterior o sobre por qué estaban las toallas tiradas en el suelo del baño. Se limitaron únicamente a transmitirle el mensaje de la sede central, a arreglar los desperfectos haciendo como que no reparaban en ellos y no mencionar si corría algún rumor por los pasillos.

El señor y segundo heredero de la provincia de Talidi había asesinado a un pariente lejano la primavera pasada después de mantener con él una acalorada discusión acerca de una antigua pistola y los pasillos del complejo fueron un hervidero de comentarios durante varios días.

Pero esa mañana no. «Buenos días, nand' paidhi». «¿Cómo se encuentra nand' paidhi?». «¿Desea tomar más bayas?». «¿Té?».

Sin embargo, al final, Moni, que rara vez tenía algo que decir, le lanzó una mirada intensa y dijo:

—Nos alegremos de que esté bien, nand' paidhi.

Se tragó el bocado de fruta. Se sentía agradecido. Satisfecho.

—¿Oyeron la conmoción de anoche?

—Un guardia nos despertó —respondió Taigi—. Solo entonces nos enteramos de que había ocurrido algo.

—¿Pero no oyeron nada?

—No, nand' paidhi.

Supuso que el estrépito de los disparos habría quedado amortiguado por el sonido de los rayos y truenos, el de la lluvia que caía y el del viento que silbaba por las colinas. Sin olvidar además que las detonaciones se habían producido en el interior y no en el exterior. La figura que había visto en el umbral la noche anterior había adoptado por completo un matiz onírico; se había transformado en un personaje salido de una pesadilla en la que los detalles fluctuaban y se solapaban continuamente. El silencio absoluto de sus sirvientes lo ponía nervioso, le hacía dudar incluso de su experiencia, de su comprensión y de sus expectativas.

Se alegraba, sin embargo, de escuchar explicaciones razonables. De modo que el eco no les había llegado a los sirvientes que dormían en la sección lateral de la colina, junto a las antiguas murallas. Lo más probable es que el trueno hubiera amortiguado el sonido. Seguramente habría tronado a la vez que el asesino hacía su entrada. Él no había estado muy pendiente de la tormenta porque sus oídos habían quedado ensordecidos por la detonación del arma, que le había parecido como el repiqueteo del destino malhadado, pero eso no implicaba que el resto del mundo lo hubiera oído también.

Pero Moni y Taigi parecían sinceramente preocupados o quizá incluso perplejos por su humano comportamiento. Tal vez se lo esperasen, y supuso que no sabrían qué más añadir. Resultaba un tanto complicado enterarse de los rumores cuando uno estaba en el centro del problema. Toda información, especialmente la que tenía relación con una crisis en la que peligraba la integridad personal, cobraba muchísima importancia; la posibilidad de que

alguien supiera algo implicaba seguramente que algún personaje oficial se pusiera a hacer preguntas antes o después y nadie que estuviera cerca de él estaba por la labor de avivar el fuego de los rumores. Es más, tampoco él quería que cualquier sirviente que supiera algo sobre él anduviera especulando.

Por lo tanto, Moni y Taigi trataban de evitar en la medida de lo posible una segunda ronda de interrogatorios en mitad de la noche. No obstante, a nadie se le escapaba que la traición y los sirvientes solían ser dos elementos fundamentales en las tragedias atevi. En realidad el asunto era absurdo, pero, a pesar de ello, era muy posible que ellos sintieran el peso de las sospechas o incluso que temieran convertirse en el objetivo de unas acusaciones poco específicas que no podrían neutralizar con la ayuda de ningún testigo.

—Espero que este sea el final del asunto —les dijo—. Lo siento mucho, nadiin. Confío en que la policía no los moleste. Sé que son honestos.

—Apreciamos sobremanera su confianza —le agradeció Moni y ambos hicieron una reverencia al unísono—. Por favor, tenga cuidado.

—Banichi y Jago están en el caso.

—Eso es estupendo —añadió Taigi mientras dejaba un plato de huevos revueltos frente a él.

De modo que tomó su desayuno y luego se puso su mejor abrigo de verano; el que tenía el cuello de piel y sendas tiras de cuero hasta la rodilla.

—Por favor no se entretenga en los pasillos —le advirtió Taigi.

—Se lo prometo —se comprometió.

—¿Acaso no están ahí los de seguridad? —preguntó Moni—. Deberíamos llamarlos.

—¿Para que me acompañen hasta la sala de audiencias? —Una vez quebrada la barrera de la tensión inicial se percató de que lo que les ocurría era que estaban preocupados por él. Aquello lo satisfizo enormemente—. Les aseguro que no es necesario. Lo más probable es que solo fuera un demente que anduviera escondido en algún barril. Quizá vaya detrás del señor Murida, que estará en el jardín de agua hacia el mediodía. Dudo que vuelva a molestarme a mí. Además, los guardias del aiji andan merodeando por aquí, de modo que la situación es ahora mucho más peligrosa para él. —Cogió su llave y se la guardó en el bolsillo—. Pero tengan cuidado de echar los cerrojos. Sobre todo los del jardín. Al menos durante los próximos días.

—Nadi —se despidieron, inclinándose de nuevo.

Se dio cuenta entonces de que se encontraban sumidos en un estado de gran agitación, que lo habían estado desde el principio, pese a lo mucho que

les costaba a los atevi demostrarlo abiertamente. Lo que le recordó que también debía disimular por todos los medios lo que sentía en realidad. De modo que salió alegremente por la puerta...

Y se estrelló contra un uniforme negro y, sí, muy por encima de sus ojos, contra el rostro ceñudo de un atevi.

—Nand' paidhi —se presentó el oficial de la guardia—, me han pedido que lo escolte hasta la sala.

—Dudo que sea necesario —comentó.

Su corazón, sin embargo, latía desenfrenado. Lo cierto es que no conocía personalmente a aquel hombre, pero su uniforme no era de los que un asesino podría copiar con facilidad, por lo menos si estimaba en algo su vida. De modo que caminó junto al oficial por los pasillos del complejo, pasó al lado del puesto de vigilancia del guardia habitual y llegó a la zona central del edificio, donde se encontraba la atestada columnata entre la que silbaba un viento húmedo por la lluvia y el rocío de la mañana.

Aquel monumento antiguo se empapaba de la luz del sol y de las sombras por igual; las murallas fortificadas de Bu-javid, la ciudadela y el complejo gubernamental, se extendían sobre la elevada colina, a cierta distancia del núcleo urbano de Shejidan y separada de este. Al abrigo de las murallas descansaban todos los hoteles y los restaurantes que solían llenarse sin dejar un solo hueco vacío. La audiencia pública trienal, que casualmente empezaría aquella mañana, atraía a cientos de señores provinciales, de ciudad y del campo, así como a muchos oficiales de distrito. Llegarían hasta allí en tren o metro y caminarían el último kilómetro y medio desde los hoteles que rodeaban la antigua Bu-javid. Eran multitud de personas las que trepaban por el escalonado camino ceremonial llevando consigo sus peticiones, y tras pasar por debajo de la puerta fortificada de la Promesa de la Justicia, se abrían paso finalmente por las anchas sendas flanqueadas por flores hasta las famosas Puertas Nónuplas. Se transformaban al fin en una riada constante de altos atevi de espaldas anchas, con su tez negra como el ébano y sus brillantes trenzas azabaches; algunos, vestidos con delicados abrigos de telas doradas y de satén, y otros con materiales más sencillos aunque no menos elegantes. Los políticos reconocidos marchaban junto a los simples comerciantes; los señores de las asociaciones con los inexpertos y ansiosos. Todos ellos llevaban consigo sus peticiones enrolladas y atadas con brillantes lazos de colores y sus pequeños ramilletes de flores que dejarían, como ordenaba la tradición, encima de la mesa del vestíbulo.

El pasillo que había al final de la columnata abierta olía a lluvia y a flores, y en él se escuchaba el eco de unas voces, las de los atevi saludándose los unos a los otros o las de los que guardaban la cola para dar sus nombres a los secretarios, en cuyas mesas, situadas en el inmenso vestíbulo, se acumulaban los documentos y las peticiones.

A los cortesanos no les sorprendió ver al humano que se abría camino por aquel caos hacia la corte. Se trataba de un personaje pálido y menudo, varios centímetros más bajo y menos grueso que aquellos entre los que paseaba. Aquella sencilla presencia, cuya trenza carecía de adornos, de lazos o de recortes de cuero, no suponía una novedad salvo porque esta vez llevaba una escolta policial. Pero nadie, salvo la gente del campo y los que venían a pedir por asuntos propios e individuales, se lo quedó mirando.

—¡Mira! —gritó un chiquillo y lo señaló con el dedo índice.

Un padre mortificado bajó de un manotazo la mano irreverente, mientras el eco de la voz del pequeño se propagaba alto y claro por los techos abovedados. Los atevi se volvieron para mirar, aunque fingieron no verlos ni a él ni a su escolta.

Uno de los señores de provincias deambulaba por los pasillos seguido por sus sirvientes, por sus guardias y también por los del aiji, lo que despertó los comentarios groseros de algunos de los atevi presentes. Bren siguió andando con su escolta policial, con la misma intención de fundirse con la concurrencia para pasar desapercibido, ligeramente más nervioso después de lo del niño, aunque confiado al ver a los guardias del aiji apostados en cada una de las puertas y recodos. Aquellas eran, sin embargo, las precauciones que se tomaban habitualmente en el día de las audiencias.

Despidió con cortesía a su escolta cuando hubieron alcanzado la puerta del Susurro, que no era más que una pequeña sección de las grandes puertas ceremoniales y que conducía de forma discreta y extraoficial a la parte trasera de la sala de audiencias. Abrió la puerta, se deslizó silenciosamente por ella para no interrumpir la reunión que se mantenía en su interior, y la cerró con mucha suavidad.

De pronto le asaltó la preocupación. Moni y Taigi no lo habían despertado antes de la hora habitual, de hecho, habían aparecido a la de siempre porque carecían de otras órdenes y quizá también porque temieran hacer algo fuera de lo normal y tener que rendir cuentas al policía que guardaba la puerta de su dormitorio. Mientras avanzaba hacia la recepción para comprobar en qué momento podría colarse en el interior, solo pudo esperar que Tabini no estuviera esperándolo ya hacía tiempo.

Banichi estaba allí. Banichi, vestido con el uniforme negro que diferenciaba a la guardia personal del aiji, lo interceptó cogiéndole por el brazo.

—Nadi Bren, ¿pudo dormir anoche?

—No —le confesó y añadió, esperanzado—, ¿lo cogieron?

—No, nadi. Fue por la tormenta. No tuvimos suerte.

—¿Sabe Tabini lo que ocurrió? —Echó una ojeada al estrado, donde Tabini-aiji hablaba con el gobernador Brominandi, uno de los que acudían a las audiencias privadas—. Creo que estoy en la agenda. ¿Quiere hablar conmigo? ¿Qué se supone que debo decirle?

—La verdad, pero solo en privado. Al fin y al cabo el arma era suya, ¿no es cierto?

Le lanzó a Banichi una mirada preocupada. La noche anterior no le había dado la impresión de que dudara de su versión.

—Le dije la verdad.

—Estoy seguro —le dijo Banichi. No obstante, cuando hizo ademán de acercarse a la mesa de la recepción para dar su nombre al secretario, Banichi lo cogió de la manga y lo retuvo—. Nada oficial. —Asintió en dirección al estrado. Sin soltarle la manga, lo condujo hasta el pie del mismo.

Brominandi, de la provincia de Entaillan, estaba a punto de concluir con sus asuntos. El cabello negro del gobernador estaba salpicado de canas; sus manos vestían tanto los anillos oficiales como algunos meramente ornamentales. Su verborrea era además tan cargante que se le creía capaz incluso de aburrir a una piedra. Los guardias que se encontraban por allí no habían encontrado todavía la manera de hacerlo callar.

Tabini asintió a lo que Brominandi le decía, asintió una segunda vez y le dijo finalmente:

—Presentaré el asunto ante el consejo.

Parecía, por desgracia, que el gobernador volvía a abordar la cuestión de los derechos de los alujis sobre el río. Dos de las provincias del curso alto del río estaban enfrentadas con otras tres del curso bajo a causa del agua que necesitaban para regar sus cosechas. La trifulca se prolongaba ya desde hacía cincuenta años, en los cuales habían tenido sus más y sus menos. Bren entrelazó los dedos de las manos y se quedó junto a Banichi, con la cabeza gacha, tratando de pasar tan desapercibido como le era posible a un humano en la corte.

Finalmente Tabini aceptó la petición (o era acaso la contra petición) de Brominandi, que era una cosa sumamente pesada, con múltiples sellos y lazos

que entregó a sus auxiliares legislativos.

Bren aprovechó el interludio para lanzarle una mirada a Tabini y este, a su vez, se la devolvió. Aquella era la señal para que tanto Banichi como él ascendieran los pocos escalones que los separaban del costado de la silla donde se encontraba sentado el aiji. En ese rellano, los peticionarios predilectos podían reunirse para hablar entre susurros, con lo que llenaban la blanca sala abovedada de una melodía constante de ecos murmurados.

—¿Sabes quién era, Bren? ¿Tienes idea? —le preguntó Tabini sin más preámbulos.

—No, aiji-ma. Le disparé, pero no acerté. Banichi me ha pedido que diga que fue él quien disparó.

Tabini le dedicó una mirada intensa a Banichi. Los ojos del aiji eran muy pálidos, casi fantasmales bajo algunas luces e incluso aterradores cuando estaba enfadado. Pero esta vez no parecía estarlo, ni tampoco asomaba el reproche en su mirada.

—Eso le evitaría tener que responder a ciertas preguntas desagradables.

—¿Qué objetivo tenía aquel intruso?

—Si lo que pretendía era robar, es que se trataba de un idiota. ¿Y los compromisos...?

—No —lo interrumpió Bren. Se sentía incómodo por la sugerencia. Pero Tabini lo conocía, sabía que las mujeres atevi sentían cierta curiosidad por él y solía gastarle bromas al respecto.

—¿No podría ser una admiradora?

—No, aiji-ma.

Tenía la esperanza de que no fuera así, porque recordó que Jago le había comentado que habían encontrado un rastro de sangre en la terraza.

Tabini-aiji extendió la mano y le acarició el brazo, como disculpa por su frivolidad.

—No se trata de restarle importancia al asunto. Es trascendente y mucho. Yo lo tomo muy en serio. Ten cuidado de cerrarlo bien todo.

—La puerta del jardín es solo de cristal —comentó Banichi— y cualquier cambio despertaría sospechas.

—Pero un cable no lo haría —sugirió Tabini.

Bren se sintió consternado. Sabía que las puertas y ventanas del aiji contaban con protecciones letales y aquello no terminaba de gustarle.

—Me encargaré de ello —aceptó Banichi.

—Puede que sea yo el que tropiece con él —se preocupó Bren.

—Eso no ocurrirá —le tranquilizó Tabini—. Encárgate de ello esta misma mañana. Pon uno en cada puerta y que solo se pueda desconectar con su llave. Cambia también los cerrojos —le ordenó a Banichi.

—Aiji... —empezó Bren.

—Me aguarda una larga lista —lo atajó el aiji.

Con eso pretendía decirle que se callara y se sentara, y cuando Tabini hablaba en aquel tono, uno no tenía ya la oportunidad de seguir discutiendo. Se apartaron de lo alto del estrado y descendieron por la escalera hasta el cuarto escalón, que era el lugar que Bren solía ocupar normalmente.

—Quédese aquí, le traeré la nueva llave —le ordenó Banichi.

—¿Sabe si alguien va a por mí?

—Eso es lo que parece, ¿no cree? Y dudo francamente que se trate de una amante.

—Quizá sepa más que yo.

—Muchas cosas. ¿Cuál es la que le interesa?

—Mi vida.

—Tenga cuidado con el cable. El lado del jardín se activará también con una llave. Cambiaré su cama y la alejaré de la puerta.

—Es verano y hace calor.

—No todo iba a ser perfecto.

—¡Desearía que alguien me dijera qué está pasando!

—No debería desengañar a las damas, algunas de ellas se lo toman muy mal.

—¿Me está hablando en serio?

No, no lo estaba haciendo. Lo que intentaba era despistarlo una vez más. Y estaba convencido de que sabía algo, pero se quedó frustrado mientras Banichi se marchaba triunfal para convertir su dormitorio en una trampa mortal en la que los cables letales colocados delante de las puertas harían saltar por los aires a un humano somnoliento que se despertase en mitad de la noche a cerrar la puerta del jardín porque había empezado a llover de pronto.

La noche anterior se había sentido asustado, pero ahora estaba furioso por aquella invasión de su intimidad y en su espacio. Preveía además que aquello repercutiría también en su libertad para ir y venir por la ciudad, porque estaría siempre sujeto a las restricciones que le marcasen los guardias, las amenazas... Y todo por un loco que, por alguna razón, odiaba a los seres humanos. Esa era la única conclusión a la que podía llegar.

Se sentó sobre el escalón que le correspondía al paidhi-aiji y escuchó la última preaudiencia de las audiencias con la esperanza de oír algo que le diera

una pista de si aquella situación tenía relación con un problema mayor, quizá con un asunto político. Por lo menos eso explicaría la obstinación de Banichi por ocultarle la información o el silencio de Tabini... Porque estaba claro que el aiji sabía algo que no le estaba diciendo. Todo ello le hacía sospechar que el intruso podía ser un atevi que sintiera un gran rencor hacia él.

Ningún asesino con licencia se atrevería a atacar a un humano que formara parte esencial del equipo de trabajo del aiji. Quizá no tuviera permiso para llevar armas consigo, pero, en cualquier caso, seguía siendo un oficial de la corte y un amigo íntimo del aiji de la asociación Oeste. Por lo tanto, ningún profesional se atrevería a ir en su contra.

Lo que dejaba solo a algún idiota que pretendía atacarlo como un gesto simbólico o quizá a alguien que odiara la tecnología o algo por el estilo, ¿quién podía saberlo? ¿Cómo podía averiguar tal cosa?

El único pensamiento que lo reconfortaba era que, si no se trataba de un asesino reconocido, sería un lunático o un aprendiz al que nunca entregarían la licencia; del tipo que se dedica a acribillar a los espectadores por error y que... en fin, seguía siendo peligroso a pesar de todo.

Mas Banichi, a diferencia de los demás guardias del aiji, tenía una licencia. No se le podía infravalorar, ni tampoco a Jago. La lluvia de la noche anterior había beneficiado al intruso que, o bien contaba con que el agua limpiara su rastro de la gravilla y el cemento de las sendas que recorrían el jardín, o había sido estúpido y afortunado.

Pero esa suerte se le había acabado pues Banichi estaba tras su pista. Y si había dejado alguna huella entre uno de los macizos de flores o en cualquier otro lugar tendría problemas.

Lo más probable es que no se atreviera a visitar a un médico con licencia. Tenía muy presente que había sangre en la terraza. Bren deseó hacerle la vida más complicada al asesino que seguramente no se esperaba aquella bienvenida. Pero esperaba, considerando que Banichi se estaba ocupando del caso, que la vida del que había contratado a ese asesino se torciera por completo o lo suficiente para que diera por zanjado el asunto.

Las puertas se abrieron. Los guardias y oficiales dejaron entrar a la multitud y el secretario aceptó del oficial de recepción el ingente montón de peticiones con lazos y sellos, además de las declaraciones juradas y los archivos.

El tratamiento que se otorgaba a las diligencias atevi y humanas era intrincado. No podían culpar a los primeros de ceñirse a las antiguas costumbres y de seguir entregando, por tanto, aquellas pilas de rollos difíciles

de manejar. Existía, sin embargo, un archivo computerizado. Los secretarios que estaban en el vestíbulo lo actualizaban.

¿Pero acaso podían esperar que los atevi emplearan los números de los demás ciudadanos? En primer lugar tendrían que convencerlos de que los números personales que se les había asignado por ordenador estaban en concierto con sus otras numerologías. Habría que persuadirlos además de que al cambiar esos dígitos lo único que engendraban era el caos y la pérdida de los archivos porque siempre que algo empezaba a ir mal, los atevi culpaban a su número y querían cambiarlo de inmediato.

¿Y se podían crear una serie de códigos para cada provincia solo para simplificar el proceso informático? No, si los números no fomentaban los buenos auspicios. Aquellas sugerencias los llevarían a creer que la intención de la corte del aiji en Shejidan era menospreciar su importancia y su poder.

Existía además otro problema añadido, uno bastante calamitoso por cierto, y es que al teclear los nombres para introducirlos en el ordenador, estos también podían transformarse en números; cifras que podían entenderse como la dudosa y malévola intención de un aiji que conspiraba, claro que sí, con los humanos que habían traído consigo esa insidiosa maquinaria a la tierra.

Pero, desde luego, no todo lo que los humanos trajeran era pecaminoso. La televisión era una adicción. El volar se había convertido en algo esencial, aunque caótico, puesto que hasta que el aiji no hubo decretado la necesidad de establecer planes de vuelo después del famoso choque en el puente Weinathi, en el espacio aéreo todo dependía del «ver y esquivar».

Gracias a los dioses atevi, Tabini-aiji era completamente ateo.

Cada uno de los peticionarios disponía de un turno para exponer su asunto, que solía versar sobre el comercio, las obras públicas como construcción de carreteras, embalses, puentes y puertos, o sobre los derechos de caza y pesca enmarcados en los privilegios de las asociaciones que se encontraban bajo la influencia del aiji. De la creación de proyectos y de los detalles específicos de repartos y presupuestos se encargaban las dos casas de legislatura, los hasdrawad y los tashrid; no era tarea del aiji iniciar tales cosas, solo aprobarlas o denegarlas. Pero, en cualquier caso, había muchos, muchísimos asuntos que requerían el sello y la atención personal del aiji.

Su labor, entre otras, era la de solventar las disputas. Aquel día eran dos, la primera de una mujer contra su exmarido, al que ella había denunciado por reformar ilegalmente sus propiedades.

—Le aconsejo que lo lleve ante el tribunal —le dijo Tabini con sinceridad—. Así podría recuperar el dinero del sueldo de su exmarido.

—Preferiría matarlo —le espetó la mujer.

—Que registren lo que ha dicho —ordenó el aiji y con un gesto de la mano pidió que se pasara al próximo asunto.

Esa era la razón por la que los seres humanos preferían su enclave en Mosfeira. Mosfeira era una isla administrada por los humanos, donde nadie se peleaba por los números de los ordenadores y las leyes no aceptaban la *vendetta* como una vía para resolver una disputa.

Había solo una cárcel para las sesenta provincias y los aproximadamente trescientos millones de ciudadanos que vivían bajo el mandato del aiji. Una prisión en la que, por lo general, no había más de cincuenta personas a la espera de un juicio o de una audiencia, y de donde no podían salir a menos que se les permitiera expresamente. Existían además una serie de clínicas psiquiátricas para quienes las necesitaban. Había cuatro prisiones destinadas a realizar trabajos y en las que se encontraban presos todos aquellos antisociales incorregibles que se tomaban la justicia por su mano cuando, por ejemplo, uno de los gremios se negaba a incluir al sujeto dentro de su círculo de trabajo.

Los atevi cuerdos y respetuosos con las leyes se limitaban a evitar a las personas a las que les gustaba discutir. Procuraban que sus divorcios fueran correctos y no se obstinaban en ridiculizar y aplastar a sus enemigos naturales. A Dios gracias, los atevi preferían las negociaciones o, al menos, las resoluciones razonables antes que las disputas sangrientas o los enfrentamientos físicos. Incluso los humanos más altos y corpulentos eran una cabeza más bajos y un tercio menos voluminosos que los atevi corrientes, fueran masculinos o femeninos. Esta, por tanto, no era más que otra de las razones por las cuales los humanos preferían tener su propia jurisdicción.

Evidentemente había ofendido a alguien que no seguía las reglas. Su mente seguía dándole vueltas. Nadie había presentado una queja. Se suponía que debían notificárselo de ser ese el caso, o al menos esa era una de las normas inquebrantables de una disputa, pero ni siquiera le habían sugerido que alguien estuviera molesto con él. Y, sin embargo, Tabini había ordenado que instalaran en su habitación defensas mortales.

La conmoción del incidente de la noche anterior seguía reverberando en su mente, cambiándolo todo, hasta que de pronto se dio cuenta de que tampoco estaba realmente a salvo en los pasillos exteriores. Los asesinos profesionales eludían la publicidad y preferían que sus rostros no fueran conocidos, pero no podía evitar imaginarse un cuchillo que salía de la multitud o alguien que lo empujaba por las escaleras.

Y en no pocas plantillas de los señores había asesinos con los que trabajaba codo con codo y en los que nunca se había parado a pensar hasta... ahora.

Un hombre mayor se acercó a presentar el caso número cuarenta y seis en el que se pedía al aiji que acudiera a una conferencia regional acerca del desarrollo urbano. Esa petición fue a parar al montón, donde sería archivada.

Un día, le había dicho al aiji y sabía que sus predecesores también lo habían hecho, que los archivos se colapsarían bajo el peso de los sellos, los lazos y el papel. Los diez pisos de aquel edificio rectangular caerían envueltos en una nube de polvo. Aquella debía de ser la última petición de la sesión. El secretario no llamó a nadie más y la mesa de recepción quedó vacía.

Mas no, no lo era. Tabini llamó al secretario, que trajo consigo un papiro muy elaborado, adornado con los lazos rojos y negros de la nobleza alta.

—Una queja de tentativa —expuso Tabini, para sobresalto de los auxiliares y de los testigos presentes.

El secretario se puso el documento frente a los ojos y empezó a leerlo:

—Tabini-aiji contra unos desconocidos, quienes, sin haber presentado una queja de Tentativa, violaron la tranquilidad de mi casa y amenazaron con hacerle daño al paidhi-aiji, Bren Cameron. Si esta o cualquier otra agencia, en su pretensión de perjudicar al paidhi-aiji, le causara algún mal a los invitados o personas que habitan en mi casa, expongo mi deseo de solucionar personalmente el asunto por la vía de la *vendetta*, porque esta ofensa pone en peligro la seguridad de mi casa, y le encargaré el cumplimiento de dicha tarea a Banichi de Dajoshu, de la provincia de Talidi, que es mi agente con licencia. Lo firmo y ordeno que se publique, y se guardará junto con los demás archivos públicos con sus firmas y sellos.

Bren estaba conmocionado. Se supo el centro de atención cuando todas las cabezas se volvieron para mirarlo y los murmullos de rumores y preguntas se elevaron, adueñándose con su sonido de la sala, al abandonar Tabini-aiji el estrado.

—Se prudente, nadi Bren —le dijo el aiji, al pasar por su lado.

—Aiji-ma —respondió Bren y describió una profunda reverencia para ocultar su confusión.

La audiencia había terminado. Jago se incorporó con rapidez al destacamento de sirvientes y guardias personales que seguía al aiji, mientras este se abría camino sin problemas entre la multitud, hacia las puertas laterales y de ahí a los pasillos interiores.

Bren caminó en solitario, temiendo el recorrido que lo llevaría por los diversos pasillos, y preguntándose si el asesino o el que lo había contratado estaría observándolo en aquella sala y si su escolta policial lo aguardaría en el exterior.

Pero Banichi apareció por el camino, se puso a su lado y lo escoltó más allá de la puerta del Susurro hasta los pasillos públicos.

—Tabini ha expuesto la tentativa —le dijo a Banichi, mientras se preguntaba si este sabía ya lo que el aiji tenía planeado.

—No me sorprende —le respondió el agente.

—Debería coger el próximo vuelo a Mosfeira.

—Eso sería una grandísima estupidez.

—Nuestras leyes son diferentes y, además, allí un atevi es algo poco común. Encuéntreme al asesino entre esta multitud.

—Ni siquiera sabe si es uno de nosotros.

—Entonces debía ser el humano más enorme que he visto en mi vida, joder. Perdóneme. —Uno no debía decir palabras malsonantes si era el paidhi-aiji, o por lo menos no debía hacerlo en un pasillo público—. Estoy seguro de que no era un humano.

—Sabe quién fue a su habitación, pero no quién lo contrató. Como sabe, paidhi, también en Mosfeira existe el contrabando. Esas relaciones que desconocemos son muy peligrosas.

El lenguaje tenía pronombres comunes que no especificaban el género, es decir, él o ella. Y los políticos y la plantilla del aiji empleaban esos pronombres de manera habitual.

—Sé dónde estaré más seguro.

—Tabini lo necesita aquí.

—¿Para qué? —Que el aiji estuviera ocupándose de otra cosa que no fueran los asuntos rutinarios era una novedad. No sabía nada al respecto, de modo que Banichi debía de estar comentándole algo de lo que nadie más tenía noticia.

Y, hacía unas semanas, Tabini había tenido un gesto sin precedentes con él: lo había armado y lo había instruido durante dos horas en su retiro personal. Habían bromeado y disparado a unos melones clavados en unos postes, y luego habían cenado. El aiji podría haber aprovechado cualquier minuto para advertirle de que estaba a punto de suceder algo distinto de los consejos y reuniones rutinarias y de que lo necesitaría.

Doblaron la esquina. Se dio cuenta de que Banichi no había respondido a su pregunta. Entraron en la columnata y dejaron a su espalda las murallas

pálidas y regulares de la antigua Bu-javid. El tráfico en las escaleras era ahora de bajada en lugar de subida. Los atevi que habían guardado cola para las audiencias tenían ahora sus números y el aiji los recibiría siguiendo un orden.

Banichi le entregó dos llaves cuando llegaron a los pasillos poco transitados que conducían a las dependencias del jardín.

—Son las únicas que valen —le explicó el agente—. Tenga cuidado de no confundirlas con las antiguas. Las otras también funcionan, pero no desconectarán los cables.

Le lanzó una mirada de preocupación de la que el atevi pareció no darse cuenta.

—¿Acaso no puede asustar a ese bastardo? ¿Obligarlo a lamentar lo que ha hecho? Está claro que no es un profesional. No ha habido noticias de...

—Actúo dentro de los límites de mi licencia —le interrumpió—. La tentativa se ha archivado, ¿no es eso lo que me dijo? El intruso sería un completo idiota si lo intentara de nuevo.

Bren sintió un incómodo hormigueo en el estómago.

—Joder, Banichi...

—Ya he avisado a los sirvientes. Los criados honestos y listos, aquellos capaces de servir en esta casa, pedirán que se les deje entrar de ahora en adelante. Su apartamento ya no es diferente del mío. O del de Jago. Yo me cambio las sábanas.

A pesar de que creía conocer bien a Banichi y a Jago, no tenía idea de que estuvieran expuestos a tales peligros. Tenía sentido en el caso de los agentes o en el de Tabini, pero no en el suyo.

—Confío —añadió Banichi— en que no haya entregado a nadie un duplicado de las llaves. Me refiero a alguna dama. O a otras... eh... relaciones. No habrá apostado, ¿verdad?

—¡No!

Banichi también lo conocía; sabía que tenía relaciones en Mosfeira, una o dos que no eran contrarias a lo que el agente solía llamar «la noche de la cena romántica». Pero es que el paidhi-aiji no tenía tiempo para la vida social. Ni para las maniobras prolongadas o los sentimientos heridos, ni tampoco para los flirteos en los saludos y despedidas. Aunque, sobre todo, no le interesaba que nadie anduviera cortejándolo por su influencia o pudiera chantajearlo precisamente por ella. Sus amigas no le hacían preguntas y no esperaban más que un ramo de flores, alguna que otra llamada telefónica y una noche en el teatro.

—En realidad solo importa si ha repartido sus llaves por ahí.

—No soy tan idiota.

—Los idiotas de esa clase abundan en Bu-javid. He tenido que hablar seriamente con el aiji.

En ocasiones, cuando se les proporcionaba a los atevi algo de tecnología, la transformaban de una manera jamás pensada por los humanos. Estos inventores improvisados, diferentes al resto de sus congéneres, hilvanaban ideas de maneras totalmente inesperadas que daban lugar a consecuencias sociales o a ramificaciones técnicas a las que nunca se hubiera llegado de otra manera. El cable era una de ellas. Los atevi tenían cierta propensión a fabricar cosas que sirvieran a su seguridad personal y como su ley no prohibía el uso de maquinarias letales, nadie podía saber con certeza de qué maneras habían transformado otros objetos que se les habían proporcionado o qué uso hacían de ellos.

El paidhi procuraba mantenerse al día. Intentaba estar al corriente de toda la tecnología y de cada nuevo vocablo que surgía en el universo conocido. No obstante, siempre había algo que se le escapaba y las cosas prosperaban con gran celeridad; aquellos nuevos conocimientos estaban fuera de su alcance y la recombinación de los objetos quedaba completamente fuera del control humano.

Y, por encima de todo, los atevi eran muy capaces de hacer descubrimientos tecnológicos por sí solos y no sentían remordimiento alguno a la hora de mantenerlos ocultos. Lo cierto es que no eran personas muy comunicativas.

Llegaron hasta la puerta y Bren utilizó la llave que Banichi le había entregado. La puerta se abrió. Ni el cable ni la estera estaban a la vista.

—A la altura del tobillo y negro —le explicó Banichi—, pero está debajo e inactivo. Ha utilizado la llave correcta.

—Su llave —le espetó. No le hacían gracia sus bromas—. No veo la estera.

—Está debajo de la alfombra. No camine descalzo sobre ella. Sangraría. El cable lo sorteará sin problemas, podrá andar por encima de él cuando esté inactivo, pero no descalzo.

Apenas lo distinguía. Caminó a lo largo de la estera. Banichi se quedó al otro lado.

—Se abrirá camino a través del aislante —siguió informándole el agente— y también del cuero de una bota, paidhi-ji, siempre que esté activa. No la toque ni cuando esté inactiva. Cierre la puerta con llave y no merodee por los pasillos.

—Debo acudir a un consejo de energía esta tarde.

—Querrá cambiarse de ropa, nadi. Espere a Jago aquí. Ella lo escoltará.

—¿Qué significa esto? ¿Es que tengo que llevar una escolta adondequiera que vaya? ¿Saltará sobre mí el ministro de Trabajo? ¿Me atacará el jefe de Aguas?

—Paciencia, paciencia, nadi Bren. Comprobará que Jago es muy interesante. Está fascinada con su cabello castaño.

Aquel comentario lo enfureció.

—Ya veo que lo está disfrutando. No tiene gracia, Banichi.

—Perdóneme —dijo el agente muy solemne—. Pero complázcala. Escoltar a alguien es aburrido, joder.

2

Volvían sobre la vieja disputa: el transporte por carretera contra el transporte por vía férrea. Los operadores del transporte por carretera presionaban duramente a los partidos para que se construyeran autovías en las ciudades montañosas, mientras que lo que aspiraba a conseguir la industria ferroviaria eran mayores inversiones, destinadas a fortalecer su presencia en las tierras más altas. Y ambos, a su vez, estaban enfrentados con los cargueros aéreos y los pagadores de impuestos que no querían que estos aumentaran. El gobernador provincial quería una autopista en lugar del ferrocarril y machacaba con todos sus argumentos al ministro de Trabajo.

Bren prestaba oídos a la discusión con el ordenador frente a sí. La pantalla estaba en reposo desde hacía un buen rato. La nueva pelotera no era más que una versión de la anterior. Dedicó un rato a pintar círculos entrelazados en un cuaderno; vistos después, parecía que tuvieran algún significado psicológico. En cualquier caso le resultaba un pasatiempo más ameno que escuchar la perorata del ministro. Jago estaba fuera, posiblemente disfrutando de un buen refresco, mientras que el paidhi-aiji se estaba quedando sin agua con hielo.

La voz del ministro de Trabajo tenía una cadencia susurrante y aburrida, pero estaba obligado a escucharle por si tenía que intervenir en el proceso. Si algún día se proponía votar la construcción de dicha autopista, cosa que de momento parecía más que improbable, el paidhi-aiji no podría permitirlo, desde luego. No tenía siquiera derecho a hablar si no se le invitaba a hacerlo, a menos que decidiera imponer su verdadero poder, el veto absoluto sobre una de las recomendaciones del consejo frente a la casa suprema: los tashrid. Un veto que era válido hasta que los tashrid lo examinaban. Lo había utilizado en dos ocasiones en el consejo de investigación y desarrollo, nunca con el ministro de Trabajo actual, aunque su predecesor había batido el récord vetando dieciocho veces la nunca terminada autopista Tramontana, que ahora, una vez construido el enlace ferroviario, había dejado de dar problemas.

O al menos eso esperaba.

La biblioteca de Mosfeira cobijaba toda la historia de la humanidad, así como la totalidad de los archivos de sus predecesores y también aquellas cosas que todavía le serían de utilidad, como los documentos que evidenciaban sabiduría en sus visiones retrospectivas, o los informes que demostraban que consumir los elementos petroquímicos del planeta en la

vasta orgía de transportes privados no era la solución más recomendable para el entorno a largo plazo ni para la calidad de vida. De modo que el consejo del paidhi-aiji muchas veces paralizaba las ambiciones de los gobernadores locales. Y así, en el caso de la red de carreteras, su decisión había sido la de oponerse a su construcción y ampliación. No obstante, los atevi habían hecho grandes avances y el aire sobre la cordillera de Bergid todavía brillaba por su pureza. El paidhi estaba bastante satisfecho con eso; el paidhi que había actuado como portavoz de unos doscientos años de antecesores.

Los atevi todavía no controlaban el vapor cuando los humanos aterrizaron en su planeta sin ser invitados ni queridos.

Los atevi habían visto la tecnología y habían sentido, como los humanos, la necesidad de progresar y de obtener beneficios de ese avance. Pero, a diferencia de estos, aquellos creían que el mayor beneficio era el de ver aumentado su poder para poder ejercer más influencia sobre el resto de sus relaciones. Según los teóricos humanos, aquello tenía que ver con la importancia desmedida que le daban a la reputación, cuyo objetivo parecía ser el de trascender a su propia cultura. Sin embargo, aquellas especulaciones les eran de utilidad solo a los teóricos que tan cómodamente vivían en Mosfeira y no al paidhi-aiji, cuyo deber era convertirse en un elemento práctico e indispensable para el aiji de los raji atevi en la ciudad de Shajidan, en la asociación más cercana a Mosfeira, que además era uno de sus aliados más antiguos.

Sin el cual podrían tener que pasar por un detestable segundo examen de tecnología humana contra el haroniin atevi, un concepto para el que no existía una palabra humana o tan siquiera una traducción aproximada. Digamos que la paciencia de los atevi tenía un límite, que el asesinato era un elemento esencial gracias al que mantenían su equilibrio social y que haroniin significaba algo parecido a: «tensiones acumuladas en el sistema que justifican su ajuste». Y como todas las demás aproximaciones: aiji no era exactamente «duque», pero desde luego tampoco «rey» y el concepto de los atevi acerca de la autoridad de los países, los límites y las fronteras guardaba cierta relación con sus planes de vuelo.

No, no era buena idea construir autopistas y alentar el transporte independiente, ni tampoco descentralizar un sistema de obras públicas, sustentado por los impuestos, que facilitaba el trabajo de los diversos aijiin de los diferentes continentes, quienes, a su vez, apoyaban de manera incondicional a Tabini-aiji y al sistema que este había establecido en Shejidan.

No, no era una buena idea permitir que surgieran otros sistemas en los que los empresarios empezaran a acumular una gran cantidad de dinero y en los que pudieran seguir expandiendo sus asentamientos capitalistas a lo largo de las carreteras y creando corporaciones parecidas a las de los humanos.

No en un sistema en el que el asesinato era un sistema de ajuste social ordinario y legal.

Maldita sea, el asunto de su apartamento seguía poniéndole los pelos de punta, a pesar de que el tiempo transcurrido lo distanciaba del miedo físico. Entre las espirales del pensamiento, reverberaban de cuando en cuando los acontecimientos de aquella noche. Había estudiado y competido durante años para convertirse en el paidhi y para conseguir, en fin, cierta fluidez en un lenguaje en el que las palabras y pensamientos humanos no se traducían con facilidad. Algunos retazos y fragmentos habían empezado a ascender a la superficie de esas aguas turbias que constituían para él la mentalidad de los atevi. Esos retazos y fragmentos rozaban su subconsciente desde la pasada noche. Y en realidad eran tan solo la sombra de una preocupación que surgía de la frontera entre las ideas atevi y las humanas.

Una preocupación que le advertía de que atacar al paidhi-aiji, al supuestamente inofensivo, neutral y discreto paidhi-aiji, no podía obedecer más que a los razonamientos de un lunático o un ataque premeditado de algún tipo de sistema.

Trataba de ser la presencia más apolítica y silenciosa dentro de la corte de Tabini. No perseguía otros contactos con los procesos políticos que no fueran los de sentarse callado en la corte o en un rincón durante alguno de los consejos de fuerte impacto tecnológico o social. Y solo de forma muy ocasional se decidía a proponer un asunto. El que la atención pública recayera sobre él como había ocurrido tras el discurso de Tabini era contrario a la política de su puesto.

Lamentó que Tabini hubiera expuesto la tentativa, pero comprendía que el aiji hubiera tenido que tomar medidas severas a causa de la invasión del Bu-javid. Había lanzado un guante hacia el contratante para que este se quejara oficialmente antes de volver a mandar a su asesino a la carga.

Y no importaba que el asesinato fuera algo legal y aceptado; según los términos atevi, estaba prohibido actuar sin licencia, sin demostrar abiertamente cuáles eran tus intenciones y, desde luego, no era correcto contratar a un cualquiera para que llevara a cabo la tarea. Al recurrir a estos individuos inexpertos, se desplazaba a los que realmente podían realizar el

trabajo y solventar el problema. Y se perdía lo que los atevi llamaban «biichi-gi», que para los humanos era la sutileza.

Y sutileza era precisamente de lo que aquel atentado carecía. Estaba claro que el aspirante a asesino no contaba con que él tuviera en su poder una pistola, ya que, en cualquier caso, los humanos no debían tenerlas a este lado de las fronteras de Mosfeira.

Era un arma que Tabini le había entregado recientemente.

Y Banichi y Jago insistían en que no habían podido encontrar ni tan siquiera una pista.

Maldita molestia.

¿De qué sistema procedía aquel ataque? El paidhi-aiji podía identificarse con un sinnúmero de ellos... por ejemplo con el de los humanos, también con el de los paidhi que habían aconsejado al aiji que la red ferroviaria era, a largo plazo y por razones ecológicas, mejor que el transporte por carretera. De todos modos nadie, excepto aquellos que habían decidido solucionar el problema con cierta falta de sutileza, sabía con seguridad cuál era el motivo o la ofensa que los había llevado a zanjar el asunto de esa manera.

El paidhi-aiji no se había convertido nunca en el objetivo de un asalto. Desde que ocupara el cargo se había ocupado, sobre todo, de recoger palabras, de actualizar los diccionarios, y de observar e informar acerca de los cambios sociales. El consejo que le había dado a Tabini estaba lejos de ser idea suya; todo lo que hacía y decía procedía de cientos de expertos y consejeros de Mosfeira, que le comunicaban con todo detalle lo que debía decir, lo que debía ofrecer y qué podía admitir. De modo que deshacerse «sutilmente» de él implicaba que algunas personas sentían un gran desagrado hacia los seres humanos, pero desde luego no conseguirían llevar a buen término la construcción de las autopistas.

Tabini había percibido algo en el ambiente y lo había armado.

Y, ahora que lo pensaba, no había informado de ello a Mosfeira: Tabini le había pedido que no le dijera a nadie lo del arma y como siempre habían disfrutado de ciertos intercambios privados, decidió ser discreto y mantener el asunto alejado de sus informes oficiales. Lo cierto es que se había sentido bastante preocupado, pero la confianza del aiji lo había halagado, tanto personal como profesionalmente, allí, en el refugio de caza de Taiben, donde todas las normas de la corte quedaban en suspenso y todos estaban de vacaciones. El ejercicio de la puntería era un deporte para los atevi, una pasión de hecho, y Tabini, el campeón de puntería con pistola, había decidido caprichosamente violar una de las normas del Tratado y entregarle a él, al

paidhi, un arma. Toda aquella semana había supuesto un insólito acercamiento, había tenido con él extraños gestos de... si no era amistad, por lo menos de la relación más íntima a la que podía llegar un atevi, es decir, dejar de lado todas las formalidades que gobernaban y constreñían a todos los atevi por igual.

Después de aquellos días, los demás miembros de la plantilla lo miraban de otra manera. Con más respeto. Tabini parecía encantado de que hubiera accedido a recibir lecciones de tiro y se le ocurría que entregarle el arma podía incluso ser un extravagante acto de rebelión. Mientras el aiji le recomendaba que llevara la pistola consigo, él se debatía entre la sorpresa de aquel gesto de cariño hacia un humano y el inmediato sentido de culpabilidad que lo había sobrecogido por su incapacidad de comentarles el hecho a sus superiores.

Enseguida se preocupó por saber qué haría con ella en el avión de regreso a casa y cómo se desharía o informaría de que la tenía porque todo podía ser una prueba a la que estuviera sometiendo Tabini; para comprobar si le importaba algo y si era discreto a pesar de las normas que se le hubieran impuesto.

Y después, cuando ya hubieron llegado a casa, la pistola y la munición le pesaron en la bolsa de viaje como un terrible secreto. Se había sentado a observar el paisaje y se había percatado de lo mucho que había aumentado la seguridad en torno al aiji en las últimas semanas.

En ese mismo instante lo había asaltado el miedo. Entonces se había dado cuenta de que se había metido en algo que desconocía, en algo de lo que debería haber informado y no lo había hecho porque nadie en Mosfeira podía entender realmente cuál era la situación en la corte de Tabini sin estar presente allí todo el tiempo. Suponía que el peligro estaba todavía en ciernes, pero su perspectiva de la situación carecía de los detalles más básicos y no quería recibir órdenes de sus superiores hasta que pudiera averiguar qué se cocía en la capital.

Esa era la razón de que hubiera escondido la pistola bajo el colchón en lugar de hacerlo en los cajones de la cómoda, que a menudo solían ordenar los criados.

Y esa era también la razón de que no hubiera esperado un solo minuto a descubrir quién era aquella sombra que se colaba por la puerta de su habitación; era la razón de que hubiera disparado tan pronto como la vio. Había vivido en el Bu-javid el tiempo suficiente como para saber que los atevi no entraban en los dormitorios de las personas sin recibir previamente una

invitación, por lo menos no lo hacían en una sociedad en la que todo el mundo iba armado y en la que el asesinato era una medida legal. Con toda seguridad, el asesino no esperaba que tuviera un arma y se llevara el susto de su vida.

Si el atentado no era una trampa para sorprenderlo armado, claro. Pero tampoco eso explicaba por qué.

De momento solo podía especular. Propondrían un asunto a votación en la próxima reunión. No se había enterado de qué era lo último que había dicho el ministro. Si el paidhi permitía que al consejo le pasara desapercibido algo importante, perdería una ventaja por la que sus predecesores habían luchado durante doscientos años. En ciertas ocasiones, ni siquiera el aiji podía oponerse a las recomendaciones del consejo; eran momentos en los que Tabini no se enfrentaría a sus rivales si el asunto que tenían entre manos no le parecía especialmente interesante y tampoco podía confiar en que el aiji fuera a estar siempre de su lado porque era, al fin y al cabo, uno de los atevi y era lógico que también se pusiera de su parte de cuando en cuando.

—Quiero una transcripción —pidió cuando la reunión hubo finalizado. Los participantes lo miraron sorprendidos.

Lo que probablemente alarmaría a la gente de manera innecesaria; era muy posible que tomaran su melancolía por furia y el aplazamiento y la petición de la transcripción como un aviso de que el paidhi estaba dispuesto a vetar el proyecto.

Pero ¿con qué propósito? Vio que el ministro fruncía el ceño y se preguntaba si el paidhi adoptaría una posición que no comprendían, y la confusión no era una emoción que uno debiera despertar en los atevi. Una acción daba lugar a otra. Ya tenía bastantes problemas sin necesidad de asustar a alguien más.

Puede incluso que el ministro de Trabajo creyera que culpaba a alguien de su oficina de ese atentado cuya noticia ya habría recorrido el continente de costa a costa. Si era el caso, el ministro, sus ayudantes e intereses crearían casi con total seguridad que debían protegerse o asegurarse la ayuda de algunos aliados a los que él temiera.

Podía decir que no había estado escuchando el discurso, pero eso era un grave insulto y ofendería la vanidad del ministro. Era como decirle a todo el consejo que sus asuntos le aburrían.

Mierda, mierda... Un cambio insignificante en el proceder de los atevi lo llevaría a una situación que no le deseaba a nadie. Hiciera lo que hiciese, la

cuestión era delicada. Y además, ellos no entendían a aquellos cuyas emociones se reflejaban en sus rostros.

Cogió su ordenador y salió al pasillo, sin olvidarse de hacer antes una reverencia y de ser educado con el atevi al que podría haber ofendido.

Jago se unió a él de forma inmediata. La buena de Jago, que no era tan alta como los atevi que estaban a su alrededor, pero sí más peligrosa y decidida, y hasta un grado que dejaba muy claro a todos los presentes la posición que ocupaba el paidhi y los recursos a los que tenía acceso.

Bueno, en realidad, los recursos los tenía el aiji. No obstante, eso bastaba para que los demás se lo pensaran dos veces antes de actuar.

Los atevi contaban, además, con otra filosofía: la que decía que si una persona disfrutaba de un poder como ese y no lo había utilizado, no lo haría siempre y cuando se mantuviera intacto el *status quo* inicial.

—¿Han encontrado algo? —le preguntó a Jago cuando tuvo oportunidad.

—Estamos vigilando —le respondió ella—, pero no podemos hacer más porque el rastro se ha desvanecido.

—Estaría mejor en Mosfeira.

—Pero Tabini lo necesita aquí.

—Eso me dijo Banichi. ¿Para qué? No tengo ningún consejo que darle. Que yo sepa, no me han enviado petición alguna, a menos que salga a relucir algo nuevo en la transcripción sobre energía. Lo siento pero no he podido concentrarme en los negocios.

—Procure dormir bien esta noche.

Claro, lo haría gracias a las trampas mortales que flanqueaban sus puertas. No tenía nada que añadir a aquella sugerencia. Dobló la esquina que lo conduciría hasta la oficina de correos con la esperanza de que allí lo aguardara algo agradable. Quizá encontrara revistas con fotografías en las que aparecían rostros humanos, artículos contruidos con el lenguaje y la lógica humanos. Las guardaría para después de la cena, para distraerse un rato de los pensamientos que lo asaltarían una segunda noche. Ese era uno de aquellos días en los que le apetecía pedirle a Barb que tomara el primer avión, que volara hasta allí, y que estuviera con él aunque solo fuera veinticuatro horas humanas...

¿Con cables letales en las puertas de su dormitorio?

Sacó la llave de su buzón de correos, extendió la mano para abrir la puerta y Jago lo cogió del brazo.

—El sirviente lo cogerá.

Aunque lo que pretendía pedirle en realidad era que se quedara detrás de la pared porque alguien quería matarlo y no le parecía una buena idea que anduviera rebuscando en el buzón de su correspondencia.

—Me parece que eso ya es exagerar —le dijo.

—Tal vez sus enemigos sean amigos de medidas extremas.

—Pensé que la palabra justa era «sutiles». ¿Harían volar un buzón de correos?

—O podrían meter una aguja dentro de uno de los sobres. —Cogió la llave y se la guardó en un bolsillo—. El correo del paidhi, nadi-ji.

El sirviente se fue y regresó con él.

—Nada —les informó el empleado.

—Pero si siempre hay algo —rebatió Bren—. Disculpe mi insistencia, nadi, pero mi buzón nunca está vacío. Nunca, desde que ocupó el cargo, ha estado vacío. Asegúrese, por favor.

—No lo confundiría con otra persona, nand' paidhi —le aseguró el sirviente y levantó las palmas de las manos hacia arriba como para dar a entender que tampoco él comprendía lo que estaba ocurriendo—. Tampoco yo he visto nunca su buzón vacío. Pero quizá estén de vacaciones.

—No ha habido ninguna fiesta últimamente.

—Tal vez alguien se lo haya recogido ya.

—No he autorizado a nadie para que lo haga.

—Lo siento, nand' paidhi, pero no hay nada ahí.

—Gracias —le agradeció con una inclinación. No sabía qué más decir o hacia dónde mirar—. Gracias y perdone por las molestias.

Luego se giró hacia Jago y le dijo en un hilo de voz:

—Alguien se ha llevado mi correo.

—Lo más probable es que Banichi se lo haya recogido.

—Y le agradezco que se tome la molestia, Jago, pero puedo hacerlo yo solo.

—Quizá pensó que así le ahorraría tiempo.

Suspiró y negó con un gesto de la cabeza. Siguió caminando, con Jago siempre a su lado.

—¿Cree que estará en su oficina?

—Lo dudo. Me comentó algo acerca de una reunión.

—¿Se ha llevado mi correo a una reunión?

—Puede, nadi Bren.

Quizá Banichi se lo llevara luego a su habitación. De modo que podría leer hasta quedarse dormido o escribir cartas antes de olvidar por completo el

lenguaje humano. Y, si eso fallaba, tal vez hubiera algún programa machimi en la televisión. Una pizca de venganza, una dosis de humor..., en fin, un entretenimiento ligero.

Anduvieron por los pasillos menos transitados hasta llegar al principal, al que conducía a su habitación. Utilizó la llave para abrir la puerta y observó que le habían cambiado la ubicación de los muebles: su cama estaba ahora en el extremo más apartado del dormitorio. La televisión estaba situada donde antes estaba la cama. Todo parecía fuera de lugar.

Esquivó el cable, a pesar de que se suponía que estaba desactivado. Jago también pasó por encima de él y se fue derecha al baño sin siquiera pedir permiso. Recorrió, de hecho, toda la habitación con un detector de micrófonos.

Él cogió el mando de la televisión y la encendió. Los canales estaban cambiados. El canal de noticias ya no estaba presintonizado. Ocurría lo mismo con todos los canales generales. El de meteorología sí estaba y también uno de entretenimiento.

—La mitad de los canales han desaparecido.

Jago lo miró, se inclinó y examinó la caja que guardaba en su interior uno de los extremos del cable.

—Quizá haya sido por la tormenta de anoche.

—Funcionaban esta mañana.

—No lo sé, nadi Bren. Tal vez estén llevando a cabo alguna reparación.

Tiró el mando a distancia encima de la cama.

—Tenemos un dicho para esto: este es uno de esos días.

—¿A qué se refiere?

—Uno de esos días en los que nada funciona.

—¿El presente o uno por llegar? —preguntó Jago mientras se erguía. Los verbos atevi contaban con una necesaria diferenciación de los tiempos. Banichi hablaba un poco de mosfei, pero Jago estaba más impedida por su idioma.

—Nadi Jago, ¿qué es lo que está buscando?

—El contador de entrada.

—Registra las entradas.

—De una forma muy particular, nadi Bren. Si se trata de un profesional, más vale no escatimar en medidas de seguridad.

—Dudo que se trate de un profesional. ¿No se supone que deben hacer una declaración de intenciones?

—La gente debería comportarse bien, pero ¿lo hacen siempre? Debemos tener en cuenta el caso más extremo.

Era absurdo no esperar de los asesinos del aiji el cuidado que le ponían a todo cuanto hacían y que tomaran precauciones que nadie más tomaría porque no conocía como ellos su trabajo. Debería alegrarse, se dijo, de que estuvieran cuidando de él.

Por Dios. Rezó para que nadie intentara entrar en su dormitorio esa noche. No le apetecía despertarse y encontrarse un cadáver chamuscándose sobre la alfombra. Pero tampoco quería que lo disparasen o acuchillasen en la cama. Un atevi que hubiera conseguido escapar una primera vez quizá se diera por vencido. No obstante, si se trataba de un profesional y el contratante se ponía nervioso, tal vez le pidiera que rescindieran el trato.

Probablemente.

Tampoco podía contar con ello. Nunca podías llegar a estar seguro del todo; solo limitarte a tranquilizarte un poco con el paso de los días y a desear que el muy bastardo no estuviera esperando alguna oportunidad nueva y más propicia.

—Un profesional no habría fallado —le comentó a Jago.

—Nosotros no solemos perder a los que seguimos —le informó ella.

—Estaba lloviendo.

—Ni aun así —insistió la atevi.

Lamentó que hubiera dicho aquello.

Banichi regresó a la hora de la cena. Llegó junto con dos nuevos sirvientes y con un carrito con tres cenas. El agente los presentó como Algini y Tano. Ambos se inclinaron con ese grado de frialdad que indicaba que pertenecían al ramo de sirvientes de altura, acostumbrados a dormitorios con más clase.

—Confiaba en Taigi y en Moni —murmuró Bren, una vez que los criados se hubieron marchado.

—Algini y Tano tienen las acreditaciones necesarias —le respondió Banichi.

—Acreditaciones... ¿Recogió mi correo? Alguien lo hizo.

—Lo dejé en mi oficina, perdóneme.

Podía pedirle a Banichi que fuera a buscarlo. Podía insistir en que lo hiciera. Pero entonces su cena se quedaría fría, la cena a la que se habían invitado Banichi y Jago.

Suspiró y cogió una silla. Jago cogió otra de uno de los extremos de la habitación. Banichi desplegó las alas de la mesa y repartió los platos. La mayoría eran frutas cocinadas y caza muy especiada de la reserva de Nanjiran. Los atevi no criaban ganado, por lo menos no los atevi ragi. Mosfeira comerciaba con los trópicos, con los nisebi, que se encontraban muy al sur. Les compraban carne procesada y preservada, para no tener que cortarla en finísimas lonchas a fin de que aguantara la luz del sol. A Tabini-aiji le repugnaba ese comercio y Bren le había prometido, aunque no de buena gana, que intentaría convencer a su gente para que dejaran de hacerlo. El paidhi se veía en la obligación de ejercer una influencia bidireccional, aunque carecía de veto a la hora de reprimir las costumbres humanas.

De modo que, mientras estuviera en Mosfeira no era políticamente correcto que el paidhi comiera otra cosa que no fuera caza, siempre y cuando, eso sí, la temporada fuera la apropiada. Preservar la carne era una acción comercial y aquello, relacionado con la vida de un animal, no era kabiú, es decir, «no daba buen ejemplo». La plantilla del aiji tenía, por tanto, que ser kabiú. Muy kabiú.

Tabini le había dicho, no sin cierto regocijo, que cumplir esta medida era una práctica ecológica muy recomendable. Lo que el paidhi debía, por supuesto, apoyar con tanto entusiasmo, viniera de quien viniese.

En el mercado de la ciudad se podían comprar diversos tipos de carnes. Congelada, envasada y seca.

—¿No tiene hambre, nadi?

—Esta no es la temporada que más me gusta —comentó con descortesía aquella noche. Se sentía terriblemente infeliz—. Nadie sabe nada. Nadie me dice nada. Aprecio de veras la preocupación del aiji. Y la suya. ¿Pero existe alguna razón por la que no pueda volver a casa durante uno o dos días?

—El aiji...

—Me necesita. Pero nadie sabe por qué. Jago... Usted no me confundiría, ¿verdad?

—Es mi trabajo, nadi Bren.

—Mentirme.

Todos se quedaron en silencio, incómodos. Pretendía que su franqueza pasara como un sentido del humor bastante negro. Pero había surgido en el momento inoportuno, con los ánimos por los suelos y había topado con sus esfuerzos honestos y probablemente frustrados por la imposibilidad de encontrar respuestas. A él, entre todos los humanos, lo habían educado para que no cometiera esos errores.

—Perdónenme —se disculpó.

—Su cultura admite la mentira —le explicó Banichi a Jago con franqueza—, pero confesar que uno lo ha hecho supone un insulto para la víctima.

Jago lo miró confusa.

—Perdónenme —repitió Bren—, era solo una broma, nadi Jago.

Ella seguía igual y frunció el ceño, aunque no enojada.

—Nos tomamos la amenaza muy en serio.

—Yo no. Solo ahora estoy empezando a comprenderla. —Pensó, ¿dónde está mi correo, Banichi? Pero en lugar de indagar, se metió una cucharada de sopa en la boca. Meterle prisa a los atevi era algo que no daba lugar a nada bueno—. Se lo agradezco. Estoy convencido de que tenían planeado algo mejor para esta noche.

—No —le respondió Jago.

—Aun así —insistió, preguntándose si ya habrían arreglado los canales de la televisión y sobre qué podría hablar con Banichi y Jago durante el resto de la cena. Quizá emitieran alguna comedia en el canal de entretenimiento. Aunque le parecía que sus invitados pretendían quedarse con él toda la noche.

¿Y en qué cama dormirían? Ni siquiera parecían cansados. Tal vez no durmieran.

—¿Juegan a las cartas?

—¿Cartas? —preguntó Jago y Banichi echó su silla hacia atrás y le dijo que la enseñaría.

—¿Qué son cartas? —inquirió ella.

Lo que realmente pretendía Bren era recordarle a Banichi que le trajera su correo, pero el agente tenía seguramente cosas más importantes en las que pensar, como asegurarse de que todo estaba en orden y de que los aparatos de seguridad funcionaban como debían.

—Se trata de un juego numérico —le explicó Bren, temiendo que Banichi fuera a marcharse y a dejarlo solo con Jago... durante la noche. «¿Cuándo te vas?» no era una pregunta políticamente correcta. Todavía estaba planteándose cómo debía preguntárselo a Banichi o qué decir si el agente le decía que Jago se quedaría con él, cuando Banichi salió por la puerta sin más despedida que:

—Tenga cuidado con el cable, nadi Bren.

—Gin —dijo Jago.

Bren suspiró, dejó sus cartas sobre la mesa y se alegró de que no estuvieran jugando por dinero.

—Perdóneme —se disculpó ella—. Usted dijo que eso era lo que debía decir. Mi intención no era la de recrearme en...

—No, no, no. Es la costumbre.

—Uno no puede estar seguro —le explicó Jago—. ¿Puedo estarlo?

La había avergonzado. Se había comportado con «mishidi», con torpeza. Extendió la mano con la palma hacia arriba; era un gesto de reconciliación.

—Puede estarlo. —Por Dios, no podía hacer nada sin herir la sensibilidad de todos cuantos le rodeaban—. De hecho, lo correcto es decir que uno ha ganado.

—¿No cuenta las cartas?

La memoria de los atevi era, sobre todo en lo que se refería a los números, especialmente prodigiosa, a pesar de que Jago no era muy partidaria de los juegos de cartas. Y no, lo cierto es que no se había parado a contar las cartas en serio. Estaba claro que no era muy buena idea jugar a los números con un atevi.

—Tal vez lo hubiera hecho mejor, nadi Jago, si no estuviera distraído por la situación. Me temo que para mí el asunto es algo más personal.

—Le aseguro que hemos comprometido nuestras reputaciones personales en su seguridad. Nunca haríamos otra cosa que no fuera perseguir nuestros objetivos.

Sentía deseos de apoyar la cabeza en la mano y dejar la cuestión en paz. Pero Jago se tomaría eso como una ofensa.

—No espero otra cosa, nadi Jago, y no es su capacidad lo que me hace dudar, ni muchísimo menos. Me gustaría, eso sí, poder seguir tranquilamente con mi vida. Y tampoco me agrada que crea que no confío en su profesionalidad. Me hace sentir muy incómodo.

—Lo siento mucho.

—Estaré más lúcido cuando haya dormido. Le pido que disculpe mis errores por la confusión que siento ahora mismo.

La cara chata y negra de Jago, junto con sus ojos amarillos, reflejaba abiertamente la... no era indignación, no, sino la curiosidad que sentía.

—Confieso que estoy un poco preocupada —añadió ella, con el ceño fruncido—. Usted asegura que no se siente ofendido en absoluto.

—No —confirmó. Rara vez era uno capaz de conmover a un atevi. Pero sus gestos parecían indicarlo. Le palmeó la mano que descansaba sobre la mesa—. La entiendo. —Sin embargo no había llegado al fondo de la cuestión

y decidió hablarle abiertamente de sus sentimientos—. Desearía que pudiera entenderme. Se trata de un pensamiento humano.

—¿Puede explicármelo?

La pregunta no se la estaba formulando a Bren Cameron, porque no lo conocía. Se lo preguntaba al paidhi, al intérprete de su gente. Eso era todo lo que podía hacer, pensó él, por el individuo al que el aiji le había pedido que protegiera; un individuo que, a sus ojos, no se tomaba demasiado en serio la amenaza o que tampoco parecía dispuesto a tomarla en serio a ella. ¿Y cómo iba a conocerlo? ¿Cómo iba a adivinar? Si el paidhi solo le ofrecía un puñado de pistas poco uniformes. ¿Puede explicármelo?, solía preguntarle cuando quería hacerse entender.

—Si fuera tan sencillo... —comenzó, esforzándose para que aquello tuviera sentido para ella o para evitar que sintiera deseos de volver a preguntárselo— no sería necesario que existiera un paidhi. Pero entonces yo no sería humano y usted no sería atevi, y nadie me necesitaría de todos modos, ¿no es verdad?

Aquel razonamiento no tenía ni pies ni cabeza. Solo intentaba hacer que la confusión fuera menos acusada de lo que era. Seguramente Jago podía llegar por sí sola a la conclusión. Pudo ver en sus ojos que se preocupaba y reflexionaba sobre ello.

—¿Adónde ha ido Banichi? —le preguntó. Sentía que las cosas entre ambos escapaban cada vez más a su control—. ¿Planea regresar esta noche?

—No lo sé —respondió ella con el ceño fruncido.

Entonces decidió, entre las convulsiones de su mente exhausta y de los pensamientos cada vez más inconexos, que también eso podría parecerle una ofensa; que quizá creyera que prefería a Banichi antes que a ella.

Lo que, en realidad, era verdad. Pero no porque pensara que era una incompetente. Tratar con un tendero que desconfiaba de los ordenadores era una cosa. Con Jago no conseguía encajar y no dejaba de pensar en lo que Banichi le había dicho acerca de cuánto le gustaba a ella su cabello. Optó, sin embargo, por cambiar de tema.

—Quiero mi correo.

—Puedo llamarlo y pedirle que lo traiga.

Se le había olvidado que existían las radios de bolsillo.

—Inténtelo, por favor —le pidió, y Jago así lo hizo.

Y volvió a intentarlo.

—No consigo contactar con él —le dijo.

—¿Estará bien? —El asunto del correo pareció perder importancia, aunque no significado. Habían ocurrido muchas cosas fuera de lo normal.

—Estoy segura de que lo estará. —Jago recogió las cartas—. ¿Quiere jugar otra vez?

—¿Y qué pasaría si alguien entrara aquí y necesitara ayuda? ¿Dónde cree que estará?

Jago lo miró furibunda.

—Tengo mis recursos, nadi Bren.

Estaba claro que no hacía otra cosa que ofenderla.

—¿Y si el que estuviera en problemas fuera él? ¿Y si le han tendido una emboscada en los pasillos? Nunca se sabe.

—Está muy preocupado esta noche.

Lo estaba. Se ahogaba en los condicionamientos atevi; y esa incapacidad para comprender las cosas en un momento de pánico era lo que le hacía dudar que se encontraba en el lugar oportuno. No podía dejar de preguntarse si la absoluta falta de sensibilidad que había mostrado hacia Jago era algo más general y si tenía que ver en realidad con la amenaza que se cernía sobre él.

También reflexionaba acerca de si estaba permitiendo que el celo de sus guardias lo pusiera más nervioso de lo que debía estar por un riesgo que tal vez no volviera a materializarse.

—¿Qué lo tiene en ese estado, paidhi?

Parpadeó y miró por accidente directamente en los ojos amarillos e impasibles de Jago. ¿Es que no lo sabes?, pensó. ¿Es esa una pregunta trampa? ¿Es que no confías en mí? ¿Por qué me haces estas preguntas?

Pero lo cierto es que tampoco podía confiar ciegamente en el lenguaje de Jago, por lo menos no en lo que a conceptos humanos se refería. Cada casa, cada provincia, pertenecía a una docena distinta de asociaciones que, a su vez, formalizaban otros vínculos a lo largo y ancho del país, cuyas provincias fronterizas creaban asociaciones con las de las fronteras putativas de las asociaciones vecinas. Aquello era, en fin, una telaraña infinita de fronteras que no eran fronteras propiamente dichas, tanto geográficas como interesadas y que se apoyaban en... ¿la «confianza»? En realidad lo hacían en man'chi, es decir, en la «asociación central»; esa que definía a cada uno de los individuos.

—Man'china aijiiia nai'am —dijo, por lo que Jago lo miró sorprendida. «Soy, ante todo, el socio del aiji»—. ¿Nai'danei man'chini somai Banichi? —«¿Quién es vuestro socio?».

—Tabini-aijiiia, hei. —Aunque los atevi mentirían a cualquiera menos a su socio principal.

—¿No sois el uno para el otro? —indagó—. Pensé que Banichi y tú estabais muy unidos.

—Compartimos algo de man'chi.

—¿Y entre vosotros?

Pensó que por su gesto descubriría la verdad, aunque, por supuesto, ella arrugó el ceño.

—El paidhi sabe bien lo ofensiva que puede ser esa pregunta.

—El paidhi-aiji —continuó él— sabe bien lo que pregunta. En eso consiste su trabajo, nadi.

Jago se levantó de la mesa, caminó por la habitación y permaneció en silencio durante un rato. Fue a mirar a través de las puertas que daban al jardín, cerca de donde se encontraba el cable letal. Aquello lo ponía nervioso, pero pensó que no debía advertírsele, solo estar preparado para recordárselo. Jago ya estaba bastante quisquilloso. No la había insultado exactamente, pero había estado metiendo las narices en un tema muy personal y privado.

—El Intérprete sabía que no obtendrá una respuesta honesta —le explicó con franqueza y añadió—: El Intérprete sirve al aiji cuestionando la verdadera jerarquía de sus más íntimas alianzas.

Lo que traducido significaba lo siguiente: «Si tuvieras que traicionar a alguien, Jago, ¿a quién traicionarías, a Banichi o al aiji?».

¿A quién has traicionado tú?

¿Había sido una estupidez formularle semejante pregunta estando solo con ella en una habitación?

Pero, en realidad, estaba solo en ese país. Era un único humano entre trescientos millones de atevi, entre miles de millones más alrededor del mundo, y su obligación consistía en hacer preguntas con mayor inteligencia y astucia que las que acababa de demostrar. Mas ahora ya estaba cansado, confuso como nunca lo había estado, y lo único que necesitaba era poder confiar en los tres: en Tabini, en Banichi y en Jago, antes de seguir avanzando por el camino de la fe. Podía ocasionar grandes daños a su especie si creía una mentira, si recorría una senda traicionera o les ofrecía honestidad a las personas equivocadas.

Porque no solo era el intérprete del aiji. Contaba con una asociación primaria que ensombrecía su relación con Tabini, una asociación marcada en su piel y en su rostro, y que era además algo que los atevi no podían evitar ver cada vez que lo miraban.

Esperó a que Jago reflexionara sobre la pregunta, quizá incluso a que se interrogara acerca de sus lealtades. Cosas que otros atevi no harían. Tal vez

las mentes atevi, como las humanas, albergaran cientos de compartimentos contradictorios entre sí, cuyas puertas no osaran abrir para mirar lo que había dentro. No lo sabía. Era, igual, algo que no debía preguntar, algo demasiado personal y arriesgado. Quizá cuestionar la lealtad que los atevi sentían de forma innata como grupo implicaba que debían sacudir sus principios más básicos y tal vez ese concepto suyo acerca del man'chi era, en el fondo, tan falso como los humanos deseaban que fuera; quienes a su vez tenían la esperanza de que los atevi pudieran también expresar sus emociones, ser y pensar como individuos únicos que albergaran valores personales como ellos.

El paidhi no podía creerlo. El paidhi no se atrevía a dar crédito a una ilusión tan peligrosa y mortal. Estaba más allá de las emociones.

Y tal vez porque se dio cuenta de ello, Jago decidió no responderle. Volvió a centrar su atención en la radio de bolsillo para intentar localizar a Banichi, que seguía ausente.

La atevi frunció el ceño de nuevo, esta vez por motivos diferentes, y llamó al cuartel general para investigar dónde podía haberse metido su compañero. No obstante, tampoco ellos supieron decirle dónde encontrarlo.

Quizá Banichi estuviera con una mujer, pensó Bren, aunque optó por guardarse la posibilidad para sí porque supuso que, de ser ese el caso, Jago podría llegar a esa conclusión sola. No sabía con seguridad si Banichi y ella se acostaban juntos. Lo cierto es que no sabía exactamente qué tipo de relación mantenían, aunque sí que llevaban muchos años formando pareja profesionalmente.

Vio que el ceño fruncido de Jago se arrugaba aún más.

—Que alguien averigüe dónde está —ordenó a la radio.

Escuchó una serie de códigos verbales cuyo significado ignoraba.

—Trabajo de campo —respondió el cuartel general, pero a Jago pareció no gustarle la idea.

—Díganle que me llame cuando termine —añadió ella y apagó el aparato después de recibir una afirmación. Estaba muy descontenta—. No durmió anoche —le dijo con el tono profesional más suave que poseía. Esquivó el cable y abrió las puertas de cristal que daban a la verja del jardín—. Por favor, nadi Bren, descanse.

Estaba exhausto. Pero no se le ocurrían más que respuestas sarcásticas. Además, estaba seguro de no querer que esas puertas estuvieran abiertas. Quizá estuvieran tendiéndole una trampa. No estaba de humor para convertirse en un señuelo esa noche.

—Nadi —dijo—, ¿ha olvidado mi pregunta?

—No, paidhi-aiji.

—Pero no está por la labor de responderla.

Jago lo miró con sus ojos amarillos atentos y luminosos.

—¿Hacen ese tipo de preguntas en Mosfeira?

—Siempre.

—Pues no las haga mientras esté con nosotros —le espetó, y luego cruzó la habitación en dirección a la puerta.

—Jago, dígame que no está enfadada.

Ella volvió a mirarlo de la misma forma. Se quedó a escasos centímetros del cuadrado letal escondido en la alfombra, lo desconectó, y se volvió hacia él.

—¿Por qué me pregunta algo tan estúpido? En cualquier caso no me creería.

Eso lo hirió y convirtió su respuesta en algo foráneo y cargado de propósito.

—Pero soy humano, nadi.

—De modo que su man'chi no está con Tabini después de todo.

Aquella era una pregunta muy peligrosa; casi mortal.

—Desde luego que sí. Pero si tuviera dos... ¿dos manchiin muy fuertes?

—A eso lo llamamos una prueba de carácter —le dijo Jago antes de abrir la puerta.

—Nosotros también, nadi.

Eso llamó su atención. Se quedó quieta en el umbral, dejando solo que un tímido haz de la luz blanquecida del pasillo se filtrara entre los huecos vacíos que dejaba su grandísimo e imponente cuerpo negro. Permaneció allí, como si quisiera decir algo.

Pero entonces sonó la radio. Habló brevemente con el cuartel general acerca del paradero de Banichi. Ellos le comentaron que había terminado lo que estaba haciendo, aunque ahora estaba reunido y había pedido que no lo molestaran.

—Gracias —dijo por radio—, retransmítanle mi mensaje. —Se volvió hacia él y añadió—: Activaré los dos cables. Váyase a la cama, paidhi Bren. Estaré fuera si me necesita.

—¿Toda la noche?

Ella permaneció un momento en silencio.

—No salga al jardín, nand' paidhi. No se ponga delante de las puertas. Sea prudente y váyase a la cama.

Cerró la puerta tras de sí. El cable volvió a activarse, o al menos eso creyó él. Se levantó una vez que se cerró la puerta.

¿Y de verdad necesitaba todo aquello, los cables y a Jago, para asegurarse un buen descanso?

¿Y dónde estaba Banichi y qué había significado todo aquel intercambio de preguntas acerca de las lealtades? Ni siquiera podía recordar quién había empezado.

Podría haberse olvidado de la discusión que había mantenido con Jago ahora que se encontraba al borde del sueño y necesitaba que su mente descansara de una vez por todas, pero no podía dejar de pensar en quién había empezado, quién insistido y con qué intención. No lo había hecho bien. Toda aquella tarde, primero con Banichi y luego con Jago, tenía algo de estresante, como si...

Se tratara de una retrospectiva. Tenía la sensación de que ambos, Jago y él, se habían obcecado en averiguar algo, en aprovechar la mínima oportunidad, en desafiarse mutuamente o en tomarse a la tremenda cualquier explicación o razonamiento. Tal vez todo aquello no fuera más que el producto del desconocimiento de Jago; había tratado casi siempre con Banichi y confiado en él para que le transmitiera los mensajes a ella con la mayor exactitud. Y la verdad es que no entendía por qué el agente se había marchado por la noche, dejándolo solo. Aparte de razones tan obvias como que él era el jefe del equipo y que tenía que encargarse de otros asuntos más importantes para el aiji que el paidhi.

Y, hasta donde podía decir, creía que ni Jago ni él tenían ventaja el uno sobre el otro, ninguno de ellos había sacado en claro algo que lo pusiera a la cabeza. Se habían limitado, por tanto, a recordarse lo muy diferentes que eran y cuán peligrosas podían volverse las relaciones entre los atevi y los humanos casi sin aviso previo.

Ni siquiera era capaz de hacerle entender su punto de vista a una mujer educada y escéptica, que además tenía muchas razones para prestarle atención. Y cómo era capaz de transmitir sus informes a los diversos consejos, a aquellos que los superaban tan ampliamente en número, cuando solo después de dos siglos de paz habían aceptado que los humanos se quedaran en Mosfeira, que (de muy mala gana) los ordenadores tuvieran números de la misma forma que las mesas tenían distintas longitudes y los objetos diferentes alturas, pero, por Dios, si para ellos incluso distribuir el

mobiliario en una habitación requería una serie de mediciones y de estimación de radios, de cálculo de las diversas combinaciones felices e infelices que los atevi llamaban agingi'ai, es decir, «armonía numérica feliz».

Los atevi consideraban que la belleza fluía de ella. La infelicidad no podía ser hermosa. Con la infelicidad no se podía razonar. Los números correctos se sumaban y una división de números pares en un sencillo ramo de flores implicaba hostilidad.

Solo Dios sabía qué le había transmitido a Jago que nunca hubiera debido decirle.

Se desvistió, apagó la luz y le lanzó una mirada de aprensión a las cortinas, que no ofrecían pista alguna sobre el cable ni reflejaban la sombra de un asesino al acecho. De modo que se metió en la cama, en el lado equivocado de la habitación, donde la ventilación no le llegaba directamente de la verja del jardín.

Donde la brisa apenas lo alcanzaba.

No dormiría hasta que el viento cambiara de dirección. Podría ver la televisión, si es que funcionaba. Aunque dudaba que lo hiciera. Los apagones solían descalabrar las sintonías. Observó las cortinas e intentó pensar en los asuntos del consejo, pero su mente seguía volviendo a lo acontecido durante la mañana: Tabini había anunciado esa maldita hostilidad, cosa que él nunca hubiera querido. Y menos aún que se hiciera públicamente.

Y la puta pistola, ¿la habrían cambiado de sitio junto con la cama?

No podía soportar la idea de que alguien la hubiera encontrado. Se levantó y palpó bajo el colchón.

Ahí seguía. Dejó escapar un suspiro, volvió a meterse en la cama y se tapó con las sábanas. Miró el techo oscuro.

En muchas ocasiones dudaba de lo que sabía. Le solía pasar por la mañana o poco antes del amanecer. A pesar de lo cerca que estaba de Tabini en algunas cosas, no podía por menos que dudar que el aiji hubiera aprendido algo que no le hubiera enseñado ya su predecesor en el cargo. Se dedicaba a su investigación lingüística. El trabajo que le había procurado la posibilidad de ocupar el puesto de paidhi era bueno y respetable. Se trataba de un análisis de los plurales en serie del dialecto de los atevi ragi, del que estaba muy orgulloso, aunque no suponía ningún adelanto, sino solo una conclusión a la que había podido añadir ciertas cosas gracias a la crítica paciente y atea de Tabini.

A veces no entendía ni a Tabini, ni a Taigi, ni a Moni, y solo Dios sabía lo que podría llegar a pensar de aquellos carilargos que Banichi y Jago había

puesto a su servicio. A todo ello tenía que dedicar un gran esfuerzo. Estaba metido en un grandísimo lío del que ni siquiera alcanzaba a entrever los matices y que no entendía en absoluto. Era incluso posible que su misión fracasara por ello. Una vez soñó con llevar a cabo la misma gran obra que el primero de los paidhi, es decir, romper la brecha lingüística a partir de cero y en plena guerra.

En los años en los que los humanos habían empezado a bajar hasta allí, primero pocos, pero luego más y más, todo parecía muy fácil. Estaban seguros de poder entender a los atevi. Hasta que un día de primavera, veintiún años después del aterrizaje, con cientos de humanos vagando felizmente por el continente, la ilusión les había estallado en las narices. Las razones seguían discutiéndolas los candidatos al puesto de paidhi.

Lo que los atevi llamaban la Guerra del Aterrizaje, corta y muy desagradable, había enfrentado por una parte a los humanos con toda su avanzada tecnología, contra los atevi, que gozaban de una terrible superioridad numérica y una decisión inquebrantable. En solo un año habían acorralado a los humanos que habitaban en la costa de Ragi, en Mosfeira. Y, una vez sitiados allí, los habían atacado en aquel valle que los perplejos supervivientes consideraban un refugio seguro. La humanidad había estado muy cerca la extinción en aquel mundo hasta que el cuarto predecesor de Tabini-aiji se reunió cara a cara con el hombre que se convertiría en el primer paidhi y accedió a cederles Mosfeira a los humanos para que se separasen completamente de los atevi y permanecieran a salvo en una isla aislada.

Ofrecían Mosfeira y el alto el fuego a cambio de la tecnología que tanto deseaban los atevi. El cuarto predecesor de Tabini, que no era ningún tonto, vio una oportunidad de oro: o bien sellar un acuerdo con la humanidad y convertirse así en alguien indispensable para ellos o ver cómo sus propios aliados convertían sus tierras en un campo de batalla para hacerse con la tecnología de la que seguramente acabarían apropiándose sus enemigos, que no perderían la ocasión de matar a todos y cada uno de los humanos y destruirían en el proceso una fuente importante de conocimientos.

Habían, por tanto, firmado un tratado que implicaba la creación del oficio de paidhi y la entrega pacífica de la tecnología humana a los atevi de la asociación Occidental a un ritmo que haría prosperar la economía y el poder relativo de los aijiin de las diversas asociaciones en el equilibrio existente. Ni el primer paidhi ni el predecesor de Tabini habían sido unos idiotas.

Lo que significaba, por otra parte, que todos los rivales, tanto los humanos como los tecnológicos, quedarían seguros en manos de aquel antepasado. La

guerra había cesado entonces... Los atevi que habitaban en Mosfeira se habían trasladado a las tierras costeras del aiji Ragi, que además eran mucho más ricas que las suyas. Aquello suponía un sacrificio en la economía del aiji Ragi, pero era también una maniobra muy, pero que muy astuta, que les aseguraría la paz y que les proporcionaría a todos los atevi de Mosfeira y a los ragi lo que andaban buscando.

Los humanos no estaban bajo este sol porque así lo hubieran escogido. Y lo cierto era, aunque no se mencionara nunca, que los humanos no trataban con los atevi porque les gustara o porque les supusiera algún tipo de ventaja. Habían perdido la guerra: eran pocos, estaban desamparados y como su estación empezaba a degenerar, hasta el punto de que el índice de defunciones era muy superior al de nacimientos, se habían visto obligados a descender al planeta como una medida desesperada.

Les era imposible disimular sus orígenes foráneos, confiar en una especie que no tenía una palabra propia para «amigo», admitir lo que realmente esperaban de aquel acuerdo porque, en general, los atevi no (¿cuál era esa palabra extranjera?) «confiaban» en las personas lo bastante estúpidas como para aterrizar en un planeta del que no podrían salir y que poseían secretos a los que ellos todavía no habían llegado.

El paidhi no decía todo cuanto sabía, pero el pacto lo obligaba a someter todo cuanto tenían los humanos para pagar el alquiler de Mosfeira y para dar mayor poder al único gobierno simpatizante de los humanos que había en aquel planeta y que mantendría a sus enemigos bajo control. El aiji de aquellos días les había pedido armas potentes para sustituir a las suyas (los rifles de avancarga y su voluminosa artillería).

No obstante, Bretano, el primer paidhi, contrarrestó la petición del aiji, que exigía que los atevi Ragi pudieran disponer de un arsenal terrible, diciéndole que seguramente tales armas llegarían también a manos de sus enemigos. Y eso, les dijo, les arrebataría la ventaja con la que ahora contaban. ¿Acaso querían romper el equilibrio de poder?

Cuando se le había presionado para conseguir las más avanzadas técnicas industriales, Bretano les había dicho que el resultado sería desastroso para la ecología del planeta y toda el comité que lo apoyaba, así como sus sucesores, se habían asegurado de ir concienciando a los atevi de esa realidad. De este modo lo habían alejado de su ciencia destructiva y acercado a una producción material de recursos que sirvieran a las necesidades humanas.

Con esa táctica, la de la filosofía ecológica, intentaban que los atevi perdieran su gusto por la guerra, que construyeran cohetes experimentales en

lugar de misiles, ferrocarriles en vez de cañones, que vieran lo que acontecía río abajo cuando se tiraba basura río arriba, que tomaran conciencia de lo que sucedía cuando los químicos tóxicos se esparcían por los bosques o cuando el veneno alcanzaba el agua subterránea. Gracias a Dios, los atevi empezaban a darse cuenta de todo ellos solos o por lo menos así ocurría con los ragi. De hecho, se había grabado tan profundamente en la mentalidad de las siguientes generaciones que los niños, durante este último medio siglo, aprendían canciones acerca de la salubridad de los ríos, mientras que los expertos tácticos humanos que habitaban en Mosfeira (a salvo en su tierra, a diferencia del paidhi), discutían sobre qué industria debían promover y qué necesitaban que los atevi desarrollasen para hacerse con ciertas instalaciones y algún que otro vehículo que les hacía falta.

El proyecto de doscientos años de antigüedad, ese del que nadie hablaba, ese que conocían todos los seres humanos, que el paidhi llevaba sobre su conciencia como una granada a punto de estallar y que seguramente alcanzarían a averiguar los atevi en algún momento, auguraba la posibilidad de que los alienígenas, una vez involucrados en el programa espacial, pudieran llegar a desarrollar materiales tan útiles para los humanos como para ellos mismos. Y aunque acudía a todos los consejos espaciales y era bien consciente de que cada una de las cosas que los atevi inventaban estaban dotadas de ese potencial, nunca sacaba la cuestión a colación, no con ellos, no con los atevi a los que conocía mejor, por la simple razón de que este no era más que otro ejemplo de las densas lagunas que pululaban en las mentes de los atevi y de qué harían con ciertos conocimientos cuando se percataran de que ya no era posible ignorar que los tenían. Desde luego no tenía idea de lo que ocurriría fuera de la corte de Tabini, a lo largo y ancho del país, donde las novelas populares seguían tratando a los humanos como villanos que surgían de las sombras, nebai en las obras machimi; nebai porque no conseguían actores humanos...

En aquella cultura que siempre estaba vigilante ante la amenaza de los asesinos con licencia, en una sociedad en la que a los niños se les obligaba a temer a los extraños, a ellos se los representaba como los monstruos ocultos en el armario o las criaturas agazapadas debajo de la cama.

¿Qué pretendían realmente los humanos en Mosfeira? ¿Qué oscuros secretos tecnológicos se guardaba Tabini-aiji para sí? ¿Qué era la telemetría que fluía desde la estación espacial a la isla a una distancia de una hora por aire de las costas de Tabini?

¿Y por qué quería un loco matar al paidhi?

Al día siguiente tenía un consejo espacial; nada que le pareciera controvertido. El consejo le había pedido que tradujera un pequeño documento con información técnica de la biblioteca de Mosfeira.

En ello no había controversia. Tampoco en el lanzamiento del satélite que acontecería dentro de poco. Las comunicaciones no eran un tema que conllevara disputas. Tampoco la previsión meteorológica.

Aunque estaba la cuestión de las finanzas. Todavía no sabían si sumar o restar un millón de la asignación para conseguir que el presupuesto de la cápsula alcanzara un número que supusiera un buen augurio. No obstante, y teniendo en cuenta que ya habían invertido seis billones en el proyecto, otro millón más o menos no le parecía un tema crítico o de la importancia suficiente para que los asesinos fueran a acudir en bandada hasta su habitación.

De vez en cuando saltaba a la palestra el eterno tema de la conveniencia de lanzar cohetes tripulados frente a los no tripulados; se hablaba de si los atevi debían procurar o no recuperar la estación espacial humana, que cada vez estaba más estropeada, que tenía los tanques de combustible vacíos y que giraba en una órbita constante alrededor del planeta.

La política humana era la de no asustar a la gente ante la posibilidad remota de que la estación cayera sobre un área habitada. Oficial y estadísticamente, se suponía que los despojos de la misma caerían en los vastos océanos, en..., bueno, alrededor de unos quinientos años, eso contando con las tormentas solares. Aunque lo cierto era que él no podía asegurarlo porque la astrofísica no era su fuerte, lo decía porque los expertos se lo exigían.

Había avanzado bastante en su informe acerca de los objetivos de la misión durante el encuentro inaugural con el consejo espacial, donde había propuesto el concepto evidente de que hacer llegar el metal hasta el espacio era algo muy costoso económicamente hablando, que permitir que lo que ya estaba orbitando se quemara no era aconsejable y que debían tomar cartas en el asunto de la estación abandonada antes de seguir invirtiendo grandes sumas de dinero en lanzar cohetes que no tripulaba nadie.

Los partidarios de las expediciones con tripulación estaban, por supuesto, de acuerdo con su planteamiento. Los astrónomos y ciertos partidos antihumanos eran sumamente contrarios a sus ideas. Lo que siempre condenaba la cuestión a un segundo plano, mientras los miembros del consejo consultaban a los numerólogos sobre asuntos más importantes como si los días previstos para los lanzamientos eran o no auspiciosos y cuántos días

convenía tener de reserva, lo que despertaba a su vez una segunda disputa entre los partidarios étnicos y los colegios de numerología que trataban de descifrar si la fecha debía elegirse a partir de unos cálculos específicos, si debía pesar más el día del aniversario del proyecto o si debían no dejarse guiar por algo concreto para el lanzamiento.

Todo esto sin contar además el debate que despertaba el que el tanque de combustible del pesado cohete estuviera dividido en cuatro segmentos que no debían afectar la armonía numérica que se había trazado en el diseño del mismo.

Los asuntos más comprometidos que se le ocurrían allí tumbado, mientras esperaba a sus asesinos, eran, en comparación, bastante insignificantes: convertir la estación en un objetivo atevi era un tema controvertido al que había demostrado su más decidido apoyo. Los partidarios eran muchos, aunque algunos de ellos eran muchísimo menos razonables, a pesar de lo cuidadosos que solían ser los miembros del consejo.

Un elemento esencial en cualquiera de los debates espaciales era el intercambio de telemetrías y de instrucciones entre Mosfeira y la estación que duraba ya doscientos años y que aún continuaba.

Un segmento radical de los atevi aseguraba que había armas ocultas a bordo de la estación abandonada. Los locos defensores de esta idea extremista estaban convencidos de que la caída lenta de la estación no era producto de un error físico, sino de un acercamiento perfectamente calculado, planeado por los que quizá fueran los únicos habitantes de la misma o por los mandos situados en Mosfeira. O al menos esas conclusiones habían sacado ellos después de enterarse de lo que eran capaces de hacer los ordenadores, que, según ellos, terminarían por ordenar a la nave que descendiera en una trayectoria ígnea por los cielos, quebrantando la estabilidad del éter y provocando, por tanto, caos y violencia. Engendraría huracanes y desencadenaría olas gigantes que barrerían por siempre a las civilizaciones de atevi y que colocarían a los supervivientes bajo el yugo de la dominación humana.

Tabini le había pedido que disculpara aquellas locuras. Porque, al fin y al cabo, se dejaban guiar por las fases de la luna para invertir y porque creían que los lanzamientos espaciales podían perturbar el clima.

Los aijiin extranjeros, los que no pertenecían a la asociación de los ragi, habían situado algunas de sus oficinas en Shejidan para analizar las transcripciones telemétricas que la ciudad escuchaba, según ellos, a escondidas. Estos habían contratado a un grupo bastante amplio de

numerólogos porque creían que se estaban llevando a cabo asignaciones de códigos que influían sobre la temperatura, sobre la agricultura o sobre las riquezas de los enemigos de Tabini... y, claro, uno no podía pensar que tales creencias eran absurdas.

De hecho, eso era precisamente lo que el aiji pensaba del asunto y lo que les decía a sus íntimos en privado, pero de cara a la galería debía mostrarse kabiu, muy observador, y contrataba a un regimiento de contadores de números y a geométricos de diversas escuelas para que analizaran todas las palabras y cada uno de los fragmentos de transmisión interceptada para refutar y asegurarse de poner en su sitio a los conservadores.

De vez en cuando la cuestión los hacía sonreír, aunque no pudieran más que hacerlo en privado. Tabini se acercaba a él y le pedía que retransmitiera algo. Llamaba entonces a Mosfeira con un segmento del código que, transmitido a la estación, no tendría sentido alguno para los ordenadores o al menos eso decían los técnicos, que se limitaban, sin embargo, a emitir el código para satisfacer la curiosidad de aquellos que escuchaban a escondidas. Los números los recibirían entonces a través de secuencias de transmisión que reventarían la burbuja de algún profeta antes de que pudiera exponer públicamente su teoría.

En eso, que Dios los ayudara a todos, consistía el programa espacial. Y lo cierto es que no era como para reírse. Ese era el programa al que brindaban su apoyo. Sobre eso versaban las operaciones del consejo, de los hasdrawad y de los tashrid, y también de esos intereses especiales que trabajaban en la clandestinidad; de los grupos radicales que opinaban que el Tratado de Mosfeira era un error, que tenían sus propios planes aunque Tabini creyera que eran solo un atajo de idiotas.

Desde luego los humanos no podrían nunca hacerse la ilusión de ser bien recibidos en aquel planeta, aunque existían diversos grados de amenaza: las serias y las que no lo eran. Los portavoces del primer caso eran los que odiaban a la humanidad, que se centraban en el asunto de las carreteras y acusaban a los humanos de conjurar para mantener la economía debajo de la bota de Tabini; lo que en realidad se acercaba a una verdad que ni el aiji ni el paidhi querían que se supiera públicamente.

Luego, cómo no, estaban los partidarios del rayo de luna, cuyo dominio de la historia, de las leyes físicas y de la realidad era bastante pobre. A este grupo lo único que le interesaba era el programa espacial (todos suponían que porque comprendía la tecnología más elevada y menos concebible) y contra él centraba todas sus críticas como, por ejemplo, que los lanzamientos de

cohetes conseguirían que la atmósfera contaminara el éter... o algo tan interesante como que la estación acabaría por descender al nivel del mar, provocando en el proceso una serie terrible de huracanes o incendiando ciudades con sus rayos letales. Y los atevi podían reírse de estas locuras. Los humanos también, claro. Reírse de aquellos exaltados les hacía bien a todos y abría ciertos agujeros en algunas afirmaciones que de otro modo quedarían estancas.

Este partido le había hecho más favores a la humanidad que muchos de los sermones pronunciados ante el consejo.

De modo que, de tener que encontrar una posible fuente de donde hubiera surgido un asesino lunático y sin licencia, esa posibilidad parecía la más acertada. Tal vez uno de ellos se hubiese extralimitado.

Quizá los números le habían dicho que asesinara al paidhi para evitar que la atmósfera contaminara el éter.

En cualquier caso, y hasta donde le alcanzaba la memoria, tenía la sensación de que Tabini y sus propios predecesores lo habían hecho bastante bien. Habían ido introduciendo la tecnología a un ritmo que no supusiera una agresión para la economía o el medioambiente, habían conseguido mantener las diferencias étnicas de los atevi y las opiniones políticas de los humanos fuera de sus decisiones; a los atevi ragi y a la asociación Occidental los gobernaban con una rentabilísima mano dura por razones de proximidad con Mosfeira y por sus relaciones con esta. Y, bueno, eran perfectamente conscientes de lo mucho que les beneficiaba económicamente ese trato. Casi con toda seguridad, Tabini sabía hacia dónde le llevaría la tecnología humana.

Pero además, la asociación del aiji disfrutaba de la mejor calidad de vida del mundo, tenía acceso a las más envidiables comodidades y a la televisión. Y los aviones ragi habían dejado de estrellarse contra los puentes.

Seguía pensando que lo más probable es que su atacante estuviera en realidad empeñado en hacerle daño a Tabini. El aiji gozaba de la protección de un gran equipo de seguridad, de modo que tendría que conformarse con el paidhi que, además, era el contacto del aiji con los seres humanos. Al eliminarlo conseguiría que las relaciones entre los atevi y los humanos se complicaran, siquiera durante una temporada.

Muerto el primero, la situación sería demasiado inestable como para que otros se prestaran a ocupar el cargo. Puede que incluso alguien quisiera que se renegociara el Tratado de Mosfeira de forma que fueran otras las asociaciones que se beneficiaran; cosa que por cierto ya se había propuesto y que la asociación Occidental había desestimado con vehemencia.

En ese caso el paidhi-aiji se convertía en un punto clave. Era el que trataba directamente con Tabini. De hecho le caía bien. Tabini, por supuesto, al ser atevi, no sentía lo mismo. Pero la verdad es que se llevaban estupendamente y su relación estaba cargada de sentido del humor e incluso era, después del tiempo compartido en Taiben, cómoda.

Estaba seguro de que más de uno se habría dado cuenta de ello; era algo evidente para los ragi y también para los demás aliados que, siguiendo una moda ambigua de los atevi, gustaban de tontear con otras asociaciones.

Y quizá lo que hubiera desencadenado toda aquella situación fuera el hecho de que su relación había transgredido las barreras con rapidez, de forma precipitada, entusiasta y era, en fin, absolutamente fuera de lo común.

Este pensamiento lo atemorizaba. Lo hacía sentirse pesimista. ¿Podía el éxito en algunas cosas desencadenar tal fracaso?

Si el gobierno de Tabini se desestabilizaba y la red de asociaciones atevi desplazaba su eje de gravedad, por ejemplo, hacia el este y también tierra adentro, donde nunca podría subsistir esa sencilla familiaridad para con los humanos, donde las diferencias entre los ragi, los nisebi y los meduriin eran tan evidentes que los hacía ser mucho más desconfiados que la media...

Los atevi habían sido (a excepción de las tribus que habitaban los lugares más remotos del interior, así como los de las islas emplazadas en el archipiélago Edi) una civilización global en un momento en el que los humanos no lo eran. Los exploradores atevi se habían embarcado en barcos de madera y habían hecho lo mismo que los humanos en la Tierra, salvo que los primeros no habían hallado el Nuevo Mundo, sino el Edi y poco más, aparte de una cadena de islas volcánicas cuya avance cultural era escaso y que no podía hacer frente al asalto de los exploradores del este y del oeste, quienes habían hecho suyo todo cuanto veían. Y, por razones que todavía seguían discutiendo los etnógrafos, estos dos grupos de viajeros se habían encontrado en esas islas extranjeras y se habían dado cuenta de que tenían lo bastante en común y los mismos problemas geográficos a los que enfrentarse (la división continental en el continente principal era de unos diez mil metros) como para no comerciar por tierra, pero sí por las rutas marítimas que al final terminaron por excluir las islas en las que las dos facciones se habían conocido.

Comparados con los humanos, los atevi se habían ayudado muchísimo unos a otros. De ahí que les costara tanto entender que los humanos estaban deseosos de que se les dejara en paz en Mosfeira y de que no se les incluyera en ninguna asociación; ese comportamiento hacía que los atevi sintieran desconfianza hacia ellos. Pero Shejidan se había tirado de cabeza a la piscina,

había renunciado al miedo que sentía hacia los extranjeros y aceptado el concepto foráneo de «Tratado» que venía a ser un reflejo de la tan ansiada asociación con los humanos. Que era, a su vez, uno de los adelantos conceptuales más importantes que había llevado a cabo el primer paidhi.

Incluso hoy en día, Tabini afirmaba no saber el significado de la palabra «Tratado» ni el de la de «frontera», a lo que añadía que seguramente no tuviera auténtica validez ni entre los humanos. El aiji decía que se trataba de un concepto artificial. Un espejismo concebido por los humanos. Las personas pertenecían a un sinnúmero de asociaciones. Y, efectivamente, las fronteras podían existir como una línea arbitraria y aproximada que les sirviera para delimitar las provincias, pero que no tenían sentido alguno para aquellos individuos cuyas casas o parentescos descansaban a ambos lados de la misma.

Yacía en la oscuridad, observando cómo se movían las cortinas bañadas por la luz de la luna al son de la brisa fresca; la temperatura había bajado considerablemente desde la tormenta de la noche anterior. No había podido salir al jardín para disfrutarlo. Jago le había dicho que alguien podría dispararle desde el tejado. De modo que debía permanecer alejado del jardín. No podía ir aquí, ni allá, ni caminar entre una multitud.

Y qué más daba si Banichi se había olvidado de su correo. No estaba enfadado con él. Las trivialidades no tenían cabida en la mente del agente, porque su misión principal era la de cuidar de una persona muy importante. Y Banichi era además uno de esos hombres de honor, de esos que, como decían los humanos, nunca dejaban asuntos pendientes.

Aquel era el segundo pensamiento que lo aterraba.

¿Para qué le robaría Banichi su correo? No tenía sentido que quisiera hacerse con los anuncios de pasta de dientes, cintas de vídeo y vacaciones de esquí en el monte Allan Thomas.

¿Y si no era Banichi el que se lo había llevado? ¿Para qué le mentiría? ¿Para proteger a un ladrón que robaba panfletos publicitarios?

Eso era una estupidez. Lo más probable es que no le hubiera mentido, que estuviera ocupado, que lo estaba, claro, desde que la sombra se había paseado por su habitación la noche anterior, crispándole los nervios y azuzando su imaginación hiperactiva.

Se quedó allí tumbado, imaginándose los sonidos que se escucharían en el jardín, olfateando el aroma de las flores del exterior, preguntándose qué ruido emitiría una persona al golpear el cable y achicharrarse, y qué debía hacer con la situación en la que estaba trabajando...

O reflexionando acerca de si podría sacar a Deana Hanks de la oficina de Mosfeira y llevarla hasta allí para que se ocupara temporalmente de los asuntos del aiji durante, digamos, un mes de vacaciones más o menos. Por Dios, así llegaría a tiempo de encontrarse con Barb en la costa, de verla buceando y de sustituir la quisquillosa corte de los atevi por otro entorno hostil.

Era cobardía, por supuesto. No era un asunto que debiera encargarse a Hanks. «Oh, por cierto, Deana, alguien intenta matarme, haz lo que puedas, esfuérzate, que ya regresaré yo cuando todo haya estallado».

No era cuestión de escapar de esa manera. No sabía si debía llamar a su oficina y darles algunas pistas de lo que estaba ocurriendo, aunque corría el riesgo de desinformarlos, de inducirlos a la confusión en una situación que era todo menos fácil. Tenían frases codificadas tanto para los problemas como para el asesinato, y quizá debería correr el riesgo de comunicarles aunque solo fuera eso.

Pero si, por alguna razón, Tabini empezaba a investigar más a fondo las comunicaciones, la última información que llegaría a su oficina sería la de que alguien intentaba matarlo, lo que inmediatamente convertiría a Hanks en la persona al mando. Y ella era de las que no se lo pensaban dos veces antes de actuar, una exaltada que sacaría a Tabini de su silencio de la peor posible manera y que complicaría muchísimo la delicada situación política con los atevi. Confiaba en Tabini, pero Hanks en esas circunstancias no lo haría y podría llegar a hacer algo que socavara la autoridad del aiji o, lo que era aún peor, podría caer directamente en manos de sus enemigos.

Hiciera lo que hiciera estaba jodido. El silencio de Tabini no era algo fuera de lo normal. La situación tenía demasiadas variables. Estaba metido dentro del meollo pero contaba con poca información y Hanks tendría acceso a mucha menos si ocupaba su lugar. Se sentiría, claro, más tentada de llevar las cosas hasta el extremo. Todos temían en el fondo de sus almas que alguno de los aiji de Shejidan o de cualquier otro sitio se acabara cansando del goteo de información tecnológica y decidiera librarse de sus respectivos paidhiin.

Aquello tenía cierta relación con el cuento de la gallina de los huevos de oro. El primer paidhi había inyectado la parábola en la cultura atevi, de tal forma que ahora los alienígenas creían en la existencia del animal en cuestión, y a pesar de que en aquel mundo no había ningún pájaro que se le pareciera ni en lo más remoto, el caso es que habían adaptado la fábula, haciéndola suya.

Y así iba el juego. Con paciencia, dedicación y astucia los humanos iban consiguiendo poco a poco lo que querían, al igual que Tabini-aiji.

Galliniin y los huevos de oro.

3

Banichi le llevó el desayuno, junto con un montón de correo: la esperada publicidad vacacional, con los productos nuevos y también de los corrientes. Era tan aburrido como esperaba. La mañana fría y aquel clima fuera de temporada le hicieron agradecer el té caliente que los dos criados le llevaron. Tomó su desayuno ligero y le entraron ganas de ver la televisión.

—¿Es que los canales se han estropeado por toda la ciudad o qué? —preguntó.

—Pues no lo sé —respondió Banichi, encogiéndose de hombros.

Por lo menos podía ver el canal de meteorología, que informaba de que llovería en las montañas del este y que haría frío en el litoral oeste. Nadie podría ir a nadar a las playas de Mosfeira. Su menté vagó de vuelta al hogar, a las playas de arena blanca de su isla, a las altas montañas todavía coronadas de nieve en las laderas de umbría; pensó en los rostros humanos y en la multitud de sus congéneres.

Había soñado con su casa durante las dos horas que había logrado dormir; soñó con la cocina, con las mañanas, con su madre y Toby unidos en el desayuno. Con las costumbres, en fin. Su madre le escribía con cierta asiduidad. A Toby no le gustaba, pero siempre era el primero en mirar el buzón y le hacía llegar las noticias a través de su madre: lo que estaba haciendo, cómo le iba, etc.

Su madre se había encargado de la parcela comunitaria que había dejado al incorporarse al puesto de paidhi, y ya no le hizo falta ejercer sus derechos de nacimiento; combinó las ganancias con los ahorros que había ido acumulando con su trabajo de profesora y le entregó a su hermano, muy dedicado a la familia y absolutamente respetable, los fondos necesarios para que abriera una clínica en la costa norte.

Toby disfrutaba de la vida corriente y próspera que su madre había deseado, tanto para ella como para sus hijos, con unos nietos a los que amar y a los que poder visitar a menudo. Era feliz. Bren no le contaba cosas como «hola, mamá, alguien ha intentado asesinarme mientras dormía». «Hola, mamá, no me dejan salir de aquí». Sus misivas eran siempre del estilo de «hola, mamá, yo estoy bien, ¿y tú? Me tienen muy ocupado. Todo es sumamente interesante. Desearía poderte contar más».

—Ese abrigo no —le aconsejó Banichi, cuando cogió el liso del armario. El agente pasó por delante de él y cogió el abrigo destinado a las audiencias de la percha de la que colgaba.

—¿Para el consejo espacial? —protestó, pero entonces se dio cuenta de que Tabini lo estaría esperando.

—El consejo se ha pospuesto —le explicó el otro y, adelantándose a las funciones de los nuevos criados, cogió el abrigo y se lo tendió—. Los razonamientos de los lunáticos tendrán que esperar unos días.

Metió los brazos por las mangas, sacó la trenza del cuello del abrigo y se lo colocó con un profundo suspiro. El peso no le resultaba desagradable aquella fría mañana.

—¿Qué quiere Tabini? —preguntó con un hilo de voz. Pero sabía que Banichi no le respondería, porque los dos sirvientes estaban en la habitación. Jago no estaba allí cuando despertó. Solo Tano y su melancólico compañero, que traían el desayuno. Hacía ya dos noches que no dormía como es debido. Los ojos le dolían por el cansancio, pero tenía que estar presentable y despierto.

—Tabini está preocupado —le contestó Banichi—, de ahí que haya pospuesto el consejo. Quiere que se vaya al campo esta tarde. Uno de los equipos de seguridad está encargándose ya de los preparativos.

—¿Cómo, a la finca?

—Así es. Tano y Algini le harán las maletas si es necesario.

¿Y para qué iba a preguntarle? Sabía que Banichi no respondería a sus preguntas. Lo más probable es que Tabini no le hubiera autorizado para ello. Respiró hondo, se colocó el cuello del abrigo y se miró en el espejo. Sus ojos reflejaban su cansancio, su incipiente pánico y la sensación de haber cometido un error al no informar a Mosfeira de lo que estaba ocurriendo. Su decisión empezaba ya a ser irreversible y cada vez tenía menos oportunidades de cambiar de opinión sin ofender a todas aquellas personas cuyas oportunas maniobras quizá no debía desafiar. O al menos esa era la sensación que bullía en su estómago.

Es posible que estuviera sufriendo una parálisis de voluntad o tal vez fuera su instinto el que le aconsejaba que se quedara quieto y no entorpeciera la labor del único amigo que tenía la humanidad en aquel planeta.

Los paidhiin son prescindibles, pero Mosfeira no. No podremos enfrentarnos a todo el mundo. Además ahora tienen aviones y radares, así como otros muchos recursos tecnológicos.

Están muy cerca de dejar de necesitarnos definitivamente.

Se abrió la puerta de la sala contigua y Jago entró. Supuso que venía a supervisar la labor de los dos criados, cuyas únicas preguntas habían sido «¿desea usted tomar conservas?» y «¿quiere azúcar en el té?».

Moni y Taigi conocían ya las respuestas a esas preguntas y no habían tenido la necesidad de estar consultándole absolutamente todo. Ya los echaba de menos. Tenía miedo de no volver a verlos o de que hubieran destinado sus servicios a otra persona; esperaba que, de ser así, se tratase de un atevi influyente, estable y normal. No le hubiese gustado que estuvieran en manos de la policía, respondiendo a preguntas sobre él y sobre los humanos en general.

Banichi abrió la puerta por segunda vez, para que ambos pudieran acudir a la reunión, y salió junto con el agente. Se sentía más como un prisionero que como el objeto de tanta preocupación oficial.

—Aiji-ma —lo saludó Bren, y se inclinó cortésmente con las manos apoyadas sobre las rodillas.

Tabini, que llevaba puesta una camisa y unos pantalones, no vestía aún el riguroso atuendo que le exigía su posición. Estaba sentado frente a las puertas abiertas, bañado por el sol. Las puertas del aiji no daban al jardín, sino al cielo abierto, a las hileras de terrazas emplazadas a lo largo de las antiguas murallas y a la ciudad, situada en la parte más baja de la fortaleza y que formaba una cuadrícula de tejados de teja, cuyo colorido rojo parecía casi rosa entre la neblina mañanera. Los tejados se encontraban alineados de forma que favorecieran los buenos auspicios y que estuvieran en armonía los unos con los otros y con el río cercano. Más allá se encontraba la cordillera Bergid, que se alzaba sobre la bruma y las llanuras. Era un espectáculo glorioso y refrescante, que quitaba el aliento en aquel hermoso amanecer.

La mesa estaba dispuesta entre la habitación y el balcón, con aquel paisaje como fondo. Tabini estaba desayunando.

El aiji hizo un gesto con la mano hacia sus sirvientes, que inmediatamente colocaron otras dos tazas y les invitaron a sentarse en dos sillas vacías dispuestas también alrededor de la mesa.

De modo que la reunión tenía un carácter informal. Banichi y él tomaron asiento donde se les ofrecía, con la cordillera Bergid frente a sus ojos, entre la bruma, y la ciudad con sus tejados de tejas rojas bajo la barandilla del balcón.

—Confío en que el incidente no se haya repetido —comentó Tabini.

—No, aiji-ma —le respondió Banichi mientras echaba azúcar en su taza.

—Todo este asunto me tiene bastante preocupado —añadió, antes de beber un sorbo de su té—. Preocupado sobre todo porque haya podido convertirse en el objetivo de una especulación pública, Bren-paidhi. Me vi obligado a decantarme. Y no podía permitir que la situación pasara desapercibida. ¿Se te ha acercado alguien durante las reuniones?

—No —le informó Bren—, pero lo cierto es que no estoy acostumbrado a estas situaciones, de modo que tampoco puedo asegurarlo.

—¿Estás asustado?

—Violento. —Ni siquiera estaba seguro de cómo se sentía—. Violento por ser la causa de tantos trastornos, cuando se supone que estoy aquí para servirle de ayuda.

—Esa es la respuesta del político.

—... y furioso, aiji-ma.

—¿Furioso?

—Porque no puedo ir donde quiera, ni hacer lo que quiera.

—¿Pero acaso puede el paidhi hacer eso? Nunca va a la ciudad si no es acompañado de una escolta. No viaja, ni gusta de entretenerse con lo que Banichi seguramente calificaría como costumbres muy peligrosas.

—Este es mi hogar, aiji-ma. No estoy acostumbrado a esconderme detrás de las puertas o a preocuparme de si algún pobre sirviente usará alguna de las llaves antiguas para entrar en mi habitación y... Espero que alguien les haya avisado.

—Así es —le confirmó Banichi.

—Me preocupa —confesó, con la mirada perdida en su taza de té—. Lo siento, aiji-ma.

—No, no, no... Yo he preguntado. Tus preocupaciones y quejas son completamente legítimas. No hay necesidad de que te las calles. Creo que te vendría bien irte un tiempo a Malguri.

—¿Malguri? —Era la finca en el lago. Estaba situada en el lago Maidingi. Era el refugio de Tabini durante los primeros días de otoño, cuando el consejo legislativo todavía no convocaba reuniones y él seguía de vacaciones. Bren nunca había viajado tan adentro en el continente. De hecho, creía que ningún humano lo había hecho—. ¿Vendrá usted, aiji-ma?

—No. —La taza de Tabini estaba vacía. Uno de los sirvientes le puso delante una llena. Él echó dos terrones de azúcar y luego lo removió—. Mi abuela reside allí. ¿Todavía no la conoces personalmente, verdad? Me parece que todavía no has vivido esa aventura.

—No. —Pensó que encontrarse con la Viuda era casi peor que tener frente a sí al asesino. Gracias a Dios, Ilisidi no había ganado las elecciones sucesorias—. Perdóneme si lo pregunto, ¿pero no está usted enviándome a una zona de peligro mayor?

Tabini se echó a reír; la nariz se le arrugó al hacerlo.

—Desde luego, a ella siempre le han gustado las discusiones. Pero últimamente está mucho más tranquila. Dice que está muriéndose.

—Lleva diciéndolo cinco años —farfulló Banichi—, aiji-ma.

—Estará bien —continuó Tabini—. Tú eres un diplomático, te las arreglarás.

—Podría irme a Mosfeira y alejarme de la situación, si es que es esa la solución. A mí, desde luego, me sería de gran ayuda. Tengo muchos asuntos personales pendientes. Mi madre tiene una cabaña en la costa norte...

La mirada atenta de Tabini carecía de todo sentimiento. Era implacable.

—Pero no puedo garantizar tu seguridad. No me gustaría poner a tus familiares en peligro.

—Ningún atevi puede entrar en Mosfeira sin un visado.

—Hasta un viejo podría llegar allí en barca —murmuró Banichi—, ¿y cree que yo no podría encontrar la cabaña de su madre?

El viejo no llegaría a Mosfeira desapercibido. Estaba deseando poder decírselo al agente, pero no tenía la menor intención de informarles gratuitamente de ello.

—Estará mucho mejor allí —añadió Banichi—, en Malguri.

—¡Un imbécil trató de entrar en mi habitación! Por lo que yo sé, podría ser solo el vecino de al lado, que llegaba a casa borracho y decidió entrar por el jardín. Lo más probable es que esté aterrado de que lo hayan confundido con un asesino. ¡Y para colmo ahora tengo cables letales flanqueando las puertas!

Nadie debía gritar en presencia del aiji, y además Tabini había apoyado la decisión de Banichi en cuanto a la instalación de los cables. Bren recordó en qué posición se encontraba y ocultó su consternación detrás de su taza de té.

Tabini bebió unos sorbos también y luego dejó la taza, mientras Banichi dejaba la suya a un lado.

—En cualquier caso —añadió el aiji—, la investigación está progresando sin tu ayuda. Confía en mi experiencia. ¿He hecho alguna vez algo que pudiera perjudicarte?

—No, aiji-ma.

Tabini se puso en pie y extendió la mano frente a sí; aquella no era una costumbre atevi. El aiji lo hizo la primera vez que se conocieron y en muy contadas ocasiones desde entonces. Bren se levantó y se la apretó con solemnidad.

—Te considero una pieza clave en mi administración —le explicó Tabini—. Te pido que creas que todo cuanto estoy haciendo es por tu bien, incluso este exilio forzado.

—¿Qué es lo que he hecho? —inquirió, con la mano todavía prisionera en la del atevi, más grande—. ¿He hecho algo que debería haber planteado de una manera diferente? ¿Cómo puedo hacerlo mejor si nadie me aconseja al respecto?

—Seguimos investigando —le contestó Tabini en voz baja—. Le están echando combustible a mi avión privado en estos momentos. Procura no enfurecer a mi abuela.

—¿Cómo puedo escapar de ello? Ni siquiera sé lo que he hecho para desencadenar esta situación, Tabini-aiji. ¿Cómo puedo comportarme con más sabiduría?

El aiji le dio un último apretón en la mano antes de soltársela.

—¿Quién ha dicho que esto fuera culpa tuya, Bren-paidhi? Dele recuerdos a mi abuela.

—Aiji-ma. —La rendición era lo único a lo que podía recurrir. Debía conformarse solo con la más indirecta de las rebeliones—. ¿Podrían enviarme allí mi correo?

—No creo que haya problemas —le dijo Banichi—, siempre y cuando lo reenviemos a través de la oficina de seguridad.

—No queremos que se sepa dónde está —le explicó Tabini—, pero sí, los de seguridad tendrán que saberlo. Ocúpese de ello y no corra riesgos. Irá directamente al aeropuerto. ¿Está todo en marcha, Banichi?

—No hay ningún problema —le informó el agente.

Bren no sabía a qué «todo» se referían, aunque no le quedaba otra cosa que hacer que acatar las órdenes.

«Directamente al aeropuerto» significaba lo que parecía. Bajar las escaleras del Bu-javid hasta el nivel más bajo e interior, donde se encontraba la estación de ferrocarril conectada con toda la red ferroviaria del continente.

Aquella estación, emplazada en el corazón del Bu-javid, era muy segura porque solo podían utilizarla los mai'aijiin, el aiji y su plantilla. Colina abajo

había otra para los demás.

Los guardias estaban por todas partes, lo cual no era inusual. Supuso que vigilarían muy de cerca las vías y vagones que había allí porque nunca estaban seguros de cuándo volverían a usarse las instalaciones.

Vio que los esperaba algo parecido a un vagón de mercancías. El tranvía subterráneo saldría a la luz con el mismo aspecto que el resto de los vagones de mercancías y pasaría desapercibido entre ellos. Se percató de que lo habían pintado exactamente igual que los demás trenes de servicios y supuso que también habrían cambiado los números para que les brindaran buenos auspicios.

El interior, sin embargo, estaba decorado con el lujo extremo que tanto agradaba a Tabini. Era una sala de consejo sobre ruedas. Hasta allí lo condujo Banichi.

—Supongo que alguien lo habrá registrado —le dijo al agente, más como un comentario que como una pregunta.

También él había utilizado ese tren en ciertas ocasiones, pero solo una vez al año por asuntos personales, cuando iba al aeropuerto, aunque nunca si tenían pendiente alguna disputa o queja. Todo aquel procedimiento le hacía sentirse extraño, como en un sueño.

—Irás directamente al aeropuerto —le informó Banichi, mientras estudiaba unos documentos— y nadie hará preguntas. No se ponga nervioso, nadi Bren. Le aseguro que no lo abandonaremos junto con el equipaje.

Banichi estaba bromeando. Bren estaba asustado. Estaba nervioso durante el camino hacia la estación, seguía nervioso en el andén, pero al entrar en el tren, avanzó hasta la parte trasera del vagón sin ventanas, incapaz de ver más allá del lujo que lo rodeaba y una sola imagen televisada de la estación en la que los trabajadores se apresuraban de un sitio a otro. Lo abrumó la sensación de que se lo estaban tragando vivo, que lo arrastrarían hacia un lugar en el que ningún ser humano volvería a saber de él. No le había dicho a nadie dónde iba, no había llamado a Hanks, ni enviado una carta a su casa y no estaba seguro de que Banichi la enviara, de escribirla ahora.

—¿Vendrás conmigo? —le preguntó.

—Desde luego —le confirmó Banichi. Estaba de pie, mirando al monitor—. Ah, ahí está.

Vio emerger un carro de uno de los ascensores; un carro en el que estaban apiladas grandes cajas de plástico blanco. Jago iba detrás y lo empujaba hacia el vagón. Logró llevarlo hasta el umbral, donde se atascó. La mujer lo zarandéo y empezó a maldecir, mientras Banichi se acercaba rápidamente

para prestarle su ayuda. Bren se levantó para ofrecerles la suya, pero justo en ese momento consiguieron meterlo porque Tano, que también estaba dentro del vagón, tiró del carro desde el otro extremo.

En el carro y en el equipaje debía de estar todo cuanto había atesorado en su apartamento, pensó consternado, a menos que las tres cuartas partes de ello fueran el equipaje de Banichi y de Jago. No sacaron el equipaje del carro, se limitaron a asegurarlo contra la pared más alejada con unas redes.

Las protestas no le servirían ya. Si se ponía a hacer preguntas a estas alturas lo único que conseguiría sería indignar a los que tanto empeño ponían en ordenar y aprovisionarse de cuanto necesitarían. Así que se sentó y se quedó quieto, mientras Banichi y Jago salían, sin alejarse nunca del umbral, firmaban documentos y hablaban con los demás guardias.

Al cabo de un rato volvieron los dos para informarle de que el convoy ya había salido y que se acoplarían a él en unos cuantos minutos. Entre tanto, Tano le ofreció un refresco, que aceptó con indiferencia, y Algini llegó con un último documento en el que Banichi debía estampar su firma.

¿Qué?, se preguntó Bren, ¿con respecto a qué? ¿Podría ser sobre su exilio en Malguri?

Se dirigía a la prisión de la Viuda, hacia el lugar donde la habían enviado para que muriera. A esa mujer notable, amargada y a la que habían ignorado en dos ocasiones para que pudiera gobernar Tabini.

No podía evitar preguntarse si habría podido elegir su residencia o si los rumores sobre ella eran verdad: es decir, que, al haber ofendido a Tabini, ya casi no le quedaba nada que perder.

El avión se elevó con rapidez sobre la cuadrícula de Shejidan. Desde aquella altura todavía podían verse tres o cuatro edificios principales entre la maraña de tejados: el registro público, la asociación de Agricultura, el largo complejo metalúrgico de Shejidan, el chapitel de la asociación de Minería e Industria del oeste y las oficinas administrativas de Aeroespacial Patanadi. El aparato describió un giro final antes de encauzar su curso. Desde una de las alas podía verse el Bu-javid, una colina fortificada con un entramado de jardines y terrazas. Bren se imaginó la corte en la que había vivido y se preguntó, angustiado, si volvería a ver su apartamento algún día.

Alcanzaron una altura de crucero, por encima de la que solían transitar los operadores privados. Vio aparecer una bebida frente a sí. Tano era sumamente eficiente. Y parecía preocupado. Bren se puso de mal humor. No quería que

Tano le cayese bien porque había sustituido a los sirvientes en los que ya confiaba, que habían ocupado sus puestos desde que él se trasladó a Shejidan y a quienes probablemente habrían trasladado sin explicación alguna. No era justo para ellos. Ni para él. Le gustaban, aunque no comprendieran aquel concepto. Se había habituado a ellos y ahora ya no estaban.

Pero tratar mal a Tano y a Algini tampoco era justo para ellos. Lo sabía y, siguiendo las costumbres de cortesía atevi, intentó que su resentimiento no se reflejara en su rostro ni en sus acciones. No estaba bien tratar así a dos completos extraños. Se recostó en el asiento y procuró que su gesto fuera lo más plácido posible. Observó la tierra y las nubes pasar por debajo del ala, y lamentó no estar volando en dirección a Mosfeira, hacia la seguridad.

Deseaba que Banichi y Jago estuvieran cultural o biológicamente preparados para comprender el significado de la palabra «amigo» o «aliado» de la misma forma que él. No obstante, la posibilidad era tan remota como cruzar descalzo el estrecho de Mosfeira.

Sentía náuseas. Ahora ya estaba convencido de que había cometido un gran error al no informar a Deana Hanks justo después del incidente, mientras que el asalto de su dormitorio todavía era un tema candente, y antes de que Banichi y Jago recibieran las instrucciones pertinentes para disuadirlo de hacerlo.

Pero ni siquiera se le había pasado por la mente hacer esa llamada. La verdad es que no podía ni recordar en qué había estado pensando y decidió que, de algún modo, estaba sumido en un estado de conmoción traumática que lo había inducido, en primer lugar, a negar todo el asunto y, en segundo, a aparentar valentía delante de Banichi. El paso siguiente había sido el de asimilarlo y guardárselo para sí, porque temía que Hanks intentaría adueñarse de la situación si se enteraba, lo que implicaba que perdería el control absoluto, aunque sabía que eso ya había ocurrido.

Ya no tendría la oportunidad de pasar a la acción, a menos que se rebelase contra Tabini, desechando su invitación o negándose a alejarse unos días de la ciudad. Tenía, eso sí, la descabellada oportunidad de ponerse a gritar como un condenado en mitad del aeropuerto y pedirle ayuda a los ciudadanos de a pie para que lo rescataran de aquel secuestro.

Sin embargo, la opción era más que absurda. Tan absurda como la posibilidad de rechazar la invitación de Tabini después de cómo el aiji le había planteado la situación. Y ahora se había puesto a pensar en si habría teléfonos en el lago, en si podría intentar llamar desde allí a Mosfeira. Pero la petición para hacerlo tendría que pasar inequívocamente por el Bu-javid, pues

solo allí podrían dispensarle la autorización necesaria, de modo que tampoco podría hacerlo.

Al cabo de un tiempo, digamos, una o dos semanas, la oficina en Mosfeira se preguntaría por qué no había recibido noticias suyas. Ese lapso de tiempo no era inusual.

Pero después de esas dos semanas de silencio, su oficina empezaría a preocuparse y quizá decidieran contactar con la oficina de Asuntos Exteriores, es decir, el departamento que estaba justo por encima, y que les pedirían que esperasen mientras ellos comprobaban los canales.

Pasada otra semana, la oficina de Asuntos Exteriores habría analizado todos los canales oficiales que tenía a su disposición y optaría por enviarle un memorando al presidente, quien podría, después de consultar a los departamentos del consejo, empezar a hacer preguntas y finalmente llamar a la puerta de Tabini.

De modo que, aún siendo optimista, tendría por lo menos que transcurrir un mes antes de que Mosfeira concluyera que su paidhi se había extraviado de alguna manera.

Le resultaba bastante incómodo descubrir que no conocía en absoluto a los atevi que creía comprender personalmente y a una sociedad a la que más o menos reconocía desde un punto de vista intelectual. Resulta que ya no actuaban de forma previsible. Le parecía indignante que no se le ocurriera hacer algo más astuto o ingenioso que fingirse absolutamente ingenuo y dejarse secuestrar y confinar en un extremo perdido del país, donde, por cierto, si desaparecía, nadie lo sabría jamás. Nadie en Mosfeira, ni siquiera Hanks, rompería el Tratado para buscar a un paidhi que tal vez hubiera cometido un error imperdonable.

Joder, no, nadie exigiría su regreso. Se limitarían a enviar a uno nuevo, con un perfil bueno, y le ordenarían que tuviera más mano izquierda y que no fuera tan idiota.

Se había confiado demasiado. Creía saber a la perfección que Tabini vivía para los atevi y para satisfacer también sus intereses personales. E incluso creía saber cuáles eran estas. El aiji no se había opuesto a sus sugerencias: ni a la red de ferrocarril, ni al programa espacial, ni a la investigación médica, ni a la informatización del sistema de suministros. Tabini, desde luego, no se había mostrado contrario a nada de cuanto él había propuesto. Por Dios, podría haberle dicho algo y hubieran hablado, pero no... El aiji le había escuchado con fingido interés, le había formulado preguntas inteligentes al igual que todos sus predecesores; prestando sus oídos al razonamiento y

comprometiéndose con el medio ambiente y el avance tecnológico. Dos conceptos que los atevi asimilaban con rapidez.

Y así, los humanos habían hecho, dado o cumplido con todo cuanto los aiji de la casa de Tabini les habían pedido desde la Guerra del Aterrizaje. Había sido así del principio hasta el fin, hasta el documento que él mismo había escrito y enviado a Mosfeira explicándoles a sus congéneres que la comercialización de los productos cárnicos ofendía inmensamente a los ragi, a pesar de que los nisebi no vieran ningún mal en ello y se mostraran de acuerdo con el negocio. La adaptación cultural era un hecho recíproco y Mosfeira debía depender del mar y de la pesca, que no entendía de temporadas, y, por tanto, demostrar a sus anfitriones en aquel planeta que estaban haciendo el esfuerzo de cambiar para respetar la sensibilidad de los atevi, de la misma manera que estos habían modificado su conducta para con los humanos.

A veces su trabajo se le hacía tan cuesta arriba, que no perder el sentido de la realidad se le presentaba como una tarea terriblemente complicada.

Pero los atevi estaban en el umbral del programa espacial avanzado, es decir, que tenían a su alcance la posibilidad de enviar a gente al espacio. Contaban con comunicaciones vía satélite y con un sistema de lanzamiento bastante elaborado. Estaban a punto de desarrollar los materiales que, con ayuda de los humanos, los llevarían más allá de las metas culminadas por estos. Metas que, por cierto, los habían conducido hasta aquel planeta. Y se había visto en la tesitura de tener que aprenderse todos los términos aeronáuticos como «gradiente energético» o «maniobra interconectada», conceptos que se empollaba durante las «vacaciones» para darle coherencia a los documentos que redactaba y de los que tanto le dolía desprenderse porque estaba convencido de que, de aquí a cinco años como mucho, los atevi lograrían hacer despegar un cohete con personas en su interior.

Y no es que les hiciera falta llegar a eso; pero la oficina en Mosfeira le había pedido que no se entrometiera demasiado en el asunto, que permitiera a los atevi desarrollar el lanzamiento intermedio. Sin embargo, todavía no habían alcanzado la calidad sintética de los materiales, pero la lanzadera química y los viajes espaciales tripulados les proporcionaría nuevas experiencias políticas y emocionales, e incluso los elevaría a la posición de héroes.

Pero esto era, más que nada, una decisión cultural o tal vez científica. Le molestaba muchísimo no ser el paidhi que hubiera metido a los atevi al cien por cien en la aventura espacial y quería cumplir sus objetivos mientras fuera

lo bastante joven para viajar también dentro de tales máquinas. Ese era su secreto, su sueño, que si los atevi confiaban en incluir en su tripulación a algún ser humano, confiaran en el paidhi. Y quería ser esa persona, la que marcara la diferencia...

Esta era su ilusión. La pesadilla era menos concreta. Mucho antes de que aconteciera el asalto a su dormitorio, había tenido miedo, y por ello había estado intentado comunicarse con Hanks para explicarle a ella y al resto de la oficina que no se les podía dar a los atevi retazos y fragmentos de tecnología sin acelerar la arbitrariedad del proceso. Es decir, las mentes de los atevi no funcionaban de la misma manera que las de los humanos y, por tanto, su predisposición les haría ver ciertos avances tecnológicos de una manera diferente a la de los humanos. Así, la imaginación de los atevi pondría los distintos elementos al servicio de sus inventos; inventos para los que no pedían consejo a la comisión tecnológica de Mosfeira.

Gracias a Dios, esos inventos individuales todavía no habían dado lugar a misiles balísticos intercontinentales o a bombas atómicas. Pero sabía, como lo habían sabido sus predecesores, que el día que el Tratado se rompiera, él sería el primero en enterarse.

Vio la tierra pasar de largo bajo las alas; las granjas, las colinas, los bosques... Al cabo de un rato entrevió, tras una estela de nubes, los negros picos sembrados de nieve de las Bergid, que se elevaban como islas de afilados acantilados. Le resultaba fascinante ver cómo se alejaban del mundo que conocía, y emocionante, de una manera extraña, ver países que los humanos jamás habían visto. Hasta el momento todo era nuevo y prohibido.

Pero después de un rato, las nubes se hicieron más espesas y ocultaron las montañas y, aunque el cielo era de un azul claro, bajo las alas no se adivinaba otra cosa que no fuera un manto rugoso y blanquecino.

Era decepcionante. Aquellas nubes se congregaban en el estrecho y no había manera de separarlas. Incluso el planeta se confabulaba para mantener ocultos los secretos de los atevi.

Lo que no implicaba que no pudiera dedicarse a hacer algo útil mientras lo secuestraban. Había logrado rescatar su portátil de su equipaje. Lo colocó sobre una mesa y sacó los apuntes que tenía para la próxima conferencia de desarrollo, en la que pretendía defender la posibilidad de crear un centro científico de ordenadores en la bahía de Costain, que estuviera conectado vía módem con los estudiantes atevi de Wingin.

«Si existe», escribió, «una dificultad tecnológica real hoy en día, esta es, sin duda, la de las matemáticas, porque nuestras distintas culturas e idiomas

nos han llevado a crear expresiones matemáticas diferentes a un nivel operacional. Eso sin contar que no las utilizamos de la misma manera. Pese a que estas percepciones matemáticas dispares constituyen un campo rico para la especulación de los matemáticos y de los futuros programadores; en el presente, estas diferencias fundacionales de conceptos son un obstáculo importante para los estudiantes de informática atevi, que pretenden entender una máquina lógica que ignorará algunas de sus expectativas, así como las ventajas operacionales y los atajos de su idioma, y cuya arquitectura lógica responde y ha sido adaptada durante siglos a la mente humana.

El desarrollo de una arquitectura informática que esté de acuerdo con las percepciones atevi es tan inevitable como deseable para el progreso económico de sus asociaciones, sobre todo en lo que al desarrollo de materiales se refiere. Es por esta dificultad que el paidhi no puede por menos que recordar a los presentes que la creación de muchos de los elementos tecnológicos útiles e imprescindibles se está retrasando.

Y, pese a que el paidhi comprende la validez y las verdaderas razones que mantienen la doctrina de separación en el Tratado de Mosfeira, le parece que la tecnología informática puede convertirse en la herramienta para unir a los profesores de Mosfeira con los estudiantes de tierra adentro, de forma que estos últimos tengan a su disposición la oportunidad de estudiar con instructores humanos que dominan el diseño y la teoría, y que les ayudarán a aprovechar al máximo los ordenadores. Así, los profesores humanos podrán alentar a los estudiantes atevi a que fabriquen su propio *software*, en el que sin duda podrían aplicar su talento matemático.

Ese centro de estudio puede servir como un programa modelo para, por ejemplo, encontrar otras áreas en las que los atevi puedan, sin perjudicar a las distintas culturas, meterse de lleno en el territorio de la ciencia empírica y crear acuerdos de trabajo que sean adecuados para las dos sociedades.

Les recuerdo asimismo que el Tratado de Mosfeira establece la posibilidad de colaborar en asuntos experimentales y científicos de definición e inequívoca terminología, destinados a la cooperación en un futuro próximo bajo la jurisdicción de los oportunos oficiales atevi.

Me parece que esta es una de esas áreas en las que la colaboración beneficiaría a los atevi, que favorecería la comprensión intercultural; cumpliendo así con las previsiones del Tratado en el que...».

Banichi se sentó en el asiento que estaba justo frente a él.

—Parece muy ocupado —le dijo.

—Estaba escribiendo mi discurso para la próxima conferencia. Espero poder acudir.

—Su seguridad es más importante. Pero si regresamos para entonces, desde luego que podrá ir. Yo me encargaré de ello.

—Supongo que no puedo preguntar cuánto estaremos allí. La conferencia es, por cierto, dentro de cuatro semanas.

—La verdad es que no lo sé.

No lo sabe, pensó alarmado. No lo sabe. Jago dejó una bebida delante de Banichi y tomó asiento, también frente a él.

—Es un lugar agradable —comentó ella—. ¿Ha ido alguna vez?

—No. He visitado Taiben, pero no Malguri. —Podía ser cortés casi sin pensárselo, mientras buscaba con frenesí un eufemismo para la palabra «rapto»—. ¡Pero, nadi, cuatro semanas! No podré hacer mi trabajo si estoy al otro lado del país.

—Es una oportunidad —le dijo Banichi—. Ningún humano antes que usted, nand' paidhi, ha hecho este viaje. De modo que no se ponga triste.

—¿Y qué hay de la Viuda? Compartiré la residencia con un miembro de la familia del aiji, con una mujer a la que ni siquiera conozco, ¿le ha informado alguien de mi llegada?

Banichi arrugó los labios en un gesto fiero que parecía una sonrisa.

—Es usted un hombre de recursos, paidhi-ji. Estoy seguro de que podrá con ella. Al fin y al cabo, habría sido el aiji de su predecesor...

—Si no hubiera sido por los hasdrawad —murmuró Jago.

Los hasdrawad había escogido a su hijo, de quien ella confesó lamentar no haber abortado cuando tuvo la ocasión; después, por causa de aquel insulto, los hasdrawad habían pasado por encima de ella una segunda vez, tras el asesinato de su hijo. Ignoraron sus derechos de sucesión a favor de su nieto, Tabini.

—Aprueba a Tabini —le informó Banichi—. A pesar de lo que todos dicen, siempre lo ha aprobado.

A los setenta y dos se había caído en el transcurso de una cacería. Se rompió el hombro, el brazo y cuatro costillas, pero, aun así, había vuelto a montar y había cabalgado junto al resto de la partida hasta que dieron caza a la presa.

Después, según contaban, había atacado a su entrenador con la fusta porque se había hecho un agujero en su precioso jersey Matawa de primera calidad.

—Al parecer no se distingue por ser una mujer paciente —comentó Bren.

—Oh, todo lo contrario. Lo es y mucho, cuando algo le interesa —rebató Jago.

—¿Es verdad lo que la gente cuenta acerca de la sucesión?

—¿Qué al padre de Tabini-aiji lo asesinaron? —le preguntó Banichi, y sin esperar respuesta dijo—: Sí.

—Nunca averiguaron qué agencia se encargó —explicó Jago— y eso que de la búsqueda se encargaron personas muy competentes.

—No se encontró ni una sola pista y la única beneficiada fue la duquesa viuda —continuó Banichi—, lo que no era una evidencia lo bastante sólida como para acusarla formalmente. De todos modos, ella no era la única con razones para quererlo muerto. Aunque su guardia personal no hay que tomarla a broma.

—¿Tenían licencia?

—Oh, sí —afirmó Banichi.

—La mayoría de los miembros de su guardia son viejos —prosiguió Jago— y están un poco desfasados.

—Tal vez ahora —opinó su compañero—, pero no entonces.

—¿Y es allí adonde Tabini me envía para que esté a salvo?

—La Viuda no tiene nada en su contra —le recordó Jago.

—Por lo menos en la mayoría de las cosas —concluyó Banichi.

El avión se posó sobre la pista con un golpe seco; al resto de los aeroplanos los habían desviado hacia otros aeropuertos. O al menos eso le dijo Banichi. Pero la tripulación del aiji aterrizó sin problemas. Los motores rugieron, los frenos chirriaron sobre el cemento mojado, el avión viró hacia la derecha y recorrió velozmente la distancia que lo separaba de la pequeña terminal.

Bren observó con melancolía el clima, a los guardias y camiones que se precipitaban dentro y fuera del avión. La recepción era, sin duda, más numerosa que las de Mosfeira. Pero, claro, las personas que lo recibían en su hogar no iban armados.

Se desabrochó el cinturón, se puso en pie y siguió a Banichi hasta la puerta, al tiempo que el piloto la abría. Jago vigilaba atentamente la retaguardia.

La lluvia cayó sobre sus rostros y la niebla era tan sólida que casi no se podía ni respirar. Las gotas de lluvia salpicaban el cemento de la pista. Cubría el paisaje de un color gris, de forma que era casi imposible distinguir el lago

del horizonte infinito, y las montañas que lo rodeaban eran como bancos de niebla recortados contra el cielo.

Malguri, pensó, tenía que estar en algún lugar de esas orillas, frente al lago.

—Nos envían un coche —les gritó Jago en la oreja, mientras sostenía en una mano la radio y esperaba a que la tripulación les acercara las escaleras para poder bajar. Estas, a diferencia de las del aeropuerto de Shejidan, no contaban con un toldo del que protegerse de la lluvia. Supuso que porque no esperaban que nadie se quedara en los escalones saludando como un maniquí.

De todos modos, no pudo dejar de preguntarse si, de haber estado Tabini en el avión, se habrían encargado de colocar uno de esos toldos. O habría aparcado el coche más cerca.

Los truenos restallaban y los relámpagos iluminaban el cemento mojado.

—Auspicios... —murmuró Bren, al que no le hacía ni pizca de gracia tener que bajar los escalones de metal en aquella tormenta. Pero las escaleras golpearon contra el costado del avión, meciéndolo; y la lluvia se colaba en el interior de la cabina junto con un viento frío como el otoño.

Los sirvientes, embutidos en sus chubasqueros, les gritaron y les hicieron señas para que bajaran. Banichi fue el primero en hacerlo. Mierda, pensó, y se apresuró a seguirlo, agarrándose con fuerza al pasamanos frío y resbaladizo. Cuando los relámpagos iluminaron la escalera y el cemento y los truenos rugieron sobre sus cabezas, se encogió de temor. Alcanzó el suelo y se apartó de la escalera con mucho alivio. Vio a Banichi ante la puerta abierta de la furgoneta de transporte y, con cuidado para no resbalarse, corrió hacia ella con Jago pisándole los talones.

En pocos segundos alcanzó el refugio. Jago llegó muy poco después y se tiró sobre uno de los asientos. Las gotas de lluvia brillaban sobre su piel de ébano. El conductor salió para cerrar la puerta y se quedó petrificado y con los ojos casi fuera de las órbitas, mientras la niebla fría se hacía cada vez más densa. Evidentemente, nadie le había dicho que un ser humano viajaría con ellos.

—¡Cierre la puerta! —le gritó Banichi, sacándolo de su ensimismamiento. El conductor cerró la puerta de un portazo y se apresuró a ocupar su lugar frente al volante.

—Faltan Algini y Tano —protestó Bren, mientras se inclinaba para echar un vistazo al avión a través de la ventana salpicada de gotas al tiempo que el conductor cerraba la puerta.

—Traerán el equipaje —le tranquilizó Jago— en otro coche.

Por si acaso son bombas, pensó Bren, sombrío, a la vez que el conductor quitaba el freno de mano, encendía el motor y les daba la bienvenida con una serie de cortesías verbales. Les deseaba, dijo, una feliz estancia en Maidingi, la joya de las montañas. Luego les explicó que la posición de las mismas era auspiciosa, que eran cósmicamente armoniosas y afortunadas, de tal forma que las aguas de los arroyos que rodeaban al lago, el Espejo del Cielo, eran también sumamente beneficiosas.

El Espejo del Cielo no reflejaba nada en ese preciso momento. La lluvia fragmentaba las imágenes de los edificios empapados y del inmenso vacío gris mientras el coche se precipitaba veloz. Bren creía que los acercaría a la terminal y que allí cogerían el tren hasta Malguri. Pasaron, sin embargo, cerca de las puertas de entrada y las dejaron atrás; la primera, la segunda y así sucesivamente en el trayecto hacia la verja y el lago.

—¿Dónde vamos? —preguntó con una mirada inquieta a Banichi. Pensó que quizá el agente también se extrañaría de que tomaran aquel desvío y tal vez estuviera poniéndolos a todos en peligro por no mantener la boca cerrada.

—Está dentro de los planes, nadi —volvió a tranquilizarlo Jago, apoyando una mano sobre su rodilla—. Todo está arreglado.

—¿Qué es lo que está arreglado? —le espetó él, a punto de perder el control. Miró alternativamente a la verja, que cada vez estaba más cerca y al rostro tranquilo de la agente. Luego se centró por completo en la primera, porque le parecía que iban a chocar de manera inminente.

Pero entonces el conductor giró hacia una sección que se abrió automáticamente delante de ellos. Jago seguía sin responderle.

—¿Adónde vamos?

—Tranquilícese —le pidió Banichi con suavidad—. Por favor, confíe en mí cuando le digo que todo marcha según lo previsto, nand' paidhi.

—¿Pero es que no vamos a coger el tren?

—No hay trenes hasta Malguri —le explicó Banichi—. Hay que ir en coche.

Se suponía que nadie debía ir en coche. Se suponía que no debían existir las carreteras entre los aeropuertos y cualquier destino, por muy rico que fuera uno: se suponía que todos debían coger el tren. ¿Y cómo es que no había ferrocarriles entre Malguri y el aeropuerto?

El nombre de la furgoneta, que estaba escrito en letras grandes sobre la cabeza del conductor, era «Aerolíneas Maidingi». ¿Y desde cuándo un vehículo de las compañías aéreas prestaba servicios privados? Normalmente no tenían licencia para servir como transporte de tierra.

Quizá se les hubiera dispensado una autorización especial. Pero ¿realmente era un caso de emergencia?

—¿Es que no podríamos haber ido en autobús? —preguntó y señaló justo frente a él, a las grandes letras.

—No hay autobuses a Malguri.

—Pero si es la ley. Se supone que tienen que ofrecer servicio de...

La furgoneta describió un giro abrupto que lo hizo caer sobre el brazo de Jago. Esta le dio una palmada en la pierna. Él se cruzó de brazos y se recostó en el asiento para recuperar los fragmentos de su dignidad e integridad maltrechas. Los truenos seguían rugiendo en el exterior.

Existían lugares donde la tecnología local no obedecía los reglamentos. Y sitios, desde luego, en los que había excepciones económicas.

Pero, con toda seguridad, la residencia del aiji no podía ser uno de ellos. ¿Es que Tabini no podía alquilar un autobús? ¿O es que el autobús que recorría la ciudad de Maidingi no paraba también en Malguri? ¡Si estaban al lado! Se suponía que el aiji debía dar ejemplo y cuidar del medioambiente. Kabiú. Sentar precedentes. Comportarse bien. Guardar las apariencias.

¿En qué lugar estaba la finca que el autobús no podía llegar hasta allí?

Los neumáticos hacían saltar las pequeñas piedrecitas de la carretera en todas direcciones. La furgoneta torció para continuar por un trayecto que dejaba el vacío gris a un lado y las montañas al otro. La carretera se parecía peligrosamente a un camino de cabras y Bren recordó los vetos que sus predecesores habían presentado ante la posibilidad de construir autopistas que llegaran a los pueblos más alejados y su propio convencimiento de que tales vías no servirían más que para distraer la atención de lo que realmente importaba, es decir, los ferrocarriles. Él, recordaba, lo había llamado «cortina de humo», expresión que había gustado mucho al aiji una vez hubo entendido su verdadero significado. Las carreteras, en su opinión, no servirían más que para satisfacer las necesidades individuales de las gentes de los pueblos, mientras que la red ferroviaria ayudaría a los intereses de todos.

Ese era, por otra parte, el mismo argumento del que se habían servido sus predecesores para vetar los proyectos. La lógica paranoica que eso despertaba en Tabini le había hecho sentirse incómodo en muchísimas ocasiones. No obstante, el aiji afirmaba que sus razonamientos tenían perfecto sentido y que el paidhi, según él, no estaba de acuerdo con sus predecesores por el mero hecho de ocupar el mismo cargo, sino porque todos ellos apoyaban lo que había funcionado en los mandatos anteriores y que tan solo se atreverían a

realizar cambios si estaban absolutamente seguros de que serían para bien, además de si contaban con la aprobación del consejo.

Y esta carretera era evidentemente el producto de tales lógicas; cimentada en los vetos de sus predecesores en cuanto a la red de carreteras y marginada también por su elocuencia.

Ni autobús, ni cemento.

Él esquiaba durante sus vacaciones. Le apasionaba. Y había visto algunas carreteras muy peculiares en lo alto del monte Allan Thomas, en Mosfeira.

Las carreteras debían estar pavimentadas, porque una cosa era bajar una montaña esquiando...

... y otra...

Aquel vehículo no estaba preparado para escalar. Derrapaba en los giros.

Sujetó con fuerza su portátil para evitar que se perdiera en el fondo de la furgoneta. Pensó en cambiar su propuesta acerca de no construir carreteras fuera de las ciudades principales.

La furgoneta recorrió los escarpados caminos de gravilla azotada por la lluvia durante más de una hora. Los ejes de las ruedas chirriaban al subir, resbalar y empeñarse en seguir subiendo por la colina. Espacio gris y lluvia era lo único que se veía por todas las ventanillas salvo una. El vehículo se sacudió hacia arriba, hacia el vacío, se inclinó, y Bren se sujetó al asiento con los nudillos, blancos por causa de la tensión. Jago cayó justo encima de él. Vio el lago Maidingi o sencillamente el aire a su lado, por debajo y frente a él... Cerró los ojos. No quería ver nada y tampoco imaginar.

¿Cuánto tardarían en encontrarlos si una de las ruedas derrapaba y caían por el acantilado de lleno en el lago?

Otra sacudida..., el ruido del resbalón... ¡Por Dios!

El conductor lo miró estupefacto por el retrovisor. Eso desvió su atención de la rueda. Bren cerró la boca después de aquello. Pero Banichi y el desconocido empezaron una conversación, durante la cual el hombre miraba hacia el asiento trasero para hacer mayor hincapié.

—¡Por favor, nadi! —exclamó Bren.

La tierra cayó por el borde del precipicio. Estaba seguro de que durante un momento las ruedas derechas habían rodado sobre el vacío.

Luego, al doblar la esquina, entrevió una estructura oscura, rodeada por una cortina de lluvia, que se alzaba sobre una prominente cornisa. A partir de allí se elevaban las torres de piedra y los chapiteles. Como la lluvia arreciaba

con fuerza contra las ventanillas, no supo decir dónde se encontraba el camino, aunque sabía que avanzaban por él porque podía oír el crujido de la gravilla bajo los neumáticos.

—Malguri —avisó Banichi con su grave voz.

—La fortaleza data del siglo cuadragésimo tercero —les informó el conductor y añadió—: Es una joya arquitectónica de esta provincia. El distrito la mantiene bajo fideicomiso y es la residencia otoñal del comandante aiji, aunque la Viuda vive habitualmente en ella...

Bren apretó fuertemente contra su pecho la funda en la que había guardado el portátil y observó las regias torres, cada vez más enormes tras el parabrisas del vehículo. A medida que se acercaban, la impenetrable niebla se desvanecía hacia los lados, para mostrarles los detalles del entorno, el lago que estaba a sus pies, las nubes y el colorido intenso: el gris de la piedra y el goteo incesante de las banderas de escudos heráldicos que se mecían en lo más alto de las gradas.

Ya estaba acostumbrado a la arquitectura atevi, a la antigüedad que se respiraba en la ciudad, en las costumbres de las salas; no obstante, aquel lugar, con sus torreones erizados y sus fortificaciones, no era típico del estilo del Aterrizaje, del que sin duda Shejidan era el máximo exponente. La fecha que el conductor les había dado era de mucho mucho antes de que los humanos llegaran al sistema, de muchísimo antes de que se perdieran las naves o las estaciones espaciales o puede que incluso antes de que los seres humanos viajaran por el espacio.

Los limpiaparabrisas limpiaban la imagen cada pocos segundos. Bren tuvo la impresión de que aquel era un mundo que se creaba y recreaba a partir del diluvio universal. Las verjas de madera, arqueadas en un bostezo, les dieron la bienvenida y los condujeron hasta un camino de piedra que se extendía bajo un pórtico abrigado al que la lluvia apenas osaba rozar.

La furgoneta se detuvo. Banichi se levantó y abrió la puerta desde dentro. Salió entonces a un porche en sombras, donde lo recibieron unas puertas de madera, abiertas. Un puñado de atevi salió desde aquel cálido refugio de sombras doradas para ayudarlos. Todos ellos iban vestidos con prendas informales, lo que coincidía con lo que Bren conocía acerca de la vida en el campo. Salvo por las botas, el atuendo en sí parecía bastante apropiado para un refugio de caza como había sido el de Taiben y que supuso que también sería el de Malguri. De hecho, teniendo en cuenta el entorno que los rodeaba... lo más probable es que este fuera un sitio estupendo para ir de

caza, siempre que viniera alguno de los enérgicos miembros de la familia del aiji.

Salió de la furgoneta detrás de Banichi, con el portátil todavía en las manos, pensando ahora que quizá pudieran salir de caza si la plantilla se preocupaba de entretener a sus invitados. Estaba convencido de que Banichi y Jago se apuntarían. Él no, claro. Eso de deambular entre los matojos, quemarse bajo el sol y encañonar a su cena con un arma no era ni muchísimo menos su deporte favorito. Le preocupaba que aquella densa niebla, que las corrientes atraían bajo el pórtico, perjudicara su portátil. Estaba ansioso de que concluyera la bienvenida y de poder ponerse a resguardo.

—Este es el paidhi —lo presentó Banichi colocándole su gran manaza encima del hombro—, Bren Cameron. Uno de los socios más próximos a Tabini-aiji. Denle la bienvenida...

Se trataba de una formalidad habitual.

—Es todo un honor. Muchas gracias —murmuró Bren como respuesta, mientras se inclinaba para saludarlos a todos.

Jago cerró la puerta de la furgoneta y despidió al conductor. El vehículo se perdió de nuevo en la tormenta y, de alguna manera, toda la comitiva avanzó lentamente, entre preguntas acerca de la salud y bienestar del aiji, por los adoquines y hasta las puertas principales. Gracias a Dios, pensó Bren. Echó la vista atrás y entrevió un cañón antiguo que descansaba en un patio pavimentado; al mirar frente a sí, lo recibió una luz suave y dorada acompañada de una oleada de aire caliente.

El vestíbulo tenía el suelo de piedra y las paredes eran de madera y yeso. Las banderas que colgaban de las vigas parecían muy viejas, porque sus colores estaban apagados y sus complicados diseños en espiral estaban adornados con una caligrafía que ningún paidhi había leído jamás. Reconoció en ellas los colores de Tabini y la que estaba en el centro tenía, además, su emblema personal: el baji sobre un círculo rojo y, de fondo, un campo azul. Había armas colgadas de todas y cada una de las paredes; espadas y otras herramientas cuyos nombres desconocía, pero que también había visto en el refugio de Taiben, expuestas en lugares similares, en primera fila o relegados en algún lugar apartado, colgadas de las paredes, o pieles arrojadas sobre las sillas que nada tenían en común con las diseñadas por los humanos.

Banichi volvió a cogerlo por el hombro y volvió a presentarlo, esta vez a dos sirvientes, ambos del género masculino.

—Lo llevarán hasta su habitación —le explicó Banichi—. Se encargarán de servirle.

La verdad es que no había prestado atención a sus nombres y tenía en mente preguntar por Algini y Tano, que se suponía debían venir desde el aeropuerto. No entendía por qué lo cambiaban continuamente de sirvientes.

—Disculpen —dijo y se inclinó avergonzado—, me temo que no recuerdo sus nombres.

El paidhi era un diplomático y se suponía, por tanto, que debía recordar los nombres, aunque fueran los de los criados. No estaba centrado y no dejaba de pensar en si Banichi o Jago conocían a aquellas personas, en si eran o no de confianza.

No obstante, los sirvientes se limitaron a inclinarse y a presentarse una segunda vez: Maigi y Djinana, que al parecer estaban honrados de servirle.

El comienzo era malo; se sentía culpable por la cortesía de aquellos hombres. Lo habían empujado y zarandeado, llevado de un sitio a otro que no conocía y en una cultura que ni siquiera era la suya. Estaba sobrecogido.

—Vaya con ellos —lo invitó Banichi con suavidad y añadió algo en uno de los dialectos regionales, a lo que los sirvientes se inclinaron y asintieron, con unos rostros tan impasibles como los de Banichi y Jago.

—Nand' paidhi —le dijo uno. Maigi. Tenía que recordar quién era quién.

Maigi y Djinana, se repitió una y otra vez, mientras los seguía por el vestíbulo, a través de una arcada y hasta el pie de unas escaleras de piedra con pasamanos de bronce. De pronto se dio cuenta de que Banichi y Jago no iban con él, aunque el primero le había dicho que los siguiera, de forma que confiaba en ellos. No tenía intención de insultar una segunda vez a los sirvientes dudando de ellos.

De modo que continuó caminando y subió al primer piso de aquella extraña casa gobernada por una mujer aún más insólita. Los criados hablaban entre sí en un dialecto que el paidhi no comprendía. El lugar olía a piedra y a viejo. El yeso no tenía cabida en aquellos pasillos con suelos de madera que, supuso, serían los que transitaban los invitados de segunda categoría. Vio el recorrido de las cañerías y del cableado por los antiquísimos techos y las bombillas de tungsteno que pendían en sus soportes engalanados con cables de cobre aislados y cubiertos de polvo.

¿Era aquella la hospitalidad de Tabini?, no pudo evitar preguntarse. ¿Era así como vivía su abuela?

No podía creerlo. Se sentía ofendido, ofendido hasta la médula y también herido de que Tabini lo hubiera enviado a aquella casa inhóspita y deprimente, con esa fontanería arcaica y solo Dios sabía qué tipo de camas.

Pronto se quedarían sin pasillo que recorrer. Dos puertas enormes anunciaban el final del recorrido. Habrá que seguir escalando, pensó sombrío, hasta alcanzar algún sucio agujero que esté bien alejado de la Viuda y de su cuadrilla.

Lo más probable es que la culpa no fuera de Tabini. Puede que la mujer hubiera modificado las órdenes de su nieto. Quizá la abuela no quisiera a un ser humano en su casa y por ello hubiera pedido a sus sirvientes que lo escondieran bajo las escaleras o en algún armario. Banichi y Jago se opondrían en cuanto lo supieran. La abuela se molestaría, Tabini se molestaría...

Los sirvientes abrieron las puertas; sobre la alfombra vio un salón espacioso y un mobiliario que... Oh, Dios, al instante se dio cuenta de que todo tenía el matiz dorado del oro; cada una de las superficies, e incluso las alfombras no estaban hiladas en serie como las habituales. La suave y pálida luz se colaba por una enorme ventana en forma de arco, cuyo cristal estaba dividido en pequeños paneles rectangulares, rodeados, a su vez, por otros cristales de color ámbar y azul. Era un marco precioso para aquella nada gris y mojada.

—Esta es la antesala del paidhi —le informó Maigi.

Djinana abrió otra de las puertas, una que estaba a un lado, y le mostró otra habitación también profusamente adornada en la que ardía la leña en un hogar; era una fuente de calor ilícita, pensó él, y decidió apuntárselo en un lugar recóndito de su mente. Su consciencia, sin embargo, prestaba atención a otros detalles: las cabezas, las pieles y las armas que pendían de las paredes, el mobiliario de madera esculpido con diversos motivos, la alfombra antigua con los medallones baji-naji repetidos infinitamente y las mismas ventanas que, aunque inferiores en tamaño, no dejaban de ser hermosas y ornamentadas.

—Esta es la sala de estar privada —le dijo Maigi antes de abrir las puertas y hacerle pasar a una tercera habitación, que no tenía ventanas, pero que era del mismo estilo que las anteriores. Había una larga mesa de madera que se prolongaba de un extremo al otro de la sala—. El comedor —continuó y señaló un tirador de campana con el que podía llamarlos—. Hay uno en la sala de estar —le explicó y lo acompañó a verlo para asegurarse de que podría encontrarlo más adelante.

Bren respiró profundamente. Todo lo que veía eran paredes de piedra y elegantes suelos de madera, luces suaves y matices dorados. Creyó encontrarse en un museo, donde Maigi y Djinana eran los guías que le

señalaban aquí y allá los trofeos de especies, tres de ellas extintas, y la elaboración del mobiliario, que incluso tenía su propia historia.

—Fue un regalo del aiji de la provincia de Deinali con motivo de la celebración del matrimonio del heredero aiji de la cuarta dinastía con la heredera de dicha provincia que, sin embargo, nunca llegó a consumarse porque el heredero del aiji se cayó durante un paseo por el jardín y se mató...

¿Qué jardín?, se preguntó, decidido, en esas circunstancias, a no recorrer aquel fatal camino.

Estaba seguro de que todavía sentía la paranoia de su huida y de su precipitado viaje a la fortaleza.

O quizá lo que le ponía nervioso eran todos esos ojos de cristal, los de las cabezas de los animales que pendían de las paredes y que lo observaban con detenimiento desde su silencio indefenso.

Maigi abrió otra puerta y le hizo pasar a un dormitorio vasto, mucho más grande de lo necesario. Bren comprobó que había una cama y no un triste sofá como esperaba. Era una cama con dosel, situada encima de una especie de grada de piedra. Unas lanzas sujetaban las cortinas plegadas. En vez de colchas, tenía pieles de animales. Maigi le mostró otro tirador y lo condujo a, oh Dios, otro pasillo.

Lo siguió, sin poder librarse de la sensación de que el asunto de su acomodo empezaba ya a ser exagerado. El sirviente abrió aun otra puerta que daba a una habitación con el suelo de piedra en el que había un agujero, una palangana de plata y un montón de toallas de lino.

—El asiento —lo describió Maigi con eufemismo—. Utilice, por favor, las toallas. El papel atasca las cañerías.

Bren estaba seguro de que su asombro era evidente. Maigi cogió un cucharón ornamentado de un caldero de plata y vertió el líquido que contenía por el agujero del suelo.

—De hecho —intervino Djinana—, el flujo de agua es constante. El aiji Padigi lo mandó instalar en el 4879. El cucharón se mantiene, por supuesto, por lo de las toallas.

Era fino, era elegante, era... espantoso. Así se sentía. Los atevi no eran animales. Él tampoco, por cierto. No podía usar aquello. Tenía que haber algo más, quizá abajo; lo averiguaría y lo usaría.

Djinana abrió unas puertas dobles detrás del váter. Tras ellas vio un baño, con una enorme bañera de piedra, y las cañerías que sobresalían del suelo.

—Tenga cuidado por dónde pisa, nadi —le advirtió el criado.

Estaba claro que el entramado de cañerías había sido algo que habían acoplado después. El volumen de agua necesario para un solo baño tenía que ser, además, inmenso.

—Sus sirvientes encenderán las chimeneas por las noches —le explicó Djinana, mientras le mostraba que había agua corriente y él se centraba en el hecho de que Algini y Tano no estaban perdidos, que podría incluso volver a ver su equipaje y que, después de todo, probablemente no se quedaría a solas con Djinana y Maigi.

Entre tanto, Maigi había encendido el calentador, que estaba fijado en una de las paredes de piedra y al que le llegaban por encima dos cañerías, para luego descender por la misma pared: la más grande tenía que ser la del agua fría que entraba en el calentador. Un conducto conducía el agua caliente hasta el grifo de la bañera. La segunda, sin embargo, lo confundía; hasta que se dio cuenta de que la pequeña llama azul en el compartimiento del calentador tenía que recibir su suministro de la cañería más delgada. Era gas metano. Una explosión que esperaba a hacerse realidad. O una muerte por asfixia, si la pequeña llama se apagaba y el gas se acumulaba en el baño.

Por Dios, pensó, y fue apuntando una violación de las normas tras otra; algunas de ellas potencialmente letales, mientras los dos sirvientes salían del servicio y lo llevaban de vuelta al pasillo.

¿De verdad le había enviado Tabini allí para que estuviera seguro? Ahora que comprendía para qué servían y cómo se utilizaban aquellas cañerías y cables eléctricos, empezó a pensar que ese tipo de instalaciones, emplazadas en una estructura de piedra y de madera, distribuyendo el gas metano a todos los apartamentos y demás habitaciones, era, junto con la arcaica instalación eléctrica, una bomba a punto de estallar.

Empero el edificio seguía en pie. El cableado era tremendamente viejo. También las cañerías. No obstante, estaba claro que, hasta el momento, los criados habían tenido cuidado.

—Nosotros, desde luego, estamos a su servicio —le aseguró Maigi—. Sus criados llegarán pronto. Se hospedarán en los dormitorios destinados al servicio. Si necesita atención personal, llame una vez y ellos acudirán a su llamada. Si quiere la comida o necesita ayuda en el cuarto de baño, llame dos veces y vendremos nosotros. Servimos a los intereses de Malguri y, por supuesto, nos ocupamos de ofrecer la hospitalidad y de satisfacer cualquiera de los deseos del paidhi.

Djinana lo llevó de vuelta a la sala de estar. Aquel trayecto le parecía una expedición. El sirviente cogió un códice forrado en cuero de una mesa y se lo

entregó junto con un bolígrafo.

—Le ruego que ponga su nombre junto al de los demás visitantes distinguidos —le pidió el criado y, cuando se disponía a hacerlo, añadió—. Sería incluso más interesante si lo hiciera en su propio idioma, nadi, pues nunca nadie lo ha hecho así.

—Gracias —dijo, bastante agradecido por lo genuino de aquella bienvenida. Firmó primero con la caligrafía de los atevi y luego, con cierta dificultad irónica, en mosfei.

Escuchó un ruido seco en el pasillo y levantó la mirada.

—Sin duda deben de ser sus sirvientes —aventuró Maigi, y al cabo de dos minutos vio que Tano, con dos grandes cajas, entraba por la puerta exterior y al entrar él la sala de recepción ponía en peligro una de las antiquísimas mesas.

—Nand' paidhi —lo saludó, sin aliento y empapado como las cajas.

Djinana se apresuró a enseñarle el camino hacia el dormitorio, para salvaguardar el mobiliario, supuso Bren, mientras se decía que ojalá en aquellos armatostes estuviera guardada su ropa, sobre todo sus jerséis y su abrigo tres cuartos.

—¿Le gustaría tomar un té, paidhi? —le preguntó Maigi, al tiempo que escuchaban un segundo porrazo que anunciaba la llegada de más visitantes, probablemente Algini.

Una ráfaga de aire hizo danzar las llamas en el hogar e inmediatamente después, como había aventurado acertadamente, entró Algini en la sala de estar, también empapado. A pesar de que transportaba dos cajas tan enormes como las primeras, consiguió hacer una reverencia.

Era todo cuanto tenía, pensó Bren, al recordar el gran montón de cajas que habían embarcado en el tren. Pero, por Dios, ¿cuánto tiempo pretendían quedarse?

—Té —repitió distraído—. Sí. —Sintió frío a pesar del calor que desprendía la chimenea. Todavía notaba la diferencia entre la temperatura cálida del sur y de la costa, y la de aquel sitio. Además no se había recuperado completamente del susto que el viaje por la carretera le había supuesto. Le apetecía, por tanto, un té calentito y, ahora que lo pensaba, con todo aquel lío no había tenido tiempo ni de desayunar, ni de comer más que unas enclenques galletitas en el avión—. ¿Cree que podría traerme también un poco de queso? —Ese producto solía estar bien, fuera cual fuera la temporada.

—Desde luego, nadi. Aunque el paidhi debe recordar que solo queda una hora para la cena...

Las diferencias horarias, pensó. Nunca se había alejado tanto de Mosfeira como para encontrarse con una. Pero no solo era el clima más frío, sino que debían, por lo menos, tener unas dos horas más. No sabía con seguridad si su estómago podría conformarse con aquella información, ni si podría aguantar otra hora cuando ya había empezado a pensar en la comida.

Los truenos rugían y los relámpagos iluminaban con su luz blanquecina las ventanas.

—En ese caso no traiga el tentempié —les dijo y decidió que la vida en aquel lugar seguía otro ritmo, más lento. Quizá le fuera divertido disfrutar de una cena a la vieja usanza—. Solo el té, por favor.

Su mente, sin embargo, seguía asimilando un fragmento de información tras otro. La lluvia golpeaba con fuerza contra los cristales y Bren pensó que, siendo así, no le extrañaba en absoluto que hubiera un lago.

Le llevaron la cena después del té y se la sirvieron con mucha elegancia en el comedor. Era, sin duda, una cocina al estilo del campo y desde luego no tenía queja del menú; la caza de temporada era, gracias al Cielo, diferente en aquel lugar.

No obstante, la cena la disfrutó en solitario. Él solo, sentado en aquella mesa larga y silenciosa, a los pies de la misma, desde donde podía ver la ventana de la sala de estar. Había pensado que sería agradable, pero como estaban tan arriba, no veía otra cosa que no fuera el cielo gris que poco a poco se rendía a la noche. Tano y Algini comieron en sus dependencias. Maigi y Djinana lo sirvieron, pero como conocía tan poco a los sirvientes no se atrevió a iniciar una conversación. Todos sus intentos fueron en vano: «Sí, nand' paidhi»; «gracias, nand' paidhi»; «al cocinero le gustará saberlo, nand' paidhi».

Finalmente, y durante los segundos platos, llegó Jago y apoyó los brazos en el respaldo de una de las diez sillas que había a ambos lados de la mesa. Se puso a hablarle y a preguntarle qué le parecía todo, la habitación, el servicio, etc.

—Maravilloso —le dijo—, aunque no he visto ningún teléfono ni enchufe. ¿No me puede dejar alguien uno inalámbrico?

—Me parece que hay uno en la oficina de seguridad, pero está diluviando. Seguía con lo mismo.

—¿Significa eso que la oficina está fuera?

—Me temo que así es. Y la verdad es que no creo que sea muy prudente que llame, nadi Bren.

—¿Por qué? —le espetó él, furibundo, inintencionadamente. Al instante, Jago retiró los codos del respaldo de la silla y se enderezó—. Perdóname, nadi —se disculpó modestamente—. Pero tendré que contactar con mi oficina con cierta regularidad. Necesito urgentemente mi correo y espero, por tanto, que pueda llegar por esa complicada carretera.

Jago lanzó un suspiro y volvió a apoyarse sobre el respaldo de la silla.

—Nadi Bren —le dijo con mucha paciencia—, aunque considero que el sacarlo de la ciudad no ha tenido por qué servir para engañar a su asaltante, dudo que sea una buena idea que ande llamando por teléfono. Estarán atentos a cualquier noticia. Déjelos creer que fuimos directamente a Malguri.

—De modo que sabes algo de ellos.

—No, en realidad no.

Estaba agotado. Apenas podía dominarse después del ascenso hasta allí y, a pesar de todas las cortesías y mascaradas de los atevi, sentía cada vez más que la situación había escapado a su control. Quería que las cosas se aclarara. Estaba a punto de perder la paciencia definitivamente.

—Ya sé que habéis hecho cuanto habéis podido y seguramente desearías estar en otro lugar —dijo con mucha suavidad, en lugar de montar una escena que era, por otra parte, lo que realmente le apetecía hacer.

Jago arrugó el ceño.

—¿Es esa la impresión que doy?

Que Dios me ayude, pensó él.

—No, desde luego que no. Pero supongo que tendrás otras tareas aparte de la de cuidar de mí.

—No.

Se percató de que Jago tenía la costumbre de hacer eso en las conversaciones de las que quería sacar algo en claro. Se tomó una cucharada de la sopa con la esperanza de que la mujer iniciara un nuevo tema de conversación.

No lo hizo. Se sentó en una silla y se recostó en el respaldo. Parecía satisfecha viéndole comer o cuidando de él. Los truenos todavía retumbaban en el exterior.

—¿Te quedarás en Malguri? —le preguntó por fin.

—Probablemente.

—¿Crees que el que entró en mi habitación será también capaz de seguirnos hasta aquí?

—Es poco probable.

Y así siguió; una o dos sílabas le bastaban para responder en cuanto él se ponía a hacer preguntas.

—¿Cuándo crees que dejará de llover? —le preguntó, solo para que Jago dijera algo más.

—Mañana —le contestó ella. Y se calló.

—Jago... ¿Te caigo bien? ¿O no?

—Desde luego que sí, nadi Bren.

—¿He hecho algo por lo que Tabini pueda estar molesto conmigo?

—No que yo sepa.

—¿Me harán llegar mi correo?

—Banichi se está informando sobre ello. Necesitamos la autorización.

—¿De quién?

—Estamos en ello.

El trueno rugió sobre la fortaleza. Terminó su cena, interrumpida intermitentemente para formular preguntas a Jago que ella respondía con brevedad. Después tomó una o dos copas, en las que la agente no quiso acompañarle. Empezó a lamentar que Banichi no tuviera razón en lo que decía sobre que Jago lo encontraba atractivo, aunque solo fuera mínimamente, porque quería que lo siguiera hasta la sala de estar y tuviera la cortesía de seguir charlando con él o, mejor dicho, respondiéndole con aquellas frases cortantes y consecutivas. Lo único que quería era poder hablar con alguien.

Pero Jago se marchó, según ella por asuntos de trabajo, y bastante preocupada. Los sirvientes lo recogieron todo en el más absoluto silencio.

Pensó en qué hacer a continuación y decidió seguir con sus rutinas diarias, es decir, ver las noticias de la noche... aunque le sería imposible, teniendo en cuenta que no había televisión.

Decidió no comentarles nada a los criados. Abrió todos los cajones y los armarios y recorrió, por fin, todo el circuito de sus dependencias con el único objetivo de encontrar un enchufe.

No había ni uno. Nada a lo que poder enchufar una televisión o un teléfono.

O, a los efectos de su situación actual, un ordenador.

Meditó la posibilidad de tirar de la campana para hacer venir a los criados y exigirles que le proporcionaran un alargador para que al menos pudiera utilizar su portátil, que ya casi se había quedado sin batería. Supuso que tal vez tendrían que tirar el cable desde las cocinas o utilizar un adaptador (que

con toda seguridad podrían comprar en cualquier tienda de electrónica que hubiera en aquel bendito distrito) en uno de los enchufes de la luz.

Banichi ni siquiera se había dignado a dejarse ver por allí desde que se separasen en el vestíbulo y Jago le había negado ya la posibilidad de llamar por teléfono. De modo que, tras unos cuantos paseos por la habitación y de cotillear en la pequeña biblioteca en busca de algo que hacer, decidió irse a la cama, disgustado. Se lanzó sobre la cama flanqueada por cortinas, entre las pieles de los animales muertos, y descubrió varias cosas. En primer lugar que no disponía ni tan siquiera de una luz con la que leer; en segundo, que todas las luces se apagaban y encendían desde el interruptor que había junto a la puerta de entrada y, en tercero y último, que había una bestia furiosa y difunta observándolo directamente desde la pared opuesta.

No fui yo, pensó al verla. No fue culpa mía. Lo más probable es que yo ni siquiera hubiera nacido cuando te mataron.

Seguramente mi especie ni siquiera había abandonado nuestro planeta por aquel entonces.

No es culpa mía, animal. Los dos estamos aquí atrapados.

4

El amanecer se coló en su dormitorio por una ventana empapada de gotas de lluvia. El desayuno se hizo esperar un rato. Tiró de la campana para llamar a los criados, le formuló la petición a Maigi, que tardó poco en aparecer, y Djinana se encargó de encender la chimenea para que pudiera darse un baño después del desayuno.

Luego estaba el asunto del «váter» y, ante la posibilidad de tener que bajar en busca de un baño moderno, optó por la intimidad y por hacer frente a lo que evidentemente funcionaba en aquel lugar, que además no le complicaría la vida con preguntas embarazosas y que tampoco, hablando en términos diplomáticos, les haría pensar a los demás que a él le disgustaba aquella elegante e histórica hospitalidad. Se las arreglaría. De hecho, y si le dejaban en paz, creía que podría llegar a acostumbrarse.

El trabajo del paidhi, pensó, era adaptarse. De alguna manera.

El desayuno, por Dios bendito, lo componían cuatro platos. Intuyó que su cintura iba a ensancharse al ver todo aquello y decidió pedir para comer un sencillo pescado y una pieza de fruta. Luego despidió educadamente a los sirvientes y se dio un prolongado y relajante baño. Por necesidad, la vida en Malguri era algo que debía planearse con antelación porque no bastaba solo con abrir el grifo. No obstante, había agua caliente.

No les pidió a Tano y Algini que entraran mientras se bañaba porque, al fin y al cabo, su conversación se limitaría a: «Sí, nadi» y «no, nadi». Y tampoco los necesitó mientras se vestía. La verdad es que ni siquiera le veía sentido a ponerse la ropa, porque no tenía nada previsto, ni sabía qué hacer hasta la hora del almuerzo, o al menos Banichi y Jago no le habían dicho nada.

De modo que se puso la toga y se asomó por la ventana para contemplar aquella nada gris en la que el ámbar y el azul eran los únicos colores que se veían. El lago, rodeado por acantilados de color gris oscuro y por la niebla, era gris plata. El cielo, de un color gris lechoso, anunciaba más lluvia. Todavía había algunas gotas adheridas al cristal como diminutas joyas.

Era exótico. Desde luego no se parecía a Shejidan en nada. No era Mosfeira, no era humano y, desde su punto de vista, además, la mansión no era más segura que la casa de Tabini, aunque sí menos cómoda. Ni siquiera contaba con un enchufe donde enchufar su portátil.

Quizá el asesino no invirtiera en un billete de avión para ir tras él.

Tal vez el aburrimiento lo convenciera de que debía regresar a climas más cálidos y alegres.

Puede que después de una semana entre aquel lujo espléndido, optara por ir caminando hasta el tren y unirse al asesino en una huida precipitada.

Cuentos chinos.

Cogió el libro de invitados de la estantería. Necesitaba cualquier cosa en la que mantener la mente ocupada. Lo llevó junto a la ventana, donde había mejor luz, y hojeó las páginas. Al ver los nombres, se dio cuenta de que sostenía ante sí una verdadera antigüedad que se remontaba a setecientos años antes, por lo menos, y que la mayoría de los inquilinos de esa habitación habían sido aijiin o importantes empleados de ellos, algunos de ellos tan conocidos en la historia como Pagioni o Dagina, que había firmado con Mosfeira el Tratado de Desarrollo de Recursos Controlados; un tipo astuto y testarudo que, gracias a Dios, se había deshecho de algunos obstáculos peligrosos de una forma totalmente inalcanzable para los humanos.

Estaba muy impresionado. Lo abrió por detrás, pues era así como leían los atevi (de derecha a izquierda y hacia abajo), y descubrió la fecha de fundación de la primera fortaleza que, como les había informado el conductor, databa de dos mil años antes. Se había construido con piedra originaria de aquel lugar para salvaguardar la fuente de agua de Maidingi que abastecía a las tierras más bajas y para evitar que las tribus que habitaban en las colinas asaltaran constantemente los pueblos de las llanuras. La segunda expansión de la fortaleza, en la que supuso que podía incluirse la estructura en la que ahora se encontraba, databa del septuagésimo primer siglo.

Hojeó los cambios y las ampliaciones, y encontró el plano de un recorrido que una vez al mes podía hacer la gente de fuera. («Pedimos a nuestros invitados que ignoren esta visita mensual, que el aiji considera necesaria y oportuna, porque Malguri es un tesoro para los ciudadanos de las provincias. Si un invitado quisiera prestar audiencia particular o general a estos grupos o individuos, deberá informar de ello al servicio, que hará los preparativos pertinentes. Algunos de nuestros invitados lo han hecho, para sorpresa y regocijo de los visitantes...»).

Oh, yo solo los mataría del susto, pensó Bren con sarcasmo. Los niños saldrían despavoridos en busca de sus padres. Ninguno de los habitantes de esta zona ha visto a un humano cara a cara.

Banichi le diría que veía demasiada televisión. Los niños de Shejidan tenían que aprender a confiar en Mosfeira y comprender que los humanos no

saldrían de los armarios para comérselos por la noche. Los niños atevi conocían la existencia de los asesinos. Gracias a la televisión sabían también de la Guerra del Aterrizaje y de una estación espacial que aquel mundo nunca había pedido; y que seguramente acabaría cayéndoseles encima y destruyéndolo todo.

Su predecesor, al que habían destituido del cargo en dos ocasiones, había intentado organizar visitas guiadas de los humanos por los alrededores de las ciudades. Varios alcaldes apoyaron la iniciativa. Uno incluso murió por ello.

La paranoia seguía teniendo mucha fuerza, sobre todo en los distritos más aislados, y no tenía intención de alimentarla. Por lo menos no en este momento crítico, con su vida en peligro. Tabini le había pedido que permaneciera callado y tratara de pasar desapercibido; por eso lo había enviado allí. Pero, joder, todavía no sabía qué había hecho mal y ahora encima había perdido la oportunidad de informar a su oficina en Mosfeira.

Aunque tal vez nunca hubiera tenido tal posibilidad.

Los pilotos humanos, que se alternaban con las tripulaciones atevi, solían llevar cargamentos desde Mosfeira hasta Shejidan y también a otras ciudades costeras antes de regresar a su isla. Esa era la mayor libertad que habían alcanzado, mucho después de que sus mayores volaran entre unas estrellas que ya ninguno era capaz de recordar.

Ahora al paidhi lo arrestarían si decidía darse un paseo por la ciudad, más allá del punto permitido. Una sola aparición bastaría para que hubiera disturbios, quiebras económicas y corriera el rumor de que la estación espacial iba a caer sobre el planeta o los humanos planeaban liquidarlos a todos con sus rayos letales.

A decir verdad, estaba muy deprimido. Creía que Tabini y él se profesaban una mutua simpatía, y pensaba (de la manera en que lo hacían los humanos) que el aiji era lo más próximo que un atevi podía estar de considerarse un amigo.

Algo iba condenadamente mal. Al menos lo bastante mal como para que Tabini no pudiera contárselo. Esa era su conclusión, tanto a nivel profesional como personal. Dejó el código en la estantería y empezó a dar paseos por la habitación. Lo hizo casi de forma inconsciente; de un lado a otro, de arriba abajo, hasta el dormitorio y vuelta, a la sala de estar, donde el paisaje del lago, ahora al menos, ofrecía un rayo de sol que atravesaba la densa capa de nubes. La luz conseguía que la superficie del agua brillara como si se tratara de plata.

Sin duda era un lago precioso. Debía de ser un paisaje glorioso cuando no estaba gris.

Empezaba a sentirse inspirado y percibió el ligero aleteo del nerviosismo en su estómago, rebosante con la comida del desayuno.

Adiós a la paciencia. Quizá el trabajo del paidhi consistiera en eso. Tal vez su objetivo como paidhi tenía que ser el de tomar asiento y tratar de decidir qué hacer para mantener la paz, aunque seguro que andar disparando en la casa del aiji no era la mejor manera de conseguirlo. Sin embargo...

No había buscado el arma. Ni siquiera se había acordado de ella. Tano, Algini y Jago se habían encargado de empaquetar y desempaquetar sus pertenencias.

Corrió al dormitorio, se puso de rodillas y tanteó bajo el colchón. Sus dedos rozaron el duro metal. Dos piezas de duro metal, en realidad. Una debía ser el arma y la otra el cargador.

Se sentó en el suelo, vestido como estaba con su toga, y los sacó. De pronto tuvo miedo de que alguien entrara y lo sorprendiera. Metió rápidamente el arma y el cargador donde los había encontrado y se quedó sentado en el mismo sitio, preguntándose qué demonios ocurría.

Nada, salvo que al paidhi lo habían secuestrado. Aunque estaba armado y custodiado. Y con unos guardias que no parecían muy dispuestos a soltar prenda.

Bueno, pensó, que les den a todos.

Y se puso en pie, decidido a averiguar hasta dónde podía llegar. Se acercó al armario y sacó un par de pantalones buenos; un jersey con un estilo humano, totalmente indefinible para los atevi (que no podían interpretar si era una prenda oficial o no) y sus botas de caza marrones que, a su parecer, casaban perfectamente con el entorno.

Cogió también su chaqueta de cuero preferida.

Entonces salió por las impresionantes puertas de su *suite*, atravesó el pasillo con paso enérgico, descendió por las escaleras hasta el primer piso, con sus suelos de piedra, sin preocuparse en absoluto de ser sigiloso, y continuó por el pasillo hasta la gran sala central, donde habían encendido el fuego en la chimenea y donde la única luz que había era la que manaba de las velas, porque las grandes puertas principales estaban cerradas.

Echó un vistazo a su alrededor, examinó las baratijas y los objetos que yacían sobre las mesas, algunos de ellos útiles y otros solo decorativos. Ni siquiera sabía qué eran muchas de las cosas que colgaban de las paredes, sobre todo las que tenían aspecto de ser muy letales. No reconoció la mayoría de las cabezas y pieles; le pareció una buena idea, sin embargo, averiguar de qué especies se trataban y cuál era su estatus para añadirlos a los informes de

Mosfeira, acompañando la información con ilustraciones. Solo tenía hacerse con algún cuaderno o fotocopiadora.

Y, en algún momento, volver a enchufar su portátil.

Volvió a sentirse frustrado ante la imposibilidad de hacer algo útil. Pensó en dirigirse a las puertas principales para ver si estaban cerradas con llave. Y, en caso de que no lo estuvieran, darse un paseo por el patio para echar un vistazo de cerca a ese cañón que había visto de pasada la tarde anterior y, sí, quizá también a las verjas y al camino de entrada.

Pero entonces se dio cuenta de que Banichi no se lo tomaría nada bien, y no solo eso, sino que además pondría en riesgo el dispositivo de seguridad que el agente había organizado. Y que podría ponerlo en peligro a él, en lugar de al asesino.

De modo que decidió darse un paseo por el resto del edificio en lugar de llevar a cabo su primera idea. Recorrió el suntuoso pasillo hasta llegar a otros más sencillos, menos ornamentados, y pasó junto a puertas que no se atrevió a abrir. Si algún asesino se aventuraba a entrar para buscarlo, quería disponer de un mapa mental de todos los pasillos, puertas y escaleras que pudieran ayudarlo a escapar.

Encontró las cocinas y las despensas.

Y otro pasillo hacia la derecha, por cuyas ventanas se podían ver las montañas. Continuó por allí y supuso que habría encontrado el muro exterior. Siguió por ese largo pasillo hasta el final, donde llegó hasta una bifurcación: había un pasillo que giraba hacia la izquierda y otro hacia la derecha.

El izquierdo tenía que llevar a otra ala del edificio y, al ver que en esa dirección había unas cuantas puertas cerradas, temió estarse metiendo en las dependencias privadas de alguien, donde seguramente habrían colocado esos cables mortíferos, así como unas buenas medidas de seguridad.

Pensó entonces que la opción más prudente era regresar al edificio principal y quedarse en el pasillo central y la zona del vestíbulo. Por si aquellas eran realmente las habitaciones de otras personas, y disponían de un sistema de seguridad más moderno que el cableado eléctrico.

El pasillo por el que avanzaba iba en esa dirección, y al cabo de un momento estaba bastante seguro de que llegaría al corredor que salía a las escaleras que lo llevarían hasta sus dependencias en el segundo piso. Dejó atrás otro pasillo lateral y una segunda encrucijada con un pasillo a la izquierda y otro a la derecha. Llegó, efectivamente, hasta la arcada que conducía al pasillo central que empezaba en las puertas principales, donde había visto la chimenea.

Orgulloso de su sentido de la orientación, se acercó al calor del hogar, desde donde había iniciado su exploración de los pasillos secundarios.

—Bien —dijo alguien cerca de él.

Habría jurado que la sala estaba vacía. Se giró sobresaltado y se encontró con una atevi arrugada y bajita, con canas en su immaculado cabello negro, sentada en una de las sillas con altos respaldos de cuero. Realmente era diminuta para ser atevi.

—Bien —insistió y cerró de golpe el libro que estaba leyendo—. Tú debes de ser Bren, ¿no es verdad?

—Usted es... —se quedó perplejo y bloqueado. Le costaba recordar cuál era el tratamiento adecuado cuando se encaraba con un miembro importante de la nobleza de los atevi— la estimada Viuda-aiji.

—¿Estimada? Y una mierda. Pregúntales a los hasdrawad lo que opinan sobre eso. —Le hizo un gesto con su arrugadísima mano—. Acércate.

Se movió sin siquiera darse cuenta, tal era el poder de Ilisidi. Con su dedo indicó un punto exacto delante de la silla donde estaba sentada y hasta allí se acercó él. Permaneció rígido y en completo silencio mientras ella lo examinaba de arriba abajo con esos pálidos ojos amarillos que tenían que ser, sin duda, un rasgo de la familia y que hacían que cualquiera se encontrase bajo su escrutinio se pusiera a reflexionar inmediatamente sobre todo lo que había hecho durante las últimas treinta horas.

—Eres débil —le dijo.

Tenía muy en mente que no debía hacerla enfadar. Eso era algo que todos tenían muy, pero que muy claro.

—No demasiado para mi especie, nand'Viuda.

—Máquinas para abrir puertas. Máquinas para subir escaleras. Menudos hallazgos.

—Máquinas para volar. Máquinas para volar entre las estrellas.

De alguna manera, le recordaba a Tabini. De pronto se dio cuenta de que estaba sobrepasando el límite de la cortesía entre extraños. Se había olvidado de los títulos honoríficos y había discutido con ella. No había marcha atrás. A Tabini, además, no le gustaría que huyera con el rabo entre las piernas. Y tampoco a Ilisidi; comprendió al percibir cómo se le tensaba la mandíbula y aparecía un destello ígneo en unos ojos que eran exactamente iguales a los de Tabini.

—Y nos proporcionáis solo aquello que satisface a nuestros intelectos atrasados.

Se inclinó; aquello era, sin duda, un golpe bajo pero muy rápido.

—Según tengo entendido, nand'Viuda, fueron ustedes los que ganaron la guerra.

—¿De veras?

Esos ojos amarillos y pálidos eran astutos, e incluso las arrugas que flanqueaban sus labios transmitían únicamente su absoluta determinación. Ella lo abofeteaba con sus preguntas, pero él, por su parte, no estaba dispuesto a dejarse avasallar.

—Tabini-aiji también cree que es cuestionable. Solemos discutirlo.

—¡Siéntate!

Era, de algún modo, un avance. Se inclinó y acercó un taburete, en lugar de arrastrar una silla que, bien pensado, tampoco le daría mucha ventaja en la disputa que mantenía con aquella anciana.

—Me estoy muriendo —le espetó Ilisidi—, ¿lo sabías?

—Todos nos estamos muriendo, nand'Viuda. Eso lo tengo bastante claro.

Sus ojos amarillos, crueles y fríos, seguían mirándolo de manera implacable. En sus labios se esbozó un gesto de repugnancia.

—Insolente bastardo...

—Respetadísima, nand'Viuda, de la estirpe que sobrevivió...

La arrugada piel que rodeaba sus ojos tembló. Levantó la barbilla cuadrada y altanera.

—Palabrería.

—No es eso lo que opinan sus enemigos, nand'Viuda.

—¿Cómo está la salud de mi nieto?

Aquello lo cogió casi desprevenido. Casi.

—Tan bien como él se merece, nand'Viuda.

—¿Y cuánto es eso? —Cogió el bastón que descansaba junto a la silla con una de sus manos nudosas y golpeó la férula contra el suelo una, dos y hasta tres veces—. ¡Mierda! —le gritó a nadie concreto—. ¿Dónde está el té?

Evidentemente, la conversación había terminado. Bren se alegró de saber que eran sus sirvientes los que le habían puesto de mal humor.

—Lamento haberla molestado —se disculpó, levantándose.

Ella volvió a golpear el bastón contra la piedra. Lo taladró con su ceño fruncido.

—¡Siéntate!

—Le pido disculpas, Viuda, yo... —quería decirle que tenía asuntos pendientes que requerían su atención, pero no lo hizo. En aquel lugar no servía de nada mentir.

Un golpe, seguido de otro golpe y, después, aun un tercero.

—¡Malditos holgazanes! ¡Cenedi, el té!

Pero ¿estaba cuerda?, se preguntó sin poder evitarlo. Se sentó. No sabía qué otra cosa hacer, así que se sentó. Ni siquiera sabía con seguridad si los sirvientes aparecerían o si el té solo existía en su cabeza, pero supuso que los sirvientes particulares de la Viuda-aiji sabían cómo tratarla.

Viejos, le había dicho Jago, y peligrosos, le insinuó Banichi.

¡Bang! ¡Bang!

—¡Cenedi! ¿Me oyes?

Por lo que él sabía, Cenedi podía llevar veinte años muerto. Se quedó sentado muy quieto, como lo haría un niño, con las manos apoyadas en las rodillas, aunque preparado para protegerse la cabeza y los hombros si Ilisidi decidía dejar de golpear su bastón contra el suelo y lo empuñaba repentinamente contra él.

No obstante, para su alivio, al cabo de poco tiempo apareció un sirviente atevi que a primera vista se parecía Banichi, pero tras echarle un segundo vistazo comprobó que no era él. Vestía el mismo uniforme negro, aunque en el rostro de este se veían las arrugas propias de la edad y en su cabello crecían con libertad las canas.

—Dos tazas —le espetó Ilisidi.

—Enseguida, nand'Viuda —afirmó el criado.

Bren supuso que sería el tal Cenedi. No quería tomar té porque había dado buena cuenta de los cuatro platos que le sirvieron en el desayuno. Quería zafarse a toda costa de la compañía de la Viuda, para eludir sus preguntas hostiles antes de decir o de hacer algo que pudiera causarle problemas a Banichi, dondequiera que estuviera.

Y tampoco quería dejar mal a Tabini.

Si lo que decía la abuela era verdad y se estaba muriendo, seguramente no le quedaría paciencia ya con un mundo que, en su opinión, había hecho muy mal al saltarse su gobierno. Esta podía ser una mujer peligrosa y furibunda.

En cualquier caso, casi todos los juegos de té contaban con al menos seis piezas, y Cenedi le entregó una rebotante de líquido a Ilisidi y le ofreció otra a él. Una taza que evidentemente tendría que beberse, aunque durante un momento no pudo por menos que acordarse de lo que los sabios atevi les decían a los niños: «no lo cojas, no lo toques, no hables con extraños».

Ilisidi bebió un sorbo con mucho cuidado y de nuevo fijó una mirada implacable sobre él. Estaba convencido de que se lo estaba pasando en grande. Quizá lo creyera un idiota por no haber dejado la taza inmediatamente y no haberse ido directo a pedirle consejo a Banichi. O porque se había

metido de lleno en una discusión con una mujer a la que no pocos atevi tenían miedo, y no solo por su aparente desequilibrio mental.

Bebió un sorbo. Decidió que no tenía más remedio que ceder. Miró directamente a los ojos de Ilisidi mientras bebía y cuando se hubo asegurado de que el brebaje no estaba envenenado ni le era desconocido, aceptó tomar un segundo trago.

Los párpados de la mujer parecían, en realidad, una telaraña de arrugas que se tensaban cuando bebía. No podía ver su boca detrás de la taza y de la mano que la sostenía, pero cuando se la apartó del rostro, vio que la telaraña se había relajado, dejando solo tras de sí un mapa íntegro de sus años e intenciones, o un laberinto de líneas en su brillante piel de ébano, iluminada por el fuego del hogar.

—¿A qué vicios se dedica el paidhi en su tiempo libre? ¿Apuestas? ¿Sexo con el servicio?

—Del paidhi se espera que sea circunspecto.

—¿Y célibe?

Esa, desde luego, no era una pregunta muy educada. Ni tampoco formulada sin intención.

—Mosfeira no está muy lejos en avión, nand'Viuda. Vuelvo a casa siempre que tengo ocasión. La última vez —no le apetecía mucho hablar, pero lo prefería a un interrogatorio como el de antes— era el veintiocho de madara.

—De modo que —bebió otro sorbo de té y movió sus largos y delgadísimos dedos— se trata de una historia de perversiones.

—Fui a ver a mi madre y a mi hermano.

—¿Y tu padre?

La pregunta era delicada.

—Aislado.

—¿En una isla?

—Supongo que la Viuda-aiji sabe que a nosotros no nos gusta solventar los problemas derramando sangre. Nos guiamos solo por la ley.

—Sois un atajo de palurdos de sangre fría.

—Antaño permitíamos los duelos.

—Ah, ¿y qué ocurrió entonces? ¿Decidisteis con vuestra indómita sabiduría que aquello no merecía la pena?

Empezaba a percibir el núcleo de su resentimiento. Aunque no estaba del todo seguro. Pero ya se habría tropezado con ese escepticismo antes, era un territorio que conocía, y decidió enfrentarse directamente a ella.

—El trabajo del paidhi consiste en aconsejar. Si el aiji rechaza nuestro consejo...

—Esperáis —concluyó—. A otro aiji, a otro paidhi. Pero siempre con la esperanza de saliros con la vuestra.

Nadie se lo había expuesto nunca con tanta claridad. A menudo se había preguntado si los atevi conocían realmente sus intenciones, aunque suponía que sí.

—Las cosas cambian, nand'Viuda.

—Se te está enfriando el té.

Bebió un sorbo. Efectivamente, estaba frío; se había quedado helado en esa pequeña taza. Se preguntó si ella sabía qué lo había traído a Malguri. Siempre había creído que la mujer habría perdido el contacto con la realidad, pero ahora se daba cuenta de que no era así. Apuró su taza.

Ilisidi hizo lo propio con la suya y luego la arrojó al fuego. La porcelana se hizo añicos. Se levantó, como accionado por un resorte, sobresaltado y tratando de adivinar si estaba loca o solo lo parecía.

—Nunca me ha gustado ese juego de té —le explicó.

Sintió el impulso de imitarla. De haber tenido delante a Tabini, esa acción no habría sido otra cosa que una prueba y él, por tanto, la habría arrojado al fuego. Pero aún no conocía a Ilisidi. Tenía que tenerlo muy presente. Se levantó y le entregó la taza a Cenedi, que aguardaba de pie con la bandeja.

El sirviente arrojó entonces todo el juego dentro de la chimenea. El té siseó entre las ascuas. La porcelana se quedó allí, quebrada por completo.

Bren se inclinó, como si alguien le hubiera hecho un cumplido, y vio a la anciana mujer que, a pesar de estarse muriendo, descansaba plácidamente sobre una de sus antigüedades, destruía todo aquello que le disgustaba, y rompía sin pudor alguno cosas valiosísimas solo porque no le gustaban. Quería escapar de allí.

—Agradezco la atención de la Viuda-aiji —murmuró, alejándose dos pasos antes de quedar sobrecogido de nuevo por el golpe seco del bastón contra la piedra. Entonces se detuvo en seco y, obedeciendo las costumbres atevi, se volvió para mirarla. Se sentía además acongojado porque no sabía con seguridad qué tipo de servicio le prestaba Cenedi.

Sin duda, había divertido a la mujer. Sonreía y se reía con un humor que hacía temblar su delgado cuerpo. La anciana apoyó las dos manos sobre el bastón.

—Corre —le dijo—. Corre, nand' paidhi. ¿Pero sabes si estarás seguro en algún lugar?

—En este lugar —le espetó él como respuesta. No huiría después del desafío, no lo haría porque no era un niño ni un sirviente—. Su residencia. O por lo menos así lo creyó el aiji.

Ella no dijo nada más. Se limitó a sonreír y a reírse, y a mecerse de adelante atrás sobre el eje de su bastón. Después de un momento interminable decidió que ya podía marcharse, se inclinó, y se dirigió hacia la salida con la esperanza de que la mujer se hubiera cansado ya de las bromas. Se preguntó si estaba cuerda, si Tabini había previsto todo aquello y reflexionó sobre las razones por las que había destrozado todo el juego de té.

¿Quizá porque un humano lo había profanado?

¿O porque había algo en el té, cuyos vapores se desvanecían ahora en las ráfagas que se colaban por la chimenea? Sentía náuseas. Se dijo que era solo producto de la autosugestión. Aunque entonces recordó que los seres humanos no debían beber ciertos tipos de té.

El pulso se le aceleró mientras recorría el pasillo y subía por las escaleras, y empezó a preguntarse si le convenía parar para vomitar, o dónde debía hacerlo, o si le daría tiempo a llegar hasta su cuarto de baño, para no preocupar al servicio ni perder su dignidad.

Lo que era bastante estúpido si lo habían envenenado. Lo más probable es que fuera el miedo el que hubiese descontrolado su ritmo cardíaco. Quizá hubiera ingerido un estimulante como la midarga que, en dosis elevadas, podía llevar a un ser humano al hospital. La otra opción era encontrar a Banichi y a Jago y decirles lo que había hecho, lo que había bebido, y lo que ya empezaba a notar corriéndole por las venas.

Un sudor pegajoso le cubría la piel cuando consiguió alcanzar el segundo piso. Tal vez no fuera otra cosa que el miedo y la sugestión, pero lo cierto es que el oxígeno no le llegaba a los pulmones y la visión estaba empezando a nublársele. El pasillo pasó a convertirse en una pesadilla en la que las pisadas reverberaban en el suelo de madera. Apoyó una mano en la pared para estabilizarse, pero esta desapareció en el oscuro vacío en el que se había transformado su visión.

Estoy en graves aprietos, pensó. Tengo que llegar a la puerta. No puedo caerme en mitad del pasillo. No debe notárseme que estoy reaccionando a esa bazofia... no puedo demostrar mi temor... ni mi angustia...

La puerta parecía acercársele tambaleando y ganaba tamaño entre la nebulosa de aquel oscuro túnel. Vio el borroso picaporte y lo hizo girar. La puerta se abrió y dio paso al brillo deslumbrante que se filtraba por las ventanas, blanco como el metal líquido.

Cierra la puerta, pensó, echa el pestillo. Me voy a la cama. Quizá duerma durante un rato. No podré dormir si la puerta no está bien cerrada.

Escuchó el pestillo al encajar en su lugar. Estaba seguro de ello. Se enfrentó al brillo de las ventanas, se tambaleó y entonces se percató de que no estaba siguiendo el camino correcto, de que iba hacia la luz.

—¡Nadi Bren!

Se giró bruscamente, acongojado por el sonido reverberante, aterrado por la oscuridad que dominaba su visión; una oscuridad que lo cogía entre sus brazos, que le hacía perder el suelo de vista y que cambiaba por completo el significado de arriba y abajo.

Entonces todo se volvió blanco, blanco hasta que su visión se hizo gris y violenta de nuevo. Se inclinó sobre algo hecho de piedra y percibió que alguien profería unas órdenes que emitían ecos en sus oídos, y luego le sacaban el jersey por la cabeza.

El agua le empapó la nuca. Era agua fría. Un fluido que azotó la mente que bullía en el interior de su cráneo. Respiró de forma involuntaria, buscando aire y atragantándose con el líquido, e intentó luchar contra ello, contra la sensación de estar ahogándose, pero alguien le sujetó los brazos con una fuerza brutal y otro, alguien con demasiadas manos, lo cogió por la nuca para mantenerlo en el mismo lugar. Si intentaba torcer la cabeza se ahogaba. Si se quedaba donde estaba podía respirar entre los espasmos de un estómago que no podía deshacerse ya de más.

Un dolor agudo le estalló en el brazo. Alguien lo había atacado. Ahora estaba sangrando o su brazo se estaba hinchando, y quienquiera que fuese que lo sujetaba, todavía estaba empeñado en ahogarlo. Varias oleadas de náuseas sobrecogieron su estómago; podía percibir unas mareas en su sangre que nada tenían que ver con las fases lunares de su mundo. Las criaturas que lo rodeaban y lo obligaban a realizar aquellos actos no eran humanas, y no parecía gustarles. En el mejor de los casos, los atevi lamentaban que los seres humanos hubieran llegado hasta su planeta. Se había derramado mucha sangre para llegar a Mosfeira y sin duda eran culpables, ¿pero qué otra cosa podían haber hecho?

La temperatura empezó a bajar. El penetrante frío del agua se le clavó en lo más profundo del cráneo, hasta que la negrura comenzó a difuminarse y vio la piedra gris y el agua en la bañera, y sintió lo dolorosamente fuerte que lo sujetaban por el cuello y los brazos. Le dolían las rodillas porque las tenía apoyadas sobre el suelo de piedra. Y los brazos se le habían entumecido.

De pronto lo invadió una sensación de extrañeza. Estaba como aturdido. ¿Me estoy muriendo?, se preguntó. ¿Me estaré muriendo? En tal caso, Banichi se va a cabrear.

—Cierra el agua —ordenó Banichi y, repentinamente, Bren se encontró con que lo ponían de espaldas y lo apoyaban en lo que le parecía un regazo. Y sintió que lo tapaban con una manta, una manta muy bien recibida pero totalmente inadecuada, que cayó sobre su piel helada. Su visión iba y venía. Pensó que la manta era amarilla, aunque lo cierto es que eso importaba poco. Se asustó un poco cuando alguien lo recogió como a un niño y se lo llevó a otro lugar. Pensó que lo bajarían por las escaleras que, según recordaba, no estaban muy lejos de allí. La verdad es que no se sentía muy a salvo siendo transportado de aquella manera.

Los brazos se hicieron a un lado y lo soltaron de mala manera.

Chilló. Su espalda y hombros chocaron contra un colchón y detrás fue el resto de su cuerpo.

Entonces alguien le dio la vuelta para ponerlo boca arriba y sintió la sedosa suavidad de las resbaladizas pieles, mientras le quitaban la manta, las botas y los pantalones. Se quedó paralizado, consciente de todo cuanto sucedía, pero atento también al dolor incipiente en sus sienes que presagiaba un terrible dolor de cabeza futuro. Escuchó la voz de Banichi entre el murmullo general de la habitación. De modo que ahora ya todo estaba bien. Todo iría a las mil maravillas porque Banichi estaba allí.

—Me bebí el té —le dijo, para ayudarlo.

—¡Idiota! —aulló Banichi, zarandeándolo con rabia. Lo colocó de mala manera sobre la espalda y lo tapó con las pieles.

Eso no contribuyó a apaciguar su dolor de cabeza, que se intensificaba a una velocidad aterradora y que le hacía palpitar el corazón a un ritmo frenético. Pensó que iba a darle una apoplejía, un aneurisma o un ataque al corazón. Solo sentía el lugar donde Banichi lo había golpeado, caliente y entumecido. El agente lo cogió del brazo y le clavó un alfiler, pero el dolor era insignificante en comparación con la jaqueca que empezaba a tener.

Después de eso no quería más que quedarse sumergido entre las pieles de aquellos animales y respirar. Escuchó el latido de su propio corazón, cronometró su respiración, encontró descanso entre las oleadas de dolor y cogió fuerzas en ellas, mientras sus ojos lagrimeaban por la intensidad de la luz del día. Lamentó no estar lo bastante repuesto como para decirle a Banichi que cerrasen las cortinas.

—¡Eso no es Shejidan! —chilló Banichi—. ¡Las cosas no se venden en bolsas de plástico!

Eso ya lo sabía. No era ningún estúpido. Recordaba dónde estaba, aunque no sabía qué tenían que ver las bolsas de plástico con todo aquello. El dolor de cabeza alcanzó un punto en el que creyó que iba a morir, y le entraron ganas de responder que se fuera a...

Pero a un atevi no se le podía decir eso porque no pensaban de la misma manera que los humanos y, además, Banichi ya estaba furioso con él.

Lógico, por otra parte. Era la segunda vez en una semana que el agente había tenido que rescatarlo. No podía dejar de preguntarse si la Viuda-aiji había intentado matarlo e intentó advertir a Banichi de que Cenedi era un asesino, de eso no le cabía duda. Intentó estructurar sus argumentos para que el atevi no pensase que era un completo idiota.

—¿Ha sido Cenedi?

Creía habérselo dicho. Aunque no estaba seguro. La cabeza le dolía demasiado. Solo quería quedarse allí, entre las pieles calientes, dormir y que no le doliera nada. Pero, al mismo tiempo, temía dejarse ir porque puede que nunca despertara y porque, además, no había llamado a Hanks.

Banichi cruzó la habitación y habló con alguien. Creía que se trataba de Jago, aunque no podía asegurarlo. Tenía la esperanza de que no hubiera problemas y de que nadie planeara atacarlos. Ojalá pudiera entender lo que decían.

Cerró los ojos. La luz le hacía demasiado daño. Alguien preguntó si estaba bien y decidió que, de no estarlo, Banichi habría llamado a los médicos o a alguien, de modo que asintió y se dejó mecer por la oscuridad, pensando que quizá sí que había llamado a Hanks o tal vez solo lo había pensado. No estaba seguro.

5

La luz le hacía daño. Moverse le hacía daño. Absolutamente todas las partes de su cuerpo le dolían si intentaba moverse, sobre todo la cabeza, y el olor a comida le revolvió las tripas. Pero alguien volvió a sacudirlo por el hombro y Tano se inclinó sobre él. Estaba seguro de que era el sirviente, aunque se sentía incapaz de enfocar la vista, y la luz lo molestaba muchísimo.

—Tiene que comer, nand'paidhi.

—Dios.

—Venga.

Tano empezó a ahuecar de forma implacable los cojines que tenía detrás de la cabeza y de los hombros, lo que hizo que la cabeza le doliera y el estómago se le revolvió aún más.

Se quedó ahí, pensando que ya había colaborado con sus torturadores más que suficiente, y vio a Algini junto al umbral de la puerta del baño, hablando con Jago. Ambos conversaban entre susurros. Sus voces emitían un eco distorsionado. Tano regresó con un cuenco de sopa y unas tortillas.

—Coma —le pidió el criado, pero él no quería.

Quería decirle que se marchara, pero los sirvientes no lo harían porque Tabini los había contratado y a él no le quedaba más remedio que obedecerles.

Además, las tortillas blancas eran lo que la gente comía cuando tenía el estómago mal, para asentarlos. Se acordó de Mosfeira, de su habitación y de su madre, pero en esta ocasión era Tano el que le sostenía la cabeza, el que insistía para que se comiera al menos la mitad. Y comió una miguita cada vez, mientras el dormitorio se balanceaba de un lado al otro y trataba de escaparse a su vacilante visión.

Descansó los ojos después de eso y se despertó al olfatear el aroma de la sopa. No la quería, pero bebió un sorbo cuando Tano le acercó la taza a los labios. Se abrasó la lengua. Sabía igual que el té. Quiso dejarlo al instante, pero su sirviente siguió insistiéndole para que comiera, diciéndole que esa era la única manera de eliminar el té de su sistema. De modo que sacó un brazo al aire frío, cogió la taza con la mano, dejó que Tano le acomodara los cojines detrás de la cabeza y bebió de la taza sin que se le cayera ni una gota hasta que su estómago decidió que no podía tolerar nada más.

Cogió la taza con las dos manos, exhausto e incapaz de decidir si quería volver a meter los brazos debajo de las pieles o si el calor que desprendía la porcelana era mejor. Quédate como estás, pensó. No quería moverse, no quería hacer otra cosa más que respirar.

Entró Banichi, despidió a Tano, y se acercó a su cama con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cómo se siente, nand'paidhi?

—Como un imbécil —murmuró. Recordó, si es que no eran alucinaciones, a la Viuda-aiji, y una taza de té estrellada en la chimenea. Y un hombre, que hubiera jurado que era Banichi.

Que estaba de pie junto al umbral de la puerta.

El corazón le dio un vuelco.

Cenedi entró al ver que miraba en su dirección y se colocó al otro lado de la cama.

—Me gustaría ofrecerle mis disculpas —se disculpó—. Por mi profesión, nand'paidhi, debería haber sabido que ese té no le sentaría bien.

—Yo también, aunque dudo que vuelva a pasar. —Todavía tenía el regusto del líquido en la boca. La cabeza le dolía cuando pestañeaba. Estaba incómodo y no entendía por qué Banichi permitía que ese extraño entrara en su habitación. No pudo dejar de preguntarse si estaría jugando a algún juego sin sentido; fingiendo que creía lo que Cenedi decía. Aunque en aquellos momentos lo más apropiado era mantener su mal humor bajo control, hacer preguntas moderadas, mostrarse educado y no ofender a nadie innecesariamente.

—Ellos mismos preparan el té de la Viuda-aiji —le explicó Banichi—, lo hacen a partir de una antigua receta local. Incluyen un estimulante muy fuerte que la Viuda considera saludable o, como mínimo, tonificante. Como los seres humanos tienen un cuerpo tan pequeño, pesan tan poco y su reacción a los alcaloides suele ser...

—Dios.

—El compuesto es un té que se llama dajdi, que le aconsejo que evite en el futuro.

—El cocinero nos ha pedido que nos disculpemos en su nombre —le dijo Cenedi desde el otro lado de la cama—, no tenía ni idea de que un ser humano acompañaría al grupo de visitantes.

—Dígale que no se preocupe, por favor. —La cabeza le daba vueltas. Se apoyó sobre los cojines y estuvo a punto de tirar el contenido de la taza—. No le guardo ningún rencor. Todo ha sido por mi culpa, joder.

—Modales humanos —comentó Banichi—. Lo que el cocinero quiere que sepa, nadi, es que fue un accidente.

Se quedaron en silencio. Bren sabía que no había dicho lo que esperaba poder decir y que no debía soltar palabrotas en el proceso, pero la cabeza le dolía como nunca.

—No pretendía ofender a nadie —murmuró. Era la forma más práctica de salir del atolladero—. No tengo nada en su contra.

La cabeza le dolía de nuevo. Banichi rescató la taza de sopa de sus manos y la depositó en la mesa con un golpe seco que percibió como un trueno.

—La Viuda-aiji desea que su médico examine al paidhi —le explicó Cenedi— y quisiéramos que actuara como árbitro y testigo de las dos partes, Banichi-ji.

—Dele las gracias a la Viuda-aiji —le pidió el agente—. Aceptamos.

—No necesito un médico —les aseguró Bren. No quería que uno solo de los empleados de la Viuda se le acercara. Solo necesitaba un descanso, yacer sobre sus almohadas y dejar que la sopa se asentara.

Pero a nadie le importaba lo que él quisiera. Cenedi salió con Jago y regresó acompañado de un atevi entrado en años que traía consigo un maletín. El hombre apartó a un lado las pieles de animales y expuso su cuerpo al frío, le auscultó su corazón, lo miró fijamente a los ojos, le tomó el pulso y le preguntó a Banichi qué le habían dado, cuántas tazas de té había ingerido...

—Una —insistió, pero nadie escuchaba a la víctima.

Finalmente el doctor se inclinó sobre él, lo examinó como si se tratara del espécimen de una colección, le preguntó si tenía un gusto residual en la boca o si olía a té y dijo:

—Leche. Denle un vaso de leche cada tres horas. Fría o caliente.

—Fría —pidió, temblando.

Cuando se la trajeron estaba caliente y sabía a ese té repugnante, así que se quejó; pero Banichi la probó y le prometió que solo era el regusto de su boca y le aseguró que cuando desapareciera sería que había eliminado completamente la sustancia de su sistema.

Entre tanto, Algini, de quien ya había comprobado que no tenía sentido del humor, le traía cada poco tiempo zumo de frutas y le insistía para que se lo bebiera, hasta que tuvo que ir repetidas veces al «váter».

Banichi volvió a desaparecer y Algini no sabía nada acerca de su correo y tampoco podía suministrarle un enchufe porque, según él, no tenía autorización.

—Este es un monumento histórico, nand'paidhi. Desde mi punto de vista, cualquier modificación en las paredes tiene que autorizarla la comisión de Preservación. No podemos quitar uno de los cuadros para colgar en su lugar una pizarra, aunque sea en los mismos clavos.

Aquello no lo animaba.

—¿Qué posibilidades hay de volver a la ciudad pronto? —indagó.

—Puedo presentar una solicitud de su parte, nand'paidhi. Me temo que pronto no será. Estoy seguro de que la razón por la que lo han traído todavía está vigente.

—¿A qué se refiere?

—A la protección de su vida, nand'paidhi.

—Pues no parece que aquí esté más a salvo, ¿no es así?

—Hemos advertido a las cocinas que pregunten antes de preparar algunos productos concretos. El cocinero está muy preocupado y nos ha asegurado que tendrá muchísimo cuidado en el futuro.

Bren se enfurruñó como lo haría un niño, pero, al percibir la frustración de Algini, procuró cambiar el gesto. De todos modos, se sentía como un chiquillo al que llevaran de un sitio al otro, por el que decidían y al que ignoraban personas tan altas como castillos cuyas razones eran demasiado oscuras para compartirlas con él. Eso lo llevaba a comportarse como un niño, a pedirle a Algini cosas complicadas, para poder escabullirse por las escaleras, salir por la puerta principal y bajar por la carretera hasta el pueblo.

Eso era, al menos, lo que le apetecía hacer, pero a pesar de todo se quedó sentado en la cama como un buen adulto, y trató de no portarse como un grosero con el servicio y de beberse la jodida leche...

—¡Fría! —le ordenó a Algini, seguro de que no podría soportar ni una gota más si estaba caliente.

Desde las cocinas, donde estaba claro que no habían comprendido el significado de «leche fría», se la hicieron llegar con cubitos de hielo.

Al cabo de un tiempo, la leche por fin dejó de saberle a té y había tomado tanto zumo que era esto, y no sangre, lo que le corría por las venas. Y así se lo dijo a Djinana, que curiosamente pensó que era un comentario muy gracioso y original.

No lo era. Pidió que le trajeran libros sobre Maidingi; leyó sobre el castillo Malguri y hojeó las ilustraciones de brillantes colores. Prestó también

atención a los pies de foto, donde se especificaba a qué siglo pertenecía cada una de las piezas.

La cama, por ejemplo, tenía setecientos años. Las visitas guiadas visitaban su *suite* siempre y cuando no hubiera algún inquilino en ella. Se imaginó a los turistas paseando por su dormitorio, a los niños mirando la cama, aterrados, y al guía contándoles la historia del paidhi que había muerto en el castillo Malguri y del que se decía que se paseaba por los pasillos por la noche o vagando por las cocinas en busca de una taza de té.

Pero era un segmento de la historia al que los humanos no habían podido acceder. Lo sabía; había leído todo cuanto habían escrito sus predecesores. Quería escribir una nota para que le trajeran los Anales de Maidingi de Tagisi de Maidingi, del clan Polgini, de la casa de Carditi-Aigorana, para poderlo guardar en la biblioteca permanente de los paidhiin en Mosfeira, pero entonces recordó que seguramente no lo autorizarían a llevárselo. Y, por supuesto, no podía olvidar que nadie podía mover ni una condenada bombilla para colocar un enchufe. Porque quizá descolgara el puto cableado histórico que recorría las jodidas vigas históricas.

Se conformaba con una batería solar. Se preguntó si en el pueblo más cercano tendrían algo medianamente compatible con su portátil y si podía cargar el importe a través del banco local; desde luego, Banichi sí podría.

Entretanto, tendría que aguantarse con el papel y el bolígrafo. Se levantó, y tras registrar las mesas, encontró papel, pero nada con lo que escribir. Buscó el que había utilizado para firmar en el registro. Había desaparecido.

Empezaba ya a perder la paciencia, de modo que llamó a los sirvientes y le dijo a Djinana que quería uno inmediatamente. Se lo trajeron desde las dependencias de los criados. La tinta no le sobraba y de vez en cuando soltaba algún que otro manchurrón, pero al menos escribía. Se enfundó en una cálida manta, se puso calcetines para calentarse los pies helados y se sentó a escribirle cartas deprimentes a su sucesor.

«Si —escribió sombrío—, algún humano consigue leer esto, guardo un arma debajo del colchón. ¿A quién debería disparar primero? ¿A Algini, que no puede colgar su pizarra de tareas? ¿A Cenedi, que probablemente no tenía ni idea de que ese té era mortal para los seres humanos? Tabini-aiji me envió aquí para que estuviera a salvo, aunque he estado más cerca de morir aquí, a manos de los cocineros de Malguri, que ante los asesinos de Shejidan...».

Algunas cosas no las escribió por miedo a que sus sirvientes o los agentes de seguridad (que al fin y al cabo eran iguales) registraran su habitación. Pero

se preguntó acerca de la Viuda-aiji y se preguntó dos veces qué había querido decir Tabini con que aquella era la residencia de su abuela.

Dudaba que Tabini pudiera haber previsto la fatal invitación a tomar el té; le parecía demasiado casual y extraño, a pesar de su relación con la Viuda. No obstante, su escepticismo aumentaba considerablemente cuando los accidentes acontecían cerca de personas a las que se les había negado su derecho a gobernar en dos ocasiones consecutivas. La conclusión inmediata era que a Ilisidi no le gustaban los seres humanos.

Pero, como una mente envenenada y delirante podía llegar a pensar, ¿qué pasaba si lo que pretendía Tabini en realidad no era mandarlo allí a él, sino conseguir que Banichi y Jago pudieran entrar en Malguri sin despertar las sospechas de la guardia de Ilisidi?

¿Estaba quizá sometiendo a prueba a la mujer?

El mero hecho de pensarlo le rompía el corazón.

Todavía no tenía apetito a la hora de cenar, de modo que pidió que le trajeran solo un cuenco de sopa y unas tortillas, que le supieron infinitamente mejor que el día anterior, y decidió que podría seguir en aquel exilio sin televisión, sin compañía y sin teléfono.

Las comidas se habían convertido en un punto de referencia durante los días que, a falta de un reloj, calculaba gracias a los paseos por su *suite*, a las páginas de los libros que leía, al lento avance de las nubes por el cielo o al avance de las barcas por la superficie temblorosa del lago.

Se obligó a beber un té corriente y disfrutó de un postre de leche en el que encontró una sustancia grumosa y cuestionable, que le amargaba el gusto y de la que se deshizo con gran maña.

La comida terminó convirtiéndose en una diversión, en una afición, en una aventura, a pesar del cuidado del cocinero. El libro que tenía abierto junto al plato era una historia absorbente acerca de los espíritus perdidos que vagaban por Malguri; fallecidos en accidentes o asesinados. Se decía también que el lago estaba embrujado por los fantasmas de diversos pescadores y por el de un pobre señor de Malguri que saltó a sus aguas desde un acantilado vestido con la armadura para escapar de lo que el libro acertaba a llamar «un matrimonio inconveniente».

Curioso. Decidió que le pediría a alguien que le contaran todos los detalles escabrosos de la cuestión.

Tiró el último pedazo amargo de su postre de leche y dio buena cuenta de él, justo cuando Djinana entraba para, supuso, retirarle los platos.

—Creo que tomaré otra taza de té —dijo.

Se sentía muchísimo mejor. Djinana, sin grandes aspavientos, le dejó junto al plato un pequeño estuche de plata en forma de rollo.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—No lo sé, nand'paidhi. Se lo envía nadi Cenedi.

—¿Te importaría abrirlo?

—Es de parte de la Viuda... —protestó Djinana.

—Nadi, ¿te importaría abrirlo?

Djinana frunció el ceño y lo cogió, rompió el sello y desplegó el papel que guardaba en su interior.

Lo recuperó de manos del sirviente en cuanto se hubo asegurado de que no era más de lo que parecía ser. Aunque se acordaba de la oficina de correos del Bu-javid y del comentario que Jago le había hecho acerca de alfileres metidos dentro de los sobres.

En realidad no era tan diferente; era una invitación de la Viuda-aiji para tomar el desayuno.

La hospitalidad de cualquier aiji, fuera del nivel que fuera, no era fácil de rechazar. Tenía que compartir un techo con esa mujer. Ella casi lo había matado. Si se negaba, podía darle a entender que no creía que todo el asunto fuera el producto de un mero accidente. Y eso sería, sin duda, el inicio de las hostilidades.

—Dile a Banichi que tengo que hablar con él.

—Lo intentaré, nadi.

—¿Cómo que lo intentarás? ¿Dónde está, nadi?

—Me parece que nadi Jago y él han ido a algún sitio.

—Conque a algún sitio —repitió. Por fortuna o por desgracia empezaba ya a conocer bien los alrededores de la zona, por lo menos los emplazamientos históricos a los que se podía llegar en coche desde Malguri. Que él supiera, no había ningún sitio al que ir que no fuera el aeropuerto o el pueblo—. Entonces creo que hablaré con Tano.

—La verdad es que tampoco sé dónde está, nand'paidhi. Supongo que habrá acompañado a sus guardias.

—Entonces con Algini.

—Iré a buscarlo, nand'paidhi.

—No se les habrá ocurrido dejarme aquí solo...

—Lo dudo mucho, nand'paidhi. Pero le aseguro que Maigi y yo le prestaremos buen servicio.

—En ese caso, ¿qué me aconsejarías? —Le tendió a Djinana el rollo, el estuche y todo lo demás. El sirviente lo examinó y frunció el ceño.

—Desde luego es inusual —afirmó—, la Viuda no recibe a casi nadie.

Perfecto, pensó, así que está llevando a cabo un gesto extraordinario. La cosa se complica.

—¿Entonces qué debería responderle, nadi? ¿Consideras que es seguro?

El rostro de Djinana adoptó un gesto muy formal y sereno.

—Me temo que no puedo aconsejar al paidhi.

—Muy bien, ¿puedes decirle entonces a Algini que venga? Me parece que no es cuestión de retrasar infinitamente la respuesta.

—No pasa nada si tarda un poco y estoy seguro de que a Cenedi no le importará esperar...

—Supongo que sabrá que Banichi no está aquí.

—No estoy seguro de eso, nadi. —La fachada impasible se quebró. De pronto parecía preocupado—. Creo que lo mejor será que vaya a buscar a Algini.

Djinana fue a cumplir su recado. Él aprovechó para servirse otra taza de té. Tendría que responder a esa petición de una u otra manera. No podía evitar pensar que la Viuda-aiji había esperado a que Banichi y Jago estuvieran fuera para invitarlo, aunque lo cierto es que tampoco comprendía qué demonios hacía toda su plantilla en el aeropuerto cuando Tabini les había encargado que cuidaran de él. Enrolló el papel con mucho cuidado, lo guardó en su estuche y le colocó la tapa. Y esperó a que Djinana volviera, se inclinará ante él, y lo mirara con gesto de preocupación.

—Nadi, no sé...

—... dónde está Algini —terminó por él.

—Lo siento, nand'paidhi. La verdad es que no sé qué decir. No me lo puedo ni imaginar. He preguntado en las cocinas y a nand' Cenedi...

—¿Sigue esperando?

—Así es, nand'paidhi. Le he dicho que usted deseaba... consultar el protocolo.

¿Podía decirle a Cenedi que se sentía indispuerto? Eso lo salvaría, siempre y cuando la Viuda no recibiera sus propios informes del resto del servicio.

De lo que, por supuesto, no podía estar seguro.

—Nadi Djinana, si tu madre tuviera un arma y hubiese amenazado con matarme, ¿del lado de quién te pondrías?

—Le aseguro, nadi, que mi madre jamás...

—No formas parte del equipo de seguridad, de modo que yo no estoy bajo tu man'chi.

—No, nadi, yo trabajo para la comisión de Preservación. Soy cuidador. Es decir, soy un empleado del estado.

No podía creerse que hubiera un atevi en aquel mundo que no le mintiera, pero puede que este fuera el primer caso.

Tenía la sensación de que le había planteado la cuestión de una forma correcta o de una manera lo bastante inteligente como para que el sirviente no se saliera por la tangente. Pensó entonces que Banichi habría solucionado el asunto con una de sus famosas frases lapidarias como, por ejemplo «está usted a mi cargo, nand'paidhi». Lo que, sin duda, podía significar cualquier cosa.

Pero... ¿cuidador de Malguri? Estaba claro cuál era la posición de Djinana. No aprobaba que se colgaran pizarras, ni que se clavaran extensiones o clavos nuevos en las paredes del castillo. Sabía eso de él y, de hecho, tenía la impresión de que sabía más de Djinana que del propio Banichi. No cabía duda de que Banichi no se había mostrado precisamente muy comunicativo con él; o eso, o se había comportado con gran negligencia, lo que no le parecía muy del estilo del agente.

Aunque puede que hubiera ocurrido algo realmente catastrófico, como que alguien hubiese atentado contra el mismísimo Tabini.

La posibilidad le hizo sentirse enfermo.

Lo que, joder, era lo que menos necesitaba cuando por fin había conseguido empezar a encontrarse bien. No, Tabini no podía estar en peligro. El aiji contaba con un equipo de seguridad mucho mejor que el suyo; Tabini tenía a toda la puta ciudad cuidando de él, mientras que su plantilla estaba de paseo por el aeropuerto, dejándole a solas con Cenedi, que podía entrar cuando quisiera y hacerlos volar, a Djinana y a él, en pedazos si tenía tendencia a no hacer caso del biichi-ji y no le incomodaba manchar las históricas alfombras.

—Necesito un papel y una pluma.

—¿No tiene su estuche, nadi?

—No tengo ni idea de dónde lo han dejado mis sirvientes. No me dejaron intervenir en el proceso. Busca en los cajones. Si no lo encuentras, creo que

tendremos que pasar sin él. Y si Banichi no está de vuelta mañana por la mañana, tú vendrás conmigo.

—Pero yo... —empezó a protestar Djinana. No obstante, se calló y se inclinó—. Conozco un poco el protocolo. Buscaré el estuche o, en su defecto, le proporcionaré uno del castillo. ¿Quiere el paidhi que le aconseje acerca de qué escribir?

—Dime, Djinana, ¿crees que doy miedo? ¿Que soy raro? ¿Crees que los niños tendrían pesadillas si me vieran?

—Eh... —el sirviente parecía agobiado.

—¿Te inspiro repulsión, nadi? No me gustaría que fuera así. Te considero un hombre honesto, de los pocos que he conocido.

—Le deseo lo mejor al paidhi.

—Sabes de protocolo, de modo que... ¿crees que podrías acompañarme mañana y sacarme de allí sin que esté a punto de morir envenenado?

—Por favor, nand'paidhi, no estoy cualificado para...

—Pero eres honesto y eres bueno. Defenderías a tu madre antes que a mí. Como ser humano, eso me parece fundamental. Le debes a tu madre mucho más que a mí. Como me ocurre a mí con la mía, por cierto. Y, en realidad, podrías incluso pasar por humano, nadi, lo que creo que no tiene absolutamente nada de malo.

Djinana lo miró con un gesto de atormentada confusión.

—La verdad es que no entiendo adónde quiere llegar, nadi.

—Entre Malguri y su madre, nadi; si tuvieras que escoger la ruina de una o de la otra, ¿qué escogerías?

—La de mi madre, nadi. Mi man'chi es para con este lugar.

—¿Morirías por la reputación de Malguri, nadi-ji?

—No soy nadi-ji. Solo nadi, nand'paidhi.

—¿Morirías por eso, nadi-ji?

—Me sacrificaría por las piedras de este lugar, desde luego que lo haría, nadi-ji. No podría abandonarlo.

—Nosotros también —le dijo, con un humor extraño y malhumorado—. Nosotros, los humanos, entendemos el valor de las antigüedades. Damos importancia a la preservación. Sabemos lo importantes que son las viejas historias. Todo lo que poseemos y conocemos está en esas historias. Desearía que pudiéramos darte todo lo que conocemos, nadi, y que tú a cambio pudieras hacer lo mismo. Y me gustaría que los dos pudiéramos viajar a la luna antes de que seamos demasiado mayores.

—¡A la luna! —exclamó Djinana con una carcajada nerviosa—. ¿Y qué haríamos allí?

—O a la vieja estación. Es vuestra, nadi-ji. O al menos debería serlo.

Enseguida se dio cuenta de lo nervioso que estaba porque las cosas que le estaba diciendo al sirviente solía reservarlas para un solo hombre, para Tabini. Eran cosas que no se atrevía a decir ante el consejo porque los intereses de algunos, ocultos tras un manto del escepticismo hacia los seres humanos y hacia todo lo que el paidhi decía y hacía, podrían llevar a los atevi a sacar conclusiones erróneas.

De modo que tenía que conformarse con contarle la verdad a un cuidador. Y estaba furioso con Banichi, quien, casi con toda seguridad y de forma justificada, también estaba enojado con el paidhi. Pero el intérprete veía cómo se le escapaba la situación y cómo los atevi en los que había confiado empezaban a comportarse de manera extraña y distante, y a ocultarle respuestas importantes en un momento de crisis que quizá podrían haber evitado de haberlo visto venir llegar.

Sin duda había confundido a Djinana. El criado se limitó a recoger los platos y, cuando no pudo encontrar el estuche oficial del paidhi, le suministró uno antiquísimo que pertenecía a la fortaleza. También le trajo una pluma, papel y cera para sellar.

Con su mejor caligrafía escribió lo siguiente: «Acepto la graciosa invitación de la Viuda-aiji para desayunar a primera hora del día. El paidhi-aiji, Bren Cameron, con profundo respeto».

Pensó que aquella era la forma correcta de responder. Al menos eso le parecía. Solo esperaba, sin embargo, que a la Viuda no le registraran el correo. Le dejó leer a Djinana el mensaje antes de sellarlo con el lacre y con su sello particular, y le pidió que se lo entregara a Cenedi, que posiblemente ya estaría harto de esperar.

Después de eso, y una vez que Djinana se marchó para presentar el mensaje en su nombre, se puso a escribirle una carta a Tabini.

«Estoy inquieto, aiji-ma. Tengo la sensación de que habrá asuntos en la ciudad que reclamen mi atención porque sé que dejé algunos pendientes. Espero que sus empleados puedan suministrarme los informes oportunos porque me incomodaría sobremanera quedarme obsoleto. Como supongo que sabrá, Malguri no está informatizada y la posibilidad de realizar llamadas telefónicas queda fuera de la cuestión.

»Acepte por favor mis más cálidos saludos, así como el deseo de que sus días sean auspiciosos y los desenlaces afortunados. Que baji-naji mire por

usted. El paidhi-aiji Bren Cameron, con profundo respeto y devoción por la asociación y el Tabini-aiji, el...».

Tuvo que pararse y calcular la fecha contando con los dedos. Supuso que había perdido al menos un día. O dos. Se sintió confuso y decidió que solo había sido uno. Escribió la fecha y selló la carta con un lazo, pero vertió la cera directamente sobre el papel.

Se la entregaría a Banichi en su próxima excursión al aeropuerto y, pensó, a la oficina de correos.

Entonces, por si la primera nunca alcanzaba su destino, escribió una copia.

Djinana regresó entonces y le informó de que ya había entregado el mensaje. Le preguntó si seguiría necesitando el lacre.

—Tengo que ponerme al día con la correspondencia —le explicó él—. Apagaré la vela cuando termine, aunque tenía la intención de leer un rato antes de acostarme, gracias, nadi. Me parece que ya no te necesitaré más. ¿Se ha marchado ya el caballero que venía en nombre de la Viuda?

—Sí, nand'paidhi. Se ha encargado también de cerrar la puerta principal.

—Banichi tiene una llave.

—Sí, así es. También nadi Jago. Pero lo más probable es que entren por la cocina.

La puerta de la cocina. Por supuesto. La comida no le llegaba por las escaleras, sino por los pasillos secundarios, a través de las dependencias de los criados, por su dormitorio y la sala de estar antes de alcanzar la mesa del comedor.

—Estaré bien. Buenas noches, nadi Djinana. Muchas gracias por todo, me has sido de mucha ayuda.

—Buenas noches, nand'paidhi.

El sirviente se marchó a su habitación. Terminó de parafrasear la nota que estaba escribiendo y añadió:

«Si alguien encuentra esto y no ha podido leer con anterioridad algún mensaje parecido, Tabini-ji, sospeche de la mano que debería de haberle entregado la primera nota. Después de la taza envenenada de la Viuda, no confío en nadie de Malguri, ni siquiera en mis propios sirvientes».

Escondió el mensaje en el libro de visitas, suponiendo que el siguiente inquilino lo encontraría, si es que no lo sacaba él antes. Aquel no era un libro que Banichi fuera a leer.

Se fue a la cama con la absoluta seguridad de que lo que había escrito en la nota era muy cierto.

El trueno retumbaba en el exterior y el relámpago iluminaba las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal envuelto en las tinieblas nocturnas. Unos resplandores fugaces de color irradiaban de los fragmentos ámbar y azul.

Bren leyó hasta tarde, pues no tenía sueño y tampoco le apetecía compartir la cama con sus mórbidos pensamientos. Se puso a mirar fotografías e ilustraciones cuando sus palabras desembocaron en la crítica más aguda hacia la actitud y comportamiento de los atevi. Aquello perjudicaba seriamente su visión y comprensión de la situación. Leyó acerca de viejas batallas. Acerca de traiciones y envenenamientos.

Banichi llegó en medio de uno de los restallidos de los truenos, entró y se acercó al fuego. Una finísima capa de agua brillaba sobre su negro y plateado uniforme. Parecía enfadado.

—Nadi Bren, desearía que me consultara antes de tomar sus decisiones.

Se quedaron en silencio. Miró a Banichi sin decir palabra, sin expresión en su rostro y pensó en decir: Nadi, desearía que me consultara antes de marcharse.

Pero Banichi, por lo que sabía de él, era muy capaz de adivinar lo que estaba pensando, de la misma manera que él tenía que elucubrar acerca de lo que el agente estaría pensando o dónde estaba Jago o por qué los que se suponía que eran sus sirvientes estaban ausentes y no había manera de dar con ellos.

Y quizá no tenía razones para estar enfadado, tal vez los asuntos que Banichi tenía que llevar a cabo en el aeropuerto requerían de su absoluto desconocimiento, pero, joder, estaba furioso. Sintió una ira particular al ver a Banichi allí, de pie. Y también un dolor del que no se había percatado hasta ahora; un dolor absurdo y poco profesional, un dolor humano que había partido de Tabini y que se extendía a los dos atevi a los que creía entender.

Supuso que en ello tenía mucho que ver la diferencia en las costumbres y el entorno. El desequilibrio mineral. La ausencia de vitaminas. Los productos alimenticios que drenaban nutrientes en lugar de aportarlos o que reestructuraban químicamente lo que necesitaba. Se le ocurrían una docena de razones plausibles que podían explicar su comportamiento autodestructivo; en parte por la dieta y en parte porque, joder, su sensibilidad o su cultura lo habían enseñado a apreciar a las personas a las que dedicaba su vida.

—No tengo por qué ser el paidhi —dijo por fin, cuando le quedó claro que Banichi estaba dispuesto a permanecer en silencio eternamente—. No tengo

necesidad de abandonar a mi familia y a mi gente y vivir en un lugar donde las nueve décimas partes de la población me detestan.

—¿Y cómo lo escogen? —indagó el agente.

—Por la carrera. Acaba siendo una especialidad. Si eres el mejor, y el paidhi deja su trabajo, tú asumes el puesto. Así ocurre. Lo haces para que la paz perdure.

—Es el mejor en su trabajo.

—Es lo que intento —le contestó—. Lo intento con todas mis fuerzas, Banichi. Pero es evidente que he hecho algo mal. Puede que haya ofendido a la Viuda-aiji. Posiblemente me haya metido en una situación muy peligrosa. La verdad es que no lo sé. Procuro asimilar que he fallado. Pero no lo sé. Aunque, como no estabas, no pude preguntarte. Y a Jago tampoco. No pudimos encontrar a Algini, y Tano estaba ocupándose de Dios sabe qué. De modo que le pregunté a Djinana, que evidentemente no sabía lo que me diríais... si hubierais estado aquí.

Banichi frunció el ceño.

—¿Dónde estabais? ¿O acaso no se me permite preguntar? Si realmente tuvieras la intención de responder, me habríais dicho que te marchabas y si no quisieras preocuparme, intentarías no restregarme las pistas por las narices, y no te negarías a contestar a mis más que razonables dudas, sobre todo cuando dependo de ti para proteger un Tratado de tanta importancia como el que tenemos entre manos. Si pudiera hacerlo solo, lo haría, pero no parece ser el caso.

Banichi no dijo nada, ni se movió durante un momento. Entonces se apartó de la chimenea y avanzó hacia el dormitorio.

Bren cerró el libro con un golpe seco. Banichi se volvió, sorprendido, cosa que satisfizo a Bren. Estaba claro que el agente estaba bajo una gran tensión.

—¿Dónde está Jago?

—Fuera... Tampoco quiere responder a sus más que razonables dudas.

—¡Qué te den, Banichi! —Se levantó de un brinco, aunque, a pesar de estar de pie, tenía que alzar el rostro para mirar al guardia a la cara—. Deberías decirme si estoy bajo arresto y confinado aquí. ¿Y dónde está mi correo? ¿Es que no llega hasta Maidingi ninguna línea regular? Desde mi punto de vista, aquello era un aeropuerto en toda regla.

—Los vuelos de Shejidan llegan una vez por semana. La mayor parte del país, nadi, vive a un ritmo diferente. Esté tranquilo. Disfrute del lago. Aproveche este ritmo más lento.

—¿Ritmo lento? Quiero una batería solar, Banichi. Quiero hacer una llamada de teléfono. No me digas que en este lugar no hay teléfono.

—Pues, de hecho, no. No lo hay. Este es un monumento histórico. El cableado desfiguraría el...

—Se puede poner cableado subterráneo, Banichi. ¿Y qué me dices de las cañerías que sobresalen del techo? Eso sin mencionar todos los cables que están a la vista.

—Es la única manera de que lleguen hasta aquí.

—Hay gas. Hay luz. ¿Por qué no hay enchufes? ¿Por qué demonios no puede bajar alguien al pueblo y comprarme en una tienda de electrónica un puñetero alargador y un enchufe? Estoy seguro de que puedo pasar sin una de las luces del techo. Y las paredes históricas no sufrirían ningún daño.

—No hay ninguna tienda de electrónica. El pueblo de Maidingi es un sitio muy pequeño, nadi Bren.

—Por Dios... —La cabeza estaba empezando a dolerle muchísimo. El ritmo cardíaco se le estaba acelerando otra vez y eso le hacía sentirse mareado. La luz, el calor y el sonido de la leña que ardía en el hogar reverberaban en sus sentidos de una forma enloquecedora—. Banichi, ¿por qué está haciendo esto Tabini?

—¿Haciendo qué, nadi? Dudo que el aiji-ji tenga algo que ver con la ausencia de tiendas de electrónica en Maidingi.

No se rio. Se acercó y se apoyó sobre la estructura pétreo de la chimenea, se cruzó de brazos y miró a Banichi con auténtica furia. Estaba decidido a sacarle la verdad de una manera o de otra.

—Ya sabes a qué me refiero. Creo que me sentiría mejor si supiera que todo forma parte de una estrategia política. Desde luego no me siento bien pensando que esto ha podido ser culpa mía; que he podido hacer algo o complicarle la vida a Tabini. Me gusta, Banichi. No quiero que le ocurra nada malo al aiji por mi causa. Y tampoco quiero que os pase nada a vosotros, a Jago o a ti. Es mi man'chi. Los humanos somos así. Sentimos una insólita lealtad hacia las personas que nos gustan. Además, Banichi, a veces te portas mal conmigo.

—Eso es evidente.

—Pero, joder, aun así me gustas. Es difícil hacernos cambiar de opinión y, desde luego, nuestros sentimientos no cambian solo porque vuestro man'chi os indique lo contrario. No podéis libraros de nosotros cuando sentimos cariño por vosotros, Banichi. No te queda más remedio que estar conmigo, de modo que procura disfrutarlo.

No existía una traducción adecuada para «gustar». Para ellos implicaba preferir, por ejemplo, la ensalada verde y las bebidas con hielo. Pero lo del amor o el cariño era incluso peor. Banichi nunca se lo perdonaría.

El agente lo miró con ira; una y hasta dos veces respiró, rabioso.

—¿Y eso qué significa? ¿A qué se refiere, nand'paidhi? —le inquirió en un mosfei con evidente acento atevi.

—Estoy hablando de lo que siento hacia mi madre, mi hermano y mi trabajo. De lo que siento por Tabini, por Jago y por ti —le confesó con la voz entrecortada. Le faltaba el aliento. Perdió el control y lo soltó todo de golpe —: Banichi, recorrería andando cientos de kilómetros si así consiguiera que me dijeras una sola palabra amable. Te daría mi camisa si la necesitaras. Y si estuvieras en apuros, te llevaría a costas toda esa distancia. ¿Cómo llamáis a eso? ¿Ser idiota?

Banichi volvió a coger aire con resentimiento.

—Eso le costaría muchísimo.

—También cuesta que te gusten los atevi —dijo, sin poderse controlar—. Baji-ji, es la suerte que me ha caído en gracia.

—No bromeo.

—No estoy de broma. Por Dios, no estoy de broma. Nos tiene que gustar alguien, forma parte de nuestra naturaleza porque si no nos morimos. Si no, Banichi, nos morimos. Quedamos con nuestras abuelas, aceptamos las tazas de té que nos ofrecen los extraños y ya no pedimos que nos ayuden, Banichi, porque... ¿para qué íbamos a hacerlo? ¿Para qué hacerlo cuando vosotros no entendéis lo que necesitamos?

—De modo que, si no adivino lo que le gusta, amenaza con arruinar mi reputación. ¿Es eso?

El dolor de cabeza se agudizó considerablemente. La visión se le nubló parcialmente.

—Gustar, gustar, gustar... Oh, por favor, deja ya de utilizar esa palabra, Banichi, paso por eso todos los putos días. ¿Es que no podrías hacerlo tú para variar? ¿Para entender, aunque solo fuera una vez, lo que pienso? Eres un chico listo. Sé que es difícil engañarte. Banichi, sigue el rastro solitario de mis pensamientos.

—¡No soy una maldita herramienta!

—Banichi-ji... —el dolor alcanzó su pico más alto y se mantuvo donde podía tolerarlo ahora que ya había descubierto sus límites. Apoyó la mano sobre la estantería de piedra que había sobre la chimenea. Palpó su textura, la sedosa suavidad del polvo acumulado durante generaciones, la piedra

calentada por el fuego; una piedra arrancada de la superficie terrestre para construir aquella fortaleza mucho antes de que los seres humanos tuvieran siquiera en mente abandonar su planeta de origen. Antes de que se perdieran y quedaran desesperanzados. Trató de recomponerse, pues al fin y al cabo era el paidhi. El hombre situado en el centro de todo. Recordó que había sido su elección, que sabía que no recibiría recompensa alguna. Seguía creyendo, en cualquier caso, que los atevi tenían sentimientos y que el problema estribaba solo en encontrar las palabras adecuadas, en apretar el botón correcto, en hallar la clave del pensamiento atevi... Y que así recibiría de ellos todo lo que había sacrificado con la humanidad.

Entonces solo contaba con veintidós años y lo que ignoraba superaba con creces lo que sabía.

—Su comportamiento me preocupa —le dijo Banichi.

—Discúlpame. —Sentía que un nudo inmenso lo asfixiaba, lo incapacitaba para seguir hablando, aunque ya estaba mucho más relajado. Decidió no mirarlo a los ojos. Imaginó que no se perdería más que la sospecha y la furia plasmada en la mirada del agente—. He reaccionado de una manera muy poco profesional y me he metido en donde no me llamaban.

—¿Reaccionado a qué, nand'paidhi?

Estaba escogiendo mal las palabras, caminaba por terreno pantanoso. El dolor de cabeza le había provocado malestar en el estómago, aunque de momento todo era incipiente.

—Malinterpreté tu comportamiento. El error ha sido mío, no tuyo. ¿Me acompañarás a la reunión mañana y me ayudarás a protegerme de mi propia estupidez?

—¿Qué comportamiento malinterpretó?

Volvía de nuevo al ataque. Banichi se negaba a morder el anzuelo que le había lanzado. Y ya no le quedaban fuerzas para seguir discutiendo o para exponer sus argumentos con fría imparcialidad.

—Eso ya te lo he explicado, aunque me parece que no tenía sentido para ti. Supongo que nunca lo tendrá. —Dejó que su vista vagara entre las llamas que danzaban en el hogar y recordó la interpretación que Banichi había hecho de su explicación—. No era una amenaza, Banichi. Yo nunca te haría eso. Valoro tu presencia y tus buenas cualidades. ¿Vendrás mañana conmigo?

Retomaba lo más sencillo; volvía sobre las palabras con los que todos parecían sentirse cómodos. Las palabras frías, las superficiales.

—No, nadi. Nadie se invita solo a la mesa de la Viuda. Usted aceptó.

—Pero estás asignado a...

—Mi man'chi es para con Tabini. Mis acciones son las suyas. Espero que el paidhi no haya olvidado algo tan básico.

Estaba furioso. Miró a Banichi directamente, de forma prolongada, durante el tiempo suficiente como para que este se diera cuenta de que quería saber qué otras cosas de las que hacía o decía eran también las que decía o hacía Tabini.

—No lo he olvidado, ¿cómo podría?

Banichi lo miró, malhumorado.

—No se olvide de preguntar lo que va a comer y asegúrese de que el cocinero sabe que usted va a estar presente en la reunión.

Se abrió una puerta de la habitación más apartada. Banichi concentró en ella su atención al instante. Era Jago, con el uniforme empapado como el de Banichi. Parecía de buen humor hasta que se encaró con los dos. Su rostro cobró inmediatamente un gesto de total impasibilidad. Avanzó hasta el dormitorio sin decir una sola palabra.

—Disculpe —dijo Banichi con voz ronca y fue a reunirse con ella.

Bren miró iracundo la espalda uniformada, la larga trenza que se mecía de un lado a otro; observó a los dos guardias que, atravesando su habitación, se marchaban hacia las dependencias de los criados. Golpeó el puño contra la estructura de piedra de la chimenea y no empezó a sentir el dolor hasta que se apartó de ella.

Estúpido, pensó, estúpido y peligroso el haber intentado explicarle algo a Banichi. Sí nadi, no nadi. Limítese a usar palabras simples y claras, nadi.

Banichi y Jago se dirigieron a las dependencias de los sirvientes, donde se alojaban por separado. Bren se acercó a su dormitorio y se desvistió con la mirada clavada en la criatura muerta y furibunda que colgaba de la pared. Tenía la misma expresión que él en la última de sus peleas.

Le devolvió la mirada cuando se metió en la cama. Cogió su libro y se puso a leer, porque estaba demasiado airado como para dormir. Leyó acerca de antiguas batallas atevi, traiciones y asesinatos.

Acerca de barcos fantasma que surcaban las aguas del lago y sobre una presencia que se dejaba ver en la sala de audiencias que había en ese segundo piso; una bestia espectral que de vez en cuando subía o bajaba por los pasillos, en busca de alguien o de algo.

Él era un hombre moderno y aquellas eran solo supersticiones atevi. No obstante, echó un vistazo a la criatura que pendía de la pared y luego decidió eludir su mirada de penetrantes ojos de cristal.

El trueno rugió y todas las luces se apagaron, salvo las que procedían de la chimenea encendida en la habitación contigua, que proyectaban un fulgor tembloroso que no alcanzaba a iluminar todos los rincones de su dormitorio y que dejaba en tinieblas el pasillo que conducía a las dependencias de los criados.

Supuso que un rayo debía haber caído sobre el transformador. Pero el lugar quedó sumido en un inquietante silencio. Lo único que se oía era un golpeteo distante que sonaba como un latido y que le llegaba como un eco por las paredes.

De pronto, en el pasillo de los sirvientes, el que estaba detrás del baño, escuchó unas pisadas que se acercaban a su dormitorio.

Salió de la cama y se quedó de rodillas.

—Nand' paidhi —lo llamó una voz femenina—, soy Jago.

Sacó la mano de debajo del colchón y volvió a meterse en la cama. Se sentó y observó cómo el ejército de sombras en el que se habían convertido los criados entraba y salía de su habitación. No podía distinguir sus rostros. Vio el destello del metal en lo que creyó que era el uniforme de Banichi.

Una de las sombras se quedó allí.

—¿Quién eres? —inquirió con nerviosismo.

—Jago, nadi. Me quedaré con usted. Váyase a dormir.

—¡Debes estar de broma!

—Es solo un apagón, nand'paidhi. Lo que oye es el generador auxiliar. Mantiene la nevera en funcionamiento, por lo menos hasta la mañana.

Se levantó, fue en busca de su bata y se golpeó la rodilla contra una silla. Emitió un vergonzoso chillido.

—¿Qué quiere, nadi?

—Mi bata.

—¿Es esta? —Jago la encontró enseguida, a los pies de su cama, y se la entregó.

Recordó que la visión nocturna de los atevi era mucho mejor que la de los humanos y aquello lo hizo sentirse incómodo. Se puso la bata, se la anudó y fue a sentarse a la sala de estar, donde la situación le parecía menos provocativa y donde podría ver la cálida luz del fuego, así como el destello blanquecino e intermitente de los relámpagos.

Una sombra de la que se desprendían destellos metálicos lo siguió. Los ojos dorados de la atevi resaltaban en la penumbra. A los atevi, sin embargo, les ponía nerviosos que los ojos de los humanos pasaran desapercibidos en la

oscuridad. Lo cierto es que sus mutuas diferencias eran motivo de sus mutuas pesadillas.

Pero, se dijo, no encontraría una compañía más segura en este mundo, y trató de convencerse también de que el apagón no era más que un producto de la tormenta, y de que Banichi regresaría frío, mojado y de muy mal humor.

Pero Jago no vestía su camisón. Iba de uniforme y estaba armada cuando las luces se apagaron. Al igual que Banichi.

—¿No duermes? —le preguntó, colocándose delante de la chimenea.

Los reflejos gemelos de sus ojos se eclipsaron, parpadearon, y luego desaparecieron cuando se acercó lo suficiente para apoyar un codo sobre la estantería que estaba encima de la chimenea. La sombra se cernió sobre él y el dorado del fuego resplandeció contra su piel de ébano.

—Estábamos despiertos —le dijo.

Evidentemente los asuntos no se paraban solo porque él no supiera sobre qué versaban. Sintió frío a pesar de la bata y añoró un descanso que sabía que necesitaría si pretendía encararse con la Viuda a la mañana siguiente.

—¿Está este lugar protegido? —indagó.

—Desde luego, nadi-ji. Cuando es necesario, sigue siendo una fortaleza.

—¿A pesar de los turistas y de todos los demás?

—Sí, por cierto, mañana vendrá un grupo de turistas, nadi. Por favor sea prudente. No es necesario que lo vean.

Se sentía cada vez más frágil. Estaba de pie, temblando a pesar de la bata.

—¿Es que nunca se ha escapado nadie y alejado del grupo para cotillear?

—La multa por hacer eso es muy alta —le explicó.

—Posiblemente también lo sea por matar al paidhi —murmuró con ironía. Su bata no tenía bolsillos. Por alguna razón los sastres atevi se negaban a ponerlos. Se metió las manos en las mangas—. Les costaría por lo menos la paga de un mes.

Aparentemente eso le resultó gracioso a Jago. Oyó que se reía. Era un sonido inesperado. Pretendía, sin embargo, ser un consuelo.

—Se supone que tengo que desayunar con la abuela de Tabini —le dijo—. Me parece que Banichi está furioso conmigo.

—¿Y por qué ha aceptado?

—La verdad es que no sabía que podía rechazar la invitación. No sabía si eso traería consecuencias...

Jago emitió un sonido fugaz y burlón.

—Banichi me dijo que lo había hecho porque creía que él es un desertor.

No quería reírse. Estaba enfadado y dolido; aunque lo cierto es que no dejaba de ser gracioso lo perplejo que se había quedado Banichi después de escuchar aquel torrente de sentimientos huérfanos. Lo descolocaba, sin embargo, el súbito interés de Jago por conversar. Aquel era un gesto sin precedentes.

—Algo me dice que ha habido una mala interpretación de los términos —aventuró ella.

—Le dije cuánto lo respeto —replicó él. Lo que, así expresado le parecía frío, distante y sí, también correcto. Volvió a recordar todo el absurdo asunto y a encararse con aquellas barreras infranqueables—. Respeto, aprobación. Es casi lo mismo.

—¿Cómo? —le preguntó ella sin tapujos.

Las palabras atevi no significaban lo que él pretendía. No podían y no lo harían jamás. Todo el sistema de escritura de los atevi era diferente al suyo, o por lo menos eso afirmaban los expertos. La dinámica de sus relaciones era distinta de una forma que ningún paidhi había logrado averiguar, posiblemente porque los paidhiin buscaban siempre palabras que encajaran con los sentimientos humanos y luego se engañaban acerca de los significados cuando el mundo de los atevi se convertía en algo insoportable para ellos.

Dios, ¿por qué había decidido hablar con él esa noche? ¿Era una estrategia política? ¿Quería interrogarlo?

—Nadi —dijo exhausto—, si pudiera decírtelo, seríais capaces de entendernos mucho mejor.

—Banichi habla mosfei. Debería decírselo en su idioma.

—Banichi no siente en mosfei. —Ya era muy tarde y se sentía terriblemente estúpido. Intentó, sin embargo, hacer un último esfuerzo para que ella pudiera comprender la abstracción—. Traté de explicarle que haría cosas favorables por él porque me parece una persona favorable.

Eso, por lo menos, se acercaba más al plano abstracto; más que la sensación de que la suerte regía el destino del universo, lo que, de alguna manera lo relacionaba con lo que pensaban los dioses según los ragi.

—Midei —concluyó Jago sorprendida. Esa palabra no la había oído nunca y lo cierto es que había pocas palabras corrientes cuyo significado no conociera—. Dahemidei. Usted es Midedeni.

Ya eran tres en la misma frase. Estaba demasiado cansado para tomar apuntes y el puto ordenador se había quedado sin batería.

—¿Qué significa eso?

—Midedeni creía que la suerte y la aprobación eran dos elementos inherentes a las personas. Era, como podrá imaginar, un hereje.

Cómo no.

—De modo que pasó hace mucho.

—Oh, la mitad de Adjaiwaio sigue pensando algo parecido. Por lo menos en ese país se supone que te «asocias» con todos cuantos conoces.

¿Toda una asociación remota en la que había personas a las que les gustaban otras personas? Sintió, a la vez, la necesidad de ir hasta allí y el temor a que existieran otras diferencias esenciales o que pudieran poner en peligro el Tratado.

—¿De verdad cree eso? —le preguntó Jago. Y de pronto le pareció peligroso porque sus sentimientos abrazaban aquella posibilidad como una última esperanza. Se sentía incapaz de construir argumentos racionales cuando palpitaba en su interior la seductora noción de que quizá algunos atevi comprendían qué era el cariño—. ¿Los señores de la tecnología están de acuerdo con ello?

Estaba claro que Jago no creía que unas personas inteligentes pensarán de aquella manera.

Lo que hacía que le entraran ganas de preguntarse, como solía hacer el paidhi, si los humanos estaban cegados en alguna medida por el carácter primitivo de tales vínculos.

Reaccionó entonces a la idea y decidió finalmente que eran los humanos los que tenían razón y no los atevi.

—Con algo parecido —le dijo. Los expertos aseguraban que los atevi no podían sentir más allá de su estructura jerárquica. ¿Y Jago decía que podían? El corazón se le aceleró. El sentido común le decía que fuera precavido, que no se lo creyera, que existía cierta contradicción—. ¿De modo que podéis sentirlos vinculados hacia alguien por el que no tengáis man'chi?

—Nadi Bren... ¿Me está haciendo una proposición sexual?

Se quedó helado.

—Eh... Yo... No... Jago-ji.

—Solo me lo preguntaba.

—Disculpa mi falta de decoro.

—Disculpe mi error. ¿Qué me estaba preguntando?

—Esto... —recuperar la objetividad le parecía una misión imposible o quizá es que nunca había existido—. Me gustaría leer acerca de los midedeni, si es que crees que podrías encontrarme un libro sobre ello.

—Claro que sí, aunque dudo que sea aquí. La biblioteca de Malguri se compone, sobre todo, de libros de la historia local. Los midedeni eran todos del este.

—Me gustaría que me consiguieras un libro con el que pudiera quedarme.

—Desde luego. Tengo uno, pero está en Shejidan.

Tenía la sensación de estar metiéndose otra vez en un gran lío. Y para colmo, le había dado la impresión, a una persona que informaba directamente a Tabini, de que estaba sumamente interesado en una herejía que llevaba siglos extinta.

—Lo más probable es que sea diferente —dijo, intentado solucionar el asunto—. Me parece imposible que la correspondencia sea exacta. —Jago era muy inteligente; su astucia era evidente y se arriesgó a comentar algo que normalmente solo le habría dicho al propio Tabini—. Son esas aparentes correspondencias las que luego nos decepcionan sobremanera. Queremos creer en ellas.

—Por lo menos en Shejidan somos educados. No nos dedicamos a matar a la gente por sus diferencias filosóficas. Yo nunca aceptaría un contrato de esas características.

Que Dios lo ayudara. No sabía si creer que eso era una broma de Jago. La segunda en lo que iba de noche.

—Ni yo te creería capaz de ello.

—Espero no haberlo ofendido, nadi.

—Tú también me gustas.

En atevi eso era muy divertido. Logró arrancarle una sonrisa, y luego vio que agachaba el rostro y entrevió un destello de sus ojos en el espejo extrañamente iluminado.

—Me parece que no lo he entendido —le dijo ella—. El significado se me escapa, nadi.

Ni siquiera la mejor de las voluntades de aquel mundo podía salvar la brecha que se extendía entre ellos. La miró y sintió una soledad que no lo sobrecogía desde su primera semana allí.

—Pero lo intentas, Jago-ji. Y Banichi también. Eso me hace sentir menos... —no existía una palabra exacta para solitario— solo.

—Compartimos un man'chi —añadió ella, como si hubiera comprendido algo de lo que le estaba contando—. El de la casa de Tabini. No dude de nosotros, paidhi-ji. Nunca lo abandonaríamos.

Volvía a alejarse del verdadero significado. No existía nada, nada que pudiera dar sentido a la lógica. La miró con atención, y se preguntó cómo era

posible que alguien tan honesto, tan amable (lo que no dejaba de sorprenderle teniendo en cuenta que era una asesina con licencia) careciera de los elementos más básicos, de la sensibilidad necesaria para entender lo fundamentales que eran las emociones. Sencillamente, no terminaba de encajar. La mecha no prendía y le parecía inútil también agarrarse a la Adjaiwaio o a cualquier otra filosofía extinta.

La misma palabra, filosofía, lo decía: se trataba de una estructura intelectual, no emocional. Y el humano que osara tenerla como emblema, se arriesgaba a caer en el vacío y a sentir el dolor.

—Gracias, nadi-ji —le agradeció. Se apartó de la chimenea y se acercó a la ventana, donde no encontró más que las gotas de lluvia que destacaban sobre la oscuridad reinante.

Algo explotó o implotó. Y el sonido reverberó en las paredes una y hasta dos veces.

El ruido no podía proceder de una contraventana suelta. El origen parecía exterior, más allá de la muralla, hacia el suroeste, detrás de la entrada.

La casa estaba, sin embargo, sumida en el silencio. Un silencio perturbado únicamente por el sonido de la lluvia al caer y el de las llamas que crepitaban en la chimenea.

—Apártese de la ventana —le pidió Jago y él obedeció inmediatamente, reculando hasta que su hombro chocó con la dura piedra. Tenía el corazón desbocado y supuso que ella se marcharía corriendo para buscar a Banichi. De pronto se imaginó que cuatro o cinco asesinos habían conseguido burlar las defensas del castillo y que ya estaban dentro de sus antiquísimas paredes.

No obstante, Jago se limitó a permanecer a la escucha. No hubo un segundo estallido. Su radio emitió un sonido de advertencia; no se la había visto, pero estaba claro que la llevaba encima. La cogió y apretó el botón para recibir la voz de Banichi que le habló en código.

—Tano le ha disparado a dos sombras —tradujo, mirándolo. Era una figura negra que destacaba contra el fuego—. Está bien, no tiene licencia.

Con ello quería decirle que era perfectamente comprensible que Tano hubiera cometido un error. De modo que Tano, y supuso que también Algini, estaban fuera y contaban con el permiso para disparar en defensa propia, aunque no en lugares públicos.

—¿Qué era entonces, un trueno? —indagó—. ¿Es que están disparándole a la tormenta ahí fuera?

—Gatillo rápido y dedos nerviosos —le respondió Jago y apagó la radio—. No tiene de qué preocuparse, nadi-ji.

—¿Cuándo volverá la electricidad?

—En cuanto el equipo pueda subir desde Maidingi. Yo diría que se hará de día antes de que vuelva la luz. Pero son cosas que pasan, nadi. El cañón del patio atrae los rayos. Y, por desgracia, pasa lo mismo con el transformador. Le aseguro que es algo muy normal.

Quizá cancelaran el desayuno debido al apagón. Tal vez lo indultaran de su estupidez.

—Le sugiero que se vaya a la cama —le dijo Jago—. Me quedaré aquí y leeré hasta que entren los demás. Tiene un compromiso por la mañana.

—Estábamos hablando sobre el man'chi —dijo él, nervioso, aunque no sabía si por la tormenta, por los disparos o por sus propios fracasos. La conversación con ella había alcanzado un punto muy íntimo, lo que quizá explicara por qué Jago había pensado que le estaba haciendo una proposición sexual. Que Dios lo ayudara. Tenía que probar todas las líneas de comunicación que tenía al alcance. Se encontraba sumido en una crisis emocional y no podía evitar sentirse incómodo por la impresión que le había dado. Una impresión que sin duda compartiría con Banichi y que este le trasladaría a Tabini. El paidhi se está comportando de una manera sumamente extraña, le dirían. Le ha hecho una proposición a Jago, invitó a Djinana a dar una vuelta por la luna y piensa que Banichi es un desertor.

—¿De veras? —Jago abandonó su posición junto a la chimenea, se acercó a él y lo cogió por el brazo—. Volvamos a su habitación, nand'paidhi, o cogerá frío.

Tiró de él con brusquedad más allá de las ventana, lo que lo ofendió y lo dejó perplejo. Desde luego no se esperaba aquella reacción.

Pero se dejó llevar por ella y pensó que, si Jago estuviera realmente preocupada, le habría hecho andar a gatas por debajo. Solo quería que se apartara de una ventana iluminada por el llamativo fulgor del fuego y en la que se recortaba su sombra. Entre la ventana y el lago estaban las murallas exteriores.

¿Pero eran los rayos que atraía el cañón lo que ella temía?

—Váyase a la cama Bren-ji —insistió mientras la acompañaba hasta la puerta del dormitorio—. No se preocupe. Lo más probable es que estén comprobando los daños. Tendremos que llamar a la estación eléctrica y darles el informe pertinente. Y es evidente que debemos aumentar las precauciones durante los apagones. Pero es pura rutina. Puede que me oiga salir o puede que no. No se preocupe por su seguridad.

De forma que alguien podía ponerse en contacto con el aeropuerto a través de la radio. Estaba claro que sí. Pero era la primera vez que oía que alguien lo reconocía. También era evidente que no dormiría bien esa noche si andaban entrando y saliendo de su habitación.

No obstante, se sentó en la cama, y Jago volvió a la sala de estar y lo dejó casi a oscuras. Se quitó la bata, se metió bajo las pieles, escuchó y observó las sombras bailarinas que las llamas en el hogar proyectaban sobre las paredes y que hacían brillar los ojos de cristal de la bestia que lo examinaba desde su pedestal, al otro lado de la habitación.

Me han dicho que estoy a salvo, pensó. Que no me preocupe.

Casi tenía sentido estar hablando con ese animal; al fin y al cabo compartían la intimidad del dormitorio. Y además era una criatura de ese planeta. Había muerto a manos de unos atevi que habían disfrutado asesinandola. No había necesidad de que alguno de ellos sintiera lástima por el otro. No es que fuera el último ejemplar de su especie. Lo más probable es que hubiera todavía cientos de miles como ella, corriendo entre la espesura, igualmente encolerizadas y despiadadas.

Estaba perfectamente adaptada a aquel mundo. No construía vínculos con sus menores o asociados. No los necesitaba. La naturaleza le proporcionaba un sentido jerárquico de dominio, de supervivencia positiva y de inmunidad contra todo lo que amenazaba con romperle el corazón.

Había sobrevivido hasta que algo aún más cruel lo había asesinado y colgado de una pared, para que le hiciera compañía a un humano idiota, que se había metido solito en todo esto, que había corrido como un loco detrás del conocimiento y del honor de ser el mejor en algo.

Lo que se supone que tendría que bastarle para dormir plácidamente en noches como aquella. Estaba claro que hacía todo lo que estaba en su mano, y si se relajaba...

Pero no podía. El paidhi no podía empezar, a sus veintiséis años atevi, a humanizar a las personas con las que trataba. Se metería de cabeza en la peor de las trampas. Todos sus predecesores se habían enfrentado al mismo problema. Y él se sabía la teoría.

Lo había estado haciendo bien mientras estaba a solo una hora de vuelo de Mosfeira. Siempre que su correo llegara según lo previsto, es decir, dos veces por semana. Y...

Siempre que creyera que volvería a ver otra vez los rostros de otros seres humanos y que las cosas iban estupendamente y que Tabini y él eran tan tan buenos amigos.

Ah, quédate con esa palabra, amigo.

El paidhi se había metido en grandes problemas. El paidhi había estado rematadamente ciego.

El paidhi no sabía por qué estaba en aquel lugar, el paidhi no sabía cuándo podría regresar, el paidhi no saciaba sus necesidades emocionales con Banichi y Jago, a diferencia de Tabini, que lo había alimentado, que se había reído con él, que había bromeado con él incluso el último día.

Pero ahora todo aquello en lo que creía se estaba desvaneciendo. Tabini le había dado unas palmaditas en la espalda (con suavidad, porque las espaldas de los humanos se fracturaban con facilidad) y le había dicho que tenía un talento innato para disparar armas. Pero, centrándose en el asunto, ¿era Tabini bueno de verdad? ¿Y sabía el paidhi leer entre las líneas atevi?

Estaba claro que el punto débil de todos los paidhiin había sido su necesidad de establecer vínculos emocionales con aquellos que los rodeaban.

Y eso, sin duda, era una ventaja clara para los atevi porque cuanto más los conocían, más confiados se volvían y más sencillo era sonsacarlos.

Sentía un nudo que le atenazaba la garganta, un doloroso nudo humano que interfería con su valoración racional de la situación. De forma ocasional se había preguntado durante cuánto tiempo podría ayudar y si llegaría a adaptarse. No todos los paidhiin conseguían dedicar toda una vida a su profesión, y en muchos casos, al cabo del tiempo, la fuente de sus consejos se secaba. Wilson, por ejemplo, había sido de tan poca ayuda que los jefes habían decidido destituirlo a pesar de que el padre de Tabini se había negado a ello. Wilson había sufrido tres ataques al corazón durante el primer mes de vuelta en Mosfeira y había adoptado una actitud pesimista y gélida en cada uno de los encuentros que habían mantenido. En ningún caso le había dicho nada que pudiera serle de utilidad.

Los jefes lo llamaban agotamiento. Había decidido creerles y dejar de pensar que Wilson era un hijo de puta. Había conocido a Tabini durante las ocasiones en las que le tocó sustituir a Wilson, unos cuantos días sueltos durante los dos últimos años de la administración de Valasi. Siempre había creído que Valasi era la pareja perfecta de Wilson porque ambos eran sumamente pesimistas. Tabini, sin embargo, le gustaba... Ah, esa peligrosa palabra otra vez. En cualquier caso, nunca creyó realmente en el agotamiento de Wilson. Era imposible que un hombre se convirtiera en una entidad tan extraña y desagradable si su propio carácter no contribuía a ello. Nunca le había gustado Wilson y cuando le preguntó a su predecesor qué impresión tenía de Tabini, este le dijo con un tono de absoluto desapego:

—La misma que de los demás.

No, no le había gustado Wilson, pero sí Tabini. Desde siempre había pensado que había sido un gran error por parte de los jefes el permitir que Wilson asumiera un cargo con aquellos prejuicios y aquella actitud.

Tenía miedo. Calculó los años que podía permanecer en el puesto y los años que podría perder estúpidamente en aquella pretendida amistad con Tabini, y de pronto se vio como Wilson, sin esposa, sin hijos, sin amigos... Y Barb acabaría encontrando a alguien mejor que él: la vida era demasiado corta como para conformarse con un tipo que llamaba cada mil años y que se dejaba ver muy poco, que no daba explicaciones, que jamás hablaba de su trabajo. Su rostro se quedó muerto, como si alguien le hubiera seccionado los músculos y los nervios de la cara.

Podía dimitir. Podía irse a casa. Podía pedirle a Barb que se casara con él.

Pero no tenía la seguridad de que ella quisiera casarse. Sin preguntas, sin compromisos, sin problemas añadidos, solo fines de semana de cuento de hadas, de restaurantes y hoteles caros... Ni siquiera sabía lo que pensaba Barb en realidad, ni lo que quería, no la conocía de ninguna otra manera salvo en los términos que habían acordado y que seguían teniendo. Aquello no era amor. Ni tampoco una amistad íntima. Cuando intentaba recordar a las personas que había considerado sus amigos antes de ir a la universidad, la verdad es que no sabía dónde estaban ahora, si habían dejado la ciudad o se habían quedado en ella.

Ya hacía más de una semana que tendría que haberle contado a Deana Hanks cómo estaba la situación. ¿Qué haría si decidía darle la espalda a aquello para lo que se había preparado durante toda su vida?

Acabaría como Wilson; un hombre de setenta cuya única emoción había sido la de ver cómo asesinaban a Valasi, que solo había regresado a casa porque su carrera terminaba cuando lo hacía la de Valasi, con nada que aportar salvo los cuarenta y tres años de términos que había añadido al diccionario, un puñado de artículos especializados y un número récord de vetos en el proyecto de la autopista tramontana. Sin esposa, sin familia. No lo esperaba nada salvo un puesto de profesor en la universidad y ni siquiera entonces había sido capaz de comunicarse con sus estudiantes.

Wilson no podía comunicarse con sus alumnos humanos.

Estaba decidido a escribir un artículo en cuanto saliera de aquella situación. Escribiría sobre Wilson y sobre la interfaz de los atevi, sobre la charla que había mantenido con Jago y sobre por qué su predecesor, con esa

cara, con esa actitud, con ese comportamiento, era incapaz de comunicarse con sus estudiantes.

El trueno rugió fuera. Pegó un brinco y se quedó sentado en la cama, con el corazón latiéndole frenético y ensordecido por la fuerza de la descarga.

El cañón, le había dicho Jago. Era común.

Volvió a tumbarse y empezó a temblar, no sabía si por el susto o porque la noche había sido una locura. O quizá porque ya no entendía qué demonios hacía allí o por qué el guardia Tano, del Bu-javid, se dedicaba a disparar cuando se suponía que solo habían salido para echar un vistazo al transformador.

Miraban los transformadores dañados por los rayos, mientras estos seguían cayendo sobre sus cabezas, al igual que la lluvia.

Esto es el Infierno, pensó, el Infierno, Jago. Disparan a las sombras. ¿Qué sombras, Jago, espera encontrarse Tano bajo la lluvia?

Las mismas sombras que cogían los vuelos programados una vez a la semana... ¿Y el equipo de seguridad mejor entrenado del planeta no sabe quiénes son y dónde están?

Insisto, Jago, esto es el Infierno.

6

—Una noche muy movidita —le comentó la Viuda, mientras removía el té que juraba que era inocuo para él—. ¿Ha conseguido dormir, nand'paidhi?

—A ratos.

Ilisidi se rio con suavidad y le señaló un dragonet moteado que saltaba sobre la superficie brumosa y fría del lago. Las gotas de lluvia caían desde la barandilla del balcón. El sol se alzó con su brillo dorado sobre las montañas y el agua, y la neblina refulgió bajo sus rayos.

El dragonet descendió desde la cara del acantilado, con las alas membranosas extendidas bajo el sol, y volvió a remontarse con algo en las garras.

Depredador y presa.

—Son una plaga —dijo Ilisidi—. Los mecheiti los detestan, pero yo no quiero que destruyan los nidos. Ellos estaban aquí antes. ¿Qué dice el paidhi?

—El paidhi está de acuerdo con usted.

—¿En qué, en lo de que estar aquí primero les otorga derechos naturales?

Tras dos sorbitos de té y un bocado de rollito, Ilisidi reanudó su ataque. Banichi le había dicho que tuviera cuidado. Tabini había respondido que sabría hacerse cargo de la situación.

Pensó un momento, primero en asentir y luego lo contrario. Finalmente dijo:

—El paidhi está de acuerdo en que no hay que interrumpir la cadena de la vida. En que la pérdida del nido empobrecería a Malguri.

Los pálidos ojos de Ilisidi se posaron sobre él, impasibles como solo Banichi podía mostrarse. Estaba molesta, quizá, por su nuevo cambio de tema.

Pero él no había cambiado de idea, al menos no del todo.

—Son ladrones —dijo Ilisidi.

—E irremplazables —dijo él.

—Alimañas.

—El pasado necesita al futuro. El futuro necesita al pasado.

—Yo diría que son unas alimañas que decido preservar.

—El paidhi está de acuerdo. ¿Cómo las llamas?

—Wi'itkitiin. Es el ruido que hacen.

—Wi'itkitiin. —Observó a otra de las escamosas y emplumadas criaturas y se preguntó si la Tierra habría conocido alguna vez algo parecido—. Ningún otro ser hace ese sonido.

—No.

—Razón suficiente para salvarlo.

Ilisidi frunció los labios. Su mueca se transformó en el atisbo de una carcajada. Tomó varias cucharadas de cereales y cogió unas finas tajadas de la carne del desayuno.

Bren la imitó, suponiendo que no se podía hablar a la aiji-Viuda cuando estaba pensando, y razonando además que un excelente desayuno iba a enfriarse. Cocinado en un fuego de madera, le había dicho Cenedi, cuando le había preguntado cómo es que habían preparado algo caliente. Supuso que lo habrían hecho en la chimenea de la cocina, si es que había tal cosa. El golpeteo del armatoste que Jago había llamado generador había cesado durante la noche. La máquina se había quedado sin combustible, quizá, o se había averiado. La central de Maidingi juraba por su vida y su reputación que Malguri tendría energía, tan pronto como se la habían devuelto al barrio de la ciudad que estaba oscuras aquella mañana.

Mientras tanto, las cosas en el castillo procedían con normalidad, con chimeneas para calentar las habitaciones y hacer la comida, con velas para iluminar los salones a los que no llegaba la luz de las ventanas, y con todos los sistemas que en su día formaran «el sistema» en Malguri. La aiji-Viuda había ordenado que se sirviera el desayuno fuera, en la terraza, en aquella gélida mañana del verano de las montañas. Menos mal, pensó Bren, que se había decidido ponerse su capa más gruesa al ver el frío que hacía en los cuartos. A causa de este mismo frío, una columna de vapor ascendía desde su taza de té. Era tontamente agradable: le costaba recordar noches neblinosas como las que eran la norma en la ciudad aquel mes, junto a las tormentas que llegaban desde el mar.

Y con las velas y el fuego de madera y las piedras antiguas no costaba nada imaginarse, en aquella mañana neblinosa, que se había desbaratado del curso del tiempo, que unos barcos de remos con velas heráldicas podían salir de la niebla al otro lado del lago.

Otro dragonet había echado a volar con la vista clavada en una presa. Su chillido se propagó desde las alturas.

—¿En qué estás pensando, paidhi? ¿Algún pensamiento sabio y revelador?

—Estaba pensando en barcos. Y en fogatas hechas con madera. Y en que Malguri no necesita nada de nadie para sobrevivir.

La aiji-Viuda frunció los labios y apoyó la barbilla en el puño.

—Sí, un centenar más o menos de sirvientes hace la colada, carga la madera, hace las velas y sobrevive. Otros cinco centenares aran los campos y cazan para alimentar a las lavanderas, a los madereros, a los cereros y a ellos mismos. Oh, sí, somos autosuficientes. Salvo los herreros y los copistas que nos permiten, a los jinetes, los artilleros y a nosotros defendernos de los inasociados, que no quieren hacer su parte del trabajo, sino aprovecharse de los que sí lo hacen. Malguri tenía luz eléctrica antes de que tú vinieras, nadi, te lo aseguro. —Tomó un sorbito de té, dejó la taza y llamó con la servilleta a Cenedi, quien, desde el umbral de la puerta, se encargaba de supervisar el servicio.

Bren supuso que el desayuno había terminado. Se disponía a levantarse cuando Ilisidi hizo un ademán hacia las escaleras de la terraza.

—Ven.

Estaba atrapado, prisionero.

—Le pido mil perdones, Viuda. El servicio de seguridad me prohíbe absolutamente...

—¿Te lo prohíben? ¡Qué ultraje! ¿O es que mi nieto te ha hablado en mi contra?

—Nada de eso, se lo aseguro. De hecho habló de manera sumamente positiva...

—Entonces deja que tus guardias utilicen su famosa ingenuidad. —Apartó la silla de la mesa. Cenedi se apresuró a ayudarla, y a colocarle el bastón en la mano—. Vamos, ven, deja que te enseñe el resto de Malguri. Deja que te enseñe el Malguri de tu imaginación.

No sabía qué hacer. No era una enemiga, o al menos él esperaba que no lo fuese, y no deseaba convertirla en tal. Tabini, maldito sea, lo había colocado en aquel lugar, sabiendo que su abuela estaba allí. Banichi le había reprochado amargamente que aceptara aquella invitación sin escuchar antes sus sabios consejos, y ahora no había nada que el paidhi pudiera hacer, sometido como estaba a la hospitalidad de la Viuda, salvo dejarse caer al suelo y aducir una indisposición —cosa poco creíble cuando ya se habían llevado el desayuno— o levantarse de la mesa, seguir a la anciana y ver lo que quería enseñarle.

Esta última alternativa parecía la menos peligrosa para la paz. Dudaba que Banichi le hubiese dado un consejo diferente. Así que siguió a Ilisidi hasta el

extremo exterior de la terraza y bajó con ella los escalones de piedra que conducían a una nueva terraza, desde la que bajaban otras escaleras, y luego una tercera terraza, y así sucesivamente hasta un patio adoquinado, y todo ello pausadamente, con Cenedi delante de la Viuda y cuatro de sus guardias detrás de ellos.

Habían bajado más de lo que esperaba. Luego tuvieron que adentrarse bastante en la fortaleza, cruzando primero un patio vallado y luego un segundo en el que flotaba un intenso olor a tierra, en el que empezó a perder el sentido de la orientación y a poner en duda la conveniencia de haber seguido a aquel grupo de extraños.

Banichi va a matarme, pensó Bren. Jago va a anunciar que tiene una Tentativa formal en contra de mi persona. Si es que la guardia de la Viuda no lo hace antes. Banichi no sabe adónde me llevan, y si no está vigilando...

Claro que, ahora que lo pienso, podría estar haciéndolo.

Hubo un golpe fuerte, como un martillazo, en la puerta que tenían delante, y cuando Cenedi la abrió, entraron por ella los rugidos más feroces que nunca hubiese oído a tan corta distancia, salvo quizá en algún machimi.

Mecheiti, pensó con inquietud al ver que, primero Cenedi y luego la Viuda cruzaban la puerta. «Caballo», era la equivalencia más parecida, aunque remota.

Pero la palabra caballo no definía la absoluta negrura que esperaba detrás de las puertas, desafiando a los sirvientes a mantenerla sujeta, sacudiendo la cabeza y amenazando con sus formidables cascos. Era un caballo solo porque los atevi lo montaban, era un caballo según la medida atevi de las cosas, la criatura que los había ayudado a cruzar los continentes, a tirar de sus carromatos y a patrullar sus fronteras. Desafió a los mozos levantando la cabeza, enseñó los formidables colmillos y los afeitados cuernos de color dorado. El arnés de la cabeza estaba cubierto de cuentas brillantes sobre la crin volante: era una visión violenta, aterradora en su proximidad y en la incontenible fuerza con la que zarandeaba a los mozos de un lado a otro.

Bren se detuvo en la puerta, en un ejercicio de prudencia, pero Ilisidi siguió caminando detrás de Cenedi. Los demás guardias —había tres más que al comienzo— pasaron a su lado, como si quisieran decirle que sus temores eran inapropiados al margen de lo que estaban diciéndole sus sentidos, así que hizo acopio de valor y echó a andar detrás del último de ellos, asustado por aquella colosal presencia y labrusca revisión de las perspectivas: de repente el mundo se había vuelto de tamaño atevi y la frágil anciana que caminaba apoyándose en el bastón se encontraba junto a aquella criatura terrible.

Cuando alargó la mano hacia una segunda criatura, Bren vio que era del mismo tamaño gigantesco y estaba envuelta en la misma oscuridad aterradora. Podían haber pasado siglos en Malguri. Podía tratarse de un aiji de una era guerrera.

Observó, lleno de inquietud, cómo el mecheita bajaba la enorme cabeza y tomaba algo de la mano de Ilisidi. Se lo tragó y empezó a darle mordisquitos en los dedos con el labio inferior, como si esperara más. Estaba jugando, comprendió Bren, con movimientos delicados, y reaccionando a los dedos de la anciana con un meneo de la cabeza y una delicadeza en el contacto que no habría creído posible al ver cómo se comportaba con los mozos.

Engaño y sonrojo, se dijo. La criatura era una mascota. Era todo un espectáculo para impresionar al paidhi, al estúpido humano.

—Ven, ven —dijo Ilisidi mientras se volvía hacia él. Apoyó la mano del bastón en el cuello del mecheita y lo invitó a subirse a él.

Bueno, otros atevi habían tratado de engañarlo antes, Tabini incluido. En la corte le habían tendido trampas para destruir su dignidad y su credibilidad. Así que conocía el juego. Convocó la furia e ironía delicadas que aquello merecía, se acercó con el corazón en un puño y le ofreció temerosamente la mano, con la esperanza de que la Viuda lo disuadiría si existía una amenaza real.

Pero sin estar totalmente seguro de ello. Estaba preparado para apartar la mano en cualquier momento. La criatura estiró el cuello hacia él... y se retiró bruscamente.

Con el corazón acelerado, Bren hizo lo mismo.

—Vamos —dijo Ilisidi—. Vamos, paidhi. No te preocupes. No le ha arrancado un dedo a nadie desde hace un año o dos.

Bren contuvo el aliento y alargó la mano una segunda vez. En esta ocasión, la criatura y él se mostraron más cautos. El mecheita abría y cerraba rápidamente las fosas nasales. Seguramente estaba oliéndolo, pensó, al recordar que aquellas criaturas, según había estudiado, dependían mucho de su sentido del olfato. Su cabeza era tan larga como el brazo de Bren desde el hombro a las yemas de los dedos. Su cuerpo ocultaba el sol. Más audaz a cada segundo, fue tanteando la mano de Bren con el labio superior prensil, no de una manera amenazante, sino arrastrando los dedos del humano hacia la base de los cuernos dorados.

Tenía una pequeña protuberancia ósea en la nariz, que era chata, gris y suave. El labio explorador estaba cubierto de arrugas y terminaba en una punta estrecha entre los dos cuernos dorados. Examinó los dedos de Bren, los

husmeó y exhaló sobre ellos con evidente entusiasmo, al tiempo que agitaba las orejas como había hecho con la Viuda, sin ofenderse aparentemente por el hecho de que no tuviera ninguna golosina para él. Rozó la suave piel que separaba los dedos y saboreó las yemas con una lengua que parecía una escofina.

Aquel curioso y tosco contacto continuó. Abrazó su dedo entero con un entusiasmo que ponía la carne de gallina. Bren estaba fascinado, asustado y encantado de que una criatura recibiera a un ser de otro mundo con tan completa y sencilla curiosidad y aceptara tan fácilmente lo que encontraba. Su extraño sabor no lo ofendía. Si la Viuda había esperado incomodarlo, había fracasado.

Entonces la criatura se tomó la definitiva e inesperada libertad de pasarle el morro por la cara. Sus manos subieron volando para quitársela de encima y la siguiente vez que la vio fue desde el suelo, bajo su enorme sombra.

—Oye —dijo Ilisidi mientras agarraba a la criatura por el arnés y se colocaba delante de Bren—. No le tires del morro, nand'paidhi. Babs lo siente mucho, ¿verdad Babs? No se esperaba que le tocaran el morro, ¿verdad, pobrecita Babs?

Bren se levantó. Había conseguido salvar su cráneo de los adoquines, pero no su espalda. Se limpió el polvo y, con cierta torpeza, volvió a ofrecerle la mano al mecheita: no iba a demostrar su azoramiento delante de los atevi, a pesar de que la Viuda estaba riéndose entre dientes de la situación y le decía que debía montar a Nokhada, una montura relativamente tranquila.

—¿Para ir adónde, aiji-mai?

—A visitar Malguri, claro está —declaró Ilisidi como si al acceder a hacer aquella visita hubiese accedido a todo lo demás. Le entregó el bastón a Cenedi, se levantó la falda y le dio a Babs un golpe en la grupa, la señal, Bren lo había visto en la televisión, de que debía alargar una de las patas traseras. Otro de los hombres la ayudó juntando las manos e Ilisidi, con una desenvoltura fruto de la práctica, se encaramó a la silla de montar mientras Babs volvía a levantarse con la rapidez y suavidad de una reverencia cortesana. Se irguieron enormes sobre él, Ilisidi y el mecheita, negros contra el cielo, la bestia que era toda sombra, e Ilisidi, cuyos pálidos ojos eran la única luz, como una imagen surgida del violento pasado de Malguri, y entonces pasaron a su lado y se volvieron, impacientes por ponerse en marcha.

Hubo un gran revuelo en el edificio del otro lado, un establo del que venían los cuidadores con otros mecheiti, una multitud de sombras negras,

altas y ominosas desde su posición, una por cada miembro del grupo de Ilisidi.

Y otra para él.

—Perdonadme —empezó a decir al ver que Cenedi indicaba a los mozos que le llevaran una de las criaturas—. Esto no me está permitido. No sé montar. Le ruego que recuerden que me enviaron aquí por seguridad, a pesar de los considerables problemas que mi ausencia en la corte podía provocar en estos momentos críticos. No lo he consultado con mi propio servicio de seguridad, cuya reputación...

La llegada de Nokhada, un montaña viviente entre la muralla de piedra de Malguri y él mismo, lo interrumpió.

—Deje que lo huela —dijo Cenedi mientras refrenaba a la criatura inmóvil sujetándola por la brida delantera—. No debe tocarle el morro. La reacción es involuntaria. Los cuernos están afeitados, pero a pesar de todo pueden hacer daño de verdad.

El mecheita estiró el cuello para proceder a un perezoso husmeo de su mano y a un examen algo más detenido de su ropa. Le pasó la lengua por la cara y probó su cuello. Bren retrocedió, un poco tarde, para esquivar una sacudida de la cabeza de la bestia. Un cuerno romo lo golpeó en la mandíbula y le hizo ver las estrellas, mientras Cenedi agarraba a la criatura con más fuerza y los mozos, haciendo caso omiso de sus protestas, se preparaban para ayudarlo a montar como habían hecho con Ilisidi.

—Solo tiene que poner el pie aquí, nand' paidhi, es muy sencillo.

—Que no sé montar, maldita sea. ¡No sé cómo se hace!

—No pasa nada —dijo Cenedi—. Solo tiene que sujetarte a los asideros de la silla. No toque las riendas. Su montura seguirá a Babs.

—¿Adónde? —preguntó él bruscamente—. ¿Adónde vamos?

—Fuera, nada más. Vamos, yo respondo de su seguridad, nand' paidhi. No pasa nada.

¿Llamar a Cenedi mentiroso en casa de Cenedi? Había renunciado a su seguridad por seguir a aquella gente que ahora lo rodeaba, y solo porque no había querido echarse atrás. Cenedi le aseguraba que no había peligro. Era responsabilidad de Cenedi, y Banichi se aseguraría de que se atuviera a lo prometido, o lo pagara con la vida.

El paidhi solo podía estar muerto hasta cierto punto. Podían reemplazarlo en apenas una hora una vez que Mosfeira supiera que se había roto el cuello.

—Te hago responsable de esto —le dijo a Cenedi mientras cogía las riendas—. Estoy bajo la protección de Tabini-aiji. Supongo que estás al

corriente de lo que pasó anoche.

Dicho lo cual, se dispuso a poner el pie en el estribo y dejar que Cenedi se preocupara. Vigorosamente, dio una palmada a Nokhada en la grupa para indicarle que extendiera la pata trasera: había visto en la televisión cómo había que montar.

Pero cuando Nokhada se inclinaba en su breve reverencia, los mozos, al ver que no conseguía colocar el estribo en su lugar, o el pie en el estribo, lo empujaron hacia los asideros. Su liviano cuerpo salió catapultado a mayor velocidad de la esperada y acababa de aterrizar sobre la silla cuando Nokhada volvió a incorporarse.

Tras dar un fuerte tirón a los asideros, cayó por el lado contrario y aterrizó en los brazos de los guardias, mientras Nokhada daba una vuelta sobre sí misma.

Los atevi no solían reírse en voz alta. Ilisidi lo hizo ahora, mientras Babs levantaba la cabeza y daba una vuelta, y los mozos trataban de sujetar a Nokhada.

Ya no había alternativa. Absolutamente ninguna. Se limpió el polvo, le pidió las riendas a Cenedi y, con las rodillas temblorosas, reinició el acercamiento a Nokhada, que lo había hecho quedar como un tonto.

—Déjanos en buen lugar a los dos —murmuró junto a un hombro montañoso, antes de tratar, por segunda vez, de conseguir que extendiera una pata.

—Dele más fuerte —dijo Cenedi, así que él le dio más fuerte, y Nokhada suspiró pesadamente y extendió la pata.

Por segunda vez apoyó el pie en el estribo y por segunda vez Nokhada se incorporó con él.

Esta vez estaba esperándolo. Esta vez se agarró a los asideros de la silla y acompañó el movimiento de la silla: aterrizó a horcajadas y se inclinó mientras Nokhada empezaba a girar en círculos.

—¡Suelte las riendas, suelte las riendas nand' paidhi!

Oyó las estruendosas carcajadas de la Viuda y se aferró a los asideros de la silla dejando que las riendas se deslizaran entre su pulgar y su índice. Nokhada se sacudió entera, dio una vuelta sobre sí misma y luego una segunda.

—¡Ja! —dijo Ilisidi mientras la humillante trayectoria giratoria de Bren le permitía ver a otros jinetes que montaban con bastante menos espectáculo. Trató de enderezar a su montura tirando de las riendas. Le dio unas palmaditas para ganarse su confianza, pero Nokhada, que seguía andando en

círculos, aunque ahora más lentos, parecía más interesada en investigar su pie derecho, que él, intranquilo, no dejaba de apartar de su alcance.

Entonces Ilisidi gritó, Babs pasó a su lado como una sombría exhalación y Nokhada, tomándose como una indicación de que era hora de ponerse en marcha, convirtió su última vuelta en un acelerón que provocó un tirón tan fuerte de las riendas que la piel de las manos de Bren se quemó. La fachada de piedra de los edificios pasó por delante de él en un borrón de movimiento, la puerta quedó atrás y mientras él seguía aferrado a los asideros de la silla, tratando de recobrar el equilibrio, cruzaron el patio, atravesaron un arco y una avenida de piedra que había más allá de las escaleras y que desembocaba en una puerta abierta y, tras ella, salieron a la luz del sol.

Había un acantilado delante de ellos. Bren vio que Ilisidi y Babs giraban para continuar por el camino y le dio a Nokhada un tirón en la cabeza para hacer que los siguiera, cosa que el animal se tomó como una afrenta a la que respondió bailando con un baile deliberado al filo del desastre, entre el lago cubierto de neblina y el vacío.

—¡No le tires de la cabeza, nand' paidhi! —gritó alguien desde cerca, y Cenedi pasó a su lado. Sus piernas chocaron y Nokhada se apartó y describió por un momento una trayectoria perversa a lo largo del borde mismo del acantilado. La criatura sacudió la cabeza y lanzó una coza al aire.

En el camino ascendente, más adelante, Ilisidi se detuvo, se volvió y esperó a que la alcanzaran, junto al resto de su guardia. Nokhada sudaba y resoplaba al detenerse junto a Cenedi, y Bren, temblando de la cabeza a los pies, estaba feliz de que hubiera decidido detenerse mientras los demás jinetes se congregaban a su alrededor.

Había sobrevivido. Se encontraba en una zona firme del camino. Desde allí, Nokhada no podía arrojarlos a ambos al lago. Había sido un triunfo muy trabajado.

—¿Has recobrado el aliento? —le preguntó Ilisidi—. ¿Qué tal estás, nand' paidhi?

—Muy bien —mintió él sin resuello.

—El camino del lago es un poco empinado para un novato —dijo Ilisidi, y Bren pensó que estaba bromeando. No había ningún camino allí atrás. No podía haberlo—. ¿Preparados? Pulgar e índice, nand' paidhi. Con delicadeza, con delicadeza. Ella nos seguirá. Tú solo sujétate.

Babs se puso en marcha y Nokhada tras él, como si estuvieran unidas por una cuerda invisible. Babs se lanzó a galope ladera arriba y Nokhada esperó un instante e hizo lo mismo, justo detrás, seguida a su vez por Cenedi. Pero

dos de los hombres, que marchaban por delante de Ilisidi, cruzaron la loma en diagonal y se perdieron de vista: guardias, supuso él, aunque seguro que cualquier francotirador esperaría a que pasara una presa más valiosa.

—Alguien trató de asesinarme —le dijo con la voz entrecortada a Cenedi, por si nadie les había explicado la cosas, por si Cenedi pensaba que el peligro no era real—. En Shejidan. Bajo el mismo techo del aiji. Sin un encargo formal. Supongo que Banichi lo habrá mencionado. No se trata de una amenaza supuesta.

—Estamos todos al corriente —dijo Cenedi—. Teníamos nuestras esperanzas depositadas en el té.

Estaba bromeando, supuso Bren. Se lo merecía por lo que le había dicho al montar.

Pero Cenedi había dicho que sabían desde el principio que estaba en peligro, y a pesar de ello él, o Ilisidi, habían insistido en sacarlo de las murallas y en que corriese el riesgo de partirse el cuello con Nokhada. A cierto nivel, era un gesto digno de Tabini, un desafío absoluto de las restricciones y las conveniencias de su seguridad. Pero a pesar de las seguridades que le había dado Cenedi, seguía intranquilo. Por su cabeza seguía revoloteando el pensamiento de que en Malguri había enemigos o secuestradores. Hasta podía estar cabalgando en su compañía.

Pero Banichi no le había advertido de nada por el estilo. Él había llevado a Cenedi a su habitación. Cenedi sabía por qué estaban en Malguri y pensaba que podía garantizar su seguridad.

De improviso, Nokhada agachó la cabeza para investigar el suelo. Era un momento de lo más inoportuno para hacerlo y Bren se agarró a los asideros de la silla y tiró de la cabeza de la criatura para levantarla, por lo que la montura, sin ninguna elegancia, se detuvo durante dos latidos antes de seguir adelante, con la cabeza aún agachada y el morro pegado al suelo.

—Está siguiendo un rastro —dijo Cenedi. Su cabalgadura estaba haciendo lo mismo, así como Babs, colina arriba—. Es mejor esperar, nand' paidhi. Babs dirige.

—¿Dirige el qué? —preguntó.

—La mecheit'-aiji —dijo Cenedi, y Bren recordó los programas de televisión sobre las cacerías, la legendaria habilidad de los mecheiti para seguir la pista a los atevi fugitivos o a presas de cuatro patas. Se acordó de cómo había pasado Babs el morro sobre su mano y cómo lo había olisqueado Nokhada. De repente tuvo la inquietante sensación de que no era solo una de esas cosas que salen en la televisión, no era algo preparado ni exagerado.

Y no podía controlar a la condenada mecheita sobre la que cabalgaba, ni impedir que lo llevara donde Ilisidi quisiera llevarlo.

De repente, Babs dio un latigazo con la cola y, rociando grava del suelo, se desplazó en diagonal con respecto a la ladera. Nokhada, la montura de Cenedi y todas las demás, pivotaron y la siguieron como si alguien hubiera accionado un dispositivo. Nokhada ascendió temerariamente la colina tras los pasos de Babs, dejando atrás a Cenedi y a los demás, y lo único que Bren pudo hacer fue aferrarse a los asideros y no soltar las riendas.

Una barranca apareció delante de ellos, colina abajo. Ilisidi continuó avanzando sin inmutarse.

Babs llegó a la barranca.

Oh, Dios, pensó Bren mientras se imaginaba a sí mismo tendido en el suelo, sangrando, pisoteado por los mecheiti. Se agachó, se agarró a los asideros con todas sus fuerzas. No pesaba demasiado, no pesaba demasiado, se dijo una y otra vez mientras Nokhada cruzaba la ladera como un trueno. La criatura estaba dispuesta a seguir adelante y no tenía la menor intención de caer. Dio cuatro largas zancadas, flexionó las patas traseras, alzó los cuartos delanteros...

Y entonces sobrevino una sensación de ingravidez, una zambullida hacia delante contra la que el cuerpo de Bren reaccionó instintivamente desplazándose hacia atrás... y luego una sacudida estremecedora cuando, de algún modo, su cuerpo se vio lanzado de nuevo hacia delante y su boca chocó contra la parte trasera del cuello de Nokhada.

Las patas de la montura volvían a estar debajo de ellos, las cuatro, moviéndose con ritmo tonante. La negra grupa de Babs, que estaba justo delante de ellos, se desplazó repentinamente a derecha e izquierda en pos de algo marrón y blanco que corría por delante. Nokhada avanzaba en una trayectoria más recta, mientras los demás mecheiti los seguían como un terremoto.

Un disparo sonó delante de ellos. Había sido Ilisidi. Fuera lo que fuese aquella criatura, cayó en una nube de polvo y hierba y resbaló ladera abajo. Todos los guardias celebraron el disparo. Babs se detuvo y los demás mecheiti, con gran estrépito, se detuvieron a su alrededor, con las orejas hacia atrás, resoplando y moviendo las patas.

Bren tenía un corte en el labio. Empezó a ponerse negro mientras uno de los guardias descendía hacia el lugar en el que había caído la presa. Todos pensaban que había sido un disparo formidable. A él no le cabía más que suponer que lo era. Estaba temblando. Su labio había empezado a hincharse y

seguro que le había magullado el costillar a Nokhada con las sacudidas de sus piernas. Tenía despellejada y temblorosa la carne de la cara interna del muslo y estaba sudoroso después de una persecución en la que no había hecho otra cosa que tratar de no caerse.

Mientras la aiji-Viuda acababa de cazar la cena para su séquito y ella, los mecheiti tenían los ojos muy abiertos y aspecto excitado, debido, seguramente, al olor de la sangre y la pólvora.

—¿Qué tal, nand' paidhi?

—Aquí sigo, nai-ji. —Casi sonaba como un desafío—. Mérito del mecheita, no mío.

—¿Te has hecho daño, nand' paidhi?

Mudable. Exactamente igual que Tabini. Ahora la preocupación.

—En el cuello y la cara —dijo con tono lastimero.

—Ibas demasiado inclinado —dijo Ilisidi y comenzó de nuevo a ascender a paso vivo, mientras, seguido por la mirada de Bren, el guardia subía el cuerpo de la presa cobrada a la silla.

Las habilidades de aquellas bestias no eran solo cosa de televisión. Los documentales sobre los mecheiti, en los que se veía a un fugitivo hecho trizas por ellos no eran una exageración, estaba seguro. No quería encontrarse en el suelo delante de aquellos colmillos que, en caso de guerra, no estarían afeitados.

Las palabras de Cenedi asegurándole que estaría a salvo con ellos parecían cada vez menos sustanciales. Pero... Con un escalofrío, empezó a acordarse de cómo lo había olisqueado Babs, cómo se había aprendido de memoria un olor que no conocía hasta entonces. La mecheiti-aiji, lo había llamado. Babs había alojado aquel olor en su cerebro y en la jerarquía asociativa grupal que, según los expertos, utilizaban aquellos animales.

Política. Política cuadrúpeda. Comportamiento colonial, lo llamaban en Mosfeira, donde estudiaban pequeños animales indígenas pero nada, nada que se pareciera a los mecheita, nada como aquellos depredadores, aquellas criaturas capaces de comer, recordó, cualquier cosa que pudieran desarraigar o cazar. Omnívoros. Manadas depredadoras.

Tenía las piernas insensibles. La mano que sujetaba las riendas temblaba, por el exceso de adrenalina, se dijo.

Era como el disparo. No estaba acostumbrado a esas cosas. Abrumaban sus sentidos de una manera total, demente, a un nivel que un profesional de riesgo como Cenedi seguramente ya no comprendía: él no sabía lo que era sustantivo, así que absorbía todo cuanto golpeaba sus sentidos, como un loco,

y se empeñaba en hacer algo cuando, para una mente bien ordenada como la de Cenedi, no había nada que hacer.

El guardia que habían dejado atrás se reunió con ellos siguiendo una trayectoria en diagonal por la colina con una pequeña y grácil criatura atada a la parte trasera de su cabalgadura. Su cabeza se ladeaba de un lado a otro. Sus ojos eran como los de la cabeza de la pared de su cuarto, solo que sin la rabia: blandos y sorprendidos. Un pequeño reguero de sangre manaba de su naricilla negra. Una bonita nariz en una bonita cara. Bren no quería cenar con la Viuda aquella noche.

Las salchichas no transmitían esa sensación de mortalidad. Él prefería un mayor distanciamiento con respecto a la comida. Tabini decía que era una debilidad moral. Bren lo llamaba civilización y Tabini engaño: vosotros coméis carne fuera de temporada, diría. Cuando no es el momento para la tierra, vendéis carne para sacar beneficio. Coméis cosas que nunca han corrido en libertad. ¿Y a eso le llamáis civilizado?

No tenía argumentos contra aquel razonamiento. Cabalgó hasta la cola de Babs, mientras la compañía comentaba el gran tiro que había hecho la Viuda, e Ilisidi le dijo que ahora que habían rellenado la despensa podían disfrutar del resto de la jornada.

A un paso más tranquilo, esperaba Bren; la parte interior de sus piernas, aun relajado como estaba ahora, estaba descubriendo lo antinatural de la silla de montar, y cuando trató de encontrar una postura más cómoda, golpeó a Nokhada por accidente, abandonó humillantemente el camino y se alejó unos metros en dirección a la falda de la montaña antes de conseguir que el mecheita se detuviera y volviera sobre sus pasos.

—¿Nand' paidhi? —preguntó Cenedi desde arriba.

—Ya vamos —dijo. Esperaba que Nokhada formara la otra parte del «vamos». Desde luego, Nokhada expresó su propia opinión bajando las orejas y apretando el paso una vez que se reunieron con el grupo a la altura de la retaguardia, donde los esperaba Cenedi.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

—Estamos conociéndonos —murmuró. Cenedi le dio un curso acelerado sobre las señales básicas: toques con los pies para indicar la dirección, leves tirones de las riendas para llamar la atención o para contener una rebelión incipiente. No tocar el morro y no tirar de la cabeza. Pie izquierdo, a la derecha, pie derecho, a la izquierda; tirón suave, más deprisa; tirón fuerte, más despacio; a los hombres no se les pega en la entrepierna, ni a los mecheiti detrás de las costillas.

Lo que parecía un acuerdo civilizado.

—Si intenta saltar —le dijo Cenedi—, haz lo que has hecho antes. Tu peso no es un problema para él. ¿Los estribos son lo bastante cortos?

—Me temo, nadi, que no lo sé.

—Si tienes calambres en las piernas, dilo.

—No creo que pase. —No dijo que las tenía como si fueran de goma. Lo atribuyó al miedo y al uso de unos músculos que no estaba acostumbrado a utilizar.

—Bien —dijo Cenedi, y se alejó al trote en diagonal, ladera arriba. El mecheita de Cenedi agachaba la cabeza y olisqueaba el suelo de manera intermitente, pero sus patas nunca interrumpían su rítmico trote.

Curiosa habilidad. Estaba buscando un olor en el suelo, y al llegar a la cima de la colina, levantó la cabeza para olisquear el viento.

Cenedi mantenía a su montura bajo control con tanta facilidad... Se detuvo, los llamó con un ademán e Ilisidi llegó a su altura con un trote fácil.

Nokhada tomó entonces una trayectoria en diagonal, empeñada en recuperar el segundo puesto detrás de Babs. ¡Maldición!, pensó Bren mientras estorbaba a los guardias en su ascenso. Pero tenía miedo de tirar de las riendas entre las rocas y la gravilla.

—¡Perdón! —dijo volviendo la cabeza—. ¡Nadiin, es cosa de ella! —Esto hizo reír a los guardias mientras Nokhada se colocaba detrás de Babs.

Mejor que el resentimiento, al menos. Había una jerarquía entre los mecheiti, e Ilisidi y todo el grupo sabían que Nokhada iba a seguir a Babs, pasara lo que pasase. Ya tenían su chiste. Él había obtenido un labio cortado y unos músculos magullados, pero no se había caído y se había comportado deportivamente después de la broma. Así es como había aprendido a portarse en la corte de Tabini, al menos, y con el propio Tabini, antes de eso.

Uno no le daba la espalda a un desafío, así sin más, y a los atevi les gustaba poner a prueba a los recién llegados, aunque solo fuera para determinar el lugar que ocupaban en el orden de las cosas: se lo hacían a todo el mundo y con toda normalidad, como medio para diferenciar a los necios de los líderes, cosas que él no aspiraba a ser entre ellos, como tampoco pretendía amenazar a Ilisidi, a Cenedi ni a ninguno de los demás.

Y después de haberse percatado de la broma que Ilisidi había hecho a sus expensas y de dejar que los demás supieran que lo había hecho, las cosas fueron más fáciles, y pudo cabalgar tras la cola que Babs meneaba perezosamente de un lado a otro, y permanecer en la posición que Ilisidi le había asignado al ofrecerle un mecheita digno de un visitante importante de la

casa del propio Tabini; ahora podía apreciar la gracia de la broma: un mecheita que sería un auténtico infierno para un visitante inexperto, en especial si pensaba que iba a cambiar de posición en la fila o a discutir con Ilisidi.

¿Humillarlo? Ilisidi podía hacerlo con un ademán de su fusta. ¿Llevar a cabo una competición de saltos en un terreno como aquel? El nand' paidhi tendría mucha suerte si lo único que acababa fracturado era su dignidad.

Pero debía de haber pasado la prueba que Ilisidi había querido imponerle, puesto que al menos Cenedi le había explicado los rudimentos sobre el movimiento, izquierda, derecha, adelante y freno, conocimiento suficiente para meter en líos a un necio o para impedir que un hombre sabio quedara sumido en el peor de los ridículos. Como el asunto de la salida por la puerta y el acantilado, que, ahora estaba convencido, no debía de ser tan vertical como le había parecido en un primer momento, o Nokhada, que seguro que sabía dónde ponía las patas mucho mejor de lo que parecía. ¿Arrojar al paidhi por la cuesta? Sí. ¿Perder un mecheita de pura raza? ¿La misma mujer que había atacado a un oficial con la fusta por unos arañazos?

No estaba totalmente seguro. Desde luego, el servicio de té había estado calculado para transmitir algún mensaje. Y no estaba convencido de que Ilisidi fuera completamente inocente del asunto del té, aunque estaba dispuesto a apostar a que la severidad de su reacción había dejado a la Viuda y a Cenedi un poco abochornados: una irreflexión generalizada entre los atevi hacia las cuestiones de la vida, la muerte y el bihawa, el agresivo impulso de poner a prueba a los extraños, los había traicionado y los había dejado un poco en desventaja, hasta tal punto, que ahora sospechaba que de hecho se había tratado de un accidente, una mancha en su dignidad que tenían que limpiar.

Tenían que hacerlo. Y él no podría haber aceptado la invitación a desayunar para luego negarse a salir con Ilisidi a cabalgar. Había interpretado la situación correctamente. Dijera Banichi lo que dijera, la había interpretado correctamente.

Y, tras conseguir algo así como un lugar propio en el grupo de la Viuda, ahora solo quería disfrutar del sol y de la montaña, de la auténtica cima de la montaña, desde donde se desplegaba el mundo en una vista espectacular.

Marchaban entre la hierba alta y sacudida por la brisa, y las flores amarillas de bordes irregulares que tapizaban las laderas, con una vista sin obstrucciones de las montañas del otro lado del lago. Sus inhalaciones venían cargadas con los olores intensos de la tierra, de la hierba y de las flores

estrujadas, del cuero engrasado de los arneses, y el aroma polvoriento y almizclado de los propios mecheiti. La hierba y los guijarros del suelo le recordaron vividamente la última vez que Tabini y él habían cazado en Taiben, marchando a pie por las polvorientas colinas...

Cuando Tabini intentaba enseñarle las sutilezas del arte de la caza y la acechancia.

Los recuerdos regresaron con total claridad: aquel día, a aquella hora exacta, como si las realidades del paisaje y la realidad de la ciudad se compartimentaran de manera tan exhaustiva que pudieran mantener líneas temporales diferentes y al entrar en una pudiera continuar donde la había dejado, sin ningún acontecimiento intermedio.

El tiempo se fragmentó salvajemente a su alrededor y se volvió traicionero. El estúpido peligro de aquel día había dado paso inconscientemente a un éxito fortuito y embriagador, en el que el paidhi se había alejado cabalgando mil, dos mil millas de la seguridad de Mosfeira, y había disfrutado de unas imágenes, unos olores y unos sonidos que ningún ser humano había experimentado jamás. Los mecheiti de las obras machimi habían resultado tan reales como el polvo, las flores y el sol.

Y lo más extraño de todo para sus oídos era el silencio, que no era tal, sino una ausencia total, por primera vez en su vida, al menos que él fuera consciente, de sonidos mecánicos. Los sonidos que llegaban hasta sus oídos eran bastante intensos, el viento, y el crujido del cuero, el tintineo de los arneses y los asideros, el crujido de la grava, el susurro de la hierba por toda la colina... Pero nunca había estado en ninguna parte, ni siquiera en Taiben, en la que no pudiera ver cables de alta tensión, u oír, aunque fuera desde muy lejos, el ruido de los aviones o de los trenes que pasaban, o simplemente el zumbido generalizado de la maquinaria en funcionamiento, y nunca se había dado cuenta de que estaba ahí hasta el momento de enfrentarse a su ausencia.

Debajo de ellos, las murallas de Malguri, en miniatura, como seguramente muy pocos atevi habían tenido el privilegio de verlas alguna vez. No había un camino, no había un ferrocarril, no había rastro alguno de civilización en las colinas o en las orillas del lago, salvo aquellas murallas.

El tiempo volvió a cambiar. Se imaginó las banderolas agitadas por el viento de las obras machimi, los conciliábulos de traición y connivencia en las colinas, las fortalezas a punto de ser atacadas: cómo conseguir que el señor saliera a campo abierto, o cómo introducir asesinos tras sus muros, los enfrentamientos individuales en lugar de bélicos... vidas salvadas, recursos ahorrados, la tierra sin la sombra de futuras enemistades.

Y siempre, en estas obras, el sicario carcomido por un rencor ancestral, el asesino de confianza cuyo verdadero man'chi nadie conocía, aquello que el aiji en la loma azotada por los vientos o el aiji del interior de la fortaleza tendría que haber sabido y no supo. Uno casi podía oír el crujido de los estandartes al viento, él tintineo de las armaduras. La civilización atevi, la historia atevi que ya solo existía en los machimi o en la televisión, donde la historia humana no florecía ya.

Había algo inesperadamente seductor en las texturas: del brillo de la sangre en la matanza al pelaje blanco y marrón de los animales, de la caída casual de los excrementos al olor de las flores y el aroma de la hierba pisoteada y el perezoso movimiento de las orejas del mecheita. No era la misma realidad que la de los salones del Bu-javid. Desde luego, no era Mosfeira. Era el mundo atevi, como los humanos no lo verían jamás por no separarse nunca de las chimeneas y los motores a vapor de Shejidan.

Era un mundo que, en el plazo de solo cien años, posiblemente los atevi no volvieran a ver ni a entender, porque el futuro que podría haberse engendrado de manera natural a partir del pasado de Malguri nunca crecería de una manera puramente atevi ahora que Mosfeira les había dado el ferrocarril y las comunicaciones por satélite, ahora que los reactores llevaban a los viajeros atevi de un lugar a otro del mundo, a demasiada velocidad y demasiada altura como para ver un lugar como aquel.

Había discutido con Tabini sobre la carne, sobre las estaciones, y sobre las costumbres atevi: inconvenientes.

Pero esas discusiones eran lo mismo que los reactores y los satélites. Otro fragmento de Malguri que estaba bajo ataque.

Pensando en esa palabra...

—¿Has hablado personalmente con Banichi, nadi? —preguntó a Cenedi, que cabalgaba tras él—. No me gustaría tropezar con un dispositivo de seguridad.

Cenedi lo miró, inexpresivo.

—A nosotros tampoco, nadi.

La típica respuesta. Tan útil como un muro de piedra. Lo que quería decir era que se suponía que el paidhi no debía saber nada de aquellos dispositivos, o que Cenedi no sabía nada y no contaba con la confianza de Banichi y ahora pensaba que él sí, lo que no sería nada bueno si las cosas tomaban un giro inesperado.

Pero los dos hombres que se habían adelantado al principio no habían regresado aún y tampoco habían vuelto a verlos. Debían de estar al otro lado

de la colina. De vez en cuando, Babs bajaba la cabeza para olisquear el camino, lo mismo que Nokhada: cada vez que lo hacía, Bren sufría pequeñas sacudidas y un pinchazo propinado por el hombro de la criatura, pero pronto aprendió a anticiparse al propósito observando el movimiento de las orejas y, en general, el ritmo de su paso.

Difícil tenderles una trampa, pensó. Aquellas bestias no se arrojarían a ciegas contra algo peligroso que hubiera en el camino.

Cada vez estaba más tranquilo. El paisaje de Malguri no era ese tipo de lugar desolado y cubierto de maleza por el que un asesino hábil podría ir y venir a su antojo. La mera presencia de los mecheiti disuadiría a los intrusos.

Y casi se podría creer legítimamente que, después de todo, el exceso de energía que aún flotaba en el aire de Malguri aquella mañana era el resultado último de un rayo, habida cuenta de que la cuarta parte de la ciudad del valle parecía haberse quedado sin luz.

Ilisidi le había preguntado si había dormido durante la perturbación... No, ella lo había llamado «noche animada», y le había preguntado si había dormido mientras todo ocurría.

¿Mientras ocurría el qué? ¿Un corte de luz? ¿O unos disparos en medio de la noche, los nerviosos dedos de Tano en el gatillo y Banichi en la radio?

Ni Banichi ni Jago le habían dicho lo que debía hacer, si es que tenían alguna idea de que aquella cacería matutina iba a producirse. Ninguno de ellos le había advertido lo que podían preguntarle. Puede que confiaran en el paidhi. O puede que simplemente no lo supieran.

Pero Tabini, quien sin la menor duda conocía a la aiji-Viuda tan bien como el que más en Shejidan, le había aconsejado, refiriéndose a sus tratos con Ilisidi: usa la diplomacia.

Ilisidi aminoró el paso y se detuvo delante de él, en el lugar donde el camino volvía a descender de nuevo.

—Desde este lugar —dijo con un ademán que abarcaba la vista entera— se divisan tres provincias, Maidingi, Didaini y Taimani. ¿Qué te parecen mis tierras?

—Preciosas —dijo sinceramente.

—Mis tierras, nand'paidhi.

Nada de lo que decía Ilisidi era ocioso o carecía de propósito.

—Sus tierras, nai-ji. Confieso que no quería que me enviaran a Malguri. Pensaba que era renunciar a mi deber. Estaba equivocado. De no haber venido, nunca habría sabido nada sobre los dragonet. Ni habría cabalgado en toda mi vida. —En el mismo instante en que decía esto, convino en su interior

con sus palabras, consciente de que estaba disfrutando de su breve respiro con respecto a Banichi y sus graves responsabilidades, así como, ya que la actitud de los atevi era contagiosa, de la ocasión de ignorar las restricciones a las que necesariamente se sometían las vidas y los negocios del paidhi—. Pero Banichi me matará cuando regrese.

Ilisidi lo miró de reojo y las comisuras de sus labios se endurecieron.

Los atevi y sus mentes literales.

—Hablando en sentido figurado, nai-ji.

—¿Estás seguro de mi nieto?

Inquietante pregunta.

—¿Debería tener dudas, nai-ji? —Desde luego, Ilisidi era la persona adecuada para hacer esta pregunta, pero no se podía confiar al darle su respuesta. Nadie sabía dónde estaba el man'chi de Ilisidi. Nunca lo había dejado claro, al menos que él supiera, y presumiblemente, si Banichi o Jago lo hubieran sabido, se lo habrían dicho.

Pero tampoco sabía dónde estaba el de Tabini. Así era siempre con los aijiin: no tenían, o al menos no a la vista de sus subordinados.

—Tabini es un muchacho con la cabeza sobre los hombros —dijo Ilisidi—. Joven, muy joven. La tecnología lo resuelve todo.

¿Una pista sobre sus pensamientos y sus motivaciones? No estaba seguro.

—Ni siquiera el paidhi piensa que ese sea el caso, nai-ji.

—¿Acaso no prohíbe el tratado toda interferencia en nuestros asuntos? Pensaba que siempre estabas insistiendo en eso.

—Así es, nai-ji. —Tierra peligrosa. Tierra muy peligrosa. Aquella mujer no era tan frágil como podía parecer, ni mucho menos—. ¿He hecho algo que le inspire a pensar lo contrario? Se lo ruego, tenga la amabilidad de decírmelo.

—¿Te ha dicho algo así mi nieto?

—Si él me hubiese dicho que estaba interfiriendo, nai-ji, le juro que habría reconsiderado mis acciones, sin duda.

Ilisidi no dijo nada durante un rato. Lo dejó allí, cabalgando junto a ella en el silencio roto solo por el sonido del viento, para que pensara ansiosamente si cualquiera de las cosas que había dicho, hecho o apoyado en los diferentes consejos podía considerarse objeto de controversia o, como había insinuado la Viuda, una interferencia con los asuntos de los atevi o un paso demasiado rápido en el camino de la tecnología.

—Por, favor, aiji-ji. Sea franca. ¿Me estoy alejando de la posición con la que está usted en desacuerdo o avanzando hacia ella?

—Qué pregunta más extraña —dijo Ilisidi—. ¿Por qué debería decirte tal cosa?

—Porque trataría de comprender sus razones, nai-ji, no oponerme a sus intereses, ni apropiarme de sus recursos, sino evitar las áreas de su interés. Permita que le recuerde que nosotros no usamos asesinos, nai-ji. Ni siquiera se consideran un recurso entre nosotros.

—Pero lo son para los atevi que pueden apoyar tus posiciones.

Él había oído aquel argumento antes. Con Tabini había podido rebatirlo. Anhelaba la compañía de Tabini, anhelaba poder preguntarle las cosas directamente para aprender... cosa que, últimamente, no podía hacer con nadie.

Y como le había ocurrido de vez en cuando en las horas transcurridas desde que llegara a Malguri, en aquel momento sufrió otro de esos momentos de deslocalización en los que un instante estaba convencido de que las cosas andaban bien y al siguiente, sin ninguna razón concreta, lo dudaba, y recordaba lo totalmente aislado que estaba, más aislado con respecto a sus recursos que ningún otro paidhi anterior.

—Disculpe mi pregunta —le dijo a Ilisidi—. Pero el paidhi no sabe siempre cuál es su posición con respecto a sus asuntos. Solo quiero que tenga una buena opinión de mí, nai-ji.

—¿Qué esperas conseguir con tu misión?

No se esperaba aquella pregunta. Pero la había respondido repetidamente en los consejos.

—Un progreso conjunto de humanos y atevi, nai-ji. Un progreso, un paso hacia la igualdad tecnológica, a una velocidad que no haga daño.

—Esa es una de las premisas, ¿no? Del tratado, una premisa tediosa y general. Sé menos modesto. Dime qué cosas específicas y maravillosas esperas haber hecho antes de morir, qué regalo, en tu gran sabiduría, es el que más querrías legarnos.

Bren no pensaba que fuera una pregunta inocente. Podía decir cosas concretas. Pero, honestamente, no tenía una respuesta clara.

—No lo sé —dijo.

—¿Cómo? ¿El paidhi no tiene una idea clara de lo que desea hacer?

—Paso a paso, nai-ji. No sé lo que es posible. Y decírselo a usted... sería una violación de los principios...

—La cosa más ambiciosa que nos hayas transmitido.

—El sistema ferroviario.

—Tonterías. Nosotros inventamos el ferrocarril. Vosotros lo mejorasteis.

Era cierto, aunque los trenes y vapores de los atevi eran del tipo más rudimentario, y las calderas tenían a explotar con una frecuencia aterradora.

—¿Qué más, paidhi? ¿Cohetes para ir a las lunas? ¿El viaje entre las estrellas?

Un tema mucho más peliagudo.

—Me gustaría, sí, ver que los atevi alcanzan al menos ese umbral antes de morir. Nai-ji, a partir de ahí las posibilidades se multiplican. Se pueden hacer tantas cosas... Pero no sabemos con seguridad qué cambios provocaría eso, y quiero saberlo. Quiero daros buenos consejos. Esa es mi labor, nai-ji. — Nunca lo había visto con tanta claridad hasta ahora—. Estamos al borde del espacio. Y una vez que podáis mirar el mundo desde arriba, los cambios potenciales será numerosísimos.

—¿Qué cambios?

Otra pregunta peliaguda, esta desde un punto de vista cultural y filosófico. Bren apartó la mirada y la dirigió hacia el lago. El mundo entero parecía encontrarse bajo la senda por la que cabalgaban.

—La altura cambia la perspectiva, nai-ji. Desde aquí podemos ver tres provincias. Pero mi mirada no alcanza las fronteras del tratado.

—La mía sí. La cima de aquella montaña. El río. Son bastante evidentes.

—Pero si esta montaña fuera tan alta como la gran luna, nai-ji, y usted hubiera nacido en ella misma, ¿vería entonces esas líneas? O, aun en el caso de que las viera, ¿significarían esas líneas distantes e invisibles para usted lo mismo que para la gente nacida en las llanuras?

—El man'chi es el man'chi. Es importante. Y para un morador de la frontera... Los aijiin nunca se ponen de acuerdo sobre su significado. El man'chi nunca es visible.

Era gratificante recibir la respuesta esperada, la misma que, sistemáticamente, Tabini le daba siempre. Era gratificante pensar que podía predecir los sentimientos atevi. Era útil saber cosas sobre Ilisidi.

—Así que eso no cambiaría —dijo— ni aunque viviera en la montaña más alta.

—El man'chi nunca cambiaría —dijo Ilisidi.

—Ni aunque perdiera el mundo de vista durante años y años.

—Por el Infierno y la tierra, el man'chi nunca cambiaría. Pero vosotros, los humanos, no entendéis esto. —Babs coronó un pequeño altozano y, por un momento, caminó en solitario hasta que Nokhada volvió a alcanzarla. La Viuda dijo—. O no advertís a vuestros enemigos cuando cambiáis.

Esto también estaba en las obras machimi. El acontecimiento catastrófico, el derrumbamiento de las certezas de una vida entera. Pero siempre para acercarse a la verdad, tal como él la veía. Siempre para acercarse a lo que el man'chi tendría que haber sido.

Ilisidi no le ofreció explicación alguna sobre su comentario. Puede que esperara que él hiciera alguna pregunta inteligente. Pero la imaginación le dio la espalda.

—Es muy cierto que no entendimos su visión de las cosas, nai-ji, la primera vez que llegamos. No entendimos a los atevi. Y ustedes no nos entendieron a nosotros. Esa fue una de las primeras y desgraciadas razones de la guerra.

—La razón de esa desgraciada guerra fue que los humanos decidieron tomar Mosfeira, a la que no tenían derecho. Expulsaron a cientos de miles de atevi de sus casas. Fue una ruptura del man'chi, porque no podíamos hacer frente a vuestras armas en pie de igualdad, nand'paidhi. —La voz de la Viuda no transmitía furia, solo severidad y énfasis—. Y, lentamente, habéis ido educándonos y transmitiéndonos vuestra tecnología. ¿No te parece una gran tontería?

Tampoco era la primera vez que Bren se enfrentaba a aquella pregunta. Los atevi se la formulaban entre sí cuando creían que el paidhi no iba a conocer el contenido de sus conversaciones. Los consejeros frustrados se la gritaban al paidhi en el consejo. Ni siquiera a Tabini había podido darle la intraducible, la auténtica respuesta: pensábamos que podíamos ganarnos vuestra amistad.

Así que le ofreció la respuesta oficial, la respuesta cuidadosamente elaborada y traducible:

—Vimos una posible asociación. Comprendimos que nos convenía contar con vuestra buena voluntad en la región a la que la fortuna nos había arrojado.

—Nos decís si tendremos carreteras o ferrocarriles. Nos negáis lo que queréis negarnos. Nos prometéis maravillas. Pero las grandes maravillas, según he oído, se encuentran en Mosfeira, para disfrute de los humanos, que tienen carreteras pavimentadas.

—Unas pocas. Menos que ustedes.

—En un continente mil veces más grande que Mosfeira. No seas deshonesto, nand'paidhi.

—Con vehículos que no utilizan combustión interna. Que llegarán, nai-ji. Que llegarán a los atevi.

—¿Y tú lo verás... o yo?

—Puede que en unos treinta años. Quizá menos. Dependiendo de si tenemos la industria necesaria. Dependiendo de si encontramos los recursos. Dependiendo de si las asociaciones y las provincias deciden producir mercancías escasas, y dependiendo de los ordenadores. Dependiendo del man'chi y de quién está dispuesto a colaborar y quién no, y del éxito de los primeros programas... Pero no necesito decirle nada de esto a la aiji-Viuda, que conoce perfectamente la obstinación de los intereses creados.

Había conseguido hacer reír a la Viuda, aunque fuera una risa breve y sombría. El sol cubría de sombras el negro perfil de Ilisidi frente a las neblinosas distancias del cielo y el lago. Cabalgaron un rato en silencio sobre la cima de la montaña, bajo el viento que alborotaba las crines de los mecheiti, Bren montado como un niño, bamboleándose de un lado a otro, sobre el lomo de una criatura criada para llevar atevi en sus infrecuentes pero terribles guerras.

—Ahí está el aeropuerto —dijo Ilisidi señalando hacia delante.

Bren aguzó la vista y logró avistar lo que le parecía que era el aeropuerto de Maidingi, más allá de una confusión nebulosa que, decidió, debía de ser la ciudad del mismo nombre. Más cerca de ellos distinguió la carretera, o algo que tomó por ella y que se internaba sinuosamente en las montañas.

—¿Es esa la ciudad? —preguntó, consciente de que era una pregunta estúpida, formulada con el único objeto de romper el silencio. E Ilisidi le respondió que sí, era Maidingi.

A continuación, con la mirada sobre la amplia llanura, la Viuda señaló en la dirección de las aldeas que rodeaban la ciudad de Maidingi, y le dijo los nombres de las plantas y las regiones y las montañas que había más allá del lago.

Pero en la mente de Bren seguía la historia que había visto en los libros de su cuarto, el castillo que se enfrentaba a los ataques de la asociación, incluso antes de que empezaran a utilizarse los cañones. Durante siglos, Malguri se había erguido como un baluarte frente a las incursiones procedentes del este. Las banderas al viento, el humo de los cañones en las murallas...

Evita el romanticismo, le había dicho su predecesor. No imagines. Mira, observa e informa.

Precisión. No pensamiento emocional.

Muchas vidas dependían de la precisión del paidhi. Miles de millones de vidas se basaban en la fiabilidad de sus percepciones.

Y en su deber de representar a ambos bandos de manera precisa ante el otro.

Pero, pensó, ¿cuánto hemos olvidado sobre ellos? ¿Cuánto los hemos alentado a perder? ¿Cuánto hemos arrasado al imponer nuestras prioridades y nuestra secuencia tecnológica a la suya?

¿O se han olvidado realmente estas posibilidades en este lugar? ¿Han llegado a olvidarse de verdad?

Marcharon hasta el mismo borde del risco. Las nubes estaban empezando a cubrir el borde meridional del lago. Bajo sus pies, se veían de color gris oscuro y cubiertas de brillantes relámpagos, como una oscura amenaza sobre las aguas grisáceas. Pero la luz del sol que caía sobre los picos azulados del este convertía las aguas de la orilla de Malguri en una superficie tan brillante como la plata pulimentada. Un dragonet abandonó su nido entre las rocas y lanzó un chillido de protesta a los vientos justo antes de que resonara un trueno. Otro estaba reptando por el largo y lento camino que debían recorrer una vez que su vuelo se agotaba, con las alas plegadas y asiéndose en las afiladas rocas con las garras.

En Shejidan había dragonet. Los edificios de los alrededores del parque tenían paredes inclinadas. Específicamente, según había oído Bren, para que pudieran agarrarse. Los atevi aún los apreciaban, por su tozudez, por su insistencia en volar a pesar de que sabían que el camino de regreso era incierto y estaba sembrado de peligros.

Depredadores sobre sus alas y presas potenciales en su vuelta.

Ilisidi hizo dar la vuelta a Babs al llegar al final del camino y descendió en diagonal entre las rocas. Bren la siguió.

Tras cabalgar un rato, pasaron junto a un viejo edificio en ruinas que, según Cenedi, era un viejo emplazamiento artillero de una guerra provincial. Pero sus cimientos, dijo Cenedi, eran más antiguos aún, y habían pertenecido a una fortaleza llamada Tadiiri, la Hermana, antaño erizada de cañones.

—¿Cómo acabó en ruinas? —preguntó Bren.

—Cayó junto con Malguri —dijo Cenedi—. Y hubo un barril de vino que no estaba de acuerdo con el aiji de Tadiiri y su corte.

Veneno.

—Pero ¿y la fortaleza? —balbuceó.

—Le faltaba delicadeza —dijo Cenedi.

Así supo con certeza lo que era Cenedi, lo mismo que Banichi y Jago. Y luego comprendió que la muerte que había estado a punto de sufrir lo había avergonzado, tal como él mismo había dicho, desde un punto de vista profesional.

—Después de eso —prosiguió Cenedi—, Tadiiri fue demolida y se llevaron los cañones. Pudiste verlos en la puerta principal, al salir.

No había sabido con seguridad si eran auténticos. Un memorial, había pensado. No sabía de estas cosas. Pero la era de las guerras y los cañones había sido tan breve... Y, además, la guerra en la tierra de los atevi había sido, casi siempre, una cuestión de maniobra y estratagema en la que los líderes reservaban sus ejércitos y evitaban el encuentro directo. Era el asesinato la circunstancia de la que más debía guardarse uno a cualquier escala de enfrentamiento.

Y allí estaba él, cabalgando con Ilisidi y su guardia, tras haber dejado atrás la que Tabini le había proporcionado.

¿O acaso era, en términos atevi, una maniobra, una toma de posición, una declaración de posición y poder, el hecho de forzarlo a unirse a ellos? Podía haber cualquier cosa dañina en la comida o la bebida. Si querían hacerle daño a un humano, había mil formas de hacerlo.

Y Banichi y Cenedi habían hablado y habían penetrado como intrusos en el territorio del otro: Banichi se enfureció con él por aceptar la invitación. Le dijo que no había forma de liberarlo de su promesa, pero todo aquello ocurría por razones atevi, era la forma de los atevi de hacer frente a una situación entre Tabini y su abuela, y, en último caso, una prueba de la autoridad del propio Banichi en la casa. Simplemente, él no podía entenderlo.

Puede que Ilisidi y Tabini hubiesen dejado claro lo que querían dejar claro y puede que, a partir de entonces, cupiese esperar paz entre las dos alas de la casa, la casa de Tabini, la política de Tabini, respaldada por varias generaciones, y por los paidhiin antes de ellas.

Diplomacia, sí, pensó mientras volvía a fijarse en la cola de Babs. Conocía su lugar en ella y estaba bien asesorado.

Sabía quién gobernaba en Malguri. Se lo habían dejado muy claro. Por lo que le había dicho Banichi, era Tabini.

Pero, al mismo tiempo, ahora se suponía un poco más a salvo, bajo el amparo de Ilisidi además del de Tabini.

En un patio inundado por los ecos y los rugidos de los mecheiti, Nokhada extendió una pata a la tercera vez que se lo pedía, más que nada, supuso Bren, porque todos salvo ella ya lo habían hecho.

Bajó pegado al costado caldeado por el sol de la criatura y observó con desconfianza cómo retorció el cuello su cabalgadura y le mordisqueaba la manga y le clavaba los cuernos, afeitados pero aún formidables, en el costado para tratar de enderezar la retorcida rienda. Pero no era tan tonto como para volver a tocarla en el morro, así que Nokhada levantó de nuevo el hocico, olisqueó el aire, como una negra montaña entre Bren y el sol de media mañana, y se quejó de algo invisible, o simplemente decidió disfrutar del eco de su propia voz.

Los mozos se acercaron para coger las riendas. Bren le dio a Nokhada una palmadita en el flanco, suponiendo que era lo debido. La montura emitió un auténtico trueno, le arrancó las riendas de la mano y siguió al resto de los mozos, que la conducían al laberinto de patios de los establos.

—Úsala mientras estés aquí —dijo Ilisidi, a su lado—. En cualquier momento y a cualquier hora. Los establos tienen órdenes de obedecer al nand'paidhi.

—La Viuda es muy amable —dijo mientras se preguntaba si le quedaría algo de piel en las palmas de las manos.

—Aún sigues sin saber sentarte bien —dijo ella. Cogió el bastón que le ofrecía un mozo y se alejó en dirección a las escaleras.

Bren se lo tomó como una señal de que la conversación había terminado.

Pero ella se detuvo en el primer escalón y lo miró con las dos manos apoyadas en el bastón.

—Mañana por la mañana. Desayuno. —El bastón perforó el aire que los separaba—. Nada de discusiones, nand'paidhi. Este es el privilegio de tu anfitriona.

Se inclinó y siguió a Ilisidi escaleras arriba en medio del flujo general de sus criados y sus guardias, muchos de los cuales probablemente ejercían de ambas cosas a la vez, al igual que su personal.

Tenía el labio hinchado, había perdido la capa superficial de piel de su mano derecha, ciertas regiones íntimas de su persona estaban irritadas y prometían estarlo mucho más y, según la declaración de la Viuda, al día

siguiente le esperaba una segunda sesión de lo mismo: aparentemente, había abierto una puerta que ahora no podía volver a cerrar.

Subió todas las escaleras hasta el balcón del apartamento de Ilisidi, pues era la única entrada al castillo que conocía, mientras la Viuda, de camino a sus aposentos interiores, no prestaba la menor atención a su presencia allí, lo que no suponía la grosería que habría sido entre los humanos, sino únicamente que, en ocasiones, a la Viuda no le interesaba seguir tratando sus asuntos con un inferior. A causa de su diferencia de rango, no le debía nada; y gracias a ese silencio, él era libre de marcharse, a menos que algún criado le diera instrucciones en sentido contrario.

Ninguno lo hizo. Atravesó la puerta de la Viuda y las áreas de recepción públicas de sus aposentos, en medio de la atención de los criados de menor rango, quienes abrían las puertas exteriores para dejarlo pasar, se inclinaban y le deseaban buena suerte cuando pasaba.

Buena suerte, les respondió él a su vez, con las apropiadas inclinaciones de cabeza, tras de lo cual se alejó por los pasillos, magullado y dolorido, pero provisto ahora de un mayor conocimiento de la tierra, de las provincias, de la visión del comandante del castillo, e incluso de la historia y el origen de los cañones que se veían en la puerta principal.

Donde —por Dios bendito— había varios vehículos aparcados.

Puede que algún oficial hubiese llegado a la ciudad. Puede que el prometido equipo de reparaciones hubiera llegado al fin y estuviese arreglando el sistema eléctrico. En cualquier caso, el paidhi no era una presencia que la mayoría de los atevi de las provincias pudiera ver sin inmutarse. Decidió apretar el paso y cruzó precipitadamente el vestíbulo a pesar de su pierna dolorida.

Y fue a darse bruces contra un grupo formado por personal del castillo y turistas, que salían en ese preciso momento.

Una niña empezó a gritar y se escondió detrás de sus padres. Los adultos permanecieron quietos como estatuas, como un muro negro de grandes ojos amarillos. Les ofreció una elaborada reverencia de disculpas y —era lo mínimo que podía hacer como paidhi—, consciente de que debía reparar el daño causado por su aspecto salvaje, su labio partido y su polvorienta chaqueta, dijo:

—Bienvenidos a Malguri. No sabía que tuviéramos visitantes. Por favor, tranquilicen a la jovencita. —Una pausa para recobrar el aliento. Una segunda reverencia—. El paidhi, Bren Cameron, a su entera disposición. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—¿Puede darnos un cordón? —preguntó un niño algo más crecido, que estaba delante.

—No sé si tengo cordones —dijo. A veces tenía algunos en su oficina, para las ocasiones formales. No sabía si Jago los había traído. Pero uno de los criados dijo que podía procurárselos, así como un poco de cera, por si tenía el sello.

Estaba atrapado. Banichi iba a matarlo.

—Discúlpenme —dijo—. Vengo de los establos. Tengo que lavarme las manos. Volveré enseguida. Perdónenme un momento. Con su permiso, gracias... —Hizo dos o tres reverencias más, se dirigió hacia las escaleras y se encontraba a mitad del piso de arriba cuando levantó la mirada.

Tano se encontraba en lo alto de las escaleras, con una expresión nada complacida, y un arma junto a la cadera. Lo llamó con un gesto y Bren subió a la carrera los últimos escalones. Esperaba que aquel breve intercambio de gestos se hubiese producido en un ángulo que hubiese impedido a los turistas comprender la razón de su repentina demostración de energía.

—Nand'paidhi —dijo Tano con voz severa—. Tendrías que haber usado el pasillo trasero.

—¡Nadie me lo dijo, nadi! —Estaba furioso. Se contuvo. El culpable era Banichi, que estaba al cargo... y el segundo responsable era, a todas luces, él mismo—. Tengo que lavarme. Le he prometido a esa gente...

—Cordones, nand'paidhi. Yo me encargaré. Corra.

Voló escaleras arriba, con dolores y todo, y cruzó a la carrera el pasillo que llevaba a su apartamento. No tenía tiempo de bañarse. Se lavó un poco, se cambió de pantalones y de camisa, se puso una chaqueta limpia, y se pasó las manos empapadas de colonia por el pelo revuelto, que estaba empezando a escapar de la coleta.

Entonces salió, volvió por el pasillo y realizó un descenso mucho más civilizado por las escaleras hasta lo que se había convertido en una fila de recepción, dispuesta junto a la mesa del vestíbulo, delante de la chimenea, con un depósito de cera, cordones, pequeñas tarjetas, y una hilera de nerviosos atevi. Para cada uno de ellos, una tarjeta que firmar, un cordón y un sello de cera, y, con la primera de estas firmas y el primero de estos sellos, un turista encantado y nervioso que había recibido una bonificación inesperada en su viaje, mientras una treintena más lanzaba miradas de soslayo al primer humano vivo que habían visto en su vida, salvo que hubiesen estado alguna vez en Shejidan.

El paidhi estaba acostumbrado a las miradas de los adultos. Los niños eran más difíciles de soportar. Se habían criado con los machimi sobre la guerra. Algunos de ellos parecían hostiles. Otros querían tocar la mano del paidhi para ver si su piel era de verdad. Uno de ellos le preguntó si su madre era del mismo color. A varios les dieron miedo sus ojos y otros le preguntaron si tenía un arma de fuego.

—No, nadi —les mintió, aunque con la conciencia bastante tranquila—. Nada de armas. Ahora estamos en paz. Vivo en la casa del aiji.

Uno de los padres preguntó:

—¿Está de vacaciones, nand'paidhi?

—Disfrutando del lago —dijo, y se preguntó si el intento de asesinato habría llegado ya a las noticias televisivas de la provincia de la que había venido aquel hombre—. Estoy aprendiendo a montar. —Vertió un poco de cera y selló el cordón a la tarjeta—. Las vistas son preciosas.

Resonó un trueno. Los turistas intercambiaron miradas ansiosas.

—Me daré prisa —dijo, y, acordándose de la nube negra que había visto desde la cima de las montañas, que se aproximaba a las orillas del lago, procedió más deprisa con la tarea. El diluvio diario, se dijo, y se preguntó si habría alguna razón para que Tabini solo visitase el lugar en otoño, y no en mitad del verano. Puede que hubiese enviado al paidhi allí para que se ahogase.

Seguía sin haber luz.

—Qué auténtico —dijo uno de los turistas refiriéndose a la luz de las velas.

Visita los baños, pensó con tristeza, y pensó en el agua del baño, que tardaría al menos media hora en calentarse. Sentía cierta incomodidad sentado allí, en aquella silla, que tenía muchas semejanzas con la silla de montar, con el paso de Nokhada y con la flexión de ciertos músculos cuya existencia separada nunca había llegado a sospechar.

Una bocanada de viento frío y húmedo cruzó la entrada, agitó la llama de las velas y desparramó parte de la cera del depósito sobre la madera pulida de la mesa. Bren pensó en pedir a uno de los criados que cerrara las puertas antes de que empezara a llover, pero todos ellos se encontraban convenientemente apartados y él ya casi había terminado. El último turista tendría su cordón en unos instantes y, además, la puerta daba más luz que las velas.

El eco de un nuevo trueno resonó en las paredes y llegó a los dos últimos turistas, una pareja de ancianos, que pidió:

—Cuatro tarjetas, si al paidhi no le importa, para los nietos.

Firmó y selló mientras los turistas, con sus tarjetas y sus cordones, se congregaban junto a las puertas. Los vehículos estaban dando la vuelta y el aire olía a humedad, un marcado contraste con la cera de los sellos.

Hizo una última tarjeta, con su último cordón, para el anciano, que le dijo que sus nietos eran Tabona y el pequeño Tigani, al que se le acababa de caer el primer diente, y que tenía un hijo llamado Fedi, granjero en la provincia de Didaini, y ¿no le importaría al paidhi una foto también?

Se levantó sintiendo el entumecimiento de los músculos y le sonrió a la cámara y al clic general de los obturadores que el tácito permiso dado por este gesto desencadenó. Ahora que había visto que los turistas eran accesibles se sentía mucho mejor, e incluso los niños estaban comportándose cada vez mejor. Pensó que nunca se encontraría más cerca de la gente humilde, salvo quizá en alguna que otra ocasión puntual en Shejidan, y se sintió obligado a responder con recíproca cortesía a causa del éxito del gesto y los hábitos de su trabajo, así que los acompañó hasta la puerta y hasta sus autobuses. Siempre era una buena práctica el gesto adicional de buena voluntad, a pesar de la frialdad de las relaciones; y, además, le caía bien la pareja de ancianos, que caminaban a su lado y estaban preguntándole por su familia:

—No, no estoy casado —dijo—. No, lo he pensado pero...

Barb se moriría de aburrimiento y frustración en el confinado espacio en el que vivía el paidhi. Se asfixiaría en la seguridad circundante, y en cuanto a la circunspección, nunca toleraría las preguntas de la junta, no pasaría los exámenes... Y además no la amaba, aunque era lo que necesitaba.

Un niño se le acercó corriendo, chocó contra su brazo y dijo, sin demasiada discreción:

—Soy igual de alto que tú, mira. —Cosa que era cierta. Pero sus padres se lo llevaron rápidamente, tras declarar que ese comentario era muy insheibi, muy indiscreto, maleducado y peligroso, y pedirle mil perdones al paidhi. ¿No podrían sacarse una foto con él si algún miembro de su personal tuviese la amabilidad de coger la cámara?

El paidhi sonrió a la manera atevi, aguardó mientras componían la foto y adoptó un aspecto lo más civilizado y cómodo posible en medio de la pareja mientras la cámara disparaba.

Sonaron más cámaras mientras se alejaba, una auténtica descarga de obturadores.

Y una sucesión de tres detonaciones secas más allá de las puertas. Se volvió, con el corazón paralizado de espanto, al reconocer los ruidos de los

disparos, y entonces alguien lo arrojó contra la puerta mientras los turistas buscaban refugio bajo el pórtico y la lluvia.

Otro disparo. Los turistas gritaron.

Era Tano el que lo agarraba con tanta fuerza que casi lo asfixiaba. Tano, de cuya proximidad ni siquiera se había percatado.

—Quieto aquí —dijo el atevi, y salió con el arma en la mano.

Pero Bren no podía quedarse allí sin saber lo que estaba ocurriendo ni cuál era el peligro. Se arriesgó a lanzar una mirada tras la espalda del otro, mientras el resto de su cuerpo permanecía oculto detrás de la sólida puerta. Por las aberturas de una muralla de turistas, vio un hombre tendido sobre los adoquines bajo la lluvia, y, más o menos a la misma distancia, unas figuras atevi que, saliendo del césped, se aproximaban a la rotonda entre los cañones, meras sombras entre los velos de la lluvia. Uno de los conductores de los autobuses, ignorando todo lo que estaba ocurriendo, les gritaba a sus turistas que subieran, que los esperaba un largo viaje y tenían programada una comida en el lago si el mal tiempo remitía.

Los turistas subieron al autobús mientras las sombras atevi se congregaban alrededor del caído. Bren supuso que el tiroteo había terminado. Salió y se detuvo junto a la puerta, donde las húmedas bocanadas de aire lo abofetearon. Tano regresó corriendo.

—Métase dentro, nand'paidhi —dijo. El primero de los vehículos ya estaba alejándose, y algunos de los turistas, con la cara pegada a los cristales, se despedían con la mano. Les devolvió el gesto, hábito incontenible, paralizado por lo grotesco de la situación. El autobús entró en la rotonda que había detrás de los cañones y el segundo pasó junto a él.

—Ya nos encargamos nosotros, nand'paidhi, métase dentro. Creen que ha sido un machimi para turistas, no pasa nada.

—¿Que no pasa nada? —Contuvo su creciente indignación y controló su voz—. ¿Quién ha muerto? ¿Quién es?

—No lo sé, nand'paidhi. Trataré de averiguarlo, pero no puedo dejarte aquí. Por favor, vuelve arriba.

—¿Dónde está Banichi?

—Fuera —dijo Tano—. Todo está controlado, nadi, vamos, te llevaré a tu cuarto. —Su comunicador de bolsillo empezó a sonar y Tano lo encendió con una mano—. Está conmigo —dijo. Era la voz de Banichi, pensó Bren, gracias a Dios que era Banichi, pero ¿dónde estaba Jago? Oyó que Banichi decía algo en código verbal sobre un problema que ya estaba resuelto, y luego una segunda voz, cuyo género no era fácil de adivinar, como ocurría con todas las

voces atevi, que decía algo sobre un segundo equipo y aseguraba que todo estaba bajo control.

—La Viuda —dijo Bren en voz baja, inquieto de repente. No había más remedio que preguntárselo, a la vista de las evidencias. ¿Estaba implicada Ilisidi, se encontraba bien, era de algún modo la responsable de lo que estaba ocurriendo allí, estaba con Banichi?

—Se encuentra perfectamente —dijo Tano antes de darle un nuevo y delicado empujón—. Por favor, nadi. Banichi se encuentra bien, todo el mundo se encuentra bien...

—¿Quién ha muerto? ¿Un forastero? ¿Alguien del personal?

—No estoy seguro —dijo Tano—, pero, por favor, nadi, no haga nuestro trabajo más difícil aún.

Se dejó llevar desde las puertas, lejos de la neblina que lo humedecía y le helaba la ropa, por el sombrío pasillo y luego por las escaleras. Mientras caminaba, no dejaba de pensar en las sombras que había visto moverse bajo la lluvia, en Banichi allí fuera, y en el cuerpo tendido sobre el camino empedrado, junto a los macizos de flores y los cañones del memorial...

Y también pensaba, con incomodidad, en la alarma de la pasada noche, y en la cabalgada por los acantilados menos de una hora antes, con Ilisidi y Cenedi, donde un simple rifle habría bastado para acabar con ellos. El vívido recuerdo regresó de repente, el de aquella noche en Shejidan, el espanto del arma en su mano, y Jago que decía, como en un mal sueño, que había sangre en la terraza. Como allí fuera, sobre el césped, bajo la lluvia.

Sus rodillas empezaron a temblar mientras subían por las escaleras. Tenía un nudo en el estómago antes de llegar a las puertas de su habitación, como si volviera a ser aquella noche, como si todo estuviera escapándose a su control.

Tano se adelantó dos pasos y abrió la puerta de su vestíbulo, un lugar que debía de ser como un refugio para él, donde el aire cálido lo recibió como un muro y la luz entraba a raudales por una ventana cegada por la lluvia. Hubo un relámpago y la ventana se tiñó de blanco por un instante. Los turistas estaban teniendo una visita pasada por agua. La comida en el lago parecía ahora poco probable.

Alguien había invadido el recinto la pasada noche y ese alguien estaba muerto sobre el camino. Todos sus planes se habían cancelado. No parecía razonable que nadie supiera cuáles eran.

Tano tocó la campanilla de los criados y le aseguró que un té estaba de camino.

—Un baño —dijo Bren— si es posible. —No quería estar con Djinana y Maigi en aquel momento, quería seguir con Tano, quería gente de Tabini, pero tenía miedo de decírselo a Tano, como si cuestionar los planes de este pudiera equivaler a cuestionar su conspiración de silencio, una señal de que el prisionero había reunido el valor necesario para rebelarse, una advertencia de que los guardias debían ser un poco más cuidadosos...

Otro pensamiento estúpido. A quienes quería tener a su lado era Banichi y a Jago, y Tano le había dicho que sus necesidades personales no podían hacer otra cosa que estorbar la investigación que Banichi estaba llevando a cabo en el exterior. Su necesidad de saber no era equiparable a la necesidad de Banichi de seguir el rastro bajo la lluvia, de interrogar al personal, de averiguar cómo había entrado esa persona, o si había venido en el autobús o él mismo había cometido un terrible error y se trataba de un desgraciado turista que se había alejado un poco para tomar una foto con un ángulo diferente.

La gente del autobús echaría de menos a un miembro de su grupo, ¿no? ¿No preguntarían los demás pasajeros por qué había un asiento vacío, o quién era aquel hombre, o si había sido un machimi, solo un actor, desde el principio, un entretenimiento para ellos? ¿No era algo histórico, un divertimento educativo propio de Malguri, donde ocurrían accidentes fatales en los paseos?

Djinana y Maigi respondieron con rapidez a la llamada. Se lo arrebataron a Tano y lo llevaron al salón, donde le hicieron sentarse cerca del fuego y le quitaron la chaqueta mojada mientras le preguntaban cómo había ido el desayuno con la Viuda, como si los turistas nunca hubiesen existido, como si no estuviera pasando nada ahí fuera, nada relevante para la vida de nadie...

¿Dónde estaba Algini?, se preguntó de repente. No había visto al compañero de Tano desde el día anterior, y allí fuera había un cadáver. No lo había visto la noche pasada, solo unas sombras que pasaban por delante de su cuarto. Puede que no lo hubiera visto desde el día antes, puede que con el incidente del té hubiera perdido la noción del tiempo desde que se marchara de Shejidan.

Tano no parecía preocupado. Pero los atevi no siempre expresaban las cosas con el rostro. No siempre expresaban lo que sentían, si es que sentían, y uno no podía saber...

—Enciende el calentador —le dijo Maigi a Djinana, y lo cubrió con una manta—. Nadi, por favor, quédese sentado hasta que entre en calor. Lo ayudaré con las botas.

Se sentó en la silla delante del fuego, mientras Maigi le quitaba las botas. Tenía las manos heladas. Y los pies también, sin razón aparente.

—Han disparado a alguien ahí fuera —dijo, embargado de repente por una sensación de imprudencia que lo impulsaba a desafiar el silencio de Maigi sobre el tema—. ¿Lo sabías?

—Estoy seguro de que se están ocupando de todo. —Maigi se arrodilló sobre la alfombra y empezó a calentarle el pie derecho con movimientos vigorosos de las manos—. Saben lo que hacen.

Se refería a Banichi y a Jago, según parecía. Muy bien. Había un hombre muerto. Puede que todo hubiese terminado y pudiera volver mañana a su posición, donde su ordenador funcionaría y podría recibir el correo.

¿Todavía sin luz, con turistas yendo y viniendo y con las locuras de la Viuda, que los ponían a todos en peligro con paseos matutinos?

¿Por qué no le había advertido Banichi, si tenía algo que advertirle, sobre la presencia de un extraño en el recinto, y por qué no le había llegado su advertencia sobre los turistas?

¿O es que Jago le había dicho algo el día anterior, algo sobre una visita...? No se había acordado, maldición, había estado pensando en el lío en el que estaba metido y la advertencia no había calado en su mente.

Así que no era culpa de ellos. Alguien lo había seguido hasta allí, y él había estado paseándose entre los turistas, donde podrían haber matado a cualquiera si los guardias no lo hubieran protegido con su presencia.

Tenía frío. Maigi lo dejó en la silla con la manta y le trajo un té caliente. Permaneció allí, con los pies envueltos en la tela delante del fuego, mientras en el exterior sonaban unos truenos que hacían temblar las ventanas y la lluvia azotaba los cristales por encima de las murallas. La ventana daba a la pradera que se extendía delante del lago. La lluvia sonaba como una descarga de gravilla. O una granizada. Lo que le llevó a preguntarse cómo la aguantaban los cristales. Si estarían reforzadas de algún modo y si serían también, considerando la presencia de la pared exterior y la posibilidad de que alguien pudiera escalarla, a prueba de balas.

La noche pasada Jago le había pedido que se mantuviera apartado de ellas. Algini había desaparecido antes de la pasada noche. Se había ido la luz.

Allí sentado, revivió una y otra vez la mañana, el desayuno, el paseo, Ilisidi y Cenedi, los turistas y Tano, caras alegres en su mayor parte y manos que lo saludaban desde la ventana del autobús, como si todo fuera un programa de televisión, como si todo fuera un machimi. Se había adentrado un poco en la campiña, había conocido gente a la que había convencido de

que no debía tenerle miedo, como los niños, como aquella pareja de ancianos, y alguien había muerto delante de ellos.

Él había disparado un arma, había descubierto que podría llegar a matar por miedo, por —estaba empezando a descubrir— una terrible, terrible furia que albergaba en su interior, una furia que aún lo zarandeaba, una furia que no había sabido que poseyera, una furia que no sabía dónde había comenzado ni qué pretendía hacer ni si se dirigía contra él, contra los atevi o contra alguna situación concreta.

Lo de la noche pasada no había sido una falsa alarma. O de serlo, habría dicho Barb, habría sido una coincidencia de mil demonios. Puede que Banichi hubiera creído que estaba a salvo, y el responsable de todo, fuera el que fuese, hubiese conseguido acercarse sin que él se diera cuenta. Puede que hubiesen estado siguiendo al asesino desde el principio y que lo hubieran dejado salir con Ilisidi aquella mañana con la esperanza de inducirlo a abandonar su escondite.

Demasiada televisión, había dicho Banichi aquella noche, con la habitación inundada aún por el olor de la pólvora y la lluvia en la terraza. Demasiadas obras machimi.

Demasiado miedo en la cara de los niños. Demasiados dedos que lo señalaban.

Quería su correo, maldición, solo quería los catálogos, las imágenes. Pero no iban a traérselos.

A estas alturas, era posible que Hanks lo hubiese echado ya en falta y hubiera tratado de llamar a su oficina sin conseguir nada.

De vacaciones con Tabini, le dirían. Hanks sabría la verdad. Tenían controladas las transmisiones atevi. Pero no lo reconocerían en el Bu-javid. Seguirían vigilando, una vez alertados del peligro, para tratar de encontrarlo, y lo maldecirían por no hacer su trabajo. Hanks empezaría a prepararse para reemplazarlo. Hanks siempre había estado resentida con él por haber conseguido el puesto.

Y Tabini la detestaría. Hasta podría decírselo a la comisión, de no ser porque ellos pensarían que lo hacía por razones interesadas o simplemente por su enemistad.

Pero si a él se le daba tan bien interpretar a Tabini —o interpretar las situaciones—, su situación actual no lo demostraba precisamente. No había hecho la llamada vital, no había alertado a Mosfeira de la situación...

Dios, qué estupidez. Tenía los desvaríos de un lunático descarriado y ahora estaba viendo cómo se venía abajo el tratado, como si los atevi hubieran

estado esperando todos estos siglos solo para reanudar la guerra, ocultando un programa de misiles que habían estado preparando en secreto para poder bombardear Mosfeira.

Era tan estúpido como pensar que los atevi tenían satélites escondidos armados con rayos de la muerte. Las relaciones entre Mosfeira y Shejidan tenía sus períodos malos. La administración de Tabini era la menos secretista, la más tratable de todas las que habían conocido.

Rayos de la muerte, le diría Tabini, y después de reírse, lo invitaría a comer y a tomar una copa del licor que los humanos y los atevi podían compartir. «Ríete», le diría Tabini. «Bren, hay idiotas en Mosfeira y los hay en el Bu-javid. No te los tomes en serio».

«La mano firme, Bren-ji, como si apuntaras con el dedo, no hay diferencia.

»Buen disparo, buen disparo, Bren...».

La lluvia azotaba la ventana. Borraba las pruebas. Los autobuses se alejaban por la carretera y los pasajeros se reían, sorprendidos y divertidos por el encuentro.

No lo detestaban. Querían sacarse fotos con él para demostrarles su existencia a sus vecinos...

—Nadi —dijo Djinana desde la puerta—. Tu baño está preparado.

Bren reunió las fuerzas necesarias para levantarse, se envolvió en la manta y atravesó los dormitorios, el pasillo y las húmedas habitaciones en compañía de Djinana, hasta llegar al aire sobrecalentado del baño, donde pudo quitarse la manta y el resto de la ropa y sumergirse hasta el cuello en el agua caliente y humeante.

Las nubes se alzaron a su alrededor. El agua invadió los dolores cuya existencia no quería admitir. Podía permanecer allí sentado, empapándose, y mirar estúpidamente las antiguas piedras que lo rodeaban mientras se hacía preguntas tontas como por qué la bañera no atravesaba el suelo cuando el resto del segundo piso estaba hecho de madera.

O cosas como: ¿por qué los dos criados no le habían avisado de la alarma la pasada noche y por qué Cenedi les había dejado salir?

Habían hablado de cañones y guerras ancestrales.

Todo se volvió borroso. Las piedras, la precariedad, la edad, el calor, la amenaza contra su vida... El ruido de la tormenta no llegaba hasta él. Solo había alguna que otra sacudida provocada por un trueno, que ocasionalmente atravesaba las piedras, como unos cañonazos antiguos.

Y la voz de todo el mundo, que repetía «todo va bien, nand'paidhi, no tiene usted de qué preocuparse, nand'paidhi».

Oyó unos pasos en el exterior. Oyó unas voces que se alejaron y murieron rápidamente.

Puede que fuera Banichi que regresaba. O Jago, o Tano. O hasta Algini, si estaba vivo y se encontraba bien. La casa no parecía en estado de emergencia. En el fallo de la alta tecnología, el quemador de metano seguía funcionando.

El paidhi estaba acostumbrado a dejar completamente su bienestar en manos de otros. No había nada que él pudiera hacer. No tenía sitio adonde ir.

Se quedó sumergido en el agua, meneando los dedos de los pies, que estaban agarrotados y despellejados por culpa de las botas, y los tobillos, que estaban empezando a agarrotarse por culpa de la tensión de permanecer montado sobre el lomo del mecheita. Debía de haber flexionado las piernas por completo. Permaneció allí, derramando sus dolores en el agua, hasta que esta empezó a enfriarse y entonces decidió salir y se cubrió con una toalla para secarse. Djinana lo habría ayudado de buen grado, pero él nunca había tenido esa costumbre con sus propios criados, y mucho menos con desconocidos. Podía componérselas solo.

Así que se puso la túnica que le había dejado allí, regresó al estudio y se sentó frente a su chimenea para leer un libro y esperar a que llegara alguna información o alguna noticia sobre su liberación, o a que se helara el Infierno, lo que se produjese primero.

Puede que hubieran cogido al asesino con vida. Puede que estuviesen haciéndole preguntas y obteniendo respuestas. Hasta puede que, si era el caso, Banichi se lo contara...

O puede que no.

—¿Cuándo volverá la luz? —le preguntó a Djinana cuando este volvió para preguntar si el paidhi quería algo más—. ¿Te han dicho algo?

—Jago comentó algo sobre pedir un transformador nuevo —dijo Djinana—. Lo traerán en tren desde Raigan. Parece que algo ha volado en la central eléctrica que hay entre Maidingi y aquí. No sé qué. Probablemente el paidhi entienda esos sistemas mejor que yo.

Así era. No sabía que hubiese una estación secundaria. Nadie se lo había dicho. Solo sabía, por las noticias, que una cuarta parte de Maidingi estaba esperando la misma reparación. Era lógico que una central eléctrica atrajera los rayos, pero no que nadie en cien millas a la redonda pudiera devolver la luz a una parte importante de la ciudad sin tener que solicitar un gran envío de maquinaria.

—Esta no es una provincia pobre. Seguro que esto se repite de vez en cuando. ¿Ocurre todos los veranos?

—Oh, a veces —dijo Djinana—. El pasado verano dos.

—¿Y los asesinos consiguen entrar? ¿Eso ocurre también?

—Por favor, nand'paidhi, tenga la seguridad de que no. Todo está arreglado ya.

—¿Está muerto? ¿Saben quién era?

—No lo sé, nand'paidhi. No nos lo han dicho. Estoy seguro de que están tratando de averiguarlo. No de preocupe por estas cosas.

—Creo que es natural que me preocupe por estas cosas —murmuró, con la mirada clavada en su libro. No era justo descargar sus frustraciones en Djinana y Maigi, que solo trabajaban allí y que se tomaban la reputación de Malguri como un asunto personal—. Me gustaría tomar un té, Djinana, muchas gracias.

—¿Con sándwiches?

—Creo que no, Djinana, gracias, no. Estaré aquí sentado, leyendo.

Había barcos fantasmas en el lago. Uno de ellos era una embarcación de pasajeros que aún tocaba puerto en las noches de mediados de invierno. En una ocasión lo había hecho en el puerto de la mismísima Maidingi, debajo mismo de los focos, y había tratado de subir a bordo a los incautos y los mercedamente condenados, pero su único pasajero, cien años atrás, había sido un juez que nunca había llegado a su destino.

Había una barca de pesca que en ocasiones aparecía en medio de las tormentas. La última, ni veinte años atrás, se le había aparecido a la tripulación de un pesquero de arrastre que tenía una vía de agua y estaba hundiéndose. Toda la tripulación había subido a bordo, salvo dos hombres: el capitán y su hijo, que decidieron quedarse a bordo de su barco. La barca de pesca, que según todos los testigos era vieja y estaba en un estado ruinoso, se alejó con la tripulación y nadie volvió a verla.

Todo el contenido de las leyendas parecía depender de la confianza mal emplazada, a pesar de que los atevi no tenían una palabra para este concepto: los fantasmas perdían todo su poder si las víctimas no creían lo que veían, o si sabían que las cosas eran demasiado buenas para ser ciertas y se negaban a dejarse engañar.

Banichi seguía sin volver. Maigi y Djinana hicieron acto de presencia para preguntarle lo que quería de cenar y le recomendaron un plato de caza, una

especie de criatura esquiva de sangre fría que Bren no encontraba apetitosa, a pesar de saber que sus criados la consideraban una exquisitez. Pidió marisco en su lugar y Maigi le dijo que no había problema, aunque Djinana comentó que tal vez no fuera fácil de encontrar en aquella época del año; bajarían a la ciudad, y puede que allí hubiese algo, pero pasarían dos o tres horas antes de que pudieran servírselos.

—No me importa esperar —dijo, y luego añadió—: Podrían traer un poco para la comida de mañana.

—No hay hielo —se disculpó Djinana.

—Quizá en la ciudad.

—Podrían encontrarlo, nadi. Pero buena parte de la ciudad está sin luz y muchas casas querrán comprar un poco. Pediremos que...

—No, no, nadi, por favor. —Podía sobrevivir sin marisco en épocas de carestía—. Seguro que los demás necesitan más el hielo. Y si no se puede conservar... Por favor, no os molestéis. Si en la cocina pueden prepararme unas tostadas con fruta y un poco de té, sería excelente. Esta noche no tengo mucho apetito.

—Nadi, tienes que tomar algo más que pan y té. No has almorzado.

—Djinana, nadi, debo confesar que encuentro los platos de esta temporada un poco fuertes para mi gusto. Es un problema de percepciones diferentes. Nosotros somos muy sensibles a los alcaloides. En estos platos siempre hay y yo debo evitarlos a toda cosa. Si hubiera un poco de fruta o verduras kabi... La Viuda tenía unos rollitos de desayuno muy delicados, que me han gustado mucho.

—Se lo diré al cocinero, no te preocupes. Y... —Djinana adoptó una expresión conspirativa— creo que queda algo de carne ahumada del mes pasado. Desde luego, es kabi, si queda. Y siempre hacemos de más.

Carne en conserva. Fuera de temporada. Dios los bendijese.

—Nunca sabemos cuántos invitados vamos a tener —dijo Djinana, impasible—. Y es horrible que falte comida.

—Djinana-nadi, me has salvado la vida.

A Djinana pareció divertirse mucho el comentario y, muy complacido con la solución, se inclinó dos veces antes de marcharse.

De este modo, durante el resto de la tarde, Bren volvió a sus capitanes fantasmas y a los capitanes de los barcos que navegaban por las costas de Malguri durante las tormentas. Se decía que cuando se avecinaba un desastre repicaba una campana.

En lugar de campana, se abrió una puerta, unas botas mojadas atravesaron el vestíbulo y un empapado y muy cansado Banichi entró en el estudio y dijo:

—Comeré contigo, nadi.

Bren cerró el libro bruscamente y estuvo a punto de decir que la mayoría de la gente esperaba a que la invitaran, que no le había demostrado la menor educación y que estaba empezando a cansarse de que la gente pasara a su lado, lo ignorara o le hablara y le tratara como si fuera un niño retrasado.

—Es un placer tener compañía —dijo, y se convenció de que estaba realmente encantado de contar con alguien con quien hablar—. Dile a Djinana que ponga otro plato. ¿Jago vendrá también?

—Jago está de camino a Shejidan. —La voz de Banichi flotó hasta él desde el dormitorio, que había cruzado para dirigirse a los aposentos de los criados y el baño—. Volverá mañana.

Ni siquiera tuvo que preguntar por qué. No preguntó por qué un avión se arriesgaba a volar en mitad de una tormenta, la segunda desde el mediodía, pues seguramente se trataba del avión del aiji, que podía elaborar el plan de vuelo que se le antojara. Banichi desapareció en el cuarto de atrás y al cabo de un rato Bren oyó que el agua corría en el baño. La caldera debía de seguir encendida. Banichi no tendría que esperar para su baño.

En cuanto a él, regresó a sus campanas fantasmales y sus incautas víctimas, y a la infinidad de marineros perdidos por culpa de la famosa suerte de Maidingi, que siempre se alimentaba de las desgracias ajenas cuando un aiji residía en Malguri.

Eso era lo que decía el libro; y los atevi, que no creían en dioses omnipotentes, pero sí en que el universo y sus fuerzas cuasi divinas estaban gobernados por baji y naji, pensaban también que, al menos naji, podía fluir de persona a persona... O, al menos, lo habían creído antes de volverse modernos, cínicos e ilustrados y comprender que una potencia de fuego superior podía redistribuir la suerte entre gente que no se lo merecía en absoluto.

Había pasado toda la tarde sentado en el vestidor, desarrollando cardenales en zonas muy privadas. No estaba dispuesto a moverse, y mucho menos a vestirse para cenar, pues había decidido que ya que Banichi podía invitarse solo, podía también tolerar aquella informalidad.

El propio Banichi se presentó en el estudio ataviado exclusivamente con camisa, botas y pantalones negros, un poco más formal que él, pero no mucho, sin guerrera y con la coleta aún mojada sobre la espalda.

—Paidhi-ji —dijo con una reverencia.

—Sírrete una copa —respondió Bren, que estaba disfrutando de una antes de la cena, extraída de su propia reserva, que sabía segura. Tenía una jarra de Dimagi, que no podía beber sin que le diera jaqueca y cosas peores si se excedía. Un Dimagi excelente, suponía, puesto que era un regalo de Tabini. Le sirvió una generosa cantidad a Banichi.

—Nadi —dijo este mientras aceptaba el vaso con un suspiro y se invitaba solo a sentarse junto al fuego en la silla que había frente a la de su anfitrión.

—¿Y bien? —El licor le provocó un escozor en el corte del labio—. Hay un hombre muerto. ¿Era el mismo que invadió mi cuarto?

—No lo sabemos con seguridad —dijo Banichi.

—No era un turista extraviado.

—No era un turista. Era un profesional. Sabemos quién es.

—¿Y sigue sin haber Tentativa?

—Es un aspecto perturbador de este asunto. Era un trabajador con licencia. Con esto solo tenía que perder. Borrarián su nombre de los rollos, le denegarían los beneficios de su profesión y sus instructores caerían en desgracia. No se trata de asuntos sin importancia.

—Entonces lo siento por sus instructores —dijo Banichi.

—Y yo, nadi. Eran los míos.

Bren se detuvo en seco en este punto. ¿Banichi y aquel desconocido tenían algún punto en común? ¿Eran compañeros de estudios?

—¿Lo conocías?

—Nos habíamos visto con frecuencia, en ocasiones sociales.

—¿En Shejidan?

—Era hijo de una familia distinguida. —Banichi tomó un sorbo y miró fijamente el fuego—. Jago está escoltando sus restos al Gremio, junto con el informe.

Un mal día, decidió Bren. Se le había quitado el hambre por completo. Banichi le obsequió una mirada dura y sombría que fue incapaz de interpretar. Tampoco conocía sus opiniones, ni si las obligaciones que podía tener para con Tabini estaban por delante de las que lo vinculaban al Gremio o a aquel hombre, ni dónde estaba ahora su man'chi.

—Lo siento mucho —fue lo único que se le ocurrió.

—Tienes derecho a vengarte.

—No quiero vengarme. Nunca he querido una guerra, Banichi.

—Pues ellos la han declarado.

—¿A ti? —Su desesperación iba en aumento. Tenía el estómago revuelto. Le dolían las muelas. Morder era doloroso—. Banichi, no quiero que os pase

nada a Jago o a ti. No quiero que nadie muera.

—Pero ellos sí. Hay sobradas evidencias de ello. Un profesional les ha sido tan fiel como para quebrantar las leyes del Gremio... Por man'chi, nadi, esto es lo que debemos investigar. ¿Por quién era ese man'chi? Es la única motivación posible.

—Pero el tuyo es para Tabini.

Banichi vaciló en hablar. Entonces, con tono sombrío, dijo:

—Eso los convierte en doblemente imprudentes.

—¿No podemos arrestarlos? Han quebrantado la ley, Banichi. ¿No existe el modo de ponerle coto a esto a través de los tribunales?

—Eso —dijo Banichi— sería muy peligroso.

Porque eliminaría todas las restricciones. Eso lo entendía. No podía detenerlos legalmente hasta que hubiera un juicio en su favor.

—Lo único que necesitan es alegar una afrenta —dijo Banichi—, o un interés mercantil. ¿Y cómo podrías defenderte de todo? Nadie entiende tus asociaciones. El tribunal carecería de medios para comprenderlas.

—¿Y mi palabra no vale nada? Mi man'chi es para Tabini, igual que el tuyo. Deben saberlo.

—Pues no lo saben —dijo Banichi—. Ni siquiera yo puedo estar totalmente seguro de eso, nadi. Solo sé lo que tú me cuentas.

Se sintió helado y aislado. Y furioso.

—No soy un mentiroso. No soy un mentiroso, Banichi. No disputé durante quince años con los mejores de mi pueblo para venir aquí a decir mentiras.

—Durante quince años.

—Para que me enviaran a Shejidan. Para ocupar el puesto que ocupó. Para interpretar a los atevi. ¡Yo no miento, Banichi!

Banichi lo miró durante largo rato en silencio.

—¿Nunca? Yo creía que ese era el trabajo del paidhi.

—En este caso no.

—¿Hasta qué punto podemos ser puntillosos? ¿Cuándo mientes?

—Tú límitate a averiguar quién lo contrató.

—Ningún contrato podría haber justificar esta acción.

—¿Y qué podría haberlo hecho?

Banichi no respondió. Se limitó a mirar fijamente el fuego.

—¿El qué, Banichi?

—Nadie conoce los pensamientos de un muerto. Solo puedo lamentar que Cenedi tenga tan buena puntería.

—Cenedi lo mató. —Así que al menos podía contar con la lealtad de Cenedi e Ilisidi. Era un alivio.

Pero Banichi no parecía totalmente contento con Cenedi. O, al menos, con lo sucedido. Tomó un trago de su bebida, que se le estaba calentando en las manos, y no apartó la mirada del fuego.

—Pero estás preocupado —dijo Bren.

—Estoy totalmente en contra de los vehículos que usan para traer las mercancías. Son un riesgo imposible de asumir. Al menos los turistas tienen a alguien que los cuenta.

—¿Crees que entró así?

—Es muy posible.

—Van a interrumpir las visitas, ¿verdad?

—Hay plazas reservadas hace meses. La gente no estaría contenta.

Algunas veces se topaba con la forma de pensar de los atevi de maneras totalmente incomprensibles. E inesperadas.

—¡Esa gente ha corrido peligro, Banichi!

—No por el muerto ni por nosotros.

—Había niños entre ellos. Vieron cómo moría un hombre.

Banichi lo miró como si esperara la frase que le daría sentido a sus protestas. Como si hubiesen cambiado totalmente de tema.

—Está mal, Banichi. ¡Pensaron que era un machimi! ¡Que era un programa de televisión!

—Entonces no hubo ofensa, ¿verdad?

Antes de que pudiera seguir por esa línea de razonamiento, llegaron Djinana y Maigi con el carrito de la cena.

Sobre este había una selección de platos, los de temporada y las tajadas de carne ahumada que quedaba en las despensas. Los ojos de Banichi se iluminaron al sentarse en el comedor y retirar las tapas de las bandejas. Estuviera de luto o embarcado en una misión de asesinato, Banichi no sentía el menor reparo en llenarse el plato ni la menor disminución de su apetito.

El cocinero les ofrecía una selección de frutas preparadas, dispuestas con gran sentido artístico. Parecía muy apetitoso. No así la cabeza de la criatura que formaba el plato principal, que hacía las veces de tapa para la cazuela del estofado, pero Banichi la cogió por las orejas y la dejó delicadamente a un lado, por fortuna detrás de la cazuela. Otros animales muertos los observaban desde las paredes.

—Excelente —dijo Banichi.

Bren tocó con el dedo la carne en rodajas. Tenía los nervios a flor de piel. La silla era incómoda. Cogió el cuchillo, cortó un poco y trató de desterrar las historias de fantasmas y asesinos de su mente. El primer bocado le pareció excelente, y se sirvió un poco de carne y bastante salsa especiada, que le apetecía más que las verduras.

—¿Se sabe —preguntó mientras comían— algo de mi correo? Sé que has estado muy ocupado...

—He estado, como acabas de expresar atinadamente, muy ocupado. Puede que Jago se acuerde de recogerlo.

—Podrías llamarla. —Sintió un acceso de furia. O quizá solo fuera una desesperación confusa—. ¿Alguien se ha molestado en explicarle a mi oficina dónde estoy y por qué?

—Francamente no lo sé, paidhi-ji.

—Quiero enviarles un mensaje. Podría utilizar vuestra red de comunicaciones. Sé que puedes hacerlo desde el puesto de seguridad.

—No sin autorización. El paidhi no puede acceder a nuestros canales de seguridad de manera privada. Y ya supondrás lo que significaría algo así de cara al público. Le daría alas a tus detractores y los de Tabini.

—¿Y algún agente de seguridad?

—El correo sigue siendo mucho mejor. Mucho mejor, nadi. Ve preparando el mensaje. Yo lo enviaré la próxima vez que alguien lleve un despacho.

Banichi no le negaba lo que pedía. No le decía que no. Pero todo continuaba dilatándose en el tiempo, todo acababa en «lo olvidé» o «hay una razón para esto».

Terminó de cenar en silencio, para bien de su magullada boca.

Pero las preguntas seguían carcomiéndolo por dentro.

—¿Ha sido un accidente el fallo de los generadores?

—Probablemente. ¿Dejar a oscuras una cuarta parte de Maidingi? No es el estilo del Gremio.

—Pero anoche tú lo sabías. Sabías que había alguien en el recinto.

—No lo sabía. Lo sospechaba. Tuvimos una alarma del perímetro.

¿Tuvimos?, pensó amargamente. Pero lo que preguntó fue:

—¿Dónde está Algini?

—Volverá con Jago.

—¿Se marchó con Jago?

—Tomó un vuelo comercial. Ayer.

—¿Con un informe?

—Sí.

—¿Para qué? Disculpa mi franqueza, Banichi-ji, pero no creo que sea posible llevar a cabo una investigación. Para encontrar al agente concreto que está trabajando aquí sí, pero ni por un momento he creído que Tabini no sepa exactamente lo que está pasando y quién es el responsable. Ni creo que tú no lo sepas. No creo que no supieras dónde estaba esta mañana.

—Detrás de la colina, la mayor parte del tiempo. Me fijé en que cojeabas. Su estado físico no contribuía a mejorar su humor.

—Podrías haberme advertido.

—¿Sobre qué? ¿Sobre que Ilisidi saldría a montar? Lo hace con frecuencia.

—Maldita sea, si me hubieras dicho que podía haber un francotirador, si me hubieras dicho que íbamos a dejar la casa, se me habría ocurrido una objeción razonable.

—La tenías. Podrías haber aducido tu reciente indisposición. Dudo que te hubieran arrastrado a los establos.

—¡No me dijiste que hubiera peligro!

—Siempre hay peligro, nadi.

—No juegues conmigo, maldita sea. Me dejaste salir ahí, y mañana me costará encontrar una excusa, porque me he comprometido a hacerlo. ¿No estoy a salvo, entonces? No siempre comprendo vuestro sentido de la prioridad, Banichi, y tengo que confesar que este es uno de esos casos.

—El té fue la oportunidad de Ilisidi. Y Cenedi se encontraba con nosotros aquella noche, durante la búsqueda. Podría haberme matado de haberlo deseado. Hice la prueba.

Sus palabras tardaron un momento en calar.

—¿Quieres decir que le diste a Cenedi la oportunidad de matarte?

—Cuando haces promesas a desconocidos sin consultarme, paidhi-ji, me dificultas el trabajo. Jago estaba al corriente de la situación. Posiblemente Cenedi lo supiera, y comprendiera que debía ocuparse también de ella, pero Cenedi no es la persona a la que han contratado para acabar contigo, me he asegurado de ello sobradamente. Y esta mañana, estuve en todo momento entre la casa y tú.

—Banichi, mis más sentidas disculpas.

El otro se encogió de hombros.

—Ilisidi es una mujer anciana e inteligente. ¿De qué hablasteis? ¿Del tiempo? ¿De Tabini?

—Del desayuno. De no romperme la crisma. De un mecheita llamado Babs...

—Babsidi. Significa «letal». ¿Algo más?

Bren trató de recordar por todos los medios.

—De cómo son sus tierras. De las plantas que crecen allí. De los dragonet.

—¿Y?

—Nada más. Nada importante. Cenedi habló de las ruinas que hay allí arriba y de los cañones de la entrada. Subimos a una elevación, me hice un corte en el labio... Después de eso, se mostraron más corteses conmigo. Y los turistas fueron muy amables. Les di cordones, firmé sus tarjetas y hablamos de nuestras familias y nuestros hogares... antes de que algún idiota tratara de cruzar el patio. ¿Hice mal? Aconséjame. Te pido consejo.

Otra de las prolongadas y sobrias miradas de Banichi. Sus ojos eran de un amarillo increíblemente límpido. Como el vidrio. Igual de expresivos.

—Ambos somos profesionales, paidhi-ji. Y tú eres bastante bueno.

—¿Quieres decir que estoy mintiendo?

—Quiero decir que no estás menos de servicio que yo. —Levantó la jarra y les sirvió a ambos una cantidad moderada de licor—. Confío en tu instinto profesional. Ten tú confianza en el mío.

Volvieron a la fruta y la salsa de crema y licor. Un hombre podría dejarse seducir por eso, si la conversación de la velada no le hubiese revuelto las tripas.

—Si vas a enviar un correo —dijo Bren cuando la tensión de la atmósfera remitió un poco— podrías hacer que mandaran un mensaje escrito a mi oficina de Mosfeira.

—No hay problema —dijo Banichi—. Siempre que Tabini lo apruebe.

—¿Se sabe algo de la unidad solar que pedí?

—Me temo que, aun en el caso de que encontráramos una, hay otras prioridades. Hemos donado nuestro generador. Hay casas en el valle sin luz, con gente anciana y enferma...

—Claro. —No tenía nada que decir a esto. Era totalmente razonable. Como todo lo demás.

Confianza, le dijo Bren a las criaturas de la pared. Paciencia. Los ojos de cristal le devolvieron la mirada, algunos furiosos, otros plácidamente estúpidos tras haber esperado a sus cazadores con ecuanimidad, supuso.

Banichi le había dicho que tenía asuntos que atender e informes que escribir. Con tranquilidad, cabía suponer.

O no. Djinana vino, se llevó los platos y encendió las lámparas de aceite tras apagar el candelabro del comedor.

—¿Va a necesitar algo más? —preguntó.

—No —respondió Bren mientras pensaba que de todos los individuos que no recibían explicaciones ni disfrutaban de un horario normal en aquel lugar, Djinana era el que se llevaba la palma. No dejaba de preguntarse dónde estaba Tano. Tano, que supuestamente formaba parte de su personal. Mientras Algini seguía en Shejidan—. Seguro que no. Leeré hasta la hora de irme a la cama.

—Prepararé sus cosas —dijo Djinana.

—Gracias —murmuró. Recogió el libro y llevó la silla junto al fuego, donde, si se sentaba en ángulo, con las lámparas de la mesa a un lado, las dos fuentes de iluminación conseguían que leer fuera más o menos factible. Las llamas parpadeaban. Acababa de descubrir la principal razón de la existencia de las bombillas.

Djinana se llevó el carrito con los platos. Cuando trabajaba, nunca tintineaba ni un solo vaso. Las velas estaban ya apagadas en el comedor, que así quedaba reducido a una caverna oscura. El fuego proyectaba sombras con cuernos y alargadas orejas por toda la sala, y bailaba en los ojos de las bestias.

Oyó que Djinana abría el armario del dormitorio y luego se marchaba.

Entonces se hizo una extraña quietud en el lugar. Ni lluvia, ni truenos, nada más que el crepitar del fuego. Leyó volviendo las páginas pavorosamente crujientes de aquel atípico romance en el que no había deudas de sangre ni luchas entre clanes, ni dramáticos saltos desde la torre de Malguri, ni estrangulamientos, sino solo una pareja que se conocía y se hacía la corte en el castillo, y que al final resultaban ser los aijiin de dos provincias vecinas y tenían montones de brillantes hijos.

Una idea agradable, la de que alguien que había dormido en aquellos aposentos no había acabado mal; interesante, aquella noción de lances románticos, los regalos de flores, la prolongada y tierna relación de dos personas que, aunque cabezas de Estado, no tenían más domicilio que Malguri. Era una cara de los atevi que estos nunca le mostraban al paidhi, salvo que contase los flirteos que nunca sabía si debía tomarse en serio. Pero así eran las cosas, una serie de pequeños regalitos, atados a la puerta del otro, o enviados por terceros. Los matrimonios atevi no siempre acarreaban cohabitación. Muy a menudo no lo hacían, salvo cuando había niños pequeños, y algunas veces esta cohabitación se prolongaba en el tiempo y

otras no. Lo que los atevi pensaban o los atevi sentían seguía escapándosele a través de su lenguaje.

Pero le gustaban los aijiin de Malguri, del mismo modo que le había gustado aquella pareja de ancianos, juntos de viaje, en busca, suponía él, de aventuras. Puede que no vivieran juntos: nada lo garantizaba.

Y a pesar del tiempo que hacía que los paidhiin estaban en el continente, nunca habían encontrado un modo elegante de preguntar, sorteando las reticencias de los nativos a hablar de su forma de vida, por sus costumbres, sus rutinas, sus hábitos. Todo esto se englobaba en la categoría de «asuntos privados», y por consiguiente no le incumbía a nadie.

Pensó en preguntarle a Jago. Al menos a ella le hacían gracia sus toscas preguntas. Y poseía una increíble erudición. Hasta puede que conociera la historia que estaba leyendo.

Echaba de menos a Jago. De haber estado ella allí no habría estado a punto de tener una pelea con Banichi. No sabía por qué se había invitado a cenar si estaba de tan mal humor.

Puede que algo hubiese ido mal.

En un día donde Cenedi había matado a alguien a tiros, y ese alguien había resultado ser un conocido de Banichi, claro que algo había ido mal, y Banichi tenía todo el derecho a estar amargado hasta la médula. El hecho de que los atevi no demostraran sus emociones y habitualmente reprimieran sus respuestas no quería decir que no estuviera furioso, y tampoco significaba que no echara de menos a Jago. Pensó que tampoco estaría pasándolo muy bien teniendo que soportar a un humano de carácter avinagrado y con un despliegue emocional digno de un niño atevi de menos de doce años.

Seguramente, hasta le debía una disculpa.

Y no es que el otro quisiera recibirla. El hecho de que lo entendiese no quería decir que ya estuvieran reconciliados, ni que lamentase menos la marcha de Jago a Shejidan. Jago era un poco más joven, un poco más remisa, según la interpretaba ahora, incluso tímida, pero al mismo tiempo más abierta que Banichi una vez que se decidía a hablar, fuera por su propia naturaleza o porque el man'chi de Tabini no recaía con facilidad sobre los hombres de nadie, y menos que nadie los de Banichi.

Le escocían los ojos de leer con aquella luz parpadeante. Para que el fuego diera la luz suficiente para poder hacerlo había que mantenerlo tan vivo que resultaba demasiado caluroso, y las lámparas de aceite enrarecían el aire. De repente se percató de que tenía un ligero dolor de cabeza, así que, demasiado inquieto para irse a dormir aún, se levantó y, caminando con

cuidado para no despertar a la servidumbre, se trasladó a la parte más fresca de la habitación.

Echaba en falta las noticias de la noche. Echaba en falta poder llamar a Barb, o incluso, que Dios lo ayudase, a Hanks, y decirles lo que se atrevía a decir por una línea que sabía pinchada. No le quedaba más opción que hablar solo para poder oír el sonido de una voz humana en el silencio, para apartarse, aunque fuera por breve tiempo, de la inmersión en la mentalidad atevi y el razonamiento atevi.

Un motor se encendió en alguna parte. Bren se detuvo y escuchó. Decidió que alguien estaba saliendo del patio para bajar a la ciudad, o a algún lugar intermedio. Y tenía una idea bastante aproximada de la identidad de ese alguien.

Maldición, pensó, y se acercó a la ventana, pero desde su posición no podía ver el patio por culpa del ala del edificio delantero. Tiró del cierre que sujetaba el picaporte de las ventanas laterales para ver si le era posible averiguar si el coche se marchaba por la carretera principal o se alejaba en dirección a las colinas, o si al abrir aquella ventana estaba a punto de activar una alarma de cuya existencia no estaba al corriente.

Solo era la furgoneta de transporte de las líneas aéreas, maldición. Malguri tenía su propia furgoneta, que traía comida y pasajeros por aquella carretera. Podrían haberlo traído a él desde el aeropuerto.

Pero Banichi no había querido. Puede que quisiera sondear las cosas antes de confiar en Cenedi.

Puede que aún tuviera dudas.

El ruido del motor ascendió entre las paredes. No sabía. Pero el aire nocturno que entraba era frío y vivificante tras la atmósfera agobiante del cuarto. Aspiró profundamente una vez, y luego una segunda.

Era la primera noche desde que estaba allí que no llovía, la primera noche de completa oscuridad, y el cielo sobre el lago y las montañas del este estaban tan negros y claros y fríos que Maudette podía verse con claridad, envuelta en un tenue fulgor rojo, así como su compañero casi invisible, Gabriel, una auténtica prueba para la vista, sobre Mosfeira.

El aire nocturno olía de maravilla, cargado de la fragancia de las flores silvestres, supuso; no se había percatado hasta ahora de lo mucho que había echado de menos el jardín que había junto a sus habitaciones o lo enjaulado que se había sentido.

En las noches claras, sobre el monte Allan Thomas, a veces era capaz de ver la estación, justo antes del amanecer o del crepúsculo. Ya no lo hacía con

tanta frecuencia como en su juventud, cuando Toby y él solían salir de excursión a las colinas, y contaban historias sobre la llegada al planeta e imaginaban —ahora la idea resultaba embarazosa— que había guerrilleros atevi ocultos en las colinas. Allí arriba habían librado guerras imaginarias, en las que habían abatido atevi por centenares, y habían recibido los disparos de villanos de la misma raza. Sus historias eran casi tan buenas como los machimi atevi sobre guerrillas humanas secretas apoyadas por megalómanos cuya base secreta estaba escondida en la estación, la Estrella Extranjera, como la llamaran los atevi en aquellos días pasados y guerreros.

Al menos habían elaborado una mitología común, un pasado común, una colección de héroes y villanos comunes, cuya condición en cada caso solo variaba en función del punto de vista.

Nunca le había mencionado a Tabini que su padre era descendiente ilegítimo de Polanski, el mismo Polanski que había logrado evitar una derrota segura en playa Media Luna y que había impedido que los refuerzos atevi llegaran a Mosfeira.

Y no es que el descendiente lejano de Polanski se enorgulleciera especialmente por ello. O al menos nunca lo admitiría en su trabajo actual.

Cada uno progresaba como podía. Él solo esperaba que los niños atevi no vieran a los humanos como conspiradores o dementes, al igual que hubiese preferido que los niños humanos no jugasen a cazar atevi en los bosques. Se le ocurrió la idea de hacer de ello uno de los temas principales de su discurso invernal ante la asamblea, pero no sabía cómo llegar a la industria del cine y la televisión que, en ambos bandos, reforzaban este tipo de ideas.

Sin embargo, no era muy inteligente, tal como estaban las cosas, permanecer en la ventana con el fuego a la espalda. Jago lo había apartado de allí la pasada noche. No parecía que el peligro pudiera proceder de otra ventana o del tejado del ala contraria, pero cualquiera podía adentrarse en el lago en una barca, aunque quizá no tanto como para que un asesino tuviera un blanco claro. Pero sí que podría desembarcar en las orillas de Malguri y superar las murallas y los acantilados que se extendían debajo de ellas, que eran formidables.

Retrocedió un paso y se dispuso a cerrar la ventana.

Unas luces eléctricas se encendieron a su alrededor. Una alarma empezó a sonar mientras él parpadeaba, deslumbrado. Cerró la ventana de un golpe y, con el corazón desbocado, le echó el pestillo, mientras por el pasillo llegaba el ruido de unos pies descalzos.

Tano apareció en la puerta, completamente desnudo, con el arma en la mano, seguido de cerca por Djinana, y este por Maigi, empapado y envuelto en una toalla. Por los pasillos de todo Malguri la gente corría y la alarma seguía sonando.

—¿Ha abierto una ventana? —preguntó Tano.

—Sí, nadiin. Lo siento.

El equipo de rescate exhaló un suspiro colectivo mientras en la habitación contigua sonaba la puerta, y Tano enviaba a Djinana en aquella dirección con un ademán.

—Nadi, volvemos a tener electricidad —le dijo a continuación—. El equipo de seguridad preferiría que no abrieras las ventanas, por tu propia protección. Especialmente de noche.

Djinana había dejado a un hombre en el pasillo exterior. Cenedi apareció con él y con un par de guardias de la Viuda. Tano les dijo:

—El paidhi ha abierto la ventana, nadi.

—Nand'paidhi —dijo Cenedi—. Por favor, no vuelvas a hacerlo.

—Te ruego mil perdones —dijo Bren. La alarma, que aún seguía sonando, estaba crispándole los nervios—. ¿Podría alguien apagar esa alarma?

Cenedi dio las órdenes precisas. Aún tardaron un rato en hacerlo, y tuvo que apagar todas las lámparas de aceite antes de poder sacar a toda la gente de su cuarto.

Una vez que la conmoción y el estrépito hubieron remitido y las puertas y ventanas se hubieron cerrado a cal y canto, él se sentó pesadamente en un lado de la cama y se preguntó dónde estaría Banichi y qué negros pensamientos estaría dirigiéndole la Viuda en aquel momento.

Manuda sorpresa, un sistema de alarma que dependía del suministro de energía general. No era el estilo de Banichi. Tampoco creía que fuera el de Cenedi. No creía haber visto todos los sistemas de seguridad de Malguri. Seguro que utilizaba energía solar. Era una tecnología que conocían.

Y a pesar de saber que era posible, había despertado a la casa entera y había quedado como un tonto.

Y seguro que no había hecho muy feliz a Ilisidi. También estaba convencido de eso.

8

—Una noche agitada —dijo Ilisidi mientras se servía un poco de té. El aroma se extendió sobre la mesa y las tripas de Bren se encogieron.

—Lo siento muchísimo —dijo— y estoy sumamente avergonzado, aiji-mai.

Ilisidi sonrió, sonrió de verdad, y se sirvió azúcar.

No había parado de lanzarle pequeños dardos durante el desayuno. Estaba de un humor excelente. Engulló cuatro pescados, un cuenco de cereales y dos pasteles de aceite dulce, mientras él se ceñía a los cereales y los rollitos y se decía que, considerando el dolor que le estaba provocando la dura silla de la terraza, casi prefería tomarse el té de Ilisidi a volver a montar en Nokhada.

Pero ya estaban en el piso de abajo. Ilisidi disfrutaba de la fuerte brisa que soplaba desde el lago, una brisa que tiraba de las faldas y se abría paso entre los suéteres cuando uno salía del patio abierto y entraba en el de los establos.

Al menos esta mañana Nokhada estaba dispuesta a inclinarse para él, y esta vez, al menos, él estaba preparado para el latigazo de su movimiento de ascenso antes de terminar de montar.

Dolía. Dios, cuánto dolía. No exactamente el tipo de dolor que un hombre podía admitir o del que podría apartarse. Solo pidió que la insensibilidad llegara pronto, mientras se decía que sus antepasados habían sido jinetes y algo de esto debía de seguir en los genes de la especie.

Puso brusco fin a los vagabundeos de Nokhada, decidido esta vez a tener el mando de sus movimientos... lo que duró hasta que Ilisidi espoleó a Babs y Nokhada apartó de un empujón al mecheita de Cenedi para situarse tras su cola en la repentina carrera.

Salieron. Ilisidi y Babs desaparecieron detrás del acantilado, una zancada o dos antes de que Nokhada terminara de adelantar a Cenedi y se lanzara tras ellos.

Por lo que, a Dios gracias, era una vereda y no un abismo.

Bren no gritó ni puso objeciones, aunque sus piernas sí que lo hicieron, y por un momento el dolor fue muy intenso, en medio de una docena de traqueteantes zancadas por el polvoriento simulacro de camino que empezaba en el mismo punto en que el día anterior Nokhada había parecido volverse loca.

Si hubieran caído por allí, no se habrían despeñado, maldita fuera la criatura. Habrían bajado una buena distancia hasta una segunda terraza sobre el lago, claro que sí, pero esa terraza hubiese estado allí el día anterior aunque él no hubiese tenido la capacidad de mantenerse a lomos de su montura.

Y lo que resultaba igualmente interesante era que, con aquel salto sobre el acantilado a su disposición para burlarse del estúpido novato, Ilisidi hubiese escogido el día antes el camino recto, que era mucho más accidentado. Una segunda ocasión perdida, pues. Puede que, al final, lo del té sí que hubiese sido un accidente.

Aunque también, habida cuenta de que el día anterior había un intruso en el recinto, era posible que colocarse lo antes posible detrás de la loma que los ocultaría de la fortaleza hubiese sido una prioridad.

Y no había que olvidar tampoco que Banichi le había dicho que había estado vigilándolo en todo momento.

—¿Por qué no me dijo ayer que existía la posibilidad de que hubiese alguien aquí fuera? —preguntó a Cenedi, que encabezaba al resto de la guardia de la Viuda—. Sabía que estábamos en peligro. Banichi le había informado.

—Los escoltas —dijo Cenedi— estaban alerta. Y Banichi no estuvo muy lejos en ningún momento.

—Nadi, la Viuda corrió peligro. Con todos mis respetos, ¿fue algo razonable?

—¿Con los hombres de Tabini? —La cara de Cenedi tenía algunas cosas en común con la de Banichi. Era igualmente expresiva—. No, no hubo peligro.

¿Que no lo hubo? Puede que fuese una alabanza hacia Banichi, pero claro que habían corrido peligro, bajo cualquier acepción humana de la palabra, a menos que, cosa que ya se le había pasado por la cabeza la noche pasada, hubiese más sistemas de seguridad de los que Cenedi o Banichi estuvieran dispuestos a admitir. Continuó cabalgando junto a Cenedi, sumido en un silencio pensativo, mientras las olas lamían las rocas a sus pies. El cielo estaba teñido de azul. Las aguas bailaban. Un dragonet pasó como una exhalación junto a la cabeza de Nokhada y le hizo dar un brinco junto al borde del acantilado, un único movimiento que le heló a Bren la sangre en las venas.

—¡Maldita sea! —exclamó, y Nokhada y él libraron una silenciosa guerra por un momento, mientras Cenedi se mantenía completamente inexpresivo y retenía perfectamente el control de su mecheita.

Ilisidi marchaba por delante, ajena, aparentemente, a todo aquello. Cuando Bren ladeaba la cabeza y levantaba la mirada, no podía ver los muros de la fortaleza, solo la cara inclinada de la roca y, tras ella, el borde del murete moderno que dividía el patio pavimentado de aquella senda. Por delante, el camino se internaba sinuosamente en las montañas, hasta llegar a un promontorio desde el que se disfrutaba de una vista fabulosa, donde Ilisidi se detuvo y dejó suelta a Babs y donde Bren, al llegar, hizo lo mismo con Nokhada, pensando que si Babs no se arrojaba por el acantilado, Nokhada tampoco lo haría, por lo que no tenía de qué preocuparse.

—Un día glorioso —dijo Ilisidi.

—Una vista inolvidable —repuso él, y pensó que, en efecto, nunca la olvidaría, la altura, la potencia de la criatura sobre la que montaba, el alucinante paisaje del lago, extendido a su alrededor hasta donde alcanzaba la vista. Cuando iba a esquiar con Toby había disfrutado de vistas parecidas, pero nunca preñadas de significación atevi, nunca extranjeras como aquella, rebosante ahora de nombres, de identidad e historia. El Bu-javid, con sus presiones, sus programas, sus muchedumbres de traficantes de favores, no tenía tales vistas, ni tan absolutos y fascinantes momentos como los que Malguri ofrecía... entre períodos, todo hay que decirlo, como el del día pasado, de agobiante y asfixiante silencio, de jaquecas por el aceite de las lámparas, de rincones fríos y oscuros en las esquinas de salas cavernosas, y de rodillas cubiertas de ampollas por la proximidad a las chimeneas.

Por no hablar de las cañerías.

Pero tenía su encanto. Tenía sus momentos, tenía la increíble textura de la vida que no se medía con líneas rectas y medidas estándar, que no discurría por calles y límites, con gente que vivía apelotonada una encima de otra y luces que borraban las estrellas de noche. En aquel lugar uno podía oír el viento y las olas, podía encontrar una interminable variedad en las piedras y guijarros desgastados, y no había más agenda que el hecho inevitable de que el camino de ida y el de vuelta tenían la misma longitud.

Ilisidi hablaba sobre las naves mercantes y los pescadores mientras el fino rastro de un reactor pasaba sobre Malguri de camino al este, sobre la cesura continental, sobre la barrera que había impedido que dos civilizaciones de atevi se encontraran durante miles de años. Ahora era una cuestión de cuatro, cinco horas, así de fácil. Pero Ilisidi hablaba sobre recorridos a través de Maidingi que duraban días e implicaban territorios de diferentes aijiin.

—En aquellos tiempos —dijo— había que proceder con mucha cautela al entrar en las tierras de otros aijiin.

Sus palabras no carecían de propósito. Una vez más.

—Pero hemos aprendido mucho, nand' Viuda.

—¿Como qué?

—Que encerrar a los demás con murallas es como encerrarnos nosotros, nand' Viuda.

—Ah —declaró Ilisidi y, con un movimiento que él no había visto hasta entonces, hizo girar a Babs y salió al galope por la colina arrojando piedras en todas direcciones.

Nokhada fue tras él. Todos tuvieron que hacerlo. Y fue doloroso. Dios, fue muy doloroso cuando se lanzaron por la ladera en dirección al lago. Por delante de ellos, Ilisidi, con su coleta blanca al viento, sin cordón que indicara su rango, sin ornamento alguno, solo una casaca roja y blanca, y la esbelta y negra grupa de Babsidi, cuya cola se meneaba sin más propósito que quemar el exceso de energía mientras en la mente de Ilisidi, quizá, no había otra cosa que los espacios abiertos que tenía delante.

Ir tras ellos era la idea de Nokhada; pero con el resto de la guarda detrás y Cenedi a su lado, no podían hacer nada más.

Y entonces se detuvieron, en la estrecha media luna de una playa arenosa, donde el lago se curvaba, y un hombre que estuviera pensando en asesinos no podría evitar pensar que había lugares en aquella orilla donde un bote podía tocar tierra y llegar a Malguri.

Pero allí parados, mientras los mecheiti recobraban el aliento, Ilisidi habló del lago, de su profundidad, de sus moradores... de sus fantasmas.

—Cuando yo era niña —dijo—, un pecio emergió en la orilla sur. Era solo la proa, pero todos pensaron que podía ser la de un barco con un tesoro que se había hundido cuatrocientos años antes. Los buceadores se sumergieron por toda la costa. Dicen que nunca lo encontraron. Pero aparecieron algunas antigüedades en Malguri, que los criados limpiaron en barriles en el patio de los establos. Mi padre envió las mejores piezas al museo de Shejidan. Y debió de salirle muy caro. Pero la mayoría de la gente de la provincia de Maidingi las habría fundido para quedarse con el oro.

—Hizo bien en salvarlas.

—¿Por qué?

—Por el pasado —dijo Bren, mientras se preguntaba si habría interpretado bien el pensamiento de Ilisidi.

—¿De veras? —Ilisidi le respondió con una pregunta, que lo dejó tan confuso como antes. Entonces ella volvió a ascender por la ladera y él se olvidó de toda la filosofía para dedicarse a proteger lo que temía que hubiese

progresado hasta el estado de ampollas. Maldita mujer, pensó, y se dijo que si tiraba de las riendas y lograba controlar los instintos de Nokhada el tiempo suficiente para demorarse mucho, puede que la Viuda se lo tomara como una rendición, pero maldito si estaba dispuesto a rendirse, maldito si iba a pedir ayuda o descanso. Ilisidi lo expulsaría entonces de su compañía. Probablemente perdería todo interés por él y podría meterse en un baño caliente y leer cuentos de fantasmas hasta que los asesinos que lo buscaban se arrojaran contra las barreras que sin duda Banichi había levantado y se mataran, y entonces podría regresar a casa, con su aire acondicionado, las noticias matutinas y un té en el que se podía confiar. Cada vez más, le parecía la única salida.

Pero siguió el ritmo de Ilisidi. Los atevi lo llamaban na'itada. Barb lo llamaba ser un idiota. Nunca había pasado una hora tan larga como la que tardaron en llegar a casa, una hora en la que se dijo repetidamente que habría sido mejor caerse por la montaña y acabar con todo.

Finalmente las puertas del patio del establo aparecieron ante ellos, y luego quedaron detrás, junto con los mecheiti, ávidos de establos y comida. Consiguió que Nokhada inclinara un hombro y bajó desde las alturas apoyándose en unas piernas que no estaba seguro de que aguantaran su peso en el suelo.

—Un baño caliente —le dijo Ilisidi—. Te enviaré unas hierbas, nand'paidhi. ¡Nos veremos por la mañana!

Consiguió hacer una reverencia y, junto con el personal de Ilisidi, subir las escaleras sin cojear de forma demasiado ostentosa.

—El dolor desaparece —le dijo Cenedi en voz baja— en cuatro o cinco días.

Un baño caliente era lo único en lo que podía pensar en su largo camino hasta el vestíbulo delantero. Un baño caliente de una hora, más o menos. Una silla blanca que no se moviera. Leer después del baño se le antojaba un modo excelente de pasar el resto del día, sentado al sol, pensando en sus cosas, sin pensar en los aijiin y sus atléticos entretenimientos. Recorrió cojeando el largo pasillo y subió las escaleras hasta su piso a su propia velocidad.

Unos pasos rápidos cruzaron el suelo de piedra bajo las escaleras. Miró hacia atrás, un poco preocupado por su seguridad y vio que Jago se acercaba hacia las escaleras, toda energía y preocupación.

—Bren-ji —lo llamó—. ¿Te encuentras bien?

Su cojera era evidente. El cabello se había escapado de la coleta y tenía polvo, pelo de animal y saliva en la chaqueta.

—Muy bien, nadi-ji. ¿Ha sido un buen vuelo?

—Muy largo —dijo ella mientras se apresuraba a llegar a su lado subiendo los escalones de dos en dos—. ¿Se ha caído, Bren-ji? No se habrá caído...

—No, solo estoy dolorido. Es perfectamente normal. —Hizo un esfuerzo decidido por no cojear el resto de los escalones y la acompañó por el pasillo. Estaba seguro de que lo que más le apetecía a Jago en aquel momento no era disfrutar de la compañía de un humano que apestaba a sudor y pelo de mecheita. Ella despedía un agradable olor a flores. No se había dado cuenta hasta ahora. Se sintió ligeramente abochornado. Sudar era una falta de educación. Este era un secreto que se había transmitido discretamente de paidhi a paidhi. Los humanos acalorados olían de manera diferente, y entre los atevi, en cuestiones de higiene personal, diferente no quería decir bien. La administración se había encargado de meterles a martillazos esta idea a los jóvenes funcionarios en la cabeza. Así que trató, lo más discretamente posible, de mantenerse apartado de Jago, a pesar de lo mucho que se alegraba de que estuviera de regreso. Esperaba tener la ocasión de darse un baño antes de recibir sus informes, pero por encima de todo, lamentaba que no hubiese estado allí la pasada noche.

—¿Dónde está Banichi? ¿Lo sabes? No lo he visto desde ayer.

—Estaba en el aeropuerto hace media hora —respondió ella—. Hablando con un equipo de televisión. Creo que van a subir aquí.

—¿Para qué?

—No lo sé, nadi. Venían en el vuelo. Podría estar relacionado con el intento de asesinato. No me lo dijeron.

No era asunto suyo, concluyó. Banichi se encargaría de ello con su discreción habitual y probablemente el equipo acabara en el próximo vuelo.

—¿Ha habido más problemas por aquí?

—Solo con Banichi.

—¿Cómo?

—No está muy contento conmigo. Parece ser que he hecho o dicho algo, nadi-ji... ni siquiera estoy muy seguro.

—No es un asunto agradable —dijo Jago— denunciar el oprobio de un camarada. Dele tiempo, nand'paidhi. Algunas cosas no dependen de usted.

—Eso puedo entenderlo —dijo él mientras, en su fuero interno, pensaba que no había entendido. La noche pasada había estado concentrado en su

propia desgracia de una manera totalmente irracional, y había excluido de sus pensamientos la propia inquietud de Banichi, que en cambio era muy razonable. Empezaba a darse cuenta de que era posible que el atevi hubiera necesitado de él algo que él no le había dado, antes de que se separaran, enfadados—. Creo que anoche me porté como un grosero, nadi. No tendría que haberlo hecho. Fue un desliz imperdonable en mi trabajo. Creo que tiene razones para estar enfadado conmigo. Espero que puedas explicárselo.

—No tiene usted un «trabajo» con él. Nosotros lo tenemos con usted. Y dudo mucho que se haya ofendido. Si le permitió ver su inquietud, debería tomárselo como un elogio.

Una idea poco habitual. Una parte de su cerebro empezó a registrar la memoria en busca de referencias. Otra se fue de vacaciones, es decir, se preguntó si eso significaba que, al final, le caía bien a Banichi.

Y la parte sensata y cotidiana les dijo a las otras dos que prestaran atención a lo que estaban haciendo y dejaran de esperar reacciones humanas de las mentes de los atevi. Jago quería decir lo que había dicho, punto final. Banichi bajaba la guardia con él, Banichi estaba molesto por un asunto sucio del que había tenido que ocuparse y ni él ni Jago estaban de repente, por el mero hecho de verse encerrados con un aburrido humano, a punto de demostrar sentimientos humanos. Los sentimientos no eran contagiosos, no eran transferibles, y probablemente Banichi estuviera tan frustrado como él, ya que no había hecho otra cosa que mandarle indirectas que él se había dedicado a ignorar. Como pareja para la velada, había sido un pésimo sustituto de Jago, que había tenido que marcharse para explicarle al Gremio por qué alguien quería matar al paidhi. Y probablemente, al final de la velada, Banichi tuviera sus propias ideas sobre las razones que podían llevar a alguien a pretender tal cosa.

Llegaron a la puerta. Sacó la llave del bolsillo, pero Jago se le adelantó con la suya y pasó al recibidor.

—Qué callado está —dijo mirándolo—. ¿Por qué, nand'paidhi?

—Anoche. Dijimos cosas... que lamento. Ojalá le hubiese dicho que lo sentía. Si pudieras hacerle entender que...

—Dicho y hecho no son ni hermanos —dijo Jago. Cerró la puerta, se guardó la llave y sacó el portafolio que llevaba debajo del brazo—. Espero que esto le alegre. Le he traído el correo.

Bren ya había desesperado. Había aceptado que no iba a superar los controles de seguridad; y ahora Jago echaba por tierra todas sus suposiciones sobre su situación en Malguri.

Cogió el fardo que ella le ofrecía y lo hojeó en busca de su correo personal sin esperar siquiera a sentarse.

Eran sobre todo catálogos, no tantos como de costumbre; importantes, pero ninguno de Mosfeira. Dos cartas de los jefes de los departamentos de Agricultura y Finanzas y una con el sello oficial de Tabini.

No era todo su correo. Ni siquiera el correo ordinario: no había nada de Barb ni de su madre. Ni comunicaciones de su oficina ni mensajes como: «¿dónde estás?», o «¿sigues vivo?».

Seguro que Jago sabía lo que faltaba. Tenía que saberlo. No era tan torpe. ¿Qué podía decirle? Ella estaba allí, esperando, posiblemente llena de curiosidad por la carta de Tabini.

O quizá muy consciente de lo que estaba pasando.

Empezó a sentir miedo por las respuestas, miedo por su propia ignorancia y su propio fracaso al interpretar lo que significan el silencio que lo rodeaba o las señales de Tabini, que tendría que haber captado.

Pasó el pulgar bajo el sello de la carta de Tabini, esperando rescate, esperando alguna explicación que no empeorara el desastre.

La letra de Tabini no era la más clara que había visto. La habitual enumeración de títulos. «Espero que te encuentres bien de salud», empezaba con la ampulosidad caligráfica característica de Tabini. «Espero que estés disfrutando de los recursos de sol y agua de Malguri».

Gracias, Tabini, pensó amargamente. Muchas gracias. La estación lluviosa, nada menos. Apoyó su dolorido costado en la mesa para leerla mientras Jago esperaba.

Algo sobre televisión. Televisión, por el amor de Dios.

«... mi propósito con esta entrevista es ofrecer a la gente de todo el mundo una visión de la mente y la apariencia humanas diferente a la que han conocido hasta ahora por los machimi. Tengo la sensación de que esta es una gran oportunidad que no habría que desperdiciar, y tengo gran confianza en tu capacidad diplomática, Bren. Te ruego que seas tan franco con estos profesionales como lo eres conmigo en privado».

—Nadi Jago. ¿Tú sabes lo que dice aquí?

—No, Bren-ji. ¿Hay algún problema?

—¡Tabini ha enviado un equipo de televisión!

—Eso explicaría la presencia de esa gente en el vuelo. Me sorprende que no nos avisaran. Aunque seguro que tienen credenciales.

«En las circunstancias que han hecho aconsejable tu aislamiento de la ciudad y sus contactos, no se me ocurre una estrategia que contrarreste mejor

los planes de nuestros enemigos que cultivar el favor del público. He hablado personalmente con el jefe de la sección de noticias y opinión pública de la cadena y he autorizado que un prestigioso equipo de periodistas se reúna contigo en Malguri para llevar a cabo una entrevista que podría convertirse, o al menos así lo deseamos el estimado ministro de Educación y yo mismo, en la semilla de una serie de conferencias de prensa mensuales».

—¿Quiere que haga un programa mensual en la televisión! ¿Tú sabías algo de esto?

—Le aseguro que no, nadi-ji. Sin embargo, estoy segura de que, si Tabini-aiji ha concedido permiso a esos individuos para hablar con usted, es porque son gente muy respetable.

—Gente respetable. —Registró la carta en busca de más noticias devastadoras y solo encontró un «sé que el tiempo en esta época del año no es el mejor, pero espero que hayas encontrado solaz en la biblioteca y en compañía de la estimada aiji-Viuda, a quien confío en que tengas la ocasión de transmitir también mis mejores deseos».

—Esto es imposible. Tengo que hablar con Tabini. Jago, necesito un teléfono. Ya.

—No tengo autorización, Bren-ji. No hay teléfono aquí y no tengo autorización para sacarlo de...

—¡Al demonio, Jago!

—No tengo autorización, Bren-ji.

—¿Y Banichi?

—Lo dudo, nadi-ji.

—Vaya, como yo. No puedo hablar con esa gente.

Jago frunció el ceño y puso cara de ansiedad.

—El paidhi dice que Tabini-aiji ha dado su permiso a esa gente. Si Tabini-aiji ha autorizado la entrevista, supongo que el paidhi es consciente de que negarse sería motivo de gran vergüenza para ellos y su superior, vergüenza que se extendería a la corte del aiji. Si la carta del paidhi contiene permiso para negarse, debo pedirle que me deje ver esa carta.

—No es por Tabini. No tengo autorización de Mosfeira para hacer una entrevista. De ningún modo puedo hacerla sin contactar antes con mi oficina. Y desde luego no puedo hacerla avisándome con solo media hora de antelación. Tengo que contactar con mi oficina inmediatamente.

—¿No es su man'chi para con Tabini? ¿No es eso lo que dijo usted?

Dios, justo la respuesta previsible e imposible de responder que esperaba.

—Mi man'chi para con Tabini no me impide estar en desacuerdo con él o proteger mi posición de autoridad entre los míos. Es mi obligación, nadi-ji. Carezco de fuerza en esto. Está toda en vuestro lado. Pero mi man'chi me otorga la autoridad moral necesaria para pedirlos que me dejéis hacer mi trabajo.

Usar argumentos propios de un abogado formaba parte del trabajo del paidhi. Pero conseguir que Jago reinterpretara el man'chi era como solicitar una dispensa contra la gravedad.

—Banichi tendría que autorizarlo —dijo Jago con perfecta compostura—. Si tiene la autoridad, cosa que dudo. Si quiere que vaya al aeropuerto, le transmitiré sus objeciones, aunque me temo que el equipo de prensa llegará cuando lo diga su horario programado, lo que será antes de cualquier otra cosa y no sé cómo podría Tabini retirar un permiso que parece haber concedido sin...

—Me siento mal. Debe de ser el té.

—Por favor, nadi, no bromeo.

—¡No puedo recibirlos!

—Eso le sentaría muy mal a mucha gente, Nadi. Estoy segura de que entiende...

—¡No puedo tomar esa decisión solo, Jago! No está dentro de los límites de mi autoridad...

—Si se niega a ver a esa gente, las consecuencias serán de gran alcance. No puedo predecir lo que pasará, Bren-ji, pero ¿no puede acceder, aunque sea formalmente? La entrevista no se emitirá de inmediato, y si hay consideraciones políticas, seguramente puedan hacerse cambios. Tabini los ha recomendado. Su reputación está en juego.

Jago no era mala abogada. Al menos estaba versada en el man'chi y sus obligaciones, y en las sutilezas por las que su gremio aceptaba o no los encargos: la vida y la muerte. Justificadas o no. Y no le faltaba parte de razón. La verdad es que no.

—¿Puedo ver la carta, Bren-ji? Por supuesto, no insistiré si no me lo permite, pero eso aclararía bastante las cosas.

Se la entregó. Jago se acercó a la ventana para leerla. Y no precisamente, pensó él, porque necesitase luz.

—Creo —dijo— que se le pide que sea muy franco con esta gente, nadi. Creo que entiendo la idea de Tabini-aiji, si me permite hablar con franqueza. Si ocurre algo, le será muy útil contar con las simpatías del pueblo.

—Si me ocurre algo.

—No hablo de nada fatal. Pero ya ha muerto un atevi.

Bren permaneció totalmente inmóvil, sin saber si estaba oyendo lo que creía que oía. Era la impecable honestidad de Jago. Ella misma no percibía que había prejuicios en sus palabras. Estaba pensando desde el punto de vista político de los atevi. Era su trabajo, con Tabini y con él.

—Un atevi.

—Tuvimos que hacerlo para salvarlo, nand'paidhi. Era nuestro man'chi. Pero no todo el mundo estaría de acuerdo.

Tuvo que preguntarlo:

—¿Y tú lo estás, nadi?

Jago retrasó un momento su respuesta. Dobló la carta.

—Por Tabini, desde luego. ¿Puedo guardarme esta carta, nadi?

—Sí —dijo Bren, y apartó la afrenta de sus pensamientos. ¿Qué esperabas?, se dijo, antes de empezar a preguntarse qué podía hacer sin haber consultado con su oficina, qué podían preguntarle y qué se atrevería él a responder.

Jago se llevó la carta a su habitación atravesando la sala, sin responder a su pregunta.

Una mujer honesta, que no le había dado razones para cuestionar el trabajo que estaba haciendo. No era eso lo que él había cuestionado, pero seguro que ella no lo veía igual.

Había ofendido a Banichi y ahora volvía a hacerlo con Jago. No estaba siendo un gran día.

—Jago —le preguntó alzando la voz—. ¿Vas a ir al aeropuerto?

La educación atevi tampoco aprobaba los gritos. Jago volvió a su lado antes de contestar.

—Si usted quiere, sí. Pero lo que he leído en la carta no me proporciona argumentos para desairar a esa gente, nand'paidhi. Lo máximo que puedo hacer es transmitirle a Banichi sus sentimientos. No veo qué otra cosa puedo hacer.

Bren se había quedado sin recursos. Hizo una pequeña y fatigada reverencia.

—Sobre lo que he dicho antes... Estoy cansado, nadi, y no me expreso bien.

—No me ha ofendido, Bren-ji. La gente que opina así no está informada. ¿Quiere que intente hablar con Banichi?

—No —respondió él, desesperado—. No, yo me encargaré de ellos. Pero, eso sí, haz saber a Tabini que me ha colocado en una posición que podría

costarme el puesto.

—Le transmitiré esa idea, no se preocupe —dijo Jago. Y si Jago lo decía de aquella manera, él la creía.

—Gracias, nadi —dijo, y la otra se inclinó y atravesó el dormitorio.

La siguió, con un catálogo de embarcaciones y otro de ofertas vacacionales, que pensaba reservar para leer durante el baño.

Adiós a su baño de una hora de duración. Tiró de la campanilla para llamar a Djinana y avisarle del cambio de planes, se puso el abrigo en el dormitorio, se dirigió cojeando al baño y se quitó la ropa manchada de polvo y saliva antes de entrar a la bañera que lo esperaba.

El baño estaba caliente y cubierto de espuma de hierbas. Si Djinana hubiese podido echar más agua caliente, de buen grado se habría pasado en él la mitad del día. El catálogo de embarcaciones acabó metido en el agua. Se había quedado dormido en mitad de la lectura y resbaló entre sus dedos: tan cansado y tan poco dueño de sus facultades era.

Pero entonces llegó Tano diciendo que había una furgoneta aparcada en el pórtico, y era la gente de la televisión, con Banichi, e iban a subir todos. ¿El paidhi tendría la amabilidad de vestirse?

El paidhi lo que tenía era ganas de ahogarse, más que sumergirse en las formalidades de la corte con aquel condenado abrigo hecho a medida, pero Tabini tenía otros planes.

No había traído sus notas sobre los problemas del transporte. Ahora lo lamentaba. Las preguntas se habían sucedido una tras otra hasta que, al menos la zona que estaba en contacto con la silla y el estómago que no dejaba de protestar por la falta de comida se habían vuelto insensibles.

—¿Qué —preguntó entonces el entrevistador— determina la tasa de transmisión de información? ¿No es cierto que todos esos sistemas existen ya en Mosfeira?

—Muchos de ellos sí.

—¿Y por qué no todos?

—No usamos el ferrocarril. El transporte aéreo resulta más práctico en nuestro caso. Por la altitud media.

—¿Y por qué no se lo ofrecieron al aiji hace doscientos años?

—Francamente, nos preocupaba que nos atacaran.

—Así que hay otras consideraciones aparte de las meramente ambientales.

El entrevistador era astuto. Y además había recibido instrucciones para hacer preguntas que tal vez no pudieran acabar en la versión final de la entrevista, pero tal vez sí. Tabini tenía confianza en aquel hombre y lo había enviado.

—También existe el peligro —dijo— de crear problemas entre los atevi. Tenían ustedes el ferrocarril, o casi, en el momento de nuestra llegada. Si les hubiésemos entregado inmediatamente el vuelo en Shejidan, podría haber causado perturbaciones entre las asociaciones más lejanas. No todos creían que Barjida-aiji estuviera dispuesto a compartir la tecnología. Mientras que unos trenes a vapor de mayor calidad eran una amenaza mucho menor. Podríamos haberles entregado los cohetes. Podríamos haber dicho, en las primeras negociaciones, aquí está la fórmula de la dinamita. Y gente irresponsable podría haberla usado para bombardear las ciudades de otros. Acabábamos de sufrir una guerra. Y había costado mucho detenerla. No queríamos darles armas para empezar otra. También nosotros podríamos haberles bombardeado una vez que construimos nuestros aviones, pero no quisimos.

—Buen argumento —dijo el entrevistador.

Eso esperaba. Esperaba que la gente lo creyera así.

—Nunca hemos querido una guerra —dijo—. Llegamos a este planeta sin pretenderlo. Causamos un daño que no queríamos causar. Parece justo ofrecer una compensación, que es lo que dice el tratado.

—¿Hay un límite en lo que nos entregarán?

Bren sacudió la cabeza.

—No.

—¿Y qué me dice de las autopistas?

Maldita sea, otra vez esa pregunta. Aspiró hondo mientras lo pensaba un momento.

—Desde luego, estoy al corriente de la realidad del transporte en las montañas. Tengo la intención de llevar mis observaciones a nuestro consejo. Y estoy seguro de que el nai-aijiin también tendrá recomendaciones que hacerme sobre ese punto.

Esta respuesta provocó algunas carcajadas. Y una pregunta muy sobria:

—Sin embargo es usted solo, y no el cuerpo legislativo, el que determina si una ciudad recibe los sistemas de transporte que necesita.

—No, yo solo no. En colaboración con el aiji, con los consejos y con el cuerpo legislativo.

—¿Y qué pasa con las carreteras?

—Que...

Que los mecheiti seguían a su líder. Que Babs era el líder y Nokhada no tenía alternativa, sin ir en contra de sí misma, que seguirla, maldita idea estúpida, y tenía que responder algo a esa pregunta, algo que no fuera un insulto para los atevi.

—Que —dijo, atrapado— no sabemos lo que podría ocurrir. Por las dificultades de la regulación. —Le entró el pánico. Estaba perdiendo el hilo. Estaba hablando sin sentido, y las palabras sin sentido sonaban a mentiras—. Teníamos miedo de que la asignación de recursos para la construcción de carreteras provocara disensiones en el seno de las asociaciones. La quiebra de un sistema de autoridad que no entendíamos.

El entrevistador, educadamente impasible, vaciló.

—¿Está usted diciendo, nand'paidhi, que su política se basa en la falta de entendimiento?

Oh, Dios.

—Inicialmente, puede. —Su mente volvió a enfocar repentinamente. El problema de los pueblos era el principal—. Pero no creemos que hubiese resuelto el problema de los pueblos. Si hubiese aparecido una autopista hace cien o doscientos años, se habría producido un crecimiento del comercio no regulado. De haber ocurrido eso, los intereses comerciales se habrían congregado alrededor de las autopistas y cuanto más rectas fuesen estas, cuantos más centros poblacionales conectasen, mayor sería su capacidad de atracción, mientras que nadie, salvo el aiji, habría defendido a los pueblos más apartados, que seguirían teniendo problemas de transporte, muchos más que ahora, solo que agravados por la polución de los motores y la concentración de mayor poder político en las vías principales de comunicación representados por esas carreteras. Desde mi punto de vista, hay lugar para un sistema de carreteras, pero en los pueblos, no en los grandes centros poblacionales, como vías secundarias de un sistema de transporte centralizado.

No había logrado captar el interés del entrevistador. Había descendido demasiado al detalle, al pormenor técnico, o al menos su análisis prometía sumergirse en cuestiones técnicas que al entrevistador no le interesaban o que, en su opinión, no interesaban al público. Lo percibió al ver cómo se removía en su asiento y fruncía el ceño. Se alegró de ello. Siguieron algunas preguntas más, sobre su hogar, sobre sus asociaciones familiares, sobre lo que hacía durante las vacaciones, gracias a Dios nada crítico. Estaba sudando bajo los focos cuando el entrevistador dio paso a las cortesías finales.

—Gracias, nand’paidhi —dijo, y Bren contuvo un suspiro de alivio al ver que se apagaban las luces.

—Lo siento —dijo al instante—. No estoy acostumbrado a las cámaras. Me temo que no he estado muy coherente.

—Habla usted muy bien, nand’paidhi, mucho mejor que algunos de nuestros funcionarios, se lo aseguro. Le agradecemos mucho que haya encontrado tiempo para nosotros. —El entrevistador se levantó, él hizo lo propio y Banichi también desde el apartado rincón donde las sombras habían ocultado su presencia. Todos se inclinaron. El entrevistador le ofreció la mano. Alguien debía de haberle aleccionado.

—Le han informado de nuestras costumbres —se aventuró a decir, y el entrevistador, complacido, se inclinó y le estrechó la mano con fuerza aplastante.

El vuelo comercial regresaba al anochecer. El equipo de televisión tenía que cubrir también el apagón de Maidingi. Gracias a Dios. Estaban guardando los focos y desconectando los cables, que discurrían sobre las antiguas alfombras desde pasillos lejanos como una infección de enredaderas rojas y negras. Maigi fue a desconectarlas en algún lugar cercano a las cocinas, donde, Bren estaba seguro, el personal no recibía a los desconocidos con los brazos abiertos. Todo se guardó en sus cajas. Los animales miraban con sus ojos de vidrio desde las paredes, tan asombrados y aturdidos como el paidhi.

¿Qué he hecho?, se dijo, y luego se preguntó si podría justificar todo lo que había dicho cuando escribiera su informe a Mosfeira. Pero al menos habían dejado de lado las cuestiones más delicadas. Había conseguido hacerlo, al margen de su lapsus con el asunto de las autopistas.

—Nos gustaría hacer más entrevistas como esta —dijo el hombre. Bren no recordaba cómo se llamaba: Daigani o algo por el estilo—. De hecho, nand’paidhi, sería un placer grabar una en Mosfeira. Quizá podríamos llegar a un acuerdo con su televisión para tener un equipo allí: entrevistas en la calle, a la gente normal, ese tipo de cosas.

—Es una propuesta muy interesante, que habrá que valorar —respondió. Era la respuesta apropiada a una petición como aquella. No podía dejar que en Mosfeira pensaran que había accedido a algo semejante—. Podría contactar con la gente apropiada... —Era un desafío deliberado, como decir «denme un teléfono», para Banichi, Jago y Tabini. Una docena de pensamientos incómodos se deslizaron por la parte trasera de su mente. Los periodistas tenían que saber que alguien había tratado de asesinarlo, pero ni siquiera lo habían mencionado. Ni una sola vez. La actitud conspirativa de Bu-javid en

materia de seguridad se transmitía a la sangre de quienes vivían allí: uno no hablaba con la prensa sin autorización, ni propagaba rumores. Estas cosas se dejaban en manos de los departamentos con la autoridad para expresar la postura oficial.

Pero ¿no podía decirle a la prensa que un hombre había muerto allí el día antes? ¿O ya lo sabían y no querían preguntar sobre ello?

No sabía lo que había salido en las noticias la pasada semana. No sabía lo que la gente sabía y lo que no, y la política de su cargo era guardar silencio cuando uno no estaba seguro.

Así que puso cara de educado interés, hizo una reverencia y, a pesar del descenso en la temperatura del aire, siguió sudando. Estaba acercándose un frente. Los periodistas esperaban que su vuelo no topara con él. Por la mañana habían tenido que atravesarlo, en vuelo lleno de contratiempos que Jago había definido como «largo» y ellos mismos como «incómodo».

Pero las puertas principales ya estaban abiertas, y el viento entraba por ellas, así como la luz, más intensa que la de las bombillas de aquel pasillo, tenue y dorada. Se llevaron los focos mientras el entrevistador se demoraba para charlar un poco, y Tano y Algini, junto a la puerta, esperaban a que terminaran de sacar las cosas. Algini había venido con ellos. Lo mismo que Banichi. Jago estaba... en alguna parte, probablemente descansando, y mientras tanto, los pensamientos de Bren sobre lo que había dicho y había pensado seguían danzando en la parte trasera de su mente, pidiendo a gritos mayor atención y un análisis más profundo.

Entonces, Banichi, sin más ceremonias, se llevó al entrevistador a la puerta, donde se realizaría la última y obligatoria ronda de reverencias.

Bren cumplió con las exigencias de la cortesía y, una vez que el último de los periodistas se hubo marchado, apoyó los hombros en la parte interior de la puerta y suspiró de alivio.

—Tano y Algini los acompañarán al aeropuerto —dijo Banichi mientras se volvía como una sombra bajo el sol—. Puede que coman allí. Hemos encontrado un buen restaurante.

—Bien —respondió Bren, y no preguntó «¿por qué no vamos todos?» porque a la mayoría de los restauradores no les gustaban los asesinatos con las ensaladas. Entonces se dio cuenta de que había estado como un manojito de nervios durante la entrevista, no solo por las preguntas que pudieran formularle, sino porque no confiaba en el equipo de televisión, con todos aquellos trastos, y no los conocía.

Se había convertido, decidió, en un completo paranoico. Tenía miedo. Y la verdad es que no creía que un equipo de la televisión nacional fuera a sacar unos explosivos.

Qué estupidez.

—Lo ha hecho muy bien, nand'paidhi.

—No tenía las ideas claras. Podría haberlo hecho mejor.

—Tabini piensa que debería haber más entrevistas de estas —dijo Banichi—. Cree que ha llegado la hora de que el paidhi se convierta en un personaje público. Más en contacto con la gente.

—¿Eso va a detener a la gente que no me quiere con vida? —No pretendía ser negativo. Sin duda, la idea era buena. Sin duda, así lo creía Tabini. Pero su inquietud continuaba.

—¿Por qué no sube, nadi, y se quita el abrigo? Ya puede relajarse.

No sabía si lograría relajarse durante el resto del día, pero el cuello del abrigo le molestaba y se le había agarrotado el cuerpo de estar sentado sin moverse. Era lo único que le dejarían hacer o decidir durante todo el día. Su única y gran decisión.

Hasta el día siguiente.

Dijo, porque era el momento apropiado para hacerlo y porque antes había sentido el impulso y se había prometido que no dejaría pasar la ocasión:

—Anoche me porté como un maleducado, Banichi, perdóname.

—No me di cuenta —dijo Banichi. Su atención estaba prendida de la furgoneta, cuyas puertas estaban cerrándose en aquel momento.

—Siento lo de tu asociado. Y lo de tus instructores.

—No fue culpa suya. Ni mía. Solo lamento que mi compañero no fuera más inteligente... Aunque no que no fuera más hábil. —Le puso una mano en el hombro, lo que no consiguió animarlo—. Suba, nadi.

Vete, no me molestes, tradujo el paidhi. Los pensamientos de Banichi estaban en otra parte, así que decidió que tras el calor de los focos, iría a terminar el baño que le habían interrumpido antes. La gente no lo molestaba cuando estaba en el baño. No tenía que hablar de filosofía. Y además aliviaba unos dolores de los que no deseaba hablar con los criados.

Volvieron a encender la caldera y a calentar el agua. Bren aprovechó el tiempo para tomar un pequeño refrigerio y leer las cartas del primer comité, y entonces pensó —qué rápido cae la mente en las rutinas familiares— que debía tomar unas notas con su ordenador.

Pero no le dejarían tender un cable hasta las cocinas. No, eso solo se lo permitían a los cámaras de las noticias. Y nadie mencionó la posibilidad de regresar a Shejidan.

Así que se metió en el baño y apoyó la espalda en el borde de la bañera mientras el vapor subía a su alrededor. Tenía una copa con el licor que los humanos podían ingerir sin peligro, y un puñado de catálogos, el de las vacaciones entre ellos, además de uno de equipamiento deportivo. Y no es que fuera a servirle de nada un segundo par de esquís, u otro traje para la nieve, pero cuando consultaba aquellos catálogos, casi siempre lo hacía para dejar volar la imaginación.

Un trueno resonó en las paredes. Ociosamente, se preguntó si el vuelo habría salido a su hora. Así lo esperaba. Quería que se marcharan lo antes posible. También se preguntó si Algini y Tano estarían disfrutando de los rústicos placeres de la ciudad de Maidingi. Puede que estuvieran visitando la orilla del lago. Esperaba que no los sorprendiera un chaparrón.

Tomó un sorbito de su vaso. ¿Hielo en un buen licor, le había preguntado Tabini con incredulidad al poco de conocerse?

Al encontrarse con aquella petición, Djinana, mucho más diplomático, se había limitado a enarcar las cejas y parpadear. Ahora que había vuelto la luz y las cosas funcionaban, había hielo en la cocina.

Pasó la página, estudió las botas de esquí, y leyó el inserto de arte y cultura, cortesía de la compañía, en el que se describía la recuperación de antiguas obras de arte de los bancos de datos. Leyó un artículo sobre el complejo vacacional del monte Allan Thomas, el primer establecimiento de lujo de Mosfeira, donde una selecta minoría había resucitado la práctica del esquí.

Últimamente, los atevi estaban demostrando cierto interés sobre este deporte en sus propias montañas. Tabini lo había descrito como un suicidio... antes de empezar a mostrar a su vez un atisbo de interés al ver las cintas caseras que el paidhi le había traído tras recibir el permiso de la comisión.

Una pasión común en potencia, de los humanos y los atevi. Buena para las relaciones.

Casi había conseguido convencer a Tabini de que lo intentara, cuando había estallado la condenada crisis de seguridad. Tal vez aún pudiera hacerlo. Supuestamente, en las montañas Bergid, que estaban a una hora de Shejidan, habría buenas cuestas... para que los idiotas pudieran arriesgar el cuello, en palabras de Tabini.

La entrevista seguía preocupándolo. Le preocupaba lo que había dicho, las expresiones desconocidas para los atevi que podía haber utilizado... Y además no estaba acostumbrado a las cámaras de televisión y los focos.

Un nuevo trueno. Las luces parpadearon. Y se apagaron.

Increíble. Lanzó una mirada de odio al techo cubierto de sombras, donde la bombilla se había apagado.

Pero esta vez se negaba a dejarse fastidiar. El agua caliente no se apagaba al instante. Las velas seguían en el candelabro. Salió de la bañera, cogió una de las velas del candelabro de la mesa, la encendió en la caldera y la utilizó para encender a su vez todas las demás. Oyó a los sirvientes, que hablaban a gritos en el pasillo. No con pánico, salvo quizá el cocinero, quien puede que tuviese sus razones para hacerlo, a tales horas. Pero con luz o con tormenta, Malguri seguiría adelante.

Volvió a meterse en el agua caliente, complacido en la sabiduría que le debía a su pasado atevi: el paidhi había aprendido que el mundo no se paraba cuando se iba la luz. Bebió un poco de su copa y reanudó la contemplación de los arneses de seguridad hechos a medida, en negro, blanco o verde fosforito.

Unos pasos apresurados se acercaron desde las habitaciones. El haz de una linterna, por delante de una figura negra y cubierta de destellos metálicos, le cayó sobre los ojos. Levantó la mirada.

—¿Bren-ji? —preguntó Jago—. Nuestras disculpas. Es un apagón general, me temo. ¿Está bien?

—Perfectamente —dijo—. ¿Estás diciendo que la maquinaria que acaban de traer e instalar... se ha estropeado?

—La verdad es que todavía no lo sabemos. Sospechamos que el primer incidente fue intencionado. Estamos investigando este. Por favor, no se mueva.

Adiós a la sensación de seguridad. La idea de un intruso en el pasillo mientras él estaba en el baño no era agradable.

—Voy a salir.

—Me quedaré aquí —dijo Jago—. No hace falta que lo haga, nadi-ji.

—Lo prefiero. Está bien. Solo voy a leer.

—Estaré en la sala de recepción. Se lo diré a Djinana.

Se marchó. Bren salió de la bañera y se vistió a la luz de las velas. Se llevó una de ellas al marcharse, pero alguien ya había encendido las lámparas del dormitorio y el salón.

La lluvia caía sobre las ventanas del cuarto de estar, teñida de una uniformidad grisácea que ya parecía normal. Lo sentía por Banichi, que

probablemente se encontrase fuera en aquel momento. No sabía cómo se podía simular un apagón provocado por una tormenta eléctrica, ni lo que esperaba el responsable conseguir con eso.

Entró en la sala de recepción y se encontró a Jago delante de la ventana. La escasa luz convertía su perfil en una máscara, y su uniforme en una constelación. Estaba mirando al lago, o al cielo uniforme.

—No intentarán lo mismo de nuevo —dijo Bren—. No pueden estar tan locos.

Jago lo miró... y soltó una pequeña y extraña risilla.

—Puede que sean más inteligentes precisamente por eso. Esperan que no lo demos por hecho.

—¿Ellos?

—O él. O ella. No lo sabemos, nadi. Estamos tratando de averiguarlo.

No incordies, decidió él que quería decir. Se acercó y miró por la ventana, sin encontrar nada.

—Vaya a leer si quiere —dijo Jago.

Como si la mente pudiera regresar tan rápidamente a los catálogos de esquí. La suya, desde luego, no podía. No le gustaban los vacíos informativos. No le gustaban los guardias silenciosos apostados en las salas de recepción, ni la posibilidad de que hubiera una razón para necesitarlos, quizá subiendo sigilosamente en ese momento por las escaleras del exterior.

Lee, maldita sea. Quería una ventana que diera a un color que no fuera el gris.

No estaba de humor, decidió al fin. Demasiados nervios.

—Nadi Bren. Apártese de la ventana.

No pensaba estas cosas. Era lamentable que lo hubieran sorprendido dos veces. Sacudió la cabeza y volvió atrás.

Jago estaba mirándolo con inquietante preocupación. Obligada a cuidar de un idiota, suponía él, que se empañaba en caminar delante de las ventanas.

—Lo siento —dijo.

—Intente pensar como pensaría el que trata de alcanzarle —dijo—. No le facilite las cosas. —Vete, siéntate, relájate.

Un asesino del Gremio, había dicho Banichi. Alguien que él conocía. Con el que había tratado.

¿Y no sabía por qué había quebrantado las normas?

—Jago, ¿cómo se consigue una licencia?

—¿Para hacer qué, Bren-ji?

—Ya sabes. El Gremio. —No quería herir la sensibilidad de Jago. Le preocupaba haberse adentrado por territorio peligroso.

—¿Una licencia del Gremio? Uno lo decide. Lo escoge.

Eso no le decía lo que quería saber, qué empujaba a una persona normal a convertirse en asesino. Jago parecía ajustarse al perfil... si es que había un perfil para algo así.

—Bren-ji, ¿por qué lo pregunta?

—Curiosidad. Quería saber qué clase de persona va detrás de mí.

Jago pareció ignorar el comentario y dirigió la mirada de nuevo hacia la ventana. Hacia la lluvia y la nada.

—No somos todos iguales, Bren-ji. No somos una misma cara.

No es asunto tuyo, supuso él.

—Nadi —dijo, y se dispuso a marcharse para dejarla sola con sus pensamientos. Ojalá él pudiera librarse de los suyos.

—¿Qué clase de hombre se convierte en paidhi? —preguntó ella antes de que pudiera dar un segundo paso.

Buena pregunta, pensó Bren. Justo en el blanco. Tuvo que pensarlo un momento, y no encontró la respuesta que solía dar a esta pregunta. Ni siquiera fue capaz de encontrar al niño que había iniciado aquel camino, no pudo creer en él, ni siquiera de un modo marginal.

—Un idiota, supongo.

—No sé, nadi-ji. ¿Eso es un requisito?

—Supongo que sí.

—Bueno... ¿Y cómo se solicita el honor? ¿Qué clase de estupidez hace falta?

—Curiosidad. Querer conocer más que Mosfeira. Querer servir al planeta en el que estás y a la gente con la que vives.

—¿Wilson también era así?

Diana de nuevo. ¿Qué podía decirle?

—Usted —dijo Jago— no actúa como Wilson-paidhi.

—Valasi-aiji —repuso él— tampoco actuaba como Tabini.

—Cierto —dijo Jago—. Muy cierto.

—Jago, yo... —se rebelaba contra esta palabra, que en realidad no servía para casi nada. Sacudió la cabeza y se dispuso a marcharse.

—Bren-ji, por favor. Diga lo que quiere.

No quería hablar. No estaba muy seguro de su racionalidad, y tampoco de su autocontrol. Pero Jago esperó.

—Jago-ji, yo he pasado toda mi vida trabajando, lo mejor que sabía. No sé qué más puedo hacer. Y ahora he vuelto a perder el norte. No sé si me lo merecía. Pero me pregunto, nadi, si es culpa mía, si he ido demasiado lejos y demasiado deprisa y por qué tiene alguien tanto empeño en matarme. ¿Por qué, Jago? ¿Tienes aunque sea una remota idea?

—Usted ha traído cambios —respondió ella—. Para algunos, eso es aterrador.

—¿Por el puto ferrocarril? —La intensidad de la entrevista lo había dejado un poco aturdido. Jago no era más que una sombra para él, impasible, inalcanzable. Hizo un gesto de frustración y renuncia con la mano y se encaminó a la salita, solo para tener espacio para pensar, para sentarse y leer y apartar la mente de los extraños sucesos del día, con suerte antes de la comida, que ella podría compartir con él si nadie la envenenaba.

Pero se detuvo, temiendo insultarla.

—Si algún día —dijo— sale adelante la idea esa de la televisión, pediré que os dejen venir a Banichi y a ti a visitar a mi familia. Me gustaría que vinierais a ver cómo somos. Me gustaría que nos conocierais, nadi-ji.

—Sería un honor —dijo Jago con solemnidad.

Puede que hubiese arreglado las cosas. Salió a la salita y echó otro tronco al fuego, mientras el trueno volvía a sacudir las paredes. Jago lo había seguido hasta allí, evidentemente convencida de que eso era lo que él deseaba. Sin decir palabra, se dedicó a estudiar las estanterías.

Esto no interfería con su idea del deber, ni con lo que podía concebir como la sociabilidad. Bren cogió el libro y se dispuso a sentarse.

Volvió la luz.

Frustrado, levantó la mirada hacia la lámpara del techo.

—Debía de ser un fusible —dijo Jago desde el otro lado del cuarto—. Qué bien.

Bren se acordó del viejo tendido eléctrico junto a las tuberías del gas natural a lo largo del techo y se imaginó al complejo entero sumido en un desastre eléctrico.

—Malguri necesita un nuevo sistema eléctrico —musitó—. ¿Dónde tienen el depósito de gas?

—¿Qué gas?

—Metano.

—En la bodega —dijo ella.

—Bajo el edificio. Es una bomba, nadi, joder. Este lugar necesita hornos eléctricos. Si tienen luz eléctrica, unos hornos eléctricos no pueden ser un

problema.

—El problema es el dinero —dijo Jago.

—Mientras buscan asesinos, ¿vigilan ese tanque?

—Todos los accesos al edificio —dijo Jago— están bajo vigilancia electrónica.

—Salvo cuando se van las luces.

Jago se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—Esas ventanas —dijo— no están vigiladas. Lo descubrí anoche. Cuando volvió la luz.

Jago frunció el ceño, se acercó a la ventana, pasó un dedo por el borde del marco y miró a su alrededor. Buscando el qué, Bren no habría podido decirlo.

—¿Cómo lo descubrió, Bren-ji?

—Abrí una ventana para asomarme. Entonces volvió la luz. Saltó la alarma. Creo que es un sistema antiguo.

—Desde luego que lo es —dijo Jago—. ¿Informó de lo ocurrido?

—Despertó a todo el personal.

Jago no parecía contenta, pero Bren no sabía lo que había visto al examinar la ventana.

—Salvo a Banichi —continuó.

—Salvo a Banichi.

—No sé dónde estaba, ya te lo conté. Habíamos tenido una discusión. Se fue a alguna parte. —Lo asaltó una idea completamente desagradable, pero mantuvo la boca cerrada y observó a Jago mientras esta se acercaba a la puerta, la entornaba, examinaba la pared que había detrás y fruncía el ceño. Los agentes de seguridad no hablaban de seguridad. Bren dudaba que se acercara una explicación.

—Nadi Jago —dijo—. Banichi no estaba aquí. ¿Tienes alguna idea de dónde se encontraba anoche?

Fue como si hubiera dicho que estaba lloviendo. La expresión de Jago no varió. Devolvió la puerta a su posición anterior y salió a la sala de recepción.

Las luces volvieron a irse. Frustrado, Bren levantó la mirada hacia el techo, antes de seguirla al otro lado para protestar por su silencio y el caos de seguridad. Ella estaba junto a la ventana. Agarró el cierre del panel lateral, lo abrió y volvió a cerrarlo sin que saltara la alarma.

—¿Qué demonios está pasando, Jago?

Jago sacó su comunicador de bolsillo y apretó algunas teclas, un código que Bren no conocía.

La voz de Banichi respondió. Al menos, Bren estaba bastante convencido de que era su voz. Y la postura de Jago transmitía cierta tranquilidad. Respondió, cerró el comunicador y lo guardó.

—El incidente quedó registrado —dijo—. Nuestro sistema lo registró.

—¿El tuyo y de Banichi? —preguntó, pero el comunicador volvió a sonar y Jago lo sacó y respondió, con el ceño fruncido.

La voz de Banichi volvió a hablar. Jago arrugó aún más el entrecejo. Replicó con brevedad, se despidió, volvió a guardarse el comunicador en el cinturón y se encaminó a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Qué está pasando, Jago?

Ella cruzó la habitación de dos zancadas, lo cogió por los hombros y lo miró.

—Bren-ji. Yo nunca lo he traicionado. Y no lo haré, Bren-ji.

Dicho lo cual, salió de la habitación con la misma rapidez. Cerró la puerta. Con llave.

¿Jago?, pensó él. Sus hombros sentían aún la fuerza de sus dedos. Y los pasos estaban alejándose rápidamente por el pasillo, mientras él seguía preguntándose dónde estaba Banichi la pasada noche cuando saltó la alarma.

Si había otro sistema... Banichi habría sabido que había abierto la ventana, si estaba vigilando. Y, por alguna razón, no había acudido al saltar la alarma general.

Quizá porque ya sabía que no era una amenaza. Pero el dar algo por hecho no era propio del Banichi que él conocía.

Todo había sido una locura, desde el desayuno con la Viuda hasta la aparición del equipo de televisión, con unas medidas de seguridad tan estrictas que no le permitían ni acceder a un teléfono. No le gustaba la sensación que tenía. No le gustaban las razones que podían hacer que Jago saliera corriendo de allí, tras decirle, en una lengua que carecía de una palabra concreta para el término «confianza», que confiara en ella.

Examinó cuidadosamente el picaporte de la ventana. Qué clase de persona podía entrar por una ventana situada sobre un acantilado, no lo sabía, pero tampoco quería averiguarlo. Fue a asegurarse de que la puerta exterior estuviera cerrada, a pesar de que había oído el crujido de la cerradura.

Pero ¿de qué servía eso, cuando allí todo el mundo tenía llaves del lugar?

De repente lo asaltó un pensamiento súbito y ansioso. Se dirigió al dormitorio, se arrodilló junto a la cama y metió la mano debajo del colchón.

El arma que Banichi le había dado... no estaba allí.

La buscó de nuevo, pensando que el servicio, al hacer la cama, podía haberla movido sin saber que estaba allí. Levantó el colchón para asegurarse: nada. Ni arma ni municiones.

Dejó caer el colchón y volvió a colocar las sábanas y las pieles. Luego se sentó en un lado de la cama y trató de mantener a distancia el pánico diciéndose que, salvo que dispusieran de medios de vigilancia de los que él no sabía nada, aún no podían saber que había descubierto que le faltaba el arma, así que no tenían por qué ponerse nerviosos.

Hecho: alguien tenía el arma. Alguien estaba armado con ella, alguien, y esto era lo esencial, que podía tener o no acceso a ese tipo de armas, de ese calibre y ese tipo de munición. El arma era de Banichi, y si no era Banichi el que se la había llevado, entonces alguien tenía en su poder un arma con una identificación y una marca característica en sus balas, que podían rastrearse hasta el comandante de Banichi en el Bu-javid.

Al margen de para qué se usase.

Si Banichi no sabía lo que había ocurrido, tenía que decirle que había desaparecido, y Bren no tenía teléfono ni comunicador, ni modo alguno de conseguirlos. El único modo de ponerse en contacto con él era salir, violar algún perímetro de seguridad y cruzar los dedos para que fuera Banichi quien respondiera a la alarma.

Se dispuso a hacerlo. No era el modo más discreto de llamar la atención, pero sí el único que se le ocurría.

Pero también era verdad que mientras no hiciese ninguna tontería, las cosas podían seguir tranquilas hasta que Banichi o Jago regresaran. La desaparición del arma no era algo que pudiera confiarle al personal de la casa. Probablemente Tano y Algini, que habían venido con él desde Shejidan, fueran de confianza, pero tampoco estaba seguro de esto.

Estaba confuso. Y cansado, tras una mala noche y una tarde llena de emociones. Puede que no estuviera tomando las mejores decisiones. Sin saber más de lo que sabía, no podía actuar de la manera más inteligente.

Un trueno lejano le hizo dar un respingo. Eso también se debía a su cansancio. Podría dedicarse a hacer saltar las alarmas, pero Banichi y Jago estaban fuera, bajo la lluvia, persiguiendo a alguien, o peor aún, persiguiendo a alguien dentro de la casa. En su imaginación vio el tanque de metano del sótano y a alguien con explosivos.

Pero no podían destruir Malguri. Los atevi no tomarían esa ruta. Era mishidi. Torpe. Violenta. No era biichi-ji.

Así que no harían explotar el palacio. Si ocurría algo, y una bala acababa donde no debía, una bala con marcas que podían relacionarse con Banichi, él podría explicar lo que realmente había ocurrido.

A menos que el cadáver en cuestión fuera él mismo.

No era buen momento para salir a pasear por los pasillos, decidió, ni para molestar a su propio equipo de seguridad, que creía saber dónde se encontraba. Había planeado pasar aquella tarde leyendo. En aquel momento se dio cuenta de que no tenía mejores planes. Se puso el pijama para estar un poco más caliente, regresó junto al fuego del salón y, tras recoger el libro, volvió a sumergirse en las historias de Malguri.

Sobre los atevi. Sobre la lealtad. Y sobre las expectativas fallidas.

También a él le había pasado: sentimientos que, simplemente, no estaban allí. No estaban, punto, y no tenía sentido, no era posible, cambiar nada relacionado con la biología. ¿Qué podía hacer? ¿Verter hormonas humanas en un torrente sanguíneo atevi, implantar electrodos en los cerebros atevi para generar impulsos que estos no tenían?

Y vaya usted a saber cómo defraudaban los humanos las expectativas atevi, a qué nivel emocional. Pues tenía que haber un nivel emocional.

No. No tenía por qué haberlo. Una vez más, el pensamiento antropocéntrico. No había nada en las leyes del universo que dijera que para que los atevi construyeran una civilización propia tenían que tener atributos humanos, o responder cuando los humanos trataban de establecer lazos con ellos desde un punto de vista humano. En un universo racional, eso no tenía por qué ocurrir. Más aún, en un universo racional, había más probabilidades de que los vehículos automóviles de los atevi y los humanos se parecieran que sus respectivas sicologías. Todos los vehículos automóviles, al margen de la especie que los hubiera diseñado, tenían ruedas para avanzar con mayor facilidad, ejes para mover estas ruedas, motores diésel o a vapor, engranajes en los motores y un tubo de escape para expulsar los gases: era cuestión de física. Lo lógico era que los aeroplanos, diseñados para viajar por fluidos de densidad homogénea, no se pareciesen a los automóviles. Ni los cohetes a los refrigeradores. La física imponía sus limitaciones a las máquinas y a las estructuras en función de su trabajo, y la física de la vieja Tierra y la del planeta de los atevi no se diferenciaba en nada.

Pero la biología, en el caso de los seres inteligentes, con montones de variables a tener en cuenta, con microentornos, con presiones evolutivas y el añadido del barroco genético a la mezcla, generaba una impresionante variabilidad potencial.

No era culpa de nadie. Como tampoco lo era que hubiesen acabado en aquella estrella. Un agujero de gusano, algún tipo de discontinuidad... Los físicos tenían sus propias teorías, pero nadie podía demostrar por qué estaban donde estaban, esto es, al otro lado de vaya usted a saber qué disco galáctico: ninguno de los espectros analizados se correspondía con el de Sol o sus vecinos, y los púlsares, que según los físicos tenían que haberles permitido determinar su posición, no lo habían hecho.

No habían sabido dónde estaban al llegar, y tampoco lo sabían ahora. No podían utilizar ningún referente absoluto, porque no sabían cuánto tiempo habían tardado en llegar hasta allí: por lo que sabían, podían haber pasado cientos de años en el subespacio, atrapados allí, ensamblando su estación.

Había sido un largo y lento trayecto, hasta el helado cinturón de asteroides de la estrella y de regreso a la zona vital, donde habían terminado de construir la estación: allí, por lo que él sabía, se había producido la política de verdad, la disyuntiva entre construir en la zona vital o hacerlo al borde de ella; y habían ganado los partidarios de la zona vital, aun a sabiendas de que eso significaría vivir alrededor de un mundo habitado, aun a sabiendas de que algún día eso significaría admitir que estaban tomando una decisión muy peligrosa con muy pocos datos para sustentarla.

Compromiso político: aceptar un problema futuro para resolver uno presente.

Añadamos a esto la degeneración de la refinería y las tormentas solares, cuyo límite nadie conocía por aquel entonces, así como la presencia del atractivo planeta allí, justo debajo de sus pies y, en fin... No harían daño, se llevarían bien con los nativos, que ya poseían el motor de vapor. De cualquier modo, estaban destinados a acabar encontrándose. Para qué arriesgar sus preciosas vidas empeñados en algo imposible.

Al menos, así era como uno de sus descendientes reconstruía, nueve generaciones más tarde, el proceso que los había llevado hasta aquella decisión... Los atevi no podían ser tan diferentes. Tenían locomotoras. Tenían molinos a vapor. Tenían industria.

Tenían una escritura endiablada, pero eso no se debía a la física.

Uno no se daba cuenta al conocer a un atevi. Hola, ¿cómo está usted, qué tal el tiempo? Eran gente amable. Un poco de comercio, algunas armas para cazar fuera de temporada...

Directo a la brecha cultural.

Tratabas de arreglarlo con los líderes locales: directo al remolino cultural.

Las veces que los primeros colonos habían metido la pata; las veces que se habían metido en el fango hasta las rodillas antes de comprender que la traición y el asesinato no eran lo mismo y que no podían ayudar a un aiji local contra otro sin involucrar a una asociación con influencia en todo el continente. Nadie esperaba que una civilización con un nivel tecnológico equivalente a la revolución industrial tuviera un gobierno mundial.

Pero, claro, si eras uno de los primeros colonizadores humanos, es posible que no esperaras que nadie se comportara de manera diferente a ti.

Cincuenta años atrás, dos paidhiin antes, Mosfeira había contenido colectivamente el aliento y había puesto sobre la mesa la comunicación por satélite y la teoría de cohetes, con la ferviente esperanza de que el biichi-ji y el kabiú impedirían que algún ingenioso atevi combinase estas tecnologías con la de los explosivos para enviar a sus rivales al Infierno.

Porque ahora pensaban que habían llegado a conocer a los atevi.

Que Dios ayude a los idiotas y los turistas.

Pasó una página sin leerla, se dio cuenta de que no la había leído, volvió atrás y trató de concentrarse en las obras de aijiin y consejeros cuyo recuerdo hacía mucho que se había perdido en los vientos de Malguri, había sido devuelto a la tierra por las lluvias y luego arrastrado al mar desde el lago Maidingi, con bastante más rapidez, por cierto, en esta época que en otoño.

Estaba amargamente furioso y su mente divagaba de un lado a otro dentro de los límites conocidos, como una criatura enjaulada.

Puede que fuera un punto al que llegaban todos los paidhiin. Puede que él fuera el más ingenuo de todos, quizá porque había desarrollado un vínculo con el más amistoso de los aijiin, y era condenadamente fácil ignorar las advertencias de todos los textos que había leído a lo largo de su vida y acabar cayendo en la misma trampa que los primeros humanos del planeta: esperar que los atevi fueran humanos. Esperar que hicieran lo que haría un humano bienintencionado y cuerdo. Y no solo eso sino que, por Dios, quería que se comportasen así, lo necesitaba desde un punto de vista emocional, y eso le había impedido prestar atención a las señales de peligro y hacer el trabajo para el que lo habían enviado allí.

Tendría que haber hecho aquella llamada de teléfono en Shejidan, aunque hubiese sido con los guardias del Bu-javid echando abajo su puerta. No tendría que seguir pensando, y menos ahora, que Tabini estaba sometido a algún tipo de presión y lo necesitaba desesperadamente en Shejidan, como se demostraba por el hecho de que la televisión que controlaba con mano férrea estaba tratando de organizar una serie de entrevistas para demostrar que el

paidhi era un tipo simpático y amable y no un villano siniestro que planeaba conquistar el mundo o hacer que llovieran rayos de la muerte para aniquilar las ciudades.

¿Yo no lo traicionaré, Bren-ji?

¿Qué demonios significaban estas palabras, pronunciadas por Jago antes de salir y alejarse por el pasillo poco menos que corriendo?

¿Y dónde está el arma, Jago? ¿Dónde está el arma de Banichi?

Los troncos se consumieron y cayeron. Las chispas rociaron el conducto de la chimenea. Puso un nuevo madero y siguió leyendo.

Ni una palabra de Banichi o Jago sobre lo que estaba sucediendo, ya fuera que alguien había cruzado el perímetro de seguridad, que un visitante inesperado había llegado al aeropuerto o simplemente que habían recibido un mensaje importante de Tabini.

Pasó la página, se dio cuenta de que había dejado de leer por segunda vez, volvió atrás e hizo un nuevo esfuerzo por concentrarse en el texto, en el pensamiento atevi, y encontrarle sentido al antiguo y alambicado estilo.

Las luces se fueron se nuevo.

Maldita sea, pensó, y miró por las ventanas. La tormenta había quedado reducida a un chispeo, una serie de nubes grises y algunas gotas brillantes sobre el cristal. Las velas emitían una luz anaranjada. Una luz blanca entraba por las ventanas, como si las nubes estuvieran levantándose finalmente.

Dejó el libro, se levantó con la intención de ver cómo andaba el tiempo, y entonces oyó algo en su dormitorio y vio que Djinana entraba en el cuarto.

—¿El transformador o un fusible en mal estado? —preguntó con tono resignado.

—Espero que lo segundo —dijo Djinana. Se detuvo en la puerta y se inclinó—. Nadi, un mensaje para usted.

¿Un mensaje? ¿En este lugar sin teléfonos?

Djinana le entregó un minúsculo pergamino con el sello y el cordón de Ilisidi, vio enseguida, porque el rojo y el negro eran los colores de la casa de Tabini. Lo abrió con el pulgar mientras se preguntaba si tendría algo que ver con la cita de después de desayunar. Se cancelaba, quizá, o se posponía a causa del mal tiempo.

«Necesito hablar con usted inmediatamente», rezaba. «Nos veremos en el salón de abajo».

Y estaba firmado «Cenedi».

9

En el piso de abajo, todas las lámparas de aceite estaban encendidas y ardía un fuego en la chimenea. El vestíbulo, con sus armas antiguas, sus cabezas de animales disecados y sus antiguos y desgastados pendones, estaba sumido en una luz de tonalidades doradas, pardas y rojizas. Las escaleras de subida y las de bajada estaban cubiertas de sombras, interrumpidas solo por los círculos de luz de las lámparas. Seguían sin electricidad. Parecía que esta vez el apagón iba a ser más duradero y Bren lamentaba no haber cogido el abrigo. Alguien debía de haber abierto la puerta principal hacía poco. Hacía frío en la sala.

Pero no esperaba un largo encuentro con formalidades, y el fuego de la chimenea moderaba el frío. Esperó allí calentándose las manos hasta que, al oír un ruido procedente de la parte de la casa que ocupaba Ilisidi, lanzó una mirada hacia uno de los pasillos.

Era Cenedi, en efecto, con su uniforme oscuro cubierto de destellos metálicos, epítome del guardaespaldas con licencia del Gremio. Creía que se acercaría a la chimenea, le transmitiría un mensaje privado y luego lo dejaría continuar con su cena, pero Cenedi se acercó lo indispensable para dejarse ver y lo llamó con un gesto.

¿Que lo siga? ¿Adónde?, se preguntó Bren, más intranquilo por este comportamiento que por el mensaje anterior. Pero la invitación era tan difícil de rechazar como todas las de Ilisidi.

En aquel momento y en aquella situación, sintió el impulso de excusarse diciendo que iba a coger su abrigo y mandar a Djinana en busca de Banichi o de Jago, que es lo que tenía que haber hecho desde el principio. Maldita sea, se dijo, si no hubiera estado pensando en otras cosas...

Pero ya no sabía cuál de los muchos grupos con los que estaba tratando aquella noche tenía la verdad. De hecho, ni siquiera sabía ya cuántos grupos había. El arma había desaparecido. Alguien la tenía. Puede que Cenedi, puede que Banichi. Puede que Banichi la hubiese cogido para que Cenedi no la encontrara: las posibilidades eran demasiado enrevesadas como para andar especulando. Quería creer que si Djinana o Maigi la habían encontrado y se la habían llevado a Cenedi, no habrían podido hacerlo sin algún indicio externo de culpabilidad. No todos los atevi eran tan impasibles como Banichi o Jago.

Pero mientras sus guardias estaban fuera, ocupados de quién sabe qué cosas, él había tomado sus propias decisiones, y hasta el momento le había

ido bien, y si Cenedi quería hablar del arma, quizá lo mejor fuera no provocar sus sospechas. Podía aceptar la responsabilidad por la presencia del arma en aquel lugar. Cenedi no podía saber que él no había hecho el equipaje. Si el paidhi tenía que abandonar su puesto de manera deshonrosa, Dios sabía que era mejor que ver a Tabini implicado y a la asociación debilitada. Él se había metido en aquel lío. Puede que tuviera que afrontar las consecuencias.

Pero si Cenedi tenía el arma y el número de serie, seguramente la guardia personal de la aiji-Viuda tuviera el modo de ponerse en contacto con la policía y seguirle el rastro a través de sus archivos, usando los mismos ordenadores que el paidhi se había empeñado en convertir en una herramienta universal. Así que encubrir a Banichi con una mentira podía empeorar las cosas.

Había demasiadas cosas fuera de sitio: el comportamiento de Banichi, la actitud de Jago al salir de aquella manera, el cadáver junto a la rotonda, que encima era un viejo camarada de Banichi... o lo que quiera que los asesinos con licencia llamasen a sus compañeros de colegio.

Al menos Cenedi había dejado pasar todas las oportunidades que se le habían presentado de arrojarlo por la ladera de la montaña sin que nadie se enterara. El té con el que se había intoxicado podría haber sido más fuerte. Si de verdad estaba ocurriendo algo siniestro en aquella casa, si Tabini lo había enviado allí simplemente para conseguir que Jago y Banichi atravesasen las defensas de Ilisidi —esta era la posibilidad que más lo asustaba—, el paidhi estaba involucrado. Le gustaba Ilisidi, maldita sea, Cenedi no le había hecho nada y, en el nombre de Dios, ¿en qué se había metido al bajar allí para hablar con él en privado? Podía mentir con una fachada de perfecta inocencia cuando tenía una postura oficial a la que aferrarse. Pero era incapaz de hacerlo de manera efectiva con cosas como las armas, y si Banichi estaba metido en algo, aunque él lo ignorara, no podría afrontar la pregunta sin mostrar una ansiedad que cualquier atevi interpretaría como una reacción extrema.

Uno tras otro, fue cruzando los círculos de luz que proyectaban las lámparas, hasta llegar al pasillo en el que Cenedi se había detenido para esperarlo, una alta sombra recortada frente a la luz que salía por una puerta abierta. Cuando llegó él a esa puerta, la sombra se perdió en el interior del cuarto.

Solo esperaba a Cenedi. Pero otro de los guardias de Ilisidi estaba en la habitación, uno de los hombres con los que había salido a montar aquella

mañana. No recordaba su nombre, aunque al principio, sobresaltado por su presencia, no pensó en ello.

Cenedi se sentó y le indicó la silla que había junto a su mesa.

—Nand’paidhi, por favor. —Y, con un toque de maliciosa ironía, añadió—. ¿Me permite que le ofrezca un té? Puedo asegurarle que este es inofensivo.

Una cortesía difícil de rechazar. Que, y esto era más importante, explicaba la presencia del segundo guardia. Estaba allí para encargarse del servicio, supuso Bren, en una conversación que Cenedi no quería que se filtrase más allá de aquella oficina.

—Gracias —dijo con tono de agradecimiento, y tomó asiento mientras el guardia le servía una taza a él y otra a su anfitrión.

Cenedi despidió al guardia y este cerró la puerta al salir. Las dos lámparas de aceite que había detrás de la mesa envolvían la figura de amplios hombros de Cenedi en unas sombras exageradas que se solapaban unas con otras, y el humo que despedían enrarecía el aire. Cenedi, con un codo apoyado en la mesa y una mano en reserva para llevarse la taza a los labios de vez en cuando, revolvió los papeles de su escritorio como si la razón para convocar aquel encuentro estuviera entre ellos y acabara de perder precisamente el que necesitaba.

Entonces levantó los ojos y lo miró directamente, con un tenue destello amarillo en los ojos y el atisbo de una sonrisa en la cara.

—¿Qué tal marchan sus posaderas, nand’paidhi? ¿Mejor?

—Mejor. —Esto le hizo bajar la guardia y se rio. Su nerviosismo remitió un poco.

—Estas cosas solo hay una manera de superarlas —dijo Cenedi—. Cuenta usted con las simpatías de la guardia de la Viuda. Se ríen, sí, pero todos hemos sufrido lo mismo. No piense que están burlándose de usted.

—No lo pensaba, se lo aseguro.

—Para ser un novato, no lo lleva usted nada mal. Se nota que no está todo el día detrás de su mesa.

Bren estaba desarmado. Pero no tanto como para bajar la guardia una segunda vez.

—Me gusta ir a la montaña cuando tengo ocasión. Unas dos veces al año.

—¿A escalar?

—A esquiar.

—No lo he probado —dijo Cenedi mientras seguía revisando sus papeles y formaba un montón con algunos de ellos—. Lo he visto en la televisión. Los

jóvenes están empezando a practicarlo en las montañas Bergid. No se ofenda, pero yo prefiero un instructor de carne y hueso a un dibujo en un catálogo de contrabando y las ideas de un promotor sobre lo que hay que hacer para no partirse el cuello.

—¿Ahí es donde ha acabado mi correo?

—Oh, hay un mercado negro para estas cosas. Los carteros tratan de tener cuidado. Pero a veces hay deslices.

¿Es eso lo que está pasando?, se preguntó Bren. ¿Alguien está dedicándose a traficar con correo robado? ¿A vender catálogos ilícitos?

—Si me lleva a las Bergid este invierno —le dijo— será un placer enseñarle los fundamentos. Como pago por sus lecciones con los mecheiti.

Al fin, Cenedi logró tener dos montones perfectamente ordenados sobre su escritorio.

—Me gustaría, nand'paidhi. Por varias razones. Ojalá pudiera convencer a la Viuda de que volviera a Shejidan. Malguri es un infierno en invierno.

Aún no habían entrado en materia. Pero eso era algo habitual entre los atevi, dar rodeos, establecer un tono general de conversación. Modales atevi.

—Tal vez podamos hacerlo —dijo—. Será un placer para mí.

Cenedi tomó un sorbo de té y dejó la taza sobre la mesa.

—En Mosfeira no montan.

—No. Con mecheiti no.

—¿Caza usted?

—A veces.

—¿En Mosfeira?

¿Estaban hablando de armas ya? ¿Qué sentido tenía aquello?

—Sí. Algunas veces. Caza menor, nada más.

—Mosfeira... —dijo Cenedi con aparente nostalgia, como si cualquier atevi vivo tuviera algún recuerdo de ella—. ¿Es muy diferente?

—¿De Malguri? —Esta vez, la pregunta no lo sorprendió—. Mucho. De Shejidan... Bastante menos.

—Según dicen, era muy hermosa antes de la guerra.

—Aún lo es. Tenemos leyes muy estrictas sobre protección de los ríos y del medio ambiente. Y sobre preservación de las especies nativas.

Cenedi se recostó en su asiento.

—¿Cree usted, nadi, que llegará el día en que Mosfeira se abra... a ambos lados del estrecho?

—Espero que sí.

—Pero ¿cree usted que ocurrirá, nand'paidhi?

Este podía ser el tema del que Cenedi quería hablar, o podía haber llegado a él por pura casualidad, a partir del asunto del arma, o podía haberlo elegido simplemente para conseguir que se relajase. Era imposible de saber, pero Bren sentía una inquietud en absoluto insignificante. La pregunta estaba relacionada con cuestiones de las que no podía hablar sin consultarlo con su oficina. No quería decirle que no a Cenedi, que estaba portándose con gran educación. Así que intentó dirigir su curiosidad hacia otros temas.

—Es lo que espero. No puedo decir otra cosa. —Tomó un sorbito de té caliente—. Para eso trabajo con todo ahínco, para conseguir que un día este proyecto se haga realidad, pero la responsabilidad de hacerlo no recae sobre los hombros del paidhi, sino de los aijiin y los presidentes.

—¿Diría usted que la entrevista que ha concedido es... como lo expresaría usted, un paso en la dirección apropiada?

¿Este es el meollo de la cuestión? ¿Publicidad? ¿La campaña de Tabini de asociación con Mosfeira?

—Honradamente, nadi Cenedi, tengo que decir que ha sido un poco decepcionante. No ha tenido demasiada profundidad. Quería decir algunas cosas. Y no me las preguntaron. No sé lo que pretenden hacer con ella. Me preocupa que se transmita alguna idea que yo no haya querido transmitir.

—Según creo, la idea es llevar a cabo una serie de entrevistas mensuales. El paidhi hablando para las masas.

—No lo sé. Ese tipo de cosas no las decido yo solo. Estoy obligado a consultarlas.

—Por las leyes humanas, se refiere.

—Sí.

—No tiene autonomía.

—No. La verdad es que no. —Al principio, los atevi esperaban que el paidhi firmara acuerdos vinculantes, pero la corte de Shejidan ya sabía cómo eran las cosas, y no creía que Cenedi estuviera peor informado que ellos—. Aunque en la práctica, nadi, las recomendaciones de los paidhiin suelen aceptarse. La cuestión es que nunca prometemos algo que no esperamos que acepte el consejo. Aunque podemos debatir con él, y en ocasiones ganamos.

—¿Le gustaría seguir concediendo entrevistas? ¿Es partidario de la idea?

Ilisidi estaba en esa edad en que la gente suele volverse conservadora. Probablemente no le gustase ver cámaras en Malguri y menos aún la presencia regular del paidhi en televisión. Podía imaginar lo que le diría a Tabini.

—No sé qué posición adoptar a ese respecto, nadi. Quizá habría que ver cómo reaccionan los atevi a esta primera entrevista. Comprobar si la gente quiere ver una cara humana en televisión. Podría asustar a los niños.

Cenedi se echó a reír.

—Su cara ya ha aparecido en la televisión, nand'paidhi, al menos en los vídeos oficiales. «El paidhi ha discutido el problema de las carreteras con el ministro de Obras Públicas, el paidhi ha declarado que está a punto de producirse un importante avance en materia de microelectrónica...».

—Pero eso no es lo mismo que una entrevista. También han visto fotografías, pero no es igual. No se me ocurre por qué iba a querer nadie oírme debatir durante una hora sobre las ventajas relativas de los microcircuitos.

—Ah, pero es que sus microcircuitos utilizan números para funcionar. Qué geometrías más complejas... Los numerólogos colapsarían las centralitas. «Queremos ver al paidhi» dirían. «Queremos oírle hablar sobre números».

Al principio no supo con seguridad si Cenedi estaba tomándole el pelo. Unos pocos días alejado del Bu-javid y ya empezaba a olvidar la intensidad y la pasión de los devotos de la numerología. Decidió que sí era una broma, el tipo de bromas que le gustaban a Tabini, irreverente hacia los creyentes e impaciente con respecto a las complicaciones que creaba su facción.

—También podrían creer que mi propuesta contenía matemáticas perversas —dijo Bren tratando de dar un cariz más serio al asunto—. Tal como, es evidente, algunos creen ya. —Y, como segunda diversión, dado que Cenedi no se había dignado ofrecerle las pertinentes explicaciones añadió—: ¿Esta vez se trata de un fusible en mal estado, nadi?

—Creo que es una bajada de tensión. Los automáticos no dejan de saltar. Están tratando de encontrar la fuente.

—Jago recibió un mensaje de Banichi hace rato, y se marchó muy inquieta. Estoy preocupado, nadi. Y también me ha preocupado su llamada. ¿Tiene usted alguna idea sobre lo que está pasando?

—Banichi está trabajando con el equipo de mantenimiento de la casa. No sé lo que puede haber encontrado, pero es un individuo sumamente exigente. Sus subordinados corren cuando los llana. —Tomo un nuevo sorbo de té, más largo esta vez, y volvió a dejar la taza sobre la mesa—. Yo no me preocuparía por ello. Si hubiese encontrado algo irregular, me habría avisado. Lo mismo que el personal de mantenimiento, en cualquier caso. ¿Otra taza de té, nadi?

Lo había desviado de su conversación. Estaba obligado a aceptar otra taza.

—Gracias —respondió, y en ausencia del guardia, hizo ademán de servírsela él mismo para no sugerir que se encargara su anfitrión, pero este lo detuvo con un gesto, extendió su largo brazo sobre la mesa, cogió la tetera y los sirvió a ambos.

—Nadi, una curiosidad mía... Nunca he tenido un paidhi delante para preguntárselo. Durante todos estos años, han estado ustedes transmitiéndonos sus secretos. ¿Cuándo se les acabarán? ¿Y qué harán entonces?

Era curioso que nadie le hubiera preguntado aquello con tanta franqueza, al menos a este lado del estrecho, porque Dios sabía que el pensamiento inspiraba auténtico terror en Mosfeira.

Y puede que esa fuera la pregunta personal de Cenedi, aunque no, de eso estaba seguro, la que había hecho que lo llamara. Era la clase de cosa que preguntaría un buen periodista. O un niño. No un político sofisticado como él.

Pero era más o menos la misma pregunta a la que Bren había empezado a aludir indirectamente en las reuniones técnicas, sondeando las aguas para tratar, con suerte, de influir a los atevi en la dirección apropiada, puesto que era consciente de que no podrían avanzar demasiado en ciertos campos sin algunos descubrimientos que se les resistirían durante años por su interés en otros campos.

—Las cosas no solo fluyen en una dirección del estrecho, nadi. Nosotros también aprendemos de sus científicos, muy a menudo. No es que hayamos estado ociosos desde el Aterrizaje, pero los principios básicos llevan encima de la mesa desde hace cien años. Yo no soy científico, pero según creo, son los pasos intermedios, las cosas que la ciencia atevi tiene que llevar a cabo antes de que los principios de otras áreas se hagan evidentes, lo que todavía les falta. Está la ciencia de los materiales. Y la clase de industria que se necesita para apoyar el desarrollo de esta ciencia. Y la educación necesaria para que las nuevas generaciones la comprendan. En los consejos aún se debate la forma de los deflectores en los tanques de combustible, cuando, en las escuelas, nadie explica a los estudiantes por qué, para empezar, hace falta uno de estos deflector.

—¿Cree que somos estudiantes poco aplicados?

Esta trampa era tan evidente como un foso en el suelo. Y sí, maldición, claro que esperaban que los atevi asimilaran las cosas más deprisa, pero también era culpa de los aijiin inflexibles y de los comités que no soltaban un proceso hasta no haberlo debatido hasta la saciedad. Un camino increíblemente corto para el vuelo y la metalurgia avanzada. Pero

increíblemente largo para conseguir que se construyera un puente capaz de soportar el peso de un tren de mercancías.

—Sus estudiantes son extremadamente brillantes —dijo—, pero los debates son interminables.

Cenedi se echó a reír.

—Y los humanos no debaten nada.

—Pero no tenemos que debatir sobre tecnología, nadi Cenedi. Ya la tenemos. Y la usamos.

—¿Y les ha servido de mucho?

Míralo, pensó. Míralo. Se encogió de hombros al estilo atevi.

—Estamos cómodos con la asociación que hemos hecho. Los últimos secretos ya están potencialmente sobre la mesa, nadi. Lo que pasa es que los atevi más conservadores no aceptan algunos de sus elementos esenciales. Nuestros secretos están repletos de números. Los números describen el universo. ¿Y cómo es posible que el universo sea aciago? Cuando algunas personas dicen que los números no deben sumar otra cosa que combinaciones propicias, generan confusión. Nosotros solo creemos en la naturaleza. —Le estaba hablando al jefe de la guardia de Ilisidi; Ilisidi, que residía en Malguri por elección; Ilisidi, que cazaba para comer, pero creía en la necesidad de los dragonet—. En mi opinión, que no es la de un experto, nadi, alguien debe de haber añadido lo que la naturaleza no puso en las ecuaciones.

Era una afirmación muy temeraria, a cierto nivel. Pero, por otro lado, no había dicho cuál de las filosofías numéricas era su favorita entre la media docena que conocía. Como humano que era, tampoco podía hacerlo. Quería saber dónde estaba Cenedi. Este frunció los labios en un gesto de curioso divertimento.

—Mientras que los ordenadores que ustedes diseñan en secreto asignan atributos poco propicios —dijo el atevi atinadamente— y cambian las estrellas de sitio.

—Yo no he visto tal cosa. Las estrellas van allí donde la naturaleza les ordena ir, nadi Cenedi. Y lo mismo puede decirse con respecto a los deflectores.

—¿Cree que somos idiotas supersticiosos?

—Es un hecho que no. No hay nada de malo en este mundo. No hay nada de malo en Malguri. No hay nada de malo en la forma de ser de las cosas antes de nuestra llegada. Lo que pasa es que, si los atevi quieren nuestros conocimientos...

—¿La numerología es una estupidez?

Cenedi quería que admitiera una herejía. De repente le entró el pánico al pensar en que podía haber una grabadora oculta, y un miedo idéntico ante la idea de decirle alguna mentira a aquel hombre, una mentira que supondría el fin de aquella mascarada cortés antes de que hubiera comprendido lo que realmente estaba ocurriendo.

—Los cálculos que les hemos dado son reales, atevi. Se lo juro. Son cálculos que funcionan, aunque algunos, desafiando las evidencias que la naturaleza les pone delante, lo pongan en duda.

—Algunos ponen en duda la buena voluntad de los humanos, más que los cálculos.

Así que no era un tema cualquiera el que Cenedi había escogido. Estaban allí sentados, a la luz de las lámparas de aceite. Él estaba allí sentado, en territorio de Cenedi, lejos de sus guardias e ignorante de su posición real, ignorante del auténtico trasfondo de la conversación y del auténtico peligro.

—Nadi, mis predecesores en el cargo no ocultaron nunca cómo llegamos hasta aquí. Aparecimos en esta estrella completamente por accidente, y completamente desesperados. Ignorábamos la existencia de los atevi. No queríamos morirnos de hambre. Nuestro equipo estaba averiado. Sabíamos que descender de la estación era peligroso para nosotros y, lo admito, también para ustedes, pero vimos que los atevi estaban ya bastante avanzados en un desarrollo tecnológico bastante similar al nuestro. Pensamos que no le haríamos daño a nadie. Creímos que el lugar en el que habíamos aterrizado era ajeno a toda asociación, puesto que carecía de edificaciones. Ese fue nuestro primer error.

—¿Qué bando cree que cometió el segundo?

Estaban navegando entre icebergs. Nada de lo que Cenedi preguntaba estaba prohibido. Ninguna de sus respuestas era controvertida. Todo se atenía a la verdad aceptada que los paidhiin habían sostenido durante más de cien años.

Sin embargo, dedicó un momento a pensar en los mecheiti y en el sistema de gobierno atevi mientras Cenedi esperaba. No quería concederle ninguna ventaja al otro.

—Culpo a la guerra —dijo—, y a ambos bandos, por haber emitido señales equívocas. Nosotros creíamos que nos habían alentado a hacer cosas que luego salieron mal, muy mal.

—¿Qué clase de cosas?

—Pensamos que querían que nos aproximáramos, que les tratáramos como si los... —no existía la palabra— como si los conociéramos. Habíamos

desarrollado expectativas. Fuimos a la guerra después de haber construido un asentamiento prometedor. A la gente que cree que ha sido traicionada le cuesta luego dar crédito a las promesas y seguridades.

—Está diciendo que no fue culpa suya.

—Estoy diciendo que tampoco fue culpa de los atevi. Y es lo que creo.

Los dedos de Cenedi tamborilearon sobre la mesa. Estaba pensando, aparentemente. Entonces dijo:

—Un accidente los trajo hasta aquí. ¿Fue un error de los números?

Bren empezaba a sentir que le faltaba el aire en aquella habitación. Puede que fuera cosa de las lámparas de aceite, o de tener que debatir aquello con un antagonista muy preparado.

—No lo sabemos —dijo—. O al menos yo no lo sé. No soy científico.

—Pero ¿acaso sus números no describen la naturaleza? ¿Fue un accidente sobrenatural?

—No lo creo, nadi. Puede que la maquinaria estuviera averiada. Esas cosas pasan. El espacio es el vacío, pero tiene polvo, rocas... Es como tratar de calcular qué motas de polvo, entre los millones que existen, podría usted perturbar al respirar.

—Entonces sus números no son perfectos.

Otro pozo de herejía.

—Nadi, los ingenieros se aproximan y la naturaleza los corrige. Nosotros nos aproximamos a la naturaleza. Nuestros cálculos funcionan y la naturaleza no está constantemente corrigiéndonos. Solo a veces. Somos buenos, pero no perfectos.

—¿Y la guerra fue una de esas imperfecciones?

—Una de las mayores. Pero podemos aprender, nadi. Yo mismo he insultado a Jago al menos dos veces, pero ella ha tenido la paciencia de dejar que me diera cuenta. Banichi me ha hecho sumamente infeliz, y estoy convencido de que no era consciente de ello, pero no por eso he dejado de valorar mi asociación con él. Probablemente he hecho daño a otros sin darme cuenta, pero al menos, al menos, nadi, no nos hemos enfadado unos con otros, puesto que sabemos que el otro no quería hacernos mal. Hemos cometido muchos errores... pero la gente puede aprender a ser paciente.

Cenedi permaneció allí sentado, mirándolo. Bren tenía la sensación de que, no sabía por qué, había entrado en un terreno muy resbaladizo. Pero aún no había perdido. No había cometido un error fatal. Ojalá pudiera saber si Banichi sabía dónde estaba en ese momento.

—Sí —dijo Cenedi—. Alguien no tuvo paciencia. Alguien intentó quitarle la vida.

—Evidentemente.

—¿Tiene idea de por qué?

—No, nadi. La verdad es que no, no lo sé con certeza, aunque soy consciente de que hay gente a la que no le gustan los humanos.

Cenedi abrió el cajón de su mesa y sacó un grueso pergamino de papel, con los cordones rojos y negros de la casa del aiji.

Ilisidi, pensó Bren con aprensión, mientras Cenedi se lo pasaba por encima de la mesa. Lo desenrolló y descubrió una letra conocida.

La de Tabini.

«Te envío a un hombre, 'Sidi ji, y lo encomiendo a tu cuidado. Me he atribuido formalmente su protección, frente a agencias anónimas, agencias que, tengo la impresión, no te son desconocidas a ti, sin que esto quiera decir que estoy resentido contigo por una decisión que, en circunstancias extraordinarias, puedes haber considerado necesaria».

¿Qué es esto?, pensó, embargado por la súbita y frenética sensación de que se le agotaba el tiempo, y trataba de discernir si se trataba de una amenaza contra Ilisidi o solo la constatación de que sabía que ella era la responsable del atentado contra su vida.

¿Y Tabini lo había enviado allí?

«Por tanto, 'Sidi-ji, mi enemiga favorita, te libero de esa desagradable y peligrosa necesidad, consciente de que otros pueden haber actuado en mi contra por envidia o para obtener ganancias personales, pero tú, y solamente tú, lo has hecho por una cuestión de principios y por oposición al tratado.

»Ni mis agentes ni yo estorbaremos tus investigaciones ni lo que dispongas con respecto al paidhi-aiji en esta peligrosa circunstancia. Solo te pido que me informes de las conclusiones a las que llegues, para que podamos discutir las posibles soluciones y alternativas».

¿Lo que dispongas con respecto al paidhi? Tabini, Tabini, por el amor de Dios, ¿qué me estás haciendo?

«Mis agentes tienen instrucciones de permanecer en el lugar, pero no interferir.

»Tabini-aiji, con profundo respeto,

»a Ilisidi de Malguri, en Malguri, provincia de Maidingi...».

Las manos de Bren estaban temblando. Trató de detenerlas. Leyó la carta dos y tres veces y no encontró otra interpretación posible. Era la letra de Tabini. Era el sello de Tabini. No había falsificación posible. Trató de

memorizar las palabras en el poco tiempo de que razonablemente disponía para leer el documento, pero la intrincada letra se volvió borrosa ante sus ojos. La razón trató de intervenir interponiendo el hecho, profesional e intelectualmente asumido, de que Tabini era un atevi, de que la amistad no guiaba sus acciones, de que ni siquiera era capaz de comprender esa palabra.

De que Tabini, a la larga, tenía que actuar movido por los intereses atevi y como un atevi, sin que la mentalidad humana tuviera por qué tener la menor influencia en él.

El intelecto arguyó que no debía perder el tiempo con sentimientos ni tratando de interpretar las cosas a la manera humana. Arguyó también que se encontraba en un terrible peligro en aquel lugar, y aún podía extraer esperanza del hecho de que Banichi y Jago tenían que quedarse, y en la posibilidad, aún más absurda, de que Tabini podía haberse visto obligado a traicionarlo y hubiera querido que sus agentes se quedaran allí por alguna razón... como por ejemplo un rescate improbable en el último momento...

Pero eran posibilidades muy endebles, muy remotas, teniendo en cuenta, para empezar, que Tabini había escrito aquella carta.

Y si Tabini estaba dispuesto a arriesgar la vida del paidhi y, con ella, la ventaja de la tecnología de Mosfeira, solo cabía concluir que su poder estaba amenazado de algún modo que era incapaz de resistir.

O que el paidhi había fracasado por completo en el análisis de la situación en la que se encontraba.

Lo que tampoco le ofrecía ninguna esperanza.

Devolvió la carta a Cenedi, disimulando un poco, o al menos eso esperaba, el temblor de sus manos. No tenía miedo. Se dio cuenta de ellos con cierta curiosidad. Solo era consciente del nudo que se le había formado en la garganta y del gélido entumecimiento que se había apoderado de sus dedos.

—Nadi —dijo en voz baja—. No entiendo. ¿Son ustedes los que están tratando de matarme?

—Directamente no. Pero una negación completa tampoco serviría a la verdad.

Tabini, contraviniendo el tratado, le había dado un arma.

Cenedi había abatido a un asesino en el patio. ¿No?

La confusión lo invadió.

—¿Dónde está Banichi? ¿Y Jago? ¿Están al corriente de esto? ¿Saben dónde estoy?

—Lo saben. He dicho que negar la responsabilidad sería una mentira. Pero también debo reconocer que nos avergüenzan las acciones de un

profesional que ha actuado indebidamente. El Gremio está avergonzado por las acciones de un individuo que ha actuado por razones puramente personales. Y yo mismo estoy avergonzado por el incidente del té. Peor aún, usted ha aceptado mis disculpas, lo que no me facilita nada el cumplimiento del deber en este momento, nand'paidhi. Le aseguro que no hay nada personal en esta confrontación. Pero haré lo que tenga que hacer para averiguar la verdad de esta situación.

—¿Qué situación?

—Nand'paidhi. ¿Alguna vez nos han engañado? ¿Alguna vez nos han dicho menos, o más, que la verdad?

El peligro al que Bren se enfrentaba no justificaba el lanzarse a juicios apresurados, ni aceptar verdades absolutas, sobre todo en presencia de un hombre cuyos conocimientos no conocía en su totalidad. Trató de pensar. Trató de ser extremadamente cuidadoso.

—Nadi, que yo sepa, en algunas ocasiones... Algún detalle técnico, un circuito, una operación concreta... A veces, incluso, un campo tecnológico completo, no se han presentado al comité apropiado, o no se han ofrecido al aiji. Pero eso no quiere decir que yo pretendiera ocultárselos, y lo mismo puede decirse de todos mis antecesores. Nunca he pretendido retener ninguna de nuestras tecnologías. Jamás.

—¿Han, en colaboración con Tabini, introducido números adicionales en las transmisiones enviadas desde Mosfeira a la estación?

Dios.

—Pregúntenselo al aiji.

—¿El aiji les ha entregado estos números?

—Pregúntenselo a él.

Cenedi revisó sus documentos y volvió a levantar la mirada, con una expresión de total impasibilidad.

—Se lo pregunto a usted, nand'paidhi. ¿Les ha entregado el aiji estos números?

—Eso es asunto de Tabini. No mío. —Tenía las manos frías. Movié los dedos mientras trataba de convencerse de que aquel debate no era más serio que cualquiera de las reuniones del consejo, en las que, en algunas ocasiones, pocas, las cosas se calentaban un poco—. Si Tabini-aiji quiere enviar algo a Mosfeira, yo lo transmito con total exactitud. Ese es mi trabajo. Intento representarlo a la perfección, lo mismo que a Mosfeira. Es mi deber, nadi Cenedi. No le miento a ninguna de las partes.

Otro silencio, prolongado y tenso, en el que el trueno de la tormenta del exterior sacudió las piedras.

—¿Siempre ha dicho la verdad, nadi?

—¿En esas comunicaciones? Sí. A ambas partes.

—Tengo unas preguntas para usted, en nombre de la aiji-Viuda. ¿Las responderá?

Las paredes de la trampa se cerraban. Era la pesadilla que todos los paidhi habían temido y que ninguno había tenido que afrontar hasta que él, que Dios lo ayudase, se había metido en ella de cabeza al confiar en los atevi a pesar de la imposibilidad de traducir el concepto «confianza» para ellos, al empeñarse en seguir confiando cuando sus asesores le decían lo contrario y al aferrarse tan obstinadamente a su fe en la adhesión personal de Tabini a su persona que no había llamado a su oficina después de haber recibido todas las señales imaginables de que las cosas marchaban mal.

Si Cenedi quería usar la fuerza, no podía hacer nada para detenerlo. Si quería hacerle jurar que había una conspiración de los humanos contra los atevi... No sabía si podría negarse a decir lo que quería que dijese.

Hizo un leve encogimiento de hombros a la manera atevi, seguido de un ademán.

—Lo mejor que pueda —dijo—. Responderé hasta el límite de mis conocimientos.

—Mosfeira tiene... ¿cuánto habitantes?

—Unos cuatro millones.

—Ni un atevi.

—Ni uno.

—¿Ha habido algún atevi allí desde la época del tratado?

—No, nadi, no lo ha habido. Salvo las tripulaciones de los aviones.

—¿Qué le parece la idea de un paidhi atevi?

—Al principio lo queríamos. Intentamos introducirlo en el tratado como condición para el alto el fuego, porque queríamos entender mejor a los atevi. Sabíamos que nos habíamos equivocado. Sabíamos que éramos, al menos en parte, responsables de la guerra. Pero los atevi se negaron. Si están dispuestos a hacerlo, apoyaríamos la idea sin reservas.

—¿No tienen nada que ocultar como pueblo? ¿No provocaría resentimiento tener un atevi residente, con permiso para participar en sus consejos?

—Creo que sería muy útil que los atevi aprendieran nuestras costumbres. Yo mismo apoyaría la idea. Es más, sería un ardiente defensor de la idea.

—No tienen miedo a los espías atevi.

—Se lo he dicho antes: ya no hay secretos. No hay nada que espiar. Llevamos vidas muy similares. Tenemos intereses muy similares. No encontraría usted grandes diferencias entre Ciudad Adams y Shejidan.

—¿No?

—Nos parecemos mucho. Y no —se apresuró a añadir—, no toda la influencia viene de nosotros, nadi. Ya se lo he dicho, muchas ideas atevi nos parecieron muy sabias. En algunos aspectos, creo que se sentirían como en casa. Hemos aprendido de ustedes.

Dudaba mucho que Cenedi se lo creyera. Vio que fruncía el ceño.

—¿Podría haber —le preguntó Cenedi—, con respecto a los secretos que dice que nos han transmitido, algún área importante que se hayan guardado?

—La biología. La comprensión de la genética. Eso es lo último, lo más complicado.

—¿Por qué es lo último?

—Por las matemáticas. Es como la ciencia espacial. La magnitud de las matemáticas. Estamos esperando a que los ordenadores encuentren mayor aceptación entre los atevi. Hacen falta ordenadores para esto, nadi. Por muy bien que se les den las matemáticas, los necesitarán. Confieso que soy incapaz de hacer muchos de los cálculos que hacen ustedes de cabeza, pero tienen que tener ordenadores. Para la ciencia espacial, para el archivo de datos y para la genética.

—Los numerólogos no lo creen así. Dicen que los ordenadores son poco auspiciosos y que conducen al error.

—Y algunos de ellos sienten cierta fascinación por ellos. He oído que varios numerólogos están escribiendo *software*... y criticando nuestro *hardware*. Tienen razón. Nuestros científicos están muy interesados en sus opiniones.

—En los inventos atevi.

—Mucho.

—¿Y qué podemos inventar? Los humanos ya lo tienen todo.

—Oh, no, no, nadi, ni mucho menos. El universo es enorme. Y nuestra nave se estropeó una vez.

—¿Es muy grande el universo?

Bren estuvo a punto de decir «incalculablemente». Pero eso era una herejía.

—Más de lo que yo puedo concebir, nadi. Más de lo que han visto nuestras naves.

—¿De veras? ¿Y para qué sirve eso?

En ocasiones se encontraba con una nueva actitud atevi, e inevitablemente conseguía sorprenderlo.

—¿Y para qué sirve la Tierra, nadi? ¿Para qué sirve la Tierra salvo para vivir en ella? Es donde estamos, nadi. Sirve para que existamos. Puede haber lugares más importantes en el universo, pero desde nuestra perspectiva, este es el único que importa.

—¿Cree usted que hay cosas incontables?

De nuevo el pozo de la herejía. Buscó una respuesta irrefutable, consciente de que si se equivocaba y sus palabras acababan grabadas, estaría en manos de los extremistas.

—Si uno posee la capacidad de verlas, estoy seguro de que podría contarlas.

—¿Todo el mundo posee visión universal?

Otra secta, atevi, por lo que él sabía.

—No lo sé, nadi. No soy el tipo de persona que sabe estas cosas.

Estaba convencido de que Cenedi no creía en los numerólogos. Pero lo que podía querer por razones políticas, no había modo de saberlo. No quería seguir por esa línea de interrogatorio.

—¿Más té? —le preguntó Cenedi.

—No, gracias, nadi. Todavía me queda un poco.

—¿Me considera un enemigo?

—No lo sé. Desde luego, espero que no lo sea. Su compañía me resulta agradable y me gustaría seguir disfrutando de ella.

—No hay nada personal en mi posición, nand'paidhi.

—Eso espero. No sé cómo podría haberlo ofendido. Desde luego, no intencionadamente.

—Quiero que entienda que no estamos hablando de herejía. Para mí, la numerología es una completa y primitiva estupidez.

—Pero las grabaciones pueden editarse.

—Lo mismo que las cintas de televisión —dijo Cenedi—. Y hoy le ha proporcionado abundante material a Tabini-aiji.

¿La televisión? Con la sorpresa de la carta de Tabini, la había sacado de su cabeza. Pero ahora que Cenedi la mencionaba, la añadió al escenario nuevo engendrado por la carta: todas aquellas preguntas personales y sencillas sobre él mismo, sobre su vida y sobre sus asociaciones...

Traicionado por el único atevi al que le había confiado su vida. Traicionado por los atevi que habían firmado todos los acuerdos con la

civilización humana.

Tabini lo había armado contra el asesino, y a la luz de la carta, no podía asegurar que no hubiera sido también Tabini quien hubiese contratado sus servicios. Le había dado un arma que podían encontrar y cuyo rastro podía seguirse a través de las balas.

Pero cuando la había usado y había vertido sangre, Banichi le había dado otra. No lo entendía.

Puede que Banichi no lo entendiera tampoco entonces y, ajeno a la conspiración, hubiera actuado con lealtad. Todos sus pensamientos corrían en círculos. Y, encima, ahora el arma de Banichi había desaparecido de debajo de su colchón, y podían fotografiarla, colocar cualquier evidencia, y añadir después los números de serie. Conocía algunos de los trucos que podían utilizar. Los había estudiado. La administración le había obligado a estudiarlos hasta tuvo la cabeza llena de ellos y se negó a creer que alguna vez los necesitara.

Con Tabini no.

Con un hombre que confiaba en él, que, por respeto a él, le contaba secretos oficiales que no tenía por qué contarle, no.

—¿Cuánta gente vive en Mosfeira?

—Ya me lo ha preguntado, nadi. Unos cuatro millones. Cuatro millones trescientos mil.

—Repetiremos las preguntas de vez en cuando, para asegurarnos. ¿Incluidos los niños?

Entonces se sucedieron las preguntas, sobre el apoyo al sistema ferroviario, sobre los vetos empleados por sus predecesores, sobre las centrales energéticas, sobre las presas, las autopistas y los estudios ecológicos, sobre Mosfeira y sobre el continente.

Sobre el puente aéreo entre la isla y el continente, y el sistema de carreteras del norte y el centro de Mosfeira. A esas alturas, ya no era material clasificado. No le preguntó nada que no pudieran averiguar leyendo los catálogos y su correo privado.

Probablemente ya lo habrían leído todo en su correo, mucho antes de los satélites. Podían haber extraído toda la información de los catálogos de vacaciones, haber ensamblado un mosaico con la carreteras, las ciudades, las calles de Mosfeira, podrían haber fotografiado las ciudades costeras, donde llegaban regularmente los vuelos de Shejidan, cargados de materias primas, y de donde se marchaban con aparatos electrónicos, textiles, pescado y fármacos de Mosfeira.

—¿Tiene usted muchos asociados en Mosfeira, nadi? ¿Cómo se llaman?

—¿Qué suele hacer cuando va a Mosfeira, nadi? Imagino que pasa algún tiempo en...

—Tenía usted un arma en sus aposentos, nadi. ¿Qué planeaba hacer con ella?

No admitas nada, pensó. No había preguntas inocentes.

—No sé nada de ningún arma.

—Un objeto de este tamaño. Debajo de su colchón.

—No sé. Puede que apareciera y desapareciera el mismo día.

—No bromea, nadi, por favor. Se trata de un asunto de extrema gravedad.

—Soy consciente de ello. Pero le aseguro que yo no la traje ni la escondí debajo del colchón.

—Apareció espontáneamente.

—Eso parece. No tengo otra respuesta. Nadi, ¿qué iba a hacer con ella? No sé disparar. Con un arma en la mano no soy un peligro para nadie, salvo para el mobiliario y para mí mismo.

—Nadi. Sabemos que esa arma no es originaria de Malguri. Tenemos el número de registro.

Bren apartó la mirada y la dirigió hacia las sombras duplicadas de la pared. Puede que, en algún momento, Tabini hubiese sufrido una derrota política que lo obligara a unirse a una facción rival. No sabía a quién estaba defendiendo ahora con el asunto del arma desaparecida, si a Tabini con respecto a sus rivales o a Banichi de un posible juicio. Y tampoco sabía si el cambio de arma había embarullado tanto las cosas que ahora todo el mundo parecía culpable.

Pero al menos ya sabía dónde estaba el arma.

Y tenía una línea oficial a la que aferrarse.

—Nadi —dijo Cenedi—. Responda a la pregunta.

—Pensé que era una afirmación, nadi. Discúlpeme. No tengo ningún arma. Yo no la puse allí. Es lo único que puedo decir.

—Usted disparó al asesino en Shejidan, nand'paidhi.

—No. Di la alarma. Banichi disparó cuando el hombre huía.

—En ese caso, la puntería de Banichi no es la que era.

—Era una noche oscura y lluviosa, y el hombre estaba corriendo.

—Y no había nadie más que usted en la habitación.

—Oí un ruido y desperté a la guardia.

—¿Banichi suele pasar la noche apostado junto a su puerta?

—No lo sé. Supongo que tenía asuntos que atender por allí. Alguna dama. No se lo pregunté.

—Nadi, está usted mintiendo. Así no ayuda a nadie.

—Solo tres personas en el mundo saben lo que pasó aquella noche: Banichi y yo, y el hombre que estaba en el balcón... que seguramente no era usted, Cenedi-ji. ¿O sí?

—No. Yo no utilizo esos métodos.

Probablemente era una broma. No sabía si tomársela como tal. Estaba asustado, y convencido de que Cenedi tenía información de fuentes que él desconocía. Estaba construyendo un caso. Y aunque existían leyes contra el secuestro y contra la detención forzosa, no había ninguna contra lo que había hecho Tabini al enviarlo allí.

—No tiene usted la menor idea de cómo llegó el arma hasta allí —dijo Cenedi—. Afirma usted sin reservas que no sabía que estuviera donde la encontramos.

—Sí.

Cenedi se recostó en su asiento y lo miró fijamente durante un prolongado momento.

—Banichi le dio el arma.

—No, nadi, no lo hizo.

—Nand'paidhi, la Viuda tiene conocidos, gente muy estrechamente asociada a ella, y de cuyas asociaciones con Tabini-aiji es la intermediaria. Esta gente no acepta ese pedazo de papel, ese Tratado con Mosfeira. Los documentos no les impresionan nada y, para serle francos, no consideran que la cesión de Mosfeira sea legítima ni efectiva.

Esa gente, pensó Bren con un escalofrío. El ala conservadora. El elemento que clamaba por una invasión. No quería creerlo.

—Hemos recibido presiones —dijo Cenedi—. De hecho, sus agentes han venido a Malguri a solicitar que lo pongamos en sus manos y a instar a la aiji-Viuda a abandonar del todo su asociación con Tabini. Arguyen que el tratado carece de validez. Que Tabini-aiji está llevándonos en la dirección equivocada. Hemos llegado a un compromiso. Ellos necesitan cierta información; yo les he indicado que podía obtenerla, y si lo hago, no habrá necesidad de entregarlo.

Era una pesadilla. No sabía en qué aspecto del asunto centrarse. Lo más importante parecía averiguar dónde estaba Cenedi.

—¿Trabaja usted para la aiji-Viuda, nadi?

—Siempre. Sin excepción.

—¿Y de qué lado está ella? ¿Con Tabini o en su contra?

—Ella no tiene man'chi. Actúa por sí sola.

—¿Para reemplazarlo?

—Es una posibilidad, nadi. Ella no haría nada que redujera su independencia.

Nada que redujera su independencia. Ilisidi había perdido las elecciones en el hasdrawad. Dos veces. La última, cinco años atrás, frente a Tabini.

¿Y Tabini había escrito aquella carta y lo había puesto en sus manos?

—¿Va a darme la información que necesito, nand'paidhi?

No era una pregunta fácil. Puede, solo puede, que Tabini no lo hubiera traicionado aún. Puede que su administración se hubiera encaminado al desastre sin que Bren se percatase. No terminaba de creérselo. Pero no sería el primer paidhi al que confundía la política atevi.

—Nand'paidhi —dijo Cenedi—. Esa gente ha venido a Malguri a llevarlo ante sus autoridades. Si le entrego, no digo que no podamos recuperarlo... pero, en qué condiciones, no sabría decir. Podrían llevar su interrogatorio mucho más lejos. Podrían interrogarlo sobre tecnología, sobre sistemas armamentísticos y espaciales, cosas que carecen de interés para nosotros, y sobre las que no tenemos razones para creer que no nos haya dicho la verdad. No se engañe, se lo ruego: esto no es un machimi, y nadie puede guardar un secreto si un profesional decide arrancárselo. Si me dice lo que quiero oír, lo que necesito para derribar a Tabini, podré mostrarme generoso. Pero si no puedo darles eso...

La mente de Bren volaba. Estaba perdiéndose parte de lo que Cenedi le decía, y eso podía ser desastroso.

—... no tendré otra alternativa que dejar que obtengan lo que necesitan a su manera. Y me gustaría ahorrarle eso, nand'paidhi. Se lo pregunto de nuevo: ¿Quién disparó el arma?

—Banichi.

—¿Quién le dio el arma?

—Nadie me dio un arma, nadi.

Cenedi suspiró y pulsó un botón. Era un anacronismo, objetó una parte distraída de la mente de Bren. Pero probablemente, mucho de lo que contenía la oficina de Cenedi no fuera histórico.

Esperaron. Todavía podía, pensó, cambiar de idea. Podía darle a Cenedi lo que quería, cambiar de bando, pero solo tenía la palabra de Cenedi, y la carta, para saber lo que estaba ocurriendo en realidad, y no creía a ninguno de los dos, no del todo. Tabini era demasiado astuto, demasiado político, para caer

sin intentar nada, y, por lo que él sabía, todavía podía ser una pieza de su plan. Aún podía confiar.

Pero era un pensamiento estúpido. Si Tabini hubiese querido que desempeñase un papel activo en sus planes, si no debía tomarse la carta en serio, podría habérselo dicho. Alguien podría haberle dicho qué demonios estaba ocurriendo.

Y él podría haber llamado a su oficina, como se suponía que era su deber, para enviar un informe.

La puerta que había a su espalda se abrió. Bren no se hacía ilusiones con respecto a sus posibilidades de escapar de Malguri. A medio continente de distancia del territorio humano, sin teléfono y sin nadie en quien poder confiar, salvo quizá Jago y Banichi. Y esto último, con muchas reservas. Pero escapar de dos fornidos atevi a los que no les llegaba ni al hombro, que se habían parado a su lado y le habían puesto una mano en cada hombro mientras se levantaba de la silla... No parecía una opción demasiado cuerda.

Cenedi lo miró y no dijo nada mientras se lo llevaban al oscuro pasillo. Lo condujeron hacia el interior del ala de la mansión, más allá del territorio que conocía, cada vez más lejos de la puerta principal. De Banichi que, si Cenedi le había dicho la verdad, debía de estar en el patio, trabajando en la entrada del cableado eléctrico. Si conseguía llegar a su lado, podría avisarle. Solo tenía que librarse de dos atevi, o de tres, contando con Cenedi. Y la verdad es que carecía de sentido no contar a Cenedi.

—Tengo que ir al baño —dijo plantando los pies en el suelo. Su corazón palpitaba con la fuerza de un martillo. Era una estupidez, pero tras dos tazas de té, también era la verdad—. Solo un minuto, maldita sea. Tengo que ir al baño.

—Al baño —dijo uno de los guardias, y lo llevaron por aquel mismo pasillo hasta un cuarto que debía de estar debajo de sus aposentos y era tan antiguo como ellos.

Uno de los atevi cerró la puerta exterior. El otro permaneció a su lado mientras él hacía lo que les había dicho que tenía que hacer, se lavaba las manos y trataba desesperadamente de evaluar sus probabilidades contra ellos. Había pasado mucho tiempo desde que estudiara artes marciales, y también desde la última vez que utilizara lo estudiado, y estaba seguro que a ellos no les pasaba lo mismo. Caminó hacia la puerta con la esperanza de que uno cometiera el error de abrísela. No lo hizo, y ese momento de transición fue su única y última oportunidad. Lanzó un codazo al guardia de su izquierda y trató de propinarle una patada al de la puerta, y supo que estaba metido en un lío una fracción de segundo antes de notar que le retorcían la muñeca y el hombro con un movimiento capaz de partirle el brazo.

—Vale, vale —dijo, y se encontró con la implacable pared de piedra pegada a la cara y sin el aliento que necesitaba desesperadamente para mover

el brazo, que sentía a punto de partirse.

No se oía otra cosa que respiraciones, la de ellos y la suya. La situación no se prestaba a razonamientos complejos, ni a debates sobre otra cosa que el dolor. Sintió que le enrollaban un cordel alrededor de las muñecas e hizo un nuevo intento de liberarse mientras el segundo guardia abría la puerta del baño. Pero la cuerda y la fuerza con la que lo sujetaba por el brazo eran argumentos irresistibles.

Fue a donde querían que fuera. No podía hacer otra cosa. Tras un corto paseo por el pasillo, llegaron a una puerta que daba a una escalera de piedra, iluminada con lámparas, que bajaba a un sótano cuya existencia descubría ahora.

—Quiero hablar con Banichi —dijo al pisar el primer escalón, y se plantó firmemente en el suelo.

Lo que lo convenció de que aquellos guardias ignoraban la fragilidad de las articulaciones humanas y el que lo sujetaba estaba a punto, sin darse cuenta, de partirle el brazo. Trató de bajar un escalón y su pie resbaló. Perdió totalmente el equilibrio, pero el guardia siguió empujándolo a pesar de ello, empleando el brazo para hacer palanca, hasta que Bren consiguió, de alguna manera, apoyar los pies en el suelo y bajó solo los siguientes pasos. Su visión se volvió borrosa, una neblina de luz procedente de una única fuente, percibida detrás de un muro de lágrimas. Paredes de piedra, ningún otro mobiliario que aquella lámpara de aceite que colgaba del techo, una mesa y una silla. Un trueno sacudió las paredes a pesar de la profundidad a la que se encontraban, como un último mensaje del mundo exterior. Había otra puerta, abierta, que daba a un pasillo oscuro. Lo llevaron por allí.

Estaba perdido. A menos que Banichi estuviera metido en el asunto de algún modo que ahora no acertaba a imaginar, estaba perdido. Había desaprovechado su última oportunidad en un estúpido intento por vencer a dos atevi en una pelea cuerpo a cuerpo... Pero si lograba hacer palanca y liberarse... antes de que pudieran cerrarle la puerta... y conseguía cerrársela en las narices...

Las probabilidades eran muy pocas. Eran nulas. Pero estaba desesperado. Lo llevaron por una puerta lateral hasta una celda sin más luz que la del cuarto del final del pasillo. Supuso que allí lo soltarían, y se preparó para revolverse, agacharse, y tratar de escapar.

Pero cuando el guardia lo soltó, no le desató las muñecas, sino que, agarrándolo por la cuerda, le dio la vuelta y lo pegó a la pared mientras su

camarada lo sujetaba por el otro brazo. Lanzó una patada y el atevi, que tenía las manos ocupadas, le respondió con un rodillazo en el estómago.

—Déjelo —le dijo al oído mientras él trataba de recobrar el aliento—. No siga, ¿me oye?

Y después de eso lo levantaron en vilo, le estiraron el brazo a lo largo de un barrote de metal, luego el otro en dirección contraria y se lo ataron fuertemente desde la muñeca hasta el codo.

Mientras tanto, él trataba de respirar. Qué desastre, era lo único que podía pensar, una vez tras otra. Aquel era el procedimiento clásico de los atevi para tratar con los casos problemáticos, solo que la barra no tenía la altura apropiada para un humano, y Bren no alcanzaba el suelo con las rodillas ni con los pies. Esto es muy incómodo, pensó. No se le ocurría ningún modo de salir de allí. Ni siquiera sabía dónde podía apoyar las rodillas para proteger sus partes vitales de lo que esperaba a continuación.

Pero los dos guardias se marcharon entonces sin pronunciar palabra. Solo se limpiaron las manos y se quitaron el polvo de la ropa, como si aquello hubiera sido un atentado a su dignidad. Le entró pánico al creer que iban a cerrar la puerta y dejarlo allí en la oscuridad, pero salieron sin más, dejando una puerta abierta a la vista, y sus sombras se alejaron por el pasillo. Bren oyó el eco de sus voces. Decían que iban a tomar un trago, como trabajadores que han terminado la jornada.

Oyó que subían las escaleras y que la puerta se cerraba.

Después de eso, solo quedó el silencio.

Al principio de su instrucción le habían dicho que si la situación se le iba totalmente de las manos, como era el caso, el suicidio era una exigencia del cargo. No querían a un humano en manos de los atevi, soltando información a instancias de sus captores de manera indefinida. Esta posibilidad había sido muy real al principio, cuando los atevi no habían alcanzado aún la estabilidad política de que habían disfrutado el último siglo, y cuando la rivalidad entre las asociaciones era una constante amenaza para el tratado. Ahora... Oh, no, no podía ocurrir, ni en la más delirante pesadilla.

Pero a pesar de ello, seguía formando parte del curso de formación —conocía una docena de métodos indoloros— y seguían diciendo «si no hay otra opción, hazlo», porque no habría rescate y no podrían poner en peligro la paz tratando de recuperarlo.

Y no es que pudiera contar gran cosa a los atevi, aparte de información política que pudieran usar contra Tabini. A esas alturas, la tecnología era tan esotérica que el paidhi no la conocía hasta que recibía un curso en Mosfeira y

trabajaba la información hasta el punto de poder traducirla y hacerla inteligible para los expertos atevi. Tenían tantas probabilidades de arrancarle secretos atómicos a golpes como de conseguir información sobre el viaje a velocidades superiores a las de la luz.

Pero tampoco podía dejar que lo usaran políticamente. No podía dejar que usaran sus palabras, las editaran y las sacaran de contexto, al menos sin obligarlos a dejarle marcas que demostraran al mundo que estaban torturándolo.

Pero había hecho la entrevista, sentado allí, con toda tranquilidad delante de las cámaras.

Había dejado que Cenedi grabara sus respuestas, incluida su condenada negativa a reconocer que conocía la existencia del arma. Tenían todas las imágenes y declaraciones que podían necesitar.

Maldita sea, pensó. Había metido la pata. La había metido sin posibilidad de redención. A esas alturas, Hanks debía de estar al mando y, maldición, ojalá hubiese habido alguien mejor, alguien más imaginativo, capaz de comprender que Tabini seguía siendo la mejor opción para ellos.

Tabini, derribado y reemplazado por los antropófobos, y él por Deana Hanks. Todo cuanto había construido se había ido al traste sin remisión. Estaba convencido. Y los humanos de la línea dura, los que creían que su relación con Tabini era demasiado amistosa... No tenían razón, se negaba a creer que la tuvieran. Pero ellos lo dirían, sin duda.

Lo más irónico era que los partidarios de la línea dura, los «bombardeemos al enemigo con misiles nucleares», eran muy parecidos a ambos lados del estrecho. Y no podía dejar la situación en sus manos.

El error había sido arrebatarse el control a Cenedi. Ahora lo creía. Tenía que cambiar las cosas de alguna manera, averiguar si Banichi estaba implicado, o prisionero, o algo; conseguir que lo llevaran de nuevo ante Cenedi, que lo escuchara alguien que atendiera a razones.

Tenía tiempo de sobra para hacer planes y planes y planes.

Pero cuando el frío se metía en los huesos y los músculos empezaban a agarrotarse y luego a doler... la mente encontraba otras cosas en que ocuparse, aparte de hacer planes para arreglar el destrozo del que él era responsable, descubría que el cuerpo resultaba asquerosamente incómodo, y dolía, y que tal vez no saliese de aquella celda si no le daba a aquella gente lo que quería.

Pero no podía. No podía y no lo haría. No había hecho su trabajo ni medio bien, y por culpa de eso había acabado allí abajo, pero no iba a terminar de

arruinarlo provocando la caída de Tabini.

Aún le quedaba una esperanza, se repetía sin cesar. Tabini era un cabronazo astuto cuando era necesario. El muy perro entregaría una carta si sabía que no tenía más remedio que ceder. Sabía que los humanos no lucharían por él. Y como no tenía un solo hueso humano en el cuerpo, no sentía como un humano. Había conseguido su entrevista en la televisión. Le había demostrado al mundo que Bren Cameron era un tipo de fiar. Había llevado hasta allí a su equipo de televisión y se había hecho con la esencial entrevista justo antes de que el bando contrario moviera a sus agentes e hiciera sus exigencias a Ilisidi, quien probablemente estaba tratando de permanecer al margen.

Jaque mate.

En menuda posición lo había puesto Tabini. Muchas gracias, pensó. Muchas gracias, Tabini.

Pero te necesitamos. La paz depende de que sigas en el poder. Sabes que van a reemplazarme. Os darán un nuevo paidhi, una cifra nueva para que los numerólogos puedan estudiar y discutir. Pasa la pelota a su tejado: déjalos con un nuevo rompecabezas, con un nuevo humano, pues todo el mundo sabe que los humanos no actúan igual que los atevi.

Eres un hijo de puta, Tabini-ji.

El tiempo pareció dilatarse a lo largo de las horas, y el terror dio paso al dolor, y luego al hastío y a una intensa miseria de músculos agarrotados, puntos insensibles, metal frío y piedra helada. Ya no se oían los truenos. No podía encontrar un ángulo para colocar las piedras que no le lastimara la espalda, las rodillas o los hombros, y cada intento era una agonía.

La imaginación, en la oscuridad y el silencio, no era una ventaja. Demasiada televisión, le habría dicho Banichi.

Pero Banichi, o se había cambiado de chaqueta —lo que significaba que su man'chi había estado siempre en un lugar diferente al que incluso Tabini creía— o estaba metido en un lío tan gordo como él.

En la mejor de sus ensoñaciones, Banichi o Jago aparecían por aquella puerta y lo liberaban antes de que la oposición pudiera someterlo a su interrogatorio. Puede que la demora se debiera precisamente a que estaban buscándolos. Quizá la precipitada salida de Jago la última vez que habían hablado, y aquel mensaje de Banichi, se debieran a que Banichi sabía algo y, consciente de que para liberarlo tenían que estar libres, la había llamado.

Era un buen argumento para un machimi, pero no era la verdad. Eso no iba a pasar. Se quedó allí colgado, abrumado por el dolor en diversas articulaciones, hasta que finalmente oyó que la puerta exterior se abría.

Unos pasos bajaron por la escalera de piedra hasta el pasillo. Dos pares de pasos, o tres. No estaba totalmente seguro y se decidió por tres: oyó unas voces que dijeron algo que fue incapaz de entender. Su miedo ascendió hasta alcanzar la categoría de pánico, al pensar que lo que fuese a ocurrirle iba a ocurrir en breve. Pero no apareció nadie, así que acabó por desesperar, y dejó que su cabeza se venciera hacia delante, lo que le aliviaría el dolor del cuello al menos durante cinco minutos.

Las voces que, había decidido, iban a quedarse en la habitación contigua se convirtieron en ruidos en el pasillo. Y cuando levantó la mirada, una sombra entró en su celda: un hombre de uniforme. No podía distinguirlo, recortado contra la luz, pero sí veía los destellos metálicos por toda la sombra que cubría su campo de visión.

—Buenas tardes —le dijo al visitante—. ¿O estamos en plena noche?

La sombra desapareció y los nervios de Bren, crispados hasta el punto del dolor, empezaron a sentir una serie de temblores que, decidió, debían de ser la antesala de la misma parálisis en las piernas que ya sentía en los dedos de las manos. No quería. Puede que solo fuera un guardia que había venido a comprobar su estado, y se hubiera marchado.

Los pasos volvieron. Supuso que debía de asustarse con aquel silencioso ir y venir, decidió, y esta idea, junto con el dolor, empezó a volverle loco. No estaría mal enloquecer... Siempre había preferido un estado de perturbación a uno de terror.

Pero esta vez aparecieron más figuras. Traían una silla de madera y una grabadora. Eran sombras que proyectaban más sombras a la luz del pasillo. La grabadora también. Uno de ellos pulsó un botón y apareció una luz roja sobre el aparato.

—En vivo, grabando —dijo. No veía razón para contenerse, y estaba furioso, aunque también al límite del terror. No se merecía aquello, se dijo. No merecía que Tabini, Cenedi o Ilisidi le hubieran hecho aquello—. Bueno, ¿quiénes son ustedes? ¿Qué quieren, nadi? ¿Algo razonable? Seguro que no.

—¿No siente miedo? —le preguntó una de las sombras—. ¿Ni remordimiento, ni pesar?

—¿Por qué debería sentir remordimiento, nadi? ¿Por aceptar la hospitalidad de la Viuda? Si ya no soy bienvenido, lo lamento, y me gustaría... marcharme...

Una sombra se separó de las demás, cogió la silla, le dio la vuelta y se sentó, con los brazos sobre el respaldo.

—¿Dónde consiguió el arma? —preguntó. La voz no le era conocida.

—No tenía ningún arma. Banichi fue el que disparó. Yo no.

—¿Por qué iba a involucrarse Banichi? ¿Y cómo acabó el arma en su cama?

—No tengo ni idea.

—¿Banichi ha ido alguna vez con usted a Mosfeira?

—No.

—¿Y ha ido a Mosfeira sin usted?

—No, ningún atevi lo ha hecho, al menos en toda mi vida.

—Está mintiendo sobre el arma, ¿verdad?

—No —dijo.

Los temblores de su pierna izquierda volvieron a empezar. Trató de permanecer calmado y pensar, mientras las preguntas se sucedían una tras otra y su interrogador volvía periódicamente al asunto del arma.

La cinta se terminó y vio que la cambiaban. Los temblores no cesaban. Empezó a sufrirlos también en el brazo derecho, y trató de cambiar de postura para aliviarse.

—¿Para qué son —fue la siguiente pregunta, con la nueva cinta— los próximos envíos de materias primas a Mosfeira? ¿A qué se debe el incremento?

—A que las infraestructuras de la isla están viejas. —Era la respuesta oportuna, la respuesta simplista—. Necesitamos materias primas. Nuestras fábricas las necesitan.

—¿Y su base de lanzamientos?

No era la misma pregunta. El corazón le dio un vuelco. Se dio cuenta de que tardaba demasiado en responder.

—¿Qué base de lanzamientos?

—Lo sabemos. Ustedes nos dieron satélites. ¿Cómo no íbamos a saberlo?

—No se puede despegar desde la latitud de Mosfeira. No es posible. No es práctico.

—Es posible. Y es práctico, si es la única base que tienen. ¿O parte algún barco de Mosfeira con otro propósito aparte de la pesca?

¿Pero qué barcos ni qué...?, se preguntó. Si los había, él lo ignoraba.

—No estamos construyendo ninguna base de lanzamientos, nadi. Se lo juro. Y si lo estamos haciendo, es sin que el paidhi lo sepa.

—Incluyen ustedes datos secretos en sus transmisiones. Alientan debates sectarios para ralentizar nuestro progreso. Es evidente que están haciendo acopio de metales. Aumentan sus demandas de acero, de oro... Nos dan industrias e intercambian sus microcircuitos por nuestro grafito, nuestro titanio, nuestro aluminio y nuestro paladio, elementos que no sabíamos que existían hace un siglo y para los que ahora, gracias a ustedes, tenemos uso. Ahora los importan, pues esos minerales no existen en Mosfeira. ¿Para qué? ¿Para qué los utilizan, si no es para las mismas cosas que nos enseñaron en su momento, para construir naves, que teóricamente ustedes no tienen, para...?

—No soy ingeniero, ni tampoco un experto en procesos fabriles. Sé que esas cosas se usan en procesos electrónicos y en la fabricación de acero de alta dureza para la industria...

—¿Y para la construcción de aviones ligeros? ¿No fabrican láminas para rotores de alta velocidad?

Bren sacudió la cabeza, un hábito infantil. Para los atevi no significa nada. Estaba metido en grandes problemas y no podía decirle a nadie que necesitaba urgentemente saber qué clase de sospechas albergaban los atevi. Temía no tener la ocasión de decírselo a nadie fuera de aquella habitación si no le ofrecía a aquel hombre respuestas plausibles y un poco de cooperación.

—Estoy seguro... Estoy seguro de que existen aviones experimentales. No teníamos más que planos de los aviones que usábamos antes. Construimos prototipos. Modelos. Probamos lo que creemos saber antes de transmitir una tecnología que podría hacer que algunos atevi acabasen volando en mil pedazos. Nadi, conocemos los peligros que entrañan esos combustibles y esos sistemas de vuelo...

—Ese es nuestro problema.

—Nadi, le aseguro que lo último que queremos es que un laboratorio atevi estalle o un prototipo se caiga en pleno vuelo y nos echen la culpa. Los programas tienen sus problemas. Ya hay gente suficiente que nos atribuye vuelos secretos y que cree que nuestras calles están llenas de grano gracias a que el ministro de Agricultura ha dejado la gestión en manos de los ordenadores... Pues claro que hacemos vuelos de prueba. Tratamos de impedir los desastres antes de pedirles que se jueguen el cuello. No es una conspiración. ¡Es una cuestión de relaciones públicas!

—No se trata solo de pruebas de vuelo —dijo el interrogador—. El aiji está al corriente, ¿verdad?

—No. Ni yo mismo lo estoy. No hay base de lanzamientos. No estamos ocultándoles nada, no hay secretos. Y si construyen aviones o naves, se trata

de prototipos de prueba.

—¿Quién le dio el arma, nadi?

—Nadie me dio ningún arma. Ni siquiera sabía que estaba debajo de mi colchón. Pregúntenle a Cenedi cómo llegó hasta allí.

—¿Quién se la dio, nadi-ji? Solo quiero una respuesta. Diga «el aiji me la dio» y podrá volver a la cama y dejar de pensar en esto.

—No lo sé. Ya le he dicho que no lo sé.

El más cercano de ellos sacó un arma. Bren vio el brillo del cañón en la oscuridad. El hombre se aproximó a él y sintió el frío del metal contra la cara. Bueno, pensó. Ya estamos, ¿no? Se acabaron las preguntas.

—Nand'paidhi —dijo el interrogador—. Dice usted que Banichi disparó al intruso que había entrado en sus aposentos. ¿Es verdad?

Pasado un punto determinado, no tenía sentido seguir jugando. Cerró los ojos y pensó en la nieve y en esquiar en las laderas de las montañas. En el viento, y en un paraje totalmente desierto.

El hecho de que lo que acudiera a su mente en aquel momento no fuera Barb le dijo algunas cosas. Puede que no tuviera mucha importancia, pero era un curioso y doloroso descubrimiento.

—¿No es eso cierto, nand'paidhi?

Se negó a contestar. El cañón del arma se apartó. Una mano fuerte le levantó la cabeza y se la golpeó contra la pared.

—Nand'paidhi. Tabini-aiji le ha abandonado. Lo ha dejado en nuestras manos. Ha leído usted la carta. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Qué le importa a usted nuestra política? Abandónelo, nadi. Abandónelo. Todos, fuera.

El hombre lo soltó. Las reglas habían cambiado de repente. Los demás salieron de la celda. Ahora podía ver al menos el contorno de la cara de su interrogador, pero no creía conocerlo. Solo se preguntaba cuál iba a ser su última propuesta, o qué le iba a decir el hombre ahora que los demás ya no estaban allí. No creía que fuera a gustarle.

El interrogador alargó la mano y apagó la grabadora. La celda permaneció en silencio durante un rato muy largo.

—¿Cree usted —dijo finalmente el hombre— que podemos liberarlo ahora, nand'paidhi, para que vuelva a Mosfeira? Por otro lado, si proporcionara usted a la Viuda las pruebas necesarias para deponer al aiji, si se convierte en una pieza importante para nosotros, sería una estupidez entregarlo a las facciones más radicales de nuestra asociación.

—Cenedi me dijo lo mismo. Y me envió aquí.

—Nosotros apoyamos a la aiji-Viuda. Le queremos a usted vivo y en buen estado, nand'paidhi. Podría volver a Shejidan. No habría cambios esenciales en las relaciones de la asociación con Mosfeira, salvo el partido que ocuparía el poder. Si nos dice la verdad y no sabe alguna de las cosas que necesitamos saber, seremos razonables. Podemos aceptarlo siempre que nos proporcione la información que necesitamos para sustentar nuestras aspiraciones. No le costará nada. Seguirá en el puesto, nand'paidhi. Y todo por una sencilla respuesta. ¿Qué me dice? —El interrogador se inclinó, convertido de nuevo en una sombra completa, y volvió a encender la grabadora—. ¿Quién le dio el arma, nand'paidhi?

—Nunca he tenido un arma —dijo—. No sé de qué me está hablando.

El interrogador apagó la grabadora, la cogió, se levantó y se marchó.

Bren permaneció colgado de la barra, temblando, diciéndose que había sido un completo idiota, que Tabini no se merecía un favor como el que acababa de hacerle. Si había alguna oportunidad de salir de aquello con vida, de conservar el puesto, y de regresar a Mosfeira, de que las cosas volvieran a la normalidad...

Nunca se lo permitirían. Confianza era una palabra que carecía de equivalente en su lengua. Pero, en cambio, tenían catorce palabras para «traición».

Suponía que los guardias volverían en cualquier momento, quizá para pegarle un tiro, o quizá para llevarlo a otro sitio, a esa gente menos razonable de la que el hombre había hablado. Si tienes un informador potencial, no se lo entregas a una facción rival. No. La cosa terminaba en Cenedi. En la Viuda. Era un mismo juego, al margen de la estrategia. Simplemente, iba a volverse un poco más duro. Cenedi ya le había avisado de que nadie resistía.

Oyó que alguien salía del cuarto del final del pasillo y que las puertas se cerraban, y en el largo, larguísimo silencio, se preguntó hasta dónde podrían llegar las cosas. Los machimi ofrecían una respuesta, y no era nada agradable. No quería pensar en eso. A estas alturas ya le dolía hasta respirar, pero en cambio las piernas se le habían quedado insensibles.

Mucho tiempo después, la puerta exterior volvió a abrirse. Los pasos volvieron a bajar las escaleras. Los oyó mientras respiraba con unas inhalaciones rápidas que no le proporcionaban oxígeno suficiente, y observó cómo se acercaban las sombras por el pasillo oscuro. Trató de mantener la cabeza fría: encuentra un punto de negociación, se dijo. Enreda a esos

bastardos, consigue que hablen, gana tiempo para que Hanks, Tabini o quien sea hagan algo.

Los guardias entraron. Hombres de Cenedi, ahora estaba totalmente convencido.

—Díganle a Cenedi que ya he tomado una decisión —dijo con la misma tranquilidad que si se encontrara en su oficina y ellos hubiesen venido para recoger un mensaje—. Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Tengo que hablar con él. Querría hablar con él.

—Eso no es asunto nuestro —dijo uno de ellos, y Bren reconoció la actitud de desentendimiento de un funcionario atevi que había tomado una posición, había roto las negociaciones y les había dicho a sus agentes que ignoraran todo intento de abrirlas de nuevo, oficialmente. Puede que no quisiera enterarse de lo que iban a hacer a continuación. No creía que Cenedi fuera de esos. Seguro que insistiría en saber lo que hacían sus subordinados.

—Hay una postura intermedia —dijo—. Decidle que hay una manera de resolver esto. —Lo que fuera con tal de que mandaran a buscarlo.

Pero los guardias tenían otras órdenes. Empezaron a desatarle los brazos. Iban a llevarlo a otra parte, pues. Al interior de Malguri, por favor, Dios.

Cuatro de ellos para él solo. Ridículo. Pero las piernas no le funcionaban bien. Tenía un pie dormido. Las manos no le respondían. Trató de levantarse antes de que lo hicieran ellos, pero dos de los guardias lo levantaron en vilo y juntaron los brazos a su espalda para ayudarlo a incorporarse, aunque uno solo podría haberlo hecho.

—Lo siento —dijo al ver que los pies le fallaban uno de cada dos pasos que daba más allá de la puerta, y se sintió como un estúpido por abrir la boca. Estaba acostumbrado a usar la cortesía, pero ahora le era totalmente inútil—. Decídselo a Cenedi —dijo mientras avanzaban por el corredor—. ¿Adónde vamos?

—Limítese a caminar, nand'paidhi. Tenemos orden de no responderle.

Lo que significaba que no lo harían. No le debían nada. El hecho de que le hubieran contestado con cortesía resultaba reconfortante. Indicaba que no tenían nada personal en su contra, pero no quería decir nada más. El man'chi lo era todo. Eso era indiscutible.

Al menos lo llevaron por la escalera hasta el pasillo. Tenía la esperanza de que pudieran pasar junto a la oficina de Cenedi, y lo hicieron, pero la puerta estaba cerrada a cal y canto y no se veía ninguna luz por debajo. Maldición, pensó. Otra posibilidad frustrada. Aunque no demasiado grande, era un golpe a sus esperanzas de llegar a entender. Pero su mente seguía tratando de

encontrar algún sentido a lo que estaba ocurriendo y a lo que podía ocurrir, de saber a quién servían aquellos hombres... Aunque todo esto carecía de importancia, porque no podía hacer nada al respecto. Solo podía revisar las preguntas que le habían hecho y tratar de anticipar las que iban a hacerle ahora... Esto, esto era lo único que le serviría para algo; y no podía dar por supuesto que la recurrente pregunta sobre el arma fuera la importante. Era posible que quisieran que se centrara en ella mientras lo sondeaban discretamente en otras direcciones, mientras averiguaban cuáles eran los límites de lo que sabía y lo útil que podían serles sus conocimientos.

No había ninguna base de lanzamiento, demonios. Esta era la pregunta más peliaguda, y en ese tema estaban equivocados, tenían que estarlo: ni siquiera en un ejercicio de imaginación podía convertir esa idea en verdad. Pero la acumulación de materias primas... Tenían los datos comerciales. En eso no podía mentirles. Finalmente los atevi habían aprendido la lección que los humanos les habían enseñado. Sabían que estaban acumulando materiales útiles en determinadas áreas de desarrollo, y él podía contarles muchas cosas sobre esto si le hacían las preguntas y utilizaban las drogas apropiadas. Cenedi había dicho lo mismo que sus propios administradores: no iba a ser ningún héroe, así que era mejor que se le ocurriera una mentira más creíble que la que ya había elaborado... y construyera una historia a partir de ella.

Dios, ahora solo esperaba que su único objetivo fuera el arma, y no todo lo demás. Si Tabini hubiera caído ya, no estarían preguntándole una vez tras otra lo que le preguntaban. Era imposible...

Pero no podía darles nada más sobre esto.

No podía. No se atrevía. No podía seguir el juego por ese camino tan peligroso. Tenía que usar la cabeza, pero en aquel momento no la tenía muy despejada... Le dolía, y los pensamientos se agolpaban y se acumulaban a la mínima distracción en torno a la cuestión de lo que podría hacer, lo que no se atrevería a hacer y las alternativas que todavía le quedaban.

Lo llevaron por las cocinas, y luego por el pasillo, hasta aquellas escaleras que en su momento había temido que estuvieran protegidas con explosivos: las escaleras de Ilisidi, las de su apartamento y su ala de la fortaleza, completamente separado del resto de Malguri.

—¡Banichi! —gritó mientras empezaba a subir. Sus guardias lo agarraron con mayor fuerza, hasta dejarle los brazos entumecidos—. ¡Banichi! ¡Tano! —Se dejó caer a un lado tratando de conseguir que cayeran todos por las escaleras. Se agarró a la barandilla con una mano, pero no logró sujetarse. Un

guardia lo rodeó con el brazo y le dio un fuerte tirón que lo dejó sin aliento mientras su compañero recuperaba el equilibrio.

—¡Banichi! —gritó hasta que le falló la garganta. Pero no tenía fuerza suficiente para volver a empujarlos ahora que estaban en guardia. Lo llevaron escaleras arriba entre ambos, y luego por las escaleras y las enormes puertas hasta los aposentos de Ilisidi.

Unas puertas muy sólidas. A prueba de ruidos, una vez que se cerraban. Las habitaciones de Ilisidi olían a flores, a fuego de madera y a aceite de lámpara. No tenía sentido seguir resistiéndose. Aspiró hondo y se incorporó lo mejor que pudo. Había hecho lo que había podido. Ahora que ya nadie podía oírlo, dejó que lo llevaran sin violencia, por pasillos de madera antigua y pulida y tapizados de alfombras, entre muebles delicados y obras de arte de inapreciable valor y, al igual que en todos los rincones de Malguri, cabezas de animales muertos, algunos de ellos extintos, cazados hasta la desaparición.

Una fuerte inhalación atrapó el frío y puro aroma del aire de la tormenta. Alguien había abierto una ventana o la puerta de un balcón, y el viento recorría las habitaciones. Entraron en un cuarto a oscuras, con todas las lámparas apagadas. El aire estaba más frío cuanto más avanzaban, y finalmente cruzaron un oscuro vestidor que Bren recordaba y salieron al aire helado del balcón.

Había una mesa allí, en la oscuridad... y una figura oscura, con el cabello veteado de plata, sentada tomando un té con tostadas, y envuelta en una túnica para protegerse del frío. Ilisidi apartó la mirada de su temprano desayuno para dirigirla a aquellos intrusos y, con un gesto bastante absurdo a los ojos de Bren, señaló la silla vacía, mientras el viento helado sacudía el mantel de encaje.

—Buenos días, nand'paidhi —dijo—. Siéntate. Qué precioso pelo. ¿Es rizado natural?

Bren cayó sobre la silla donde lo depositaron los guardias. La trenza se le había desecho por completo. El mismo viento que se llevaba el vapor de la taza de Ilisidi le agitaba el cabello. Los guardias se situaron detrás de la silla mientras la criada de la Viuda le servía una taza. El viento que descendía aullando sobre el lago sombrío desde las montañas se llevó también este vapor y heló a Bren hasta los huesos. La más tenue de las tonalidades rojizas empezaba a anunciar el alba sobre las cimas.

—Es la hora de los fantasmas —dijo Ilisidi—. ¿Crees en ellos?

Bren inhaló una rápida y fría bocanada de aire frío, recogió los fragmentos de su cordura... y se lanzó a la refriega.

—Yo creo en el deber sin recompensa, nand’Viuda. Creo en la traición, y en las invitaciones de las que uno debería precaverse. —«Subid a mi nave, dijo la doncella a los pescadores». Cogió la taza con mano temblorosa. Un poco de té se derramó y le quemó los dedos, pero a pesar de todo se la llevó a los labios y bebió. Sabía a dulce, nada más—. No es como el de Cenedi. ¿Qué efecto tiene este?

—Qué muchacho más orgulloso. He oído que te encantan los dulces... ¿Oyes esa campana?

Así era. La campana de la baliza, supuso, en el lago.

—Cuando el viento sopla, arrastra los sonidos —dijo Ilisidi mientras se arrebujaba en la túnica—. Lo usamos para advertir de la presencia de las rocas. Tuvimos la idea mucho antes de que nos trajerais vuestros regalos.

—No lo dudo. Los atevi habían descubierto muchas cosas antes de que llegáramos.

—¿Un naufragio? ¿Sigue siendo esa la teoría? ¿No había campanadas de advertencia?

—Estábamos demasiado lejos de las rutas ordinarias —dijo, y se calentó con un segundo trago, mientras el viento se le metía por la camisa y los pantalones. Los escalofríos le hicieron derramar un poco de líquido sobre sus dedos mientras dejaba la taza en la mesa—. No figuraba en nuestras cartas de navegación. Y estábamos demasiado lejos para ver las estrellas que conocíamos.

—Pero lo bastante cerca de esta.

—Al final sí. Cuando nuestra desesperación alcanzó un grado suficiente. —Las campanadas iban y venían, a capricho del viento—. No queríamos hacerle daño a nadie, nand’Viuda. Eso sigue siendo verdad.

—¿De veras?

—Cuando Tabini me envió aquí, dijo que necesitaría todas mis aptitudes diplomáticas. En aquel momento no lo entendí. Pensé que, simplemente, tenía una abuela complicada.

Ilisidi no le ofreció ninguna expresión como respuesta, al menos ninguna que unos ojos humanos pudieran interpretar a esas horas de la mañana. Pero puede que estuviese divertida. Con frecuencia, afirmaciones insólitas como aquella le divertían. Puede que el viento hubiese penetrado hasta el cerebro de Bren, o puede que fuese cosa del té: el caso es que ella ya no le inspiraba ningún temor.

—¿Le importa decirme —le preguntó por encima del sonido del viento— qué quiere usted? Lo de las bases de lanzamiento en Mosfeira es un disparate.

La latitud no lo permitiría. Y lo mismo puede decirse de cualquier otro tipo de nave. Así que, ¿me arrestan por razones políticas o qué ocurre?

—Mis ojos ya no son lo que eran. Cuando tenía tu edad, podía ver vuestra estación. ¿Puedes verla tú desde aquí?

Bren volvió la cabeza hacia el firmamento, hacia las montañas, y buscó sobre las cimas una estrella que no parpadeaba, una estrella que brillaba con la luz que reflejaba del sol.

Tenía la vista borrosa y veía las cosas distorsionadas, así que buscó las estrellas vecinas, de brillo menos intenso. No tuvo dificultades para encontrarlas, porque el cielo estaba aún muy oscuro, y no había luces eléctricas que nublaran el alba con su brillo urbano.

Y cuando encontró finalmente la estación, no pudo por menos que encontrar una deformación en ella. Como si —tal como había temido al principio— hubiera abandonado su plano habitual y algún cambio minúsculo hubiese transformado su órbita circular en una elipse.

¿Era el mástil central eso que se veía? ¿La estación había cambiado radicalmente de plano?

Las explicaciones lógicas cruzaron su mente: el deterioro de la estación se había acrecentado, a causa de una tormenta solar, quizá. En tal caso, en Mosfeira estarían transmitiendo como locos, tratando de salvarla. Los atevi no dejarían de verlo: sus sistemas ópticos eran muy avanzados.

Puede que fuera un panel solar que se había soltado de la estación y que ahora reflejaba los rayos del sol. La estación daba una vuelta cada varios minutos. Si se trataba de alguna pieza, tendría que soltarse y caer.

—¿Y bien, nand'paidhi?

Bren se levantó de la silla y miró fijamente el cielo, tratando de no parpadear, hasta que le dolieron los ojos por el frío por culpa del viento que se colaba entre su ropa.

Pero la estación no hizo nada de eso. No se apagó ni modificó su movimiento. Aquella minúscula irregularidad continuó en el mismo lado costado, a pesar de que se suponía que debía girar sobre su eje... más y más despacio a lo largo de los siglos, a medida que la entropía iba haciendo su trabajo, pero...

Pero, pensó, por Dios, no, en vida mía no. La estación no tendría que caer aún, provocando una calamidad astronómica...

Y si fuera eso, no estaría así, suspendida de ese modo en el cielo... salvo que esté mirando el mástil...

Dio un paso hacia el balcón. Unas manos atevi se movieron para detenerlo, y le agarraron por los brazos, pero no era escapar de Malguri lo que pretendía, sino aislarse lo más posible de la luz que salía desde las habitaciones. Seguía sin entenderlo. Su mente seguía tratando de encontrarle sentido a aquella configuración.

—Hace ocho días —dijo Ilisidi—, eso apareció... y se unió a la estación.

Apareció.

Se unió a la estación.

Oh, Dios mío, Dios mío...

11

—Las transmisiones entre Mosfeira y la estación han sido frecuentes —dijo Ilisidi—. Una explicación, nand'paidhi. ¿Qué ves?

—Es la nave. Nuestra nave. O, al menos, una nave...

Estaba hablando en su propia lengua. Tenía las piernas insensibles. No podía confiar en que anduvieran. Fue una suerte que los guardias lo cogieran de los brazos y lo devolvieran a la seguridad de la mesa.

Pero no le dejaron sentarse. Lo obligaron a volverse hacia Ilisidi y a mirarla.

—Algunos lo llaman traición, nand'paidhi. ¿Cómo lo llamas tú?

Ocho días antes. El precipitado regreso desde Taiben. El secuestro de su correo. Banichi y Jago, con él en todo momento.

—¿Nand'paidhi? Dime lo que ves.

—Una nave —logró decir en la lengua de los atevi. Estaba helado hasta la médula, y no habría podido permanecer en pie de no ser por las manos que lo sujetaban. Casi se veía incapaz de hablar, de tan exhausto como estaba—. Es la nave que nos trajo aquí, aiji-mai. Es lo único que se me ocurre.

—Muchos de nosotros pensamos otras cosas —dijo Ilisidi—. Nand'paidhi. ¿Qué crees que están diciendo? Esa supuesta nave... y tu pueblo, al otro lado del estrecho. ¿Crees que figuramos en sus conversaciones?

Con un escalofrío, Bren miró al cielo, y pensó, es imposible.

Y miró a Ilisidi, una sombra en el alba, salvo por la plata de su cabello y la líquida cólera de sus ojos.

—Aiji-mai. No lo entiendo. No sabía que esto estaba pasando. Nadie lo esperaba. Nadie me lo dijo.

—Oh, eso es muy poco creíble, paidhi-ji, que nadie supiera nada, que esta aparición en nuestros cielos sea una sorpresa total para ti.

—Por favor. —Las piernas estaban fallándole. El riego sanguíneo no le llegaba a las manos. Por lo que él sabía, la Viuda podía ordenar a los guardias que lo arrojaran ahora mismo desde el balcón, un gesto de desafío atevi como preámbulo a una guerra que el mundo no podría ganar, una guerra que se suponía que el paidhiin debía prevenir—. Nand-Viuda, le estoy diciendo la verdad. No me lo esperaba. Pero sé por qué están aquí. Sé las cosas que quieren saber.

—Ahora sí. Y los paidhiin son los únicos intérpretes.

—Y los humanos, aiji-mai. Sé lo que está pasando allí arriba, del mismo modo que sé lo que hicieron los humanos en el pasado y lo que quieren para el futuro. No hay nada en sus planes concebido para perjudicaros.

—Como tampoco lo había en la estación. Ni en vuestra llegada. Ni en vuestra interferencia en nuestros asuntos, en vuestra dominación de nuestro comercio, de nuestras invenciones, de nuestro gobierno de nosotros mismos. Nos disteis la tecnología que vosotros necesitabais y pervertisteis nuestras necesidades para ponerlas al servicio de vuestros programas, nos empujasteis a un futuro de televisiones, ordenadores y satélites, a los que acabamos por amar y de los que, oh, acabamos por depender. Y olvidamos todos los aspectos de nuestro propio pasado, de nuestras propias leyes, del curso que habríamos seguido nosotros mismos con nuestros propios recursos. No somos tan estúpidos, nand'paidhi, no somos tan estúpidos como para habernos destruido solos, como no parabais de repetir, de no haber contado con vuestra graciosa ayuda, ni somos tan estúpidos como para no comprender que estábamos suministrándoos materias primas que necesitabais para vuestros propios fines, en planes que eran solo vuestros. Tabini tenía mucha confianza en ti, demasiada. Cuando supo lo ocurrido, te envió a mi lado, porque sabía que yo aún conservaba la cabeza, que no había pasado toda la vida en Shejidan, viendo la televisión, volviéndome complaciente. ¡Así que dime la verdad, nand'paidhi! ¡Dime por qué todas las demás mentiras están justificadas y la verdad que vemos en nuestros cielos esta mañana es buena para nosotros!

Las ráfagas de viento no eran más frías que la furia de Ilisidi. Todo lo que decía era la verdad, y estaba justificado. Lo sabía, al igual que conocía la verdad de sus tratos con los atevi, al igual que sabía que los paidhiin estaban haciéndolo lo mejor posible en una mala situación, tratando de mantener una paz que no era viable entre dos especies, salvar lo que habían estado a punto de destruir, cosas como aquella realidad que lo rodeaba, las antiguas piedras, el lago, el orden de las cosas en la fortaleza atevi, alejada del cielo y de las estrellas que no alcanzaba a ver desde allí. Levantó la mirada hacia la verdad y la luz se volvió borrosa en sus ojos. El viento no le ofrecía indicación alguna de si estaba cayendo hacia el cielo o seguía de pie sobre unas piedras que era incapaz de sentir. Estaba aterrado, tanto como los atevi debían de estarlo ante la presencia humana que había aparecido en el cielo, y no era capaz de comprenderlo.

—Aiji-mai, no puedo asegurar que sea bueno que esté allí. Pero está, es lo que ha pasado, y matándome no mejorará usted las cosas. Mosfeira no lo había planeado. Sí, hemos guiado su tecnología: queríamos volver al espacio, aiji-mai, y no teníamos los recursos necesarios. Nuestro equipo estaba medio destruido y no pensábamos que la nave siguiera existiendo. Corrimos el riesgo de bajar aquí... y fue un desastre tanto para ustedes como para nosotros. Doscientos años hemos trabajado para volver allí, y nunca hemos querido destruir a los atevi... Solo daros la misma libertad que queríamos para nosotros.

—Qué amables. ¿Acaso nos preguntasteis?

—Fuimos unos ingenuos. Pero no teníamos otra alternativa, y una vez que estuvimos aquí ya no podíamos volver. Es más fácil bajar a un planeta que despegar de él. Fue una decisión calculada, aiji-mai, y pensamos que algún día podríamos volver al espacio y llevar a los atevi con nosotros. Nunca quisimos ir a la guerra... ni quitaros nada...

—Baji-naji, nand'paidhi. La fortuna tiene un rostro humano, y las rameras de la bastarda casualidad caminan borrachas por vuestras calles. Dejad que se vaya, nadiin. Que se vaya adonde quiera. Si quieres bajar a la ciudad, nand'paidhi, hay un coche que puede llevarte.

Bren parpadeó en el viento, mareado por una libertad que estuvo a punto de hacerle caer de rodillas. Las manos de los guardias no lo soltaron del todo para que no se cayera. No hicieron nada más. Fue como todas las demás locuras que Ilisidi había hecho: traerlo allí, liberarlo.

Pero no sabía si llegaría al aeropuerto. Ella solo le había prometido la libertad de abandonar Malguri. No había dicho que quisiera que se marchase. «Si quieres bajar a la ciudad» seguía resonando en sus oídos; y antes de eso le había transmitido unas confusas señales, como si quisiera desafiarlo a quedarse con ella, a la manera atevi: sígueme si te atreves.

Se zafó de los guardias e, ignorando que estos, alarmados, sacaban las armas, se adelantó tambaleándose para agarrarse a la silla vacía. La apartó y se dejó caer sobre ella. Tenía demasiado frío para sentir el cristal cubierto de encaje debajo de las manos, y su maltrecho sentido del equilibrio lo columpiaba de un lado a otro sobre la estrecha franja de balcón.

—Tabini me envió aquí —dijo—. Aiji-mai, su nieto no confiaba en su propio juicio y me envió aquí porque respetaba el suyo. Lo mismo que yo. ¿Qué quiere que haga?

Durante un prolongado momento, Ilisidi lo miró fijamente, como una sombra envuelta en su túnica, inmune al frío. Bren tenía demasiado para

tiritar. Solo se encogía un poco cuando recibía las peores ráfagas de viento y, encorvado, se envolvía el cuerpo con los brazos. Pero estaba seguro de lo que estaba haciendo. Estaba seguro de lo que había hecho con el reto que le había lanzado Ilisidi al ofrecerle una salida. Todo lo que había aprendido sobre los atevi y sobre ella le indicaba que si se marchaba ahora, ella condenaría definitivamente a todos los humanos, incluido él mismo.

—Enfrentado a la posibilidad cierta de la tortura —dijo Ilisidi finalmente— te has negado a ofrecernos una simple declaración contra mi nieto. A pesar del dolor, te has negado a ceder. ¿De qué puede servirle el man'chi a un humano?

—De muchas cosas. —De repente, todo se volvió cegadora, personalmente claro para él—. Me ofrece un lugar en el que estar. Una manera de entender quién soy y dónde estoy. Si Tabini-aiji me envió aquí, fue porque confiaba en su juicio, con respecto a usted, con respecto a la situación y con respecto a lo que yo podía hacer aquí, a su lado.

Otro largo silencio.

—Soy una mujer pasada de moda. Poco práctica. No entiendo el mundo moderno. ¿Qué puede querer mi nieto de mí?

—Evidentemente —dijo, y encontró, por fin, la capacidad de echarse a temblar—, evidentemente ha acabado por valorar su opinión.

La boca de Ilisidi formó una línea dura. Que luego se curvó.

—En Maidingi hay gente esperándote. Gente que espera que te entregue a ellos. Que lo exige, de hecho. Gente que ha confiado en mí en el pasado, como no lo ha hecho mi nieto. Tu decisión de quedarte aquí... es sabia. Pero ¿qué excusa puedo darles para retenerte, nadi?

Los temblores se volvieron violentos. Bren sacudió la cabeza. No sabía si Ilisidi esperaba una respuesta. El borde del sol proyectó un súbito y feroz rayo sobre las montañas, que cayó sobre el lago y lo cubrió de llameante oro.

—Este joven está congelándose —dijo Ilisidi—. Llévalo dentro. Té caliente. Desayuno. No sé cuándo podrá tomar otro.

¿Cuándo podrá tomar otro? Bren quería una explicación, pero los guardias de Ilisidi, los que conocía, los que lo conocían, no los que lo habían traído de abajo. Lo levantaron de la silla. Era incapaz de coordinar sus movimientos para levantarse. El frío se le había metido tan dentro de las articulaciones que no podía caminar sin tambalearse.

—Mis aposentos —protestó—. Quiero hablar con Banichi. O con Jago.

Ilisidi no respondió nada a esta petición y los guardias lo sacaron de la terraza para meterlo al aire inmóvil del interior, y lo llevaron del brazo entre

las antigüedades y las delicadas mesas. Abrieron una puerta y entraron en una habitación iluminada por el fuego de una chimenea, el estudio de Ilisidi, supuso él, al ver los libros y documentos. Colocaron una silla delante del fuego, lo envolvieron en una manta y dejaron que se sentara y se hiciera un ovillo en la fría lana. Arrojaron más troncos al fuego. Las chispas subieron por la chimenea. Bren seguía entumecido y apenas sentía el calor en las suelas de las botas.

Un movimiento en la puerta atrajo su atención. Cenedi estaba observándolo en silencio. Cuánto tiempo llevaba allí, lo ignoraba por completo. Le devolvió la mirada, vagamente consciente de que Cenedi e Ilisidi acababan de conseguir lo que querían de él, y de que Cenedi era el que había organizado el maldito espectáculo.

El atevi se limitó a asentir como si hubiera visto lo que había venido a ver y se marchó sin decir palabra.

La rabia le provocó un escalofrío y se arrebujó en la manta para ocultar su reacción. Uno de los guardias de Ilisidi —creía recordar que se llamaba Giri— se había quedado para ocuparse del fuego. Le dirigió una mirada cohibida.

—Hay otra manta, nadi —le dijo y Bren, sumido en un silencio malhumorado, se levantó y la cogió para taparse con ella—. El frío afecta más a la gente delgada —dijo Giri—. ¿Quiere té, nand'paidhi? ¿Algo de desayuno?

—No. Ya he tomado mucho té. Gracias. —La presencia de Cenedi le había revuelto el estómago. Racionalmente, se dijo que Cenedi podría haberle hecho mucho más daño; podría haber aplicado la presión necesaria para hacer que confesara cualquier cosa que quisiese. Supuso que le debía un favor por haberse limitado a conseguir lo que quería.

Pero no podía mostrarse tan caritativo con las lívidas marcas de los dedos atevi aún en los brazos. Le quedaba poca dignidad. Se recogió el pelo a la altura de la nuca con un movimiento débil de la mano. Quería hacerse una o dos trenzas para sujetárselo, pero el brazo que le habían retorcido se negaba a levantarse mientras estuviera temblando. Estaba furioso, dolorido, y su cerebro estaba funcionando de un modo apagado y aturdido que le impedía saber a quién debía culpar por ello: no a Cenedi, en última instancia, ni a Ilisidi; ni siquiera a Tabini, quien había tenido buenas razones para desconfiar del humano, con la evidencia de las operaciones espaciales de los humanos encima de la cabeza y el gobierno tambaleándose a su alrededor.

Mientras él hacía entrevistas para la televisión y hablaba con turistas que ni mencionaban lo que estaba ocurriendo.

Probablemente en su oficina hubieran desgastado el teléfono tratando de encontrarlo, pero las noticias atevi estaban controladas. No salía nada importante en ellas hasta que Tabini lo decidía, ni en su asociación ni en las demás. Entre los atevi, los conceptos de prioridad pública y seguridad tenían precedencia sobre la democracia.

Puede que los turistas no lo supieran, si llevaban varios días sin ver la televisión. Hasta era posible que los periodistas no supieran nada. Los disidentes que se habían congregado alrededor de Ilisidi como rival de Tabini... estos tenían sus propios recursos, en el hasdrawad, en las asociaciones. Habrían querido hacerse con el paidhi y la información que poseía cuanto antes. Y a toda costa.

Puede que las facciones rivales, creyendo conocer el sentido de sus consejos antes de escucharlos, hubiesen querido silenciarlo.

O puede que hubiesen querido otra cosa. Puede que el intento de asesinato no se hubiera producido nunca. Puede que solo hubieran querido secuestrarlo para interrogarlo, para averiguar lo que tenía que decir un humano y lo que significaba su información con respecto a su propia posición, antes de que Tabini tomara alguna decisión que no podían prever.

Tabini había ordenado su precipitado regreso desde Taiben... ¿tras armarlo para que pudiese protegerse contra las acciones más lógicas de la misma gente a la que ya había decidido entregárselo?

¿Y por qué había dado la casualidad de que alguien del rango de Banichi se encontraba en su ala de la casa aquella noche? La seguridad de los cocineros y funcionarios menores no era responsabilidad de Banichi. Era su habitación lo que había estado protegiendo. Tabini ya estaba al corriente de lo que estaba pasando en el cielo.

Pero ¿alguien con la experiencia de Banichi dejaba que un hombre al que estaba protegiendo durmiera con las puertas del jardín y la ventana abiertas?

Las cosas se volvían borrosas. Sentía una fría humedad en las manos y, de improviso, tuvo un ataque de rabia por aquellos juegos. Había creído a Cenedi. Había creído su juego del sótano, cuando le habían puesto la pistola en la cabeza. Le habían hecho creer que iba a morir, y en aquel momento, maldita sea, él tendría que haber pensado en Barb, tendría que haber pensado en su madre, o en Toby o en algún otro humano, pero no lo había hecho. Lo habían obligado a enfrentarse con ese perturbador y personal momento de verdad y no había descubierto en su interior sentimientos nobles ni reacciones humanas. La nieve de las montañas y el cielo era lo único que había podido imaginar: solo la nieve, solo el cielo y el frío, allí arriba, en los parajes donde

encontraba solaz frente al trabajo y a las demandas de tiempo de su familia, esa era la verdad que le habían obligado a ver, no un pensamiento cálido y humano, ni amor, ni humanidad...

Su mano voló a su cara justo a tiempo para enterrar el brusco tropel de impotencia que había aflorado a sus ojos en forma de lágrimas. Se dijo que eran nervios, nada más, la reacción psicológica a la crisis. Al menos esto sí era humano, si es que algo de lo que él hacía era humano, o natural, si es que algo de lo que hacía no era un condenado movimiento político tras otro.

—Nadi. —Giri estaba a su lado. No lo conocía. Giri no lo conocía a él. Giri simplemente veía que el paidhi estaba actuando de manera extraña, y la Viuda no quería que muriera, porque todavía tenía planes para él.

Era una suerte que alguien los tuviera.

Se secó los ojos, apoyó la cabeza en la silla y recompuso el rostro cortando mentalmente las conexiones nerviosas con sus músculos y respirando con inhalaciones más cortas, hasta que fue capaz de adoptar una expresión de tan pétrea calma como Banichi o Tabini.

—¿Le duele algo, nand'paidhi? ¿Necesita un médico?

La confusión de Giri era tan graciosa, tan absurda e histéricamente graciosa que estuvo a punto de hacerle pedazos. Se rio una vez, con una carcajada estrangulada, y luego recuperó el control y volvió a secarse los ojos.

—No —dijo antes de que Giri pudiera escapar, alarmado—. No, maldita sea. No necesito un médico. Estoy perfectamente. Solo un poco cansado. —Cerró los ojos para no provocar más malentendidos. Sintió el regreso de las lágrimas y no abrió los párpados, sino que se limitó a mantener la respiración controlada mientras se sumía en una larga, larga y mareante espiral de calor de chimenea y falta de oxígeno, que terminó en algún lugar de aturdida negrura. Escuchó una confusa sucesión de voces de fondo que hablaban. Posiblemente estuvieran discutiendo sobre él. Demonios, ¿por qué no?, se dijo.

Normalmente eran los criados los que te traicionaban, gente como Djinana y Maigi, Tano y Algini. Pero en el revoloteo de los estandartes, el tintineo de las armas y el humo de los edificios incendiados, las reglas de la existencia cambiaban. O puede que fuera culpa de la televisión. Machimi y sombras.

Sangre en la terraza, había dicho Jago al volver a entrar, y el rostro de Banichi había aparecido en el espejo.

La bestia caminaba por los pasillos de Malguri después de medianoche, cuando todos estaban dormidos... buscando su cabeza, y loca de furia.

Es mi arma, había dicho Banichi. Y lo era. Lo habían utilizado, y habían utilizado a Banichi, y habían utilizado a Jago: los habían utilizado a todos, de todas las maneras imaginables. Todo era machimi, y los atevi de la calle tampoco conocían el juego. Los atevi de la calle nunca habían entendido el inveterado odio que separaba a los humanos que habían tenido que quedarse en la estación y los que habían tomado la nave y se habían marchado, hacía doscientos años de la maldita Tierra.

Habían caído por un agujero del espacio y no habían encontrado una sola estrella que conocieran en el espectro de mil soles que ondeaba en los estandartes atevi, estandartes que declaraban la guerra, que declaraban sus derechos patrimoniales con respecto a un mundo que a aquellos pobres náufragos les había parecido la única posibilidad de vivir en libertad.

Seguía en la silla, escuchando el chisporroteo del fuego, mientras las mareas del dolor de cabeza iban y venían, exhausto emocional y físicamente, dolorido en una docena de sitios diferentes ahora que estaba entrando en calor, aunque no tanto como cuando se movía.

Convertir la estación en una base y salir a buscar recursos en la estrella factible más cercana, eso era lo que el Gremio de Pilotos había decidido. Al demonio con los técnicos y los trabajadores. Todos los niños de Mosfeira conocían la historia. Todos sabían que la Fénix los había traicionado y que ya no era un factor a tener en cuenta en sus vidas. El tiempo discurría lentamente entre las estrellas, y las eras no pasaban como debían: como en los cuentos, el hombre que había dormido cien años sin darse cuenta.

Una historia humana o atevi, no lo sabía con seguridad.

La galliniin de los huevos de oro. No se atrevían a matar al paidhi. Si lo hacían, ¿cómo iban a averiguar lo que querían saber?

—Bren-ji.

Volvió a estar en la celda, rodeado de sombras, con la cabeza apoyada en el frío metal. No. Era algo mucho más suave, que le acariciaba la mejilla.

—Bren-ji.

Una segunda caricia. Parpadeó y se encontró frente a un rostro negro de ojos amarillos, un rostro cálido y preocupado.

—¡Jago!

—Bren-ji, Bren-ji, tienes que abandonar la provincia. Hay gente que ha llegado a Maidingi siguiendo unos rumores... Los mismos que actuaron contra ti. Tenemos que sacarte de aquí ahora mismo. Por tu protección y la de la gente. Hay demasiados inocentes, Bren-ji. Hemos recibido información de la aiji-Viuda, de sus partidarios en el movimiento rebelde... Algunos de ellos

aceptarán sus órdenes. Otros no. Los aijiin de dos provincias se han rebelado. Han enviado fuerzas para llevársete de Malguri. —El dorso de su mano acarició la mejilla de Bren una tercera vez. Aquellos ojos amarillos lo tenían paralizado—. Los retendremos usando todas las tácticas posibles. Confía en Ilisidi. Nos reuniremos con vosotros si podemos.

—¿Jago?

—Tengo que irme. Tengo que hacerlo, Bren-ji.

Trató de detenerla un momento para preguntarle dónde estaba Banichi y qué quería decir con lo de «retenerlos», pero los dedos de Jago resbalaron entre los suyos y desapareció por la puerta con el cimbreo de su coleta negra.

La alarma lo impulsó a ponerse en pie, a pesar de las articulaciones doloridas, el dolor de cabeza, el peso de las mantas y todo. La mitad de lo que Jago había dicho resonaba y repicaba aún en su exhausto y aturdido cerebro.

¿Retenerlos? ¿Impedir que una turba furiosa llegara a Malguri? ¿Cómo demonios, Jago?

¿Y para qué? ¿Una condenada ilusión más, Jago? ¿O esto sí es de verdad? Inocentes, había dicho.

¿Gente que quería matarlo? ¿Inocentes?

Gente que estaba asustada porque había empezado a correrse la voz sobre lo que había aparecido en el cielo. Malguri se iluminaba aún con velas y antorchas. La campiña circundante no debía de tener luz. En las ciudades la gente no pasaba el tiempo en los tejados, mirando una estación que no podían ver sin un telescopio, no, pero un barrio entero del pueblo de Maidingi había sufrido un apagón, y los atevi de la calle podían haber visto lo que los astrónomos y aficionados habrían descubierto en sus telescopios días atrás.

Entonces empezaría el pánico, el miedo a los aterrizajes, los rumores sobre ataques contra el planeta llevados a cabo por un enemigo que no estaba a su alcance.

¿Qué podían pensar de aquella aparición, ausente un comunicado de la oficina del paidhi, salvo que se trataba de la reanudación de las hostilidades, otra invasión, una nueva y más severa imposición de las costumbres humanas sobre su mundo? Ya tenían una experiencia sobre la llegada de los humanos.

Estaba perdido en mitad de una pesadilla. Los guardias de Ilisidi estaban vigilándolo ansiosamente, comprendió, y no sabían qué hacer, solo sabían que la voz del paidhi era la única voz, la única, que podía representar los intereses atevi ante las autoridades de Mosfeira... y ante la nave que había aparecido en el cielo.

Nada de contactos, había argüido el Gremio. Pero este endeble principio se había desmoronado al primer encuentro. Para conseguir lo que querían, para obtener los medios para seguir buscando el modo de volver a la Tierra, habían cedido, y habían permitido los primeros envíos de equipo y personal a la superficie.

Doscientos años después de la Guerra del Aterrizaje, ¿qué conocía cualquier humano del planeta salvo aquel mundo, salvo un modo de vida al que se habían acostumbrado, y unos vecinos con los que habían alcanzado al menos una esperanza de entendimiento?

Maldita sea, pensó, enfurecido..., no, indignado con la intrusión que había aparecido sobre sus cabezas. Estaba seguro de que tampoco en Mosfeira cundía el entusiasmo.

Cargas y contracargas. Cargas a las que su oficina podría responder con cierta autoridad, pero cuando la Fénix preguntase «¿dónde está el intérprete? ¿Dónde está el paidhi-aiji, cuál es su opinión y por qué no podemos encontrarlo?», ¿qué podría decirles Mosfeira? ¿«Lo siento, pero no lo encontramos»?

¿«Lo siento, pero no lo habíamos perdido hasta ahora»?

¿Y no podía la oficina de la Comisión darse cuenta de que, con la aparición de aquella nave en los cielos, lo mejor que podían hacer era llamar a su oficina en Shejidan? ¿O darse cuenta, si su llamada no conseguía llegar hasta él, de que estaba metido en un lío, de que los atevi sabían lo que estaba pasando y que era posible que estuvieran interrogándolo en alguna parte?

Claro, joder, Hanks se daría cuenta. Deana «bombardeemos al enemigo con armas nucleares». Hanks estaría tomando decisiones en nombre de Mosfeira porque él estaba en paradero desconocido.

Necesitaba un teléfono, una radio, algo.

—Tengo que hablar con mi servicio de seguridad —dijo— sobre esa nave. Por favor, nadiin, ¿pueden mandar a buscar a Jago o a Banichi... a cualquier miembro de mi personal? Hablaré con Cenedi. O con la Viuda.

—Me temo que no, nand'paidhi. Las cosas están sucediéndose muy deprisa. Alguien ha ido a buscar su abrigo y ropa más gruesa. Si quiere tomar algo de desayunar...

—Mi abrigo. ¿Adónde vamos, nadiin? ¿Y cuándo? Necesito un teléfono o una radio. Tengo que hablar con mi oficina. Es extremadamente importante que sepan que estoy bien. ¡Alguien podría tomar alguna decisión estúpida y peligrosa, nadiin!

—Podemos transmitirle su petición a Cenedi —dijo Giri—. Entretanto, el agua está caliente, nand'paidhi. Podemos prepararle el té cuando usted quiera. El desayuno está esperando. Le aconsejo encarecidamente que lo tome ahora. ¡Por favor, nand'paidhi! Yo personalmente transmitiré su petición a Cenedi.

Eso era todo lo que iba a conseguir. Los temblores regresaron, un repentino ataque de debilidad y frío que le confirmó que el consejo de Giri era bueno. Había hablado con Cenedi la pasada noche, antes de la cena. Tenía el estómago totalmente vacío.

Y si el desayuno estaba esperando y tenían agua caliente desde que hablara con Ilisidi, eso quería decir que no pretendían tardar la acostumbrada eternidad en servirselo.

—Muy bien —dijo—. Voy a desayunar. ¡Pero díganse a Ilisidi!

Giri desapareció. El otro guardia permaneció en el sitio, y Bren volvió junto a la chimenea, con el pelo suelto otra vez alrededor de los hombros. Tenía la ropa manchada de polvo de las celdas. Su camisa estaba desgarrada por la parte delantera. Algún forcejeo, probablemente cuando había intentado escapar, pensó. No era un momento de gloria para la humanidad. Los atevi que lo rodeaban, aunque tampoco hubieran dormido, parecían invulnerables a la suciedad y el cansancio, impecablemente peinados y absolutamente pulcros. Levantó los doloridos brazos, los dos, con un esfuerzo que le hizo arrugar el rostro, se apartó el pelo de la cara y se hizo una coleta dándole tres o cuatro vueltas. Solo Dios sabía lo que había sido de la goma. Probablemente la hubiera perdido en las escaleras. Si salían por el mismo sitio, puede que la encontrara.

Un criado trajo una pesada bandeja con pescado, queso y un pan un poco recio, junto con una tetera de té negro y fuerte, y lo dejó todo sobre la mesita. Bren se sentó a comer con más apetito del que hubiera creído posible en su estado, gracias al succulento aroma y a la advertencia de Giri de que podía pasar bastante tiempo antes de que volviera a tomar una comida caliente, lo que, unido a lo de su abrigo, significaba que iban a sacarlo de allí, a pesar de la gente de Maidingi. Recurriendo a la autoridad de Ilisidi, supuso.

Pero abrirse paso a través de una multitud furiosa era una perspectiva nada agradable. Confiaba en que una señora de los atevi supiera hasta dónde podía llegar. Los atevi habían convertido esta práctica en una forma artística.

Sin embargo, era posible que una turba enrabiada no respetara a la Viuda. Había llegado a la conclusión de que Ilisidi había estado de lado de los rebeldes hasta la pasada noche. Y si trataba de mentir o amenazar a una

multitud que tal vez estuviera allí para asesinar al paidhi, podía producirse un tiroteo. Un grupo lo bastante grande podría detener la furgoneta.

En cuyo caso, lo de la pasada noche podía ser un mero aperitivo de lo que le esperaba si caía en manos de la oposición radical. Si las cosas se torcían y no conseguían un avión, podían estar muertos antes de que acabase el día, él mismo, Ilisidi y Dios sabe quién más... Y esta podía no ser la peor de las alternativas.

Siguió comiendo, tomó más té y se convenció de que Cenedi, al menos, tenía que saber lo que estaba haciendo. En el oficio de Cenedi, un hombre no llegaba a su edad ni a tener a su cargo a alguien de la importancia de Ilisidi sin cierta astucia y sin una buena capacidad para saber lo que podía conseguir, usando medios legales o de cualquier otro tipo.

Pero él quería ver a Banichi y a Jago, maldita sea, y si alguna decisión política o la posición de Cenedi con respecto a Ilisidi significaba que salían mal parados de todo aquello...

Si los perdía...

—Nand'paidhi.

Se volvió en la silla, sorprendido y animado por una voz familiar. Djinana estaba allí, con su abrigo y lo que parecía una muda de ropa, algunos enseres personales y, a Dios gracias, su ordenador. Hubiera sido idea suya o se lo hubiesen dicho Banichi, Jago o cualquier otro, no iba a quedarse allí para que los atevi lo encontraran e interpretaran su contenido a su manera, ni iba a tener que suplicarle a Cenedi que se lo devolviera.

—Djinana-ji —dijo, horrorizado al comprender que, mientras que él iba a marcharse de allí para salvar el pellejo, la servidumbre de Malguri, los criados cuyo man'chi era para con el propio Malguri, no iba a tener esa oportunidad—. Dicen que la gente de Maidingi viene a buscarme. Que dos aijiin apoyan un ataque contra Malguri. Imagino que no trataréis de detenerlos. Por muy valientes que seáis...

Djinana dejó sus cosas sobre la mesa.

—La servidumbre no tiene la menor intención de rendir la mansión a una chusma equivocada. —Sacó un cepillo y un peine de las cosas de Bren y se acercó a su silla—. Perdóneme, nand'paidhi. Siga desayunando. Es que tienen un poco de prisa. Deje que me encargue de esto.

—¡Vosotros valéis más que unas piedras, Djinana!

—Por favor. —Djinana le dio la vuelta a la silla, inclinó su cabeza hacia delante y lo cepilló vigorosamente, antes de hacerle una rápida y pulcra

trenza, mientras él tomaba un trozo de pan. Estaba un poco seco, así que se tomó un trago de té amargo para ayudarlo a bajar.

—Nadi-ji, ¿sabías por qué me han traído aquí? ¿Conocías la existencia de la nave? Espero que entiendas que no se trata de un ataque dirigido contra vosotros.

—Sí, lo sabía. Sabía que sospechaban que usted tendría la respuesta... y también que usted no sería jamás enemigo nuestro, paidhi-ji. —Djinana había sacado una goma de algún lado. Siempre estaba al quite. Terminó la trenza, sacudió los hombros y se fue a por su abrigo—. No hay tiempo para cambiarse de ropa, me temo, y lo mejor es que espere a estar en el avión para cambiarse.

Se levantó de la silla, volvió su espalda a Djinana y contra la ventana.

—¿Van a enviarnos una furgoneta?

—No, paidhi-ji. Hay un grupo de personas que están ahora mismo de camino hacia aquí, según he oído, en autobuses. Francamente, no creo que sea a estos a los hay que temer. Pero está usted en muy buenas manos. Haga lo que le dicen. —Djinana le dio en un empujón en el hombro, lo ayudó con el abrigo, y le enderezó el cordón del cuello—. Ahí. Parece un caballero, nadi. Quizá vuelva a Malguri. Decidle al aiji que el personal lo exige.

—Djinana... —no podía ni decir «me gustaría»—. Sin duda, se lo diré. Por favor, dale las gracias a todos en mi nombre. —Llegó incluso a tocarle el brazo—. Por favor, asegúrate de que estás aquí cuando venga a haceros una visita, o me resultará muy triste.

Eso pareció agradar a Djinana, que asintió y se ausentó en silencio ante el revuelo de la habitación contigua, donde se oía la voz de Ilisidi, que decía:

—¡No me pondrán una mano encima!

Y a Cenedi, con un tono de determinación similar en la voz:

—¡Sidi-ji, vamos a salir, maldita sea, si no, entrarán ellos! ¡Así que cállese y póngase el abrigo!

—Cenedi, ya es suficiente con que se le haya rebajado en el rango...

—¡Giri, ve a por el abrigo de Sidi! ¡Ahora mismo!

Los ojos del guarda se volvieron en aquella dirección. Sin cambiar nada más de su postura. Bren reunió su muda, envolvió el ordenador y, con todo ello en las manos, esperó mientras Cenedi daba órdenes para que se cerraran con llave todas las puertas y se apagaran todos los fuegos.

Pero entonces Djinana dijo que el personal se encargaría de esos menesteres, que ya podían irse, rápido, por favor, que tenían que llevar al paidhi a un lugar seguro.

Allí estaba, el centro de todos los problemas, la causa del peligro para Malguri. Le pareció que lo mínimo que podía hacer era situarse allí donde se le requiriera, a conveniencia de los demás; se atrevió a acercarse al umbral de la puerta, pero Cenedi irrumpió por esa puerta, en dirección contraria, junto con Ilisidi, y se dirigió precipitadamente hacia los aposentos de esta, seguido por unos cuantos guardias.

—¿Dónde está Banichi? —intentó preguntar mientras atravesaban la habitación y los guardias lo arrastraban, pero Cenedi estaba en plena discusión con Ilisidi, mientras la arrastraba con prisas a los apartamentos traseros y a unas escaleras situadas en esa parte de la casa. Había un hombre allí que creyó recordar de la noche anterior, con un arma que no conocía. Estaba metiendo granadas en el fondo de una caja, al pie de las escaleras.

Aquella pistola no debería existir, en teoría. Nunca había visto a aquel hombre entre el personal de Malguri. Banichi, Jago y, posiblemente, también Tano y Algini, se habían ido no sabía dónde, había una turba que quería entregarlo a los rebeldes contrarios a Tabini... y ellos se dirigían hacia la parte trasera de la mansión, hacia abajo, comprendió, al abrir Cenedi e Ilisidi las puertas a una oscura zona rocosa y a unas escaleras que había junto al establo, donde los siseos de los mecheiti, en el patio, le dieron una pista de cómo iban a abandonar Malguri, salvo que estuvieran siguiendo este camino únicamente como diversión...

Esto es una locura, pensó, mientras llegaban al pasillo desde el que se veía el patio, donde los mecheiti estaban completamente jaezados ya, con alforjas y otros equipajes que jamás habrían utilizado en uno de sus paseos matutino.

Esto no ha ocurrido hace doscientos años. Tienen aviones, tienen pistolas como la que he visto arriba...

Hubo una explosión que hizo temblar la roca, una vibración que se transmitió directamente a sus rodillas y tripas. Alguien, al parecer, no había esperado a la gente que estaba subiendo en los autobuses.

—¡Venga! —gritó Cenedi desde el patio, y Bren corrió escaleras abajo, con alguno de los hombres de este tras él, mientras los palafreneros trataban de hacerse con los mecheiti.

Era un plan bastante absurdo. La razón le decía que era de lunáticos tratar de atravesar el país de este modo. Estaba el lago. Podrían haber dispuesto un barco para llegar a otra provincia a través de él.

Siempre que las provincias que hubiera al otro lado no fueran las rebeldes.

Una segunda explosión martilleó sobre la roca. Ilisidi miró hacia atrás y soltó una imprecación; pero Cenedi la agarró y la llevó rápidamente a donde

los palafreneros tenían a Babs.

Localizó a Nokhada, encabritada, entre los cuerpos que se movían con rapidez... y se preguntó cómo haría para cargar las alforjas con su hatillo de ropas y su ordenador, pero los palafreneros se encargaron de ello.

—¡Con cuidado! —les dijo, estremeciéndose al ver que estaban a punto de dejar caer el ordenador, cuyo peso no debía de esperar. El ordenador fue a una de las alforjas, mientras que la ropa fue a parar a otra, al otro lado de Nokhada, que se peleaba con las riendas. Los mecheiti tenían esa mañana un brillo metálico en el bocado. No se trataba de fundas romas para los colmillos, sino de unas piezas de metal que solo había visto anteriormente en los machimi, puntiagudas, para proteger los colmillos.

En la guerra.

Esto era surrealista. El metal del bocado era, junto a la tendencia de Nokhada a golpear con la testa, un tipo de peligro con el que no le hacía gracia contar ahora mismo. Tomó las riendas de manos de un palafrenero, y no pudo hacerse con ellas por culpa de su brazo dolorido. Se las cambió de manos y golpeó a Nokhada con el puño, tratando de conseguir que la bestia bajara uno de los hombros. Todos los jinetes a su alrededor se hallaban listos ya. Nokhada se opuso, volvió a mostrarse inquieta, resistiéndose a obedecer una segunda orden, con los ojos salvajemente desorbitados, en medio de todo el ajetreo y la prisa que los rodeaban. Así es cómo iban a ser las cosas, pensó, sin saber si podría controlar a la bestia en caso de emergencia, asustado de su fuerza y de aquel bocado como no lo había estado antes.

—Nadi —dijo uno de los criados, mientras le ofrecía una mano, y la fuerza del atevi atenazó y aseguró la rienda.

Sujetó la montura y, confiado en la fuerza del empujón del palafrenero, introdujo el pie en el estribo para caer, con los huesos muy doloridos y el corazón latiendo alocadamente, sobre la silla. Se hizo rápidamente con las riendas para controlar a Nokhada en medio de la confusión general, mientras alguien abría la puerta exterior.

El viento helado de la mañana que soplaba a través del patio le golpeó en la cara e hizo que todos los mecheiti se pusieran en marcha. Se distrajo, mirando a Babs e Ilisidi. Hizo dar a Nokhada una vuelta en círculo, y su montura encontró a Babs antes de que él pudiera siquiera ver a Ilisidi.

No era capaz de mantener a Nokhada bajo control. Mientras Babs salía por la puerta, Nokhada se abrió paso a empellones, entre los demás mecheiti, tras la estela del mecheita de Ilisidi, y se introdujo en las fauces de una ráfaga helada, que parecía un muro de hielo.

El arco de la entrada pasó junto a él como una imagen borrosa de sombras y piedra. El vasto gris del lago no era en ese preciso instante más que una especie de nada, al principio frente a él y después a su derecha, cuando Nokhada viró de forma brusca, hacia las montañas.

Nokhada seguiría a Babs al mismísimo Infierno.

12

Salieron al terreno montañoso, por las enmarañadas pendientes, al borde del barranco, por el mismo sendero donde se había destrozado el labio, la primera vez que había cabalgado tras Ilisidi.

Y cuando echó un vistazo atrás, vio que había aproximadamente unos diez guardias de Ilisidi pendiente abajo, siguiendo sus pasos... además de una media docena de mecheiti ensillados pero sin jinete.

Se habían llevado todo lo que había en el establo, sin dejar nada para sus perseguidores. Conocía ese truco de los machimi. Le parecía estar en un machimi, con equipamiento de guerra, jinetes armados y todo eso. Solo les faltaban los pendones y las lanzas. No era lugar para un humano, de eso estaba seguro. No sabía cómo manejar a Nokhada si había que atravesar una turbamulta, ni siquiera estaba muy seguro de poder mantenerse sobre ella si había que superar cualquier obstáculo de cierta dificultad.

¿Una cabalgata a través del continente para alcanzar Shejidan? No parecía muy factible.

Jago le dijo que confiara en Ilisidi. Djinana le había dicho que confiara en Cenedi.

Pero se dirigían hacia el noroeste, pues el camino al aeropuerto estaba cortado, a juzgar por las explosiones, mientras que ellos estaban separados, e incomunicados de su propio personal, de todo y todos los que podrían ser de ayuda en ese momento, a menos que Tabini estuviera enviando refuerzos a la provincia de Maidingi para hacerse con el aeropuerto... que estaba en manos de los rebeldes.

Lo cual quería decir que los rebeldes podían volar, mientras que ellos iban a paso de mecheiti. Los rebeldes podrían seguir sus huellas y hostigarlos como quisieran, tanto por tierra como por aire.

La única esperanza era que no tuvieran aviones de guerra. Esto podían darlo por hecho. Mosfeira había diseñado los aviones para los atevi de forma que fuera muy complicado hacerles modificaciones. Sus modelos tenían alas fijas y generalmente eran más rápidos, aunque tampoco se podía excluir la posibilidad de que algún atevi con buena cabeza se hubiera puesto a ello. La precisión, según había oído en los machimi, no era aplicable a la guerra, y una guerra era lo que los dos aijiin rebeldes estaban intentando poner en marcha allí.

Forzar a Tabini hasta el límite, romper la asociación Occidental y reformarla en torno a otro líder... ¿como Ilisidi?

Y ella, ignorada por dos veces por los hasdrawad, ¿iba a traicionar a los rebeldes?

¿Se atrevía a creérselo?

Una explosión resonó entre los muros de Malguri.

Se arriesgó a echar un segundo vistazo atrás y vio una columna de humo, que subió hasta que el viento la disolvió completamente. Eso había ocurrido en el interior, pensó con una sensación creciente de pánico, y cuando volvió su cabeza, vio la cresta de la cordillera que se erguía ante ellos, con alentadoras promesas de seguridad ante las armas de fuego que pudieran utilizar contra ellos desde las murallas de Malguri.

Y hasta sería posible que su desaparición tras esa cordillera parase el ataque sobre Malguri, si el personal era capaz de convencer a la turba y a los soldados de que ellos ya no estaban allí... Que Dios ayudase a Djinana y a Maigi, que nunca habían querido ser guerreros y tenían que soportar la compañía de extraños como aquel hombre con la pistola que había al pie de las escaleras, gente que, seguramente, habrían traído Cenedi e Ilisidi... gente que pondría un precio demasiado alto a los históricos muros de Malguri.

El frío le empañaba los ojos. Las punzadas de dolor en su hombro adoptaron una cadencia rítmica, acorde a los bandazos que daba Nokhada en su escalada. Aún no habían podido poner el escarpado risco entre ellos y los posibles francotiradores que pudieran estar apostados en los muros de Malguri... pero Banichi y Jago se habrían ocupado de eso, se dijo. Aparecieron rocas y maleza ante ellos, y luego el cielo azul. Por un momento, hubo una perspectiva alucinante, cuando Cenedi e Ilisidi pasaron sobre la cima y Nokhada, tras ellos, se dirigió hacia abajo, y Bren pudo ver la otra ladera, una vista mareante, con una brusca pendiente, moteada de arbustos y roca desnuda, que su subconsciente había cubierto de nieve, y que hizo que su estabilidad mental se tambaleara al encontrar marrones terrosos de nuevo. El dolor acompañaba los saltos de Nokhada, las articulaciones desgarradas, los músculos doloridos, y las manos y piernas que perdían la sensibilidad debido al frío.

No había un maldito lugar en que pudiera uno permitirse una caída. Pasó por un acceso momentáneo de pánico, y entonces «sintió» la montaña. Nokhada corría con la misma lógica y las mismas necesidades que ya conociera de antes, mientras él se agarraba como una lapa a la silla y, con la rienda enrollada entre los dedos de la mano más débil, empezaba a sentir una

inyección de adrenalina, al tiempo que el viento le daba en la cara y percibía una noción muy clara de la presencia del barranco y de los lugares que Nokhada debía pisar, aunque de forma instantánea, para dar la siguiente zancada.

Dibujó un trayecto de descenso, ebrio de comprensión, mientras sus ojos veían el sendero y su corazón palpitaba irrefrenablemente. Percibió el golpe de una explosión, pero a mucha distancia, y él estaba empeñado en alcanzar a los demás jinetes sin demasiada cordura. Irresponsablemente. Disfrutándolo. Estaba a punto de alcanzar a Ilisidi, cuando Babs, maldita sea, con un latigazo de la cola, tomó una dirección que hizo que Nokhada, en su intento de seguirla, casi los matara a ambos.

—¡Sidi! —oyó gritar a Cenedi a sus espaldas.

Sufrió una segundo de cordura, de pánico frío, al darse cuenta de que había sobrepasado a Cenedi y que Ilisidi sabía que él se hallaba tras de ella.

Una roca explotó junto a ellos, en la ladera. Babs se lanzó por el recoveco que había junto a una estrecha cascada, y se dirigió montaña arriba, entre piedras del tamaño de casas, cada vez más cerca de la cima.

Un francotirador, le dijo su parte sensata. Aún estaban a tiro.

Pero siguió a Ilisidi, ahora más lentamente, resguardándose en los inmensos peñascos, y tuvo tiempo para darse cuenta de la locura que acababa de cometer, que lo había colocado tras Ilisidi y que había dejado a Cenedi a sus espaldas. Nokhada no parecía muy dispuesto a reducir su velocidad y perder el impulso en la escalada de la pendiente.

Insensato, se dijo. Había perdido el sentido común en la montaña. Sabedor de la responsabilidad que tenía, había arriesgado el cuello precisamente por eso, porque la tenía, y por las cosas que no podía hacer ni tener, y no le había importado, nada en absoluto, durante esos egoístas minutos de velocidad desenfrenada que no eran nada más que el momento actual, el poner la vida en riesgo, a la mierda con todos, a la mierda Tabini, los atevi, su madre, Toby, Barb y toda la raza humana.

Podría haber muerto. Podría haber muerto fácilmente en esa cabalgata salvaje. Y descubrió tanta rabia contenida y amarga en su interior... Una furia incontenible lo arrastró, mientras que Nokhada, más sensata, daba sus zancadas de forma mucho más razonable, llevándolo montaña arriba entre las rocas protectoras. Lo que lo impulsó montaña abajo no era, por lo tanto, el delirio de libertad que había creído en un principio, era eso, lo que acaba de experimentar, un despreciable deseo irracional de morir, y de afectar con su

propia destrucción a todo aquel al que él servía. Esto era lo que había ocurrido.

No era justo. Lo único que había disfrutado en su vida, en un abandono total, y tenía que ser un deseo de muerte.

Odiaba las presiones, allá en casa, en Mosfeira, las presiones generadas por el trabajo y por todas las emociones humanas. En ese instante, odió a los atevi, al menos de modo abstracto, odió su violencia desapasionada y las mentiras y los interminables análisis esquizofrénicos que tenía que realizar, al estar entre ellos, de cada conclusión, de cada emoción, cada sentimiento que poseía, simplemente para decidir si se trataba de algo propiamente humano o de un procesamiento intelectual lógico.

Y lo que más detestaba era hacer daño por otros, que, sin embargo, no lo devolvían. Ya no podía ni confiar en sus propios sentimientos. Se hallaba exhausto, desangrado, había hecho daño, y ya no era capaz de enfrentarse a esta realidad de una forma emocionalmente cuerda.

Se trataba de la segunda verdad personal a la que se enfrentaba, desde aquel oscuro momento en que lo encañonaron con una pistola en la cabeza. Le hizo ver que el paidhi no estaba respondiendo bien a la presión. Que el paidhi estaba mortalmente asustado y no confiaba en la gente que lo rodeaba, y que ya no estaba seguro de que nada de lo que hubiera hecho jamás fuera lo correcto.

Cuando uno trataba con los atevi no podía saber, no podía tener ni puñetera idea de lo que ocurría a nivel visceral en un momento dado, y no porque no pudiera traducirlo, sino porque no podía sentirlo, no podía razonarlo, no podía adivinar ni remotamente lo que les pasaba por dentro.

Estaban al borde de una guerra, en la que los atevi se disparaban unos a otros por lo que se iba a hacer con los humanos, y el paidhi estaba sucumbiendo. Le habían arrancado demasiado de sí mismo, la anterior noche. Quizá no hubiera sido su intención, quizá ni sabían que lo habían hecho. Él conocía todas las etiquetas psicológicas: que quedaba demasiado por resolver, que había razones incluso detrás de los repentinos escalofríos de frío y miedo, y de la malsana disección a la que se había sometido aquella mañana, cuyo único origen había estado en los acontecimientos de la noche anterior.

Y, no, no habían estado jugando, la noche anterior. No había existido ni una sola amenaza vacua; Cenedi era muy bueno en lo que hacía, aunque no había pensado tanto en su condición mental como en las respuestas que necesitaba obtener.

Lo que no cambiaba el hecho de que se hubieran removido cosas muy adentro, reverberaciones que aún resonaban en una psique que ni siquiera había gozado de mucha estabilidad desde los comienzos de todo este asunto.

No podía sucumbir. Ignora la introspección, y empieza a pensar en los posibles argumentos que proponer a humanos y atevi para silenciar las armas y desacreditar a los hombres que quieren la guerra.

Eso es lo que tenía que hacer.

Al menos, los disparos habían cesado. Habían dejado atrás la distancia a la que todavía se oían las explosiones de lo que quiera que estuviese pasando allá abajo, en Malguri, y pudo pasar a una zancada más lenta, más sensata, por un terreno más fácil, sobre el que podrían haber galopado, un sendero más nivelado, intercalado con alguna pequeña escalada, o algún descenso diagonal, en general en dirección sur, y solo ocasionalmente hacia el oeste. Parecía tender hacia el aeropuerto de Maidingi, donde se concentraba lo peor del problema.

Y quizá hacia un encuentro con una hipotética ayuda enviada por Tabini, si es que Tabini tenía alguna idea de lo que estaba ocurriendo allí. Tenía que confiar en Banichi para que Tabini supiera lo que pasaba. Concretamente, en que Banichi hubiera podido encontrar un teléfono, o que las ondas de la radio hubieran podido encontrar a alguien que hiciera correr la voz a través de todo un continente.

—Vamos hacia el sur —le comentó a Cenedi, cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para poder hablar—. ¿Nadi, vamos a Maidingi?

—Nos dirigimos hacia un punto de encuentro en la carretera oeste —dijo Cenedi—. Un lugar llamado Las Agujas. Recogeremos allí tu equipo, suponiendo que consigan llegar hasta allí.

Eso lo alivió. Y sirvió para borrar alguna de sus sospechas.

—¿Y luego?

—Al noroeste, a ver a un hombre que pensamos que es seguro. ¡Cuidado, nand'paidhi!

Se les acaba el terreno. El mecheita de Cenedi, Tali, tomó la delantera y obligó a Nokhada a retirar su cabeza y echarse hacia atrás. Nokhada echó un vistazo a la ruta de Tali, pero no había más sitio para él, entre dos peñascos del tamaño de una habitación.

Recoger sus cosas, había dicho Cenedi. Desde luego, eso suponía un alivio. El resto, evitar el aeropuerto, encontrarse con alguien que pudiera tener un transporte motorizado, también sonaba mucho mejor que lo que había temido. Y en lugar de una extensión vacía y sin puntos de referencia, su

trayecto empezaba a extenderse entre puntos que, según podía adivinar, se encaminaban hacia las provincias al otro lado de las montañas, hacia el oeste. Tenía sus conocimientos de geografía. Y más firmes que las propias fronteras de los atevi, eran las aldeas y casas, unidas entre sí por man'chi, incluso en una misma calle: Cenedi conocía un nombre, un man'chi concreto que sabía seguro.

Cenedi, tan profesional como era, no iba a hacer tal juicio basándose tan solo en una suposición. Sí, Ilisidi podría haber traicionado a sus socios, pero es que los aijiin no tenían man'chi hacia nadie de mayor rango que ellos. Esa era la naturaleza de lo que eran: sus socios lo sabían y sabían que debían mantenerla satisfecha.

Cosa que, evidentemente, no habían logrado. Tabini había hecho su movimiento, generoso y casi desesperado, al enviar al paidhi a Malguri y permitir que Ilisidi satisficiera su curiosidad preguntándole todo lo que quisiera, y con ello había corrido el riesgo de que se lo entregara a sus enemigos. Evidentemente Tabini sabía algunas cosas que le inspiraban seguridad. Puede que (pensando como lo hacían los atevi y no los humanos) supiera que los rebeldes no podrían satisfacer a Ilisidi, o que pretendían traicionarla. Si era así, la habían subestimado. La mujer era demasiado sabia y demasiado astuta como para dejarse engañar por los numerólogos y los mercaderes del miedo. Y si él, él en persona era la forma que tenía Tabini de sondearla, puede que la tácita afirmación que contenía el acto de entregarlo, en el sentido de que estaba al tanto de sus devaneos con los rebeldes, resultara bastante perturbadora para ella; y, al fin y a la postre, a su edad, hubiese encontrado más atractiva su oferta de paz que una arriesgada conspiración con una ambiciosa camarilla de señores provinciales que pretendían desafiar a los humanos.

Un trato con una serie de conspiradores que perfectamente podían acabar, como buenos señores atevi, luchando unos contra otros.

Su posición con Ilisidi o con Cenedi no le permitía formular estas preguntas críticas. Las cosas eran ya suficientemente delicadas. Trató de mantener la jerarquía de las cosas, con Babs por delante, seguido por el mecheita de Cenedi la mayor parte del tiempo y Nokhada en una disputa por este segundo puesto cada vez que apretaban el paso, una jerarquía que no tenía nada que ver con las motivaciones de sus jinetes, pero que podía resultar peligrosa si se interponía en la política. Sabía esto por lo que había visto en los machimi, y sabía también que no debía dejar que Nokhada se interpusiera entre las dos monturas de cabeza, sobre todo con los cuernos de guerra

puestos. Cenedi no se lo agradecería, Tali no lo toleraría y él ya tenía suficiente, tal como tenía el brazo, con mantenerse sujeto a su montura.

No se había recobrado de la locura. Seguía sin saber adónde se dirigían.

Pero no se atrevía a forzar su suerte. Había conseguido la ayuda de Ilisidi, pero era una ayuda condicional, susceptible de ser retirada en cualquier momento, y aún no podía confiar en ella. No podía tener la certeza absoluta de que la mujer a la que Tabini llamaba 'Sidi-ji no estuviera persiguiendo sus propios objetivos y tratando de hacerse con el poder en la asociación Occidental o en cualquier otro ámbito.

De momento, en aquellas circunstancias vertiginosas, no podía confiar en nadie.

Catorce palabras tenía su lengua para el término traición, y una de ellas podía traducirse también como «tomar el camino más evidente».

13

Si Ilisidi estaba siguiendo un camino fijo, Bren no podía verlo, a pesar de que Nokhada estuviera tras el rastro de Babs. Pudo avistar a Ilisidi en las alturas, entre las piedras sobresalientes, y a Babs, que se metía entre las rocas como uno de los volátiles fantasmas de Malguri.

No veía la cima de la colina; perdió el rastro de Ilisidi y Cenedi a la vez y, al ir tras ellos, a la cabeza de su columna de veinte extraños jinetes, salió a una ladera llena de rocas y expuesta al viento por encima de un arroyo poco profundo y una serie de surcos de ruedas invadidas por la maleza.

¿La carretera?, se preguntó.

¿Era ese camino la carretera hacia el oeste de la que había hablado Cenedi, en la que iban a encontrarse con el resto de su grupo?

Otros jinetes llegaron a la cima de la colina detrás de él, y Cenedi envió de vuelta a uno; Bren oyó que le decía que preguntara si habían visto huellas recientes.

Huellas de vehículos, eso es lo que implicaba la palabra en cuestión.

Un camión con una buena suspensión y neumáticos fuertes posiblemente podría sobrevivir a esa carretera.

Y si los camiones de servicio eran la única oposición a la que se enfrentaban, y no habían podido conseguir un aeroplano en el aeropuerto de Maidingi, entonces Ilisidi podría conducirlos de nuevo hasta la falda de la cima a lomos de su mecheita y zafarse de cualquier persecución a pie.

Así que no era ninguna locura escapar así de Malguri. Esta no era la civilizada zona rural de Mosfeira. No habían visto líneas de teléfono, cables de alta tensión, carreteras pavimentadas ni vías férreas durante días.

Se sentaron en la falda de la montaña y esperaron, mientras el hombre que Cenedi había enviado carretera abajo echaba un vistazo, cabalgaba colina arriba de nuevo y hacía un gesto negativo con la mano.

Bren dejó escapar un suspiro, y su corazón se hundió en suposiciones y sospechas. Estaba dispuesto a decir que, considerando la lucha que habían tenido en Malguri, no podían someter a Banichi a demasiados esfuerzos, y no debían continuar sin esperar.

Pero antes de que tuviera la oportunidad de objetar nada, Cenedi dijo que tenían que desmontar y esperar.

Eso mejoró su opinión de Cenedi. Visto lo visto se sentía cien veces más feliz con la compañía actual y sus prioridades, fueran cuales fuesen sus motivaciones. Hizo amago de desmontar cómo había dicho Cenedi, y con patadas intentó que Nokhada se bajara de un costado pero Nokhada no parecía estar muy por la labor. Nokhada tiró de las riendas hacia delante con una relajada sacudida de cabeza, le punzó dolorosamente el hombro retorcido y dio vueltas perversamente por la ladera hasta que tuvo la cabeza en lo alto de la colina. En las condiciones en las que se encontraban sus piernas no podía descender; maldijo a la criatura.

Golpeó a Nokhada con el pie. Y entonces hicieron algo todavía más penoso: una circunferencia completa sobre la ladera.

Llegado ese punto, uno de los otros jinetes se compadeció de él y descendió del caballo para coger las riendas de Nokhada.

—Nand' paidhi. —Era el mismo hombre que le había dado una paliza de muerte en el baño. Lo reconoció por la voz, era él quien se encontraba junto a Nokhada, con el costado por el que se desmonta frente a la pendiente de la colina.

No estaba muy preparado para perdonar a alguien que había participado en la farsa de la noche anterior.

Pero tampoco estaba entre enemigos, esa era la idea general que Cenedi había estado tratando de averiguar; y en realidad el hombre no lo había goleado innecesariamente, sino que solo lo había disuadido de enfrascarse en una contienda mucho peor.

Por lo que renunció a la pelea, abandonó su resentimiento y, con un discreto «gracias nadi», se deslizó del caballo y cayó al suelo.

Pensó que al menos podría sostenerse en pie. Las rodillas le fallaron; había estado descendiendo la pendiente con las piernas flexionadas. El hombre de Cenedi lo mantuvo firme, y la sensibilidad llegó a la parte inferior de su cuerpo en el mismo momento en que sus piernas se enderezaron.

Logró coger las riendas de Nokhada con sus propias manos y, con unas palabras de agradecimiento por su ayuda, se apartó cojeando hacia un lugar en el que pudiera sentarse y estar solo. Era un dolor muy extraño, pensó. No exactamente malo. Como si la sangre estuviera volviendo a donde pertenecía, o la carne cubriese huesos que él mismo desconocía en su cuerpo.

Pero en ese momento decidió que no quería sentarse. El viento gélido le hizo llorar los ojos y se los secó con el brazo que no se había torcido al caer. Durante un momento estuvo perdido. Le venían destellos de lo ocurrido en el sótano y de la ira que había sentido y, mareado e inseguro, perdió la noción

del tiempo al bajar la vista hacia la pendiente. Se decidió por cambiar el peso de pie como forma de descansar, y sujetó las riendas de Nokhada mientras esta bajaba la cabeza y husmeaba con los colmillos con funda de metal detrás de un pequeño arbusto enramado hasta arrancarlo. Lo agarró con su musculoso labio superior y lo destruyó felizmente.

El frío ayudaba al dolor. Él solo quería permanecer allí, parado tontamente, y observar cómo Nokhada mataba arbustos, aunque sabía que debía extremar el sigilo: a poca distancia discurría la carretera, y existía la posibilidad de que Banichi y Jago no hubieran escapado de Malguri.

Además también existía la posibilidad de que la posición de Ilisidi no estuviera clara aún. Ella era sin ninguna duda un comodín, peligrosa para todos, ahora que su grupo estaba, según parecía, tratando de provocar una revuelta. Solo el hecho de que estuvieran esperando a Banichi y a otros atevi con tanta paciencia lo convenció de que estaba completamente a salvo. Como atevi, en cualquier momento Cenedi podía volver a sus planes de la noche anterior y tratar de sacarle algo más si lo necesitaba, ya que su único referente moral era el bienestar de Ilisidi; consideración que podía cambiar según los vientos que corriesen.

¿Cuánta gente hay en Mosfeira, nand' paidhi?

Deseaba fervientemente tener la pistola de su dormitorio; pero no estaba en el fardo que Djinana le dio. Habría sentido su peso, y no sabía dónde se había quedado al final.

Esperaba poder apoyar a Banichi antes de que alguien en la corte lo atacara sin que Tabini-aiji pudiera evitarlo.

Unos guijarros dispersos cayeron por la pendiente: un mecheita sin jinete tenía el hocico detrás de algo que subía por la ladera. Nokhada, ocupada en mascar, apenas levantó una oreja.

Entonces se alzaron las orejas de todos los mecheiti, y sus cabezas; todos ellos miraron hacia el pie de la colina, donde la curva de la pendiente ocultaba el otro extremo de la carretera.

Todos los hombres que se encontraban a su alrededor se agazaparon para esconderse detrás de las rocas. Cenedi llegó en dos rápidas zancadas, le quitó a Nokhada de un tirón, la empujó al suelo junto a él y ambos se refugiaron tras de un gran bulto de piedra.

Oyó un motor y después todo quedó en silencio. Al primer atisbo de peligro, los mecheiti sin jinete tendieron a unirse a Babs, e Ilisidi siguió agarrada a él; de este modo se mantenía unida a toda la manada por la pendiente que había sobre ellos.

El ruido del motor se oía cada vez más fuerte, más cerca.

Cenedi preguntó por señas a otro hombre, que con un movimiento de mano dijo que permanecieran agachados.

Algo traqueteaba, saltaba y resonaba sobre las colinas.

¿Qué es eso?, se preguntó Bren con el corazón alborotado.

Entonces oyó el impacto de una explosión. Los músculos le dieron una sacudida y su corazón empezó a latir rápidamente lleno de temor, mientras Cenedi se retiraba de la posición en la que se ocultaba y se movía rápidamente de un refugio a otro ordenando a la compañía que volviera a subir la colina con los mecheiti.

Se batieron en retirada. El sonido era de disparos; lo supo cuando volvió a repetirse. Un tiroteo. Cenedi le había hecho señas cuando empezó todo. Sentía un temblor en las piernas que atribuyó al puro terror. Interpretó la señal de Cenedi retrospectivamente, pero siguió esperando a que aparecieran Banichi y Jago por la colina.

No podían abandonar ahora, tan cerca: si la gente estaba disparando, era señal de que estaban disparando a los enemigos, y eso significaba que Banichi y Jago estaban allí, al otro lado de la colina, tan cerca de ellos...

Un velo de humo negro fue cubriendo toda la carretera hacia abajo, transportado por un viento frío. A través de él, desde el pie de la colina, vio a alguien que corría, una figura vestida con un uniforme negro...

No era un ataque, tan solo un atevi que se abría paso por las rocas desde la cima hacia ellos, en una carrera desesperada y llena de traspiés; alguien con la tez más clara que el atevi común.

Jago, reconoció entonces; se levantó y trató de echar a correr. Provocó pequeños desprendimientos de tierra de la fosa, resbaló, cayó al suelo y se despellejó las manos. Se la encontró a medio camino de su posición, polvorienta, con la respiración entrecortada y apoyada en una roca.

—Una emboscada —dijo sin aliento—. En Las Agujas. ¡Suban allí! ¡Dígale a Cenedi que huyan, que escapen! ¡Vamos!

—¿Dónde está Banichi?

—¡Vamos, maldita sea! El depósito ha explotado, todo está ardiendo, él no puede caminar, los entretendrá mientras se ponen en marcha...

—¡Mierda! ¿Qué, entretenerlos? ¿Viene para acá?

—No puede, maldita sea. Bren-ji...

No se quedó escuchando la lógica atevi. Se largó corriendo, descendió hacia la carretera llena de maleza y se introdujo en el humo. Escuchó a Jago

que corría detrás de él, insultándolo y diciéndole que era un loco, que volviera y no se arriesgara.

Entonces escuchó a los jinetes que lo seguían. Resbaló con los guijarros al final de la pendiente y siguió corriendo. Salió de la carretera detrás de una roca, temiendo que los mecheiti lo atropellaran, y sobre todo que Cenedi lo alcanzara, y le obligara a retirarse y dejar atrás a Banichi sin una maldita razón.

Hacía calor dentro del humo. En la oscuridad vio un centro al rojo vivo, una nube que se balanceaba y que se introducía en el esqueleto carbonizado de un camión con las puertas abiertas. El sonido de los disparos resonaba por las colinas de los alrededores, y en medio de todo, oyó el disparo brusco de una pistola cercana, procedente de la zona que rodeaba al camión.

—¡Banichi! —gritó, y se frotó las lágrimas y el hollín, tratando de divisar algo entre el humo que le quemaba los ojos. Distinguió algo oscuro contra el gris de las rocas, junto a la carretera, una figura negra que apuntaba con una pistola hacia las colinas. De repente la tierra se levantó a su alrededor, una explosión de grava, un disparo en el suelo, y Bren, cubierto por el humo, salió corriendo hacia la figura. La metralla estalló junto a las rocas que tenía delante. Un fragmento le dio en la pierna al saltar detrás de las rocas donde Banichi se protegía.

—¡Jodido loco! —le gritó Banichi cuando llegó, pero no le importó. Agarró la manga y el brazo del atevi y trató de tirar de él para ponerlo en pie. Banichi, que parecía estar sufriendo mucho, trató de agarrarse a las rocas y le hizo un gesto de despedida al tiempo que explotaban las rocas que los rodeaban.

Pero no estaban solos: Jago se encontraba detrás de él, sujetando a Banichi por el otro lado y, al ver sus esfuerzos colectivos, Banichi cedió y cooperó con ellos. Los tres juntos cruzaron los surcos con gran esfuerzo, mientras los disparos estallaban con fuerza a su izquierda, a ras del suelo. Las balas hicieron añicos la roca e hicieron un ruido sordo entre los restos en llamas del camión. El calor del fuego les dificultaba la respiración y les dejó un escozor en la piel mientras cruzaban la carretera, utilizando el humo para cubrirse.

Nuevos disparos dieron de lleno en el camión.

—¡Ese es Cenedi! —dijo Jago jadeando—. ¡Está en la carretera!

—¡Junto al arroyo! —gritó Banichi y, cojeando pesadamente, ambos dejaron atrás el camión, se deslizaron por la orilla del arroyo, entre las rocas,

se metieron en el agua fría hasta las rodillas, y lo llevaron hacia el comienzo de la pendiente, todo ello en medio de una bruma de humo.

Los pulmones le ardían. Tenía los ojos empapados. Se ahogaba con la tos, aferrado a Banichi, mientras trataba de arreglárselas en aquel suelo traicionero con los pasos tambaleantes de Banichi; por suerte, la altura de Jago le permitía hacer más palanca por el otro lado del atevi.

Pero salieron del tiroteo. Tosiendo y dando traspiés, consiguieron cruzar al otro lado del lugar donde caían las balas. Banichi cayó de rodillas sobre la orilla pedregosa y, tosiendo, se derrumbó sobre las rocas y trató de enfundar de nuevo la pistola.

—Nadi, ¿a qué le has disparado? —preguntó Bren.

—No he disparado —dijo Banichi entre ataques de tos—. Están esperándonos. En Las Agujas. Explosivos. ¡Maldita sea! ¿Es esa la gente de Cenedi?

—Sí —dijo Jago secamente, y trató de levantarlo de nuevo. Banichi intentó apoyarse sobre una rodilla. Sea lo que fuera lo que estaba mal, la pierna del lado de Jago no podía soportar su peso, y Bren empujó con todas sus fuerzas para ayudarlo a caminar por la orilla hacia donde se encontraba Cenedi entre la bruma humeante transportada por el viento.

Unos disparos cayeron en la tierra que los rodeaba. Bren se arrojó al suelo junto con Banichi y Jago, y se tumbó todo lo posible sobre las molestas rocas del borde de la carretera, esperando que una cualquiera de las balas que rebotaban en el suelo, picaban las rocas y cubrían la hierba lo alcanzara en la espalda.

Después hubo un momento de silencio. Empezó a levantarse y a tirar de Banichi con él, pero un hombre salió corriendo del humo, seguido inmediatamente después por dos mecheiti sin jinetes. Uno cogió al hombre con la cabeza y lo lanzó por los aires. El hombre cayó al suelo y los mecheiti se le echaron encima, lo desgarraron con sus colmillos enfundados en metal y lo pisotearon.

—¡Moveos! —gritó Jago, mientras Banichi se ponía en pie y se encaminaba hacia delante, agarrado por Bren a su derecha. Trastabilló con la pierna del lado de Jago y les costó un enorme esfuerzo levantarlo. Los mecheiti venían hacia ellos, formas sin jinetes en la bruma. Banichi estaba gritando algo sobre su pistola.

Entonces apareció otro mecheita, Nokhada, y empezó a desgarrar con sus colmillos, a dar vueltas y cabezazos y a tratar de acuchillar los cuartos traseros en retirada de los demás animales. Fue muy rápido, y Bren cogió a

Banichi por el cinturón y trató de levantarlo y sacarlo de la carretera; pero otro mecheita se lanzó como una flecha sobre el costado de Nokhada y le asestó un golpe oblicuo; y después, Dios, Babs se metió también, sin jinete, y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro a ambos combatientes, hasta obligarlos a separarse; llevó a Nokhada fuera de la carretera, a Talia hacia la nube de humo y dispersó al resto, mientras ellos luchaban por llevar a Banichi hacia las rocas. Los mecheiti habían huido, y cuando alcanzaron las rocas al pie de la colina, una cortina de fuego surgió de algún lugar del interior de la nube de humo. Bren escuchó que alguien ordenaba a otros que se retiraran, que no persiguieran a los mecheiti.

Otra voz gritó:

—¡Los tenemos encima, nadi!

—¡Ya están avisados por radio! —gritó Banichi lo más fuerte posible, con los brazos apoyados contra una roca—. ¡Maldita sea! ¡Salid de ahí!

—¡Estaba despejado! —protestó un hombre. Giri apareció cerca de Bren, y lo agarró del brazo—. Nand' paidhi, ¿qué está haciendo?

—Ha perdido la cabeza —dijo Jago bruscamente. Giri pasó muy cerca de Bren, y lo reemplazó sujetando a Banichi por ese lado. El resto de la compañía estaba saliendo del humo y seguía disparando hacia la carretera, pero parecía que ya no venía nadie.

—Están intentando alcanzarnos, y tienen una camioneta mucho más atrás —oyó que Jago le decía a alguien, con voz entrecortada—. Tenemos que salir de aquí; habrán informado de nuestra posición. Tendremos aeroplanos sobrevolando nuestras cabezas antes de lo que podemos imaginar. No son aficionados.

Los hombres salieron corriendo y organizaron a los mecheiti. Bren reconoció a Nokhada en medio de la confusión, corrió y la cogió de las riendas. El animal tenía una herida en el costado por debajo del lomo, y una perforación que le sangraba procedente de un disparo en el cuello, pero se resistía a sus indicaciones de que bajara el lomo para que él montara, daba vueltas al eje de las riendas y sacudía la cabeza. Lo intentó de nuevo, agarrándose a los asideros de la montura con su brazo dolorido, sin aceptar la ayuda de nadie.

Alguien lo agarró por el brazo derecho, lo obligó a volverse hacia el lomo de Nokhada y lo golpeó en el lado de la cabeza; ni lo había visto venir. Aturdido, cayó al suelo pedregoso con los gritos de Jago en el oído, y los de otro atevi.

—¡Dime qué es lo que le pasa! —Era la voz de Cenedi—. Dónde piensa que va; cuando comienzan los disparos es cuando un hombre sabe cuál es su dirección, ¿no dicen eso en Shejidan?

Tenía los ojos vidriosos y le zumbaban los oídos. Puso la mano sobre una roca puntiaguda, y trató de apoyarse sobre el brazo bueno.

—Él no lo sabe todo —respondió Jago—. ¡No sé qué será lo próximo que haga, nadi! ¡No es un atevi! ¿No es esa la causa de todo esto?

—Nadi —dijo Cenedi fríamente—, infórmale de esto. La próxima vez le pegaré un tiro en la rodilla, y sin hacer preguntas. Hablo en serio.

Una sombra imponente se interpuso entre ellos y el sol. Babs e Ilisidi los observaban, mientras Bren se ponía en pie tambaleándose.

—Aiji-ma —oyó la voz tranquila de Jago a sus espaldas, y luego sus manos lo agarraron con fuerza del brazo y tiraron de él hacia un lado. Se levantó con un lado de la cara ardiendo. Oía mal por un oído. Entonces, Ilisidi se alejó poco a poco y Cenedi hizo lo propio con paso airado.

—¡Maldito loco! —dijo Jago sacudiéndole el brazo.

—¡Lo habrían abandonado!

—¿Me escucha? —Otra sacudida de brazo—. Le pegaré un tiro. ¡No es una amenaza vacía!

Dos de los hombres de Cenedi habían cogido a Nokhada, y trataban de llevársela mientras ella sacudía la cabeza y se resistía. Tanteó las riendas que le ofreció un hombre, e hizo un esfuerzo por poner los estribos a la montura; uno de ellos hizo que Nokhada dejara caer el lomo, y Bren pudo poner sus talones en el estribo, pero resbaló al levantarse Nokhada. Quedó colgado de las correas de la montura, con ambos pies tocando el suelo, hasta que alguien lo empujó desde abajo y lo ayudó a terminar de subirse.

Vio que Jago se montaba en otro de los mecheita de reserva, seguida por los últimos dos hombres, y entonces Ilisidi se puso en marcha y Nokhada empezó a moverse con el grupo. La visión se le nubló con el movimiento brusco; se le nublo en el mismo momento en que Jago lo golpeaba, por razones sin duda válidas para ella. Las manos le temblaron y el equilibrio le falló.

—Quédese ahí —dijo Jago, acercándose a él—. Quédese en el mecheita, ¿me oye, nadi?

No contestó. Eso lo volvía loco. Podía entender que Cenedi lo golpeará, pues sabía condenadamente bien lo que había hecho al ir tras Banichi. Había violado la cadena de mando de Ilisidi: les había forzado a librar una lucha que Cenedi habría preferido evitar, porque tenía que proteger a la Viuda y

posiblemente —y esta era una sospecha mucho más siniestra— porque Cenedi en cuanto hubiera dejado a Banichi y Jago en la estacada, lo tendría completamente en sus manos. Cenedi lo vendería de buen grado al mejor postor; ese era el miedo instintivo que le había hecho bajar la colina, comprendió en ese momento, ese y la igualmente instintiva convicción humana de que la traición que estaba cometiendo era, en términos humanos, menor y excusable.

No era por Cenedi. Era por Jago, y eso era lo que él no podía entender... ni aceptar.

—¿Me está escuchando, nadi? ¿Me entiende?

—¿Dónde están Algini y Tano? —la desafió.

—En un barco —dijo Jago, enfadada, y sus rodillas chocaron al aproximarse los mecheiti entre sí—. Proporcionando a sus enemigos otro objetivo, y otra dirección en la que podría haber escapado. Pero tendremos mucha suerte si...

Jago paró de hablar y miró hacia el cielo. Y dijo una palabra que él nunca le había escuchado.

La miró. Las orejas todavía le zumbaban. No podía oír lo que ella oía.

—Un aeroplano —dijo Jago—. ¡Maldita sea!

Se retrasó en la columna mientras Ilisidi azuzaba a Babs, salía a todo galope hacia el arroyo y lo cruzara, cerca de la montaña. Nokhada tuvo la idea repentina de adelantar a los líderes, empujando a los demás a pesar de recibir un fuerte tirón de las riendas.

Ahora sí que podía escuchar el aeroplano que se aproximaba. No había nada que pudieran hacer salvo colocarse en la posición con respecto a las colinas que les dificultaba más dar con ellos, y ese parecía ser el objetivo más inmediato de los líderes. No era una casualidad que pasara el aeroplano. Sonaba como si volara a baja altura. El terror empezó a acelerarle a Bren el pulso. Se preguntaba si Ilisidi y Cenedi estaban haciendo lo correcto, o si debían dejar que los mecheiti se escaparan y se refugiaran entre las rocas. No era muy justo que le dispararan a uno sin tener arma, refugio, ni forma de salir del paso. No era muy a kabiui, no era la manera en que los atevi habían hecho la guerra en el pasado. Él era el objetivo de la contienda, y era tecnología humana lo que los atevi estaban usando para atacarse, y tácticas humanas...

Mantuvieron su curso por la falda de la montaña. Ilisidi y Cenedi le llevaban una cierta ventaja a Nokhada que ya no se resistía, mientras el resto de la columna iba detrás, en fila junto al arroyo. Cenedi estaba preocupado. Bren vio que Cenedi se giraba y miraba hacia atrás y al cielo.

El motor sonaba cada vez más cerca; era ilegal, no estaba autorizado abrir fuego desde el aire. Habían diseñado los límites de altitud para desalentar esta posibilidad, dada la manera en que estaba posicionada Mosfeira, que podía ser alcanzada fácilmente por aeroplanos pequeños. Los aviones volaban a velocidad constante y no tenían sistemas de selección de objetivos ni capacidad de bombardeo; era el trabajo de los paidhiin el asegurarse de que era así...

Su mente estaba ocupada con esa serie de pensamientos cuando el aeroplano llegó volando bajo por la carretera cortada por el arroyo, directo hacia ellos. Su único motor resonaba en las colinas. Los jinetes que iban a su alrededor sacaron las pistolas, y un par de ellos levantaron sendos rifles de caza; hasta ese momento no sabía si los atevi habían resuelto cómo montar las armas del aeroplano, o si era solamente un piloto temerario que los había reconocido y trataba de asustarlos.

El revestimiento del aeroplano era lo bastante fino para que las balas pudieran alcanzar al piloto o acertar en algún punto vital, como los depósitos de combustible. No conocía sus diseños tan íntimamente. No los había tenido a la vista. Wilson, probablemente había sido trabajo de Wilson.

Su corazón enmudeció de pánico. La columna se había detenido por completo y se enfrentaba al ataque. Sujetó a Nokhada con las riendas y, mientras los disparos se sucedían a su alrededor, miró hacia arriba.

El aeroplano pasó retumbando sobre ellos, y los disparos estallaron en el aire, sobre sus cabezas, haciendo que los mecheiti saltaran aunque sin echar a correr. Tras los disparos quedaban unas bocanadas de humo. Las rocas descendían rodando por la montaña, arrancando fragmentos de grava.

—Explosivos —escuchó decir a alguien.

Bombas. Granadas. Los atevi estaban acostumbrados a manejar prototipos. No cometerían muchos errores.

—No les da tiempo a descender —le dijo con urgencia a Banichi, que se había detenido cerca de él—. Han explotado alto. Se lo imaginarán. Reajustarán las espoletas. No podemos darles más oportunidades.

—No tenemos elección —dijo Banichi. Los atevi no sudaban. Banichi estaba sudando. Su cara era de un color que nunca había visto en un atevi, mientras sacaba metódicamente otro cargador de los pocos que le quedaban en el bolsillo.

El aeroplano volvía de nuevo, y el grupo se movió cuando Babs salió con un paso rápido, y descendió hacía la carretera cortada por el arroyo. Los

mecheiti se apretujaron en ese momento, tan cerca unos de otros como se lo permitía el terreno, pisoteando los arbustos.

Al cambiar de altura obligaban al piloto a cambiar sus cálculos, pensó Bren para sí; era lo mejor que podían hacer, además de que encontrarían el refugio que la tierra no les ofrecía, mientras que el piloto atevi trataba de resolver la lógica matemática de dónde habían golpeado sus bombas. Alguien por detrás de él estaba gritando que concentraran el fuego en la cabina y el piloto, no en las alas, que estaban más cerca de los depósitos de combustible.

Bren oyó el estruendo del motor y miró hacia arriba mientras el aeroplano corría a toda velocidad hacia ellos, esta vez desde un lado, por encima de la montaña que se encontraba frente a ellos, ofreciéndoles un contorno muy pequeño para abrir fuego.

Las explosiones golpearon la montaña que había sobre ellos y hubo una lluvia de fragmentos de rocas y tierra; Nokhada saltó y giró la cabeza hacia un enemigo que no podía alcanzar.

—Está ardiendo, el muy bastardo —dijo alguien, e Ilisidi, a la cabeza, los condujo rápidamente por la ladera de la colina, junto a la carretera, mientras oían como el aeroplano volvía de nuevo.

Entonces llegó un ruido sordo procedente del sur, el sonido de un trueno. El tiempo intervenía.

Gracias Dios, pensó Bren. El cielo estaba cubierto de nubes. Se había puesto nervioso a causa de las bombas. La perspectiva de un rescate le provocaba un temblor de manos y le hacía sudar por debajo de los brazos.

Otra pasada. Una bomba los golpeo por detrás y un montón de maleza empezó a arder.

Un segundo aeroplano retumbó sobre ellos inmediatamente después, y soltó sus bombas por el otro lado de la colina.

—¡Son dos! —gritó Giri—. ¡Maldita sea!

—Y el otro todavía sigue intacto —dijo Banichi. El primer aeroplano volvía a la carga. Llegaron a un claro, y Banichi, Jago, Cenedi y el resto apuntaron con cuidado siguiéndolo mientras se acercaba. En el último momento Cenedi dijo:

—Detrás de la cobertura del motor.

Abrieron fuego y los disparos se oyeron desde la otra colina.

El aeroplano pasó retumbando sobre ellos pero no lanzó sus bombas. Se estrelló contra la cima de la montaña y un segundo más tarde una fuerte explosión hizo temblar el suelo.

No había tiempo para aplausos. El segundo aeroplano venía tan rápido que tuvieron que continuar la marcha. Escogieron un camino entre las rocas y avanzaron por él tan rápido como pudieron. Los truenos empezaron de nuevo. Al menos eso parecía. El segundo aeroplano se les echó encima y soltó sus bombas demasiado pronto. Explotaron en la cima de la colina.

Descendieron por el camino escarpado, hacia un barranco estrecho por donde el avión tendría grandes dificultades para seguirlos. Oyeron cómo se acercaba. Sus motores renqueaban como los truenos —tenían que ser truenos— que estaban cayendo y retumbando en la distancia.

Ese aeroplano está averiado, pensó Bren. Algo le falla. Dios, todavía hay esperanza.

No pensó que pudiera lanzar sus bombas. Lo vio pasar por la franja de cielo que había sobre ellos.

Después hubo una explosión directamente sobre ellos, y Nokhada saltó. Un impacto brusco le golpeó el hombro, y el jinete que le seguía cayó —Bren no pudo ver el porqué—. La maleza se le vino a la cara y levantó una mano para protegerse mientras Nokhada lo llevaba corriendo colina arriba hasta detenerse cerca de Babs.

Se había quedado medio sordo por la explosión, pero no tanto como para no poder oír los alaridos que daban los mecheiti por el miedo o el dolor. Miró hacia atrás, vio a unos jinetes donde él había estado e intentó volver hacia allá. Nokhada tenía otras ideas y se dedicó a pelear con él por toda la pendiente, hasta que los otros jinetes volvieron.

Pero Banichi todavía estaba a la vista; vio a Jago entre los que estaban de pie, y oyó un único disparo. Los alaridos pararon de golpe, y solo el silencio y el zumbido quedaron en sus oídos; a continuación, tras un momento de confusión, y de dar otras vueltas por la pendiente con una Nokhada poco dispuesta, vio que la gente empezaba a subir de nuevo y la columna se volvía a organizar.

Un jinete se adelantó e informó a Cenedi y a Ilisidi de que tres de los hombres habían muerto, y uno de ellos era Giri.

Bren sintió algo; en ese momento no supo el qué. Un impacto en las entrañas. La pérdida de alguien conocido. Era consciente de todo lo que estaba cambiando a su alrededor, pero lo sintió personalmente; sin embargo, se alegró de que no hubieran sido ni Banichi ni Jago, y de una manera vaga pensó que su sensación de pérdida era un juicio egoísta, y los estándares egoístas humanos no tenían nada que ver con el man'chi, o con lo que los atevi sentían o no.

Ya no distinguía entre el bien y el mal. Le dolía la cabeza. Todavía le zumbaban los oídos y sentía el olor a humo y a pólvora cada vez que respiraba. Nokhada y él se habían llenado de tierra hasta el cuello, de tierra y trozos de hojas; no estaba seguro de qué más había, ni quería saberlo. Únicamente seguía recordando la impresión de las bombas al estallar, un muro de aire y fragmentos que se hacían uno con las explosiones sobre la carretera; recordó la impresión de algo que golpeaba su brazo con un impacto que todavía le dolía. Un golpe de suerte, esa bomba certera y única. Puede que no vuelva a suceder.

O puede que el siguiente ataque lo alcanzase; no sabía cuánto tiempo más tenían que seguir montando o durante cuánto tiempo sus enemigos continuarían enviando aeroplanos desde el aeropuerto de Maidingi y bombardeándolos una y otra vez, sin que pudieran hacer nada al respecto.

Pero el segundo aeroplano no volvió, ya fuera porque se había estrellado en las montañas o porque había vuelto al aeropuerto, y mientras tanto el ruido de los truenos se iba haciendo cada vez más fuerte.

Al cabo de algún tiempo más, las nubes se colocaron encima de ellos, y les trajeron, primero aire frío, y más tarde lluvia y truenos. Los jinetes que estaban a su alrededor rebuscaron en los fardos sin desmontar, sacaron unos impermeables negros de plástico y empezaron a ponérselos al tiempo que caían las primeras gotas. Bren esperaba encontrar lo mismo entre su equipo, y lo halló en el fardo que tenía detrás de la rodilla, regalo de alguien en esta estación de lluvias frías de montañas. Lo sacó, y se lo puso. Se cubrió con él la cabeza, gran parte del cuerpo y todo lo que pudo de la montura, y ya lo tenía sujeto a la garganta cuando comenzó un gélido diluvio de ráfagas que lo cegaban y le corrían por el cuello.

El plástico mantenía el calor corporal, el suyo y el de Nokhada. Las turbulencias y las nubes que cubrían las montañas formaban un escudo contra los aeroplanos, y aunque sentía un frío horrible allí donde las consistentes ráfagas hacían que el plástico se le pegara contra su cuerpo o se colaban por los bordes de una camisa y una chaqueta que empezaban a calarse por el chorrillo que le caía del cuello, cualquier molestia que la tormenta pudiera causarles era mejor que ser bombardeados desde el aire.

Por lo general confiaba en que Nokhada siguiera a Babs, así que se metió las manos por debajo de los brazos y se preguntó de dónde sacaría las fuerzas Ilisidi, porque cuanto más se relajaba él, peor se encontraba y más escalofríos le daban. Los cuerpos delgados se congelan más rápido, eso había dicho Giri,

estaba seguro de que había sido Giri, el que ahora estaba muerto y esparcido por toda la ladera.

Su cerebro continuaba recreando las explosiones.

La lluvia continuaba cayendo sobre las sombras negras; cerró los ojos y se encontró de nuevo en el sótano, oyendo los truenos, sintiendo una pistola contra su cabeza y sabiendo que Cenedi lo haría de nuevo y esta vez de verdad, porque la ira de Cenedi hacia los humanos se unía a la ambición de Ilisidi y a lo que había o no había sido posible conseguir para los atevi incluso antes de que la nave apareciera en el cielo. El man'chi de Cenedi estaba junto a Ilisidi, los rebeldes le ofrecieron a Ilisidi asociarse con ellos, Ilisidi le dijo a Cenedi que descubriera qué sabía el paidhi, y a los ojos de Cenedi, era culpa de él haberla convencido de que no tomara en consideración dicha oferta.

Por lo tanto la ira de Cenedi —hacia él, porque Ilisidi estaba cediendo su lucha por el gobierno de Shejidan— se debía a la edad, el tiempo o Dios sabe qué motivo. Últimamente el paidhi no había hecho ninguna confidencia que pudiera interpretar. Se había convertido en una mercancía para el comercio entre las facciones atevi. Él ni siquiera sabía a quién pertenecía en ese momento; ni sabía por qué Cenedi había esperado en la colina a Banichi.

No sabía por qué se había enfadado Jago con él por ir a buscar a Banichi.

¿Jago... habría hecho algún trato con Cenedi? ¿Traicionar a Tabini y a Banichi? No lo creía.

Se negaba a creerlo, no por una razón lógica, sino por una razón humana; cosa que no se le podía aplicar a ella en absoluto. Él lo sabía, una de las pocas cosas que estaban claras en la confusión de sus pensamientos. Pero a pesar de ello no cambió de opinión.

Atravesaron las colinas en medio de aquella lluvia cegadora.

A continuación otro barranco de corte profundo, donde un afloramiento de roca los protegía de las ráfagas de viento y lluvia, y de las hojas que circulaban sueltas y que, mezcladas con el agua, a menudo les rozaban en corrientes pequeñas y heladas que se abrían paso por sus cuellos.

Pero esa cubierta de roca era la primera protección contra el viento que encontraban, e Ilisidi ordenó hacer un descanso y los reunió allí, a los doce; solo había doce jinetes supervivientes. Se horrorizó al darse cuenta de ello, y de que seis mecheiti los seguían por la maleza y por la ladera empedrada. No se había dado cuenta de las pérdidas, no había contado... No sabía dónde podían haber perdido a los demás, o si, siguiendo alguna indicación silenciosa que se le había escapado, el grupo se había dividido.

Se aferró a los asideros de la montura y bajó deslizándose por el lomo mojado de Nokhada, sin estar seguro de que pudiera volver a subirse sin ayuda, pero bastante contento de poder descansar. En un primer momento se quedó de pie agarrado a los arreos de Nokhada, tan solo para mantenerse en pie. Llevaba tanto tiempo montado que las piernas le parecían de goma. Hubo un latigazo de luz y el trueno retumbó sobre sus cabezas. Apenas podía caminar por la ladera empapada sin sujetarse a las ramas y apoyarse en las rocas. Deambulaba como un borracho por la pendiente escarpada, buscando un espacio cálido y un lugar un poco más protegido del viento. Vio que Banichi había desmontado y emprendió el camino en esa dirección, donde se habían reunido otros cuatro hombres con Jago. Uno de ellos estaba sentado de cuclillas junto a ella y sujetaba el tobillo de Banichi. La bota empapada se le había ceñido dolorosamente sobre la articulación.

—¿Está roto, Jago-ji? —preguntó, agachándose junto a ella.

—Probablemente —respondió ella en tono amenazante, sin mirarlo. Gracias a la previsión de los mozos de cuadra, ambos, Banichi y Jago tenían impermeables, y ella se acurrucó en el suyo, sin mirarlo, sin hablar, y sin parecer dispuesta a hacerlo; pudo percibirlo al ver que le daba la espalda. Pero no era momento de discutir cuando Banichi estaba herido, y todo parecía tenso.

Al menos el hombre que estaba tratando a Banichi parecía seguro de lo que estaba haciendo; puede que incluso fuera médico de verdad, pensó Bren. Tabini tenía uno en su guardia. Tenía sentido que tomara aquella precaución, considerando sus paseos vertiginosos y los asuntos en los que estaba metida.

—Sigo con la bota puesta —dijo Banichi, como sugerencia para que se la quitaran—. Es firme. Al menos puedo...

Ante lo cual el hombre hizo un intento que hizo que Banichi echara la cabeza para atrás y respirara fuerte entre los dientes.

—Lo siento —dijo el hombre, y habló con otro de los guardias que estaba arrodillado—. Córta-me una o dos tablillas.

Otro de la compañía se acercó a observar. Sus pasos crujieron sobre las hojas empapadas, y rompió alguna roca aislada. Jago estaba ocupada soplando sus manos apretadas para que se calentaran. Banichi no disfrutaba siendo el centro de atención. Estaba echado hacia atrás sobre el suelo, con la vista fija en la llovizna, ajeno a todo ello. El frío del suelo tenía que traspasar el impermeable de plástico. Pero la previsión del personal del castillo no había incluido mantas, o tiendas.

Ilisidi se acercó cojeando por el suelo irregular, ayudada de su bastón y el brazo de Cenedi. Se produjo otra discusión entre Ilisidi y el posible médico sobre si el tobillo de Banichi estaba roto; y Banichi, apoyado tristemente sobre los codos, entró en la discusión para decir que se le había adormecido cuando el camión voló por los aires y que él lo había rematado cuando saltó para escapar del fuego y se golpeó con una roca.

Que era más de lo que le hubiese dicho a Bren sobre la emboscada.

—¿Puedes caminar así? —preguntó Cenedi.

—En caso de emergencia sí —dijo Banichi, lo que no demostraba nada en absoluto lo mal que estaba. Estaba roto, pensó Bren. No podía apoyar el tobillo—. Preferiría no hacerlo, nadi. ¿Hasta dónde quiere ir?

—Hasta el exterior del aeropuerto de Maidingi, que parece ocupado. Hay dos, o a lo sumo tres caminos que podemos coger desde aquí. —Los truenos retumbaron, y Cenedi espero a que terminaran, mientras la lluvia seguía cayendo de manera uniforme—. Hemos confirmado que Wigairiin es seguro y tiene pista de aterrizaje; de ahí los movimientos simulados en dirección al lago y al sur que solicitamos. Pero ahora nuestro plan se ha ido al Infierno. Los rebeldes del pueblo de Maidingi ya no tienen duda de que nuestra respuesta a su asociación es negativa y de que vamos a ir hacia el oeste. No pueden ser tan estúpidos como para olvidar nuestra asociación con Wifariin.

—Al norte de aquí —dijo Banichi.

—Al norte y al oeste. En el límite de las montañas. Los rebeldes se han visto obligados a moverse para tomar la pista de aterrizaje de Maidingi; o eliminarla.

—Es una locura tratar de llegar a Wigairiin —dijo Ilisidi— hasta estar seguros de que tanto Malguri como Wigairiin no están con ellos. Y ellos no lo sabrán hasta que llegue el momento.

—No es un aeropuerto fácil de tomar desde el aire —dijo Cenedi—. Es complicado.

—A menos que hayan movilizado fuerzas terrestres, anticipándose a la negativa de Malguri —dijo Banichi.

—Es posible —dijo Cenedi—. Pero permíteme hablarte de las opciones. Está la frontera. La provincia de Fagioni, justo al pie de la cima de Wigairiin. Pero podría ser una frontera peligrosa. Sobre todo si Wigairiin cae, y tampoco podemos saber lo que pasará después de que Wigairiin caiga. También podemos optar por marchar a campo abierto, ignorando tanto la provincia de Wigairiin como la de Fagioni y adentrarnos en la reserva que hay allí. Son cuatrocientos ochenta kilómetros de monte, lleno de caza. Pero sin refugios.

—Mas ataques aéreos —dijo Ilisidi.

—También podemos resignarnos a luchar si tomamos esa ruta. —Banichi se incorporó un poco para sentarse, hizo una mueca de dolor y se apoyó sobre un codo—. La terminal de Fagioni. Si los nuestros tienen un ápice de sentido común, habrá fuerzas allí. La fuerza principal ya estará en movimiento. El aguacero no habrá parado los trenes. Saben que no cruzaremos el lago. Conocen la política de este lado. Usted es el único interrogante, nand' Viuda.

—Entonces Wigairiin —dijo Cenedi.

—Hacia el sur —dijo Banichi—. Maidingi.

—¿Con doce? Nos darán caza en una hora. La tormenta durará hasta el anochecer, si los informes sobre el tiempo se mantienen. Durante ese tiempo estaremos a cubierto. Podemos llegar a Wigairiin y conseguir salir de allí.

—¿En qué? —preguntó Banichi—. Discúlpeme. ¿Un aeroplano no es un objetivo que vuela bajo?

—Un reactor —dijo Cenedi.

Banichi frunció el entrecejo y aspiró lentamente, mientras parecía pensar en ello.

—¿Pero y qué? —preguntó Banichi—. ¿Cuánto habrá pasado desde que tomaron Maidingi? ¿Cuatro, cinco horas? Tabini tiene un avión comercial a su disposición. Puede que ya esté en Maidingi. Puede que un contingente haya ocupado el aeropuerto.

—Y puede que la rebelión haya acabado —dijo Ilisidi—, pero no podemos poner nuestras vidas en juego por ello, nadiin. La asociación solo se mantiene unida por un hilo de confianza pública en las prioridades de Tabini. ¿Responder a un levantamiento en su contra con fuerza bruta en lugar de negociación, mientras, aparentemente, hay un peligro suspendido sobre las cabezas de los atevi? No. Tabini ha hecho todo lo que tenía que hacer, al enviarme a Bren-paidhi. Si ese aeroplano sale de Wigairiin, si yo personalmente, con mi oposición conocida al tratado, le envío de vuelta al paidhi, los rebeldes perderán la iniciativa. Esto es una guerra política, nadiin.

—Van a bombardearnos, nand' Viuda. Los explosivos no han sido una idea repentina. Esto estaba preparado con antelación. La preparación para lanzarlos desde los aeroplanos se hizo previamente. Seguramente estaba usted informada del alcance de sus preparativos.

—Seguramente mi nieto te informe a ti —dijo Ilisidi—, nadi, del alcance de los suyos.

¿De qué estamos hablando ahora?, se preguntó Bren. ¿Qué se están preguntando?

¿De traición?

—Da la casualidad —dijo Banichi—, de que nos informó muy poco. Por si acaso nos preguntaba.

Dios mío.

—Vamos a Wigairiin —dijo Cenedi—. Me niego, con la vida de Sidi en juego, a apostar por Maidingi, o por lo que Tabini pueda o no pueda hacer.

—Tendré que dejarlo a su criterio —dijo Banichi con una mueca y un cambio de codo—. Usted conoce esta región. Conoce a su gente.

—En ese caso, fin de la discusión —dijo Ilisidi, y lo subrayó dando un golpe con su bastón en el suelo empapado—. Esta noche. Si la lluvia se mantiene; Cenedi dice que con turbulencias no es un buen aeropuerto. Nada fácil cuando te disparan desde el suelo. Si llegamos allí podemos ocupar la pista de aterrizaje con dos rifles, tomarnos el resto de la noche libre, y pedir por radio al vago de mi nieto que se una a nosotros.

—He entrado volando allí —dijo Cenedi—. Yo mismo. Es un campo estrecho, corto, de una sola pista. Los despegues y aterrizajes se hacen justo encima de un acantilado, por delante de una roca empinada donde pueden apostarse francotiradores. El edificio es una casa de campo del siglo diecisiete, con una carretera de grava que desciende hacia Fagioni. La anterior aiji era demasiado aristocrática como para volar a Maidingi para coger vuelos programados. Tuvo que construir la pista de aterrizaje, y derribó una muralla de defensa del siglo catorce para hacerlo.

—Se organizó un buen revuelo en la comisión de Preparación —dijo Ilisidi—. Su hijo conserva el reactor y lo utiliza. Tiene cabida para diez personas. Fácilmente podrá pilotar el nuestro. Solo tendrá que repostar.

—Si —dijo Cenedi—, si los rebeldes no tienen a nadie allí. O los han enviado a Fagioni, para que suban por tierra. Si tenemos que luchar para tomar el campo, nadiin, ¿estarás con nosotros? Ese el paso del que hablábamos antes.

—Sin duda —dijo taciturnamente Banichi—. Estoy con ustedes.

—Y yo —dijo Jago.

—El paidhi acatará las órdenes —dijo Cenedi.

—Yo... —Bren empezó a contestar, pero Jago le golpeó la rodilla con el dorso de la mano.

—El paidhi —dijo fríamente—, hará lo que se le diga. Exactamente lo que se le diga.

—Yo... —empezó a protestar, pero Jago dijo:

—Cierre el pico, nadi.

Se calló. Jago lo había avergonzado. La ira y la tensión entre Banichi y Cenedi eran palpables. Bajó los ojos hacia el suelo empapado y se quedó mirando las gotas de lluvia que se establecían sobre las hojas caídas del año pasado y las piedras esparcidas, mientras ellos discutían sobre la geografía de Wigairiin, la pista de aterrizaje y los vínculos de la aiji de Wigairiin con Ilisidi. Mientras tanto, el supuesto médico había traído sus tablillas, tres tablillas rectas, y venda elástica, y procedía a vendar el tobillo de Banichi.

—Con fuerza, nadi. —Banichi interrumpió la reunión estratégica para decir esto, y el médico le explicó en pocas palabras que debía ocuparse de lo que sabía.

Banichi frunció el ceño y a continuación se inclinó hacia atrás. Parecía que le dolía, y se mantuvo fuera de la discusión mientras Jago hacía preguntas directas sobre la configuración del terreno.

Había una muralla antigua al sur del camino a Wigairiin, con una histórica y funcional puerta de hierro; pero no esperaban que estuviera cerrada para ellos. Justo antes de llegar, enviarían a los mecheiti con un hombre a los alrededores de la muralla, al norte y el este, para que los llevara a casa, a Malguri.

¿Por qué no guardarlos en cuerdas en Wigairiin?, se preguntó Bren. ¿Por que no mantenerlos como un recurso para escapar si las cosas se ponen feas allí, y tienen que escapar?

Para ser una mujer que parecía saber mucho sobre asaltos de fortalezas, y sobre pistas de aterrizajes y estrategias, eliminar esos recursos de reserva parecía una idea estúpida. Que Cenedi le permitiera dar esa orden parecía más estúpido todavía, y Banichi y Jago sin hacer objeciones... No entendía nada. Estuvo a punto de mencionarlo, pero Jago le había dicho que se callara, y él no sabía qué es lo que estaba pasando en el grupo.

Mejor preguntar más tarde, pensó.

Probablemente la Viuda apreciaba a Babs más que a cualquiera de ellos. Eso era comprensible incluso para él. Era una mujer mayor. Pensó que si le sucedía algo a Babs, puede que Ilisidi perdiera algo totalmente irremplazable en su vida.

Era un pensamiento humano. Por lo que se refiere a los sentimientos de los atevi, él no sabía lo que Ilisidi sentía por un mecheita. Olvidar esto durante dos segundos era una trampa, un error de cálculo preocupante y humano, justo en medio de una crisis en la que su mente no era capaz de interpretar las señales que estaba percibiendo de Banichi y Jago. Dios, ¿qué está pasando?

Pero no podía atar cabos sin comprender cuál era la motivación de Ilisidi, qué era lo que más apreciaba, cómo era su lógica y qué es lo que no estaba dispuesta a hacer.

Tenía la mente puesta en toda esa maraña, tratando de localizar las inválidas cadenas de relaciones extensas y lógicas entre puntos que no estaban relacionados, tratando de recordar qué puntos específicos y mudables lo habían llevado a creer que lo que creía era cierto; y cuáles eran los indicios de motivación y comportamiento de la gente que le había estado mintiendo al explicarle elementos básicos de su mentalidad que él había dado por ciertos.

¿Debía usar el instinto? Esto era lo peor que el paidhi podía hacer en aquella situación. El instinto era humano. Los sentimientos eran humanos. Las expectativas razonables eran definitivamente humanas...

A continuación, Ilisidi le dijo que debían ponerse en camino. Había unos setenta y cinco kilómetros largos de camino, estimación atevi, y ella pensaba que podían llegar allí a medianoche.

—La velocidad es nuestra ventaja —dijo ella—. Los habitantes de la ciudad no se lo esperarán. No creen que los mecheiti puedan atravesar colinas como estas a esa velocidad. Muchos de ellos lo han olvidado. No han llegado a aprender mucho de esta tierra.

Se apoyó en su bastón y se puso en pie. Él quería creer en Ilisidi. Quería confiar en lo que ella decía. Emocionalmente, basándose en la psique humana, quería pensar que ella amaba la tierra y quería salvarla.

Intelectualmente, quería respuestas sobre lo de enviar a los mecheiti de vuelta a Malguri; donde, según parecía, había unos rebeldes que querían acabar con sus dueños.

No se levantó con el resto. Esperó hasta que el médico recogiera y se marchara.

—Banichi-ji —dijo de rodillas y tan bajito como pudo—. Va a devolver a los mecheiti al castillo. ¿Eso es razonable, nadi-ji?

Los ojos amarillentos de Banichi permanecieron frustrantemente inmóviles. Parpadeó una vez. Su boca ni se movió.

—Banichi. ¿Por qué?

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué hizo Tabini lo que hizo? ¿Por qué demonios no me preguntó dónde quería quedarme?

—Déjelo, nadi.

—¿Por qué te volviste loco cuando fui a ayudarte? Cenedi te había abandonado, sin ayuda, sin...

—He dicho que lo deje. Nos vamos.

—¿Estoy totalmente equivocado, Banichi? Contéstame. ¿Por qué va a enviar a los mecheiti de vuelta, antes de que sepamos si estamos a salvo?

—Levánteme —dijo Banichi, y estiró la mano hacia Jago. Bren le cogió del otro brazo, y Banichi, cojo, se puso en pie y probó su tobillo entablillado. No marchaba. Con un jadeo, utilizó la ayuda de los dos para subir a lomos de su mecheita y agarrarse los asideros de la montura.

—Banichi-ji. —Era el último momento de intimidad que tendrían Banichi, Jago y él durante horas, y estaba desesperado—. Banichi, esa gente nos está mintiendo. ¿Por qué?

Banichi lo miró, y durante un momento espantoso, tuvo la sensación de lo que debía ser enfrentarse a Banichi... profesionalmente.

Pero después Banichi se dio la vuelta, se agarró al más elevado de los asideros de la silla. Y con un salto que contradecía su tamaño y su peso, consiguió alzarse sin necesidad de que el mecheita agachara el lomo. Jago le dio el empujón extra que lo colocó en la silla y Banichi cogió las riendas, y dejó colgando la pierna entablillada.

Banichi no necesitaba su ayuda. Los atevi nos tenían amigos, se dejaban morir los unos a los otros. Se suponía que el paidhi razona sobre el hecho de la vida y la muerte y encontraba fundamentos que otros humanos podían utilizar como explicación de todo.

Pero en ese momento, con magulladuras en todos aquellos lugares en lo que los atevi le habían puesto la mano encima, el paidhi no entendía, no podía entender, se negaba a entender el porqué Banichi debía haber muerto anteriormente, sin una maldita razón, y por qué también Banichi le estaba mintiendo.

Los hombres estaban subiendo a su montura, preparados para partir. Si él no estaba sobre Nokhada, Nokhada lo dejaría allí, no tenía la menor duda sobre ello. Aunque todos debían comprender su torpeza, seguro que no les hacía especialmente felices. Apretó el paso, cruzó sin fuerzas la pendiente de la cuesta y agarró a Nokhada.

Entonces escuchó los pasos de alguien que conducía a un mecheita tras él, a través de las hojas empapadas. Miró a su alrededor.

Era Jago. Una Jago muy enfadada.

—Nadi —dijo—. Usted no es el único en el mundo que tiene ideas válidas. Tabini-ji le dijo dónde debía estar, y qué debía hacer. Haga esas cosas.

Él levantó el plástico del impermeable y la manga de su chaqueta, y le mostró las marcas de moratones que aún tenía en el pecho.

—Esto, por su hospitalidad la noche pasada, y esto, por las preguntas de la Viuda; las cuales he contestado, Jago-ji, he contestado tan bien que ellos me creen. Lo que está pasando no es culpa mía. No sé qué he hecho en los aposentos de la Viuda para que me mires de esa manera.

Jago le cruzó la cara de un manotazo tan fuerte que se inclinó hacia atrás contra las costillas de Nokhada.

—¡Haga lo que le han dicho! —dijo Jago—. ¿Voy a escuchar más preguntas, nadi?

—No —dijo él, saboreando la sangre. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Jago se alejó de él dejándole con la visión borrosa, se montó sobre su mecheita y le dio la espalda.

Golpeó a Nokhada más fuerte de lo que hubiera querido. La criatura dejó caer el lomo y permaneció así hasta que hubo colocado el pie en el estribo y se montó a horcajadas. Dio una patada a ciegas, con enfado, por detrás del estribo, y quitó de en medio el impermeable cuando sintió que Nokhada se ponía en movimiento. Una enredadera baja le rozó la cabeza y levantó el brazo para protegerse.

Jago no había golpeado con todas su fuerza; le había dejado la cara ardiendo, pero eso no era nada. Era la ira, la de ambos, la que encontró un espacio vital y doloroso y cavó hondo.

Bren no sabía lo que había dicho; o hecho. No sabía cómo se había hecho merecedor de su enfado o su rencor deliberado, salvo que a Jago no le gustaran las preguntas que le había hecho a Banichi. Pensó en algo, una voz más sabia que trataba de decirle algo. Puede que encontrara claves fundamentales si anulaba cualquier sentimiento personal, y recordaba exactamente lo que había preguntado, o lo que todos habían dicho. Eso formaba parte de su trabajo. Aunque los atevi no quisieran que lo hiciera. Aunque no iba a llegar adónde le prometieron que iba a ir.

Se evadió de la ladera por un momento. Estaba en el balcón de Ilisidi, con el viento batiendo fuerte, en la oscuridad, donde Ilisidi lo desafiaba con hechos y una verdad en cuya veracidad él ya no podía confiar, igual que no podía eliminar los retazos de la reciente discusión de su memoria.

Estaba en la montaña, solo, y solo veía nieve...

Sobre la ladera empapada de lluvia, junto a Jago, que abandonaba a Banichi y lo maldecía por ir tras su propio compañero... Y el humo, con las balas rebotando a diestro y siniestro.

El sótano se lo tragó, un momento de oscuridad, de terror impotente; no sabía por qué se superponían las imágenes unas sobre otras, en destellos, sustituyendo el matorral lluvioso y la imagen de Ilisidi y Cenedi por delante de él.

Le volvió la conmoción de la noche anterior —una reacción natural, pensó para sí mismo, como vuelven los detalles de un accidente—, reproduciendo una y otra vez lo que estaba sucediendo a su alrededor. No había ninguna seguridad a su alrededor. Puede que nunca volviera a haberla, pero las bombas habían dejado de caer, y él tenía que concentrarse y enfrentarse a lo que estaba haciendo saltar la alarma en el momento presente.

Banichi había desafiado a Ilisidi sobre la preparación de esas bombas, por alguna razón.

Banichi no era un imprudente. Había estado investigando algo, y lo había descubierto: Ilisidi le había espetado un «¿qué sabes?». Y Banichi había afirmado no saber nada de los planes de Tabini, lo que, implícitamente, equivalía a desafiar de nuevo a Ilisidi para que lo llevara a ese sótano y tratara de averiguar la verdad.

¿Cuál era la motivación de Banichi en el enfrentamiento? ¿Cuál era la motivación de Ilisidi en el asunto?

Y en cuanto a las intenciones de Tabini...

Dios, la mente se le dispersaba. Estaba perdiendo los hilos. Se multiplicaban en él, mientras sus pensamientos tomaban un camino y otro, sin cobrar ningún sentido hasta hacerle temer, terrible e irracionalmente, que no podía confiar en ninguno de los que estaban con él.

Jago no había apoyado a Banichi en ningún momento de la discusión. Le había atacado a él, le había dicho que se callara, lo había seguido por la colina para repetirle exactamente lo que ya le había dicho y después le había dado una bofetada en la cara. Fuerte.

Nadie había reprochado a Jago el hecho de que lo golpeará; ni Ilisidi, ni Banichi. Y seguramente lo habían visto. Y nadie la había detenido. Ni objetado. Nadie se había preocupado, porque el humano del grupo no había descifrado las señales y puede ser que todos los demás supieran por qué Jago había actuado así.

Los hilos continuaban corriendo, proliferando y enmarañándose. Por un momento, la oscuridad fue lo único que lo rodeaba, y perdió el equilibrio; se sujetó con una mano al lomo húmedo de Nokhada, con el corazón latiendo con fuerza.

Estaba de nuevo el sótano. Escuchó unas pisadas, pero eran una ilusión, sabía que lo eran. Se había golpeado la cabeza y le dolía como el demonio. Tenía punzadas de dolor en el cerebro. Las pisadas desaparecieron al empeñarse en ver el gris de tormenta de las colinas, en sentir las gotas frías que caían de las ramas sobre él y chorreaban por su cuello. El paso discordante de Nokhada ya apenas le hacía daño.

Pero Banichi estaba vivo. Él había tomado esa decisión que todo atevi tendría que haber comprendido. No podía haberse ido y abandonarlos a Jago y a él para partir con Ilisidi; no sabía qué parte de un cerebro humano había tomado esa decisión, como tampoco por qué los atevi, como los mecheiti, se lanzaban detrás del líder contra viento y marea. No había pensado bien en aquella transacción, joder, en que la vida del paidhi era la razón por la que los aijiin estaban disparándose unos a otros. Eso no tenía importancia para él en ese momento, mientras bajaba a todo correr por la pendiente, y seguía sin saber qué era lo que lo hacía tan interesante; no para Tabini, que podía conseguir un sustituto suyo en una hora, a quien le importaba bien poco que estuviera en manos de otros y quien no iba a pagar nada en absoluto por tenerlo de vuelta, a pesar de que, y esto era lo más gracioso, todo el mundo pensaba lo contrario. Él no sabía nada. Todo era demasiado técnico; por tanto ese chiste también era sobre ellos.

Todo lo que tenía de valor estaba en el ordenador; que tendría que haber tirado en el barranco más cercano, o contra una roca, solo que puede que así no eliminase lo que tenía almacenado; y si ellos lo recuperaban era posible que los expertos atevi pudieran conseguir que volviese a funcionar. Y no quería que sus expertos le pusieran la mano encima a aquella información.

Tendría que haberla borrado. Si hubiera podido encenderlo...

Dios, ¿qué debo hacer para salir de esta situación? ¿Avisarles de que es valioso? ¿Insistir en ello y luego estropearlo deshaciéndome de él?

¿Si se queda en las alforjas, Nokhada cargará con él de vuelta a Malguri?

En Malguri estaban los rebeldes.

Oscuridad. Pasos que iban y venían.

La bestia sobre la pared. Solitaria después de todos esos siglos.

No podía hablar con Banichi. Banichi no podía caminar, no podía luchar con ellos; no podía creer que Banichi se recostara de esa manera, y cediera la discusión y todas sus vidas a Cenedi.

Pero Cenedi era un profesional. Como Banichi. Puede ser que juntos comprendieran cosas que a él se le escapaban.

Jago atravesó la colina entera para reprenderlo y abofetearlo.

Frío y oscuridad. Pisadas en el pasillo. Voces que discuten mientras beben, pasos que se alejan.

Tenía una pistola apoyada contra su cráneo y pensó en la nieve, nieve a su alrededor. Y ni un alma viva. Como Banichi. Cierra el pico.

Déjalo.

No comprendía. Giri estaba muerto. Las bombas cayeron por toda la colina, y no sabía por qué, no tenía sentido que las bombas cayeran sobre un hombre y no sobre otro. A las bombas no les importaba. En las mentes de sus enemigos, matarlo tenía que ser tan bueno como capturarlo.

Lo cual no era lo que Cenedi había dicho.

Empezó a oír un eco marino en su cráneo, el dolor por el golpe de Cenedi y el de Jago, unidos en un todo que le permitía permanecer consciente del sitio en el que estaba.

En sus aposentos, antes de que llegara el mensaje de Cenedi, antes de que ella se fuera, Jago había dicho: «yo nunca lo traicionaré, nadi Bren».

Nunca lo traicionaré.

No estaba bien. Sentía un dolor que le brotaba de los ojos y otro que lo atravesaba desde el codo hasta la boca del estómago, mientras que otros dos o tres puntos luchaban por llamar su atención. Momentáneamente, la lluvia había traído truenos y luego un diluvio, pero después había quedado reducida a unas rachas arrastradas por el viento y una neblina fría tan densa que casi impedía respirar. El cielo estaba de un gris chispeante, y los mecheiti llevaban un paso constante y de larga zancada, uno detrás de otro. Babs los guiaba por el paso angosto ensombrecido por la lluvia, a lo largo de tramos de maleza a la orilla del arroyo, donde la vegetación frondosa se metía en su camino y el agua que caía de sus hojas les corría por el cuello.

Pero ya no había la misma disputa por el liderazgo entre los mecheiti. Ya no luchaban, fuera porque Ilisidi se lo había ordenado de alguna manera a través de Babs, o por cualquier otra cosa, pero el caso era que después de las bombas, y en la miseria de la lluvia fría, incluso los mecheiti compartían una urgencia común. El orden establecido de marcha tenía a Nokhada la cuarta de la fila, por detrás de otro de los guardias de Ilisidi.

Uno, dos, tres, cuatro, constante como una respiración, paso, paso, paso, paso.

Nunca lo traicionaré. Demonios.

—¿Más té? —le preguntó Cenedi.

Y lo envió al sótano.

Sus ojos se le llenaron de lágrimas por las punzadas de su cráneo, el viento que le golpeaba la cara, y el deseo de golpear la cabeza de Cenedi contra una roca que crecía. Pero esto no contestaría a sus preguntas, ni le llevaría de vuelta a Mosfeira.

Sino a algún maldito lugar donde Ilisidi tenía amigos.

Otra alarma, pensó. Amigos. Los atevi no tienen amigos. Los atevi tienen el man'chi. ¿No hay nadie que diga —tal vez el mismo Cenedi, pensó— que Ilisidi no tenía man'chi para con nadie?

No cruzaron ninguna carretera; no vieron una sola línea de teléfono, ni un campo labrado, ni oyeron el remoto sonido de un motor, solo el golpeteo constante del paso de los mecheiti, el crujido de los arcos, la respiración pesada. Todo eso hipnotizaba, kilómetro tras kilómetro de monotonía y lluvia. El día que comenzaba tenía una monotonía gris, traslúcida. La luz del sol se

colaba entre las nubes, independientemente del ángulo que formara el sol con las montañas.

Ilisidi frenó en un espacio llano y, con una mueca, ordenó a los cuatro jinetes más grandes que se cambiaran a los mecheiti sin jinete, mientras ella misma se recolocaba en el lomo de Babs.

Cenedi era uno de los cuatro; y Banichi, quién se quejó y decidió hacerlo pasando directamente de un mecheita al otro. Solo otro de los hombres lo hizo así, como si Banichi y los mecheiti no fueran unos desconocidos.

No se hizo daño. Bren, que temía que se lo hiciera, observó con los labios entre los dientes hasta que Banichi se enderezó.

Después se fijó en los ojos de Jago y vio una marcada frialdad, una total falta de expresión; dirigidas a él.

Así que las hormonas humanas y las atevi estaban poniéndose en marcha, pensó. El nudo que tenía en la garganta y el golpe de emoción que había sufrido como reacción ante el frío desdén de Jago componían la prescripción más segura para un desastre que se le ocurría.

Cierra el pico, se dijo. Haz tu trabajo. Piensa detenidamente en ello.

Jago no se aproximaba. Toda la columna se organizó en el orden anterior, y los primeros pasos de Nokhada la quitaron de su vista.

Al mirar hacia atrás, vio que Banichi iba montando como antes, con las manos agarradas a los costados del mecheita, y la cabeza inclinada; estaba sufriendo intensamente, y no sabía si el miembro de su compañía que parecía ser médico y tenía un botiquín de urgencia tendría también un analgésico, ni si Banichi había tomado uno o no, pero un tobillo roto, entablillado o no, tenía que hincharse llevándolo colgando como lo llevaba él, fuera del estribo.

La condición de Banichi lo persuadió de que sus propios dolores podían ignorarse. Ahora lo que más temía era tropezar con algo en el camino y no saber lo que pasaría, con Banichi cojo e Ilisidi dispuesta a abandonarlo, si se encontraban con problemas al final del viaje, es decir, si Wigairiin no estaba en manos aliadas.

O si Ilisidi no le había contado la verdad acerca de sus intenciones; porque sabía que ella había desairado a los rebeldes de Maidingi, pero igualmente, según parecía, había conspirado con ellos, mientras que él podía no ser más que un antiguo socio cuyo único valor era el de servir de moneda de cambio en un eventual encuentro con los rebeldes.

Esto es, que las relaciones y alianzas eran vínculos frágiles que podían modificarse bajo estrés.

En el sótano le habían recordado sus respuestas a sus preguntas; le habían dicho que todo era una farsa, una pantomima carente de validez.

Pero esa cinta todavía existía, si Ilisidi no la había destruido. Ella no la habría dejado en Malguri, para la gente que supuestamente eran sus aliados y a los que había dejado plantados.

Tiró de las riendas, y la columna se detuvo. Fingió tener dificultades con el estribo, y se quedó inclinado sobre él mientras los jinetes le iban adelantando a su paso rápido y constante.

Soltó las riendas cuando Banichi pasó por delante de él, y los guardias postreros se hubieron apartado.

—Banichi, hay una grabación —dijo—. Mía. Un interrogatorio sobre la pistola.

En ese momento dio a Nokhada un golpe de talón y pasó rápidamente por delante de los guardias.

Nokhada dio un topetazo en la grupa al cuarto mecheita, sin gentileza, con cara de pocos amigos, y el otro hombre tuvo que sujetarlo con fuerza para evitar una pelea.

—Perdóname, nadi —dijo Bren con voz entrecortada y el corazón latiendo con fuerza—. Tenía el estribo torcido.

A pesar de todo, estuvo a punto de haber una pelea. Solo el espíritu decaído de Nokhada lo impidió, pero no abandonó su lugar en la fila.

Nada de esto contribuyó a mejorar su dolor de cabeza, o el del brazo, en parte debido ahora, pensó, a la guerra de Nokhada por la posición.

La luz del día gris cedió sutilmente paso a la noche, un oscurecimiento regular en medio de una lluvia ventosa, una media luz fantasmal que se convirtió gradualmente en la más negra noche sin estrellas. Había pensado que tendrían que reducir la marcha al caer la noche; pero los ojos de los atevi podían hacer frente a la oscuridad, y puede que los de los mecheiti también: Babs mantuvo su paso constante y veloz. Solo tenía que esforzarse cuando tenían que trepar, pero en los tramos más llanos no corría ni se demoraba; y Nokhada hacía salidas ocasionales hacia adelante, se quejaba con sacudidas de cabeza y arranques cuando el mecheita que iba el tercero le cortaba el paso; era una batalla constante mantener el control de la criatura, y los oídos alerta a los susurros de las hojas que se le venían encima, que le avisaban de cuándo tenía que esquivar alguna rama que los primeros jinetes habían esquivado pasando por debajo en la oscuridad.

Puede que la lluvia hubiera cesado un rato antes de que él lo advirtiera, pues había mucha agua que goteaba desde las hojas que se encontraban por encima de ellos.

Pero cuando salieron a un claro, las nubes habían desaparecido del cielo, y disfrutaron de un panorama de estrellas y colinas tenebrosas que debían de haber aliviado su sensación de oscuridad claustrofóbica; por desgracia, en lo único en que podía pensar Bren era en la presencia de la nave que amenazaba a su mundo y en el hecho que, si no alcanzaban dicha pista de aterrizaje antes del amanecer, se encontrarían inermes ante un ataque desde el aeropuerto de Maidingi.

Ilisidi había dicho que a medianoche habrían llegado a Wigairiin, y esa hora hacía tiempo que había pasado, sí todavía sabía leer las estrellas polares.

Tan solo dejadme morir, empezó a pensar, exhausto y dolorido, cuando empiecen a subir de nuevo una y otra vez la colina. Ilisidi se detuvo, y Bren supuso que iban a cambiar de nuevo de montura, lo que significaba que tendrían que continuar tanta distancia como la que ya habían recorrido.

Pero entonces vio el límite de la vegetación, recortado contra el cielo de la noche en lo lato de la colina, e Ilisidi dijo que todos debían desmontar, que habían llegado lo más lejos que los llevarían los mecheiti.

Entonces lamentó que no tuvieran un poco más de camino montados, porque de repente había comprendido que las cartas ya estaban echadas, que estaban internándose en un curso al que ni Banichi ni Jago iban a oponerse, no después de que Banichi se hubiera puesto en contra al principio. Dios, estaba muy asustado por lo que venía a continuación.

Banichi no podía ofrecerle ninguna ayuda, y tampoco Jago, demasiado lejos para poder hablar. Tenía que tomar una decisión sobre el ordenador: era su última posibilidad de enviarlo con Nokhada y esperar que los comerciantes, leales a Ilisidi, lo mantuvieran lejos de las manos de los rebeldes.

Pero si los rebeldes habían tomado Malguri, estarían muy interesados cuando llegaran los mecheiti; comprenderían que algo había ido mal y que si sus presas conseguían un vuelo rápido, podían salir de allí, por lo que el ordenador tendría su atención garantizada. Y en ese caso las cosas podrían ir mal, muy mal.

Baji-naji. Dejarlo en mano de otros era pedirle demasiado a la fortuna y confiar demasiado en la suerte. Dio un tirón a las cuerdas que sujetaban las alforjas detrás de la silla, y las agarró como si fuera la cosa más normal del

mundo, a pesar de que las manos le temblaban y tuvo que asirse con fuerza a la silla para estabilizar sus temblorosas rodillas.

Se le entrecortaba la respiración. Se inclinó sobre el lomo cálido y duro de Nokhada y perdió el conocimiento por un momento; sintió el frío del sótano sobre él, las ataduras que lo maniataban. Oyó unas pisadas...

Trató de echarse las alforjas sobre el hombro.

Una mano se encontró con la suya y se las quitó.

—A mí no me pesa —dijo el hombre, y Bren se quedó allí como un estúpido, bloqueado entre creer en la compasión de un atevi, cosa que no existía, y temer que Cenedi podía estar perfectamente detrás de eso; no sabía, no podía pensar, no quería insistir en ese punto, cuando todavía era posible, aunque fuera remotamente, que no se hubieran dado cuenta de que llevaba allí la máquina. Djinana había traído sus cosas y los palafrenero las habían cargado.

El hombre se alejó caminando. Nokhada lo dejó a un lado y se alejó sin rumbo por la colina, con el movimiento general de los mecheiti: un hombre de la guardia de Ilisidi llegó hasta Babs y empezó a alejarse mientras toda la compañía empezaba a marchar, ahora a pie, presumiblemente hacia la muralla que Ilisidi había anunciado antes, donde, Dios mediante, la puerta estaría abierta, tal como había dicho Ilisidi, nada se complicaría y podían subir todos a bordo del aeroplano que los llevaría directos a Shejidan.

El hombre que le había cogido la alforja le había dejado muy atrás mientras subía resueltamente la cuesta en la oscuridad, en dirección al mismo sitio al que se dirigían Cenedi e Ilisidi. Esto parecía confirmar sus peores sospechas, así que necesitaba mantener a ese hombre a la vista; necesitaba advertir a Banichi de lo que estaba pasando, pero Banichi iba apoyado en Jago y otro hombre, un poco más abajo que él.

No sabía qué iba a pasar a continuación: no podía tener unas palabras en privado con Banichi, ni podía seguir el ritmo de ninguno de los dos. Se conformaba con ir renqueando, a medio camino entre los dos grupos, maldiciéndose por no haber sido más rápido a la hora de dar con una respuesta que pudiera haber impedido que el hombre le cogiera las alforjas y por no poder pensar en ningún modo de avisar a Banichi de lo que había en ellas sin informar al mismo tiempo al guardia que iba con él; decirle cualquier cosa a Banichi en aquel momento habría sido como gritarlo a los cuatro vientos.

¿Y si decía que necesitaba algo de sus enseres personales?

Eso podía funcionar. Se encaminó hacia adelante, sin aliento, por momentos la colina se le volvía borrosa.

—Nadi —empezó a decir.

Pero cuando llegó junto al hombre, vio que la prometida muralla estaba frente a ellos, en la misma cima de la montaña. La antigua puerta estaba abierta sobre una carretera iluminada por las estrellas y llena de hierbajos.

Ya estaban en Wigairiin.

La muralla era una mancha oscura, cuya puerta parecía que no pudiera volver a girar sobre sus bisagras.

Ilisidi y Cenedi iban entre las sombras hacia una zona de hierbajos y adoquines antiguos, edificios viejos, y una carretera parecida a la carretera ceremonial del Bu-javid, y puede que del mismo origen anterior a los ragi; el escenario inspiraba las divagaciones más irracionales y fantásticas, pensó Bren, mientras seguía desesperadamente al guardia de Ilisidi que tenía su equipaje y su ordenador.

Banichi y Jago estaban en algún lugar detrás de él. Los que iban delante iban con toda la prisa que Ilisidi podía permitirse con su bastón y la ayuda de Cenedi, que podía ser bastante cuando Ilisidi decidía moverse, como ahora.

—Ya puedo llevarlo yo, nadi —dijo Bren, e hizo tales esfuerzos por liberar la correa de su equipaje del hombro del guardia que este se la alejó—. No es una gran dificultad. Necesito algo del equipo.

—Este no es momento de ponerse a buscar nada, nand' paidhi —dijo el hombre—. Tan solo manténganse en pie junto a nosotros. Por favor.

Era ridículo, joder. Trastabilló y perdió completamente el equilibrio, lo que hizo crecer su enfado y su desesperación, y le impidió pensar en algo razonable. Se mantuvo pegado al hombre, sin insistir más en las alforjas, hasta que pararon. Trató de decir que tenía que tomar una medicación tan pronto como se montaran en el avión, para luego guardar el ordenador debajo de su asiento, donde nadie pudiera verlo. Era el único plan que le venía a la mente, mientras avanzaba penosamente, con dolores en cada uno de los huesos y una jaqueca que no mejoraba con el esfuerzo.

Encontraron unas escaleras al aire abierto cubiertas de hierbajos, donde el paseo se adentraba entre unos edificios claramente abandonados. Tuvieron que aminorar un poco el paso; Ilisidi no se llevaba bien con los peldaños; y uno de los guardias más jóvenes la cogió tras unos cuantos peldaños y la llevó en sus brazos.

Banichi no tuvo tanta suerte. Bren miró hacia atrás, se retrasó, y uno de los guardias que se encontraba cerca de él lo cogió por el brazo y lo arrastró, diciendo:

—Quédese con nosotros, nand' paidhi. ¿Necesita ayuda?

—No —dijo, y empezó a decir «pero Banichi sí».

Entonces hubo una detonación. Un disparo alcanzó al hombre que estaba hablando con él, y lo hizo tambalearse contra una pared. Empezaron a sucederse disparos, estrépitos y balas que rebotaban contra los muros situados junto al paseo, mientras el hombre, que protegía su costado tiraba de él para ponerlo a cubierto en una puerta de entrada e inclinaba la cabeza hacia abajo.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Bren, pero el guardia que estaba junto a él se desplomó y el fuego se mantuvo. En la oscuridad, a tientas, trató de encontrar dónde estaba herido el hombre; sintió un espacio ensangrentado, le tomó el pulso y no pudo encontrarlo. Tenía una flaccidez que nunca había percibido en un cuerpo; muerto, se dijo temblando, mientras las balas rebotaban contra las paredes y él era incapaz de decir de dónde procedían y a qué bando pertenecían.

Banichi y Jago habían estado subiendo los peldaños. El hombre que yacía inerte junto a su rodilla lo había empujado hacia un rincón resguardado que parecía dar de nuevo al exterior, y Bren pensó que pudiera ser una manera de rodear y bajar la cuesta sin necesidad de salir de nuevo al paseo.

Dejó que el hombre resbalara mientras él se ponía en pie y, tras un intento tonto de protegerle la cabeza, se agazapó con gran agitación y anduvo a tientas a lo largo de la pared, asustado, sin saber adónde habían ido Ilisidi y Cenedi ni si aquellos eran los hombres de Tabini, los rebeldes o qué.

Continuó hasta el final de la pared, dio la vuelta a la esquina y bajó unos quince metros aproximadamente antes de toparse con otra pared y un montón de hojas secas. Retrocedió y volvió a encontrarse con otra cuando probó hacia otra dirección.

Entonces cesaron los disparos. Todo se detuvo. Cayó con los hombros contra la pared del callejón y se quedó escuchando, tratando de tranquilizar su propia respiración irregular y dejar de temblar.

Todo se calmó de tal manera que se podía oír cómo movía el viento las hojas por encima de las ruinas.

¿Qué es este sitio?, se preguntó, pero al volver la mirada al otro lado del callejón, no vio nada salvo un trozo reluciente de cielo nocturno, la luz de las estrellas sobre los viejos ladrillos y hierbajos, y una parte del paseo. Escuchó una y otra vez, y se preguntó a qué tipo de lugar los habían conducido, y por qué Banichi y Jago no se daban cuenta de que el sitio era una ruina antigua. Era como si hubiera caído en un agujero temporal; uno personal, en el que no podía oír lo que pensaba que debía de oír, sino solo sus propios jadeos ocasionales al respirar y alguna que otra hoja que caía rozando los adoquines.

Ningún sonido de aeroplano.

Ningún ruido de pasos.

No podían haber muerto todos. Tenían que estar escondidos, como él. Si continuaba moviéndose en medio de aquella calma, alguien podría oírlo. No sabía quién les había tendido la emboscada, pero parecía evidente que a los que habían abierto el fuego no les importaba si mataban al paidhi, y eso cuadraba con la gente del aeropuerto de Maidingi que eran quienes los habían bombardeado.

Por lo que Ilisidi y Cenedi estaban equivocados, y Banichi tenía razón, y sus enemigos habían ido a aquel aeropuerto, si es que realmente lo había en aquel lugar.

En ese momento nadie se movía nada. Cosa que podía significar un cúmulo de casualidades, o que todo el mundo permanecía sentado, inmóvil, esperando a que los del otro lado hicieran el primer movimiento, de forma que pudieran oír dónde se encontraban.

Los atevi veían en la oscuridad mejor que los humanos. Para los ojos de los atevi había mucha luz en el callejón, si alguien miraba hacia allí abajo.

Se giró sobre una mano y una rodilla, se levantó y se dirigió, lo más silenciosamente posible, hacia el callejón sin salida, donde se sentó de nuevo y trató de pensar; si pudiera localizar a Banichi, o a Cenedi, o a cualquiera de los guardias... Se supone que los enemigos de Ilisidi no lo eran menos de él. Existía la posibilidad de que alguien, a diferencia de él, supiera hacia dónde se dirigían, tuviera un arma para él o poseyera la destreza necesaria para escapar.

¿Y si trataba de bajar la cuesta, para volver al bosque...? Pero era imposible que no hubiera nadie vigilando la puerta.

Si tuviera la posibilidad de escapar hacia el campo... Estaba el pueblo que habían mencionado, Fagioni; pero era imposible que pudiera hacerse pasar por un atevi, y Cenedi o Ilisidi, uno de los dos, había dicho que Fagioni no sería seguro si los rebeldes tomaban Wigairiin.

Podía tratar de comer lo que encontrara por ahí y alejarse hasta encontrar una frontera menos peligrosa; pero ya habían pasado unos cuantos años desde que estudió botánica, y no creía que tardara mucho en confundirse y envenenarse.

Pero en fin, si no había otra opción mejor, era una opción; un hombre podía vivir sin comida, mientras tuviera agua para beber, una opción que estaba dispuesto a tomar, pero... La visión nocturna de los atevi era mucho mejor, y su oído era bastante agudo; un movimiento en ese momento parecía extremadamente arriesgado.

Además, Banichi tenía que haberlo visto por delante de él en los peldaños, y si Banichi y Jago seguían vivos, existía la esperanza remota de que lo localizaran. Suponía que era una prioridad para todo el mundo: los que quería que lo encontraran y los otros.

Su propia prioridad, por desgracia, se había ido al traste. Había perdido el ordenador. No tenía ni la menor idea de dónde había ido el hombre que cargaba con su equipaje, ni tampoco si estaba vivo o muerto; no podía ir a buscarlo. Qué desastre, se dijo, y se acurrucó bajo el impermeable que retenía el calor, cosa que no servía de mucho en los lugares donde el cuerpo estaba en contacto con los ladrillos y los adoquines helados y empapados.

Qué desastre, y el paidhi no había sido, en ningún momento, más que una carga para Ilisidi y para Tabini.

El paidhi estaba sentado congelándose el trasero en un callejón sin salida, donde no tenía manera de maniobrar si oía que alguien se acercaba, ningún lugar para esconderse, y donde seguramente lo encontrarán tras un registro sistemático, si no hacía algo como volver a bajar la colina donde había visto por última vez a Banichi y a Jago, y donde la puerta seguramente estaría custodiada por uno u otro bando.

Cuerpo a cuerpo no era rival para un atevi. Puede que pudiera encontrar un ladrillo suelto.

Si...

Oyó que algo se movía. Se sentó y contuvo la respiración, hasta pasados varios segundos desde que parara el sonido.

Se puso la chaqueta por encima para evitar que el plástico hiciera ruido. A continuación, apoyó una mano contra la pared para no andar arrastrando los pies entumecidos por el frío, se armó de valor y se dirigió, tan rápida y sigilosamente como sus piernas rígidas se lo permitieron, en la dirección que el callejón le permitía.

Llegó hasta el cuerpo del guardia, que yacía a la entrada del callejón, lo tocó para asegurarse de que no estaba abandonando a un hombre herido, y vio que el hombre ya estaba frío.

Esa era la compañía que tenía, allí en la entrada, donde la vieja mampostería dejaba un rincón en el que un humano podía meterse y esconderse, y una grieta por la que podía ver el camino de aspecto salvaje que discurría por fuera.

De alguna parte le llegó un leve sonido de movimiento, de arriba o abajo de la cuesta, no estaba seguro. Tenía la respiración entrecortada y trató de mantenerse completamente quieto.

Entonces vio a un hombre, a través de la grieta, un hombre con una pistola, que registraba los laterales a lo largo del paseo; un hombre sin impermeable, y con una chaqueta diferente a la de alguien de la compañía de Cenedi.

Seguramente sería un enemigo. Miró hacia el callejón. Se acercó a él.

Bren respiró profundamente, apoyó su cabeza contra la mampostería, giró la cabeza hacia la sombra y metió las manos pálidas por debajo de los brazos. Oyó que los pasos se acercaban más, y el hombre se paró, casi al alcance de su brazo. Supuso que el buscador estaba examinando el cuerpo del guardia.

Dios, el guardia estaba armado. Ni siquiera había pensado en eso. Escuchó un movimiento leve, un clic, procedente del lugar donde el buscador estaba examinando el cuerpo. No se arriesgó a mover la cabeza. Permaneció completamente inmóvil, hasta que por fin el buscador bajó todo el callejón. Una linterna iluminó las paredes hasta el final sin salida, donde se había escondido recientemente. Trató de no temblar en su angosto escondite mientras el hombre volvía caminando, esta vez haciendo uso de la linterna.

El haz de luz se detuvo cerca de él. El buscador volvió a apagar la linterna, quizás por miedo a los francotiradores, pasó por encima del cuerpo del guardia y continuó colina abajo.

Ya pasó, pensó. Respiraba entrecortado. Cuando ya estuvo seguro de que la búsqueda había pasado, descendió y registró al guardia muerto en busca de armas.

La funda de la pistola estaba vacía. No había ninguna pistola, ni en la mano ni debajo del cuerpo.

Maldita sea, pensó. No había pensado en coger un arma, no era su recurso habitual, y había cometido una tontería y quizás un error fatídico; estaba enfrentándose a profesionales y era probable que continuara cometiendo errores, como estar junto a ese muerto en un callejón sin salida y no pensar en la pistola antes de que el buscador la cogiera; ellos estaban haciéndolo todo bien y él todo mal, salvo el hecho de que no le habían cogido.

No sabía adónde ir, no tenía una idea clara del lugar, solo del sitio donde había estado antes, pero decidió que haría bien en salir del callejón; y continuar la búsqueda le parecía mejor que permanecer ahí parado.

Se levantó, se puso la chaqueta por encima y se dispuso a salir.

Pero en ese mismo instante escuchó unas voces calle abajo y volvió a esconderse en su rincón, con el corazón latiendo con fuerza.

No sabía adónde había ido el buscador solitario. La incertidumbre sobre lo que estaba pasando en aquel momento iba en aumento; el buscador podía

haber vuelto, o haber cambiado de objetivo. Ignoraba lo que un profesional como Banichi podía saber o esperar: no tenía habilidad para el sigilo, y la única ventaja que podía utilizar era la de la paciencia; podía permanecer más tiempo que ellos en un escondite. No tenían mirillas de visión nocturna ni ninguna otra tecnología parecida, pues de haberla tenido, de esto estaba seguro, la habrían aplicado inmediatamente a su armamento. No utilizaban animales de rastreo salvo los mecheiti, y esperaba que no hubiera ningún mecheita al otro lado. Había visto cómo hacían pedazos a un hombre.

Permaneció en la sombra mientras otros buscadores pasaban cuesta abajo, y registraban al muerto casi a sus pies, y luego mandaban a uno recorrer el callejón hasta el final. Hablaron entre ellos en voz baja, tan débilmente que apenas pudo oír algunas cosas, pero dijeron algo sobre un conde y sus enemigos, y convinieron en que aquel era el tercer muerto.

Después se fueron cuesta abajo, hacia la puerta.

Un buen rato después escuchó un alboroto procedente de ese cuartel. Alguien que daba instrucciones, a juzgar por el tono que empleaba. Las voces cesaron; los movimientos continuaron durante algún tiempo y, finalmente, vio a otros hombres que bajaban hacia la puerta.

Así que esa vía de escape estaba cerrada. No había forma de salir por la puerta. Si alguno de su grupo seguía vivo, no iban a tardar en bajar por allí, pensó. Sus enemigos estaban concentrando fuerzas detrás de él, y visualizó lo que él, que no tenía experiencia militar, haría en su caso; mantener la puerta cerrada hasta por la mañana y registrar la zona interior a la luz del día.

Respiró, miró a través de la pantalla de hierbajos que crecían por las grietas de la pared, y volvió a salir al paseo, envuelto en su impermeable. Sin perder un momento, se dirigió hacia el refugio más cercano, un rincón más adelante.

Encontró otro callejón. Lo tomó, y trató de encontrar en él algún agujero pequeño y oscuro en el que un buscador no pensara automáticamente en mirar ni siquiera a la luz del día. Él podía meterse en lugares en los que un atevi adulto no cabía. Y podía esconderse en lugares en los que los buscadores no podrían seguirlo y puede que no se percataran de que podía haber un humano.

Dobló dos recodos por el callejón, temiendo que careciera de salida como el anterior, y entonces vio un espacio abierto adelante; un terreno llano, luces azules, una cuesta, y una casa enorme que se extendía a todo lo largo de esta, con su propia muralla, y una exposición de luces blancas.

Wigairiin, dijo para sí, y vio el reactor al final de la pista de aterrizaje, en la penumbra, con las ventanas a oscuras y los motores en silencio.

Así que Ilisidi no había mentido. Ni tampoco Cenedi. Era un avión y había estado esperándolos. Pero algo había salido horriblemente mal, el enemigo se había trasladado allí, había tomado Wigairiin como Banichi les había avisado que podía ocurrir. Banichi estaba en lo cierto y nadie lo había escuchado, y ahí estaba él, metido en todo ese lío.

Banichi había dicho que Tabini actuaría contra los rebeldes; pero estaba la nave aquella, en el cielo, y Tabini no podía hablar con Mosfeira a menos que enviaran a Hanks, y Hanks, maldita mujer, no iba a mostrarse nada servicial con un aiji que estaba luchando por cimentar su posición en medio de un pueblo dividido en débiles asociaciones y de aijiin que trataban de posicionarse para sacarle el máximo partido a la caída del aiji de Shejidan. Hanks le había dicho abiertamente que las asociaciones del pueblo no eran importantes, él lo había discutido, y Hanks se había negado a comprender por qué sostenía tan rotundamente la posición de que sí que lo eran.

Todo cuanto lo rodeaba era prueba de que sí que lo eran.

Y Cenedi e Ilisidi no le habían mentido. El avión existía; nadie había mentido, al fin y al cabo, no era culpa de ellos que los rebeldes se hubieran anticipado a su plan. Pensó que, al menos hasta el momento, los atevi con los que había estado no lo habían traicionado. Posiblemente Ilisidi tuvo la intención de ir a Shejidan desde el principio; hasta que algo salió terriblemente mal. Se apoyó contra la pared con un nudo en la garganta, mareado, y trató de razonar: esto no quería decir que no tuvieran la intención de ir a otro sitio, pero estaba convencido de que se habían visto arrastrados hacia una trampa, trampa que, al menos sabía ahora, no había sido obra de la gente a la que sentía amiga...

Sentir, amistad: dos palabras que el paidhi no debía utilizar, pero, evidentemente, el paidhi había superado la frontera entre lo personal y lo profesional. Se secó los ojos con una mano temblorosa, y se aventuró, tan prudentemente como pudo, a lo largo de la fachada de los edificios abandonados, entre los hierbajos y la maquinaria vieja, en busca aún de un lugar para esconderse, sin saber cuánto tiempo tendría que aguantar ni cuánto podría resistir, con la débil esperanza de que Tabini tomara Maidingi y trasladara fuerzas hacia Wigairiin por la misma ruta que ellos habían tomado.

Pasados unos días, unas semanas, puede que estuviera libre. Era la estación de lluvias. No moriría de sed, se escondería en las ruinas. Un hombre podía aguantar sin alimentarse una semana más o menos, si no se movía mucho. Solo necesitaba un escondite... Un escondite, pero uno bueno, desde donde pudiera tener buena vista de lo que iba y venía.

Vio unos depósitos viejos más adelante, enfrente del campo, de petróleo, combustible o algo así, no estaba seguro, pero el suelo estaba lleno de maleza y no parecía que los estuvieran utilizando. Puede que le ofrecieran un lugar para esconderse en las sombras que tenían en contacto con la pared; puede que sus enemigos lo esperaran más cerca de la puerta, en la zona en la que probablemente trabajaban...

Una vez más, el recuerdo irracional del sótano. Dejó de ver dónde estaba, y en su lugar volvió a ese sótano polvoriento. Alargó la mano y la apoyó en la pared para calmarse; al menos tuvo la presencia de ánimo suficiente para saber que debía vigilar sus pies, pues había escombros a su alrededor. Piezas de maquinaria antigua, maderos cortados, piedra de construcción, en una zona que claramente estaba en desuso.

Habían echado abajo una muralla antigua para construir una pista de aterrizaje, según les había contado Ilisidi. No les importaba mucho el pasado.

A Ilisidi si le importaba. No había estado conforme con el aiji de Wigairiin sobre ese punto.

Habían hablado sobre los dragonet, y sobre la conservación de los tesoros nacionales. Y estos tesoros habían sido derribados con explosivos, y los atevi se habían matado unos a otros; por miedo a los humanos, en el nombre de Tabini-aiji, que ocupaba el puesto que Ilisidi había trabajado toda su vida por conseguir.

Los dragonet planeaban por debajo de los acantilados.

Las antigüedades de los atevi, arrasadas para construir una pista, para que un aiji local no tuviera que tomar un tren a Maidingi.

Llegó hasta los depósitos y sintió que el metal oxidado se desmenuzaba en sus manos; a ciegas en la oscuridad, se deslizó y se retorció para meterse en el rincón que formaban los escombros con el muro. A continuación se echó al suelo, sobre los hierbajos húmedos que quedaban por debajo.

Por un momento no estuvo muy seguro de dónde estaba. No estaba muy dolorido. No podía ver claramente por el agujero que había encontrado, pues tenía hierbajos en la cara. Su corazón latía con tanta fuerza que le chocaba con los huesos del pecho. Nunca había sentido algo así. No sentía dolor exactamente, no sentía casi nada. Frío por un lado, por el otro no, gracias al impermeable.

Había encontrado refugio. No tenía que moverse de allí. Podía cerrar los ojos.

Tampoco tenía que pensar, solo descansar, dejar que los dolores de cabeza se adormecieran.

Ojalá hubiera actuado mejor de lo que lo había hecho.

No sabía cómo podía haberlo hecho. Estaba vivo y no lo habían encontrado. Más de lo que algunos profesionales habrían conseguido. Tenía más suerte que el pobre Giri, que había sido un hombre decente.

Y más que el hombre que lo había arrastrado a cubierto antes de morir; había actuado sin pensarlo, suponía; se había limitado a actuar, a moverse. Suponía que la diferencia principal era aquello que un hombre está dispuesto a hacer. Llámese amor, llámese... sea lo que fuera lo que estuvieran haciendo los mecheiti, cuando las bombas cayeron a su alrededor continuaron siguiendo al mecheit'ajji.

El man'chi. No quería decir deber. Esa era la traducción que venía en los libros. Pero, lo que había llevado al hombre a agarrarlo con su último pensamiento; eso era man'chi también. La compulsión. El motor que mantiene a la compañía unida.

Dijeron que Ilisidi no tenía ninguno. Que los aijiin no lo tenían. Soledad cósmica. Libertad absoluta. Babs. Ilisidi. Tabini.

Te envió a un hombre, 'Sidi-ji...

No era algo impropio de Tabini, y Bren no era un recurso que no estuviera dispuesto a utilizar. Pero, como era humano, todavía le gustaba ese bastardo.

Todavía le gustaba Banichi.

Si alguien estaba vivo, ese era Banichi. Y Banichi habría hecho lo mismo que ese guardia con su último aliento. Pero la muerte no habría sido la primera elección de Banichi: los bastardos pagarían por la vida de Banichi y la de Jago.

Seguro que seguían vivos y libres. Eran hombres de Tabini y Tabini no se encontraba allí para preocuparse por ellos.

Solo él.

Lo habrían encontrado si hubieran podido.

Las lágrimas se le acumularon en el rabillo de los ojos. Una cayó rodando y formó una gota a un lado de la nariz. Otra rodó por sus mejillas y cayó sobre la maleza. Los atevi no lloraban. Otra indignidad cósmica que la naturaleza les ahorraba.

Pero, por encima de todo, gente decente, como la pareja de ancianos con sus nietos, impulsos que no eran exactamente amor, sino algo que ellos sentían, algo profundo que los humanos no podían sentir. Puede que se hubiera acercado más que ninguno de sus predecesores.

No esperes que los atevi sientan amor. El paidhi se entrenaba para llenar el vacío. Renuncia a las palabras. Trata de sentir el man'chi.

Tenía que tratar de sentir por qué se había enfurecido Cenedi con él por ir a buscar a Banichi por esa carretera bombardeada, de sentir lo que Cenedi había pensado, con tanta claridad como si lo gritara: a man'chi idéntico, opciones preestablecidas. La vieja pregunta, la casa ardiendo, qué salvaría un hombre...

La gente de Tabini, con su propio man'chi, juntos, en compañía de Ilisidi.

¿Jago, violar el man'chi?

La compañera de Banichi, imposible.

No lo traicionaré, Bren-ji...

Cierre el pico, nadi Bren.

Cree en Jago, aun cuando no la comprendas. Siente la cálida sensación, llámala siempre que quieras; ella estará de tu lado, así como Banichi.

La cálida sensación. Eso es todo.

Los primeros rayos de luz rebotaban sobre los adoquines, y alguien corría. Alguien gritaba. Bren trató de moverse; tenía el cuello agarrotado. No podía sacar el brazo izquierdo de debajo, y el derecho, así como sus piernas y su espalda, también tenían lo suyo. Había dormido sin pensar en la postura, y ahora no podía moverse.

—¡Sujetadlo! —exclamó alguien desde el exterior.

Alargó la mano y, con cuidado, allanó la maleza que tenía delante de la nariz, con la enorme sombra del depósito sobre la cabeza y la pared obligándole a flexionar el tobillo y la rodilla en diagonal.

No podía ver nada salvo una sucesión de edificios a lo largo de la pista de aterrizaje. Edificios modernos. No sabía como había llegado hasta allí la noche anterior. Pero era una construcción prefabricada de cemento, moderna y barata: dos edificios, una manga de viento. Suponía que la energía eléctrica era para las luces de aterrizaje; puede que una sala de espera o un taller de máquinas. La pared cercana al depósito que tenía encima era moderna, descubrió al apoyarse de nuevo para relajar la tensión de la espalda.

Le dolía el brazo izquierdo, maldita sea. Y lo tenía bien entumecido. Las piernas no estaban mucho mejor. No podía poner derecha la primera y, con el hombro entumecido, no podía volverse y conseguir más espacio.

Disparos. Varios.

Alguien de su compañía todavía seguía vivo ahí fuera. Al oír el silencio posterior, trató de decirse a sí mismo que no era asunto suyo, y se preguntó quién sería el último al que cogerían y asesinarían; no pudo por menos que

pensar que podían ser Banichi o Jago, mientras él permanecía escondido, temblando, y sin saber si había alguna maldita cosa que él pudiera hacer.

Sintió algo; no sabía el qué. Culpabilidad por estar escondido. Rabia ante el hecho de que los atevi tuvieran que morir por él. Porque otros atevi estaban dispuestos a matar, por razones estúpidas y equivocadas, y los humanos estaban haciendo cosas que no tenían nada que ver con los atevi; al menos, para la mentalidad humana.

Alguien gritó; no pudo oír el qué. Volvió a retorcerse el codo, y utilizó el dorso de la mano para aplastar la maleza y poder ver el espacio situado entre su edificio y las otras fachadas.

Vio a Cenedi, y a Ilisidi. La Viuda, apoyada en el brazo de Cenedi, cojeaba terriblemente, y los dos iban escoltados por cuatro hombres de aspecto rudo ataviados con chaquetas de cuero. Uno de ellos, que le daba la espalda, llevaba un galón con un cordón azul y rojo...

Rojo y Azul. Rojo y Azul. Providencia de Brominandi.

Maldito, pensó, y vio que empujaban a Cenedi contra la pared del edificio al tiempo que tiraban a Ilisidi del brazo y la obligaban a soltar el bastón. Cenedi se separó de la pared, resuelto a detenerlos, y ellos lo detuvieron a él con la culata de una pistola.

Un segundo golpe, cuando trato de levantarse. Cenedi no era un hombre joven.

—¿Dónde está el paidhi? —preguntaron—. ¿Dónde?

—En Shejidan, hasta ahora —escuchó decir a Ilisidi.

No se lo tragaron. La golpearon, y Cenedi intentó golpear a los muy bastardos, le dio una patada a uno en la cabeza antes de recibir un golpe con la culata del rifle en toda la espalda y otro en la rodilla.

Tenían una pistola apoyada a la cabeza de Ilisidi, y le dijeron que se estuviera quieto.

Cenedi obedeció, y lo golpearon una y otra vez.

—¿Dónde está el paidhi? —continuaron preguntando, y lo levantaron por el cuello—. Vamos a matarla —le dijeron.

Pero Cenedi no lo sabía. No podía traicionarlo ni para salvar a Ilisidi, porque no lo sabía.

—¿Nos estás oyendo? —preguntaron, y le dieron una bofetada, que hizo que se diera con la cabeza en la pared.

Iban a hacerlo. Van a hacerlo. Bren se movió. Se golpeó la cabeza con el depósito con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas, recogió una piedra entre los hierbajos y la lanzó.

Eso les ofendió. Empujaron hacia atrás a Cenedi y a Ilisidi y fueron a buscar al que lo había hecho, al tiempo que se comunicaban por radio con sus socios.

En realidad había esperado que Cenedi aprovechara la interrupción, pero ellos seguían apuntando con sus pistolas a Ilisidi, y Cenedi no iba a abandonarla ni arriesgar su vida de ninguna manera; mientras tanto, la búsqueda continuó por la parte delantera del edificio y volvió al callejón.

Un par de botas se acercaron. Bren estaba desalentado, tenía el corazón desbocado y la respiración no le proporcionaba aire suficiente.

Las botas se alejaron, y un segundo par se aproximó.

—¡Aquí! —gritó alguien.

Oh, maldita sea, pensó.

—¡Tú! —gritó la voz y él levantó la vista hacia el cañón de un rifle que hurgaba entre los hierbajos. Un hombre se tumbó, al otro lado de la maleza y, con el cañón del rifle bajado, se lo quedó mirando fijamente, con cierta consternación en el rostro.

No había visto a un humano tan de cerca, pensó Bren; siempre le ponía nervioso este momento de sorpresa. Y más aún, sabiendo que el otro tenía un dedo en el gatillo.

—¡Sal de ahí! —le ordenó el hombre.

Empezó a salir contorneándose de ese agujero, con un paso ni noble ni galante por la situación. Maldito estúpido, se dijo. Seguramente había un montón de maneras más inteligentes de haber actuado, pero su instinto no podía permanecer impasible mientras golpeaban a un hombre hasta matarlo o le metían a una mujer mayor y valiente un tiro en la cabeza. No estaba preparado para eso.

Salió a la luz del sol arrastrándose sobre la barriga. El cañón del rifle le presionaba el cuello mientras todos se reunían a su alrededor y lo registraron en busca de armas.

Además, se dijo, el paidhi no es un luchador. El paidhi era un traductor, un mediador; las palabras eran su herramienta, y si estaba con Ilisidi puede que incluso tuviera una posibilidad de negociar. Ilisidi tenía algún vínculo anterior con los rebeldes. Eso podía ser una salida...

Le tiraron bruscamente del impermeable. El cierre resistió, y el cuello del impermeable se desgarró por el cuello. Intentó apoyarse en una rodilla y dos de los hombres lo cogieron por los brazos y lo levantaron bruscamente.

—No es más que un chaval —dijo uno consternado.

—Ellos son así —dijo Rojo y azul—. Una vez vi al último. ¡Cogedlo!

Trató de caminar. No le fue fácil. Sentía un dolor punzante en el brazo izquierdo, y no creía que fueran a discutir. Solo quería llegar a donde quisieran que fuese; y esperaba que llevaran también a Cenedi y a Ilisidi. Necesitaba a Ilisidi, necesitaba a alguien por quien negociar. Él mismo y sus lealtades eran el quid de la negociación.

Reivindica un man'chi para con Ilisidi: lo interpretarían en sus acciones; o al menos si lograba mentir de manera convincente.

Lo arrastraron al interior de siguiente edificio, junto con Cenedi e Ilisidi. Los metieron allí a punta de pistola y los empujaron contra la pared, mientras decían que uno tenía el cuello roto; el hombre al que había golpeado Cenedi, pensó Bren con sorpresa, y trató de hacer coincidir su mirada con la de Ilisidi, mirándola fijamente de una manera que los atevi consideraban grosera.

Ella lo miró directamente. Apretó la boca en un gesto que él no entendió de inmediato. Pero era posible que hubiese comprendido sus intenciones...

Alguien lo agarró por la camisa, le hizo dar unas vueltas y lo golpeó contra un mueble. Era Rojo y azul. Le propinó un bofetón que lo dejó ciego un momento y le hizo perder el equilibrio, y oyó que Cenedi decía tranquilamente que los humanos eran frágiles y si volvían a golpearlo de esa manera lo matarían.

Qué simpático, pensó. Gracias Cenedi. Háblale. Hijo de puta. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Algo, no sabía muy bien el qué, le corría por la nariz. La sala se le volvió borrosa cuando tiraron de él hacia arriba y alguien le levantó la cabeza agarrándolo del pelo.

—¿Eso es tuyo? —preguntó Rojo y azul, y Bren vio algo color canela en el lugar al que señalaba.

Le dio un vuelco al corazón. El ordenador. La alforja se encontraba detrás de él, sobre la mesa.

Lo tenían recargando, con el cable sobre la mesa.

—Es mío —dijo.

—Queremos el código de acceso.

Tenía un regusto de sangre en su boca y, sintió que le corría algo por la barbilla que no podía detener tragando saliva. Tenía cortado el labio.

—Dinos el código de acceso —dijo Rojo y azul, y le dio un tirón de camisa.

Entonces su cerebro comenzó a funcionar. Sabía que sus manos no iban a acceder al ordenador. Tenía que hacer que ellos mismos cancelaran el sistema. Tenía que recordar los códigos de cancelación. Incitarles a querer saber la respuesta, hacerles creer que eso era lo más importante.

—¡El código de acceso! —le gritó Rojo y azul a la cara.

Oh, Dios, no le gustaba esa parte del plan.

—Vete a tomar por el culo —dijo.

Ellos no le conocían. Se puso a su nivel con esa respuesta; apenas tuvo tiempo de pensarlo antes de que Rojo y azul le cruzara la cara.

Se quedó ciego y sordo por un momento. No sentía mucho más, salvo que todavía lo tenían cogido, y las voces estaban gritando, y Rojo y azul estaba diciendo que lo colgaran. No lo entendió del todo, hasta que alguien lo cogió por el cuello de la chaqueta y, de un tirón, le arrancó la camisa. Otro le sujetó las manos por delante y se las ató con un cinturón de cuero rígido.

Supuso que aquello no era buena señal. Puede que fuera el momento de empezar a hablar, solo que también era posible que no lo creyeran. Permaneció allí mientras ellos cogían un trozo de cable eléctrico y lo lanzaban por encima de las tuberías que corrían por el techo, para usarlo como cuerda. Le ataron los brazos con un extremo y tiraron bruscamente del cable.

El hombro le ardió. Gritó. No podía recobrar el aliento.

Un cinturón lo golpeó en las costillas. Una, dos, tres veces, con toda la fuerza del brazo de un atevi. No podía apoyar los pies, no podía respirar, no podía pensar.

—El código de acceso —dijo Rojo y azul.

No podía hablar. No podía tomar aire. Estaba dolorido y tenía la mente en blanco.

—¡Vais a matarlo! —gritó alguien. Los pulmones no le funcionaban. Estaba desvaneciéndose.

Un brazo lo agarró de las costillas. Lo levantó y le alivió un poco los brazos.

—El código acceso —dijo la voz. Bren trató de respirar.

—Suéltalo de nuevo —dijo alguien, y su mente se bloqueó a causa del pánico. Todavía le faltaba el aliento cuando volvieron a dejarlo colgando. Alguien gritó que iba a ahogarse.

Él brazo volvió a sujetarlo. Sonó un arañazo en la madera, la silla golpeó el suelo. Y algo más. Le apretaron fuertemente por el pecho, y lo levantaron un poco. Tomó aliento.

¿Quién te dio la pistola, nand'paidhi?

Di que fue Tabini.

—El código de acceso —dijo la implacable voz.

Luchó contra el brazo que sofocaba sus pulmones, por lograr un poco de aire. El hombro no era más que un sordo dolor que penetraba hasta el tuétano. No recordaba qué es lo que querían.

—No —dijo, la respuesta universal. No a todo.

Lo levantaron en volandas, lo golpearon, y le hicieron balancearse en el aire, dos y tres veces. Sufrió una convulsión y se le desencajó el hombro. No podía hacer nada, no podía respirar.

—El código —dijo alguien, y otro más lo mantuvo en una posición que le permitía ganar algo de oxígeno para sus pulmones, mientras el hombro protestaba y enviaba punzadas de dolor que recorrían sus costillas e intestinos.

La pistola, pensó. No debería haberla tenido.

—El acceso —dijo el hombre. Y le golpeó en la cara. Una mano se situó bajo su barbilla, en ese momento, y pudo ver una cara atevi, flotando en su nublado campo de visión—. Dame el código de acceso.

—Acceso —repitió imbécilmente. Ya no sabía ni dónde se encontraba. No sabía si esta era la pregunta que iba a responder o no.

Un segundo golpe le cruzó la cara.

—¡El código, paidhi!

—Código... —por Dios, el código. Iba a morirse de dolor. No sabía cómo explicárselo a un ignorante—. En cuanto esté el asistente...

—El asistente ya está —dijo la voz—. ¿Y ahora qué?

—Teclea... —recordaba el código de acceso verdadero. Y seguía viéndolo todo en blanco cuando cerraba los ojos, y sabía que si se dejaba llevar por esa tormenta, seguirían golpeándolo—. El código... —El código para fisgones. Para ladrones—. Introduce la fecha...

—¿Cuál?

—La de hoy. —Estúpido. Oyó el repiquetear del teclado. Rojo y azul todavía estaba ante él, mientras alguien mantenía su cabeza erguida agarrándolo por los cabellos.

—Aquí dice «hora» —dijo alguien.

—No. No se la des. Solo teclas numéricas... 1024.

—¿Qué es eso?

—¡Es el código, maldita sea!

Rojo y azul miró a otro lado.

—Hazlo.

Las teclas repiquetearon.

—¿Qué tienes? —preguntó Rojo y azul.

—El asistente, de nuevo.

—¿Ya está? —preguntó Rojo y Azul.

—Ya estás dentro —dijo, y respiró al oír las teclas, al operador, mecanógrafo habilidoso al menos, que rebuscaba información en el ordenador.

Que iba a mentirle. La cobertura ya se había puesto en marcha. Mentiría sobre su memoria, los nombres de los archivos, su configuración... Le contaría a todo el que preguntara que las cosas estaban allí, le diría el tamaño de los archivos y luego le ofrecería únicamente código máquina y símbolos incomprensibles que, a un experto en ordenadores le dirían que los archivos existían, pero estaban bloqueados por claves independientes.

El tipo de preguntas que le hacían le daba a entender que lo sacarían de Wigairiin. Rojo y Azul estaba fuera de su ambiente natural.

—¿Qué es esta basura? —exigió Rojo y Azul. Bren tomó aliento y, con los ojos cerrados, preguntó, sumido en un disfrute delirante:

—¿Símbolos extraños?

—Sí.

—Estás en comandos. ¿Qué es lo que has hecho?

Volvieron a golpearlo.

—¡Te he pedido el maldito nombre de los archivos!

—Lenguaje humano.

Hubo un silencio prolongado. No le gustaba ese silencio. Rojo y Azul era un imbécil. Un imbécil es capaz de hacer cualquier imbecilidad, como darle una paliza mortal para intentar aprender algo de programación de ordenadores. Allí estaba, colgado y luchando por respirar, buscando el suelo con los pies, mientras Rojo y Azul meditaba sus opciones.

—Tenemos lo que necesitábamos —dijo Rojo y Azul—. Recogedlos. Los bajaremos a Negirian.

Ciudad rebelde. Capital de provincia. Territorio rebelde. Era justo la respuesta que quería obtener. Iba a ir a algún lugar, alejado del frío, el barro y la lluvia, donde podría hacer algún trato con alguien más inteligente, alguien con ambiciones, alguien que tuviera algún hilo del que el paidhi pudiera encontrar un modo de tirar, dentro de sus propios planes...

—¿Nos llevamos a estos también?

No sabía muy bien a quién se referían. Volvió la cabeza mientras aflojaban sus ligaduras de las tuberías y pudo ver la cara ensangrentada de Cenedi. Cenedi no tenía expresión alguna en el rostro. Ilisidi tampoco.

Insensato, se dijo a sí mismo. Ojalá Cenedi no intentara ninguna heroicidad en este preciso momento. Ojalá lo ataran y mantuvieran vivo hasta que se le pudiera ocurrir algo. Tenía que pensar un modo de mantenerlo vivo y de preguntar por Ilisidi.

Hacer que quisieran la cooperación de Ilisidi. Había sido una de ellos. Y los había traicionado. Pero los atevi no se tomaban estas cosas muy a pecho, viniendo de los aijiin.

Al principio no podía andar. Y soltó un grito de dolor cuando lo sujetaron por el brazo maltrecho, y alguien le propinó un golpe en la cabeza, pero una voz más razonable lo agarró, le dijo que su brazo estaba roto, y que podía andar, sí así lo quería.

—Andaré —dijo, y lo intentó, tambaleante, sujeto por su brazo sano. Trató de mantener los pies en el suelo. Oyó cómo hablaba Rojo y Azul por su comunicador de bolsillo mientras salían por la puerta al viento helado y a la luz del sol.

Oyó cómo calentaba motores el reactor. Miró al avión que estaba en la pista, levantando una polvareda con su tubo de escape, e intentó mirar hacia atrás, para saber si Cenedi e Ilisidi aún estaban con ellos, pero el hombre que lo agarraba por el brazo le dio un tirón para ponerlo en camino de nuevo, lo que le dejó muy claro que estaría dispuesto a romperle aquel brazo también.

Una larga caminata, en el viento helado. Durante una eternidad, hasta que alcanzaron la rampa que había enfrente de ellos, los reactores de la cola del avión chillándoles en los oídos y lanzándoles un viento helado que le mordía en la piel desnuda. El hombre que lo agarraba le soltó el brazo para que subiera, y Bren se sujetó al delgado asidero metálico con su mano sana, un hombre delante de él, otros detrás.

Estuvo a punto de desmayarse en los escalones. Entró en el sombrío y resguardado interior, y alguien sujetó su brazo derecho y lo empujó a un lado, para desbloquear la entrada. Había asientos libres, y algunos hombres estaban levantándose para dejarles embarcar... Cenedi ayudó a Ilisidi a subir por la escalera y los demás hombres vinieron tras Cenedi.

Un súbito tirón en su brazo lo lanzó hacia los asientos. Se golpeó con uno de ellos y no acertó a sentarse en él. Estaba intentado incorporarse con la ayuda del brazo del asiento, cuando comenzó una pelea en la entrada del avión. La carne golpeaba el hueso y la sangre lo salpicaba todo. Se giró en redondo, sobre el brazo del asiento, y vio a Banichi, plantado junto a la puerta, con una tubería de metal en las manos.

La pelea había terminado, así de rápido. Había hombres muertos o medio muertos. Ilisidi y Cenedi estaban en pie, mientras que Jago y tres hombres de su compañía estaban en el pasillo de salida y otro más en la cabina de los pilotos, con una pistola en la mano.

—Nand'paidhi —jadeó Banichi, e hizo un esbozo de reverencia—. Nand'Viuda. Siéntese. Cenedi, delante.

Bren tomó aire y, ensangrentado como estaba, se dejó caer como un saco en el asiento del avión, mientras Banichi y Cenedi mantenían un duelo con la mirada. El man'chi de todos los que había en el avión, excepto Jago y él, era para con Ilisidi.

Ilisidi posó su mano sobre el brazo de Cenedi.

—Iremos con ellos —dijo la Viuda.

Cenedi esbozó una reverencia y ayudó a la aiji-Viuda a sentarse, caminando entre los cadáveres que los más jóvenes estaban sacando a rastras.

—Que nadie pise mi ordenador —dijo Bren, con una mano en su propio costado—. Hay una bolsa en algún lugar... No la piséis.

—Buscad la bolsa del paidhi —ordenó Banichi a los hombres, y uno de los muchachos dijo, perfectamente solemne:

—Nadi Banichi, somos quince a bordo. Se supone que deberíamos ser diez y dos tripulantes...

—Hasta diez más la tripulación —dijo alguien más, y un tercer hombre añadió:

—¡Los muertos no cuentan!

En Mosfeira deben de estar locos.

—¿Bueno, cuántos han muerto? —empezó la discusión, y Cenedi gritó desde delante:

—¡El piloto se va! Es de Wigairiin, y quiere volver a su casa.

—Es normal —dijo uno de los hombres.

—Deja ir a ese —dijo Bren, con una nota de dolor en la voz, señalando con el dorso de la mano al que había dicho que tenía el brazo roto, el único gesto compasivo para con él. Estaban maniatando a los supervivientes y apilando a los muertos en el pasillo. Pero Banichi dijo que tiraran a un muerto.

Así que arrastraron a Rojo y Azul hasta la puerta y lo arrojaron, y el vivo, el que había dimitido como piloto, se lanzó tras él.

Banichi accionó el dispositivo de la puerta. La puerta se activó. Los motores aullaron aún más, con los frenos echados.

Bren cerró los ojos al recordar la elevación que Ilisidi había mencionado, situada junto a la pista. Y al recordar también que había dicho que un francotirador podría evitar un aterrizaje.

Es decir, que podría evitarlo en caso necesario.

La puerta se había cerrado. El ruido de los motores se elevó cada vez más. Cenedi soltó los frenos y se lanzó a la pista.

Banichi cayó en el asiento más cercano a la ventana, con la pierna astillada totalmente rígida. Bren agarró el brazo del asiento, aparentemente fabricado para rasgar la tela, mientras la roca desfilaba por las ventanillas de un lado y los edificios lo hacían por el otro. Y luego, solo cielo azul a un lado, roca, todavía por un rato, a la izquierda.

Y al fin, cielo a ambos lados, mientras el tren de aterrizaje se plegaba.

—Reposta, en Mogari, por ejemplo y después vuela a Shejidan —dijo Banichi.

Entonces sí, entonces sí que se lo creyó.

16

No había pensado en Barb cuando creía que estaba muriendo, y esa era la amarga realidad. Barb, tanto en su mente como en sus sentimientos, aparecía y desaparecía como la luz al apretar el interruptor...

No, salía con demasiada facilidad. Entraba cuando necesitaba de una fantasía que utilizar en su tormentosa y desesperada vida, dedicada al deber, siempre que el mundo atevi se cernía en torno a él o cuando sabía que iba a volver a Mosfeira para pasar unos días de vacaciones.

Ver a Barb era una excusa para mantener a su familia a una distancia prudencial.

Ver a Barb era la mentira que contaba a su madre cuando quería subir a la montaña, donde no estaban ni su familia ni Barb.

Esa era la verdad, aunque nunca se había parado a pensarlo.

Esa era su vida, toda su «vida emocional» en el sentido humano de la expresión, como lo que no estaba vinculado al trabajo, a Tabini o al ejercicio intelectual de las equivalencias, los números y los demás juegos mentales. Pero hubo un tiempo en que había sabido lo que hacer y sentir en un entorno humano.

Solo que últimamente... solo quería montaña, viento y nieve.

Últimamente, había sido feliz con los atevi, había tenido éxito con Tabini, aunque todo eso no había sido más que un castillo de naipes. Las cosas que lo habían convertido en el paidhi con más éxito lo habían cegado frente a los peligros. La gente en la que creía poder confiar...

Algo áspero y húmedo atacó su cara, una fuerte mano le echó la cabeza hacia atrás, algo rugió en sus oídos, un sonido familiar. No supo de qué se trataba hasta que abrió los ojos, vio algo blanco teñido de rojo y sintió el reposabrazos del asiento bajo su brazo derecho.

La sangrienta toalla se retiró. La cara oscura de Jago flotó ante él. Las turbinas de los motores seguían su marcha.

—Bren-ji —dijo Jago, y frotó un punto bajo su nariz. Jago hizo una mueca—. Cenedi dice que es usted inmensamente valiente. Y muy estúpido.

—Le he salvado el maldito... —no era una palabra bonita en Ragi. Miró tras de sí, y vio que Banichi no estaba allí— pellejo.

—Cenedi lo sabe, nadi-ji. —Otros lugares que limpiar en su cara evitaron convenientemente la conversación. Entonces, Jago colgó la toalla sobre el

respaldo del asiento que tenía delante, al otro lado del pasillo, y se sentó sobre el brazo de su asiento.

—Estás enfadado conmigo —dijo.

—No —dijo Jago, al estilo Jago.

—Dios.

—¿Qué es «Dios»? —le preguntó la atevi.

Algunas veces, con Jago, uno no sabía ni por dónde empezar.

—Así que no estás enfadado conmigo.

—Bren-ji, no sea tonto. Yo habría ido con usted. Habría estado bien.

—¡Pero Banichi no!

—Cierto —dijo Jago.

Rabia. Confusión. Frustración o dolor. No sabía muy bien qué es lo que lo embargaba en su mayor parte.

Jago se acercó y le limpió las mejillas con sus dedos. Profesionalmente. Más entera de lo que estaba él.

—Lágrimas —dijo.

—¿Qué son lágrimas?

—Dios.

—¿Dios es lágrimas?

Sin poder remediarlo, se echó a reír. Y tuvo que limpiarse sus propios ojos, con el dorso de la mano que aún podía mover.

—Entre otros conceptos abstractos, Jago-ji.

—¿Está bien?

—A veces pienso que he fracasado. Ni siquiera lo sé muy bien. Se supone que debo de ser capaz de entenderte. Y la mayor parte de las veces, no lo hago. ¿Es eso un fracaso?

Jago pestañeó, y eso fue todo lo que aconteció durante un tiempo. Entonces, dijo:

—No.

—No puedo ni hacer que me entiendas tú. ¿Cómo voy a conseguir que me entiendan los demás?

—Pero es que yo si lo entiendo, nadi Bren.

—¿Qué es lo que entiendes? —De pronto se sintió irracionalmente desesperado, y el reactor lo estaba llevando a un lugar del que no tenía ningún control, con un cargamento de muertos y heridos.

—Que hay una grande y bondadosa voluntad en usted, nadi Bren. —Jago alargó su brazo hacia él y le limpió la cara con los dedos, mientras le peinaba

su cabello hacia atrás—. Banichi y yo vencimos a diez, para ir con usted. Se habrían ido... ¿Se encuentra bien, nadi Bren?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No pudo evitarlo. Jago le limpió la cara repetidas veces.

—Estoy bien. ¿Dónde está mi ordenador, Jago? ¿Lo tienes tú?

—Sí —dijo Jago—. Está a salvo.

—Necesito una conexión. Tengo el cable, si me han traído todas las cosas.

—¿Para que, Bren-ji?

—Para hablar con Mosfeira —dijo, temiendo que Jago y Banichi no estuvieran al mando—. Por Tabini, nadi, por favor.

—Hablaré con Banichi —dijo.

Habían recargado el ordenador para él. Ese era, con diferencia, el mayor favor que le habían hecho al mundo los muy bastardos. Jago le había conseguido una manta, así que no estaba helándose de frío. Habían cruzado la frontera y los dos prisioneros estaban al fondo del avión, encerrados en el cuarto de baño, con la puerta atrancada con una cuña, el fusible eléctrico arrancado y, tras la puerta, dos de los altamente motivados guardias de Ilisidi armados con pistolas. Todo el mundo dijo poder esperar hasta llegar al aeropuerto de Mogari.

Reinicializar, modo 3, m de máscara, soltar, modo 4, y simultáneamente, SEGURO.

Bien, sería fácil, si la mano izquierda funcionara. Se las apañó con la derecha.

El asistente saltó, y dijo en mosfei: «Introducir fecha».

Pero él escribió, también en mosfei: «Ser o no ser».

El sistema apareció ante él.

Dejó escapar un largo suspiro y empezó a teclear, con cinco dedos, activando archivos obteniendo códigos de acceso y comunicaciones de la red de Mosfeira y pegándolos como caracteres ocultos que iniciarían intercambios de preguntas y respuesta entre su ordenador y el sistema de Mosfeira.

Si los rebeldes hubieran accedido al nivel de sistema, habrían sido capaces de atravesar con un avión las líneas defensivas de Mosfeira.

Podrían haber hundido toda la red de Mosfeira. Haber sembrado el caos, desde el transporte subterráneo hasta la antena de recepción de la estación terrestre... A menos que en Mosfeira, haciendo gala de cierta sensatez, se

hubieran dado cuenta a tiempo de que él tenía problemas y hubieran cambiado los códigos correspondientes.

Pero eso no quería decir que los hubieran dejado absolutamente fuera de juego. Simplemente, habrían cambiado las rutas de acceso.

Escudriñó y tanteó, una tecla cada vez, rondando por el texto inicial.

«Mis disculpas, he sido incapaz de ponerme en contacto...».

Banichi había estado todo el tiempo en la parte delantera del avión, levantándose, hablando con Ilisidi y uno de sus hombres, que se sentaba delante. Ahora se acercaba por el pasillo, apoyándose en los respaldos de los asientos y protegiendo su tobillo astillado.

—¡Cuidado con esos pies, maldita sea! —dijo Bren, y añadió, educadamente—, Nadi.

Banichi se aproximó trabajosamente hasta el asiento que había a su lado, en el pasillo de salida y se dejó caer en él con un profundo suspiro. Tenía la cara empapada en sudor. Pero no parecía en absoluto molesto, sobre todo teniendo en cuenta que sufría un dolor insoportable.

—Acabo de ponerme en contacto con Tabini —dijo Banichi—. Dice que está contento de que esté usted bien. Estaba convencido de que se encargaría usted solo de los rebeldes.

Bren no tuvo más remedio que reírse. Dolía.

—Va a enviar su avión privado —dijo Banichi—. Nos han redirigido a Alujisan. Tiene una pista de aterrizaje más larga. Cenedi está bien, dice que se siente algo mareado y que no se opondría a un relevo. Transferiremos la custodia de los prisioneros, embarcaremos en un avión limpio y decente y nos darán de comer. Entretanto, Tabini ha hecho llegar a sus tropas, por aire, hasta el mismísimo Bair-magi, a tres horas en tren de Maidingi, y a dos de Fagioni y Wigairiin. Seguro que ofrece una amnistía después... Al menos, según me ha dicho, si es usted capaz de exponer una razón convincente ante el hasdrawad, sobre esa nave. Quiere verlo en la corte. Esta noche.

—Con una respuesta. —Ya no tenía ganas de reírse—. Banichi-ji, los atevi tienen todo el derecho a tratar con los extraños que hay en la nave, no los de Mosfeira. Sabes que nuestra presencia en este sistema solar fue un accidente... No así nuestro aterrizaje. Éramos pasajeros de esa nave. La tripulación se llevó la nave y nos dejó aquí. Decían que iban a localizar un lugar para edificar allí. No es que nos hiciera muy felices ver cómo se iban, y tampoco ellos se alegraron de que nos quedásemos. Doscientos años no parecen haber mejorado nuestras relaciones con esta gente.

—¿Han venido para sacarlos de aquí?

—Eso haría feliz a más de un atevi ¿no?

—No a Tabini.

A buen seguro que a Tabini no. No al pilar de la asociación Occidental. Por eso había gente muerta en el avión, con ellos: el miedo a los humanos era solo una parte de ello.

—Hay muchas tensiones en la asociación —dijo Banichi, sombrío—. Las fuerzas conservadoras. Los envidiosos. Los ambiciosos. Cinco administraciones han sido capaces de mantener la paz, bajo los ajiin de Shejidan y los dictados de los paidhiin...

—Nosotros no le dictamos a nadie.

—Las sugerencias con puño de hierro de los paidhiin. Respaldadas por una estación espacial y una tecnología con la que no podemos ni soñar.

—Una estación espacial que baja del espacio, desde su órbita, y hace llover fuego sobre las capitales de provincia una vez al mes, por lo menos... Ya hemos mantenido esta conversación, Banichi. Ya la he tenido también con los hombres de Ilisidi, en el sótano. Ya la he tenido, en versión resumida, con los caballeros de detrás del avión, que me han partido el brazo, nadi, pero no tenemos ninguna intención de tomar el planeta este mes. —Estaba furioso, y empezaba a perder el hilo de sus propios pensamientos. Apoyó su cabeza en el respaldo—. Estáis a salvo de ellos, Banichi. Al menos en lo que concierne a su aterrizaje aquí. No quieren los planetas para vivir en ellos. Quieren que volvamos allí, para mantener su estación por ellos, gratuitamente, de modo que puedan ir a donde quieran, mientras nosotros reparamos lo que se rompa y abastecemos su nave.

—¿Así que van a hacer que vuelvan ustedes a la estación? —preguntó Banichi.

—No pueden llegar hasta nosotros, ahora que lo pienso. No tienen ningún vehículo para aterrizar. Al menos, antes no lo tenían. Tendrán que esperar a que podamos subir. —Las piezas empezaron a encajar en ese preciso instante, mientras su brazo no dejaba de doler como el demonio—. Por supuesto que van a hacerlo. El Gremio de Pilotos negociará. Os tienen un miedo cerval.

—¿A nosotros? —preguntó Banichi.

—A tener enemigos en potencia. —Volvió su cabeza sobre el respaldo del asiento—. El tiempo transcurre de forma distinta para los viajeros espaciales. No me preguntes cómo. Pero ellos piensan en los acontecimientos a largo plazo. A muy largo plazo. No sois como ellos, y no pueden manteneros eternamente bajo una plataforma gravitatoria. —Soltó una carcajada corta y seca—. Esa fue la razón del enfrentamiento que mantuvimos al principio, que

algunos de los nuestros decían que íbamos a tener que tratar con los atevi. Y el Gremio de los Pilotos dijo que no, dejémoslo estar, no se darán cuenta de nuestra presencia.

—Está de broma, nadi.

—No del todo —dijo—. Anda, ve a dormir, Banichi-ji. Voy a trabajar un poco en el ordenador.

—¿Qué va a hacer?

—Comunicaciones de larga distancia. De extremadamente larga distancia.

Ilisidi estaba en pie, de puntillas tras el hombro de Cenedi, mientras Banichi y Jago se apoyaban en el suyo. Bren estaba en el asiento del copiloto. Era un cable de conexión muy corto.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —pregunto Ilisidi.

—Estoy dándole a la tecla de «Entrar», nand'Viuda. Así. Ahora está hablando.

—Con números.

—Básicamente.

—¿Y cómo se eligen esos números?

—De acuerdo a una antigua tabla, nand'Viuda. Un modelo preestablecido y fijo... que, le aseguro, hace mucho tiempo que dimos a los atevi. —Observó la luz de acceso, esperando, esperando. La luz amarilla titiló y el corazón le dio un vuelco—. Hola, Mosfeira.

—¿Pueden oírnos? —preguntó Ilisidi.

—No lo que decimos, por el momento. Solo lo que introducimos aquí.

—Terribles cambios en el lenguaje.

—Participad, pues, nand'Viuda. —Las luces brillaron alternativamente. Y apareció la señal de ID. El avión estaba con el piloto automático, y Cenedi apartó la mirada de los instrumentos para observar la maraña de letras y cifras de la pequeña pantalla, que terminaban siempre en: «el contenido completo de las líneas no es accesible para la pantalla».

Los humanos habían levantado, al menos en su diseño, el sistema de los atevi. Así que este respondía bastante bien cuando se trataba de recibir una transmisión humana. Los sistemas se comunicaban entre sí, gracias a Dios, gracias a Dios.

El avión se encontró con una turbulencia. Y el dolor se propagó como un relámpago desde los nervios del hombro de Bren. Todo se volvió gris y rojo

y, por un instante, tuvo que reclinar su cabeza, ausente del lugar y el momento presentes.

—¿Nand'paidhi? —La mano de Jago se encontraba sobre su mejilla.

Abrió los ojos. Y vio un mensaje en la pantalla.

Asuntos Exteriores quería hablar por la radio. Tenía unos auriculares a mano. Los desenrolló torpemente, con una mano. Jago lo ayudó. Le dio a Cenedi la frecuencia y pudo oír el saludo, entre los chisporroteos de la estática.

—Si —le dijo a la voz—, soy Cameron. Algo maltrecho, pero en estado operativo. ¿Dónde está Hanks?

Hubo un retraso, probablemente debido a la necesidad de una consulta. No sabían nada de Hanks, le comunicaron. Había ido a Shejidan y desaparecido hacía cuatro días como si se la hubiera tragado un agujero negro.

—Probablemente esté bien. Los atevi se han dado cuenta de que tienen compañía, en el piso de arriba. Nuestra... ¿no es así?

Asuntos Exteriores dijo:

—Se trata de la Fénix, y se les nota bastante prepotentes.

—¿Cuál es la situación? —preguntó, y le respondieron:

—Delicada.

—¿Queréis cooperación de los atevi? ¿Queréis una invitación para venir aquí?

«¿Te tienen secuestrado?». Esta frase, en clave, fue la única respuesta.

Se rio. La risa le dolió, e hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Prioridades, prioridades, prioridades, AE Uno. Simplemente, manda los códigos de Hanks al número dos y dame la antena de Adams, esta noche, en Shejidan. No estoy secuestrado.

Asuntos Exteriores no podía autorizar eso por sí mismo. Eso le dijo el oficial al mando.

—AE, estoy aquí, hablando en mosfei, sentado con media docena de atevi de muy alto rango, que me permiten usar este enlace para comunicarme. Yo diría que eso es expresar confianza a un nivel aceptable, AE, por favor, responded apropiadamente.

Los atevi no tenían una palabra para confianza. Es lo que dijo Asuntos Exteriores.

—Y tienen palabras que tampoco nosotros tenemos, AE. Quédate con Hanks, o quédate conmigo. Es esta una decisión personal que me veo

obligado a tomar. Necesitamos el permiso de los atevi para estar en este planeta. Así que ¿cuál es el problema que tienen los de la Fénix?

Asuntos Exteriores opinó que debían comunicárselo al presidente.

—Adelante —dijo—. Y sería mucho mejor si mi llamada a la Fénix se hiciera a través de la antena que hay en Adams. Aunque la antena ínter satélite que hay en Mogari-nai es una buena alternativa aiji, y creo que la utilizarán, sin más. ¿Entiende? El gobierno de Tabini está bajo presión, por los disturbios de la provincia de Maidingi. Allí es donde acabo de estar. Tabini tiene que ofrecer una respuesta a esa nave. Va a darle a Mosfeira una oportunidad para poner algo de su parte. Un frente unido, AE. Creo que puedo lograr ese acuerdo.

Tres horas, dijo Asuntos Exteriores. Tendrían que hablarlo con el presidente. Reunir en asamblea al consejo.

—Tres horas como máximo, AE. Estamos en la asociación Occidental, permíteme que te lo recuerde. Tabini actuará, al fin y al cabo, de acuerdo a los intereses de su asociación. Sugiero, muy seriamente, que nos unamos a ellos.

Asuntos Exteriores cerró la comunicación. El intercambio entre ordenadores también cesó. Bren cerró los ojos y sintió un atisbo de responsabilidad humana. No muy grande. Sería mayor tras la reunión del hasdrawad. Tras hablar con Tabini. Cogería un avión a Mosfeira y confiaría en que los hospitales del lugar supieran donde colocar las piezas.

—Nand'paidhi —dijo Banichi tras un rato.

No podían haber seguido la conversación. Banichi podría haber entendido una tercera parte de las palabras, pero nada más. Eran extremadamente pacientes. Y estaban, lógicamente, muy ansiosos.

—Dile a Tabini —dijo— que conecte la antena en Mogari-nai para hablar con la nave que hay allí arriba, esta noche. Espero que tengamos la que hay en Allan Thomas, pero cuando se trata de negociar con Mosfeira, nadiin, has de asegurarles que tienes otras opciones.

—¿Qué otras opciones —dijo Ilisidi— les decimos que tenemos a los de la nave?

Una mujer lista, Ilisidi.

—¿Que qué opciones? El futuro de las relaciones entre los atevi y los humanos. Cooperación, asociación y comercio. La palabra es «acuerdo», nand'Viuda. Os escucharán. Tienen que escucharos.

—Descansa —dijo Jago, tras él, y le alisó el pelo hacia atrás, desde su frente—. Bren-ji.

No quería hacer ni un movimiento más, en este momento. Ya le había costado lo suficiente el acceder hasta la cabina.

Imaginó que Tabini estaba al tanto, probablemente, de todo lo que acababa de decirse allí. Solo estaban las claves del ordenador; y ni siquiera eso era muy fiable, una vez que los expertos estaban al acecho. Nada de lo que usaran en el futuro, en lo que a cifras se refiere, para evitar la vigilancia de las redes atevi, sería completamente seguro.

Pero la paz les interesaba a todos. Desde luego, le interesaba a Tabini. Y a los humanos, tanto la tripulación de la nave como los colonos afincados en el planeta a una gran..., a una enorme distancia de su mundo de origen.

Le había dicho a Djinana que podrían andar sobre la Luna. Apostaba a que ahora sí que iba a hacerlo. Suponiendo que Malguri siguiera en pie.

Hizo un esfuerzo para plegar el ordenador. Jago cerró la maleta por él, y desconectó el cable. Tras eso, sintió la necesidad de levantarse...

Y se le agotaron las fuerzas. Se encontró rodeado por el brazo de Banichi, que se mantenía en pie con una sola pierna. La Viuda-aiji dijo algo de poca educación, referente a jóvenes que caían a sus pies, seguido por un «ve y siéntate, que ya estamos al mando del avión».

—Permítame —dijo Jago, mientras colocaba su brazo alrededor de su cintura, y lo estabilizaba considerablemente en el pasillo.

Banichi los siguió cojeando. Y se sentó junto a él.

—Es un largo camino ¿no? —dijo Banichi—. Si subes, nosotros iremos contigo, nadi.

No podía decir que tuviera la capacidad de entender a Jago, a Banichi, o a Tabini.

Tampoco se atrevería a decir que ellos lo entendían a él, por otra parte.

Una idea inquietante, la de Banichi. Pero, de pronto, le pareció posible, e incluso probable, una vez que comenzaran las negociaciones, cuando Mosfeira pudiera contar con un vehículo para ascender al espacio, o la nave tuviera uno para poder tratar con ellos. Los atevi iban a visitar el espacio. Sin duda. Y eso iba a ocurrir durante su vida.

Baji-naji. La suerte estaba echada, la fortuna y la suerte habían escogido ya su número. Uno no nacía junto a sus asociados. Se encontraba con el man'chi en todas las relaciones, y entraba en un mundo que los humanos no eran tan siquiera capaces de vislumbrar.

Pero como ocurría con muchas cosas, quizá los atevi tampoco hubieran encontrado las palabras exactas para ello.

Pronunciación

A= a tras la mayoría de los sonidos; =ei tras j; e=eh ó =ei; i varía entre una i casi siseante si está al final, y una i si no es así; o=o y u=u. Escoja lo que suene mejor.

J tiene un sonido entre ch y sch; ch=ch; t no se debería poder distinguir de la d ni viceversa. G como en gato. H tras una consonante es palatal (la lengua en el paladar), como en paidhi=pait-(h)i.

El símbolo ' indica una parada: a'e son, por lo tanto, dos sílabas separadas, a-ei; sin embargo ai es como en castellano ai=ai; ei=ei.

El acento de la palabra recae sobre la penúltima sílaba si la vocal de esa sílaba es larga o está seguida por dos consonantes; sobre la antepenúltima en cualquier otro caso: Ba'nichi (ch es una sola letra en el alfabeto atevi y, por tanto, no cuenta como dos consonantes); Tabi'ni (larga per se). Todas las palabras terminadas en -ini son i'ni; Brominan'di (nd= dos consonantes); mechei'ti (ya que dos vocales suenan como una) cuenta como vocal larga. Si se encuentra confundido, haga lo que suene mejor: tiene usted más de un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar con ese método y la diferencia entre una sílaba acentuada o sin acentuar debe ser muy pequeña, de todos modos.

Además, un acento, mientras sea inteligible, puede sonar muy sexy.

Plurales: El plural es más específico que el simple más de uno tal como un grupo de tres, o decenas, y así, lo cual viene indicado por la terminación de la palabra. El impreciso más de uno se emplea en diplomacia, cuando se habla con los niños o, por la razón que sea, con los paidhi. En los plurales no específicos, las palabras que terminan en a suelen transformarse en una i; las palabras terminadas en i suelen transformarse en iin. Mecheita es, por ejemplo, el singular, mientras que mecheiti es el plural y también adjetivo descriptivo.

Los sufijos: *ji* indica familiaridad cuando se añade a un nombre o significa bueno si se añade a un título; *mai* ó *ma* es mucho más solemne, con las mismas connotaciones.

Términos de respeto: *nadi* (señor/señora) está relacionado con una afirmación o petición para asegurarse de que la buena educación se sobreentienda en todo momento; *nandi* se añade a un título para mostrar respeto por la dignidad del cargo. Los términos respetuosos como *nadi*, o el sufijo *ji* tras el título o nombre personal, deben ser incluidos siempre que se dirijan a alguien, a menos que exista familiaridad o que el respeto esté presente de forma continuada en la propia conversación. *Nadi* o su equivalente deben incluirse en todas las objeciones, por pequeñas que sean. De otro modo, se entenderá el comentario como descortés, maleducado o, incluso, insultante. La pronunciación varía entre *nah'-di* (afirmación) y *nah'-di* (i larga) en el caso de que sea la última palabra en una frase interrogativa.

También hay pronombres para indicar género. Se emplean para nombres que muestran el género, como *madre*, *padre*, o en situaciones de familiaridad. Se sugiere a los *paidhi* el empleo de los pronombres sin género como precaución general.

Ejemplo de declinación

Singular Plural no específico

aiji Nominativo aijin Nom pl. Sujeto: El aiji

aijiia Genitivo aijiian Gen pl. Posesión: Del aiji

aiji Acusativo aijiin Ac. pl Objeto directo: al aiji

aijiu Ablativo aijiuu Abl. pl. Complemento circunstancial,
Objeto Indirecto: con el aiji

Glosario

Adjaiwaio. Una apartada población de atevi

Algini. Nombre de un criado, agente de seguridad

Alujis. Río sobre el que los brominani disputan los derechos del agua

Agingiái. Graciosa armonía numérica

Aiji. Señor de una asociación central

Aijia. Del aiji

Anillo. Ornamental y oficial: empleado como sello

Atevi. Nombre de especie

Asociación ragi área de Tabini, también conocida como asociación Occidental

Babsidi. Letal; un mecheita

Banichi. Agente de seguridad

Barjida. Aiji de Shejidan durante la Guerra

Bergid. Cordillera visible desde Shejidan

Brominandi. Gvernador provincial, de largas alas

Baji. Fortuna

Bihawa. El impulso de poner a prueba a los recién venidos

Biichi-gi. Capacidad de eliminar obstáculos

Color del cordón. Especifica quién está en qué clase

Cordones de documento. Importantes en la cultura, en ornamentos y documentos

Cordón de ornamento. Estatus, clase

Dajoshu. Pueblo originario de Banichi

Dahemidei. Creyente en la herejía midei

Deuda de sangre. Principal modo de ajustar cuentas en la sociedad

Didaini. Provincia visible desde Malguri

Dimagi. Un alucinógeno

Dajdi. Un estimulante alcaloide

Haronniin. Sistemas en tensión, que precisan de un ajuste

Hasdrawad. Casa legislativa de los atevi

Hei. Por supuesto

Ilisidi. Abuela de Tabini

Insheibi. Indiscreto, que llama la atención

Jago. Agente de seguridad

Kabiu. Consecuente con el espíritu del ejemplo de la buena tradición

Maidingi. Lago Maidingi

Malguri. Propiedad junto al lago Maidingi

Matiawa. Descendientes del caballo de Ilisidi

Moni. Sirviente de Bren

Mosfeira. Enclave humano en una isla; también, nombre de la isla

Mosfei. Idioma humano

Machimi. Drama histórico de humor y venganza

Man'chi. Lealtad primaria hacia una asociación o líder

Man'china. Forma gramatical de man'chi

Man'chini. Forma gramatical de man'chi

Mecheita. Cabalgadura

Midarga. Un estimulante alcaloide, altamente tóxico para los humanos

Midedenei. Seguidor de la herejía medei

Midei. Herejía relacionada con la asociación

Mishidi. Embarazoso, referido a la posición de otros

Nadi. Señor

Nadi-ji. Honorable señor

Nai’aijin. Señor provincial, plural

Nai’am. Yo soy

Nai’danei. Vosotros dos sois

Na’itada. Negarse a estrechar la mano

Nai-ji. Persona respetable

Naji. La Ocasión

Nand’, nandi. Honorable

Nisebi. Provincia que permite la carne procesada

Nokhada. Exuberante, un mecheita

O’oi-ana. Semi-lagarto nocturno, gusta de las viñas

Paidhi. Intérprete

Paidhi-ji. Señor intérprete

Ragi. Cultura a la que pertenece Tabini; solo se alimenta de caza

Reverencia. Si es profunda, se hace con las manos en las rodillas

Shejidan. Ciudad de la Asociación Ragi

Shigi. Localidad en información del tiempo

Sellos en documentos. Marcas en documentos

Somai. Juntos

Tabini. aiji de los Ragi Tachi Antigua comunidad de pastores previamente existente en Mosfeira

Tadiri. Hermana

Tadiiri. La Hermana, fortaleza junto a Malguri

Taigi. Anterior sirviente de Bren

Taimani. Provincia visible desde Malguri

Talidi. Provincia de Banichi

Tano. Alegre compañero de Algini

Tentativa. Notificación legal a la víctima de una deuda de sangre

Toby. Hermano de Bren

Transmontana. Carretera que atraviesa la montaña

Tashrid. Casa mayor legislativa

Valasi. Padre de Tabini

Puente de Weinathi. Puente en la ciudad, lugar de accidente aéreo

Wi'itkiti. Dragonet

Wislon. Predecesor de Bren

Wingin. Ciudad mencionada en información meteorológica

-ji. Señor, señora

-ma. Honorable señor, honorable señora

C. J. CHERRYH

EL EXTRANJERO

se

